MEA
CUBA

Annotation

Cabrera Infante no ha dejado de intervenir —a lo largo de un exilio que comenzó en 1965— en ninguna de las diversas polémicas suscitadas desde que Fidel se hizo con el poder en Cuba, de ahí que en este amplio escenario desfilen los principales personajes de la tragedia cubana y los de su vida literaria. Aquí están todos los escritores estigmatizados: desde Heberto Padilla, al difunto Reynaldo Arenas; aquí están también todos los que por diferentes razones y con distintas actitudes se quedaron en Cuba, desde José Lezama Lima hasta Alejo Carpentier. Y detrás

de todos los actores, moviendo los hilos, el máximo titiritero, Fidel, definido como un Cristobal Colón a la inversa. Humor negro en muchos momentos que relata con detalle la historia que tantas veces se ha repetido a lo largo del siglo XX, la de una dictadura que amordaza, reprime, miente y mata y la de los talentos por ella condenados en una guerra de propaganda que todavía hoy no ha terminado. Es la compilación de escritos sobre la política cubana mas importante desde la que hiciera José Martí.

Mea Cuba

Guillermo Cabrera Infante

A Néstor Almendros,
un español que supo ser cubano

«Cuba nos une en extranjero suelo.»
JOSÉ MARTÍ

Los ensayos y artículos que siguen (y una o dos entrevistas) fueron publicados originalmente por Primera Plana, Agence France Press, El País, ABC, Diario 16 y Cambio 16, Quimera, Claves, Vuelta, El Nuevo Día, Die Zeit, NZZ Folio (Neuen Zürcher Zeitung), The London Review of Books, The Daily y Sunday Telegraph, The Independent y las revistas literarias americanas Linden Lane, Salmagundi y Escandalar y señalizados luego.

AVISO

He demorado, tal vez demasiado, la publicación en un libro de estos ensayos y artículos publicados en todas partes de 1968 hasta ahora. Sostenía la opinión de que su salida, junto con la caída de un régimen de oprobio, resultaría para mí una suerte de colofón político: no más banderas. Pero cada día confirma mi convicción, expresada antes dondequiera, de que la celebración del medio milenio del descubrimiento de esa isla, que se podría llamar la Infortunada, es una ocasión tan oportuna y tal vez más legítima que la fuga o la muerte de un tirano. Cuba no fue

descubierta para la historia hace cinco siglos sino para la geografía: un hecho más decisivo que la aberración histórica que nos aflige desde hace treinta y tres años. La Historia, es decir el tiempo, pasará, pero quedará siempre la geografía, que es nuestra eternidad.

GCI

Londres, 22 de abril de 1992

GÉNESIS

Cuba fue descubierta por Cristóbal Colón y sus compañeros de viaje (los hermanos Pinzón, los Rodrigos de Triana y de Jerez, el converso Luis de Torres y las diversas y unánimes tripulaciones) el 28 de octubre de 1492, domingo.

«Dice el Almirante», llevado por la pluma del padre las Casas «que nunca cosa tan hermosa vido». Es decir, era una versión del paraíso.

En un mapa de América cuando todavía no se llamaba América, en 1501, Cuba aparece dos veces. Primero como una isla, después como un

continente.

ÉXODO

Salí de Cuba el 3 de octubre de 1965: soy cuidadoso con mis fechas. Por eso las conservo. Es así que puedo decir: «El año que viene en La Habana.»

NAUFRAGIO CON UN AMANECER AL FONDO

Mea Cuba surgió de la necesidad de darle coherencia (o, si se quiere, cohesión) a mis escritos políticos. O a la escritura de mi pensamiento político —si es que existe—. En el libro está mucho de lo dicho por mí hasta ahora acerca de mi país y de la política que le ha sido impuesta con crueldad nunca merecida.

Mis ensayos y mis artículos políticos tratan de elucidar algunos de los que se

pueden llamar problemas de Cuba, mientras me explico a mí mismo ante el lector como un conundro histórico. ¿Qué hace un hombre como yo en un libro como éste? Nadie me considera un escritor político ni yo me considero un político. Pero ocurre que hay ocasiones en que la política se convierte intensamente en una actividad ética. O al menos en motivo de una visión ética del mundo, motor moral.

Mis padres —mis amigos lo saben de sobra— fueron fundadores del Partido Comunista cubano. Crecí con los mitos y las duras realidades de los años treinta y, sobre todo, de los años cuarenta y entre las contradicciones no del capitalismo sino del comunismo.

Algunas muestras de un libro de los ejemplos: Stalin que colgaba junto a un Cristo en la sala de mi casa (cuando tuvimos sala, las más veces era un cuarto sólo para toda la familia: la famosa escena del camarote abarrotado de Groucho Marx en *Una noche en la ópera* fueron mil y una noches en mi casa gracias al otro Marx), Batista despreciado por tirano, mis padres presos por Batista, Batista elegido con ayuda del Partido Comunista y la colaboración entusiasta de mis padres, sobre todo de mi madre, pacto Hitler-Stalin. entonces: «Cuba fuera de la guerra imperialista», Hitler invade Rusia soviética, luego: «Todos a apoyar a la URSS en su lucha contra la Bestia

Nazi.» Eran lemas y temas contradictorios para cualquiera que no fuera comunista. O para el que vivía, como yo, en un hogar comunista con un padre responsable de propaganda del partido.

Alguna gente pensará que mi título es irreverente. Son los reverentes de siempre. No creo hacer una revelación inesperada si digo que el título viene de Cuba y *Mea culpa*. Cuba es, por supuesto, *mea maxima culpa*. Pero, ¿qué culpa? Primero que nada la culpa de haber escrito los ensayos de mi libro, de haberlos hecho públicos como artículos y, finalmente, de haberlos recogido ahora. No hay escritura inocente, ya lo

sé. *Mea Cuba* puede querer decir «Mi Cuba», pero también sugiere la culpa de Cuba. La palabra clave, claro, es culpa. No es un sentimiento ajeno al exilado. La culpa es mucha y es ducha: por haber dejado mi tierra para ser un desterrado y, al mismo tiempo, dejado detrás a los que iban en la misma nave, que yo ayudé a echar al mar sin saber que era al mal.

La metáfora del barco que naufraga y un lord Jim cubano que se salva se completa no con la frase favorita de Fidel Castro («¡Las ratas abandonan el barco que se hunde!», gritó en un discurso con esa obsesión zoológica suya de llamar a sus enemigos, aun los que huyen, sobre todo los que huyen, con nombre de alimañas: ratas, gusanos,

cucarachas), sino con el hundimiento del *Titanic*: la nave que no se podía hundir destinada, precisamente, a hundirse. Un solo miembro de la tripulación logró escapar con vida, el teniente Lightoller. Interrogado por un severo juez inglés (todos los jueces ingleses son severos) por qué había abandonado su barco, Lightoller respondió sin soma: «Yo no abandoné mi barco, señoría. Mi barco me abandonó a mí.»

Muchos exilados cubanos pueden decir que nunca abandonaron a Cuba: Cuba los abandonó a ellos. Abandonó de paso a los mejores. Uno fue el comandante Alberto Mora, suicidado. Otro es el comandante Plinio Prieto, fusilado. Todavía otro, el general

Ochoa, chivo expiatorio. Pero si algo colma la medida del abandono y el desamparo es el exilio. Uno siente de veras que es un náufrago («sálvese el que pueda») y nada puede parecerse más a un barco que una isla. Cuba, además, aparece en los mapas arrastrada por la corriente del Golfo, nunca anclada en el mar Caribe y dejada a un lado por el Atlántico europeo. Decididamente es un barco a la deriva. En la furia del discurso, Fidel Castro fue incapaz de controlar la metáfora del barco que se hunde y las ratas desafectas y tuvo que añadir apresurado, casi en desespero: «Pero este barco *nunca* se hundirá.» Ese antepasado suyo, Adolfo Hitler, repitió *antes* esas mismas palabras en 1944:

«Alemania jamás se hundirá.» (La ausencia de exclamaciones es culpa del desgaste del poder.) Los sobrevivientes del naufragio saben más y mejor: de Alemania, de Cuba.

Mis amigos lo han pedido, mis enemigos me han forzado a hacer un libro de estos obsesivos artículos y ensayos que han aparecido en la Prensa (decir mundial sería pretencioso, decir española sería escaso) a lo largo de veinticinco años y casi treinta de exilio. Ellos provocan y repelen una nostalgia que cabe en una sola frase: «¡Lejana Cuba, qué horrible has de estar!» La eyaculación mezcla a dos exilados ilustres de hace cien años, él cubano siempre, ella hecha española: la

Avellaneda y Cirilo Villaverde, con el sentimentalismo de un tango. Después de todo, el tango nació, como yo, en Cuba.

A PROPÓSITO

«Veinte años en mi término
/ me encontraba paralítico...»
Canción cubana

Hace poco cumplí sesenta y tres años. Unos meses antes Fidel Castro celebró (si se puede celebrar un entierro) treinta y tres años en el poder sin oposición. Como el despiadado castellano señor de la guerra que al morir no tenía enemigos porque los había matado a todos, Castro no tiene enemigos en Cuba. Treinta y

tres años es más de la mitad de mi vida cronológica y en todo ese tiempo mi biografía ha sido escrita, de una manera o de otra, por Fidel Castro y sus escribanos de dentro y fuera de la isla. Presumir que Castro gobierna sólo en Cuba es no querer admitir que un exilado político es un enemigo que huye al que no le tienden un puente de plata sino una larga mano que puede alcanzarlo dondequiera. Para ilustrar esta imagen paranoica (lo que Freud catalogaría como un complejo de Castración), puedo contar una historia de lo que se llama la vida real.

En 1985, estando en el festival de Cine de Barcelona, recibí una llamada urgente de mi hija menor en Londres. Me

dijo que habían entrado ladrones en nuestro apartamento pero que no me preocupara porque extrañamente los ladrones no habían robado nada. Mi extrañeza fue extrema entonces, pero debía quedarme en el festival hasta el final. Cuando regresé a Londres apenas si había huella del robo que nunca fue robo. Todo estaba en su sitio excepto por un candado enorme provisto por la Policía que sustituía mi violada cerradura de seguridad. Un anuncio del fabricante asegura que es una decisiva protección contra toda clase de intrusos.

Mi hija me contó que no sólo había venido a investigar la Policía local, sino que un detective de Scotland Yard se había interesado en el robo que no era

robo. Durante su visita anunciada había preguntado a mi hija quién era yo, qué hacía y si tenía enemigos personales. Mi hija le dijo que mi único *status*, aparte de ser escritor, era el de exilado de Castro. El agente de Scotland Yard le pidió que yo lo contactara personalmente a mi regreso.

A nuestro regreso comprobamos Miriam Gómez y yo que, efectivamente, los ladrones no habían robado nada. Inclusive un sobre que contenía mil dólares había sido expuesto, abierto y devuelto a su precario escondite sin su sobre. Era obvio que estos insólitos ladrones no buscaban dinero o no aceptaban dólares.

El detective de Scotland Yard resultó

mucho más inteligente que el notorio inspector Lestrade, a quien Sherlock Holmes acusaba con sorna de tener una inteligencia valiosa por lo escasa. Lo invité a sentarse. Lo hizo. Le ofrecí un café. Cubano. No aceptó. (Los agentes de Scotland Yard en servicio no pueden aceptar la invitación de ajenos.) Desde su silla en seguida señaló varios objetos visibles en la sala (una estatuilla *art nouveau*, búcaros *art déco*, libros que llamó «raros» y no ediciones príncipes, dos máquinas de grabar vídeos nuevas) y dijo: «Todo eso cabe en dos bolsas grandes. No entiendo por qué no se llevaron nada.» Tampoco yo. «Han debido pasar mucho trabajo para entrar», admitió. Sabía que habían

intentado forzar mi cerradura de máxima seguridad Banham, garantizada contra todas las violaciones. Al no poder romperla habían tratado de zafar la puerta (nueva) de sus goznes. Pero era grande y pesada y tenía dos pulgadas de espesor. Finalmente armándose con una barra de hierro lograron romper el marco (viejo) de la puerta para desencajar la cerradura. «La operación es ruidosa y debió tomarles tiempo», dijo el detective y añadió: «Corrieron su riesgo.» Ningún vecino había visto ni oído nada. Se lo dije pero por su mutismo supe que ya lo sabía.

Se quedó en silencio unos momentos y después me miró a los ojos, que es vieja técnica policíaca en busca de la verdad

óptica: «Dice su hija —me dijo más que preguntarme— que usted es escritor y exilado castrista.» Así es. «¿Ha recibido usted alguna amenaza de Castro?», me preguntó. No, le dije, pero sus esbirros han tratado desde 1965, cuando dejé la isla, de hacerme la vida lo mas difícil posible, personal y literariamente. Consideré que no debía darle ejemplos. «¿Es usted un exilado activo?» Algo, le dije, pero la hostigación comenzó desde antes de activarme. «¿Ha echado usted de menos manuscritos o algún escrito suyo conectado con su exilio?» No se me había ocurrido que el móvil del falso robo fuera obtener mis manuscritos, los que no estaban archivados en una Universidad americana. No había

contado mis otros manuscritos, entre los que estaba este libro que usted lee ahora, lector, y una obra en progreso que ocurre en La Habana castrista. Pero le dije que no, enfático: no me faltaba ni un papel. Fue en ese momento, al decir que no, que vi el verdadero móvil del robo aparentemente fallido pero con fractura.

El agente de Scotland Yard se puso en pie. Se iba. Pero se detuvo a decirme: «Es extraño.» ¿Qué sería? «A los escritores exilados de Europa del Este les han robado novelas por acabar y panfletos sin publicar. Ha tenido usted suerte.» Por un momento me pareció que dudaba acerca de mi suerte, pero la Policía no duda. «A uno de ellos —me dijo— un escritor búlgaro, lo mataron

hace poco cerca de la BBC.» Lo sé, le dije. Se refería a Georgy Markov, que fue asesinado por la KGB con una minúscula bala de ricín, el veneno más activo que se conoce. El asesino había escondido el arma en un inofensivo paraguas. Inglés por supuesto. Toda la historia apareció reportada por la Prensa (hasta la BBC le dedicó un programa especial) y adquirió un aura a lo James Bond que de alguna manera acentuó el carácter político del asesinato. El motivo aparente fue que Markov, novelista de nombre en su país antes de exiliarse, emitía por la radio una serie de revelaciones íntimas sobre la vida y miserias del innombrable tirano búlgaro, un verdadero bacilo

oportunista. La diferencia es que nunca cuento las aventuras nocturnas de Castro. Sólo sus desventuras diurnas me conciernen.

Antes de irse, el agente me dijo: «Hay un policía que cubre Gloucester Road hasta Palace Gate.» Eso es apenas diez cuadras. «Le diré que dé dos vueltas en lugar de una por su acera.» Le di las gracias. «Pero —me dijo finalmente— quiero que si usted nota alguna irregularidad, por mínima que sea, me llame en seguida al Yard», y me dio su número directo. Pero los ladrones sin motivo, *aparente*, nunca volvieron. Ahora espero que esos visitantes no invitados encuentren en este libro lo que buscaban. No tienen nada que perder,

excepto, claro, el precio de un ejemplar.

LA RESPUESTA DE CABRERA INFANTE

Entre los maullidos del gato Offenbach y la incesante crepitación de la manzana que mordía Miriam Gómez, su mujer, Guillermo Cabrera Infante anotó las cuatro preguntas de un cuestionario improvisado y las mezcló entre los papeles y las fotografías de su escritorio. Al mes, devolvió a Primera Plana diez páginas de respuesta, con la exigencia de que se las transcribiera sin alteraciones. Aquí están, y —aunque sea obvio— corren por su cuenta y riesgo.

Preámbulo no pedido

Cuando dejé Cuba en 1965, cuando salí de La Habana el 3 de octubre de 1965, cuando el avión despegó del aeropuerto de Rancho Boyeros a las 10 y 10 de la noche del día 3 de octubre de 1965, cuando pasamos el *point of no return* a las cuatro horas de vuelo (no era la primera vez que yo viajaba entre Cuba y Europa y sabía que un poco más allá de las Bermudas el avión no puede ya volver a Rancho Boyeros, pase lo que pase), cuando por fin me zafé el cinturón de seguridad y miré a mis hijas dormir a mi lado y tomé el maletín de nombre irónico, mi *attaché-case*, y lo abrí para echar una ojeada tranquilizante

a las cuartillas irregulares, clandestinas, dedicadas a convertir *Vista del amanecer en el trópico* en *Tres tristes tigres*, supe entonces cuál era mi destino: viajar sin regreso a Cuba, cuidar a mis hijas y ocuparme de/en la literatura. No sé si pronuncié o no la fórmula mágica —*silence, exile, cunning*—. pero sí puedo decir ahora que es más fácil en este tiempo adoptar el estilo literario que copiar el estilo de vida de James Joyce.

Durante mucho tiempo guardé silencio. Me negué a conceder entrevistas, me encerré a trabajar y me aparté tanto de la política cubana como de los cubanos políticos de todos los colores. Todavía no escribo a otra gente en Cuba que a mi

familia inmediata, cartas esporádicas y familiares. Sin resultado —porque el comunismo no admite *drop-outs*.

Mi nombre fue arrastrado a una polémica en que los ruidos de la *caucus-race* de Alicia sirven de música incidental al libreto de Ubu Roi, y la realidad escénica convierten a Kafka en un realista-socialista. Insultos personales, inaudita intromisión en mi vida privada, eje excéntrico de una lucha por el poder cultural y maldito *genius loci* —todo dicho con la increíble prosa de esa versión cubana d e l *Krokodil* soviético, *El caimán barbudo*. Pero, por supuesto, el problema no se limitó a una polémica literaria, al uso ruso, donde los perros

de la finca ladran mientras el amo no se molesta en abrir el portón, como ocurrió con los insultos y ataques a Neruda y Carlos Fuentes, hace dos años, y el asalto a Asturias, ahora que derrotó al campeón Carpentier, la rosa roja del ring, eterno aspirante cubano a la faja de los pesos pesados de la literatura.

La caimanada fue seguida y precedida por otros ataques más directos: calumnias personales y políticas, negación del permiso para trabajar en la Unesco, confiscación de libros enviados por correos, minuciosa inspección de la correspondencia familiar y debilerada persecución literaria. Para mí esto no tuvo ni tiene importancia, y que no se convirtiera en lectura *underground* me

gusta, me parece un privilegio. (Alguien, T.E.M., me corrige a tiempo: «Pero tu libro está en la biblioteca de la Casa de las Américas.» Corrección de una corrección: en Berlín Oriental vi una biblioteca, llamada irónicamente Humboldt, donde se podían obtener «*todos* los libros», según justo lapso del intérprete: «enemigos del pueblo», desde Adorno hasta Zinoviev pasando por Nietzsche, Heidegger, Kafka, Sartre, Bertrand Russell —que entonces *eran*, los dos—, Koestler y Adolfo Hitler. «Siempre que se demuestre la *necesidad de leerlos* —añadió el intérprete—, y el solicitante se responsabilice con su nombre, dirección, ocupación y motivo de lectura.»)

Pero hay más. A un novelista europeo se le invita en La Habana a un panel televisado sobre literatura cubana, con el compromiso expreso de que no mencione mi nombre. El huésped es bien educado y cumple su palabra, pero con lealtad personal y honestidad ejemplares (o suicida, en el mundo comunista) habla d e *Tres tristes tigres*. Olga Andreu[1], bibliotecaria, pone mi novela en una lista de libros recomendados por esa democrática biblioteca de la Casa de las Américas, boletín que ella dirige, y a los pocos días es separada del cargo y condenada a una lista de excedentes, lo que significa un terrible futuro porque no podrá trabajar más en cargos administrativos y su única salida es

solicitar ir de «voluntaria» a hacer labores agrícolas. Heberto Padilla escribe un elogio a *Tres tristes tigres* y, con un golpe de dedos que no abolirá al zar, da comienzo a la polémica mencionada. A la semana es cesanteado de ese diario oficial cuyo nombre recuerda demasiado a *Caperucita roja*: «*Granma, what great big teeth you have*!» Ahora, después de meses de suspensión de salida y con otra redacción (castigada la anterior por haber hecho pública la polémica), *El caimán* publica a Padilla su «Respuesta a la Redacción», cierre de la polémica, y, dispuesto va a viajar a Italia para ver su libro de poemas editado por Feltrinelli, con pasaje comprado en

Milán, le es abruptamente retirado su permiso de salida, quitado su pasaporte y de nuevo cesanteado. Las últimas noticias presentan a Padilla en la posición de toda persona inteligente y honesta en el mundo comunista: un exilado interior con sólo tres opciones: *el oportunismo y la demagogia en forma de actos de contrición política, la cárcel o el exilio verdadero*[2].

¿Por qué esta persecución metafórica y estos juicios por poder, y estas condenas a personas interpuestas?

> «Que el jurado considere el veredicto», dijo el Rey por sepesentésima vez ese día.

«¡No, no! —dijo la Reina—. La sentencia primero, luego el veredicto.»

«Tontería absurda —dijo Alicia en alta voz—. ¡Querer dictar sentencia primero!»

«¡Aguanta tu lengua!», dijo la Reina poniéndose roja.

«¡No me da la gana!», dijo Alicia.

¿Qué crimen ha cometido el autor o el libro? Uno solo, y lo cometieron ambos. Ser libres. (Cf. Guillermo Federico Hegel hablando de su monarca: «Un solo hombre libre puede haber en Prusia.»)

«¡Al paredón!», gritó la Reina a voz en cuello. Nadie se movió.

«¿Quién le tiene miedo a *ustedes*? —dijo Alicia (que ahora había crecido hasta tamaño grande)—. ¡Ustedes no son más que un montón de naipes!»

Ahora puedo contestar todas las preguntas.

¿Por qué está fuera de Cuba?

Si uno de veras cree que el hombre no

es más que ser y circunstancia, la única manera de salvar al ser amenazado es cambiar de circunstancia lo más pronto posible. Cuando se viven situaciones invivibles no hay más salida que la esquizofrenia o la fuga. Voy a ilustrar esta abstracción.

En el verano de 1965 regresé a Cuba de Bélgica, donde era *attaché* cultural, a los funerales de mi madre, que había muerto en circustancias turbias (otitis media, ingresa inconsciente en el hospital a las once de la mañana y sin atención médica propia hasta entrada la noche, muere en la madrugada de una enfermedad que nadie muere ya desde antes de la Segunda Guerra Mundial: pero su muerte es también un accidente

patológico que puede ocurrir en cualquier parte si no se toman precauciones a tiempo) mientras yo volaba hacia La Habana.

Pero el viaje no lo hice en avión, sino en el trompo del tiempo. Todavía en Bélgica yo añoraba Cuba, su paisaje, su clima, su gente, sentía nostalgias de las que no me libro aún, y pensaba nada más que en regresar. Pero un país es no sólo geografía. Es también historia. Cuando regresé, en esa primera semana en que todavía no podía comprender que mi madre había desaparecido para siempre, supe, al mismo tiempo, que el sitio de donde había venido al mundo estaba tan muerto como el sitio al que vine. La Habana era una ciudad que yo no

reconocía y no regresaba precisamente de París sino de una Bruselas provinciana y triste, fea. En Cuba, la luna brillaba como antes de la Revolución, el sol era el mismo, la Naturaleza prestaba a todo su vertiginosa belleza. La geografía era la misma, estaba viva, pero la Historia había muerto.

Cuba ya no era Cuba. Era otra cosa — el doble del espejo, su *doppelgänger*, un robot al que un accidente del proceso había provocado una mutación, un cambio genético, un trueque de cromosomas. Nada estaba en su lugar. Las facciones eran reconocibles, pero hasta la propia ciudad, los edificios, mostraba una lepra nueva. Las calles

estaban cubiertas de una viscosidad física, goteada del motor de los vehículos escasos, por causa de un defecto insalvable al refinar el petróleo ruso, pero parecía con su pastosidad negruzca en que las mujeres dejaban sus zapatos (¡artefactos prehistóricos que algunos emprendedores alquilaban a cincuenta centavos la hora!) y todos las huellas, como la metáfora de una viscosidad moral.

El malecón estaba cariado, ruinoso. En los canteros de *El Vedado, que antes fue un barrio elegante, crecían plátanos en lugar de rosas, en un desesperado esfuerzo de los vecinos por aumentar la cuota del racionamiento con sus raquíticas*

bananas. Los puestos de café que antes colaban ante el público en cada esquina, como en Río de Janeiro, se habían esfumado por arte de magia marxista. En su lugar había, en cada barrio de la ciudad, dos, cuando más tres puestos (llamados, como todo, con un nuevo término: cafetera-piloto: esta pomposa terminología «técnica» que bautizaba a las fábricas como «unidades de producción», a los balnearios como «círculos obreros», y a las populares guaguas urbanas, los autobuses, como «unidad rodante», esta jerga utópica competía francamente con la Neo-Habla de los Minrex —Ministerio de Relaciones Exteriores—, Mined —Ministerio de Educación—, Minint —

del Interior—, Init —Instituto de la Industria Turística (?)—, Icaic —Instituto del Arte e Industria Cinematográficos (!), mientras las fábricas se retitulaban Consolidados de esto o de lo otro o si no con criptogramas tales como C518 o C15A) que servían café solamente a determinadas horas de día a clientes ávidos y apelotonados, cuando no haciendo largas colas para comprar el café que la «libreta» (carnet de racionamiento) promete y nunca cumple.

Las vidrieras de las tiendas *realmente* exhibían ropa, porque nadie podía comprarla, ya que eran ejemplares *únicos*, en el mejor de los casos. Otras, las vitrinas servían para encerrar

alegorías martianas o leninistas, más por recurso decorativo que por fervor político. Las más estaban totalmente vacías, y pasear por San Rafael o Neptuno, por Obispo o por O'Reilly (versiones cubanas de Florida), era un acto tan irreal como recorrer con John Wayne la calle real de un pueblo fantasma. En otras partes de la ciudad caminar era pasear por la isla de Trinidad en 1959, o haber regrosado al pueblo natal, de donde el hambre había expulsado en los años cuarenta al 82 por ciento de la población.

En increíble cabriola hegeliana, Cuba había dado un gran salto *adelante* — pero había caído *atrás*. Ahora, en la pobre ropa de la gente, en los

automóviles bastardos (excepto, claro, las limusinas oficiales o los raudos Chevrolet de último tipo de la caravana del Premier), en las caras hambreadas, se veía que vivíamos, que *éramos* el subdesarrollo. El socialismo teóricamente nacionaliza las riquezas. En Cuba, por una extraña perversión de la práctica, se había socializado la miseria.

Sabía (y lo decía a todo el que quería oírme), antes de regresar, que en Cuba no se podía escribir, pero creía que se podía vivir, vegetar, ir postergando la muerte, posponer todos los días. A la semana de volver sabía que no sólo yo no podía escribir en Cuba, tampoco podría vivir. Se lo dije a un amigo, una

suerte de no-persona revolucionaria que hacía punto ecuánime al precario equilibrio de las no-personas arrevolucionarias y las no-personas contrarrevolucionarias. (Ciclo de la no-persona: petición de salida del país; automática pérdida del trabajo y eventual inventario de casa y enseres; sin trabajo no hay carnet de trabajo: sin carnet no hay libreta de racionamiento: el permiso de salida puede demorar meses, un año, dos, siguiendo más las reglas de la lotería política que del ajedrez socialista: mientras, la no-persona se ve obligada a vivir de prestado o del dinero que tenía ahorrado en el banco: para salir debe reponer hasta el último centavo que tenía en el

banco al momento de solicitar la salida; sin una cuenta bancaria en orden no hay permiso de salida, que es automáticamente cancelado: nueva petición de salida: etc., etc.)

Hablé con este amigo[3] condecorado de exes —ex comandante rebelde, ex Ministro, ex diplomático— que acababa de regresar del presidio político, donde había pasado seis meses «castigado» a trabajar junto a forzados contrarrevolucionaros, y al negarse por principio y manifestar que él era revolucionario, había doblado su condena iniciad de tres meses. Según su costumbre, hablaba con él mientras atravesábamos un solar yermo, lejos no sólo del mundanal ruido, pero de

clericales oídos también: «Ya no se puede hablar ni viajando en una máquina. Hay aparatos de detección[4] que se instalan en un automóvil, en cualquier garaje.» Le dije lo que dije más arriba. No dijo nada, solamente me miró. Él sabía. Le pregunté qué iba a hacer. Demoró un rato en contestarme y, antes de hacerlo, se colocó de perfil a las calles paralelas que limitaban el parque: yo sabía por qué; él sabía que hay agentes capaces de leer los labios. «Quedarme aquí —me dijo—. Estás caminando con un muerto.» No me dio tiempo a replicar porque añadió: «Pero yo soy un cadáver político.» Luego me confesó que rogaba todas las noches (no me dijo a qué dios) que lo dejaran irse a

juntar con el Che, que él creía en una guerrilla en el Congo.

Ahora sé que este amigo ha tenido menos suerte que Guevara: hoy no es un inmortal sino un zombi político. Cuba está poblada de ellos, de toda clase. Muchos, no por casualidad, son zombies literarios.

¿Cómo trabaja fuera de su país?

Perdón por responder con una pregunta. ¿Tengo que decir que *muy* bien? ¿Que cómo me fue en España? Muy bien, salvo que debía hacer rodeos para evitar un abismo infranqueable. Sabido es que los latinoamericanos tenemos todo en común con los españoles. Excepto, claro, el idioma.

¿Por qué eligió Londres?

Yo no elegí Londres, Londres me eligió a mí. Fue en Madrid, demasiado ocupado transformando mi visión del amanecer en el trópico, amarrado a las galeras, domando tres tigres a un tiempo, tratando de que el TTT estallara y, por supuesto, olvidado de que el dinero, como el tiempo, es fungible, que llamaron tres veces a la puerta. Como sé que el casero llama más veces que el cartero, dejé que mi mujer abriera. Eran tres los que tocaban. Un funcionario de la Gobernación española para decirme que me negaban la residencia (el pasado pesa tanto que es, a veces, el pesado), un telegrama, y, efectivamente, el

casero, también conocido como Abominable Hombre de las Rentas. Mi mujer, luchando con este *veti* a pierna partida (como lector fiel de Pepita y Lorenzo, el casero había dejado su pie entre hoja y jamba para atascar la puerta), logró echarme el cable, que leí:

GILLERMO INFANTA
NECESITAR ESCRIBA OBRA MAESTRA SCRIPTS PUNTO VENIR ENSIGUIENDO PUNTO TICKETS COMPRADO AVIÓN PUNTO LOVE
JOE

¿Cómo dudarlo un momento? Salté por la ventana. Por el camino (vivíamos en un tercer piso) pensé: *Anch'io sono Swinging-Londoner*!

¿En qué condiciones volvería?

Si Lezama Lima fuera nombrado ministro del Interior.

No, aun así, lo pensaría dos veces y trataría de recordar qué crítica escribí (o dejé de escribir) sobre *Enemigo rumor* o *La fijeza*. Además de que está por medio la parodia del Poseso Penetrado por un Hacha Suave[5].

«Es peligroso dejar el país de uno, pero es más peligroso volver a él, porque entonces tus compatriotas, si pueden, te clavarán un cuchillo en el

corazón.» Esas sabias palabras son del Yei-Yei, de Jotajota, de James Joyce. Como en otras ocasiones, las hago mías: sólo le añado una sabiduría moderna. Donde JJ pone corazón yo podría decir espalda.

Además de que yo soy un verdadero exilado. Los otros escritores latinoamericanos que viven en Europa pueden regresar a sus países cuando quieren. De hecho lo hacen a menudo. Yo no puedo hacerlo. Aparte de que físicamente no duraría una semana en libertad. (O, en el mejor o peor de los casos, me convertiría, automáticamente, en una no-persona, en un paria político, en un leproso histórico: ya he padecido ese mal de Marx antes, cuando se

prohibió *P.M.* y clausuraron *Lunes*.) Les queda, además, el recurso de enviarme a cosechar boniatos, llamados también palta o camote en otras tierras (labradas) de América Latina. O a cortar caña. O a recoger colillas en un paradero de ómnibus, castigo a que sometieron hace poco a un conocido teatrista militante (de la Revolución, pero también, ay, del Homosexualismo), aunque refractario a la agricultura como destino. Pero aunque pudiera regresar (suponiendo que venciera ese trámite único en América, privilegio que los cubanos disfrutamos con el socialismo: ¡la solicitud de permiso para regresar un ciudadano a su propio país!) sin represalias, queda el problema del

vehículo y dónde tomar tierra. Más que un trompo necesito el tropo del tiempo. Cuba no existe ya para mí más que en el recuerdo o en los sueños, y las pesadillas. La otra Cuba (aun la del futuro, cualquiera que éste sea[6]) es, de veras, «un sueño que salió mal».

Colofón nunca querido

Sé el riesgo intelectual que corro con estas declaraciones inoportunas, ahora que el santo patrón (laico) de Cuba no es ni Marx ni Mao sino Marcuse. No me olvido de la teoría de ilustres laboratoristas del socialismo (del lógico lógicamente senil Norman the Mailer, sin desdorar a Juan Pablo apóstol —del próximo Milenio— y su camal Simona),

que se empeñan en tomar a los cubanos como conejillos, inevitablemente, de Indias. Sé del riesgo Migratorio de quedarme sin pasaporte: Severo Sarduy, por ser infinitamente menos explícito, estuvo dos años sin documento alguno, hasta que no le quedó otro remedio que naturalizarse francés.

Sé de otros riesgos. Sé que acabo de apretar el timbre que hace funcionar la Extraordinaria y Eficaz Máquina de Fabricar Calumnias; conozco algunos de los que en el pasado sufrieron sus efectos: Trotsky, Gide, Koestler, Orwell, Silone, Richard Wright, Milozs y una enorme lista de nombres que, si se hacen cada vez menos importantes, puedo terminar on Valeri Tarsis: tan

diferentes unos de otros, pero todos marcados por la misma impronta. Sé que dejar tu partido no es lo mismo que abandonar tu país —aunque tu país sea ahora un partido. Sé la respuesta al lema «con mi patria, cierta o errada» —que es la misma que dio Chesterton: «Eso es como decir, *My mother, drunk or sober*.» Pero sé también que el argumento que no sirvió para exculpar a los criminales de guerra nazis, sirve para excusar a los criminales de paz soviéticos— fueron fieles a su causa.

Ninguna consecuencia de esa malsana sabiduría me preocupa. Me preocupa únicamente la suerte de mi familia dejada en Cuba, librada a cualquiera o a todas las represalias, desde el despido

hasta el campo de trabajo forzado; camuflado, por supuesto, con siglas: UMAP, UVAP. Pero tenía que decir, que empezar a contar estas cosas algún día aunque perturbe la visión a mis amigos —algunos de ellos, de tanto cazar arcoiris en el horizonte político, han quedado incurablemente cegados por el espectro del rojo. Siento, de veras, tener que molestar sus sueños. No puedo hacer otra cosa. Diría estas verdades aun si todos mis amigos se llamaran Platón.

30 de julio de 1986

LA CONFUNDIDA LENGUA DEL POETA

Más que en esos «peores y mejores de

los tiempos» con que Dickens representó la Revolución Francesa, vivimos donde «la confusión ha hecho su obra maestra», como presentó Shakespeare el momento en que Macbeth, adicto ya al poder y a la historia, asesinó al noble buen rey Duncan mientras dormía, y repartió por igual la culpa y el terror.

Cosas caen a pedazos: el eje no sostiene
Pura anarquía que anda suelta por el mundo...

Así describía Yeats la Revolución Rusa en su «Segundo Milenio», en 1921.

Pero en 1968 todavía

> *La marea tinta en sagre se desata, y en todas partes La ceremonia de la inocencia se ve ahogada...*

Hace tres semanas, en estas mismas páginas, no sólo la confusión creó otra obra maestra, sino que un ceremonial de inocentes naufragó en vituperios. El cubano Heberto Padilla, quizás el único poeta revolucionario de su país y por ello mismo un perseguido —entre otras muchas cosas por defender un libro mío y mi memoria en público, pero también porque «un gobierno no quiere

escritores, sólo quiere amanuenses», como dice Soljenitsin— me atacó bestial, tal vez después de leer a Marx. Mi delito, haber revelado en el extranjero que le acosaban, rompiendo por primera vez la *barrera del silencio*, ese acuerdo de caballeros rojos y rosados con respecto a la injusticia creada (en Cuba) en nombre de la justicia. Creí devolver a Padilla el favor literario y humano y he aquí que he cometido un crimen sin nombre, una abyección (cf. Evtuchenko contra Sinvavski y Daniel: «Estoy de acuerdo con lo que se hizo con ellos... ¿Es que vamos a permitir lavar nuestra ropa sucia *fuera* de casa?»).

En Cuba, al poner en pie a Marx han

parado de cabeza a Martí. Fue José Martí quien dijo de otra tiranía: «Presenciar un crimen en silencio, es cometerlo.» Ahora cometer un crimen (en Cuba) es *decir* que se lo presenció. Esta confusión tropical son los sueños de la razón que come el loto de la Historia. Malos son los tiempos en que la pesadilla se nos presenta como el único sueño posible, cuando nos imponen el caos como un Nuevo Orden. Entonces la política es una rama de la metafísica, la religión por otros medios, y el comunismo resulta uno de los avatares del mal.

No queda más escolio que la escatología. O tal vez leer ese texto como un libreto para el teatro de la

crueldad política. A pesar mío, sin embargo, tengo que tomar literalmente la palabra escrita a Padilla, porque —él lo sabe mejor que nadie— *quod scripsi, scripsi*.

«Creo innecesario aclarar que escribo estas líneas con plena libertad», dice Padilla en La Habana un día de setiembre. Pero yo recibí esta carta fechada el 27 de ese mes: «He sabido que la Uneac, luego de haberte expulsado por traidor, "invitó" a Padilla a que te "respondiera", y que él lo va a hacer en una forma bastante peligrosa para su salud.» No tanto, no tanto, corresponsal —a no ser que la plana en *Primera Plana* no sea la primera. Escribe un tal «E.R.G.» en *Triunfo* de

Madrid, en noviembre: «Se asegura que Padilla se defendió en carta directa a Cabrera, impugnatoria de aquellas declaraciones, carta que no fue publicada.» (¿Dónde «no fue publicada»? El siglado español se cuida de aclararlo, pero no de mentir cuando dice que yo «deserté de la diplomacia cubana».) «Una nueva carta —aún no aparecida, pero que insertará seguramente *índice*— reitera su oposición teórica a Cabrera, aunque no renuncie a su amistad.» Tal vez otro índice de sacristía revele este misterio religioso. Si no es que antes Padilla se confiesa saboteador de autobuses o incendiario de cañaverales. ¿Por qué no? Después de todo, Bujarin era un

filósofo y en los Procesos de Moscú «con plena libertad» confesó «haber envenenado *todo* el trigo de *Ucrania*».

Para los que duden de la posibilidad de una encamación del alma es(c)lava en el trópico, puedo citar una tirada de Haydée Santamaría de Hart[7] directora de la Casa de las Américas y heroína de la Revolución, quien reveló este secreto de Estado totalitario al poeta Pablo A. Fernández y a mí, recién llegada de Rusia: «En la URSS no hubo ni un solo artista en la cárcel. ¡Nunca! Ningún creador fue jamás puesto preso. ¡Pero ni *uno*! La camarada Furtseva me explicó que los artistas abstractos y los escritores decadentes burgueses que fueron encarcelados, fue por ser agentes

del nazismo.» Perdonen que me ría al transcribirlo. No es tanto que *Yeyé* Santamaría pronunciara *Uhr* en vez de URSS ni que en la misma conversación confesara que ella creía que Marx y Engels eran una *sola* persona («Ustedes saben, como Ortega y Gasset»), sino que recuerdo la mirada ladeada que cambiamos PAF y yo; imaginen a los Dos Ladrones oyendo decir a Cristo, «Señor, un poco más de flechas y de clavos, S. V. P.», y tendrán una remota idea de la incomodidad que produce en dos pecadores verse obligados a rodear para siempre una santa con una misión en la tierra.

Pero sé que puedo hacer chistes y parodias por el gusto de jugar con las

palabras, mientras que Padilla usa las palabras porque es su vida la que está en juego. Cierto. No menos cierto que yo elegí este libre albedrío, mientras Padilla escoge la Historia y la esclavitud. Aunque puedo asegurarles a los lectores (no a Padilla: él bien lo sabe: «El socialismo es tristeza», solía decir, «pero abriga») que la libertad tiene más riegos que la servidumbre. Uno de sus peligros es saber que libertad de palabra puede significar esclavitud de imprenta. No lo digo por los gajes del oficio de hombre libre, que alejan del destino literario como la velocidad acerca el punto de llegada: en razón inversa. Digo la ausencia de una imprenta *libre*. Eso que Alejo

Carpentier expresó con esprit (y acento) francés: «¿*Asilarme* en Francia? ¡Idiota! ¡Como si yo no *supiegra* que el escritor que se pelea con la izquierda está perdido!»

El Teorema de Alejo fue resuelto días atrás por mi editor catalán. Carlos Barral leyó mi entrevista para escribirme una carta que quiere ser insultante y es solamente torpe. Más que torpe, ebria de celo revolucionario. Este jefe (de empresa) que ha decidido defender el comunismo en la Muy Fiel Isla de Cuba hasta la última peseta ajena y hasta el último cubano, descubría que mi inglés es «de inmigrante» (no lo será así que pasen cinco años: será entonces inglés «de naturalizado») en el mismo

párrafo que escribía Tópica en vez de *Topekal* Ésta es la última carta que me escribirá Barral, como *Tres tristes tigres* fue mi primer y último libro para (Seix-) Barral, el sentimiento de asco es mutuo. Pero quiero tocar esa viscosidad ahora para citar el final que es una coda: «Comunico esta carta... a la Casa de las Américas, a los que seguramente *extrañaría* mi silencio.» Una vez más tiene razón Orwell: «*No hay que vivir en un país totalitario para dejarse corromper por el totalitarismo.*»

Dice Padilla de mí: «Asumiendo el papel de todo contrarrevolucionario que intenta crearle una situación difícil al que no ha tomado su mismo camino...» No sólo el «papel de todo

contrarrevolucionario», también de *todo* «revolucionario» en *otra* ruta, ya que fue Lisandro Otero quien acusó a Padilla de *contrarrevolucionario disfrazado (Le Monde*, noviembre 5) que trata de «suscitar en nuestra patria *problemas checoslovacos*... (y) quiere poner en contradicción al escritor y al poder revolucionario». Otero, versión posible ahora de Zhdanov en Cuba, solicita luego con voz de fiscal: «Hay que actuar contra estos elementos.» ¿No será que la palabra contrarrevolución se usa en Cuba como decía Jarry que usaban los filósofos la metafísica: para hacer *invencible* lo *invisible*? (¿O será tal vez para hacer *vencible* lo *visible*?) ¿Pero quién fue el «contrarrevolucionario»

(según Padilla) que puso en dificultades a un «contrarrevolucionario» (según Otero) creándole una «situación difícil»?

Las «dificultades de Padilla» no comenzaron con (*por culpa de*) mi entrevista (*Primera Plana*, 16 de agosto de 1968) ni mucho menos. Pensar que es así sería admitir la vanidad de creer que un «cúmulo de falsedades» (como ha decidido la izquierda llamar a mis declaraciones, demostrando que la derecha es la única capaz de decir la verdad hoy) haya podido por sí solo colocar a una «avanzada del progreso» en lo que el columnista de *Triunfo* llama «una crisis grave». Tampoco empezaron estas dificultades por la polémica

acerca del ingreso de mi novela TTT en el Index castrista, dirimida por Padilla un año atrás con Lisandro Otelo, quien con su rampante ortodoxia actual trata inútilmente de borrar su pasada asociación con la alta burguesía cubana. Ni siquiera comenzaron a perseguir a Padilla cuando publicó un poema en la misma antología de *Ruedo Ibérico* en que Retamar se declara «hombre de transición» para emoción de «A.R.G.» y el poshlost comunista y carcajada de todo el que conoce a Retamar, hombre de *transacción* si los hay. Este poema de Padilla se llama «*En tiempos difíciles*» y allí alguien (la voz de la conciencia revolucionaria, el Partido, Fidel Castro o lo que sea) le pide que se

entregue todo él, y cuando el poeta lo ha dado todo-todo, *anatómicamente* hablando TODO: «*Le explicaron después que toda esta donación sería inútil sin entregar la lengua.*»

Esta temeridad (que en un país *no* totalitario sería retórica de poema de Blas de Otero o Nicanor Parra, pero cercana al suicidio en Cuba) la cometió Padilla en un número-homenaje a Darío de la revista *Casa* (mayo 67), para el que se requisaron poemas. Como con las críticas encargadas por el *Caimán* sobre la novela del comisario Otero, Padilla «no se ajustó a lo pedido» con su poema, y aunque Retamar intentó *pers(uad/egu)irlo*, él insistió en la publicación. Pero los peligros de

Padilla no se iniciaron entonces. Como los males crónicos, solamente se agravaron.

Fue el mismo mal que contrajo (Padilla y todo intelectual verdadero) cuando se hizo juicio privado (primero el veredicto, después la sentencia, luego la vista del juicio: en la Biblioteca Nacional, en 1961, con F. Castro de juez/fiscal/jurado) al corto *P.M.*, de Sabá Cabrera, inocente ensayo de *free* cinema realizado en un país que comenzaba a demostrar que el mero adjetivo libre induce en los totalitarios la necesidad biológica de cometer crímenes contra su nombre en su nombre: *Liberté, combien de crimes*... A partir de ahí, de las deleznables

Palabras a los Intelectuales (pronunciadas después de arrojar Castro su habitual pistola sobre la mesa, en gesto de gángster en *pourparler*: obsceno pero en carácter) como colofón, se prohibió *P.M.*, se creó la atroz Unión de Escritores, se clausuró *Lunes de Revolución*, se hicieron sistemáticas las persecuciones a escritores y artistas por supuestas perversiones éticas (vg. por pederastia: presos Virgilio Piñera, José Triana, José Mario, destruido el grupo El Puente, Raúl Martínez echado de las escuelas de arte junto con decenas de alumnos ejemplares, allí y en las universidades, Arrufat destituido como director de la revista *Casa*, etc., etc.) cuando en realidad se les castigaba por

desviaciones estéticas (i. e, Sabá Cabrera, Hugo Consuegra, Calvert Casey, GCI, exilados; Walterio Carbonell, sociólogo y viejo marxista de raza negra, primero expulsado de la UNEAC por decir que en Cuba no había libertad de expresión y ahora condenado a dos años de trabajos forzados... por organizar una rama cubana del *Poder Negro*\ Luis Agüero, uno de los mejores escritores jóvenes, condenado junto con miles de cubanos anónimos a trabajar en ese Cordón de La Habana —que tanto emociona a los poetas compañeros-de-viaje y a los turistas del socialismo— por el crimen sin nombre de solicitar la salida del paraíso obrero, etc.), y la Revolución Cubana, como todas las

revoluciones traicionadas, convirtió la esperanza en espera —y la física en metafísica y la ideología en escatología medieval o en la otra escatología.

Es curioso que Padilla en su carta no admita lo que hasta un viejo comunista profesional proclama. Saverio Tutino, antes corresponsal de *L'Unità*, escribe en *Le Monde* hablando de las angustias de Padilla —y de Antón Arrufat, ni siquiera mencionado en mi entrevista— excomulgado por la Iglesia ortodoxa cubana: «... la *revelación* de (estas) divergencias marca el fin de la *tregua de diez años* entre la *Revolución* y el *mundo artístico*...». Curiosa y más-que-curiosa esta coartada por el reo Padilla a sus inquisidores («[yo estaría] de

parte... del más torpe de los procedimientos» contra GCI), cuando aún *L'Express* (24/Nov./68) llama a este fenómeno que hace llorar emocionado al poshlost y al Walshlost, «un stalinismo con sol».

«La revolución no es un lecho de rosas», declama el poeta. Claro que no, es un lecho de Procusto, capaz de cortar hasta la lengua entregada si «no se ajusta a lo pedido». Después de escribir en setiembre la carta-encargo de la UNEAC, después de atacarme amedrentado el cimarrón político por los ladridos de la jauría, por decir *yo* que *él* era perseguido, después de hacer confesión (escrita) y contrición (publicada) el pecador Padilla está más

lejos que nunca de las puertas del cielo del creyente. *Verde Olivo*, semanario del Ejército cubano, lo *acusa* de «múltiples delitos» —entre los que esta haber malversado divisas del Estado socialista.

Pero todavía hay más. Padilla ganó hace poco el concurso de poesía de la UNEAC —que comportaba un viaje al extranjero. Este organismo estatal intentó recha/ar (y por tanto influir en) el veredicto del jurado internacional. Cuando lo aceptó finalmente fue publicando este repudio previo: «... por entender que ideológicamente se manifiesta fuera de los principios de la Revolución Cubana, se acordó... expresar su absoluta inconformidad con

esta obra». Añadiendo además: «*Este acuerdo se hace extensivo a "Los siete contra Tebas", de Antón Arrufat.*» Ahora, después de entregar Padilla no sólo la lengua sino la dignidad y el pudor del poeta, la Uneac (¿por qué sonará ese nombre a graznido de urraca?) publica su libro de poemas, *Fuera de juego*, convenientemente prologado. He aquí algunas de esas margaritas no para, sino de cerdos:

Padilla tiene la vieja concepción burguesa de la sociedad comunista (y) trata de justificar —(con) ficción y enmascaramiento— su notorio ausentismo de su patria en los momentos difíciles en que ésta se ha enfrentado al imperialismo y su

inexistente militancia personal: convierte la dialéctica de la lucha de clases en la lucha de sexos (sic,), sugiere persecuciones y climas represivos, identifica lo revolucionario con la ineficencia y la torpeza; se conmueve con los contrarrevolucionarios y con los que son fusilados por sus crímenes contra el pueblo y sugiere complejas emboscadas contra sí que no pueden ser índice más que de un arrogante delirio de grandeza o de un profundo resentimiento...»

Y no le llaman paranoico (y lo internan en un manicomio, al uso ruso) porque un estado-policía es la mejor cura contra la paranoia: no hay manía de

persecución posible allí donde la persecución es manía.

En aquellos golpes (de pecho) que no abolieron el azote oficial, Heberto Padilla, al hacer donación de su lengua, sugiere que en otro setiembre ardiente («en 1965, cuando regresó a Cuba») yo también rendí lo que Quevedo llamaba «la sin hueso» al Creador. No hay que insinuarlo cuando yo lo admito. Sí, doné mi lengua en Cuba entonces y hubiera dado otras partes blandas de mi cuerpo (una oreja renuentemente vangoghiana, por ejemplo, y la otra), lo hubiera dado todo —hasta la vida— con tal de escapar de ese paraíso con culpa *ad hoc* (cf. Che Guevara citado por *Verde Olivo*, o el mostruo alabando a

Frankenstein: «... la culpabilidad de... nuestros intelectuales y artistas reside en s u *pecado original*: no son auténticamente revolucionarios... Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original...», o que se preparen) y librarme de esa Urhdalia, de ese Juicio de Marx. Entonces recomendé a mis amigos que camuflaran sus pecas históricas con disculpas cosméticas y maquillaje de contrición —pero siguieran cuanto antes el sabio consejo de Francesco Guicciardini, contemporáneo y amigo de Maquiavelo, dado hace 500 años: «Ninguna regla es útil par vivir bajo un tirano sanguinario y bestial, excepto quizás una, la misma que en tiempos de la peste: *huye tan*

lejos como puedas.»

Mi crimen, lector incauto, *candidato*, no fue *crear* o *apoyar o encubrir* sino *denunciar* la infamia, revelar quién comió el loto de los intelectuales, advertir que la roja manzana está emponzoñada, levantar la cabeza y ver desnudo al déspota que nos describen como un buen rey vestido de luces de promisión. Si esta desvelación equivale a un acto contrarrevolucionario, a herejía, a traición o lo que sea, me es igual. Hace rato que yo asumí esa culpa. Quiero, sí, decir que considero a Heberto Padilla infinitamente menos cómplice que a todos esos huéspedes políticos con equipaje de excusas, que pasan sus vacaciones en el triste trópico

y cuando no describen una sociedad de miserias como el País de Cocaña (de azúcar), regresan imitando a la trinidad simia: *nada* vieron, *nada* oyeron, *nada* dicen, porque

> «Grande es la verdad, pero todavía mayor, desde un punto de vista práctico, es el silencio de la verdad.» Aldous Huxley, *Un mundo feliz.*

14 de enero de 1969

CARTA A TOMÁS ELOY

MARTÍNEZ DE *PRIMERA PLANA*

Londres, 23 de setiembre de 1968

Mi querido Tomás Eloy, ahora se ha ido el segundo cartero, después que el primero llamó tres veces para desmentir a mi casi tocayo y antiguo artífice, James M. Sucede que hay que llamar más de tres veces para despertarme a la 8:15 G.M.T. Regresó otro (o el mismo repetido) a las once con tu carta toda abultada y cargada de misterio, que no era mas que el misterio de cuando la información regresa transformada por el medio: las pruebas de galera son el mensaje, diría McMamalujo.

He leído tus cartas, las he releído, me

he re-releído (esa odiosa «lectura de escritor», como decía Faulkner, que tú debes conocer muy bien con su gusto a brea, a pez rubia en la glotis) y, mi querido Tomás, he llegado a la rápida, pero no por ello menos meditada, decisión de que es mejor no publicar mi carta respuesta a las cartas en respuestas a las respuestas mías a tu cuestionario. Como tú bien sabes (o debías saber, después de conversar conmigo) yo no tenía más remedio que contestar a tus preguntas como lo hice. Es decir, voluntariamente he renunciado a cualquier esquema político para conducir mi vida. Es decir, lo que opino en privado estoy dispuesto a sostenerlo en público,

dondequiera, al revés de muchos de mis colegas. Es decir, que padecí durante demasiado tiempo esa condición a que están sujetos todos (y digo, todos) los escritores cubanos, aun muchos de los que residen en el extranjero, que opinan pestes de la Revolución y de Fidel Castro (créeme y te puedo jurar por los restos de mi madre o si crees que esto es demasiado melodrático, argentino, te puedo jurar por la seguridad de mis hijas y si crees que este juramento es demasiado fácil, te puedo dar mi palabra de honor que esas líneas que pongo en boca de Nicolás Guillén son una cita verbatim de lo que Nicolás me dijo un día de agosto o setiembre en el patio de la

UNEAC, junto con otras más íntimas que no quiero repetir) en privado y en público aparecen apoyando la Revolución, sin beneficio aparente pero sabiendo que las consecuencias de ser consecuentes son siempre onerosas. No todo el mundo escribe Mein Kampf para después seguirlo ad pedem literae. (Si esto, por vuelcos de la memoria, te parece nazismo, te ruego que mires mis fotos a color para ver mi color y luego anunciarte que mi abuelo materno se llamaba Infante Espinosa mientras mi bisabuela materna se llamaba Caridad Espinosa y su marido fue un militar español llamado Sebastián Castro Sidonia natural de Almería: ¡es imposible con

estas mezclas de huanche —mi padre, Cabrera, nació en Canarias— negro, indio, y sefardí querer hacer la apología de las ideologías arias!)

Tu poda ha sido maestra, pero aparezco como un simple refutador de Walsh —victoria que aun Pirro habría considerado onerosa: ¿quién quiere aplastar a un periodista tan informado que cree que se habla inglés en Bélgica? (Por cierto, hay un dato que había olvidado, pero que me fue recordado por Juan Arcocha, por teléfono, desde París: ya en la primera mitad de 1959, en una fiesta que dio Pablo Armando Fernández en su apartamento del Retiro Médico, diez pisos por encima del mío, Rodolfo

Walsh tuvo una discusión con Juan porque sostenía que, ¡lo que había en Cuba era fascismo! Mira a qué han conducido los nuevos vientos políticos a este weathercock: weathercock es la manera poética que tienen los ingleses de llamar a la veleta.) Pero, francamente, no puedo aceptarla. ¿De qué valen estas refutaciones si se ha perdido todo el humor? Así la cita de Carroll, a la que yo daba carta de máxima actualidad después de haberla utilizado en mi respuesta como un elemento aparentemente decorativo, ha desaparecido en tus galeras y con ella casi todo el swing and soul de una argumentación en que, de pronto, me vi arrastrado por la vulgaridad de mis

contendientes. Algo así como si Jigoro Kano, el legendario fundador de la escuela Kodokan de Judo, condescendiera a batirse con Willie Pep, uno de los boxeadores más sucios de los anales del ring. Déjame decirte que en el momento que envié el primer cable —ese que decía VIÑAS COMIO CARNADA, etc.— hasta que regresé de Correos, de pasarte el cable autorizando tus cambios, mi decisión no hizo más que aumentar en sentido negativo. ¿A qué combatir tan vigorosos agentes del Bien? ¿Por qué perder mi tiempo cuando yo también, como Marcel Duchamp, nací para el ocio? ¿Qué me importa toda esta gente que si son honrados un día se

horrorizarán de haber endosado tanta vieja podredumbre que se presenta como el Único Nuevo Orden, y si no lo son no valen la pena? Déjame decirte que una de las razones de mi descontento otoñal con esas líneas escritas en pleno verano es que podaste toda referencia inicial al poshlost y a sus variantes pamperas, que daban a mi respuesta una cierta lejanía que quiero creer elegante. Otra es aparecer en octubre contestando injurias de agosto, como si me hubiera dedicado todo este tiempo a pensar cómo enfrentar tan formidables contrincantes, cuando tú y *Primera Plana saben que la respuesta fue inmediata a la lectura de la carta de*

Walsh publicada por ustedes. Por otra parte, muchos de mis argumentos descansaban en las notas. en las que presentaba testimonios de aludidos como affidavits de mis aseveraciones, a. g. el poema de Padilla, las referencias a las siglas (¡el siglo de las siglas!) hecha por Pacheco. En fin, en fin.

No sabía que habías enviado la Primera Plana a La Habana, si sabía que la habían recibido, porque tengo cartas de gentes que la leyó (entre ellas dos de funcionarios de Cultura cuyos nombres me reservo) en que me acusan en una de haber dicho falsedades y en otra —recibida por intermedio de viajeros a Madrid— en que me

reprochan no haber dicho una centésima parte de lo que en realidad ocurre en Cuba: «Tú también Caín, has perdido la perspectiva y comentas cosas frívolas cuando hay tanta tragedia por conocer todavía.» Ya, también, han comenzado las represalias, indirectas y directas. A la madre de mis hijas, Marta Calvo, funcionaría de la Casa de las Américas, le hacen la vida imposible. Mi padre tendrá que regresar al pueblo natal por los comentarios que lo persiguen día y noche. Tengo aquí una comunicación de la UNEAC, publicada en el diario Granma, en que se me declara (junto a la pianista Ivette Hernández, que se asiló en España:

coyunda típica en que se me hace yunta con una música apolítica ex profeso) «expulsado de la Unión de Escritores por traidor a la causa revolucionaría».

Cosa que, después de todo, no deja de resultar cómico, si no fuera porque resulta una tragedia para mi familia. Digo cómico porque en esa UNEAC se han dicho toda clase de pestes de mí y después de las persecuciones oficiales yo debía estar fuera de ella hace mucho tiempo, o al menos eso creía. Pero es que el comunismo es no sólo una caja de Pandora, sino también de ¡sorpresas!

Deduje que querías balancear mi declaración con ciertas concesiones a Cuba y a sus adláteres argentinos

cuando vi la publicación seguida y sucesiva de textos canónicos o aprobados o premiados por la Kultura Kubana —vg. Cisneros, Barnet, Celestino antes del. Lo entiendo. He trabajado en revistas y en periódicos en Cuba, bajo el capitalismo y en el socialismo, mucho tiempo para no comprender las razones de Estado del Cuarto Poder. Sé que publicar es siempre hacer política por otro medio. Nada de esto me impide, ni me impedirá seguir siendo tu amigo, en primer lugar, y amigo de Primera Plana y aun su colaborador. Inclusive comprendo las razones que te llevan a simpatizar con la realidad cubana, a estar de acuerdo con ella, pero las

entiendo menos después de Checoslovaquia. No creo que la vida en Cuba sea mejor que en Polonia o en Rusia, porque sé que la URSS está, como Inglaterra, como USA, como Japón, como Alemania bajo Hitler, cumpliendo, con todas las reservas habidas y las diferencias posibles, llenando su destino de gran potencia. Como lo harán China y la India y Australia en el futuro cercano y tal vez un día, Brasil, México y la Argentina, o Sudáfrica y Francia ahora. Las grandes naciones serán siempre grandes no sólo por la historia, mucho más por la geografía. En Polonia, a pesar de los esfuerzos canallescos de Gomulka, no hay un Stalin. En todos

los países socialistas (incluida Albania) hay una legalidad que existe por lo menos en el papel. Tú no sabes, Tomás, lo que es vivir en un país sin constitución, sin derechos individuales, donde el enorme aparato represivo (mis estadísticas, también suprimidas, no están, créeme, inventadas) está al servicio no de una idea o de un régimen, sino de la biología de UN SOLO individuo. Esto es, mientras más lo pienso y a pesar de la moda izquierdizante, a pesar de que los anarquistas llevan botones de Mao en la solapa, a pesar de que los flower children se han convertido en agentes disolventes, esta situación cubana, este Cuban Thing que tan alegremente

canta Gelber[8]*, es una monstruosidad histórica. Fíjate que no te hablo de Tropicana ni del Capri, sitios que, de veras, nunca figuraron en mi mapa habitual, sino como lugares en que podía habitar el arte de la música, hábitat de los monstruos de la creación popular, que también se llamaban tugurios como el Chori o bajofondo como los muelles o un pobre músico callejero dando una serenata. No fui a Tropicana (y no me excuso sino te explico) hasta 1955, el Capri fue levantado en 1958, y viví en La Habana desde 1941. Igualmente podría haber hablado (y hablaré en Cuerpos Divinos,) del teatro Shanghai, del Zombie Club, las fiestas de ñáñigos,*

del carnaval habanero y sus comparsas, de toda la vida que el prusianismo ha erradicado de Cuba. No veo por qué haya que cantarle a la vida espartana, cuando uno sabe que el sibaritismo no es una vida menos decadente que la helenística o la victoriana, cuando uno sabe, a ciencia cierta, que toda ideología es, en último término, reaccionaria. Esto se aplica no sólo a las enseñanzas de Cristo en el momento en que creó discípulos como Pedro y apóstoles como Pablo, sino también a Marx cuando convenció a Engels para que se hiciera su Saulo en Tarso. Aclarada, o creo que aclarada, mi posición con respecto a Cuba, a mis declaraciones, a las

cartas-respuesta y las respuestas.

POLÉMICA CON UN MUERTO

Rodolfo Walsh fue uno de los desaparecidos de Argentina. Lo que es de lamentar. Habría debido vivir para ver su paraíso lejos del paraíso, Cuba, completar su vocación de infierno. Mientras el mundo comunista, que creía eterno, se desmoronaba, como el muro de Berlín, cada día. Ahora hasta la Unión Soviética ha alcanzado su destino utópico: no está, como toda utopía, en ninguna parte.

Walsh me reprochaba que dijera que la historia había muerto en Cuba porque era falso. Todo lo contrario: no sólo ha muerto sino que no murió de muerte

natural, como la historia antigua. La historia de Cuba murió porque la mató Fidel Castro con su pistola eterna en su uniforme de militar de perenne verde olivo. Hubo en 1959 una canción de breve moda y duradera receta. «Se acabó la diversión —decía con exacta precisión y seguía—: Llegó el Comandante y mandó a parar.» Pero aquí el compositor se equivocó de verbo. Debió decir: «Llegó el Comandante y mandó a matar.» Pocas veces en la tradición de tiranos militares, que va desde Rosas en Argentina a Trujillo en la República Dominicana, ha habido hombre más lobo del hombre, y de la mujer.

Mi carta a Walsh no fue nunca

publicada en *Primera Plana* aduciendo escasez de espacio. La reprocuzco ahora porque mi respuesta muestra no lo acertado que estaba yo, sino lo errados que estaban estos revolucionarios amateurs que cavaron, como quería Saint-Just, su propia tumba, y de paso las de miles de sus compatriotas al sacar de su jaula a la bestia de derechas pero también de izquierdas. Walsh se suicidó con su acto político, pero si el suicidio es, después de todo, un asunto privado, no lo es la incitación a la masacre.

Otro patriota de entonces que ya no son los mismos fue David Viñas, que no cavó su tumba, como Walsh, sino la de su hija, para después refugiarse, ¡quién lo diría!, en el paraíso capitalista.

O al menos en uno de sus jardines de Academia como profesor invitado a una Universidad americana. Las lindezas que me dedicó Viñas por decir que Fidel Castro era un emperador en cueros, escritas junto con su hermano y otros colegas de la revista *Problemas del Tercer Mundo* (que era una ficción argentina, algo así como el «Tlön, Ukbar Orbis Tertius» de Borges reducido a «Orbis Tertius»), formaron parte de una campaña fiera con sede en Buenos Aires, que demostraba que un comunista es un animal que después de leer a Marx ataca al hombre. Pero, ¿dónde están hoy mis queridos enemigos? Tengo que confesar que fueron, en 1968, para mí, como una diversión.

INVITATION TO WALSH

«Del tirano di todo, di más.»
JOSÉ MARTÍ

Está visto que el comunismo no admite *drop-outs*. Ni en Europa Oriental, ni en Cuba, ni tampoco en Argentina, según se ve por los ataques personales que me hace Rodolfo Walsh en su carta a *Primera Plana.*

Parece que mi descripción (parca y eufemística, créanme) acerca de *the way it was* en Cuba en el verano de 1965, se

va a convertir en lo que me temía: una polémica más larga que el número de días de gobierno arbitrario y unipersonal de Phidel Kastro.

Nunca imaginé a Rodolfo Walsh como Platón. Como nunca pensé que la Extraordinaria y Eficaz Máquina de Fabricar Calumnias echara a andar en Buenos Aires con un solo tornillo. Que R. Walsh (no confundirlo con el director del film *Su último refugio, High Sierra*, R. Walsh), con tan pocos elementos, urda tal patraña para cumplir con su cuota, demuestra que es un *fellow-traveller* agradecido, y previsor. Una suerte de cigarra de mentiras que es a la vez su propia hormiga almacenando méritos. No sólo paga ahora con tanta

dificultad la invitación que le hicieron al dulce enero del Caribe (un solo verano de falacidad) como turista del socialismo (pasajes pagados con las escasas divisas, estancia gratis en el Habana Libre *ci-devant* Hilton, excursiones a Varadero, denominada Playa del Pueblo —no olviden que el Volksw agen era el Auto del Pueblo de Hitler— ahora, pero siempre cálida y azul y tropicalmente acogedora, y el disfrute del caté con leche, el *steak* y la fruta prohibidos a la mayoría de los adultos que viven en ese paraíso teórico). Esos hombres y mujeres que no tienen la suerte de regresar más tarde como invitados de honor Los Elegidos (*the Happy Phew*), para visitar el país

que dejaron cuando la «cosa se pone muy difícil, ¡che!» como se lamentaba este mismo Walsh, cada vez más apocado y encogido en su último refugio en forma de oficina en Prensa Latina, justamente aterrado por el embate creciente de los extremistas en esa época que vivió en Cuba, cuando Fidel Castro gobernaba con el pseudónimo de Aníbal Escalante. Esos seres humanos, al estar condenados a ser cubanos, pacientes conejillos de Indias para el doctor Cyclops, no pueden disfrutar del jardín de las delicias con la fácil felicidad que muestran las estadísticas inconclusas compuestas por Walsh, a la par que se asegura otra invitación al vals del futuro. Así no tendrá que pagar

catorce (14) dólares equivalentes por un bisté y 2 (dos) dólares por una cerveza, si quiere ver desde su barrera de sol cómo van los experimentos *in anima vilis* y qué tal se portan los sujetos de experimentación, cuán alegre o melodiosa es su gracia bajo presión.

Aunque detesto toda diversión política, aun las polémicas, voy a tratar de aclarar (a Walsh) y eliminar (al lector argentino) algunas confusiones, más por espíritu de geometría que de contradicción.

No tengo a mi alcance el número de *Lunes* a que alude Walsh porque se quedó junto con mi biblioteca paciente, penosamente formada durante años, en ese pasado mío que pertenece a Brick

Bradford. Pero estoy seguro que la frase de Saint-Just (*hyphenated, s.v.p.*) si apareció en *Lunes*, jamás estuvo en ese contexto en que se me describe como un agitador entre bastidores, sugiriendo *pogroms* en susurros a la peluda oreja oportunista de Osvaldo Dorticós[9]. En cuanto a la sabiduría de Saint-Just (*hyphenated, s.v.p.*) puedo decir que hoy yo sé más que Saint-Just. Un revolucionario siempre cava tumbas. De hecho, no hace más que cavar tumbas, la mayor parte de las veces, tumbas ajenas como bien prueban Stalin, Mao y Fidel Castro.

Las conjeturas acerca de mi viaje a Bruselas en octubre de 1962 se disipan en seguida que se sabe (como sabe o

debía saber Walsh) que el «hermoso semanario que se llamaba *Lunes*» fue suprimido exactamente un años atrás, en 1961, cuando su director, sus redactores y colaboradores y decenas de intelectuales cubanos firmaron un manifiesto protestando del secuestro por el ICAIC de *P.M.*, un inocente ensayo de *free-cinema* hecho en un país que comenzaba a demostrar que aun el adjetivo libre induce en los totalitarios la necesidad de cometer crímenes contra su nombre en su nombre, «*Liberté, combiens de crimes*». El manifiesto nunca se publicó porque el Gobierno (con esa habilidad que demuestra que el libro de cabecera de Fidel Castro no está escrito ni por Marx ni por Martí ni

por Marcuse sino por Maquiavelo) pospuso el Primer Congreso de Escritores Cubanos y en su lugar convocó tres reuniones (una cada viernes) consecutivas y secretas (aunque Alfredo Guevara, director del ICAIC —Instituto del Arte *e* Industrias Cinematográficos—, hacía grabar cada intervención, que luego hacía oír a Aníbal Escalante en el *sancta sanctorum* de la sede de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas) y al comandante Ramiro Valdés en su *penetralia* del Minint (Ministerio del Interior) y mientras nosotros, incautos, hablamos de literatura y libertad y libertad en la literatura (nuestras respectivas fichas

policiales crecían, enriquecidas por las diversas coloraturas) en la Biblioteca Nacional, durante las cuales se acusó a *Lunes*, a sus editores y a su redacción de todos los crímenes posibles: contra el hombre, contra el estado, contra el partido, contra natura y aun contra la tipografía: a Fidel Castro entonces, como a Walsh ahora, le molestaban nuestras Rs invertidas.

Cuando desapareció *Lunes*, este cosmopolita habanero estuvo ocho meses sin trabajo (igual que Padilla ahora) viviendo de su mujer que era actriz de teatro y televisión. El Gobierno Revolucionario literalmente no sabía qué hacer con mi caso, entre otras cosas porque mi apartamento del Retiro

Médico era centro de reunión de intelectuales cada vez más numerosos, cada vez más descontentos, cada vez más atrevidos. Fue por esta razón que me ofrecieron ese oscuro cargo de segundo secretario en una embajada de segunda, que nadie deseaba, ni siquiera yo. Fue por esta misma razón que me tendieron el puente (aéreo) de plata de la salida de Cuba la segunda y definitiva vez, ya que la casa de mis padres se llenaba cada noche de intelectuales y artistas ya no descontentos o desalentados sino perseguidos, unos por homosexuales, otros por heterodoxos, todos por desobedientes, que la desobediencia es el único crimen que no perdona la Nueva Iglesia Ortodoxa.

Algunos de estos amigos, en su desesperación y arrastrados por la estela militante dejada por Allen Ginsberg antes deque lo deportaran de Cuba, querían llegar a redactar manifiestos (ahora la pederastía y el tribadismo eran crímenes *políticos* idénticos al abstraccionismo: los invertidos culpables como las Rs) y destilar trente a Palacio con pancartas: «Homosexuales de todo los países, unios! ¡No tenéis nada que perder salvo vuestro sexo!»

En mi primer exilio con beneplácito oficial, fue la otrora todopoderosa Furtseva de Cuba, Edith García-Buchaca (directora del Consejo Nacional de Cultura, entonces, hoy en la cárcel,

acusada de «agente del Imperialismo») quien reveló las verdaderas intenciones tras el nombramiento diplomático. En mi segundo y final exilio, fue el comandante Manuel Piñeiro (mejor conocido por su apodo de pirata: Barbarroja), jefe del SerInt-ConInt (Servicio de Inteligencia y Contra-Inteligencia), quien destapó el motivo escondido. Ambos dijeron la misma frase: «¡Déjenlo salir, a ver si se asila!»

Quiero creer que Walsh no sabe nada de esto, aunque sé que sabe de lo que dice, que ignora menos de lo que pretende. Algunas tonterías que añade para dar sabor local a sus argumentos no quiero siquiera tener que leerlas de nuevo, mucho menos discutirlas.

Llamarme Escritor Sagrado, con mayúsculas, quiere ser un insulto y no es más que un invento municipal. De ser cierto, yo no estaría en el exilio, sino aspirando al premio Nobel desde La Habana, apoyado por un Gobierno y un Estado. Escritores sagrados serían así Nicolás Guillén o Alejo Carpentier. Cosas como afirmar que vine a Europa porque me gustaban los «vinos franceses» no es siquiera ingenioso. Cualquiera que, como Walsh, haya vivido en Cuba sabe que los cubanos no tomamos vino, no por morigeración sino impedidos por el clima. Los pocos (o los muchos: ni siquiera sé la cantidad) vinos que quedaban en Cuba se los tomaban los visitantes extranjeros.

Todos esos escritores que se acercaron tímidamente a la Revolución Cubana un día por motivos morales y que han terminado en una militancia a ultranza que todo lo justifica con expediencia de estadistas, con oportunismos políticos y con argumentos dignos de un cacique de barrio: todos ellos —extraña coincidencia— son extranjeros que se convirtieron en expertos cubanos (de la noche negra de la reacción a la radiante mañana del progreso) en una o dos visitas de turistas ávidos al balneario cubano, bautizándose conversos en tibios baños de Marx. Las islas cubanas, llenas de sol, de ron, de música, mujeres —algunos (pacatos) llevan a sus esposas, otros (nepotistas) hacen invitar

a toda la familia— y playas, tienen un doble encanto social y sensual. Y si las costas de Sicilia, Córcega o Cerdeña conforman el *Club Mediterranée* para el capitalismo veraniego, en las arenas exquisitas de Varadero, en las radas lúcidas de Isla de Pinos y en los cayos floridos de los Jardines y Jardincillo de la Reina ¡ya tiene el socialismo veraneante su *Caribbean Club*!

Cuando me fui de Cuba para Bélgica (si Walsh supiera decir verdad habría dicho en vez de «La Europa que él amaba», el Nueva York que amé) abandoné mi apartamento en un rascacielos de lujo frente al océano y mi auto descapotable (que Walsh conocía bien: comprado en el verano de 1958,

cuando yo era un periodista con demasiado éxito, en la Prensa y en la Televisión) que dejé rodando con miles de automóviles como éste, mejor que éste, por un tranvía belga y un cuarto en la inhóspita Avenue Brugmann, ya que el sueldo que ganaba (en dólares, sí: como el de todos los diplomáticos cubanos: pagados por el Narodny Bank de Moscú: el mismo Banco que paga los premios de la Casa de las Américas a extranjeros) no alcanzaba para vivir mi mujer, mi hija y yo en Bruselas, una ciudad más cara que París, y durante dos años no tuve otra ropa que los dos trajes de lana china que me hice en Cuba y un viejo abrigo inglés, prestado por un amigo de La Habana, a quien su padre

rico se lo compró en Londres. (Por favor, no quiero aparecer como un modelo de virtudes cuando más bien soy un dechado de defectos, pero si alguien como Walsh pretende hacer mi biografía, prefiero que sea al menos con datos comprobables.)

Curiosomás y máscurioso, diría Alicia: ¡ir a perfeccionar el *inglés a Bruselas*\ Por si Walsh olvidó la geografía viva mientras trataba de resucitar el cadáver de la historia socialista, puedo darle la noticia de último minuto de que el inglés se habla, en Europa, *sólo* en Inglaterra. ¿No querría decir él perfeccionar el *francés*? ¿O se refería tal vez al flamenco, que no es, por supuesto, solamente un género de

canto y baile gitano, sino el idioma de los belgas de Flandes?

En cuanto a las veladas referencias a que no estuve en la Sierra (yo podría, a mi vez, preguntar a Walsh, siguiendo su método, por qué no murió con su antiguo jefe, Massetti, en una guerrilla argentina), éste es un antecedente que tiene ya poca importancia en Cuba, donde hay viejos batistianos de diplomáticos (como el actual embajador cubano en Bulgaria, que era cadete de la Academia Naval de Batista cl primero de enero de 1959), y combatientes del Moncada, heridos en la acción, presos y exilados por Batista, con hermanos muertos en el desembarco del *Granma*, con toda su familia desterrada del

pueblo natal por el ejército batistiano, como es el caso de Gustavo Arcos, ex embajador de la Revolución en Bruselas, donde estuvo junto conmigo de 1962 a 1965, y quien desde enero de 1966 se pudre literalmente (Arcos tiene una pierna mutilada a resultas de un tiro de fusil en la columna vertebral recibido en el asalto al Moncada) en una prisión castrista (primero fue La Cabana, luego Isla de Pinos, ahora que ésta se ha disfrazado de paraíso artificial mientras la vecina isla grande es toda ella una enorme Cayena, enviado a un campo de concentración en Guanacahabibes, en el extremo más occidental de Cuba), sin haberle celebrado jamás juicio, sin siquiera formarle causa porque no

aparece su delito.

> «¡Primero la sentencia, después el veredicto!», gritó la Reina.
>
> *LEWIS CARROLL en Alicia en el país de las maravillas*

Puedo seguir el argumento recordándole a Walsh que ese pasado Incompleto (lo que él llama «la llaga»), como acostumbraba a decir Arturo de Córdova: «¡No tiene la *menor* importancia!» El presidente Dorticós, nombrado vitalicio por el Único elector de la Prusia Antillana, subió por

primera vez a la Sierra Maestra junto conmigo: en el avión presidencial *Guáimaro* en mayo de 1959, para firmar la Ley de Reforma Agraria, de la que era un simple redactor como ministro de Leyes Revolucionarias. Es verdad que para ser presidente le sobraba práctica, adquirida en los días en que era *comodoro*, con gorra marinera y todo, del exclusivo y racista (sólo para blancos ricos) Yatch Club de Cienfuegos.

Quiero completar sus estadísticas a Walsh, que se olvidó de estas cifras: 55.000 presos políticos. 950.000 pasaportes solicitados para huir de tan amable laberinto (sin contar las 600.000 personas que ya hay exiladas, lo que

hace un conservador censo: 1.500.000 abandonaron o tratan de abandonar un país con solamente: 7.000.000 de habitantes: ni siquiera la Alemania del Muro puede mejorar esta proporción!).

De cada: veintisiete (27) cubanos, uno (1) es un agente pagado por el Estado como policía se seguridad (setiembre 1965).

2.000.000 (la cifra la arrojó con su usual mezcla mussoliniana de jactancia, indiscreción y terrorismo el propio Primer Ministro, apodado por sus adláteres *El Caballo*, en un discurso reciente: el dato viene entonces *straight from the Horse's Mouth) dos millones* de cubanos pertenecen a ese odioso servicio de espionaje doméstico que son

los Comités de Defensa de la Revolución (siglas: CDR), sin el permiso del cual *¡nadie* —créanlo o no, diría un Ripley político— puede sacar siquiera un aparato de radio para llevarlo a reparar! Un antecedente honroso (¿o es oneroso?) las *Blockwarts* de Hitler importadas al Caribe.

Entre el Ministerio de las Fuerzas Armada y el del Interior gastan más dinero que el presupuesto *total* de la Nación en 1951, último año en que Cuba gozó de un gobierno elegido *por* su pueblo.

Hablando de 1951, el capitalismo corrompido y explotador logró producir ese año siete millones (7.000.000) de toneladas de azúcar. Diecisiete años

después, con todo el pueblo movilizado en trabajo esclavo, el Gobierno de Fidel Castro es incapaz de alcanzar esa cifra. No por culpa del bloqueo, tantas veces invocado como La Gran Excusa, sino porque el Gobierno ha destruido irrecuperablemente la industria azucarera. No asombra así que éstos sean los tristes números de la realidad presente de Cuba que muchos quieren convertir en el futuro no sólo de la América Latina sino del mundo. («No un Vietnam, sino muchos Vietnams», dijo un ex ministro de Industria que una vez había dicho: «Hay que acabar con el azúcar», y acabó con una economía.)

Víveres al mes (por individuo)

3 libras de arroz

6 onzas de *café*

2 libras de carne de vaca

4 libras de otras carnes y pescado

2 libras de grasas (vegetales y animales)

Algunos vegetales (si los hay)

1 litro de leche (solamente a ancianos mayores de 70 años y niños menores de 7)

Solamente el azúcar, el pan y los huevos no están racionados.

(Estas cifras dadas por el Gobierno de Castro este año. publicadas en el

London Times del 16 de julio, son *ideales*, no reales).

Finalmente, quiero hablar del patetismo que invade a los pobres argumentos de Walsh como un miasma sensiblero. Se trata del viejo *poshlost* ruso, al que Nabokov dio un nuevo y definitivo significado, no sólo cursi, sino ridículo, oportunista y demagógico. «Es pronunciar con el mismo aliento —delimitó Nabokov—, Auschwitz y Vietnam.» Toda la izquierda fidelista argentina es una pampa de *poshlost*. No sólo la carta de Walsh es su botón de muestra. Está en todas partes. ¿Qué otra cosa sino *poshlost* porteño es el acto literario de un escritor serio, adulto, laureado que escribe una novela

alrededor de la tesis de que al intelectual argentino «se le abren nada más que dos opciones», imitar al Che Guevara o copiar a Cortázar? Como diría Borges: «¡Pero *che*\» (Esto no hay que oírlo, hay que leerlo.) Aparte de que las opciones no son los *ostiones* y por tanto no se *abren*, hay que imaginar que en 1935 esta perspectiva dual hubiera sido triple al añadir el posible nombre de Gardel. Entonces al escritor argentino se le abrirían tres puertas con paisajes promisorios como en los trípticos flamencos: ¡morir en Bolivia, escribir en París o cantar tangos en Broadway!

Walsh acude a falacias en que la petición de principios sucede a los

argumentos de autoridad o *ad hominem*. Si dice que *Tres tristes tigres* no es lectura *underground* en Cuba, es para apoyarse en testimonios de lectores, como si él no supiera que la literatura clandestina tiene más lectores que la literatura oficial, precisamente allí donde más oficial es la literatura.

Si dije que no se podía escribir en Cuba me refería, como siempre, a mí mismo. Pero ahora que habla de Lezama, de Carpentier y de Guillén, quiero decirle a Walsh que Lezama pudo siempre, siempre podrá, escribir en Cuba, pase lo que pase. Su *motto* es una frase suya que declara: «... frustrado en lo esencial político pude hallar virtudes y expresiones por otros cotos de mayor

realeza». Fue así que pudo sobrevivir los años de abogado penal y de funcionario del Instituto de Cultura de Batista (sí, también *ése*). Carpentier escribió todos sus mejores libros en Venezuela, algunos bajo el triunvirato de los Tres Cerditos, mientras se enriquecía con una agencia publicitaria y hasta llegó a organizar festivales internacionales de música al dictador Pérez Jiménez (sí, también *éste*). Nicolás Guillén es un viejo ruiseñor de emperadores. Comenzó como censor de Prensa de Machado en 1932 y desde entonces no ha dejado de servir a todos los tiranos: con su pluma alegre: encomendó Stalin a la protección de sus dioses afrocubanos, regocijaba a Batista

con cuentos verdes narrados en su voz congolesa en los años cuarenta, escribía para Aníbal Escalante y todavía compone letras de guarachas en loa a Fidel Castro. Esto último, sin embargo, no le impedió decirme, en el verano de 1965, en el patio de la Unión de Escritores, bajo un mango en flor, reaccionando a la denuncia que le hizo Fidel Castro en la Universidad cuando frente a los estudiantes lo llamó poeta haragán, acomodado y amigo de la *dolce vita*, me dijo *sotto voce*: «Chico, ¡este tipo es peor que Stalin! Porque Stalin se murió y lo enterraron, ¡pero éste nos va a enterrar a todos! Un día se para ahí en la Plaza Cívica y dice que yo soy un contrarrevolucionario, ¡y viene una turba

a sacarme de mi casa!»

En mis respuestas a *Primera Plana* dije que para la situación invivible cubana no había más que dos soluciones: la esquizofrenia o la huida. El admirable trozo de *Celestino antes del alba*, que me hizo conocer *PP*, muestra hasta qué punto tenía razón: es la literatura cubana misma la que se hace esquizofrénica. No hay que ser un gran lector para ver en esas páginas alucinantes una metáfora de Cuba, donde la realidad es un amenazante bosque de hachas que forman techos, paredes y piso: un universo cruel regido por un tirano que corta a golpes de hacha los árboles en que se imprimen versos. El terror último del narrador está

justificado: él sabe que en esa pesadilla el verdugo es capaz de decapitar a cualquiera que se atreva a escribir sobre sí mismo la poesía: i.e. a concebir su vida como quien compone un poema.

Ninguno de los dos poetas Fernández es amigo mío, el que lo era de ese nombre fue en otra ciudad y está muerto. Amigo mío es Heberto Padilla que no consiguió que se publicara mi libro en Cuba sino que lo echaran de todos sus trabajos y que ahora, en un último número (*Época II*, N.° 21, junio 1968) del *Kaimán*, logra que Lisandro Otero, nuevo funcionario de Kultura (Kruschov por fuera, Furtseva por dentro) lo aplaste con una prosa oficial y terrorista que yo no había leído desde los días en

que Zhdanov hizo trizas en Leningrado a Zhoszhenko. Amigo mío es Luis Agüero, un talentoso novelista joven que trató de irse de Cuba amigablemente y no lo consiguió, pero al pedir la salida del país como exilado, al otro día mismo de presentar los papeles, fue enviado a trabajar en la agricultura por un año, como castigo, en ese Cordón Agrícola de La Habana que tanto emociona a Walshlost. (¿Cuántos escritores de izquierda, derecha o centro, argentinos, bolivianos, uruguayos o chilenos han corrido esta suerte cuando han querido, ellos también, por qué no, venir a tomar vino *francés* a la «Europa que tanto aman»?)

Amigo mío es Walterio Carbonell, uno

de los pocos intelectuales negros que hay en Cuba y viejo marxista, expulsado, primero, de la UNEAC por decir en un coloquio dado, ¡Dios mío!, a *turistas franceses* en la Casa de las Américas, *atreverse* a decir que en Cuba no había libertad de expresión, y hablar del caso *P.M.*, de *Lunes*, de la pieza de teatro *Los mangos de Caín*, entonces como podía hablar ahora de *María Antonia* y l a *Cuadratura del Círculo,* y al hacer esta crítica (insignificante si se compara con las protestas, y los mítines y los libros que se publican diariamente, dondequiera, que sostienen críticas severas a sus regímenes respectivos, sin que ocurra una sola, simple represalia), al decir a unos *turistas franceses* que en

Cuba no había libertad de expresión cayó fulminado por Roberto Retamar, animador del debate, y por Haydée Santamaría, directora, como «agente provocador», y ganó una marca de ceniza en su frente. Ahora ha sido condenado a dos años de trabajo forzado por «expresar puntos contrarios a la Revolución ante visitantes extranjeros». Un punto interesante en el caso de Walterio Carbonell, es que siempre sostuvo la tesis de que en la Cuba Revolucionaria había una franca mayoría de blancos en el poder, cuando se observa una distinta mayoría de negros en la población cubana. A menudo se le acusaba de ser un agente del Black Power.

Ésos son mis amigos dentro de Cuba porque quiero decir que lo sean. Mis amigos cubanos fuera son Calvert Casey, uno de los verdaderamente grandes cuentistas de América, salido huyendo de Cuba por homosexual (¿qué crimen, eh, Walsh?) y perseguido hasta Roma, donde el embajador cubano le impidió trabajar en la FAO. Mis amigos son Severo Sarduy de quien hablé. Mis amigos son Juan Arcocha, posiblemente el más valiente de los escritores cubanos, viviendo en París, también negado del permiso para trabajar en la UNESCO. Mis amigos son Néstor Almendros, el extraordinario fotógrafo d e *La Collectionneuse* ahora, pero durante años pasando miseria en París,

acosado por la calumnia cubana desde que abandonó La Habana en 1962. Mis amigos son esos anónimos cubanos que durante nueve meses vi llegar a Madrid sin nada, con la ropa puesta solamente porque lo demás —inclusive, a veces, las maletas— tenían que dejarlo en Cuba para pagar el precio de sentirse libres. Cubanos de todas clases y de todas las razas (y si lo duda, que venga Walsh a Madrid y lo vea: yo no podré pagarle el viaje en avión, ni hospedarlo en el Castellana Hilton, pero puedo llevarlo allí donde los vi y él los verá: juntos comiendo en deprimentes comedores del socorro internacional, vistiendo ropa vieja de refugio, pero felices en su diáspora estos judíos de

América Latina.) ¡Ésos sí están bloqueados, perseguidos y difamados! Durante meses, años, deben esperar para ser expulsados del paraíso sin otro pecado original que la indestructible necesidad (para algunos sólo *necedad*) humana de libertad. Luego, cuando logran salir de Cuba, no encuentran otra puerta abierta que la de España, USA o México, porque a Inglaterra no pueden venir a menos que tengan un visado de re-entrada en Cuba, porque no pueden entrar en los Países Bajos ni en Alemania ni en Austria, y *toda* la América Latina les está vedada. Judío errante yo que llevo tres años en Europa renovando mi *permis de séjour* de tres meses en tres meses sin saber qué

ocurrirá el trimestre que viene, mientras muchos voceros declarados del comunismo viajan por todo el mundo sin otra molestia que la fatiga de las horas de vuelo. En cuanto a los escritores —oficiales todos— de Cuba, es cierto que muchos no son zombies, son algo peor: *sholojovs* del Caribe, *erehnburgs* tropicales, *yevtushenkos* de color.

No creo que Walsh diga con mala intención que yo estoy en contra de mi país (*the goodies*) y a favor del «nazismo de hoy» (*the baddies*). No creo que sea mala fe sino *poshlost* pampero. Aunque sé (como todo el que lea periódicos esta mañana) que el camino de Praga está empedrado de tanques rusos, pero armados de las

mejores intenciones.

Este último —de veras, el último— fantasma de Walsh ha sido desenmascarado antes de que se pueda pronunciar *poshlost*, desvelado por la testarudez de la historia, que es un caos concéntrico, y por la negativa de la verdad a hundirse en cualquier Leteo oportunista. Es lo que un liberal, pasado de moda por la Nueva Izquierda, Thomas Masaryk, fundador de la nación checa, llamó «Pravda vitezi». *La verdad vencerá*. Acaba de vencer ahora en su derrotado país, en la abortada democracia fetal de Checoslovaquia. Como en Cuba Fidel Castro le dio finalmente la razón a los burgueses cubanos que descubrieron a tiempo su

biología de tirano, así en Checoslovaquia los rusos le han dado la razón al Eisenhower senil que dijo que la ideología comunista se muestra en todas partes como peligrosa todavía: agresiva, implacable y taimada. No creo que la desnuda verdad de los checos pueda vencer al cosmético *poshlost* sedicioso de los Walsh de este mundo. Esos que dicen o repiten que los USA son los nazis de esta época. Esos que siempre encuentran excusas para encubrir los crímenes «de izquierda» con la etiqueta de «errores inevitables en el proceso de construcción de la nueva blablabla y bla». Esos inagotables peregrinos que acabado el mito soviético, inventaron a China con mil

flores (pronto marchitas), surgido el fantasma amarillo y racista de Mao, buscaron su último refugio bajo las barbas paranoicas de Fidel Castro, esos seguidores del simur que huyen de la verdad. Esa verdad que demuestra a cada rato —terca, palpable pero inútilmente para ellos— que el comunismo es el fascismo del pobre.

Londres, 22 de agosto de 1968

ECHANDO UN CABLE

NR 198 23/12
Londres, Jde. Camsudet Redchef Votre 6-1357.
Cabrera Infante. Un.

«Detesto cualquier compromiso, ya

sea político o “humano”. Es por esta politización totalitaria de la vida, por este *engagement à la rigueur* que he dejado Cuba.»

Habla Guillermo Cabrera Infante, el novelista cubano más conocido de su generación (tiene 39 años). Su último libro, *Tres tristes tigres*, premiado en España, está próximo a publicarse en Francia: tiene obras traducidas al francés, inglés, italiano, sueco, húngaro, checo, polaco y hasta chino, y vive en Londres, en un sencillo piso, con su esposa Miriam, dos hijas de su matrimonio anterior, 14 y 10 años (ambas altísimas, bonitas y, como él dice: «penosas») y un fantástico gato siamés, de color lila que se llama

Offenbach.

Cualquier pregunta que se le haga, la transcribe Cabrera Infante sobre su máquina portátil, delante de la cual permanece sentado. Luego escribe lo que se leerá a continuación:

«Vd. puede decir que soy un *drop-out*. Pero el comunismo, como la mafia, no admite renuncias. Fue Brezhnev quien dijo: "Cuando se escoge al comunismo, es para siempre." Yo repudio esta eternización de las actitudes públicas. Sé que dejar tu país no es dejar tu partido, aunque tu país se haya convertido en un partido y en un partido único: el Partido. En Cuba, los escritores tienen que ajustar sus puntos de vista a las necesidades políticas del

Gobierno y del Partido. Allá los escritores opinan lo mismo que su gobierno, sólo que después.»

NR 199 23/12
AMSUD
Londres, Jde. Cabrera Infante. Deux.

Guillermo Cabrera Infante, nativo de la provincia de Oriente, como Fidel Castro —y como Batista— fue diplomático del régimen cubano del 1962 al 1965, en calidad de agregado cultural y luego encargado de negocios en Bruselas (Bélgica). Volvió a Cuba para los funerales de su madre, cuya muerte había sido causada tanto por negligencias en el hospital como por la enfermedad, aunque sea él el primero en

decir que son circunstancias que pueden producirse en cualquier parte del mundo. Pero allí vio y juzgó lo que había sucedido en su país, y cuando logró marchar para juntarse con la esposa que había dejado en Bruselas, era con la intención de no volver jamás.

«¿Pero no era así desde el principio del castrismo?», le preguntamos.

«Como en la Rusia Soviética de los años veinte, hubo tiempos —que duraron más de diez días pero menos de diez meses— que conmovieron a Cuba —contesta—. Una época gloriosa. Lamentablemente, esa edad de oro terminó hace rato, el resto es propaganda.»

«¿No podía durar?»

«No lo sé. Sólo sé que no se hizo lo imposible, ni siquiera lo necesario, para que durara. Hay un chiste popular cubano que quizá sea una sabiduría de nación. Vd. sabe que Fidel Castro dijo: “La Historia me absolverá.” En este cuento, el pueblo le responde: “Sí, pero la geografía te condena.”»

«¿Su actitud está compartida por los intelectuales y escritores jóvenes?»

SIVRA EG 207

NR 200 23/12
AMSUD
Londres, Jde. Cabrera Infante. Trois.

«Mi información es fragmentaria y por tanto incompleta. Pero si atendemos a las palabras de Lisandro Otero,

vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, hay intelectuales “contrarrevolucionarios” que actúan “solapadamente” y que deben ser sustituidos por nuevos cuadros intelectuales totalmente partidarios. Donde Otero, versión tropical de Zhdanov, dice “contrarrevolucionarios”, yo diría “intelectuales con espíritu crítico, y valor moral”. La palabra “contrarrevolucionario” es un terrorismo eficaz. Los intelectuales checos son contrarrevolucionarios para Brezhnev y para Gomulka, pero también para Fidel Castro. Hace poco, han detenido en una noche a 500 jóvenes acusados de ser “hippies”, es decir “contrarrevolucionarios”. Pero nada de

esto afecta al régimen, ya que en Cuba, de cada 27 personas una es agente de la Seguridad del Estado.»

Las recientes acusaciones contra el poeta Heberto Padilla y el dramaturgo Antón Arrufat muestran hasta qué punto alcanza la latitud de la palabra «contrarrevolucionario». A Padilla, se le acusa por haberme defendido públicamente en Cuba, pero también de crímenes contra la ideología. A Arrufat le condenan por sus poemas críticos, pero también por su homosexualidad. Sin embargo, los dos no tienen más que un rasgo en común: La desobediencia. Éste es el pecado capital para la religión comunista.

«¿Es cierto que hay una campaña de

condenación contra Vd. en Cuba, conducida a escala nacional?»

SUIVRA QG 20.16

NR 201 23/12 AMSUD

Londres, Jde. Cabrera Infante. Quatre Dernier.

«Se trata de una campaña de difamación, pero que sigue un esquema. Mi solo crimen ha sido romper la barrera del silencio, terminar con ese pacto de caballeros rojos y rosados con respecto a la injusticia creada (en Cuba) en nombre de la justicia. No me extraña esta conspiración. Fue Orwell quien dijo que "no hay que vivir en un país totalitario para dejarse corromper por el totalitarismo."»

Se acabó la entrevista. Al levantamos, se nos ocurre pensar en los retratos del «Che» Guevara que adornan tiendas y pisos de la King's Road cercana, en el culto que le dedican tantos jóvenes ingleses, en el fervor que ha suscitado el Régimen castrista entre estudiantes europeos.

Y le preguntamos al escritor, cuando ya está cerrando la puerta sobre su sencillo hogar alegrado por un pequeño árbol de Navidad iluminado: «¿Pero, y esta nostalgia que se ha derramado alrededor de la figura del caudillo Fidel Castro?»

«Esto es —un caudillo puesto al día— como Perón lo fue para la Argentina, y Trujillo para Santo Domingo.»

FIN EG 20.25

Agencia France Press, 23 de diciembre de 1965.

Londres, 15 de enero de 1969

Señor, acabo de leer en el número 238 de esa revista una supuesta polémica sostenida entre Heberto Padilla y yo. Como usted bien sabe, dicha polémica nunca tuvo lugar y ha sido enteramente fabricada en *índice*, o, lo que es peor, en otra parte. Al escoger un texto mutilado, arreglado y publicado por el diario *Granma*, órgano del Gobierno y el Partido Comunista de Cuba y no mi entrevista tal y como la publicaron sus originadores en *Primera Plana*, no sólo han optado gratuitamente ustedes por una

falsificación histórica y literaria, sino que se han convertido de paso en divulgadores de la línea ideológica y política cubana, en una palabra, en agentes (de prensa) castristas. No me asombra que puedan ir en *índice* tan alegremente del jazmín pardo al nardo rojo, lo que me asombra es que todavía tengan allí ánimo para hacer la apología de la firmeza en las opiniones y las militancias políticas. O quizá tengan ustedes razón y su fidelismo actual no sea más que el falangismo por otros medios: de un totalitarismo agonizante dar un salto de calidad hacia un totalitarismo pujante. Si es así, saludo en *índice* las señales de la continuidad efectiva de cierto pensamiento político

español. Son ustedes dignos herederos de quienes pronunciaron una de las más viles y atroces celebraciones de la esclavitud: me refiero, por supuesto, a ese slogan realista, *¡Vivan las caenas!*

Señor don F. F. Revistu Índice, Madrid

PERVERSIONES DE UNA HISTORIA

«La polémica sobre Padilla es, en verdad, una crisis de crecimiento.»

JULIO CORTÁZAR, en

Primera Plana, 20 de mayo de 1969.

VERSIONES DE UNA VIDA

EXPULSIÓN

La pianista Ivette Hernández y el escritor Guillermo Cabrera Infante han sido expulsados de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, por traidores a la causa revolucionaria.

Esta decisión fue adoptada unánimemente por el Comité Director de la UNEAC, en sesión celebrada el día 1 de agosto de 1968.

La Habana, 16 de agosto de 1968.

UNIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE CUBA

UN SABIO TURCO

Nazim Hikmet, el poeta turco, pasó 17 años de su vida en una cárcel turca. Lo raro, lo verdaderamente extraordinario, lo singular y significativo es que cuando vino a Cuba en 1961, casi recién liberado, no habló jamás de la cárcel turca. Quizás intuyó que esa cárcel fue una forma de libertad. Habló de Rusia, de la Rusia de Stalin, de las purgas de Stalin, de la formas posibles de Stalin.

Durante una entrevista con la redacción de *Lunes*, se volvió a uno de los entrevistadores —José Hernández,

el que no escribirá el *Martín Fierro*, el exaltado— y le dijo:

—No se suicide usted. No imite a Mayakovsky. Sobre todo eso, no hay que suicidarse, como no hay que dejar matarse. Mire, yo estaba en Moscú, vivía en Moscú, cuando Vladimir se mató...

—Se iba a probar un traje nuevo esa mañana.

—... Luego, ya muerto, todo el mundo se echó sobre su cadáver como chacales políticos. Hasta sus más íntimos amigos (usted los conoce de nombre, yo los conocía personalmente) hablaron mal de su último gesto. Hay que dejarse matar por el enemigo, no por los amigos.

Luego, más en privado, habló con el

director del magazine. En parábolas y anécdotas orientales le hizo ver que estaba en peligro, que otro estalinismo se incubaba, que las purgas no tardarían en llegar.

—Salga de aquí —dijo, finalmente—. Viaje, procure viajar, invente viajes. Hágase ver fuera, sea una presencia con su ausencia. Y, sobre todo, ¡empiece a cultivar su buena estrella!

LA PELICULITA CULPABLE

P.M. es un breve ensayo en *free cinema*, siguiendo más que la escuela inglesa, los films de los hermanos Maisles en general y en particular, *Primary*, exhibida por los Maisles en Cuba, privadamente, con el objeto de

conseguir hacer una película sobre las veinticuatro horas de un día en la vida de Fidel Castro. *P.M.* dura apenas 25 minutos y es una suerte de documental político, sin aparente línea argumentai, que recoge las maneras de divertirse de un grupo de habaneros un día de fines de 1960. Es decir, se trata de un mural cinemático sobre el fin de una época. En la película se ven cubanos bailando, bebiendo y, en un momento de la peregrinación por bares y cabarets de «mala muerte», una pelea. Comienza temprano en la noche en Prado y Neptuno y termina en la madrugada al otro lado de la bahía, con el barquito regresando a La Habana de Regla.

Toda la película está llena de

comentarios «naturalistas», grabados en los lugares de la acción, pero al final Vicentico Valdés, canta su famosa «Una canción por la mañana». De alguna manera. la imagen y esta canción consiguen en el espectador una perenne sensación de soledad y de nostalgia. Que esta peliculita lograra este sentimiento entre los espectadores cubanos es quizá su mayor conquista. Formalmente, como señaló el crítico y novelista norteamericano, entonces visitante de la Cuba Revolucionaria, Irving Rosenthal, se trataba de un estudio en texturas fílmicas.

Hecha con los medios más primitivos (una vieja grabadora de alambre a la que se añadió un cable largo para

desplazarla, una cámara de 16 mm de mano, maltratada por el uso diario de un noticiero, recortes de película virgen) y con apenas 500 dólares, *P.M.* tuvo un éxito crítico apreciable en Cuba y en el extranjero. Esto no es gratuito porque el film estaba adelantado a su tiempo y alguien tan exigente como Jonas Mekas, el apóstol del cine experimental *underground*, la elogió como «interesante formalmente», en el Festival de Cine Experimental de Knokke Le Zoute de 1963.

Lo que sí resultó de veras extraordinario es que esta breve cinta se convirtiera en un documento. No en sí misma, por cierto, sino como eje de todo un vuelco en los anales de la cultura

bajo Castro. *P.M.* fue la primera obra de arte sometida en Cuba a acusaciones de índole política, llevada a juicio histórico y condenada por contrarrevolucionaria. Que no haya habido reo más inocente en la historia de las relaciones entre el Gobierno Revolucionario cubano y la cultura del país no hace más que enfatizar si no la naturaleza por lo menos el destino escogido como único por un proceso histórico que comenzó siendo paradigma de la libertad y cada día aparece más unívocamente totalitario. El juicio político a que se sometió a *P.M.*, a sus realizadores y a los defensores de ambos no ha terminado. Todavía diez años después se persiguía a muchos de

los que participaron en aquel proceso por crímenes tan diversos como «infantilismo de izquierda», «homosexualismo» o «solicitud de emigración contrarrevolucionaria». Es signo de que las acusaciones contra *P.M.* eran etiquetas para encubrir un designio más que político, policial.

LOS PROTAGONISTAS

Saba Cabrera, nacido en Gibara, provincia de Oriente en 1933. Fue en su adolescencia uno de los pintores más interesantes habidos en Cuba en los años 40. Elogiado por los maestros de entonces —Víctor Manuel, Lam, Portocarrero, Mariano—, dejó la pintura al verse impedido por la tuberculosis

que padeció de los 14 a los 21 años. Al curarse completamente, aborreció la pintura tal vez por asociarla con su enfermedad. Estudió periodismo, que abandonó al clausurarse la Escuela en los últimos años de la Dictadura de Batista. Conectado en la Escuela con estudiantes como Guillermo Jiménez, Santiago Frayle, Ricardo Alarcón, se vio envuelto en actividades más o menos clandestinas desde 1956. En 1957 viajó a Moscú invitado al Festival Mundial de la Juventud. En 1958 entró a trabajar como editor en el noticiero del Canal 12, que comenzaba la transmisión de imágenes en colores por televisión en Cuba. Al triunfo de la Revolución y ser clausurado dicho canal, pasó a trabajar

en el Canal 2, también como editor de su noticiero y luego como conservador de la filmoteca de dicho canal. Conoció a Orlando Jiménez por este tiempo. Después del affaire *P.M.* fue enviado comercial de Cuba en Madrid, trabajando en el Ministerio de Comercio Exterior por sus relaciones de años con el entonces ministro comandante Alberto Mora. Al morir su madre en 1965 vino a La Habana, donde fue cesanteado de su cargo sin explicaciones concretas. Enviado a Madrid «a recoger sus cosas» —término que en jerga diplomático-revolucionaria quiere decir despedirse del cargo—, más por voluntad del ministro Marcelo Fernández de mostrar cierta independencia con respecto a los

Servicios de Seguridad, decidió no regresar a Cuba y voló a Roma donde hizo declaraciones contrarrevolucionarias. Más tarde viajó a Nueva York, donde reside actualmente, trabajando en una fábrica de «rejuvenecer películas». No ha hecho más cine desde entonces.

Orlando Jiménez es un producto típico y a la vez una rareza del siglo: un niño prodigio del cine. Con apenas 19 años cuando filmó *P.M.*, llevaba más de un lustro «tirando película», es decir con una cámara cargada en la mano. A los 15 años fue el primer fotógrafo cubano que usó una cámara de Cinemascope. Pero en su niñez nada hacía presagiar tal aptitud. Hijo de un

viejo panadero del barrio de Regla, su asociación con el cine es la historia de una obsesión: a los 13 años se escapó de casa no para correr aventuras ni enrolarse en la Marina o viajar con un circo ambulante, sino para vivir en un estudio de cine, literalmente, pues allí dormía y comía. No era un estudio de cine propiamente sino lo más cercano a un estudio de cine en la Cuba de entonces: las oficinas de un noticiero nacional. Después del caso *P.M.* fue acusado de un crimen aún mayor. Tomando películas dentro del Palacio Presidencial para el noticiero del Canal 2, mientras pronunciaba un discurso el presidente Dorticós, el Servicio de Seguridad lo sorprendió cometiendo lo

que se llamó un acto contrarrevolucionario: retratar en *close up* las nerviosas manos del Señor Presidente moviéndose inquietas tras la protectora cortina de la tribuna. Expulsado del Palacio primero y después del trabajo, abandonó Cuba. Actualmente vive y trabaja en Nueva York, como codueño de una agencia de publicidad. Además codirigió *El super*, largometraje de gran éxito y, con Néstor Almendros, *Conducta impropia*, corto de denuncia anticastrista.

MORDIDAS DEL CAIMÁN BARBUDO

«La figura larga y estrecha de la isla tiene cierto parecido con un caimán o un cocodrilo.»

Geografía de Cuba, por ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ. Capitán del Ejército Rebelde. Ministro de la Reforma Agraria. Presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, espeleólogo, etc.

«Más muerde el cubano que el caimán.»

Refrán del viejo caimanero.

«El Floridita, restaurant de La Habana, anuncia ahora la cola de caimán como exquisitez criolla y afrodisíaco garantizado por el Partido.»

CARLOS FRANQUI, en conversación desde Florencia, Italia.

El ocaso (después vino el acoso) del llamado Renacimiento Cultural Cubano comenzó cuando Virgilio Piñera, difunto, descendió la escalerilla del avión de las líneas aéreas checas, en el

que acababa de regresar de Bruselas vía Praga, y bajó los escalones como una escala musical con su paso de pisabonito ya tarde en la tarde. Con aleteo de mariposa tropical que se escapa («¿Qué fuga es esa cimarronzuela de rojos pies?») del cautiverio del coleccionista, Virgilio se detuvo un momento y se arrodilló para inclinarse adelante y abajo, reverente, posando luego los labios lívidos en la roja tierra de Cuba, abierta al crepúsculo como una boca ávida. Pero lo que se oyó fue un sonado beso dado en falso al duro y negro asfalto de la realidad. (El gesto virgiliano resultó una suerte de hybris dantesco, por pésima puntería: la pista había sido recubierta

hacía poco con chapapote de petróleo ruso.) Sin embargo, no fue un error de cálculo deferencial lo que marcó el inicio de nuestra decadencia sino lo que pasó meses antes: allí terminó el mentido florecimiento de las artes y las letras. La cruel crítica oficial y el posterior cierre de *Lunes*, el suplemento literario del periódico *Revolución*, del que Virgilio era uno de los principales colaboradores —por no decir colaboracionista— fue el fin.

Pero tampoco empezó exactamente ahí el asunto ese de la *via smarrita*, sino cuando fue censurado y secuestrado *P.M.*, un documental patrocinado por *Lunes*, que no tenía contenido político alguno que justificara la incautación:

«sólo negros bailando» como dijo el ministro de Educación Hart. Luego la broma Gástrica se completó cuando nombró Castro a Hart ministro de Cultura. Esto sí fue lo que señaló con claridad, al sol de Cuba, el principio del fin. Pero, señoras y señores del jurado, comencemos por el verdadero principio. O sea cuando el dictador Fulgencio Batista (que siempre decía, culto oculto, oséase, también pronunciaba su nombre Balita) decidió correr antes que pelear, avanzar hacia atrás sin rendirse nunca, impecable más que implacable, para dejar que el barco se hundiera con su segundo a bordo. (Para eso son los segundos, que no cuentan: sólo los minutos.) El Movimiento 26 de Julio

(del que el periódico *Revolución*, primero clandestino y luego legal, era el órgano vital pero finalmente amputable) se hizo dueño del gobierno en nombre de la Revolución, sus mártires y los pobres de la tierra del mejor tabaco del mundo.

Pero (esa palabra, pero, es como una metafísica) hay que reconocerlo de una vez y para siempre (o hasta que alguien me desmienta: primero lo primero), es cierto que antes de la Revolución (o para ser más exactos, antes de que Fidel Castro se hiciera con todo el poder, temprano en 1959) había en La Habana más casas de citas que casas editoriales y no pocas casas de lenocinio —para no hablar de casas de tabaco en Vuelta

Abajo. Pero lo mismo se puede decir de la Manhattan de nuestros días (y nuestras noches) donde dando un paseo por Broadway (o viendo *Taxi Driver*) uno se encuentra con más putas que poetas en Nueva York y ve más chulos que culos de editores sentados a la espera de autores inéditos. Todo dicho (salva sea la parte) sin querer establecer comparaciones, que son odiosas. Pero si así están las cosas en la metrópoli, miembros del jurado, ¡qué no sucedería, repito, qué no sucedería en las colonias, de Santo Domingo a Santiago de Chile! Hay que tener en cuenta, además, que La Habana era la ciudad del continente que descubriera Colón (y los hermanos Pinzones) más cercana al área urbana de

los USA— a menos que se quiera insultar a Tijuana llamándola ciudad.

Antes de 1960 existían escasas editoriales privadas en Cuba, dedicadas en su mayoría a la publicación de libros de texto —pero había menos en Costa Rica y a ningún costarricense se le ha ocurrido establecer la censura, recoger libros y perseguir autores con el pretexto de un texto: *El Manifiesto Comunista*. Había editores audaces (a quienes se podría llamar los gigolós de Gütenberg) que se dedicaban a publicar por cuenta (y riesgo) del autor, que pasaba a llamarse cliente. Hasta Lezama Lima (uno de los pocos poetas de peso en el español del siglo xx) se sometió a esta extorsión de buena gana —con buen

humor incluso. Después de todo Lezama no era el pagano. Amigos admirados y adinerados pagaron por el placer vicario de publicar obras maestras exóticas como *Enemigo rumor* (1941), *Aventuras sigilosas* (1945), y *La Fijeza* (1949). Nada importó que Juan R. Jiménez, autor de *Platero y yo*, refugiado republicano con su Zenobia y futuro ganador del Premio Nobel, hubiese hecho declaraciones (aparentemente excesivas: ¿qué diría de Darío?) sobre la poesía del entonces joven, alto y delgado Lezama. Si quería ver sus poemas publicados, Lezama (o su mecenas platudo) no tenía otra opción que abrir la billetera. Era ni más ni menos, un flagrante atraco literario: la

bolsa o inédito. Para Lezama, como para la mayoría de los escritores en la Cuba de entonces, era cuestión de publica o perece. (Charada de Sherezada, luego vino el Ché Cerezada).

Por supuesto, en aquella época había diversas editoriales serias. En la Cuba de hoy sólo existe una, propiedad del Estado y al servicio de la propaganda del Partido: la Imprenta Nacional. Siendo Alejo Carpentier director (más más tarde) se hizo una tirada de 100.000 ejemplares de *Moby Dick* —algo abreviada, sin embargo. Los nuevos editores cubanos, con Carpentier de mascarón de proa, hicieron una adaptación de la obra maestra de Melville. En la versión comunista

aparecían por supuesto Ismael (no iba a comenzar el libro diciendo «Llámenme Fidel») y su camal Queequeg y hasta el reverendo Mapple. Pero Dios no aparecía por ninguna parte en el laberinto del mar. O mal, como pronuncia Castro, estudiante de teología en Tiflis. Antes de la Revolución había algunas casas de dudosa moralidad editorial que trabajaban para el Gobierno. Cualquier gobierno con tal de que estuviese de tumo, ya fuera nacional o extranjero. Solían editar, por ejemplo, escritores venezolanos como Rómulo (o Remo) Gallegos, en ediciones llamativas —que no pagaban los autores, por supuesto, sino la misma Venezuela, siempre rica en petróleo o en

óleo pero no en tinta.

Pero, aparte de realizar ediciones de lujo de los clásicos cubanos, había otros logros culturales en la reciente república antillana. No debe olvidarse que Cuba fue la última colonia americana en independizarse de España: sólo sucedió en 1902. A partir de esa fecha y hasta 1958, la pequeña isla se vio sometida a una dependencia creciente de los Estados Unidos. Sin embargo, los lasos lazos (o nocivos nexos) eran únicamente de carácter económico y político. La influencia americana nunca llegó a hacerse sentir mucho en la vida cultural cubana, orientada siempre hacia Europa, sobre todo hacia Francia y España. La mayoría

de los escritores cubanos leía y escribía con fluidez el francés y el español, pero eran muy pocos los que tenían algo de inglés. El único elemento de la vida cultural americana que tenía verdadera influencia (y esto sólo a nivel popular) eran las películas de Hollywood, que llegaban a todos los rincones de Cuba, tal como lo hacen hoy en toda Europa. (¿O debo decir el mundo?) Los notables logros que he mencionado arriba tuvieron lugar en la pintura, la arquitectura, el teatro, y, por supuesto, la música popular cubana que en los tiempos que corren se halla extinguida en la isla, al igual que el manatí, mamífero anfibio aborigen. Sin embargo los irresistibles sones de Cuba siguen

sonando de París al Paraná.

Créase o no, la historia de la literatura cubana es una de las más extensas en todo el continente americano. No es tan larga como la historia de la literatura latina, pero en Cuba había poetas que escribían y publicaban antes de que los ingleses pusieran el nombre Nueva Inglaterra a las colonias establecidas en suelo del norte americano. Cuenta la tradición local que el primer poeta cubano fue un canario establecido en la isla que tenía el adecuado apelativo de Silvestre de Balboa: su apellido era de conquistador, su nombre propio de la poesía bucólica. Pero Balboa, contradictorio, se dio a cultivar el género épico. Su *Espejo de paciencia*,

publicado en 1605, es un extenso poema olvidado durante más de dos siglos hasta que fue redescubierto en 1834. Por esa misma fecha José M. de Heredia (primo del Heredia francés famoso por sus *Trophées*) compuso su *Oda al Niágara*, el primer poema romántico escrito en español. Ese Heredia, aunque exilado en los EE.UU., estaba bajo la influencia romántica del Chateaubriand prosista. El siglo xix produjo también la prosa poderosa de José Martí, escrita durante los años de exilio vividos en Madrid y en Nueva York. En esta misma ciudad, y en las mismas condiciones de residencia forzada que Martí, Cirilo Villaverde escribió *Cecilia Valdés*, nuestra novela, en la década de 1880.

Además de miles de poetas menores, el siglo xix cubano produjo un gran poeta, Julián del Casal, sutil simbolista y tal vez el mayor poeta americano, Rubén Darío aparte: ése es todo un continente.

El Modernismo, como se sabe, fue un movimiento estrictamente poético iniciado en América aunque derivado del Simbolismo francés. O sea, diez poemas conmovieron al mundo español gracias sobre todo al don de Darío, el poeta indio que cantó al cisne que vivía en Madrid y no en Managua. Martí, también poeta, fue un precursor del Modernismo sin tener, en realidad, nada que ver con el Simbolismo, ni francés ni de otra procedencia. Martí fue un verdadero original. Lamentablemente,

hoy en día se le conoce únicamente como Martí, el versificador vernáculo que proporcionó a Pete Seeger la letra para componer esa canción apócrifa titulada «Guantanamera». Este Evangelio según Vanessa Redgrave predica que José Martí, que murió en el campo de batalla en Cuba en 1895, ¡es amigo de Fidel Castro! Evidentemente, el anacronismo es el fuerte de la Redgrave. Aunque en esta ocasión no estuvo errada al mostramos lo anacrónico que sería que un poeta fuese amigo del Comandante Castro. (Ver caso Padilla.)

Durante el infame Congreso de Cultura de 1971 (mucho más tarde), Fidel Castro dijo en su funesto final que antes

de la Revolución había un solo teatro en La Habana. Era obvio que mentía como un bellaco. Pero entonces el lector podría pensar que, por lo menos, el hombre se preocupaba por la cultura. Habría sido mejor que no lo hiciera. La verdad es que a Castro nunca le importó el teatro ni la literatura. Ni siquiera la pintura mural que no sea política y obvia. Nada de Guernicas para el Comandante que mandóla parar. A Castro sólo le importa el poder y la propaganda como instrumento del poder absoluto. Se sabe que incluso ha llegado a utilizar las obras de Beckett para decir que *Esperando a Godot* es el eco del sufrimiento que puede producir el capitalismo alienante. Hoy en día sería

imposible sufrir así en Cuba. ¡El Salvador no lo quiera!

Aún aquejada de infinidad de males políticos, Cuba sorprendía a quienes la visitaban antes como un país paradisíaco. Incluso en 1958, alguien tan ajeno a la realidad de la isla como Sacheverell Sitwell se entusiasmó con una canción que celebraba la vida nocturna en La Habana. Y en 1961 el historiador inglés Hugh Thomas reconoció que la Cuba actual era uno de los pocos países tropicales que había creado una cultura propia. También advirtió que Fidel Castro debía el poder no a la guerra de guerrillas, como había creído antes de visitar Cuba, sino a la televisión. El modo en que Castro

empleó la pequeña pantalla para tomar el poder era muy parecido a cómo Adolfo Hitler se había servido del altavoz en la Alemania de los años treinta.

En 1969 asistí en Hollywood a una fiesta en casa de un famoso y acaudalado director de cine, cuando de pronto mi anfitrión comenzó a preguntarme por la vida en Cuba. Eran los días de la guerra de Vietnam y todo el mundo en los EE. UU. retrocedía políticamente hacia finales de los años treinta: la década en que muchos habían tenido la ciega visión de ver en Stalin al salvador de la Humanidad. Entre los invitados de este director liberal se

hallaba un conocido filósofo austríaco (hoy fallecido) refugiado en los EE. UU. desde 1937, luego de huir de la Alemania nazi. El director y el filósofo eran judíos, tanto como la bella esposa del primero. Una vez escuchado el relato que hice de la espantosa vida en la isla, el popular filósofo preguntó con su fuerte acento alemán: «¿Prego no ess verrdat que con el Doktor Kastro la isla ha hecho crandes procesos en la salud públika y en la edukazión?»

Ya había escuchado la misma pregunta antes en distintos idiomas, con diferentes acentos y tenía lista en la punta de mi lengua lógica, no ideológica, una amarga analogía doble: «Mussolini hizo que los trenes italianos

llegaran a tiempo por primera vez en la historia de Italia; Hitler, por otra parte, no solamente construyó las autobahns», y el filósofo hizo una mueca, «sino que sacó a Alemania del marasmo moral y económico en que se hallaba». Por lo menos, eso es lo que recuerdo oír decir una y otra vez a mi tío abuelo, cuando vivíamos en mi pueblo natal en el oriente de Cuba. Esto pasó antes de la Segunda Guerra. Pero por extraño que parezca, mi tío abuelo, persona de veras bondadosa, era nazi. Se hizo vegetariano al enterarse que Hitler no comía carne. Lo que es aún más extraño, Fidel Castro nació a cincuenta kilómetros escasos de donde yo nací y casi al mismo tiempo. ¡Podría haber sido adoctrinado por mi

tío abuelo! Éste, una vez terminada la guerra, solía repetir sin descanso que Hitler estaba vivo y esperando oculto el momento oportuno para volver al poder. Un buen día, mi tío abuelo dejó de creer que Hitler aún vivía. Lo supe porque dejó de mencionar al Führer. Cuando Fidel Castro subió al poder, mi tío se volvió fidelista, pero no lo hizo hasta que vio que Fidel Castro era el típico tirano total. Ya ve, mi tío abuelo más querido era todo un totalitario —pero también era el «sabio del pueblo».

El filósofo, sobreviviente de los campos de concentración nazis y a la sazón profesor de dialéctica marxista en Hollywood, se dio cuenta que yo tenía un buen argumento (y no de cine) cuando

insinué una agudeza hegeliana: «Aunque el programa educativo fuese un éxito, que no lo es», le dije, «¿de qué sirve enseñar el alfabeto a millones cuando un *solo* hombre decide lo que se va a leer, en Prusia como en Rusia? O en Cuba».

En Gran Bretaña, la mano derecha ignora lo que sucede en Cuba. («¿Podría decirme, por favor —llegó a preguntarme en Londres un destacado intelectual conservador ahora en el poder— si es que hay libertad de expresión en Cuba?») Pero créame el lector si le digo que los caballeros aquí a la izquierda también hacen preguntas estúpidas y de una ingenuidad política reveladora de su ignorancia ideológica. A menudo me preguntan, serios y

sesudos, ¡sobre el *samizdat* en La Habana! O sobre la suerte de los disidentes cubanos. Esta gente debería saber bien que el *samizdat* (para un cubano de Cuba hasta el mismo nombre es exótico) es un típico fenómeno soviético de los años sesenta, y que si existió es porque el Gobierno soviético de entonces lo permitía. Lo mismo puede decirse de los disidentes soviéticos (nietos de Kruschov, hijos de Brezhnev) a quienes oportunamente se les permite emigrar a Europa o los Estados Unidos. Stalin, Castro comunista, sencillamente, los habría enviado a Siberia sin más trámite. ¿Quiénes son los disidentes en la Alemania del Este o en Bulgaria? Nadie,

simplemente porque los gobiernos comunistas de esos países no pueden permitirse el lujo de dejarlos existir. En Checoslovaquia, los escritores o acatan l o s *diktats* comunistas o van directamente a la cárcel. Y en Albania, ¿dónde están los disidentes albanos o albinos? ¿Dónde están? En ninguna parte, por supuesto. Aunque sea triste decirlo, Cuba se ha convertido en la Albania de América. (No es la primera vez que uso yo esta analogía, que luego Castro hizo suya, antítesis mortal.) Pero son pocos los extranjeros que saben esto. El infierno político se halla empedrado de ignorancias extrañas. El Holocausto llegó a conocerse en su totalidad únicamente después de la

Segunda Guerra. Los gulags no salieron a la luz pública hasta la muerte de Stalin. Y las atrocidades de Castro, no todas literarias, sólo se sabrán una vez que haya desaparecido, cuando ocurra —si es que ocurre. Será entonces que la ingente gente, no solamente en España sino en todas partes, de izquierdas como de derechas, conocerá la esencia verdadera del régimen liderado por un hombre de astucia y engaño infinitos, afectado de un egotismo odioso: el doble barbudo y blanco de Amín. No es por nada que es Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Secretario General del Partido y Presidente Vitalicio de Cuba. También le gusta que le llamen Doctor, cuando en realidad

(otra vez como Amín) es un consumado actor que representa su propia versión de Macbeth ante el público cautivo más numeroso de América. (¡A aplaudir, coño!)

Pero cuando en enero de 1959, Fidel Castro entró en La Habana como un Cristo mayor (tal como Severo Sarduy escribió desde París con humor) algunos lo vimos como una versión joven y barbuda de Magwitch: un proscrito de elevada estatura que emergía de las brumas de la historia para hacer de todos y cada uno de nosotros un Pip político. Sin embargo, este fuera-de-la-ley nunca se convirtió en un dentro-de-la-ley, sino que se volvió la Ley en persona: al Redentor siempre se le veía

con una pistola al cinto. Cuando Castro ocupó el lugar de Batista, había en Cuba tres grandes escritores va entrados en años: dos poderosos poetas y un hombre de letras inconforme: todos muy influidos por la literatura francesa. Esta santísima pero impía trinidad estaba integrada por José Lezama Lima (1910-1976), Nicolás Guillén (n. 1902), y por Virgilio Piñera (1912-1979). Los dos primeros eran los poetas: popular hasta populista, uno, impopular y hermético el otro. Más tarde, Lezama sorprendió a todo el mundo con la publicación, en 1966 de *Paradiso*, su densa, intensa, tensa, impenetrable obra maestra: esa novela es una confesión y una memoria.

La obra conoció un *succès de*

scandale en Cuba debido a las entreveradas escenas de pederastía y poesía, escritas en una prosa que, por comparación, hacía parecer simple cuando no accesible al hermético Hermann Broch, el autor de *La Muerte de Virgilio*. El otro Virgilio, Piñera, era autor de cuentos, novelista y dramaturgo, y tenía también algo de poeta. Nicolás Guillén, mulato, a fines de los años veinte se había dedicado a escribir poesía negrista (que tenía que ver con la poesía lo que Machín tiene que ver con la música cubana) pero cayó bajo el hechizo de Lorca cuando éste visitó La Habana en 1930 —y poco más tarde su poesía parda se transformó en flamenco tropical. Más tarde, en los treinta,

Guillén se dedicó a componer versos en la manera llamada poesía social y se hizo miembro del Partido Comunista cubano (para su perdición). Guillén tenía un verdadero don poético pero en tono menor. De hecho, junto con César Vallejo y Pablo Neruda es el poeta latinoamericano de este siglo más traducido (hasta el coreano) y ha sido nominado varias veces para el Premio Nobel, sin ganarlo nunca: de ahí su odio a Neruda. El vínculo musical es apropiado sin embargo ya que Guillén componía poesía popular *avant la lettre* y era un autor lírico de suaves melodías aun antes que de enérgica prosa. Al revés de Heine, sus palabras pedían una canción a gritos y finalmente

consiguieron hasta una sinfonía: *Sensemayá* de Silvestre Revueltas. Pero es realmente una pena que cuando Guillén produjo sus primeros sones (o sus rumbas) Seeger no lo siguiera de cerca para que tarareara una versión distinta de la «Guantanamera», empleando en esta ocasión la letra de Guillén en vez del verso diverso de Martí. El poeta mulato («No negro», como le gusta distinguir su piel al poeta) era el verdadero contemporáneo de estos aires populares, sin derechos de autor que pagar a sus contemporáneos reales.

El cuarto jinete de la época lista hacía muchos años que no vivía en la isla —si es que alguna vez llegó a vivir en ella.

Cuando de joven se fue por fin a París, la patria de sus mayores anhelos, no regresó hasta que la ocupación nazi le obligó a huir de Francia. Se llamaba Alejo Carpentier (1904-1980) y murió, claro, en París. Nacido en La Habana de padre francés y madre rusa, Carpentier fue sucesivamente arquitecto frustrado, compositor amateur, diletante de la poesía negrista (llegó incluso a escribir una novela negra, que no debe confundirse con un *roman noir*, titulada *Ecué Yamba-O*, sobre la santería sincrética afro-cubana —o sea la magia negra que se practica en Cuba), además de excelente musicólogo y, finalmente, escritor serio. Pero no fue hasta que se trasladó a Venezuela en 1946 que

comenzó a escribir novelas de verdadera distinción, de *El reino de este mundo* a *El acoso* y, quizá su obra maestra, *El siglo de las luces*, para ser excesivamente elogiado por Dame Edith Sitwell (¡ah, esos Sitwell, siempre entrometiéndose en las cosas de Cuba!), por Graham Greene y hasta por Tyrone Power. (Este último quiso escribir, producir y protagonizar sucesivas versiones fílmicas de *El reino*... y de *Los pasos perdidos*, pero perdió el paso y la corona vencido por una coronaria que lo malogró.) Entre Carpentier y Cuba sucedía algo extraño: Carpentier amaba la isla pero la isla no le correspondía. En La Habana no era más que un periodista, apenas un

escritorzuelo de revistas populares. Sin embargo en el extranjero se convirtió en un autor considerable y en un auténtico novelista. En París, incluso, escribió el libreto para una ópera compuesta por Edgar Varese, lo cual lo inflamó de orgullo parisién al estilo meteco.

Regresar a Cuba en 1940 significó para Carpentier, persona presumida, volver al pobre periodismo y a la radio que no cesa. Pero una vez que se estableció en Venezuela, a finales de los cuarenta y durante todos los cincuenta, pudo escribir sus mejores libros esa década. Por este tiempo viajaba con pasaporte venezolano y era una potencia cultural considerable en Caracas. Para su culpa cubana hasta llegó a organizar

un festival de música internacional patrocinado por Pérez Jiménez, el émulo venezolano de Batista. Cuando finalmente volvió a Cuba en forma más o menos definitiva (después que la Revolución pareció estar firmemente instalada en el poder, no antes) se convirtió en burócrata ejemplar como jefe de la única casa editorial existente en la capital cubana, la editora del Estado. Más tarde, por servicios prestados, fue ascendido al cielo de París como diplomático estrella en Francia, con oficina de lujo y vecino del *Seizième*. Nunca volvió a escribir otra novela —si bien publicó por lo menos cinco libros con tal título en la tapa y en el lomo.

Carpentier sufría de dos obsesiones personales, vinculadas de alguna forma pero encontradas, que lo habrían de acompañar toda la vida: el arte de la novela y el Premio Nobel de Literatura. A la caza de este último, y en ese asiduo acoso, Carpentier dejó el viaje a la semilla de la literatura y el reino de este mundo se le convirtió en una tiranía letal que finalmente acabó con sus pasos —perdidos o encontrados. Como dijo Cortázar: «No hay cosa que mate a un hombre más rápido que obligarlo a representar a su país.» Carpentier (¡pobre tipo, ché!) representó por espacio de veinte años a una causa en la que nunca creyó. Al final, aquejado de un cáncer incurable, París se convirtió

para él en una misa negra. Tenía que levantarse temprano para poder escribir: luego debía desayunar, comer e incluso cenar con importantes figuras francesas —con la sola excepción de Sartre, que lo despreciaba por ser un funcionario castrista, sirviente de dos señores. La producción literaria de Carpentier se hizo cada vez más mediocre y sus libros se volvieron pobres en prosa, pero ricos en política con el fin de satisfacer al poder en La Habana, por poder y poder, de ese modo, permanecer en París. Dicho sea de paso perdido, Carpentier nunca pudo ganar el Premio Nobel: la muerte lo ganó a él antes. Con ironía postuma, el año que murió, la Academia Sueca había acordado darle el premio.

Sic semper tyrannis —y los que los sirven. Aun en París.

Éstos eran los hombres más representativos de la literatura cubana cuando Fidel Castro bajó de la Sierra armado hasta los cariados dientes. (Por ese entonces, solía usar un uniforme verde olivo hecho jirones, mientras que ahora lleva uno de general ruso y exhibe sus desnudos dientes hechos hermosos por su dentista particular). Por supuesto que había otros escritores. Lino Novás Calvo, por ejemplo, uno de los mejores autores de cuentos cortos de Latinoamérica, traductor preferido de Hemingway, y el primero en verter al español a Faulkner, a Huxley y a

Lawrence, alrededor de 1930. Vivía entonces en Madrid y colaboraba con Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente*. (Ver su traducción magistral de «Todos los aviadores muertos», de Faulkner.) Y Fernando Ortiz, antropólogo audaz: el hombre que acuñó, entre otros, el término afrocubano (del que se formaron luego afroamericano y afrobrasileño), que era todo un concepto de cultos más que una simple palabra. Y Lydia Cabrera, blanca, de familia rica venida a menos, que fue la primera mujer que penetró el culto de los *abakuá*, secta secreta de negros con ritos de iniciación sangrientos que excluía bajo amenaza de muerte a mujeres y maricones. Los

hallazgos hechos por Lydia Cabrera en lo que podía llamarse *antropoesía* abrieron sendas en toda América, donde los cultos de lo oculto practicados por negros iniciados, desde Haití hasta el Brasil, son a menudo más poderosos que en África. No fue en el continente negro donde se creó el vudú, sino en América.

Otros artistas de fama mundial que nacieron en Cuba y siguieron siendo cubanos a pesar del exilio americano o europeo son la bailarina Alicia Alonso y el pintor Wifredo Lam, ya fallecido, y dos grandes músicos modernos: Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla, probablemente mejores compositores que el brasileño Villalobos y el mexicano Carlos Chávez pero dos

desconocidos. Ambos murieron demasiado jóvenes para ser conocidos en el extranjero, salvo en ambientes musicales tan escogidos como la petulante tertulia parisina de Nadia Boulanger o los discípulos aleatorios que John Cage tiene por todas partes. Roldán, que además era un destacado director de orquesta, murió de un cáncer en la cara cuando contaba poco más de treinta años. En sus últimas apariciones tenía que subir al estrado usando una máscara de seda para no exhibir la creciente y cruel deformación de su rostro. Caturla, juez rural que solía componer música en la sala del juicio, fue asesinado por un ladrón libre bajo fianza a quien Caturla se había negado a

absolver la víspera de la vista. El irónico desenlace fue que este delincuente menor jamás fue libertado bajo palabra y murió en la cárcel —no por matar a un juez sino por asesinar al Gran Caturla.

Alicia Alonso (Alonsova, ahora) había sido primero bailarina en el *American Ballet Theater* desde sus comienzos a principios de la década de los cuarenta. Cuando decidió volver a Cuba y formar una compañía de ballet, se ganó el patrocinio de una fábrica de cerveza local («la cerveza del pueblo y el pueblo *nunca* se equivoca») y, posteriormente, del gobierno batistiano, que calculó que la posición internacional de la Ballerina sería muy

buena propaganda para Batista, hombre que, como Castro, odiaba el ballet. Más tarde la compañera Alicia lue adoptada por la Revolución como *Nuestra Señora de la Danza. Ha recorrido mucho mundo y, aún hoy, a la edad de 70 años, sigue arrastrando sus pies más que en zapatillas en pantuflas por los escenarios internacionales. De todos los artistas mencionados our* Alicia es la única que se formó en los EE. UU. y perteneció a la *American school of ballet*. En la actualidad su cuerpo de baile danza *a la Russe* —con pasos opuestos a los de *su prima ballerina assoluta*. Tout tout.

En cuanto a Francis Picabia o Anaïs

Nin, no se les puede considerar cubanos. Quiso la casualidad que nacieran en la isla, pero luego se formaron en Francia y allí hicieron su reputación —cualquiera que ésta sea. Eran tan cubanos como José María de Heredia, quien a finales del siglo pasado soñaba con arrecifes de coral y el celeste del mar y las verdes colinas del trópico de su Santiago de Cuba natal, a los que cantaba en francés con alejandrinos nostálgicos compuestos en París. O como Italo Calvino, nativo de Santiago de las Vegas, pueblo cercano a La Habana, pero educado en Italia. Sin embargo, ha habido artistas de importancia nacidos en Cuba que decidieron permanecer en la isla como

los pintores que pertenecieron a la Escuela Cubana de Pintura de los años cuarenta y cuyas obras se pueden ver en los museos de todo el mundo. Uno de estos pintores fue Fidelio Ponce de León, quien afirmaba ser descendiente del conquistador español que descubrió la Florida, por casualidad, cuando se hallaba dedicado a la búsqueda de la Fuente de la Juventud. Murió envejecido a los cincuenta —no el conquistador sino el pintor, soñadores los dos. Una de sus mejores telas cuelga para siempre en la pared de un elegante (y falso) piso de un Nueva York ilusorio, desde donde domina el escenario único de *La soga*, la famosa película de Hitchcock. Ponce, que se pasaba la vida preguntando a

amigos y enemigos «¿Me conocen de verdad en París?», nunca vio la cinta. Murió, tuberculoso y en la indigencia, antes de que *La soga* se estrenara en La Habana en 1948.

El artista cubano más famoso de todos lo tiempos fue, por supuesto, José Raúl Capablanca, también conocido como la *Máquina de Jugar Ajedrez* y considerado por muchos como el mejor jugador de ajedrez de todos los tiempos. Capablanca nació en La Habana a finales del siglo xix y desde 1942 está enterrado en Cuba. ¿Podría alguien imaginar cómo el régimen de Castro habría capitalizado la leyenda viva que fue Capablanca? Festejada y filmada donde quiera, la historia inmortal de su

vida breve y dichosa está hecha de la estofa de la propaganda. Hasta el Che Guevara llegó a llorar su muerte —veinte años después. Doce facsímiles de Alicia Alonso bailando docenas de dementes *Coppelias* no habrían ofrecido los mismos beneficios a Cuba comunista. Capablanca sería así Caparroja.

No me olvido —¿cómo podría hacerlo?— de los innumerables poetas menores, malos poetas, terribles poetas y escritores de cuentos cortos que pululaban por el trópico con sus torpes talentos y enormes egos, todos efímeros oportunistas. Fue en 1959, cuando era director de *Revolución* (periódico que había fundado en la clandestinidad en

1956) que Carlos Franqui, por entonces una especie de poder tras el trono revolucionario (cuatro o cinco de los nuevos ministros debían su puesto a él y no a Fidel Castro), decidió que el periódico necesitaba un suplemento literario. Así fue como nació *Lunes*, cabrito, macho cabrío, diabólico después, para terminar siendo chivo expiatorio finalmente. ¡So cabrón! Periodista desde 1949, crítico de cine de 1954 en adelante y editor literario de *Carteles*, el segundo semanario en popularidad de Cuba y el Caribe, el que escribe fue nombrado por Franqui director de *Lunes*. Este nombramiento, por más de una razón, se convertiría en un error fatal para todos.

Revolución había sido la voz que desde las catacumbas de la clandestinidad exponía los puntos de vista del Movimiento 26 de Julio, la organización que llevó a Fidel Castro al poder y no la insignificante guerrilla como Castro hizo creer a todos. A la luz del día, *Revolución* se convirtió en un periódico de intolerable influencia: el primero de Cuba y el único en tener acceso a lo más recóndito del poder en el Gobierno y en la vida política cubana en general. Además, tenía, para Cuba (entonces un país de unos siete millones de habitantes) una circulación enorme. *Lunes* se aprovechó de todo ello y se convirtió en la primera revista literaria en español de América, o de España,

que podía presumir de una tirada cada lunes de casi 200.000 ejemplares. *Lunes* mandaba mucha fuerza —y no solamente literaria.

Mi primer error como director de *Lunes* fue intentar limpiar los establos del auge literario cubano, recurriendo a la escoba política para asear la casa de las letras. Esto se llama también inquisición y puede ocasionar que muchos escritores se paralicen por el terror. La revista, al contar con el aplastante poder de la Revolución (y el Gobierno) detrás suyo, más el prestigio político del Movimiento 26 de Julio, lue como un huracán que literalmente arrasó con muchos escritores enraizados y los arrojó al olvido. Teníamos el credo

surrealista por catecismo y en cuanto estética, al trotskismo, mezclados, con malas metáforas o como un cóctel embriagador. Desde esta posición de fuerza máxima nos dedicamos a la tarea de aniquilar a respetados escritores del pasado. Como Lezama Lima, tal vez porque tuvo la audacia de combinar en sus poemas las ideologías anacrónicas de Góngora y Mallarmé, articuladas en La Habana de entonces para producir violentos versos de un catolicismo magnífico y obscuro —y reaccionario. Pero lo que hicimos en realidad fue tratar de asesinar la reputación de Lezama.

Otras víctimas hubo, más entradas en años. Como el dentista español que

quería ser un *dantista* y cuya nociva novela bablélica, recientemente publicada fue arrancada de sus raíces asturianas sin administrarle anestesia. (Esos: ¡ay dolor!) Al mismo tiempo, la revista exaltaba a Virgilio Piñera, de la generación de Lezama, a la posición de otro Virgilio regresado de un infierno mucho más avernal que el de Dante. Virgilio que había sido siempre un paria en su país, hombre pobre, pobrísimo, casi al borde de la indigencia, se convirtió en nuestra figura paterna favorita: el escritor de la casa. Como un vino incluso. En vano. Otro error. Además de ser un excelente escritor de cuentos cortos, que incluso Borges había incluido en una antología, un autor

teatral de genio (escribió una obra de teatro del absurdo cuando Ionesco no había puesto en escena aún *La cantante calva* y mucho antes de que Beckett se sentase a esperar a Godot), y grato poeta, Piñera tenía un defecto especial. Como San Andrés, se trataba de una falla visible a simple vista. Virgilio, como su tocayo romano, era pederasta. Quizá de ahí viniese su aire de reina literaria: un Cocteau cubano conocido no por sus obras sino por sus obreros, estibadores del puerto sobre todo. Eso sería la comidilla del *tout Paris* (Genet o no Genet), pero estábamos en La Habana revolucionaria y en una revolución no hay lugar para las reinas. En vez de gritar a Alicia (Alonso) «¡Que

le corten la cabeza!», todas las reinas cubanas acabaron sin cabeza que cortar y perdieron hasta la cabeza propia —particularmente la propia. Juego de cartas introductorias.

Tercer pecado original cometido: alrededor de *Lunes* se habían agrupado demasiadas personas de talento, cada una de las cuales apoyaba a la Revolución a su modo. Baragaño, el poeta surrealista que volvió del exilio parisino donde era recibido por el mismo André Breton (quien odiaba a los pintores de domingo y a los poetas menores), era, a la vez, el niño mimado de la revista. Heberto Padilla, nacido en el mismo pueblo que Baragaño (Puerta de Golpe, ¡qué nombre!, en la zona

tabacalera de Cuba), volvió del exilio transcurrido en la academia Berlitz de Nueva York y se dedicó a cultivar un verso cuidado y cáustico: Padilla era otro excelente poeta terrible. Tanto él como Baragaño, vates de batalla, estaban decididos a hacer añicos a la vieja generación, muchos de ellos funcionarios públicos de la época de Batista y de antes, como era el caso de Lezama. Calvert Casey, a pesar del nombre y de haber nacido en Baltimore, era no solamente cubano sino también un habanero auténtico que empleaba una sutileza y precisión exquisita para ocultar su prosa homosexual —lo cual no le impedía exhibir en público como pareja a su amante mulato. Antón Arrufat

seguía los pasos a Piñera —y no solamente en cuanto a escribir obras de teatro. Pablo Armando Fernández, poeta menor pero experto diplomático, era entonces capaz de zafar a la revista de cualquier enredo de farsa literaria. Era nuestro diminuto San Sebastián, blanco móvil de fechas y flechas. Aún vive en Cuba, aún es diplomático aunque ya no es poeta, menor o de otro orden. Su profesión actual consiste en hacer de anfitrión a los turistas que, en plan viaje político, vienen de los EE. UU. donde vivió su vida (de soltero o sodomita) antes de volver a Cuba va casado en el año 59.

Al igual que lo había hecho con Padilla y Hurtado, yo convencí a Pablo

de que dejara Nueva York y regresase a Cuba. Óscar Hurtado, otro exilado económico residente en Manhattan, entrañable gigante, era casi el elefante de la familia. Pero, aunque se trataba de un poeta terriblemente tímido, casi cobarde, era también hostil a Lezama y a su grupo *Orígenes*. Murió no en el exilio sino en un asilo, desconocido y desconociente, sufriendo solo y en silencio con su cerebro esclerótico. Y, sin que nunca se me permitiera abandonar el barco aun cuando escoraba (*Lunes* estaba en todas las listas de los Servicios de Seguridad, el Contraespionaje y la Policía), ahí estaba yo, Capitán Coraje. A pesar de ser un fumador inveterado, no podía compartir

la pipa de la paz con nadie, porque en esa época no fumaba más que puros de marca.

Como el lector puede ver, la nave literaria se hallaba manejada por una gavilla de maníacos, ácratas y pederastas. (Espera un momento, lector, y comprenderás por qué estas cosas de la vida se convirtieron en elemento decisivo de nuestra defunción.) «Los privilegiados», como nos marcó el Che Guevara, que no serían nunca «verdaderos revolucionarios», y con un timonel que, sin duda debido a la mucha miopía, vio las señales de peligro ya tarde. (Demasiado larde, de hecho.) Descubrí que carecíamos de poder real

cuando al barloventear y romper lo que parecía ser nada más que una ola sectaria, se vio que era nada menos que la punta negra del iceberg totalitario. ¡Paren las máquinas! A *Lunes* se le tendría que haber llamado el *Titanic*, pues pronto nos hallamos sumergidos en las aguas profundas y frías del cálculo altruista. Antes de hundirnos —delirio del ahogado— vi patente que habíamos intentado hacer de la Revolución algo leíble, y por tanto vivible. Pero ambos cometidos resultaron de imposible absoluto. Engels, Engels, ¿por qué me persigues?

Sin embargo, en los momentos de apogeo, *Lunes* conoció, como toda estrella joven, una rápida expansión. En

poco tiempo habíamos creado una editorial (Ediciones Erre), cuyo primer libro publicado fue precisamente Poesía, Revolución del Ser, aunque meses antes, su autor José Baragaño, que seguía siendo surrealista del Sena, lo había titulado Poesía, Negación del Ser. Esta colección de poemas era un refrito raro de las fórmulas surrealistas de los veinte años precedentes. Pero en 1960 servía para cantar a la Revolución y al ser, heideggeriano, para la muerte —al mismo tiempo.

Aunque ahora en vez de la nada, Baragaño ofrecía el Ser no a Suárez sino a Castro. ¡Oh oportunismo, tu nombre en Cuba es poesía! Luego conseguimos un

espacio televisivo —apunta: hora punta, segundo canal a la izquierda, hay son. También establecimos una edición de discos llamada Sonido Erre con R de Revolución. Nuestra empresa editorial (bastante afortunada, dicho sea de paso) era, por esos tiempos, la única editora independiente que quedaba en Cuba: todas las otras ya habían sido nacionalizadas, devoradas por el leviatán que capitaneó Carpentier Ahab. Pero la tenencia de esta imprenta solitaria en manos mías no constituía privilegio alguno. Por el contrario, era de hecho tan de mal agüero como una señal de humo en territorio apache. Fue entonces que cometí un error que finalmente resultó ser una bendición con

disfraz. Le di una mano a mi hermano Sabá para que finalizara un documental que se hacía junto con el cámara Orlando Jiménez, por ese entonces el más joven fotógrafo de toda Cuba, capaz a los catorce años de manejar una cámara de Cinemascope: toda una proeza de película. El documental se llamaría PM— por razones obvias. Tal como sugiere el título se trataría de un panorama de La Habana sin guías, después del anochecer: furtivas incursiones de la cámara en restaurantes turbios en penumbra y bares y cuevas aún abiertas sin Polifemo, concurridos por la clientela habitual, el cubano de a pie: obreros, vagos, bailadores de todo sexo y raza, que se empeñaban en vivir

el momento antes de que termine la velada. Pero la noche de amor terminó —¡adiós, adiós, adiós! Me gustó la idea. El así llamado *free cinema* (originado en Inglaterra) era, por esos tiempos, el último grito en el cine aunque prácticamente sin eco visible en Cuba. Les di el dinero para hacer el montaje de la película, tirar dos o tres copias y diseñar los títulos— total, 500 pesos. Todo esto se realizó al margen del ICAIC (o sea, la burocracia del cine) en los laboratorios de nuestro canal, pero en forma totalmente abierta. Por el dinero invertido, *Lunes* obtuvo los derechos exclusivos para exhibir la película en su programa de TV, no bien estuviera finalizada. Lo cual hicimos sin

problema. La censura no existía para nosotros. Igual que en la revista, éramos nuestros propios amos. Después de todo éramos el fruto dorado de Revolución, el periódico de la Revolución, la voz del pueblo, la voz de Dios. En fin, éramos, como quien dice, omnipotentes. Sin saberlo, éramos también esclavos.

Pero un espectáculo necesita espectadores, y los autores de la pequeña película musical nocturna querían mostrarla a una audiencia viva. En La Habana Vieja quedaban dos o tres cines sin nacionalizar, uno de ellos especializado en documentales. Una vez que el dueño estuvo de acuerdo en poner la película, el paso siguiente fue obtener el permiso de la Comisión Revisora

para exhibirla en público. La Comisión Revisora era el mismo cansado censor que en los tiempos de Batista. Incluso de antes: en sus oficinas se podía ver *El beso* de Edison (1904) si uno quería —convenientemente censurada. En el pasado, lo que hacía la censura era cortar un poco de teta por aquí (atención al pezón), algún que otro culo por allá y un muslo salpicón las más veces. Siempre ocurría con películas francesas que ni siquiera llegarían hoy a la categoría de porno suave y serían ahora aptas para menores masturbadores. (¡Cuidado con ese ombligo desnudo!) Pero, por los tiempos que nos ocupan, la Comisión Revisora de Películas dependía del Instituto del Cine (que no

tiene nada que ver con la ciencia ni con el arte del cine), que era ya un monopolio estatal. Aún controla todos los aspectos relacionados con una película en Cuba, desde hacerla hasta su exportación, distribución y exhibición. También decide la importación de cada cinta extranjera de tetas o de estetas. El Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (*sic*) es propietario de todos los teatros, cines, autocines y salas de exhibición de Cuba, islas y cayos adyacentes. Aun si uno quiere tomar una instantánea familiar con una camarita de cajón tiene que recurrir al ICAIC para comprar el rollo de doce exposiciones —¡y guay si se le ocurre tirar trece fotos! Ya lo proclamó Fidel

Castro, siguiendo a Lenin: «Del cine, todas las partes nos interesan.» Esto incluye, por supuesto, las lunetas.

Ellos mantenían una larga polémica con *Lunes*, en la que nos tildaban de decadentes, burgueses, vanguardistas y, el peor epíteto del catálogo de nombretes comunistas, de cosmopolitas. A su vez, nosotros los veíamos como unos burócratas despreciables: un montón de ignorantes con ideas artísticas reaccionarias y carencia absoluta de gusto. Alfredo Guevara (sin parentesco con el Che Guevara), director del Instituto del Cine, era el más odioso comisario comunista con el que vérselas, casi el Shumyavsky de Stalin sin hablar ruso. Llevar *P.M.* al

Instituto del Cine para su aprobación fue una audacia inocente, como Caperucita Roja al inspeccionar los dientes del lobo. Pero no había más remedio que hacerlo. Algún tiempo después, *Revolución* sería suspendido para luego renacer con el nombre de *Granma* y desde entonces esa abuela no ha cesado de mostrar sus colmillos caninos. No obstante, nunca nos esperamos una mordida tan bestial. La Comisión Revisora, además de negarse en redondo a dar el *imprimatur* a *P.M.*, prohibió el documental y lo acusó de ser contrarrevolucionario, además de basura peligrosa y licencioso y obsceno y perverso y en blanco y negro. No contentos con eso, se incautaron de la

copia.

Esto fue más de lo que podíamos tragar. Estomagados, todo terminaría con una purga, claro. Hacía tiempo que esperábamos una confrontación con el Instituto del Cine, pero la misma habría de convertirse en una batalla campal sin Cid. La prohibición de *P.M.* tuvo lugar en junio de 1961, en lo que se podría denominar un período entre dos guerras. En abril de ese año se produjo la invasión de Bahía Cochinos. De modo impresionante, todos los invasores fueron derrotados en menos de 48 horas y Fidel Castro se apresuró a declarar a Cuba República Socialista, aunque la isla no sería ni una cosa ni la otra nunca. Los tiempos traían buenos augurios para

el Partido Comunista (que entonces se había unido con los restos del Movimiento 26 de Julio y la sombra de lo que fue el Directorio Revolucionario para formar un partido único denominado ORI), tanto que el Comité Cultural había decidido organizar un Congreso de escritores en La Habana para invitar a algunos literatos extranjeros destacados, como Nathalie Sarraute, que, sin ser necesariamente comunistas, eran simpatizantes de la Revolución de Castro. Mientras tanto, en una especie de montaje político (cascos de caballo con jinetes de Klu Klux Klan a galope, corte a escena de doncella en peligro, nuevo corte a escena de negro en pena o en actitud amenazante), se vio

a *Lunes* afanado en la recogida de firmas para protestar contra el secuestro de *P.M.*, la pequeña película nocturna.

A la vista ya los comienzos del Congreso organizado por los comunistas, esta actitud iba a tener amplias repercusiones. Al vemos venir y saber que constituiríamos un problema, el Comité Cultural del Partido fue presa del pánico. (Los comunistas siempre tienen miedo histórico.) Nos pidieron, por favor, que no hiciésemos un manifiesto público con la declaración contra el Instituto del Cine. A cambio, nos proponían retrasar la apertura del Congreso y lavar la ropa sucia en casa*. Para ello orquestarían una reunión de todas las partes interesadas con Fidel

Castro, y casi todo el Gobierno. Muy bien, una discusión amistosa, una tregua. ¡Resultó una emboscada rastrera! El Comité Cultural invitó a todos los intelectuales implicados y a muchos más también. A *tutti quanti*, como diría Virgilio. Las sesiones tuvieron lugar los viernes durante tres semanas consecutivas y se celebraron en el espacioso teatro de la Biblioteca Nacional, un verdadero palacio del libro construido por Batista (que no leía) pero reclamado por Fidel Castro (que no lee). El día de la primera reunión fue como un presagio del Día del Juicio Final. En el estrado se hallaban Fidel Castro, el presidente Dorticós (desde entonces depuesto,

luego suicida), el ministro de Educación Harmando Hart, su esposa Haydée Santamaría, presidenta de la Casa de las Américas (quien más tarde se suicidaría también: al poder con la bala en el directo), Carlos Rafael Rodríguez, entonces influyente dirigente comunista y hoy nuestro (es decir, de Moscú) tercer hombre en La Habana, la ex esposa de éste, Edith García Buchaca (por estas fechas, cabeza del aparato cultural del partido: más tarde habría de pasar quince años bajo arresto domiciliario); Vicentina Antuña. jefa del Consejo de Cultura bajo el hechizo político de la Buchaca; y por último Alfredo Guevara, el otro Guevara, Maquiavelo tropical que aconsejaba no solamente al Príncipe

sino también a la Princesa. Luego venían los chivos expiatorios, corderos para el lobo o, como se decía en Cuba, monos amarrados contra león suelto: Carlos Franqui, director de *Revolución,* y yo como director de *Lunes*. Ésa era la mesa de la última escena.

El presidente Dorticós, que entonces se creía de veras que era presidente, pobre pelele, declaró abiertas las sesiones, que habrían de resultar vistas de un juicio. Anunció Dorticós con voz de comodoro de club náutico (lo que, efectivamente, había sido, en Cienfuegos: 1953-1956) que habría libertad para que todos expresaran su opinión. Todo el mundo podría decir su parecer —siempre que fuera favorable.

«¡Compañeros, levanten la voz!» Nadie lo hizo. «¡Levanten entonces el culo!» Todos nos hallábamos atados de pies y manos y amordazados ante tal despliegue de poder político. Súbitamente, de la masa avergonzada surgió un tímido hombrecito de pelo pajizo, de tímidos modales, sospechoso ya por su aspecto de marica militante a pesar de sus denodados esfuerzos por parecer varonil, o si no, fino, y dijo con voz apocada, apagada que quería hablar. Era Virgilio Piñera. Confesó que estaba terriblemente asustado, que no sabía por qué o de qué, pero que estaba realmente alarmado, casi al borde del pánico. Luego agregó: «Me parece que se debe a todo ésto» —y dio la impresión que

incluía a la Revolución como uno de los causantes de su miedo. (Aunque quizá se refería nada más que al multitudinario auditorio de así llamados intelectuales.) Pero podría ser que aludiera a la vida del escritor en un país comunista —o sea, a esos miedos con nombres como Stalin o Castro. Nunca lo sabremos. Una vez dichas esas palabras, Virgilio volvió a su asiento, manso, mantuano. A nadie se le permitía hablar desde su silla para emitir una opinión. (Tal como el presidente Dorticós había pedido con voz de trueno amable, había que dirigirse a un micrófono ubicado en el proscenio y hacerlo de cara al auditorio, pero teniendo la precaución de no dar nunca la espalda a Castro: las

desviaciones físicas siempre revelan desviaciones políticas.) Hablaron todos. Hasta los que no sabían hacerlo, como Calvert Casey, tartamudo incorregible. ¡Te cogí!

De pronto se hizo patente a todos (acusados, acusador, jurado, juez y testigos) que se estaba ante un juicio público realizado en privado: no era sólo *P.M.* sino *Lunes* (y con el magazine todo lo que representaba éste para la cultura cubana) quien también estaba en el banquillo de los acusados. Kafka en Cuba, Praga en La Habana. La mayoría de las personas que comparecieron ante el tribunal eran enemigos jurados de la revista, y algunos de ellos tenían razones para serlo. Como, por ejemplo, la

colaboradora gorda llamada Martina Vesa, que envió unos poemas a la revista, publicados luego con el título de *Los versos de la Obesa. O el dolido dentista que se creía un Dante al dente* y dejó oír su amarga queja. No sólo se quejó sino que también lloró y, católico converso, rezó en contra nuestra a Dios y a Castro y nos llamó profesionales del crimen de lesa literatura: asesinábamos a los escritores en persona como si se tratara de personajes de un libro. Éramos los *hit men* de la cultura que tirábamos a dar. ¿Mafia marxiana tal vez? Fue un discurso apasionado, apasionante aunque desdentado y el buen hombre consiguió lo que vino a buscar: ser designado embajador ante la Santa

Sede como premio de Consolación (del Sur). Pero no consiguió ser dantista: siempre fue dentista.

Hubo otros testigos, todos de cargo y uno de ellos, enmascarado, se quitó la máscara casi al final del baile. Todos le vimos entonces la cara: ¡Baragaño! El poeta de la nada instigador de los ataques contra Lezama y sus discípulos, ácrata, antiguo anticomunista —¡se había puesto ahora en contra nuestra! Sorpresa surrealista. Sin embargo, había un enemigo esperado: Guevara (orador guerrillero que nunca pudo pronunciar la erre de la Revolución) dio un golpe bajo a *Revolución* y a *Lunes de R*. Hasta entonces yo había sido un Infante Terrible, pero ahora era un infante

infame. Finalmente fue Fidel Castro en persona quien habló. Como es habitual, tuvo la última palabra. Como introito se deshizo de su perenne Browning de 9 mm., que lleva siempre a la cintura (con lo que daba un referente real a la metáfora acuñada por Goebbels: «Cada vez que oigo la palabra cultura echo mano a mi pistola») y pronunció uno de sus más famosos discursos. Famoso no por durar ocho horas, sino por ser breve y conciso: duró apenas una hora. Primera vez que ocurría desde su designación como Primer Ministro de Cuba. Dicha deposición deletérea es conocida ahora con el nombre de: *Palabras a los intelectuales*, cuyo epílogo es reclamado por los castristas

de todo el mundo unidos como un modelo de retórica revolucionaria. Se trata, en realidad, de un credo estalinista: «Con la Revolución, todo», tronó Castro con la voz de un Zeus ruso. «Contra la Revolución, nada.» Todos aplaudieron, algunos de buena fe, aunque no yo. No tuve más remedio que aplaudir, sí, a pesar de que sabía perfectamente cuál era el significado de este slogan. Se trataba de una sentencia sin veredicto previo, dictada por una justicia a través del espejo. *latoT.*

El resultado del proceso fue que el Instituto del Cine devolvió a los cineastas la copia incautada de *P.M.*, pero no levantaron su censura. *Lunes* también fue prohibido: tres meses más

tarde dejaría de aparecer. Escasez aguda de papel de imprenta fue la explicación oficial —una historieta de Callejas, por supuesto. Después de las sesiones relatadas, tres publicaciones más o menos literarias vieron la luz: *Revista Unión*, mensuario editado por la Unión de Escritores y dedicado a temas teóricos de la cultura comunista; *Gaceta de Cuba*, semanario publicado también por la Unión y que se parecía a *Lunes*, como Caín a Abel, y una revista ilustrada a cargo del Consejo de Cultura y que tenía el aspecto de un *Hola* —y adiós. Tres revistas rojas —y todas cojas. Al final, los comunistas celebraron su congresito (¿por qué tendrán los comunistas necesidad

imperiosa de hacer congresos? ¿Acicate o alicate?) al que fueron invitados varios escritores extranjeros. Aplicando una estratagema habitual (y para que no llorara) me designaron uno de los *siete* vicepresidentes *siete* de la recién creada Unión de Escritores. Y bueno, no me quejé. Nunca pensé en quejarme. Es que el año anterior había estado en la Unión Soviética y supe de lo sucedido a los escritores que habían cometido la audacia de disgustar a Stalin, incluso *sotto voce*. (Uno de ellos se llamaba casualmente Giovanni Sotto Voce, amigo de Gramsci.) Oculto tras sus barbas, nuestra versión tropical de Stalin podía resultar tropicalmente letal.

Fue entonces que Virgilio Piñera

regresó de Bruselas vía Praga y por apenas un metro no logró besar suelo cubano. *¡Vaya hubris!* Poco después, una temprana mañana me hallaba haciendo mi papel de miliciano tumbado en la yerba, de custodia en la puerta de *Revolución*, cuando recibí una llamada de Virgilio que comenzó por asombrarme y terminó por dejarme atónito. Virgilio me llamaba de la cárcel local en la playa donde vivía. Me contó que había sido arrestado acusado de ser P pasiva. «Sí, pero P mayúscula, ¿sabes?», comprendí enseguida: Virgilio quería decir no P de Piñera ni de poeta, sino de Pederasta. La noche anterior había ocurrido una especie de *Kristalnacht* carnal en La Habana. Una

sección especial de la Policía denominada Escuadrón de la Escoria se había dedicado a arrestar, a ojos vista, en el casco antiguo, a todo transeúnte que tuviese un aparente aspecto de prostituta, proxeneta o pederasta. Esta operación policial recibió el nombre de *Noche de las Tres*. Pero a esas horas Virgilio se encontraba de seguro a kilómetros de distancia de La Habana, en la cama (creía saludable acostarse al anochecer y levantarse al alba), en la casita que él había bautizado como el *Gran Chalet de la Playa*. ¿Por qué Dante había Virgilio ido a parar al infierno carcelario?

La explicación se halla en un infame flagelo social. El Gobierno tenía (y

tiene) una oscura obsesión antimaricas, travestis y bugarrones —en fin, toda clase de pederastas. De ahí la P grande en la puerta. Cinco años después, llegaron incluso a construir campos de concentración para homosexuales, especialmente para aquellos que padecían de Desviacionismo, enfermedad epidémica del comunismo. En el Congreso de Educación y Cultura, celebrado en 1971, una de las principales resoluciones adoptadas, que más que una resolución pareció una solución (final), fue la de no permitir que los homosexuales (entonces llamados «enfermos de patología social») ocupasen puestos desde los que pudieran pervertir a la juventud cubana.

(¿Y qué me dicen de los niños de Cuba? La pedofilia está más extendida de lo que se dice.) No deberían ocupar lugares de importancia en los círculos culturales o en las actividades artísticas ni tampoco representar a la Revolución en el extranjero. (Al enterarse de esta resolución, el cuerpo de ballet [masculino] de Alicia Alonso dio un paso largo, una *grande jetée*: de Praga a París.) Fue el mismo Fidel Castro, por supuesto, quien cerró el Congreso con esa sentencia segregante: «Vivirán pero no pervertirán.»

¿Qué lógica había en esta aberración «patológica»? Fidel Castro es, como a los *gays* de los Estados Unidos les gusta decir, desviados de la gramática, *mucho*

macho. Por otra parte, el Che Guevara opinaba que los homosexuales es gente enferma que debe dejar el paso al *hombre nuevo*, políticamente sano, producto de la Cuba comunista. Hay aquí varios niveles de ironía íntima: el otro Guevara, Alfredo, era un notorio marica protegido por Raúl Castro, el mismísimo hermano de Fidel. Che Guevara acabó siendo el nombre de una boutique de South Kensington en Londres, aunque ni una sola de sus clientes sabe qué quiere decir su nombre que pronuncian, lo juro, «*Qué Güevera*». «Hombre nuevo» es una marca de téjanos que usan lo mismo hembras y varones. Mientras tanto, en Cuba se prohibió definitivamente el uso

de los pantalones ajustados —por ser moda imperialista y reaccionaria. Wow! En Nueva York, Castro no es la marca de un sofá-cama, como aparece en los anuncios, sino un hombre que va para ambas partes —lo que Gore Vidal llama ahora bisexual. Ironía final: el centro del mundo homosexual se halla hoy en una calle de San Francisco: *Castro Street*. ¿Gay? Sí, pero de la gaya ciencia. ¿Maricas o maracas?

Piñera el Pederasta salió de la cárcel gracias a la intervención de la Buchaca, que no lo hizo por piedad sino por consideraciones políticas: sabía los problemas que podía causar a Cuba un homosexual conocido en prisión. Había leído a Óscar Wilde y recordaba el

verso aquel de «*La Balada de la cárcel de Reading*»:

En Reading junto a Reading
hay una rosa de asco.

Ella no sabía pronunciar *Reading* (diría Ridin), pero sí se sabía la balada de memoria. Después del cierre de *Lunes*, «esa rosa de asco», la mayoría de los homosexuales incluidos en la nómina (Calvert Casey, Antón Arrufat y Pablo Armando Fernández, siempre un feudo) fueron a trabajar a la Casa de las Américas bajo la dirección dura de Haydée Santamaría. Esta curiosa

contradictoria (cuyas contradicciones personales y políticas la condujeron a suicidarse) era una fidelista a ultranza auténtica. Se trataba de la única mujer que había tomado parte en el asalto al cuartel Moncada en el año 53, donde tanto su novio como su hermano murieron torturados, tortura que obligaron a presenciar a Haydée. Desde 1956 era fiel compañera de Castro, a quien se había unido en las montañas donde operaba la guerrilla. Pero, como ella misma explicaba, tenía «debilidad por la cultura». Aunque admitía que no era más que una campesina ignorante. La segunda afirmación, ser ignorante, era cierta pero no la primera. Se trataba de una mujer que provenía de una familia

acomodada de la burguesía de provincias, que aunque no era más rica, sí tenía más influencia a nivel local que sus iguales de La Habana. La gente rica de provincias elegía a alcaldes, escogía a los miembros de la sociedad y dirigía los institutos de enseñanza locales. En las regiones tabacaleras eran incluso más poderosos, aunque podían ser bien analfabetos. Una vez me dijo Haydée y no como confidencia: «¡Qué campesina bruta ignorante que soy! Siempre pensé que Marx y Engels eran un sólo filósofo. Como Ortega y Gasset, tú sabes.»

Sin embargo, más relevantes fueron las revelaciones de Haydée al volver de su primer viaje a Rusia. Entonces me confió confiada: «En Moscú, conocí a

Ekaterina Furtseva. Tú sabes, la ministro de Cultura. ¡Una mujer magnífica!», que lo era, «y tan amable», que no lo era la famosa Sonrisa de Acero. «¿A que no sabes lo que hizo? La ministro Furtseva me explicó, de mujer a mujer (o mejor, de compañera a compañera) lo que sucedió con los escritores y artistas que murieron en la época de Stalin. No los mataron, no, porque fueran poetas herméticos, novelistas burgueses y pintores abstractos. No, en realidad, los fusilaron porque eran espías nazis, y no artistas. ¿Qué te parece? ¡Todos agentes de Hitler! No hubo más remedio que exterminarlos. ¿Comprendes?» Sí que comprendía. ¡Ah, qué revolucionaria

inocente y peligrosa que era! Una ráfaga de frío viento siberiano me corrió espalda arriba. *Confessio mori*.

No obstante, Haydée permitió que Arrufat transformara la *Revista Casa* en la publicación literaria en español de más calidad en América después de *Sur*, que dirigieron Borges y Victoria Ocampo. Hasta que Antón se metió en problemas por publicar un poema de tema sodomita, maracas y maricas, de José Triana, joven autor teatral recientemente exilado en Francia de incógnito. El poema hablaba en tono disimulado de ciertas prácticas homosexuales inocentes más que indecentes, como embadurnarse con *KY*, emoliente para la sodomía doliente, y

preguntar Triana cándidamente, cuántos sabores se saboreaban en el extranjero gay, y terminaba pidiendo el Sabor del Mes. Haydée, claro, no sabía nada de las técnicas del amor homosexual. Para ella la práctica heterosexual, la luz apagada y la postura del misionero eran lo que manda la Revolución. Pero se vio obligada a echar a Arrufat en el acto porque un poetastro envidioso, Roberto Retamar, ex agregado cultural en París, informó personalmente al presidente Dorticós del atroz delito de Arrufat contra la Revolución, contra Cuba, contra natura. Como en cualquier novela realista socialista. Arrufat fue despedido y Retamar premiado —en este caso con la dirección de la *Revista Casa*. Hasta

se llegó a acusar a Arrufat del error criminal de invitar a Allen Ginsberg a Cuba. Ginsberg sería comunista en Nueva York, pero al ser un Ur-gay y no del Urugay, en La Habana se le consideraba apenas rosado. Además, durante su estancia en la isla había hecho algunas declaraciones escandalosas. Como afirmar que Fidel Castro era un sabroso semental (*El Caballo* es el apodo de Castro en Cuba) y ese fornido y vigoroso héroe revolucionario (como la mayoría de los hombres) tendría que haber sido homosexual en algún momento de su vida. Pero lo peor que hizo fue suspirar en público y decir que encontraba al Che Guevara un bocado tan apetitoso

que le gustaría acostarse con él ahora mismo. *Sur place de la Révolution. Con esto basta y sobra en la Cuba de Castro. Ginsberg quedó incomunicado ipso facto* en su habitación del hotel Capri (como en capricho) y a la mañana siguiente lo pusieron en un avión rumbo a Praga —donde pudiera conseguirse un chico checo.

Mientras tanto, se otorgó otro premio de consolación cuyo agraciado destinatario fue el que escribe. Por más vicepresidente de la Unión de Escritores que fuera, la clausura de *Lunes* me había dejado en la calle y sin clave. Así se me nombró agregado cultural justo en la otra cara de la luna vista de La Habana:

Bruselas, ese solitario sitio sombrío de donde regresó Virgilio. Allí me enteré de toda la verdad sobre las trampas de Retamar y de cómo Arrufat había sido expulsado del nido de Haydée. También supe de la existencia de la UMAP: campos de concentración camuflados tras las siglas Unidad Militar de Ayuda a la Producción —agrícola por supuesto. Aparentemente la «solución final» para la explosión demográfica homosexual eran las plantaciones de caña de azúcar. Como lo habría explicado Joseph Tura en *Ser o no ser*: «Campos de concentración para locas: nosotros los concentramos y ellos hacen locuras.» Hasta el pobre y pacífico Calvert Casey se metió en problemas

cuando se atrevió a contar a un anónimo mejicano de izquierda (otro turista político llamado Emanuel Carballo) que había por toda Cuba campos para homosexuales —y no campos de cultivo. Éste era un secreto celosamente guardado del que Calvert Casey se había enterado gracias a la red (encaje más bien) de bolas homosexuales. A la mañana siguiente —¿complejo de culpa o de *cruda*?— el Manuel mejicano fue a ver a Haydée Santamaría y le susurró que había contrarrevolucionarios en la Casa que iban diciendo mentirais peligrosas para la Casa de las Américas y susurró un nombre gringo a su oído —Casey. Calvert recibió una severa reprimenda y fue degradado, aunque

nunca llegaron a echarlo de la Casa, conocida ya como la Casa de los Maricas.

Cuando volví a Cuba para el funeral de mi madre, La Habana me pareció el lado izquierdo del infierno. Virgilio, más que guía del Averno daba la impresión de hacer el papel de solterona tiritante en verano en una de sus piezas del absurdo: una vieja loca que jugaba todo el tiempo a la canasta. Lezama se dedicaba en secreto a bordar su *Paradiso* en la oscuridad, noche tras noche, sin decirle nada a nadie (ni siquiera a su esposa) a la mañana siguiente: siempre astuto, siempre en su exilio doméstico, haciendo de Ulises y Penélope al mismo tiempo en la calle

Trocadero. El enorme Hurtado estaba más asustado que encogido se veía a Virgilio: tenía miedo hasta de respirar y parecía perecer. Quedaba únicamente Arrufat, incitado a seguir las huellas de un *alien*, ese Allen Ginsberg al que nunca conoció. Andaba ahora con ánimos de sacar a la calle un grupo de gays desesperados con banderas y pancartas para chillar ante el Palacio Presidencial, residencia provisional de Dorticós. Era un plan tan suicida como el ataque kamikaze efectuado en 1957 contra el mismo palacio, donde se escondía Batista entonces. Para quitarle esas locuras de la cabeza, Virgilio tuvo que contarle un cuento de lo que era ser un escritor pederasta que después de

pertenecer a *Revolución* era metido en la cárcel: «Mira, muchacha, es muy simple», terminó. «Los presos contrarrevolucionarios te harán pedazos, te descuartizarán por una causa que ya no existe.» Punto final. Arrufat vio la luz (lógico: Virgilio era su maestro) y en vez de hacer una demostración ante Palacio, se encerró en su casa para escribir una pieza de teatro. Estaba basada en *Los siete contra Tebas*, y había en ella un Zeus de barba negra que desde el monte Olimpo tronaba en español durante horas y horas. Como todavía tenía ganas de provocar, quiso titularla *Muerte al Infiel*. Virgilio susurró una cita del otro Virgilio: *Facilis Descensus Averni*. Con lágrimas

de cocodrilo fidelista decidí marcharme de Cuba. Ya había visto y oído, y me había hecho oír más de lo suficiente y tomado mi decisión. No le dije a nadie que me iba para siempre —pero fue lo que hice. Adiós a Cuba— y lo que es peor, a La Habana.

Entra Padilla riendo. Mi novela *Tres tristes tigres* había ganado el laurel literario más prestigioso de España entonces, el Premio Biblioteca Breve de 1965. En segundo lugar quedó *Pasión de Urbino*, de Lisandro Otero, que había sido mi compañero de clase en la Escuela de Periodismo. Por esa época era un anticomunista acérrimo, pero luego se convirtió en un burócrata

epónimo, adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores. Otero era también amigo de Padilla, quien solía llamarle *La bella Otero* y otras linduras. Además siempre fingía desear apasionado a la señora Otero, Marcia Leica, una bella cubana de marfil que perteneció a la alta sociedad de La Habana y era, por ese entonces, el brazo derecho de Haydée Santamaría en la Casa de las Américas —aunque seguía aún siendo a sus treinta una belleza y sabía pronunciar Engels y diferenciar a Karl de Groucho mientras hacía amables gestos políticos con sus largas y blancas manos. Además tenía modales exquisitos, Lisandro se comía las uñas. Todos veíamos lo que Lisandro veía en ella. Pero ¿qué podría

ver ella en el Feo Otero?, se preguntaba a menudo Padilla. Lisandro Otero guardaba y aguardaba. *Pasión de Urbino* se publicó en La Habana en 1967 y como Otero era un pez gordo en *El caimán barbudo* (el émulo cubano de *Krokodil*, la revista rusa), pidieron críticas —o mejor, opiniones favorables, de todo el mundo, sin excepción. Padilla envió la suya: una violenta crítica que ponía por los suelos la novela de Otero y era un canto triunfal a la mía que acababa de publicarse en España, no sin antes tener ciertas dificultades con la censura de Franco. «¡Escándalo!», «¡Calumnia!», «¡Contrarrevolución»!, gritaron desde *El caimán barbudo*. Dagas volaron

feroces, fanáticas, filosas de la tupida barba del caimán comunista y la barbuda turba. Padilla se había atrevido a alabar un mal libro hecho por un peor cubano: un contrarrevolucionario exilado en Londres. (Eso queda en Inglaterra ¿no?) Pero no había visto los méritos enormes de la excelente novela del camarada Otero, un revolucionario que vivía en Cuba —al igual que lo habría hecho en tiempos de Batista. (El comentario es mío.) El «Caso Padilla» tenía sus raíces en la dialéctica comunista: el que no elogia a un miembro del Partido, es un enemigo del Partido. Pero aunque Padilla no era surrealista se consideraba al poeta como un *agent provocateur* literario de capa y espada, y a sus

palabras, un arma oculta bajo el capote. Nunca se retractó pero sus enemigos nunca se ablandaron: en un país comunista, que vive y muere según reglas bélicas, una campaña verbal es siempre considerada la continuación de la guerra por otros medios. El silencio es el último refugio del enemigo de clase y el escepticismo una peligrosa desviación a la derecha.

Pero el silencio, más que la conformidad, fue lo que salvó a Boris Pasternak. La falta de pelos en la lengua y la indiscreción, más que el hecho de ser relevante, fue lo que perdió a Osip Mandelshtam. Padilla, que había vivido en Moscú, decidió comportarse como ambos poetas a un tiempo. Era capaz de

escribir un poema burlándose de Castro y mantenerlo en secreto (haciendo como el prudente Mandelshtam) y luego (como hacía Pasternak con Stalin) podía hablar por teléfono con Fidel Castro como el *enfant prodigue* de las letras cubanas: el caprichoso hijo de la Revolución que siempre podría ser reprendido para enmendarse luego, con el Primer Ministro haciendo el papel del padrino cubano. Coppola y cópula: conjunciones.

Por supuesto, Padilla no era Pasternak y Fidel Castro no era Stalin: conclusión, el poeta se convirtió en un *affaire*, conocido en Cuba y a lo largo y ancho del mundo de habla española (y también fuera de éste) como el «Caso Padilla».

Pero Padilla no iba a ser arrestado por Scotland Yard y juzgado en el Old Bailey. La mente totalitaria jamás se preocupa por lo que ella llama «justicia burguesa». (Fidel Castro era abogado de formación, igual que el doctor Goebbels.) En el año 68 Padilla ganó un premio de poesía en un certamen patrocinado por la Unión de Escritores otorgado por un jurado internacional. El título del libro de Padilla era *Fuera de juego*, y hasta este nombre devino anatema para algunos miembros de la Unión de Escritores, especialmente su presidente, el viejo caimán comunista Nicolás Guillén, que es poeta pero fue censor cuando Machado. Guillén trató de presionar al jurado para que revisara

su fallo. Según el dictamen de la Unión de Escritores, los poemas de Padilla eran escandalosamente enfermos, contrarrevolucionarios. Pero ¿lo eran realmente? El poema que daba título a la colección estaba dedicado a Yannis Ritsos, poeta comunista griego y empezaba así:

Al poeta, despídanlo!
Ése no tiene aquí nada que hacer
No entra en juego
No se entusiasma
No pone claro su mensaje
No repara siquiera en los milagros
Se pasa el día entero

cavilando
Encuentra siempre algo que objetar.

Versos más que inocentes y además la música era siempre la de Theodorakis. Para colmo, Ritsos había sido encarcelado en 1967 por la Junta Militar griega. Es obvio que esto no podía pasar en Cuba. Había otros poemas que eran incluso menos críticos —si se puede calificar de críticos a los versos precedentes. El más audaz era quizá: *Para escribir en el álbum de un tirano*:

Protégete de los vacilantes
porque un día sabrán lo

que no quieren.
Protégete de los que balbucientes,
Juan-el-gago, Pedro-el-mudo,
porque descubrirán un día su voz fuerte.
Protégete de los tímidos y los apabullados
porque un día dejarán de ponerse
de pie cuando entres.

¿Es ésta la poesía que lanzaría una invasión yankee? Ni hablar. Por esa época en el espantoso mundo hispanohablante de juntas y generales había poetas más escandalosos bebiendo

mate en los cafés. En la España de Franco, Blas de Otero escribía y publicaba abiertamente poesía de corte comunista y nadie lo regañaba. Murió en Madrid. Nicanor Parra hizo ambiguas críticas al régimen de Pinochet —y nunca le ocurrió nada. En México, Octavio Paz (voz enérgica para verbo enérgico) renunció al cargo de embajador en la India, en un gesto de repudio a la masacre de Tlatelolco ordenada por su presidente. Pero fue sólo su conciencia la que lo hizo renunciar y nunca ha dejado de vivir en México.

Mientras tanto, en Cuba comunista, en abril de 1971, Heberto Padilla fue arrestado *á la Russe*: en su casa y por la madrugada. Furtivamente pero con un toque cubano: había recibido una discreta alarma, estridente de parte de los miembros del Comité de Defensa de la Revolución de su manzana. Los carros de patrulla hicieron el resto con sirenas silentes. El poeta permaneció un mes escaso en la cárcel, pero en esta oportunidad (al revés de lo que sucedió con la clausura del *Lunes*, tan calladamente montada) se produjo un escándalo internacional. El correo traía comunicaciones privadas dirigidas sólo a discretos ojos oficiales y al final le enviaron una carta abierta al mismísimo

Doc Castro. La carta —«Querido Fidel»— que venía de parte de amigos, fue recibida por el Primer Ministro cubano como si se tratara de la misiva de un maligno enemigo. Por sorprendente que parezca, la carta llevaba las firmas de escritores de izquierda y defensores de la Revolución como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Juan Goytisolo, André Pieyre de Mandiargues, Alain Jouffroy, Joyce Mansour, Alberto Moravia, Octavio Paz y algunos otros que ni siquiera podían pronunciar correctamente el nombre de Padilla, mucho menos leer sus poemas. Era un quítame allá esas puyas. Hacía

bastante tiempo que muchos intelectuales europeos y americanos estaban desilusionados con la Revolución Cubana. Fidel Castro, por su parte, estaba harto de lo que consideraba una intromisión en su dominio privado. La verdad, los escritores extranjeros y el dictador cubano ya no hacían buena liga: eran socios sin provecho.

Sin embargo, por un momento pareció que la cabeza del poeta rodaría rota. Pero Fidel Castro es una versión de Stalin, y Padilla (que escribió un poema sobre la lengua del poeta requisada por el Estado) se retractó y fue puesto en libertad. Para ello tuvo que hacer antes una confesión *a viva voce* en el salón de

actos de la Unión de Escritores. El proceso a *Lunes* se desarrolló *in camera* y el veredicto se dictó en privado. Pero ahora no se trataba de un juicio público tras puertas cerradas, sino de confesión pública que fue todo un espectáculo. Padilla lo interpretó no leyendo un libreto sino siguiendo las líneas de un *scenario* y así, muy al estilo ortodoxo ruso y no cubano católico, confesó a viva voz todo tipo de crímenes literarios y políticos —y hasta crímenes contra el Estado y el pueblo cubanos. Además nombró a algunos cómplices, entre ellos la figura augusta y rotunda de Lezama Lima, conspicua esa noche no sólo porque lo llamaron poeta subversivo en público, sino porque fue

la segunda figura literaria internacional ausente de la exquisita *soirée* cultural, montada con tanto esmero por la Unión de Escritores y, es obvio, por la Seguridad del Estado. El otro gran ausente era también importante: Nicolás Guillén, presidente de la Unión de Escritores —quien oportunamente alegó mala salud, tos, fiebre. ¿Un catarro? Mejor te cuidas, camarada.

Después de la confesión al estilo soviético (*«Compañeros, sé que mi experiencia va a servir de ejemplo, debe servir de ejemplo a otros»*) se originó una carta en un lugar de Europa más indignada y vehemente dirigida a Castro y firmada por aún más escritores de izquierda, como Nathalie Sarraute y

Susan Sontag. Los firmantes estaban avergonzados y furiosos por el ultraje que supone para un poeta obligarlo a confesar crímenes políticos imaginarios. Hablaban de la despreciable indignidad cometida con Padilla. Pero por supuesto no decían cuántos obreros desconocidos y campesinos anónimos habían sido obligados a hacer lo mismo a lo largo y ancho de Cuba en el pasado (desde los comienzos de la Revolución, de hecho) y cuántos más descubrirán *in corpore* algún día que la retractación pública de Padilla no fue un castigo cruel y extraordinario sino una confesión deseada con fervor. «Échenme a mí la culpa», decía una canción cubana. ¿O era mexicana?

Después que Padilla hubo confesado delitos tan absurdos como admitir la autoría del incendio del Reichstag, la voladura del *Maine* en el puerto de La Habana o ser Guy Fawkes en la Inglaterra jacobina, un extraño período de calma se adueñó de la isla. Sin novedad en el frente cultural —aunque la tranquilidad no duró mucho. Lezama Lima, que no pudo publicar nada después de haber sido implicado por Padilla, murió. La muerte le vino como viene al arzobispo: como a un católico convencido. Falleció en oscuridad fúnebre: un desconocido en una de las salas públicas del viejo hospital Calixto García, donde antes de la Revolución iban sólo los indigentes. (Curiosamente

esa sala se llama *Borges*.) Después de su muerte nadie dijo nada de él durante un tiempo. Posteriormente, postuma, la Imprenta Nacional, propiedad del Estado, le publicó un breve poema en prosa acerca de un poeta muerto llamado Licario, l'Icare, Icarus: ese extasiado amante de surcar los cielos que murió a causa de su propio vuelo poético hacia el sol. La vida de Lezama Lima describió así un círculo completo: de dejar de ser inédito pagando hasta pagar sus culpas políticas convertido en poeta inédito.

¡Entonces apareció —tará— Reinaldo Arenas! Se parecía un poco a Lezama y otro poco a Padilla, pero pelirrojo. (¿O

se tiñó el pelo?) Había leído los suficientes libros como para reconocer un problema literario. Además Arenas era el único novelista cubano que podía ser considerado hijo de la Revolución: de origen campesino pobre en la parte pobre de la provincia de Oriente (la que fue mía), ahora vivía en La Habana, donde publicó su primera novela, tal vez demasiado influida por Faulkner, pero una auténtica, notable novela prima. El hecho de ser campesino (tenga en cuenta el lector que se suponía que la Revolución cubana fue hecha por guerrillas campesinas) le valió ser adoptado por la Unión de Escritores como la gran esperanza roja de la novela cubana. Nada de la caótica

erudición católica de Lezama o la degenerada decadencia de las cadencias de Piñera o los vicios cosmopolitas de un pederasta exilado en París como Severo Sarduy, también joven y también brillante. Pero Arenas tenía, como suelen decir en Cuba, su *defecto*, algo que suena casi parecido a desafecto: era homosexual y en una forma demasiado llamativa, casi como una loca de La Habana Vieja. Además no hacía nada por ocultar o reprimir sus hábitos: pertenecía a esa joven generación de homosexuales que creó el movimiento gay. No es que la Unión de Escritores no hubiese tratado de reformar a Arenas, no. Incluso le propusieron que si se casaba y formaba una familia formal lo

dejarían en paz. Ya habían realizado experimentos de este tipo, exitosos con varios actores a los que en *Hamlet* sólo les gustaba hacer de reina. O tal vez Ofelia. Estas yuntas y coyuntas eran una terapia más cercana a Pavlov que a Freud, más cosa rusa que vienesa: la cura de la locura por el matrimonio realista socialista. Pero Arenas era un campesino, y como todos los campesinos, testarudo: se negó a obedecer y continuó con sus hábitos —sin ser monje. Luego escribió una segunda novela: la brillante, original y exitosa *El Mundo Alucinante*. ¡Taratará!

De súbito, Arenas, además de invertido, se vio convertido en controvertido. Desde el año de la Nana

no sucedía que un joven novelista cubano todavía residente en la isla tuviese tal éxito internacional. Para Arenas era, claro, un *succès de folie*. Se trataba del asno de oro de nuevo, por supuesto: Apuleyo en la isla de las cotorras. Después que la novela fue rechazada por la Unión de Escritores (incompetentes literarios pero muy competentes políticos), Arenas envió el manuscrito al extranjero sin consultar con la Unión, extraño editor: incluso cuando rechaza un libro en forma definitiva, quiere saber cuáles serán los posibles pasos posteriores. Sobre todo, *después* del rechazo. Sobre todo, de un libro que trata de un cura perseguido por una tiranía. (El cura era mexicano, la

tiranía universal.) Lo que sobrevino a Arenas no fue el éxito, sino un repentino reconocimiento disfrazado de espantosa pesadilla. Perdió el puesto que tenía en la Biblioteca Nacional, un cargo de poca importancia, es verdad, pero va no pudo recibir más visitas del extranjero y lue objeto de una inspección minuciosa por parte de Seguridad del Estado, esa cuadrilla de muy letrados policías políticos. (Un conocido escritor venezolano fue expulsado de Cuba por reincidir en el crimen de tratar de hacer contacto con Arenas: *1984* está más cerca de lo que crees, camarada.) Por último, metieron a Arenas en la cárcel bajo la acusación de corromper a un menor. En el proceso (de Kafka) el

corpus delicti presentado al tribunal casi como un *corpus deliciae* era un robusto varón de 35 años de edad, con abundante barba adulta y mucho más alto que Arenas. (Arenas sigue insistiendo hasta el día de hoy que su presunto consorte y Fidel Castro eran idénticos: cuando veas las barbas de tu gemelo.) Sea como sea, Arenas fue declarado culpable y sentenciado a cuatro años de cárcel, por delitos contra natura y contra el hombre (socialista). De la poca pena sólo cumplió un año, es verdad, pero en las mazmorras de *El Morro*, ¡fortaleza que no había sido usada como prisión desde que los ingleses tomaron La Habana en 1762!, Arenas sobrevivió la cárcel por la misma razón que había ido

a parar a ella: era un campesino testarudo.

Cuando finalmente fue puesto en libertad, con 15 kilos de menos, intentó marcharse de Cuba contra viento y marea, literalmente. En París tenía un amigo por correspondencia, que le envió una balsa de goma en la maleta de un diplomático atrevido. Todos pertenecían a la red homosexual, excepto la balsa. El bote inflable funcionó a la perfección en la playa cuando Arenas lo probó una noche. Pero una vez mar afuera, la manufactura mediterránea de la balsa no pudo resistir la fuerza de la Corriente del Golfo y sufrió un desgarro. Arenas tuvo que nadar de vuelta desde la Corriente, a través de un mar a menudo

infestado de tiburones. Luego trató de cruzar a nado (nunca pude entender cómo un campesino de tierra adentro se convirtió en tan excelente nadador de alta mar) la bahía de Guantánamo para llegar a la base naval americana de Caimanera, ubicada a dos millas náuticas de distancia pero un sólido santuario para muchos cubanos afortunados. La muerte o un castigo peor que la muerte aguardaba a quienes no tenían éxito en la empresa: esa tierra de nadie (igual que la frontera entre las dos Alemanias) se halla plagada de ametralladoras autómatas, minas y trampas eléctricas controladas por dispositivos en la flor. (Véase el poema de Cintio Vitier y Desnoes.)

Afortunadamente su huida nunca tuvo lugar. Arenas pudo abandonar, entre las balas que zumbaban en la noche última, la zona mortal y escurrirse hasta territorio cubano, salvación que significaba nuevas perspectivas de cárcel. Temeroso de regresar a la capital se ocultó en el Parque Lenin, una zona boscosa en las afueras de La Habana. Allí pasó meses, escondido en espesura vigilada: Lenin lenitivo y letal al mismo tiempo. Afortunadamente contaba con una pareja fiel: dos mellizos tan femeninos y amables que Arenas los llamaba las hermanas Bronté-Bronté con un *accent aigú* sobre la é. Fue gracias a ellos (¿Ellas?) que pudo sobrevivir y, una hazaña aún

mayor, regresar a su casa sin que lo descubrieran. Su apartamento era en realidad una pequeña habitación de un antiguo y derruido hotel colonial de La Habana Vieja. Allí se hallaba escribiendo (y ocultando en el techo, violinista, lo que escribía, de los ávidos lectores de Seguridad del Estado) cuando comenzó la invasión de la embajada peruana. Un buen día se refugiaron en la residencia unos pocos cubanos desesperados, entre los que se encontraba el amante perdido de Arenas. Tres días más tarde, eran once mil las personas que atestaron el recinto de la embajada en busca de asilo, un hecho sin precedentes en la historia de la diplomacia, y ni siquiera comparable a

los 55 días en Pekín cuando la rebelión de los bóxers. Arenas también pensó en acogerse a asilo pero se dijo a sí mismo que su racha de mala suerte haría abortar la misión antes de intentarla. Estaba *salao*.

Fue entonces que llegaron los barcos de Miami, la *Flotilla de la Libertad*, en un rescate de último minuto: todo el mundo intentaba irse de Cuba en cualquier cosa que flotara. El Gobierno, en un intento de justificar su afirmación de que sólo la «escoria social» había buscado asilo en la embajada peruana, llenó a la fuerza los barcos procedentes de Florida, que habían sido alquilados por particulares para sus parientes pobres en la isla, con toda clase de

delincuentes: soltados de las cárceles, cogidos en las calles de La Habana y sacados de manicomios.

Un día el delegado del Comité de Defensa de la Revolución en la calle donde vivía Arenas llamó a su puerta, que de todos modos se hallaba abierta para exorcizar al calor y a los curiosos por igual. El delegado le informó a Reinaldo oficialmente que tenía que abandonar el país en el acto, pues había sido calificado de escoria: por así decirlo, la *crème de la crème* de la degeneración socialista. Perdón, social. Para Arenas fue un insulto caído del cielo. Se vistió en un santiamén, dispuesto a marcharse del cuarto, y dirigirse a Mariel, el puerto de partida

de la decadencia: una especie de Dunquerque para cubanos. Allí tuvo que esperar 48 largas horas en la playa bajo un sol implacable —pero, como dijo el caimanero, no menos que el hombre. Cuando al final partió en el barco que le correspondió por azar, estuvo perdido durante dos días en las procelosas aguas del Golfo antes de que tocaran puerto en Cayo Hueso, donde lue enseguida internado en un descampado al que el gobierno de La Florida destinaba a todo extranjero indeseable. Pero para Arenas era el paraíso de nuevo encontrado. El infierno había quedado atrás en Mariel, mientras esperaba la llegada del barco, temeroso de que el Comité de Lectura de la Unión de Escritores pudiera enterarse

de que se marchaba, ya que el vigilante Comité de Defensa había tomado una decisión a nivel local. (De loca, claro.) En la playa, descolorida ahora por el blanco sol abrasador, había motas color olivo. Pero no era la vegetación clemente sino el hombre inclemente. Como personajes salidos de Doré o de Dante, personal militar portaba enormes libros en los que anotaban cuidadosamente a hombres, mujeres o niños a punto de dejar la isla: señas, ocupación, dirección anterior. Todo sonaba a nombre, rango y número de serie. Para Arenas ese monstruoso libro mayor rojo se convirtió en una versión de pesadilla del Libro del Juicio Final. ¿Era ésta la recompensa que se merecía

un escritor? A mí me parece más bien el mayor castigo para un pecado sin nombre. ¿Cuál círculo del infierno es Cuba?

En enero de 1981 vi a Reinaldo Arenas en Nueva York y me pareció el hombre más feliz del mundo. Su odisea había terminado con un final feliz. Por fin, Arenas había conseguido reunirse con su amante en Miami, rescatados ambos por un tío de Arenas, un agente de aspecto amenazante pero, según Arenas, un hombre adorable a pesar de pertenecer a la policía de la ciudad y del condado de Dade. En Nueva York reinaba un frío glacial (no precisamente el tiempo apropiado para un criollo de la campiña cubana) pero el frío no

impidió que se quitara los zapatos y se pusiera a bailar descalzo entre esas mezquinas esquinas de noche. «¡Mira!», me gritaba. «¡Mira! Como Yin Keli», mientras cantaba «Singin' in the Rain» —bajo la nieve no bajo la lluvia.

Por esa fecha, casi el mismo día, Heberto Padilla dejó Cuba para siempre. Admiradores suyos en los EE. UU. (Susan Sontag entre otros) habían pedido al senador Edward Kennedy que intercediera en su favor ante Fidel Castro. Kennedy hizo una llamada (a cobro revertido) al dirigente cubano. Veinticuatro horas después Padilla obtuvo permiso de salida, dos billetes de avión y, además, Castro en persona lo despidió con un tibio adiós, según

contaría el poeta luego. La anécdota encuentra su sitio adecuado en una historia cubana de la infamia. Padilla fue convocado a uno de los muchos cubiles ocultos que Castro tiene en La Habana, esta vez un palacete disfrazado. Después de darle la mano, Fidel le dijo que había escuchado el rumor de que él (Padilla, claro) quería marcharse de Cuba. Luego, con una mirada astuta, le preguntó: «¿Es verdad eso?», para agregar enseguida: «Mira, chico, tú sabes que éste es tu país y que lo será hasta el día de tu muerte. Nadie te echa de aquí. El pueblo cubano es tu pueblo. Puedes irte ahora y regresar cuando quieras. Tu casa queda intacta. No se tocará ni un solo ladrillo ni un solo

libro. Quiero que lo sepas.» Una vez dicho todo, el tirano despidió al poeta, y lo lanzó fuera del juego.

Estoy seguro de que el filósofo vienés, el intelectual conservador y el director de Hollywood dirán a coro: «Ah, pero ¿ve usted?, este político se preocupa por la suerte del poeta.» Igual que Augusto por Ovidio o como Stalin con muchos otros poetas, que se ocupó de ponerles una lápida encima. Padilla hizo lo correcto: se marchó de su casa y de la ciudad rápido y en silencio. En 1933, Joseph Goebbels vio una película de Fritz Lang y decidió que era Wagner, ¡por fin!, en imágenes. Sabía que Lang era uno de los pocos directores alemanes importantes que aún vivía en

Alemania y que no era judío. Lo citó a su enorme despacho y le dijo que quería que se hiciera cargo *inmediatamente* de la industria de cine en nombre del Führer y de Alemania. Fritz Lang se atornilló el monóculo, dijo que quería consultarlo con su almohada si a Herr Doktor no le importaba, y claro, le rogó le permitiera volver a casa —no sin olvidar sonar los talones (clac) antes de abandonar la habitación. A la mañana siguiente Lang se marchó secretamente en el primer tren para París. Como el director de cine alemán, Padilla había aprendido el axioma de los años de la peste formulado por Francesco Guicciardini, amigo de Maquiavelo y que reza: «El tirano, como la plaga,

tiene una única cura: darse a la fuga tan rápido como se pueda, tan lejos como sea posible.»

En cierta oportunidad el director de una editorial americana quería publicar una antología de literatura cubana y vino a mí en busca de ayuda. Le mencioné varios nombres en secreto y añadí que también debería incluir a los escritores que quedaban en Cuba. «Son unos cinco», creo que le dije. Esto ocurrió el año pasado. A comienzos de este año el mencionado editor volvió a verme: «Bueno, ¿y ahora cuántos escritores quedan?» Me sentí como un corredor de apuestas pero no tuve más remedio que decirle la verdad: «Bueno, Virgilio Piñera y Alejo Carpentier han muerto.

Edmundo Desnoes, Reinaldo Arenas y Benítez Rojo (la alternativa de Haydée Santamaría a Carpentier) se exilian en Estados Unidos. José Triana, en una especie de *larvatus prodeo*, hizo lo mismo en Francia. Supongo que queda en Cuba solamente un escritor de nivel internacional, Nicolás Guillén, y unos seis poetas menores de nombres impronunciables.» «No muchos, ¿no?», me dijo con una mueca de disgusto que quizás era de incómoda vergüenza. Tuve que darle la razón. De verdad, no muchos. En absoluto.

Alejo Carpentier murió en París como quería, pero no en la forma que quería. En vez del piadoso ataque al corazón

que esperaba lo aniquilara en el sueño, se despertó en mitad de la noche: el cáncer de garganta que lo consumía le había provocado una hemorragia. Carpentier se ahogó en su propia sangre en desenfreno. Luego lo embalsamaron y lo volaron a Cuba, donde fue obsequiado con pomposas exequias —incluso recibió una corona personal de Fidel Castro con la siguiente dedicatoria: «Para el gran escritor del pueblo.» Mentira, por supuesto. El único y auténtico escritor popular que quedaba en Cuba murió de una muerte diferente.

La muerte de Virgilio no fue rápida ni sencilla. Se hallaba en su pequeño piso de La Habana (refugiado junto a su amigo Feo) cuando se sintió enfermo. Se

las arregló para telefonear por una ambulancia —¡que tardó tres horas en llegar! ¡Papeleo! La función primordial de un Estado policíaco consiste en llenar y volver a llenar más y más formularios —y más aún. Papeleo. Cuando la ambulancia al fin llegó, lo encontraron tirado en la calle ya cadáver. Alejo Carpentier que pedía un ataque al corazón tenía casi ochenta años cuando murió. Virgilio Piñera, que no quería saber nada de paros cardíacos o infartos tenía sesenta y ocho. El funeral de Carpentier fue oficial y con pompa. El entierro de Piñera constituyó una nueva pieza del absurdo, interpretada por él mismo en la ocasión luctuosa. Luego corrió el rumor (en los

países socialistas los rumores corren como Aquiles mientras que las noticias del Partido van a paso de tortuga: por eso un rumor que corre es siempre digno de confianza), rudo rumor: había muerto Virgilio. Estaba de cuerpo presente en una humilde funeraria acompañado por un pequeño grupo de escritores, viejos amigos y un mujerío de jóvenes escritores, con aspecto de maricas, y maricas eran: pájaros de La Habana. Virgilio había sido el único auténtico educador que habían tenido, mentor y maestro en el *gay savoir*. Había flores que se marchitaron pronto y luego llegó una corona de la Unión de Escritores, sin dedicatorias.

Hubo todo lo necesario para un buen

velorio, excepto lo principal: el cadáver. Algunos recordaban haberlo visto a altas horas de la noche anterior. ¡Pero ya no estaba allí! Se lo habían llevado por la mañana temprano. De madrugada casi. La explicación ofrecida a la subrepticia retirada del corpore insepulto fue que Virgilio necesitaba una segunda autopsia. Virgilio necesitaba otra autopsia tanto como un agujero en la testa. Todos sabían que había muerto de un ataque al corazón. La razón real que explicaba la desaparición del cadáver (como en las mediocres novelas de misterio de Agatha Christie) era que el Gobierno (o la Unión de Escritores) temía encontrarse con una funeraria atestada de gente, velando al difunto, lo

que terminaría en una procesión fúnebre plagada de incidentes y accidentes, todos políticos. El cadáver regresó del frío media hora antes de comenzar el entierro, aunque éste nunca tuvo lugar. En vez de conducir el coche fúnebre a paso de peatón (que es la costumbre en La Habana, donde las funerarias nunca están muy lejos del cementerio), como corresponde a una procesión mortuoria que se respete, el chófer, siguiendo órdenes de la Unión de Escritores, también siguiendo órdenes del Gobierno, aceleró como si estuviera en Le Mans para eludir la afeminada comparsa cultural. Pero los discípulos (de la nueva escuela cubana de maricas, aún más nueva que la escuela de Arenas

y la Nueva Trova) persiguieron al carro fúnebre en coches, en bicicletas y hasta a pie, corriendo exhalando, aullando gritos de lamento: «¡Ay de nosotros, Maestro! ¡Te llevan a lo ignoto pero tu espíritu siempre estará con nosotros! ¡Virgilio vive! ¡VV!»

Pero Virgilio estaba muerto y bien muerto y su cadáver se halla (o debe hallarse) todavía en su tumba del cementerio Colón, uno de los más suntuosos de América: más grande aún que el famoso cementerio de La Recoleta en Buenos Aires, donde Borges anhela ser inhumado para así poder soñar que está muerto. Como conozco al régimen, tengo la seguridad de que Virgilio ha sido enterrado no en

el Panteón de la Patria sino en lo que se podría llamar la fosa común, aunque se supone que no hay fosas comunes en un país socialista. Todos los muertos socialistas son enterrados igualmente, sólo que algunos son enterrados más hondo. No me apena. No me apena en absoluto. A Virgilio tampoco le habría importado en lo más mínimo el lugar donde yace su cadáver durmiendo el sueño eterno.

Son sus escritos los que vivirán para siempre, torciéndose y retorciéndose de risa perversa, de risa Piañera. Por eso me preocupa profundamente lo que pueda suceder a su obra. Sé que sus libros estarán agotados dentro de poco y que ya nunca más serán reimpresos en

Cuba. Lo que dejó inédito quedó por un tiempo en su piso pobre detrás de la puerta precintada por Seguridad del Estado: «PROHIBIDA LA ENTRADA».

Extraña paradoja ésta: un cuerpo de policías analfabetos que se ocupan y preocupan por los escritores y sus escritos. El antiguo apartamento de Piñera tendrá nuevos y ansiosos inquilinos, listos para mudarse y hasta impacientes por hacer la limpieza. Todos los papeles que se encuentren (la última voluntad literaria y el testamento teatral de Virgilio) irán a parar a una caja de cartón y serán luego encerrados en una de las secciones secretas ubicadas en el sótano de Seguridad del Estado. Ese lugar (donde acabaron las

novelas sin publicar de Arenas) es conocido, por los agentes secretos que se encargan de cada cubano afectado por una inclinación literaria o una desviación subversiva (ya sea política, estética o sexual), como La Siberia. Este artículo largo en meandros y sin ilación es un esfuerzo por mostrar que todo (el sótano, el edificio de la Seguridad del Estado, La Habana y la isla que según el Capitán Núñez tiene la forma del logo de Lacoste) es una Siberia del trópico.

Pero a veces a solas me pregunto, ¿por qué estaba Virgilio tan deseoso de besar tierra cubana que metió la pata y besó suelo ruso?

(*Ensayo publicado primero en inglés*

por The London Review of Books el 4 de julio de 1981 y, en español, en Quimera en España, en agosto 1984.)

ENCUENTRO CON LA INTELIGENCIA DE FRANCO

Recuerdo el día que encontré a mi madre llorando. No había habido motivo doméstico (ese día) y pregunté por qué como pregunta un niño de ocho años. Mi madre me explicó: «Cayó Santander.» Supuse que Santander era un amigo íntimo o un pariente cercano y su caída había sido de seguro mortal —y una caída mortal fue para mi madre y para mi padre. Santander se había rendido a Franco. Mi madre y mi padre habían sido fundadores del Partido Comunista

en mi pueblo y habían sufrido prisión los dos bajo Batista un año antes. Apenas un año después estarían haciendo campaña electoral *para* Batista —siguiendo siempre los dictados del Partido. Ésas fueron tempranas lecciones políticas que nunca olvidé. Era, va a esa edad, un veterano.

Treinta años más tarde y en el exilio había venido a vivir (no a morir) a Madrid. La encontré, desde la oscura Habana al mediodía, luminosa y atrayente, a pesar de que la zona de sombra era el patio de un convento, con monjas dormidas en una siesta que Dios haría eterna. Estaba ocupado en rescribir mi novela *Tres tristes tigres*, que antes había tenido el título ilusorio

de *Vista del amanecer en el trópico*, y descubrí que es más fácil rescribir la ficción (o esa otra ficción, la historia), que la vida propia.

Había vivido nueve meses en España y decidí instalarme. Debía solicitar ahora un visado de residente (el actual era de algo que nunca he sido, turista) y la respuesta a mi solicitud apareció en forma de una cita en el Ministerio (por poco escribo misterio) de la Gobernación que creí rutinaria: todo turista, aun renuente, es inocente.

Al llegar a la Puerta del Sol y entrar en la penumbra del edificio me cegó su sombra hasta que tropecé con la recepción. Dije el nombre del funcionario nombrado en mi

convocatoria y la recepcionista me informó que subiera al tercer piso, a la puerta 304, y entrara. Subí en un elevador que crujía obsoleto y cuando llegué a la puerta indicada vi en el cristal nevado un letrero que decía: «Negociado de Asuntos Árabes».

Supuse que era un error de la recepción y bajé a la entrada, a su sombra, a que me aclarara. La recepcionista, fina y firme, me dijo que *ésa* era la puerta. Como no era árabe ni siquiera musulmán, supuse que se trataba de una versión española de la fábula de Kafka ante las puertas de la ley, aunque, a pesar de Fraga, no estaba en Praga. Hice lo que me mandaba la recepcionista, que era la ley. Subí de

nuevo, abrí la puerta del Negociado de Asuntos Árabes, ya sin comillas, donde alguien dentro me indicó una puerta estrecha. La abrí también. Allí, en una oficina de un orden impuesto pero perfecto, había un funcionario con aspecto de hombre importante por su traje impecable y su pelo planchado a lo años treinta. Estaba sentado ante un escritorio desnudo y directamente debajo de un enorme mapa de Cuba. Por un momento pensé que el mar Caribe era el golfo Pérsico, o mejor aún, el mar Rojo. La política, como se sabe, altera la percepción.

El funcionario (o policía: en los países totalitarios son indistinguibles) me hizo sentar ante su escritorio pero al

otro extremo. Comenzó hablándome de su cargo, siempre oneroso (pensé, no sé por qué, en Oneroso Redondo) pero al que los tiempos hacían necesario. Después de su autorretrato pasó a hacer mi biografía literaria y política y me mostró lo que sabía de esa zona de penumbra donde la literatura y la política se tocan y luego se confunden. En mi caso la sombra era un magazine literario pero suplemento del diario *Revolución*, llamado *Lunes*. Me enumeró casi como un vendedor (un vencedor en mi caso) los números de *Lunes* dedicados a la República, a la Guerra Civil, a la literatura española del exilio. Lo que se llamó con patetismo político «la España que sufre». Fundé y

dirigí ese magazine, sabía, desde 1959 hasta que se suprimió con violencia nada literaria en 1961. El último número, doble anatema, estaba dedicado a Picasso. Además de los dibujos, pinturas y grabados sabidos y consabidos, se incluyó su panfleto «Miedo y mentira de Franco». Después de demostrarme mi interrogador, que era un índice, que la policía de Franco no tendría una mano larga pero sí una memoria prodigiosa, Proust posmoderno, pasó a solicitar mi colaboración.

Querría, me dijo casi compungido, que le hablara de lo que pasaba en Cuba. Le expliqué que hacía nueve meses que había dejado La Habana y un diario de

Madrid podría darle más y mejor información. Le indiqué, por ejemplo, el diario *Pueblo*, cuyos corresponsales viajaban a Cuba con frecuencia de azafatas. Fue en ese momento, en la palabra información o tal vez en azafatas, que noté que había sobre el escritorio desnudo un bloc en blanco que destacaba sobre el negro de la mesa. Me pregunté por qué no lo había visto antes pero no tuve tiempo de responderme al notar cómo la mano bien hecha del policía (sus uñas tenían lunas blancas) descansaba sobre una pluma como al descuido. Era una Parker, pluma que nunca me ha acabado de gustar. Podría explicarles por qué pero no creo que sea pertinente. En todo caso,

en la sesión de preguntas y respuestas puedo hablarles de plumas y policías, en ese orden.

De pronto el funcionario reveló su verdadera función y me preguntó directamente:

—¿Usted conoce a Blas Roca?

La pregunta era tan grotesca que resultaba risible. Pero no me reí. Blas Roca (verdadero nombre Francisco Calderio, que había adoptado y adaptado la roca como hizo con el acero Stalin) era el antiguo secretario general del Partido Comunista cubano, ahora reducido por Fidel Castro a mera figura de cera, que es el fin de toda roca comunista. Lenin, que era más duro, terminó también cerúleo.

—No lo conozco —le dije—. Es más, no lo he visto en mi vida.

El policía no me creyó, claro. Ésa es la función de la policía: no creer. Es lo que diferencia a un policía de un cura o un psiquiatra: no creer las confesiones. Mi policía decidió mostrarse comprensivo ahora:

—Sabemos que su padre vive en Cuba —¿Cómo sabían tantas cosas? Alguien, creo que yo, había subestimado a la policía de Franco.

—Créame que todo lo que nos diga —y aquí apareció por fin el plural de majestad: el hombre no era *un* policía, era *la* policía— lo mantendremos en la más estricta confidencia.

Por un momento pensé que quería

decir que él no le diría nada a mi padre: idiotez mía. Pero pensé mejor: el policía me decía que la policía de Franco no le diría nada a la policía de Fidel Castro. Esos intercambios entre policías solían ocurrir. Por supuesto, no le creí. ¿Sherlock Holmes cree al inspector Lestrade?

Comenzó entonces un doble rodeo. Mi interlocutor trataba de seguirme, fiel como un perro policía, y yo a mi vez le seguía cómodamente. Mi educación en rodeos me la dieron los oestes. John Wayne fue mi maestro. Cansado, don Lestrade hizo un gesto de desespero con las cejas y con su voz, cortante, me explicó:

—Como usted viaja tanto.

Lo que no era verdad: en nueve meses había hecho un viaje a París en el invierno y otro a Londres ahora en el verano, buscando trabajo: la Unesco, el cine, la agencia Reuters.

—Como viaja usted tanto —volvió a decir desplazando el pronombre: quedan mejor entre el verbo y el adverbio, definitivamente— vamos a dejar su visa de residente para un cubano que necesite la residencia más que usted. Tenga usted buenas tardes.

Fin de la entrevista. Fin de mi estancia en Madrid. Había vuelto a caer Santander. Así fue como perdí a España y gané a Inglaterra. *Good bye, Madrid! Hello, London*?

Estas dos lecciones de razón política

práctica es lo que me ha traído aquí ahora. Tal vez no vean ustedes la conexión. La conexión, por supuesto, soy yo.

(Leído en el Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas de Valencia en 1987.)

LORCA HACE LLOVER EN LA HABANA[10]

La primavera de 1930 (que era en Cuba verano como siempre: una «estación violenta», como advierte el poeta Paz) Federico García Lorca viajó a La Habana por mar, la única vía posible para llegar a la isla entonces. Por la misma época Hart Crane, poeta americano, homosexual y alcohólico, viajó de La Habana a Nueva York —y

no llegó nunca—. En medio del viaje se tiró al mar y desapareció para siempre, dejando detrás como cargo un largo poema neoyorquino y varias virulentas metáforas como testimonio de su escaso paso por la tierra. Lorca estaba en su apogeo. Acababa de terminar *Poeta en Nueva York* con su espléndida «Oda a Walt Whitman» y emprendía la huida de Nueva York. No voy a comentar aquí el libro lorquiano, que es un largo lamento lúcido, sino que tocaré sólo su coda musical y alegre, ese «Son de negros en Cuba», que transformó la poesía popular cubana y también la visión americana de Lorca. Al revés de Crane, Lorca viajó de las sombras al sol, de Nueva York a La Habana.

Por ese tiempo, aparte de Crane más lamentable que lamentado, visitaron a Cuba escritores y artistas que luego tendrían tanto nombre como Lorca. Algunos vivieron en La Habana «con días gratis». Nunca, por suerte o para desgracia, se encontraron con Lorca. Ni en La Habana Vieja ni el El Vedado ni en La Víbora o Jesús del Monte, ni en Cayo Hueso ni en San Isidro ni en Nicanor del Campo, que no se llamaba así todavía.

Ernest Hemingway vivía en La Habana Vieja, en un hotel cuyo nombre le habría gustado a Lorca, Hotel Ambos Mundos. Allí escribió Hemingway una novela de amor y de muerte, de poco amor y de mucha muerte, cuyo inicio ofrece una

vista de una ciudad de sueño y de pesadilla.

> Ya ustedes saben cómo es La Habana temprano en la mañana, con los mendigos todavía durmiendo recostados a las paredes de los edificios: antes de que los camiones traigan el hielo a los bares.

La novela se titula *Tener y no tener* y es de una violencia que Lorca nunca conoció. En todo caso no antes de su final en Granada:

> Atravesamos la plaza del muelle, dice Hemingway, hasta el café La Perla de San Francisco a tomar café.
>
> No había más que un mendigo despierto en la plaza y estaba bebiendo agua de la fuente. Pero cuando entramos al café y nos sentamos, los tres estaban esperando por nosotros.

Es posible que Lorca, en 1930, hubiera conocido de vista a uno de esos tres que ahora

> salían por la puerta,

mientras yo los miraba irse.

Eran jóvenes y bien parecidos y llevaban buena ropa: ninguno usaba sombrero y se veía que tenían dinero. Hablaban de dinero, en todo caso, y hablaban la clase de inglés que hablan los cubanos ricos.

Por esa época, en ese país, Lorca debió vestir así y llevar el pelo envaselinado, aplastado. Moreno, como era, para Hemingway hubiera sido un niño rico cubano y sabría qué le pasaba a un niño rico cubano cuando jugaba juegos de muerte:

Cuando salieron los tres por la puerta de la derecha, vi un coche cerrado venir a través de la plaza hacia ellos. Lo primero que ocurrió fue que uno de los cristales se hizo añicos y la bala se estrelló entre las filas de botellas en el muestrario detrás a la derecha.

Oí un revólver que hizo pop pop pop y eran las botellas que reventaban contra la pared...

Salté detrás de la barra a la izquierda y pude mirar por encima del borde del

mostrador. El coche estaba detenido y había dos individuos agachados allí. Uno de ellos tenía una ametralladora y el otro una escopeta recortada. El hombre de la ametralladora era negro. El otro llevaba un mono de chófer blanco. Uno de los muchachos le pegó a una goma del coche y como a cosa de diez pies el negro le dio en el vientre... Trataba de ponerse de pie, todavía con su Luger en la mano, lo que no podía era levantar la cabeza, cuando el negro tomó la escopeta que descansaba

junto al chófer y le voló un lado de la cabeza a Pancho. ¡Tremendo negro!

Lorca no conoció esa terrible violencia cubana ni a esos negros habaneros, esbirros excelentes. Sus negros fueron sonadores del son, reyes de la rumba. Lorca tenía por costumbre recorrer los barrios populares de La Habana, como Jesús María, Paula y San Isidro y se llegaba a veces hasta la plazoleta de Luz, al muelle de Caballería ahí al lado y aun al muelle de la Machina, donde ocurre la acción inicial de *Tener y no tener*. Pero nunca conoció esa noche obscena que amanecía con los mendigos dormidos y

los niños ricos muertos. Aunque al final, como Hemingway, supo lo que era una muerte violenta al amanecer.

Otro americano que vino a La Habana en esos primeros años treinta para dejar una estela de arte fue el fotógrafo Walker Evans: «Desembarqué en La Habana en medio de una revolución.» ¡Estos americanos no sé cómo se las arreglan para caer siempre en medio de una revolución en Cuba! Como Evans estuvo en La Habana en 1932 y el dictador Machado no cayó hasta 1933 para ser sustituido por Batista meses después, Evans no pudo haber caído en medio de ninguna revolución, excepto las revueltas que da el ron *pelión*. Pero Evans insiste: «Batista tomaba el poder»

y Evans tomaba Bacardí. «...Yo tuve suerte porque tenía unas cartas de presentación que me llevaron hasta Hemingway. Y lo conocí. Pasé un tiempo estupendo con Hemingway. Una borrachera cada noche». ¿Qué les dije? Es la revolución del ron llamada Cubalibre. Dos de ron y una de Coca-Cola. Agítese. Da para dos. Hemingway, según Evans, «necesitaba una orientación». Se explica. Ésos son los años inciertos de *Tener y no tener*, su primera novela cubana. Pero Evans sí sabía dónde iba y sus fotos de La Habana son, como «Son de negros en Cuba», un romance gráfico en que los negros de La Habana se revelan como donosos dandies de blanco. Ése es un

testimonio que no puedo traerles esta noche, ni siquiera puedo intentar describir estas fotos maestras que ahora pertenecen a los museos. Pero hay un negro de dril cien blanco, de sombrero de pajilla y zapatos recién lustrados por el limpiabotas que se ve al fondo. Bien vestido con corbata marrón y pañuelo haciendo juego en la pechera, dandy detenido para siempre en una esquina de La Habana Vieja, junto a un estanco de diarios y revistas, su mirada aguda dirigida hacia un objeto oculto por el marco de la foto que ahora sabemos que es el tiempo, que hace de la fotografía un retrato, una obra de arte, cosa que *Tener y no tener* nunca fue, nunca será y que ese son sinuoso de Lorca es. Es es

es.

Pero La Habana no era una ciudad ni tan violenta ni tan lenta.

Un contemporáneo de Lorca, el escritor Joseph Hergesheimer, tan americano como Hemingway y como Evans, dice de La Habana en su *San Cristóbal de La Habana*, uno de los libros de viaje más hermosos que he leído:

> Hay ciertas ciudades, extrañas a primera vista, que quedan más cerca del corazón que del hogar... Acercándome a La Habana temprano en la mañana... mirando el color verde de plata de la isla que

se alza desde el mar, tuve la premonición de que lo que iba a ver sería de singular importancia para mí... Indudablemente el efecto se debe al mar, al cielo y a la hora en que tuvo lugar mi presciencia... La costa cubana estaba ahora tan cerca, La Habana tan inminente, que perdí el hilo de mi historia por un nuevo interés. Podía ver, baja contra el filo del agua, una fila de edificios blancos, a esa distancia puramente clásicos en su implantación. Fue entonces que tuve mi primera

premonición sobre la ciudad hacia la que suavemente progresábamos. Iba a encontrar en ella el espíritu clásico no de Grecia sino de un período algo tardío. Era la réplica de esas ciudades imaginarias pintadas y grabadas en una rica variedad de cornisas de mármol, dispuestas directamente hacia el mar calmo. Había ya perceptible en ella un aire de irrealidad que marcaba la costa que vio el embarque hacia Citerea...[11] Nada me habría hecho más feliz que una realización semejante.

> Era precisamente como si un sueño cautivante se hubiera hecho sólido... Oí entonces la voz de La Habana. Una voz en staccato, notable porque nunca, según supe luego, se hundía en la calma, sino que cambiaba a la noche para un clamor nada diferente y no menos perturbador...

Éstas son visiones poéticas, no históricas de La Habana. Pero —un momento— hay una segunda —o tal vez tercera— opinión sobre esta Habana *anden regime*. Encontré esta descripción en la *Enciclopedia Británica*, a veces nuestra

contemporánea:

> Metrópoli capital y comercial y el mayor puerto de Cuba. La ciudad, que es la más grande de las Antillas y una de las primeras ciudades tropicales del Nuevo Mundo, queda en la costa norte de la isla, hacia su extremo occidental. Su situación en una de las mejores bahías del hemisferio, la hizo comercial y militarmente importante desde tiempos coloniales y es el mayor factor responsable de su crecimiento constante

desde los 235.000 habitantes que tenía en 1899 a los 978.000 de 1959. Otros factores que contribuyeron a su crecimiento son su clima salubre y su pintoresca situación y esos alegres entretenimientos que la hicieron una vez meca del turismo. La temperatura media anual varía sólo en diez grados Celsius con una media de 24 grados. Aunque muchas mansiones de los barrios residenciales han sido expropiadas, desde un punto de vista físico la vista no es menos impresionante. El

aspecto de La Habana desde el mar es espléndido.

Ésa fue La Habana que vio Lorca. Allí compuso una de sus piezas más espontáneas y libres. Es una carta a sus padres en Granada publicada en Madrid hace poco. Lorca habla de sus éxitos como conferenciante, bien reales, y de su riesgo imaginario al presenciar una cacería de caimanes y participar en ella a sangre fría y a la vez enardecido. Afortunadamente Lorca no era cazador y nos exime del conteo de fieras muertas que habría hecho Hemingway. Tal vez a Lorca le entristecería saber que en esa región de Cuba, la ciénaga de Zapata, donde vio incontables cocodrilos, había

circa 1960, apenas treinta años después de su relato, un encierro que era sólo una cerca baja de madera, donde dormía al sol un solo caimán inmóvil, como si estuviera disecado ya y fuera indiferente a su suerte. Un letrero al lado suplicaba al visitante: «Por favor, no tiren piedras al saurio.»

Lorca ve en La Habana, ¿cómo no habría de verlas?, a las que él llama «mujeres más hermosas del mundo». Luego hace de la cubana local toda una población y dice: «Esta isla tiene más bellezas femeninas de tipo original» y en seguida la celebración se hace explicación: «debido a las gotas de sangre negra que llevan todos los cubanos». Lorca llega a insistir:

«Cuanto más negro, mejor», que es también la opinión de Walker Evans, fotógrafo, para quien un negro elegante es la apoteosis del dandy. Finalmente Lorca hace un elogio de la tierra natal: «Esta isla es un paraíso.» Para advertir a sus padres: «Si me pierdo que me busquen... en Cuba.» La carta termina con una hipérbole extraordinaria: «No olvidéis que en América ser poeta es algo más que ser príncipe.» Desgraciadamente no es verdad ahora, tampoco era verdad entonces. No en Cuba al menos. He conocido a poetas pobres, poetas enfermos, poetas perseguidos, poetas presos, poetas moribundos y muertos finalmente. Eran todos tratados no como príncipes sino

como parias, como apestados, sufriendo la lepra de la letra. Tal vez la letra con sangre entra, pero con sangre sale seguro. Para Lorca La Habana fue una fiesta y así debía ser. No hay que contaminar su poesía con mi realidad.

En su visita a Buenos Aires, Borges acusó a Lorca de un crimen de lesa ligereza. Lorca le dijo al joven Borges que había descubierto un personaje crucial, en el que se cifraba el destino de la humanidad entera, un salvador. ¿Su nombre? ¡Mickey Mouse! Es extraño que Borges, con su sentido del humor, no descubriera que detrás de la declaración de Lorca no había más que un chiste, esas salidas de un poeta con sentido cómico de la vida. A Borges la

broma se le hizo bromuro: Lorca quería asombrar, *pour épater le Borges*. En La Habana, por el contrario, Lorca deleitó a sus amigos habaneros, fanáticos del cine mudo, con su pieza «El paseo de Buster Keaton», compuesta sólo hacía dos años. Buster Keaton no es aquí un redentor que trata de volver a Belén en su segundo viaje. Pero tampoco es el sollozante Mickey Mouse, con sus ojos siempre abiertos, sus guantes de cuatro dedos y sus zapatos de ratón con botas. Mickey es insufrible, Keaton es insuperable. El lema de esta piececita es «En América hay ruiseñores», que es otra manera de decir que los poetas pueden ser príncipes. Lorca en La Habana, al no querer asombrar a nadie,

asombró a todos.

Un autor anónimo de entonces describe la estancia de Lorca en La Habana como «el agitado ritmo de su existencia habanera, llena de agasajos, de charlas y de homenajes y abrumada por la dulce tiranía de la amistad». Pero Lorca no estuvo solamente en La Habana. Tanto declaró Lorca en La Habana que iría a Santiago, que por poco no va nunca. Hay todavía mucha gente que duda si Lorca fue a Santiago de Cuba de veras. Ésos son los que consideran la poesía como una acción metafórica. Hay que señalar, con un hito de carreteras, que Lorca, después de varias tentativas falsas, fue por fin a Santiago. No en un coche de aguas

negras ni con la rubia cabeza de Fonseca, pero en Santiago de Cuba se hospedó en el Hotel Venus. Lorca era el poeta del amor. Los que duden lean su «Casada infiel». Hay pocos textos tan eróticos escritos en español.

Como poeta Lorca fue una definitiva influencia para la poesía cubana, que después del abandono modernista iniciaba una etapa de cierto populismo llamado en el Caribe negrismo. Era una visión de las posibilidades poéticas del negro y sus dialectos un poco ajena, enajenada. Exótica sería la palabra, sólo que exótico en Cuba es un marino escandinavo, no un estibador de los muelles. Los mejores poetas de esa generación, que tendrían la edad de

Lorca, cultivaban el negrismo como una moda amable y amena, otros eran como Al Jolsons de la poesía: blancos con cara negra. El poema devenía así una suerte de betún. La breve visita de Lorca fue un huracán que venía no del Caribe sino de Granada. Su influencia se extendió por todo el ámbito cubano. Esa clase de poesía estaba hecha para ser recitada, con la boca cantando coplas. Ésa es una de las magias de la poesía (y de esa otra forma de poesía, las letras de canciones) que exige a la vez la lectura silenciosa y el recitado en voz alta y aun soporta la declamación. La poesía, entonces es otra música, como quería Verlaine: «*De la musique avant toute chose.*» Lorca en su «Son de

negros en Cuba» musita una música exótica que se hace enseguida familiar. «Iré a Santiago» es efectivamente el estribillo de un son. Como en la *Obertura cubana* de Gershwin, la música es familiar pero la armonía es exótica.

Lorca llegó a La Habana por el muelle de la Machina. Hizo el viaje al revés de Crane: venía de las tinieblas a la luz, incluso al deslumbramiento poético. El tiempo que vivió en Nueva York, aunque escribió allí *La zapatera prodigiosa*, pieza llena de sol andaluz, también compuso su tenebroso *Poeta en Nueva York*, que comienza con una premonición, «Asesinado por el cielo» y termina con su «Huida de Nueva York».

Casi inmediatamente, en el libro y en la vida, el poeta compone su «Son de negros en Cuba», en que invoca como un sortilegio a la luna: «Cuando llegue la luna llena / Iré a Santiago de Cuba.» Su poema, que tiene la forma poética del son, brota aquí como una flor: natural, espontáneo y excepcionalmente bello. El poeta huye de la civilización a la vida nativa, naturaleza exótica. Casi como Gauguin. Aunque me parece estar oyendo al Shakespeare de *La tempestad*:

La isla está llena de ruidos.
Sonidos y aires dulces,
que dan deleite y nunca

dañan.

Lorca ahora quiere completar el bojeo de esa isla:

Cantarán los techos de palmera,
Iré a Santiago...
Iré a Santiago...
Con la rubia cabeza de Fonseca
Iré a Santiago
Y con el rosal de Romeo y Julieta...
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
¡Oh cintura caliente y gota

de madera!
¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!

Hay un son tradicional que canta:

Mamá yo quiero saber
de dónde son los cantantes...

Lorca sabía: esos cantantes, como el son, venían de Santiago de Cuba. Explicar poemas es tarea de retóricos, pero quiero mostrar cómo Lorca hacía un poema de lo obvio para cubanos que se volvía poesía para todos. Los «techos

de palmera» son los techados de los bohíos, vivienda tradicional campesina hecha toda con hojas, troncos y fibras de la palma real. Nadie en Cuba llamaría a la palma, palmera, ni siquiera en un poema. «La rubia cabeza de Fonseca», que tanto intrigó a tantos, no pertenece a ninguno de sus amigos cubanos, sino al fabricante de puros de ese nombre, cuya cabeza roja aparece en los cromos de su marca. «El rosal de Romeo y Julieta» no es esa espesura donde Romeo da a Julieta aquello que le dio ella el otro día, sino otra marca de habanos. El rosal es de una litografía. «Las semillas secas» son por supuesto las maracas de la orquesta de son y la «gota de madera» es el instrumento musical habanero

llamado claves. Espero no tener que explicar qué es una «cintura caliente».

Este poema escrito en La Habana es de una luminosidad como sólo se ve en La Habana. Lo atestiguan el fragmento de Hergesheimer, que es un friso de un edificio tropical y, sobre todo, las fotografías de Walker Evans con sus fruterías al sol, sus mujeres que adornan un patio y las abigarradas fachadas de los cines de barrio que invitan siempre al viaje. En esa época risueña y confiada, ida con el viento de la historia, Lorca se deslumbró con La Habana y deslumbró también a los habaneros, que hace rato que estaban acostumbrados a los fulgores de su ciudad tan capital como un pecado. Hay

todavía algunos que recuerdan a Lorca como si lo estuvieran viendo, viviendo. Uno de estos habaneros es una habanera, Lydia Cabrera, vecina de Miami y decana de los escritores cubanos en el exilio. Ella recuerda tanto a Lorca como Lorca la recordaría a ella, a quien dedicó su memorable «Romance de la casada infiel». Lorca, siempre fascinado por los negros, escribió: «a Lydia Cabrera y su negrita».

Lydia, que dos día atrás cumplió 86 años, recuerda a Lorca desde el principio. Lo conoció en casa de otro cubano, José María Chacón y Calvo, que fue luego instrumento del viaje de Lorca a La Habana. «¡Qué gracia tenía!», dice Lydia. «¡Qué vitalidad de criatura!»

Hasta que se fue ella de regreso a La Habana veía a Lorca diariamente en ese Madrid que, al revés de La Habana, no se ha perdido sino se ha ganado. Fue Lydia la intermediaria para que Lorca y su gran intérprete Margarita Xirgu se conocieran.

Lorca no había escrito entonces más que una obra de teatro, *Mariana Pineda*, que la Xirgu estrenó. Lorca al celebrar la ocasión dedicó a Lydia el poema que más le gustara. El poema (y tal vez la dedicatoria) escandalizó a uno de los hermanos de Lydia, asustado acaso por toda la imaginería erótica que Lorca despliega desde el primer verso hasta la revelación de esta virgen con marido. Ella, Lydia, no se inmutó y todavía es el

poema de Lorca que prefiere. Lydia recuerda que, después de cinco minutos de conversación, quedó hechizada (la palabra es suya, ella que tanto sabe de hechizos) con Lorca, a quien llamó siempre Federico.

Dice Lydia Cabrera del final de Lorca: «Cuando supe las condiciones trágicas de su muerte, pensé con consternación el horror que debió sentir Federico. Él era tan delicado y esa muerte tan horrible debió causarle segundos inimaginables de horror. Fue una muerte imperdonable. Pensé mucho, muchísimo en él.» Todos los que conocieron a Lorca en La Habana, y aun los que no lo conocieron, lamentaron su muerte. De su asesinato tiene Lezama

Lima una curiosa opinión. No es una versión política sino poética de la muerte del poeta: «Lo que mató a Lorca fue la grosería.» Críptico más que crítico, Lezama añade: «No la política.»

Ése fue el fin. En el principio Lorca llegó a La Habana y sorprendió a todos desde la presentación: «Soy Federico García.» Escoger su primer apellido como su nombre fue objeto de comentarios. Alguien preguntó: «¿Están ustedes verdaderamente seguros que ese García es Lorca?» Así con tantos García que había en Cuba, desde el general de las guerras de independencia Calixto García hasta los políticos más vulgares, muchos cubanos se sintieron emparentados con Lorca.

Vivía en La Habana entonces el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, hombre de sucesivos y sonoros seudónimos. Antes se había llamado con su nombre propio, un oscuro Osorio, y luego había sido Ricardo Arenales, Maín Ximénez y finalmente acertó con ese dos veces raro Porfirio Barba Jacob. Todos estos nombres y ese hombre forman un considerable poeta modernista, raza en vías de extinción. Barba Jacob era famoso en La Habana por un verso y un anverso. El escritor declaró en un poema: «En nada creo, en nada» y el hombre era un poeta pederasta. Muy feo, lo llamaban en su cara, por su cara «el hombre que parecía un caballo».

Barba Jacob añadía a esos inconvenientes para el amor otro más. Le faltaba un diente al frente que se empeñaba en sustituir siempre por un diente postizo hecho de algodón o de papel pero no de ceniza, como quieren algunos. Su conversación comenzaba en la tarde en la Acera del Louvre, en el véspero de que habló Hergesheimer, pero según avanzaba la noche aquel diente más blanco que los otros desaparecía para reaparecer llevado por la lengua no a su meta sino a desotra parte en la boca. De pronto Jacob tenía un diente brillando blanco sobre su labio lívido o volaba para posarse en la barba de Barba. El poeta creía que su conversación era de veras fascinante, a

juzgar por la cara de sus oyentes. Pero la fascinación venía de aquel diente ambulatorio. O mejor, náufrago, marinero de blanco que navegaba en la balsa de su lengua, entre un Caribdis dental y la Escila de su encía.

La mención de un marinero, aun metafórico, nos conduce al gran transporte amoroso de Barba. Se dice que el poeta de la decadencia modernista encontró su marinero cuando, literalmente, «hacía el litoral». Litoralmente ambos se encontraban en los muelles. El marino, ni corto ni perezoso (en realidad era alto y ágil), se hizo amante del poeta pederasta y pesimista (recuerden, por favor, su divisa: «En nada creo, en nada») y para

colmo pobre. Para su mal era 1930 y cuando se paseaba Barba con su marinero recién pescado, se atravesó en su camino Federico García, que era todo lo contrario del colombiano: graciosamente andaluz y para colmo famoso. Lorca procedió ahora, con todo su encanto y todos sus dientes brillando en su cara morena, a auspiciar al marinero escandinavo que recaló en el trópico. Barba perdió su diente para siempre.

Alrededor de 1948, a casi veinte años del encuentro amoroso con Lorca, todavía era posible ver a este marino seudosueco caminando la noche, Prado arriba y Prado abajo, como un náufrago de otra época. Su ropa era, sí, azul

marino y llevaba un paleto que hacía alucinante la noche tropical. Un si es no es rubio, *ancora* con el áncora al cuello, tal vez noruego, tal vez gallego, pasaba como una sombra, sin ver a nadie, como si nadie lo viera. Pero invariablemente peatones y poetas que se detenían en la esquina de Prado y Virtudes, donde comenzaba el barrio menos virtuoso de La Habana, miraban hacia el parapeto del paseo central para ver a este marino varado en tierra a quien cantó Barba: «Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos», para suspirar: «Y hay días en que somos tan lóbregos, tan lóbregos.» Ahora, es decir entonces, un índice irreverente venía a indicar y una voz soez venía a decir: «¡También ése!» La

risa era como una brisa que movía el diente de algodón de Porfirio Barba Jacob, que en nadie creía, en nadie.

La culminación de la visita de Lorca a La Habana ocurrió cuando le ofrecieron finalmente una comida de despedida, un banquete, un almuerzo en el comedor del Hotel Inglaterra en que terminaba la Acera del Louvre, a veces llamada del *Livre*. Allí estaban Lorca y sus discípulos futuros. Estaba también La Habana literaria, la que no escribía poemas pero estaba dispuesta a escribir prosa como Lorca versos. A través de las puertas abiertas del hotel (el aire no era acondicionado todavía) se veían las innúmeras columnas blancas al sol del portal, la Acera del Louvre y el parque

al fondo con la estatua central soleada y sólida de otro poeta, José Martí, a quien mató, como a Lorca, esa bala con nombre que siempre viene a matar a los poetas cuando más falta hacen.

De pronto, como ocurre en el trópico, comenzó a llover. A llover de veras, sin aviso, sin esperarlo nadie, sin tregua. El agua caía por todas partes de todas partes. Llovía detrás de las columnas impávidas, llovía sobre la acera, llovía sobre el asfalto y sobre el cemento del parque y sus árboles que ya no se veían desde el hotel. Llovía sobre la estatua de Martí y su lívido brazo de mármol, la mano acusadora y el índice de cuentas eran líquidos ahora. Llovía sobre el Centro Gallego, sobre el Centro

Asturiano y sobre la Manzana de Gómez y aún más allá, en la placita de Albear, sobre la fuente de los mendigos y sobre la fachada del Floridita donde Hemingway solía venir a beber. Llovía sobre la Citerea de Hergesheimer y sobre el paisaje blanco y negro de Walker Evans. Llovía en toda La Habana.

Mientras en el comedor los comensales devoraban el almuerzo cálido, indiferentes a la lluvia que era cristal derretido, espejo húmedo, cortina líquida, Lorca, sólo Lorca, vio la lluvia. Dejó de comer para mirarla y de un impulso saltó, se puso de pie y se fue a la puerta abierta del hotel a ver cómo llovía. Nunca había visto llover tan de

veras. La lluvia de Granada regaba los cármenes, la lluvia de Madrid convertía el demasiado polvo en barro, la lluvia de Nueva York era una enemiga helada como la muerte. Otras lluvias no eran lluvia: eran llovizna, eran orballo, eran rocío comparadas con esta lluvia. «Y todas las cataratas de los cielos fueron abiertas», dice el Génesis, y el Hotel Inglaterra se hizo un arca y Lorca fue Noé. ¡Había gigantes en la poesía entonces! Lorca siguió en su vigía, en su vigilia (no habría siesta esa tarde), mirando llover solo, viendo organizarse el diluvio delante de sus ojos.

Pero pronto notaron su ausencia del banquete y vinieron de dos en dos solitos y solícitos a hacerle ruidoso

corro, como aconteció a Noé en su zoológico. Ya Lorca había escrito que los cubanos hablan alto y más alto hablan los habaneros, los hablaneros. Lorca se llevó un dedo a los labios en señal de silencio respetuoso ante la lluvia.

El mido del banquete había terminado en el estruendo del torrente. Por primera vez para muchos periodistas, escritores y músicos que se reunieron en ese simposio sencillo, Federico García Lorca, poeta (poeta como se sabe quiere decir en griego *hacedor*), había hecho llover en La Habana como nadie había visto llover antes, como nadie volvió a ver después.

LA HABANA PARA LOS FIELES DIFUNTA

Un dicho dice: «La Habana, quien no la ve no la ama.» Pero, ¿y ahora? Un libro titulado *La Habana* hace dudar al lector. Esa duda es de un habanero que ha hecho de La Habana un *genius loci* y la materia de que están hechos sus sueños —y sus pesadillas.

¿Pero qué pasaría si alguien viniera y fotografiara Madrid, o Barcelona, o Sevilla, y retratara las Ramblas y el paseo de Gracia, o la Gran Vía, o todavía la Giralda, su torre sola, y no hubiera nadie en las calles, ni en los rincones, ni ante un portón, o detrás de una reja, ni una mano sobre un llamador

vistoso: no se viera a nadie, a *nadie*? Las ciudades estarían desiertas porque no hay una sola visión urbana que incluya a los que hacen las ciudades aparte de los edificios, sus habitantes. Se pensaría en un cataclismo, en la consecuencia de una guerra de bacterias o un bombardeo con bombas limpias. O tal vez como una ciudad medieval diezmada por la peste. Nadie creería, claro, que esa ciudad se ha convertido en un museo. La Habana, según *La Habana*, fotografiada por Manuel Méndez, es una colección de palacios, palacetes, edificios, casas y calles donde no se ve a nadie (excepto por una modesta modelito que acentúa la soledad), porque allí, simplemente, no

vive nadie.

La explicación es más siniestra que las hipótesis que el libro, bellamente impreso, propone al lector. Al menos lo plantea a este lector, testigo de una apoteosis como antes fue vecino de La Habana real, al que sin duda estas fotos (por primera vez no se retoca el negativo, sino el sujeto fotografiado con maquillaje de teatro), este libro, trata de eliminar. Un testimonio es siempre una verdad con documentos, y es siempre peligroso.

En *Tener y no tener*, la novela de Ernest Hemingway de 1937, La Habana es La Habana de los primeros años treinta, es decir, lo que luego se llamó La Habana Vieja. *Tener y no tener*

comienza con la famosa frase: «¿Ya sabe usted lo que es La Habana temprano en la mañana?» Pero Hemingway sabe evocar La Habana como una luminescencia:

«Mirando hacia atrás podía ver a La Habana que se veía luminosa al sol... Dejé detrás El Morro al poco rato y luego el Hotel Nacional, y finalmente no se veía más que el domo del Capitolio..., que a lo lejos se erguía blanco desde el filo del mar... Podía ver la luz de El Morro a barlovento y el fulgor de La Habana.»

Un casi contemporáneo de Hemingway, el escritor Joseph Hergesheimer, escribe así en las primeras páginas de su *San Cristóbal de*

La Habana:

«Hay ciertas ciudades, extrañas a primera vista, que quedan más cerca del corazón que del hogar... Acercándome a La Habana temprano en la mañana..., mirando el color verde plata de la isla que se alza desde el mar, tuve la premonición de que lo que iba a ver sería de singular importancia para mí.»

Ese clamor era perceptible, como lo oye Hergesheimer, en La Habana Vieja, donde todo era bullicio, tropel humano, ruido de gentes. Virgilio Piñera, uno de los grandes escritores cubanos, se ocupa de esa Habana con una fidelidad que está muy lejos de los panegiristas del silencio que anuncian este libro, estas fotos. Dice Virgilio, conduciéndonos

por lo que Lezama Lima llamó Paradiso:

«La Habana parece ser estimulante. Al menos en esto están de acuerdo los viajeros que se han venido sucediendo desde el siglo xvii. ¿Y estimulante en qué sentido? Pues en el sentido de los sentidos: juntos los cinco en una ronda frenética. La Habana es altamente apta para gustarla, verla, oírla, tocarla y olfatearla.»

Estas hermosas páginas están escritas a fines de 1959. Cualquier lector sería capaz de leer las líneas lúcidas de Piñera y encontrar un arte para la premonición en frases como «mercado de esclavos» o «la plaza... sigue respirando pasado». Pero, en su presente, el tumulto es un tropel de

habaneros y habaneras que iban a Muralla a comprar telas en sus muchas retacerías.

Podríamos regrosar en el tiempo al siglo xvi, cuando ya La Habana era la capital de la isla. Pero es preferible el aprecio de los extraños.

Dice uno de los prologuistas prolijos de este libro (por demás de una belleza a la vez exótica y española, gracias solamente al extraordinario fotógrafo Manuel Méndez Guerrero, que sabe y muestra cuánto tiene La Habana de Sevilla, de Cádiz y de toda Andalucía), hablando de La Habana Vieja como un trasto antiguo: «Pero era un sector olvidado, oculto tras el ruidoso tráfico de las avenidas perimetrales.» ¿Cuáles

eran? ¿Cuáles son? El prologuista no dice, sino que afirma, que «el comercio de lujo abandonaba sus calles... La más importante tarea de preservarla era una actitud de minorías intelectuales». Y ya se sabe qué ocurre a esas minorías, entre las que me conté un día, en un régimen totalitario.

Pero aparece en el episodio doce: «El triunfo de la Revolución abrió prometedoras perspectivas para la conservación del mismo.»

El prologuista miente. La Habana Vieja estaba cruzada por vías de autobuses, y antes de tranvías, en cuatro calles estrechas pero cruciales. Se abría al fondo (o a su nacimiento) al malecón, a la Alameda de Paula y a la bahía de La

Habana. Arriba, donde empezaba o terminaba, estaba la avenida de Bélgica, también llamada calle Egido o Monserrate. Paralela a Monserrate, exactamente detrás del paseo del Prado y del Capitolio, estaba la calle Zulueta. En su número 408, un *solar* o falansterio, viví yo desde julio de 1941 hasta abril de 1951. Estas calles y esta Habana debí conocerlas bien. Mucho mejor, en todo caso, que los que ahora tratan de conservar lo que antes han destruido.

Entre 1941 y 1951 hubo una sola modificación radical, señalada por el domo del Capitolio (del que habla Hemingway), y su explanada de granito y asfalto, y el nuevo paseo del Prado,

que es una de las alamedas más bellas de América. La Zanja de Albañal se convirtió en la calle Zanja, corazón del barrio chino (otro de los grandes contingentes raciales que dieron a La Habana su acento de metrópoli: como los judíos, los chinos emigraron en masa después de la Revolución), y frente al Capitolio, en sus cafés al aire libre (de veras), orquestas femeninas tocaban boleros hasta el fin de la noche. En la madrugada, las luces del paseo eran otro amanecer.

El Che Guevara, que no vio La Habana hasta el 3 de enero de 1959, cuando vino de la sierra como un argentino barbudo y emboinado, y embutido en un uniforme verdeoliva

demasiado grande para su cuerpo asmático (una de las bromas de entonces quería que fuera un uniforme desechado por Fidel Castro), odió la ciudad desde la primera noche, y declaró a La Habana una colaboracionista detestable. Pero a Fidel Castro, antiguo noctámbulo como una pistola anónima, se le veía ahora, que era célebre como César venido de las Galias, en todas partes de la noche: en los centros nocturnos, en restaurantes como la esquina de Doce y Veintitrés, donde era posible cenar y desayunar al mismo tiempo. La Habana fue siempre una ciudad apacible a pesar de las guerras de pandillas antes de Batista y de la represión batistiana. No era habitual ver un asalto, un robo o un

hurto. Los cacos, como en todas partes, eran amigos de lo ajeno, pero se hacían escasos en lo que Lezama Lima llamó la apoteosis poética: «Noche insular, jardines invisibles.»

Alejo Carpentier, conocedor de varias y sucesivas Habanas, tiene un cuento titulado «Viaje a la semilla» (la semilla es otro tiempo, otras épocas), en que un viejo negro reconstruye, por medio de la magia, unas ruinas de entre los escombros de una mansión colonial. La trama de «Viaje a la semilla», la única obra maestra de Carpentier escrita en Cuba, es en parte la demolición de una casa añorada. Carpentier es el autor de la frase: «La Habana es una ciudad enferma de columnas.» La Habana nunca

intuyó que se preparaba para su aniquilamiento una quinta columna.

La destrucción de La Habana durante los treinta años del castrato ha sido chapucera. Castro no odiará La Habana como Guevara, pero las necesidades creadas por su Gobierno y el oportunismo con que se resolvieron apenas estos problemas han sido más visibles en La Habana. La excusa es que la Revolución (si se quiere, con mayúscula) atendió al campo para compensar la prepotencia habanera.

Veamos si no lo que declara el que fue alcalde la La Habana en los últimos diez años. Dice un reportaje reciente de la agencia Efe: «Admite el propio alcalde de La Habana que la Revolución fue

implacable con la ciudad.» Ese ex alcalde, ahora embajador ante el Reino Unido, Óscar Fernández Mell, miembro de las Fuerzas Armadas como casi todos los viejos burócratas en Cuba, declara que la ciudad recibió «los embates de la justicia revolucionaria». Es decir, el régimen de Castro condenó a muerte a su capital. Dice el reportero español: «Un paseo por muchas de las calles y plazas habaneras muestra que la justicia revolucionaria fue implacable con una de las ciudades más bellas del mundo.» A Fidel Castro, por supuesto, estas ruinas lo encontraron soberbio, mientras su teniente Fernández Mell menciona que el crimen de La Habana fue ser «una ciudad desarrollada (*sic*). En el 59,

probablemente una de las ciudades más desarrolladas de América Latina; su nivel de vida estaba en contraposición del nivel de vida del resto del país».

Lo que por cierto se puede decir de Londres, París, Roma, New York y Madrid. Cuba era «un país subdesarrollado con una capital supuestamente desarrollada». Según Mell, «los planes» supuestos del Gobierno de Batista «eran convertirla en Las Vegas del Caribe». Ésta es una inferencia que cogerá de sorpresa a la mayor parte de los cubanos que vivieron en el esplendor de La Habana.

«El malecón —nos informa Mell, médico y no arquitecto— iba a estar lleno de hoteles y casinos, y La Habana

Vieja iba a desaparecer.» Mell, mal mentiroso, no puede decir que La Habana Vieja desapareció precisamente bajo el Gobierno de Fidel Castro. Mell no dice cómo las calles más elegantes de La Habana Vieja —Obispo y O'Reilly— fueron entregadas a algo peor que la demolición y el tiempo. Obispo era la calle de las librerías de La Habana, O'Reilly era calle de bancos y oficinas comerciales. Las librerías fueron censuradas primero y luego suprimidas al tomar el Gobierno el control del libro (editado, importado, vendido), y en su lugar se hicieron cobachas para que habaneros humildes las habitaran. Anda por ahí todavía un documental de la BBC en que se

muestran las antiguas librerías con las vitrinas cubiertas de tablas, las cortinas metálicas corridas y en el centro hay un hueco obsceno que es la puerta de esta «vivienda popular».

En cuanto a los edificios descascarados y las fachadas sin pintar durante decenios, Mell alcalde tiene una explicación atinada: «La pintura —nos revela— viene en general del área capitalista.» Es obvio que la moraleja de esta feble fábula es que la conservación de La Habana está más allá del bien y del Mell. Será por eso que Castro le ha premiado con el cargo de embajador en Inglaterra. En Londres, una ciudad apenas más vieja que La Habana (fue destruida por un incendio

en 1666), encontrará que las paredes, en lucha incierta con el moho, la humedad y el frío más pertinaces, están sin embargo siempre recién pintadas, reparadas y sostenidas más por andamios que por la tradición. Obviamente, el capitalismo no sólo construye ciudades como La Habana, sino que las conserva.

La Habana era una reducción poética de Cuba, una metáfora. Nerón hizo incendiar Roma para reconstruirla. Castro, casi César, convirtió La Habana en una ruina que ahora restaura. El proyecto de Nerón era grandioso; los propósitos de Castro, miserables.

Hace siglos, hablando de Roma, escribió Horacio: «Las ruinas me encontrarán impávido.» Ahora, la

restauración de las ruinas no me conmueve. Tiene, como en todo Cuba, un propósito de propaganda. La Habana del libro titulado *La Habana* no es mi Habana. En vez de una ciudad prodigiosa es un doble a través del espejo, restaurada ruina, ciudad de pesadilla. La Habana Vieja, en fotografías a todo color, es una puta pintada. No puede haber fin más triste, en el laconismo de una ciudad que era locuaz, hablantina, la patria de los *hablaneros*. Los lacónicos la habitan ahora y La Habana ha devenido una ciudad fantasma para turistas torpes. Su encanto no es la vida, sino los colorines de un pájaro disecado: loro, papagayo.

La restauración, nos anuncian los

prologuistas de La Habana, se completa con luz de gas. «Exactamente como hace 150 años», revela uno de los restauradores, hablando del gas como una invención contemporánea. Lamento que la restauración de «La Habana», desde ahora entre comillas, no sea de veras completa para ver en el Palacio del Segundo Cabo a una autoridad militar española otra vez y en el Palacio de Gobierno, frente a la plaza de Armas, vivirá de nuevo el teniente general, y mientras la jerarquía eclesiástica española bendeciría a los fieles cubanos desde la catedral, en la plaza Vieja, vuelta a ser plaza de San Juan de Dios, habría un lucrativo mercado de esclavos.

Los negreros no tendrían, como Pedro Blanco, que aventurarse hasta el África en incómoda travesía y podrían encontrar esta «Habana», regida por una máquina del tiempo irreversible, los negros suficientes: esclavos garañones, negras paridoras y mulatas como las ha visto todavía hace poco un periodista español, complacientes, numerosas y poseedoras todas de una erotizante esteatopigia. Esta «Habana» no sería un lujurioso burdel o un bullicioso casino, sino un vasto mercado de esclavos. Es un viaje a la mala semilla.

18 de enero de 1988.

EL MARTIRIO DE MARTÍ

Para decirlo pronto, el martirio de

Martí fue su exilio y el exilio fue su éxito. Su martirio fue una forma de fracaso, pero a la vez fue un triunfo. Nunca exilado alguno en América perdió tanto con su destierro —perdió exactamente su tierra— y ganó más para convertirse de un oscuro aprendiz de panfletista (cuando lo deportaron de Cuba, sin haber cumplido los 20 años) en uno de los más grandes escritores de habla española y sin duda nuestro primer prosista. Esa prosa densa la aprendió a escribir Martí en su destierro académico de España, y en su exilio profesional en Estados Unidos. La vida entera de Martí consistió en tratar de recordar toda su tierra: terminar su destierro y al mismo tiempo crear una

Cuba libre porque le era imposible vivir bajo un régimen doblemente oneroso: totalitario y extranjero. Martí muere cuando recobra a Cuba. No cuando consigue su libertad sino cuando termina su destierro y gana su tierra. Fue todo lo que puede ser un escritor profesional y más: corresponsal sudamericano en USA y columnista americano escribiendo su espléndido español y su pobre inglés, y aun cuando escribía en español, por apremio económico, tenía, a veces, que convertirse en un *hack* y hasta cometer ese pecado que es virtud del periodista: hablar de lo que no sabe.

Martí, incluso, llegó a escribir críticas de novelas que obviamente no había leído. Y a veces no se trataba de una

novela barata, sino de libros como *Bouvard y Pécuchet*, una de las obras maestras inconclusas de la historia de la literatura. Pero no tengo la menor duda de que la escritura de Martí —con todos sus excesos, por todos sus excesos— es el aparato barroco, conceptista y elocuente más poderoso que ha producido la literatura en español desde Quevedo. Un trozo de prosa martiana no sólo es reconocible a simple vista y a sólo oído, sino que tiene la densidad mensurable de ciertos metales sólidos como el platino, por ejemplo, y líquidos como el mercurio, azogue que falta a su contemporáneo Sarmiento. Esta prosa es una expresión que se ha declarado propia del orador con poco tiempo. Es

posible. No soy orador: ya lo habrán advertido ustedes. No sé cómo escriben los oradores, si es que escriben. Pero la aparente simplicidad de su *Diario*, obra del guerrillero en la manigua con ningún tiempo, es igualmente densa y vibrante. No hay duda de que en Martí, tanto la complejidad evidente como la aparente simplicidad, son buscadas. Son, además, producto de un oficio preciso y de una voluntad creadora ejemplar. Toda su prosa tiene una urgencia contagiosa, aun cuando reseña una demorada exposición de cuadros impresionistas. Pero su diario de campaña termina, no con la nota abrupta del que va a morir sino en una calmada descripción de la vida en el campamento Mambi:

Asan plátanos, y majan
tasajo de vaca,
con una piedra en el pilón,
para los recién
venidos. Está muy turbia el
agua crecida del
Contramaestre —y me trae
Valentín un jarro
hervido en dulce, con hojas
de higo.

Hay que señalar que ese Contramaestre es el río cerca del cual cayó Martí en Dos Ríos. Este párrafo final del *Diario* no creo que signifique mucho en la indagación de la escritura

en el exilio. Martí se hace escritor fuera de su tierra, pero produce su obra maestra absoluta al regresar y recobra su isla —pero quiero anotarlo antes de olvidarlo. Martí, antes y ahora, es la personificación del escritor en el exilio, hecho escritor en el exilio, hecho grande en el exilio— y sin embargo, su mejor libro, como se ve, su más perfecta prosa, su expresión más propia está escrita en Cuba. ¿Es que el exilio no es una situación geográfica o histórica sino una tierra que el escritor lleva siempre consigo? Para Martí, Cuba debió ser una isla flotante, porque el *Diario* comienza en Montecristi, en Santo Domingo y es en tierra dominicana que Martí produce una de las frases más bellas de la

literatura española en América.

Se trata de una muestra del arte del escritor formado en tierra extraña y que va de vuelta a su país con el afán exotista de los románticos hechos realidad inmediata. La súbita presencia antillana, tan próxima a Cuba y un nombre de mujer casi mítico, memorable, lo hacen anotar veloz, voluptuoso: «Abril 9, Lola, jolongo, llorando en su balcón. Nos embarcamos.»

Entre el comienzo dominicano y su fin en Dos Ríos, cuando Martí por fin completa su martirio, el escritor produce páginas del *Diario* que son, en realidad, trozos de memorable, maestra literatura. Martí no pretende hacer gran literatura,

es evidente, pero no puede evitarlo: según va a la muerte, la expedición guerrillera es su camino de perfección literaria. Como lo que escribió acerca del campamento insurrecto, sus tribulaciones y los mambises que marchan con él rumbo a la muerte o al triunfo, a una de esas dos libertades posibles.

Martí llega a mejorar la historia y la geografía con su escritura, el artificio de la literatura más creíble que la naturaleza. Sin duda podrán ustedes apreciar su escritura, que ha atravesado el tiempo y las modas y los estilos para estar eternamente al día. Muchos escritores de habla española escriben como Martí sin saberlo, otros tratan de

copiarlo sin lograrlo. Todavía peor, su obra ha sido usada como bandera política en todas partes, en Cuba, las dos, antes y ahora, y aunque Martí fue muchas veces un escritor político, el tiempo ha demostrado que era eso: primero escritor, luego político y aun cuando su escritura es obviamente política, vibra con una transcendencia que nos hace creer que su autor, José Martí, apuntaba más lejos, de hecho a nosotros, que vivimos a casi un siglo de su muerte, a aquellos que como yo creemos que la política suele ser el último refugio del picaro y la primera vocación del vivo. Todos nosotros hoy, aquí, sabemos que si no hay una historia de la política (los políticos tratando de

refugiarse en la historia), siempre habrá una historia de la literatura. En ella está fijada toda la prosa de Martí, tan imperecedera como este texto de campaña en su *Diario*:

> A formar al levantar del sol. A caballo, soñolientos. Los hombres no han recuperado sus fuerzas y flaquean. Apenas comieron ayer noche. Descansé hacia las diez a un lado y al otro del camino. De la pobre choza nos envían un regalo, un pollo para el «general Matías» y miel. Al mediodía y a la tarde escribo a Nueva York, al

general Maceo, que está cerca y no sabe de nuestra llegada; sin contar la carta a Manuel Fuentes, al *World*, que terminé al amanecer, con un lápiz y apoyado sobre la mano. Ayer, de vez en cuando, inspeccioné el campo tranquilo y satisfecho: toques de clarín; los hombres traen sobre sus espaldas racimos de plátanos; el ganado capturado muge y lo degüellan; Victoriano Garzón, el negro sagaz que lleva imperial y bigote, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su ataque victorioso

> a Ramón de las Yaguas; su palabra es desordenada e intensa, su alma, buena y su autoridad natural; imita con mucha veracidad, sus tenientes blancos, Mariano Sánchez y Rafael Portuondo; y si, se equivocan sobre un punto de disciplina, corrige sus errores. Su cuerpo es flaco, dulce su sonrisa; lleva camisa azul, pantalón blanco y negro; cuida de cada uno de sus soldados.

Titulé esta breve charla con el nombre de «El Martirio de Martí» y se ve bien que tratando de huirle al lugar común caí

en él. Todos los que, por razones políticas, se niegan a reconocer que Martí se suicidó en el campo de batalla, usan la palabra martirio y no están errados. Había en Martí una ansia de inmolación que era en realidad una voluntad de martirio. Esta necesidad de muerte no era nueva, ni única. Al contrario, ya había sido expresada por muchos poetas a través de los siglos y varios poetas románticos escogieron la muerte, como Martí, mientras peleaban por la vida, es decir, por la libertad de un pedazo de tierra, propio o ajeno.

El poeta húngaro Sandor Petöfi murió en la batalla de Segesvan, peleando junto al general en jefe del ejército húngaro, que lo protegía. Curiosamente

nunca apareció su cadáver y los húngaros todavía creen que Petöfi vive y volverá redentor un día a Hungría. Lord Byron, poeta romántico como Petöfi, buscó una causa por la que luchar y morir y la encontró en la independencia de Grecia de la ocupación turca. Pero nunca llegó a ver el combate ya que murió de tifus en Misolongui. Martí no era un poeta tan cosmopolita como Byron ni tenía la importancia de poeta nacional de Petöfi, pero era mejor escritor que los dos juntos y otros más. Como Byron, Martí murió antes de entrar en combate propiamente, en una oscura escaramuza. Como Petöfi, Martí estaba protegido por el jefe de las fuerzas revolucionarias cubanas, general

Máximo Gómez.

Su muerte fue menos dolorosa y sucia que la de Byron y no tuvo el falso desenlace de una desaparición como la de Petöfi, pero no fue menos misteriosa. La tropa del general Gómez, importante contingente, cruzó disparos con una minúscula columna española en Dos Ríos. El general Gómez dio el alto y recomendó a Martí (más bien le ordenó según el dominante carácter dominicano de Gómez) que se pusiera detrás suyo, como para protegerlo con su magro cuerpo, al tiempo que designaba la custodia de Martí (extrañamente llamado Ángel de la Guardia) para que no perdiera de vista al Presidente. Martí, sin embargo, convidó a su

custodia para seguir adelante —es decir para avanzar hacia el enemigo. En ese momento el caballo de Martí arrancó rumbo a la columna española. Ángel de la Guardia no pudo hacer más que seguirlo a galope— para ver a Martí recibir un tiro en el cuello, perder el equilibrio y caer del caballo. Todavía en el suelo, herido, Martí quería aproximarse más al enemigo, visible apenas a unos cien metros. Aquí, con Ángel de la Guardia, también herido y por tierra, ocurre un incindente de veras fantástico. Un práctico explorador de los españoles que era un mulato cubano, se acercó lo suficiente como para ver a los caídos y al reconocer a Martí exclamó: «¿Usted por aquí, don Martí?» ¡Como si

estuviera en un paseo habanero y viera a un viejo amigo! De seguida levantó su rifle Remington y remató a Martí, cuyo cadáver cayó en manos enemigas y fue registrado, expoliado y finalmente escamoteado hasta el cementerio de Santiago de Cuba por los españoles. Hay demasiados elementos extraños para creer en lo extraordinario. Lo ordinario es que Martí, como Byron y como Petöfi, aún más que ambos, buscaba la muerte romántica en él campo de batalla y se apresuró a encontrarla en la primera escaramuza porque la esperaba hacía tiempo y desesperaba de estar vivo. Los húngaros aguardaron muchos años por el regreso de Petöfi. Los cubanos lamentaron

durante décadas la desaparición de Martí. Hasta hay una copla, que se empezó a cantar en 1900 y se canta todavía, que dice:

¡Martí no debió de morir!
Si Martí no hubiese muerto,
Otro gallo cantaría,
La patria se salvaría
Y Cuba sería feliz.
Martí no debió de morir,
¡Ay, de morir!

Martí murió en su martirio, pero si no debió de morir, sí debió de vivir y sin duda la única vida que queda ahora a

Martí está en su prosa poderosa, en sus ensayos adelantados y en sus artículos de prensa que son literatura imperecedera: todo lo que tocó lo convirtió en prosa pura. Es ésta la que hay que recordar en días como hoy porque siempre, no importa cuándo, que se acerquen a ella ojos humanos que saben leer español tendrán que admitir: «¿Pero por qué lamentar que Martí no debió de morir? ¿Martí? Martí no ha muerto. Ahí está, vivo en su prosa viva. Esa prosa es el hombre. José Martí es un hombre hecho de prosa.»

Miami, 19 de abril 1980

He was gentle.
He was weak.

He was destroyed.
GORE VIDAL

(Inscripción vista en la tumba de Calvert Casey en Roma en 1972. Ahora la tumba, como Calvert, ha desaparecido. GCI.)

¿QUIEN MATÓ A CALVERT CASEY?

Conocí a Calvert Casey casi demasiado tarde. Esto es, demasiado tarde para mí. Todos los que conocieron a Calvert creían que lo habían conocido tarde. Como ese privilegio que uno siempre cree que no ha tenido a tiempo, que lo ha disfrutado mal o lo ha recibido

tarde, Calvert pareció no duramos nada. No sé de nadie que conociera a Calvert que no lo considerara como un don, uno de esos raros regalos que dioses dadivosos conceden a los humanos porque saben que lo tendrán (o gozarán: los términos son intercambiables) mucho, mucho menos que una eternidad. Fue la cortedad de la vida de Calvert en mi vida lo que hizo ese don para mí inapreciable y al mismo tiempo dejó ver lo breve que duraría el regalo. De veras que Calvert Casey nos duró a todos poco tiempo. Pero no hay que lamentar la brevedad de su vida sino celebrar que existió alguien que se llamó Calvert Casey y fue único y extraordinario y poder decir con Hamlet: «Lo conocí

bien.» Sin tener que lamentar ante Horacio: «Alas, poor Yorick.» No pobre Calvert. Pobres los que no lo conocieron.

Pero lo conocí tarde, es verdad, en 1960, cuando Virgilio Piñera insistía en que tenía que conocer a Calvert Casey de todas maneras y temía que viniera en su lugar uno de esos híbridos estériles, un cubano-americano. Ya había padecido personalmente uno de esos mulos en el abismo que había tratado de insertarse en la literatura americana, «a la que pertenezco», y no pasó de escribir cuentos malos en Nueva York, donde nunca se publicaron y terminó escribiendo para una de esas «revistas latinoamericanas», que se editan en los

Estados Unidos para venderse en Sudamérica, que parecen no estar escritas ni en español ni en inglés y siempre están acusadas de estar financiadas por la CIA y nunca siquiera llegan a ese status oficial. Justa justicia que ese mediocre tuviera tal destino. Pero al triunfo de la Revolución, unos seguros meses después (*Batista strikes back*, pensaba: uno de los riesgos del tirano en fuga es que siempre puede regresar, como Napoleón o Mussolini: *Italian bully-boys*) se apareció en La Habana dispuesto a «integrase a la lucha» esgrimiendo, escribiendo novelas sociales en un indescriptible volapuk que el pobre Virgilio, siempre guía del infierno letrado habanero, debía poner

en español para poder publicarlas en Ediciones R, la editora del periódico *Revolución* fundada por *Lunes*.

A Calvert Casey lo trajo a las oficinas d e *Lunes*, Antón Arrufat, tan agudo como delgado y tan inteligente como irrespetuoso, un huso tejiendo irreverencias:

—Aquí está la Calvita —me dijo, sonriéndose de lado.

Debo muchas cosas al talento de Arrufat, a su capacidad para juzgar un libro, a su cultura literaria que tendía a una cierta busca metafísica, pero nada le debo tanto como a esa presentación poco respetuosa porque Calvert Casey, cogido entre el dilema de la proclamación de su homosexualismo

(que yo conocía por Virgilio, por Natalio Galán y por Humberto Arenal, su viejo amigo heterosexual de Nueva York) por su mismo introductor en tono de relajo y la seriedad que Calvert creía que debía sostener durante esta cita, cogió los cuernos de su otro mal social (que consideraba una verdadera condena del verbo y no una salvación por la carne como su pederastía) y trató de domar ese toro:

—Mu, mu, mu —fue todo lo que dijo Calvert Casey. Pero Antón intervino, introductor hasta el fondo:

—Bien dotada, la Calvita es gaga pero locuaz.

Ahora que se hizo evidente que Calvert Casey estaba tartamudeando,

tratando de decir lo que dijo después y de pronto, como todo tartamudo en público, devino súbitamente coherente: un famoso locutor cubano, gran gárrulo de la televisión y la radio, era gago en su vida privada.

—Mucho gusto —terminó de decir Calvert. Y agregó—: Hace tiempo que quería conocerlo.

Arrufat, divertido y directo, mostrando ahora la bola roja en la punta de su lengua (donde todo el mundo decía que acumulaba su veneno: cobra que se las cobra), dijo sonriente:

—Calvert, no estás en las Naciones Unidas, querido. Aquí todos nos tuteamos. Hasta Franqui que es comandante y todo.

—Sí —le aseguré a Calvert—. Además de ponernos apodos todos. Aquí Antón se llama en realidad Antón Arrufátich Chéjov. No era verdad pero Calvert, divertido, dijo:

—Le viene muy bien el nombre. Podría hasta escribir *La huerta de aguacates*, ahora que tanta gente bien emigra.

No había gagueado nada. Miré a Arrufat que creyó que debía intervenir de apoyo.

—Me viene de perillas, como diría Virgilio —dijo Arrufat, burlándose del uso de frases hechas, constante en su maestro, Piñera teatral.

Lunes de Revolución era,

curiosamente, un sitio en que se trabajaba en medio de la mayor indolencia, a la rusa. Para colmo, yo, su director, era todavía crítico de cine de *Carteles*, semanalmente, y casi a diario en el periódico *Revolución*. Nuestro suplemento se hacía con muy poco personal y además la abulia diaria producía un fantástico frenesí de fin de semana cuando llegaba la hora del cierre y nadie había escrito nada, no se había traducido cosa alguna, ni recibido ninguna colaboración de afuera. Sólo salvaba al magazine del fiasco, siempre amenazante como un huracán de fin de semana, la providencia de la improvisación, el trabajo desenfrenado de última hora y el talento organizador

de sus diversos directores de arte —que fueron mucho más que tipógrafos glorificados por su título. Calvert, encantado con esta atmósfera de un maelstrom cada semana y el barco que nunca se va a pique, tan diferente de las Naciones Unidas, donde el deber de cada funcionario era hacer ver que movía la mayor cantidad de papeles por minuto sin que nunca fuesen a ninguna parte: el paraíso del burócrata. Calvert se fue, entusiasmado por nuestra ineficiencia creadora. Quedamos antes que escribiría algo para el magazine. «Algo» era lo que él quisiera y «Algo», en la líquida pronunciación de Franqui, era nuestra barca de papel en busca del bello sino. Así comenzó nuestra

colaboración y más decisiva, nuestra amistad.

Después Calvert declararía que de no haber sido por *Lunes* nunca habría publicado nada, queriendo olvidar lo que había escrito en inglés en Nueva York y en español en Cuba antes de la Revolución. Pero ciertamente Calvert salvó con uno de sus raros artículos o sus penetrantes ensayos más de un número del magazine, rescatable del olvido porque Calvert Casey aparece ahí. Esta publicación semanal masiva (el magazine literario de mayor circulación jamás editado en Cuba y muy posiblemente en toda América que habla español), más la autoridad casi oficial que tuvo durante un tiempo el periódico

Revolución, hicieron que muchos cubanos estuvieran en contacto por primera vez con diversos autores extranjeros de renombre y valor, algunos ya clásicos inclusive. Entre los escritores cubanos que fue posible difundir y lograr que lo gozaran más allá de la media docena que lo habría leído antes, estaba Calvert Casey. Detrás de su nombre doblemente exótico se escondía un escritor profundamente cubano —todavía más, esa rareza: un escritor habanero— que escribía una prosa exquisita y al mismo tiempo legible, que hablaba de temas tabúes como el suicidio de José Martí o simplemente exóticos inter pares, como su descubrimiento de Isla de Pinos, para

Calvert una verdadera Isla del Tesoro que exploró con el documentalismo creativo de otro Stevenson: isla mágica aquélla, isla inventada ésta. Calvert era el escritor ideal para una época ideal —mientras duraron ambos—. Fue uno de los pocos que supo temprano que corríamos peligro inminente de ser expulsados del Paraíso —o mejor—, que arriesgábamos que el Jardín del Edén, como una alfombra mágica invertida, nos la halaran de debajo de los pies, cayendo unos en el purgatorio, otros en el limbo, otros en el infierno pocas veces merecido.

Todavía eran tiempos de tolerancia, sin embargo. A veces los redactores del magazine y yo comíamos en casa de

Virgilio Piñera, entonces una especie de estrella literaria, cuyo apogeo y decadencia serían como avisos de nuestra fortuna política. Virgilio, en el cielo sin duda ahora, se incomodaría al verse convertido en una versión tropical de la estrella polar. Pero es mejor que Virgilio en el infierno. Su casa era un oasis, una suerte de estación olvidada del paraíso. Tengo que decir que su casa en la playa de Guanabo era su única casa, poco más que un bungalow, casi una cabaña y comíamos siempre *spaghetti alla Pignera*, como él los llamaba, en una mesa larga debajo de un aguacatero (providencial luego, al frutecer en medio de la hambruna habanera) en su patio frontal porque no

había sitio dentro ni patio trasero.

Miriam Gómez fue allá conmigo un día. Ella no conocía a Calvert todavía y la presentación fue el murmullo social al uso. Virgilio los sentó juntos: «Las señoras casadas a un lado», dijo y después se sonrió. No bien empezamos a comer aquel plato exótico (spaghetti en el trópico) Calvert inició una conversación con Virgilio, *magister litterae*, al otro extremo de la mesa y el argumento literario pronto se convirtió en discusión y luego en debate acalorado, casi disputa.

De repente, frente a los ojos pasmados de Miriam Gómez, a Calvert se le hizo un nudo de spaghetti en la garganta. Pero no era en la faringe física que se produjo

el atoro sino en esa glotis de la mente que son las cuerdas vocales del tartamudo. Todas se hacen un nudo y al tratar de desatarlo con esfuerzo físico visible en la cara y en el cuello, crean un nudo mayor y el tercer nudo se convierte en un nudo gordiano cuya única espada posible es la voluntad, arma perfectamente mellada por el uso.

Calvert abría la boca cada vez más grande y hacía ruidos guturales y groseros, agoreros ahora. Miriam, de asustada, pasó a aterrada y comenzó a pedir ayuda por entre el barullo de la conversación y la comida. (Virgilio, tan tranquilo, se había levantado y había ido a la cocina por más pasta). Luego Miriam reclamó auxilio, clamando: «¡Se

ahoga Calvert! ¡Se ahoga!», exclamaciones que hacían abrir aún más la boca de Calvert y ahora su nariz y sus ojos eran las facciones del paroxismo. Pero nadie hacía caso de las peticiones de socorro (ni siquiera yo) y todos seguían comiendo y conversando animados mientras, para Miriam, Calvert moría la muerte atroz del atosigado, ahogado en seco. Miriam Gómez se levantó decidida, se dirigió a Calvert y empezó a tratar de hacerle soltar el bocado que lo asfixiaba, dándole repetidas palmadas en la espalda.

Fue entonces que Arrufat reparó indolente en la escena (que luego describió como de absoluto grand-

guignol) y, sin moverse de su sitio ni de delante de su plato (eso nunca) le preguntó nonchalant a Miriam Gómez: «¿Qué es lo que pasa entre ustedes dos?» Miriam, casi escandalizada no por la letra sino por el tono del sonsonete de Arrufat, espetó: «Este hombre se está ahogando con spaghetti.» Arrufat miró desdeñoso a Calvert Casey, su cabeza echada hacia atrás, su boca toda abierta, sus ojos desorbitados y dijo: «¿La Calvita? Qué va, la Calvita no se ahogará jamás con spaghetti. Con otro *boccato* tal vez, pero nunca con spaghetti», y en el mismo tono añadió: «¿Tú no sabías que la Calvita es gaga?» «¿Gagaqué?», acertó a preguntar Miriam Gómez. «Gaga», dijo Arrufat con la

misma parsimonia que si diera una lección sabida. «Como Gagarin. Tartamuda. Tartajea todo y a veces, como ahora, se ahoga con las palabras que no puede tragar.»

Miriam Gómez no quería creer lo que oía, pero ante esta frase pérfida de Arrufat, Calvert Casey se soltó de su llave de cuello, sus ojos volvieron a sus órbitas, cerró la boca y casi dijo silbando, sin rastro de spaghetti ni de atoro, para doble asombro de Miriam Gómez:

—Gracias mi amor —a Miriam, y a Arrufat—: Antón eres una vi-vi-vvv...

—¿Viviseccionista? —dijo Arrufat simulando ayudar a Calvert en la elección de su vocabulario.

—¡Víbora! —aulló Calvert finalmente. Todos nos volvimos para reímos del grito de Calvert.

Víbora era una palabra ambivalente en el vocabulario homosexual habanero, dicha tanto en desmérito como en aprobación, en reproche, en admiración y, finalmente, en tono absolutamente adulatorio, tal vez por temor, tal vez por amor. Es probable que la víbora ambigua viniera no de un país donde no hay siquiera serpientes sino de una ciudad en que uno de cuyos barrios socialmente altivos y ruinosos a la vez se llamaba La Víbora.

Así conoció Miriam Gómez a Calvert Casey, casi ahogado no en el cercano mar de la playa de Guanabo, después de

todo el océano, sino en las aguas bajas de la conversación, en el charco poco profundo de la tartamudez en que caía inesperadamente al tropezar con la palabra menos prominente, como una piedra en su camino oral aunque fuera sólo un guijarro y gaguear. Pero Calvert, al revés de todos nosotros, tenía una rara fluidez al escribir en español, idioma que debía de ser, por más de una razón, su segunda lengua. Luego supe que era en realidad su lengua madre.

Calvert Casey nació en Baltimore y se crió en La Habana. Calvert Casey nació en La Habana y se crió en Baltimore. Americano, cubano: es lo mismo. No se puede decir con exactitud qué era Calvert, ya que siempre se escapaba a

las clasificaciones y a las fechas. ¿Nació realmente en USA en 1924? No se sabe. Lo que es irrebatible es que era un escritor. Por encima de todo y de todos, casi a pesar de sí mismo, Calvert escribía o pensaba escribir o soñaba que escribía. La incerteza biográfica (¿cuándo regresó realmente a Cuba?) permite sin embargo algunas certezas.

A mediados de los años cincuenta, Calvert Casey trabajaba en las oficinas de las Naciones Unidas en Nueva York (de allí lo conoce Natalio Galán, músico y mecanógrafo), traduciendo documentos de un lado al otro que serían impresos con tinta invisible o en su más incierta aproximación, la tinta simpática. Antes del triunfo de la Revolución ya estaba

«de regreso», frase que lo fascinaba, en La Habana, trabajando en ese el más habanero de los comercios, una quincalla. Resulta incongruente y divertido tratar de recordar a un Calvert que nunca conocí vendiendo peines de pasta, ganchos y pomada para el pelo (y hasta tal vez la KY, emoliente sexual que le atraía como un pecado nuevo), palillos de dientes y de tendedera, cigarrillos: rubios *Royales* cubanos, ovalados *Regalías el Cutio*, redondos *Partagás*, negros *Trinidad y Hermanos* (¿llegaría a vender añejos *Susinis y Aguilitas*, como sostenía malediciente Arrufat, en los que el nombre se hacía humo de recuerdos, nostalgia ardiente de un mundo extinguido?), bombillos

Mazda de varias bujías, enchufes, rulos de croquiñol y esa panoplia del habanero que fuma habanos: puros, panetelas, y cherutas, pardos y obscenos como olisbos para la boca, públicos y evidentes, exhibicionistas casi, habanos. Antes de hacerse quincallero, oficio popular, Calvert que hablaba habanero sin el menor acento, con su pelo castaño y sus largos, lánguidos ojos penetrantes y oscuros, tuvo un amante cubano que era un mulato santiaguero. Era Emilio para todos uno de los hombres más consecuentemente buenos que he conocido: callado, casi invisible y en paz con todo el mundo.

La biografía literaria de Calvert Casey comienza en inglés y la corona un cuento

publicado en la revista *The New Mexico Quarterly*, que le gana un premio de la editora Doubleday de New York: de Nuevo México a Nueva York. El regreso literario a Cuba no es ni siquiera un viaje en el tiempo verbal del lenguaje: su español es el inglés por otros medios y ambos no son más que un fin de Calvert Casey. Más significativo que la literatura es un viaje en el espacio que se convierte en vértigo temporal. Un día de los años cincuenta (década decisiva), en Roma, todavía traductor de las Naciones Unidas, Calvert reconoce el paisaje romano como una reproducción en el espejo de la imagen virtual de La Habana Vieja, su ciudad eterna. Decide enseguida volver

a La Habana porque se parece demasiado a Roma, en un juego de equívocos y de identidades y permutas. Años más tarde volverá a Roma tratando de encontrar una Habana perdida: es el truco del *dejà vu* que se convertirá en un nunca-nunca recobrado. Pero todo no es más que uno de los pases de magia de la Muerte: la cita en Samarra del cuento persa que se han apropiado Somerset Maugham y Cocteau y John O'Hara, escritores encontrados con la muerte senil: *all writers die but some writers would rather die sooner than later*. (Otra versión es el cuento cubano del peludo que se encuentra a la muerte en el parque y le oye decir que anda buscando a un peludo para llevárselo y

éste se rasura enseguida la cabeza para eludir a la Pelona, que al no encontrar el hirsuto furtivo, impaciente, decide llevarse en su lugar al rapado.) Calvert, La Calvita, Calvito, no huye a la muerte al salir de Cuba: va a su encuentro voluntario, sonriente, casi alegre porque es una promesa de viejo repetida. Calvert Casey va a pie. Tal vez vio en Roma al Neptuno de mármol, de autor italiano, que apareció por primera vez en una novela cubana que había gozado en La Habana —¿o fue en Roma?—, *Mi tío el empleado*, de Ramón Meza. (Tal vez su nombre fuera Raimondo Mezza). Quizá no contempló con pavor esos semblantes esquivos romanos que le eran tan habaneros. Pero ciertamente no

sintió el pánico de los elefantes, que él declaraba propio, cuando próximos a la muerte se sienten lejos del sitio en que han nacido. No tenía miedo a la muerte Calvert Casey, ese día que decidió escogerla como la libertad última porque sabía —lo había escrito— que era una vieja compañera de viaje. Simplemente se dejó llevar por ella como por el guía de un sueño conocido: «entre mudas columnas que quedaron/un sendero muy blanco y espacioso».

El cuerpo mortal de Calvert Casey terminó en Roma pero en La Habana comenzó su vida vital. Calvert publicó en la revista *Ciclón* (financiada por José Rodríguez Feo, mecenas de *Orígenes*, pero en realidad controlada por Virgilio

Piñera como antes Lezama Lima reinó en *Orígenes*) lo que alguien, tal vez él mismo, llamó «experiencias existenciales» —eran todavía tiempos nuevos sartreanos— pero que son muestra de una maestría que se hacía más evidente mientras menos visibles eran los hilos de la trama literaria.

Fue poco después de conocer a Calvert Casey que comenzó a publicar sus artículos que eran ensayos, mientras escribía en secreto sus cuentos una y otra vez hasta hacerlos exactos, que luego recogió en *El regreso*. Uno de esos cuentos, «El amorcito», hizo célebre una frase favorita de Calvert y usada cariñosamente en La Habana para llamar a un amor que no quiere decir

todo su nombre, homosexual o heterosexual.

De estas fechas son muchas de las aventuras secretas y regocijantes que Calvert reservaba para revelar a unos pocos íntimos.

A veces, sabedor de que la anécdota era en realidad un cuento que no podría escribir en Cuba, Calvert les daba título. Había uno titulado *Toque final* que Calvert debió contar más de una vez, de tan perfecto que era su relato. Su protagonista, quizás el propio Calvert Casey, conocía a un posible amorcito en el muro del Malecón, al que iba a sentarse a menudo, a coger fresco y a veces frescos. Conciertan una cita, tal vez para una casa de citas. El héroe,

cada vez más Calvert, se afeita, se baña, se da desodorante, llamado «Toque final», marca registrada. Como toque final a su tocado, Calvert se unta el desodorante por todas las partes pudendas, se viste y se va al Malecón a sentarse en el mismo muro a esperar a su seguro amorcito. Pasan los minutos: veinte, treinta, cuarenta y el amorcito no viene. Llega en su lugar un visitante inesperado: nuestro héroe —o heroína— ha comenzado a sentir hace rato un extraño prurito que se precisa ahora como una picazón en el trasero. Gradualmente el picor se va convirtiendo en ardor, luego en una especie de tormento medieval: una brasa que se introduce en el recto y quema

como un tizón. Calvert definitivamente se siente empalado por aquella inusitada tizona ardiente que lo penetra como un Eduardo II habanero, rey y reina por un día o por media noche. No puede soportar más estar sentado porque todo el muro le empala, lo impele. Se levanta de su asiento pero la ardentía aumenta ahora. En ese momento recuerda una marca de fuego y da con la causa del mal: el toque final de «Toque Final», desodorante, depilatorio, ha sido un golpe mortal para el romance. El ardor amoroso, metafórico, ha sido sustituido por la ardiente realidad. Abrasado, casi corriendo, Calvert Casey regresa a su casa, se desviste desesperado y se sienta en una palangana de agua fría, a calmar

la quemazón del año que dura más allá de la cita de amor que no tuvo lugar.

En otra ocasión paseábamos Calvert Casey, Miriam Gómez y yo por la corta calle que une el Parque Central con la plaza de Alvear, caminando por la acera del Centro Asturiano, arbolada de laureles, los viejos adoquines bruñidos reflejando la luz de las bombas del alumbrado público confuso. Ahora aparece la gran puerta de hierro por entre cuyas filigranas se ve el interior del palacio barroco. Calvert se detiene un momento y nos conmina a imitarlo. El Centro Asturiano aparece vacío pero su interior está alumbrado como en día de fiesta. «¿Ustedes ven esa escalera magnífica?», pregunta Calvert

obligándonos a mirar y ver una vez más la sabida escalinata del palacio, toda de mármol, amplia arriba y abriéndose ancha abajo, con pasamanos que se hacen volutas pétreas a su término, como conchas coruscantes. Le decimos que sí, claro: no solamente yo me crié a sólo cien metros de aquí y Miriam ha venido conmigo a esta parte de La Habana muchas veces, sino que Calvert prácticamente nos ha obligado no a recordar o a mirar esta escalera ahora sino a memorizarla para siempre. ¿Será un especialista en escaleras, manía escalatoria? «Bueno, tengo que hacerles una confesión. Es más bien una confidencia». «Una confidencia a un cura es una confesión», le digo.

«Bueno», nos dice, «considérense curas. No van a creer lo que les voy a decir, desde luego. Pero es la pura verdad. Por favor, les ruego que no digan nada a nadie, pero a nadie». Juramos silencio eterno mientras imagino la sabrosa anécdota amorosa que ocurrió a Calvert en esa escalera. Tal vez escondido debajo de ella masturbaba a un amorcito de antifaz mientras a su alrededor, más ruidoso que el amor, bullía el carnaval en su baile de máscaras conocidas, habitués, carnestolendos. Pero reparo que la escalinata es maciza, imposible a las penetraciones enmascaradas o no. ¿Qué habría ocurrido a Calvert allí? Pero ya él está contando. Silencio presente pero no futuro al olvidar el

juramento eterno: un secreto es casi como un amor: sólo cobra sentido al revelarlo. Pero no es un cuento lo que cuenta Calvert: «El anhelo, el ansia, el sueño de mi vida es bajar esa escalera.» Nada más fácil, cualquier día o noche que abran el portón, en fiesta nacional o asturiana. «Pero yo quiero bajarla vistiendo una gran bata de crinolina, con encajes sobre mi escote, los hombros al aire, los senos salientes. Las mangas deberán ser cortas para mostrar bien mis brazos torneados. Llevo un collar de perlas al cuello largo, hermoso ahora al realzarlo el collar, y aretes de rubíes como un punto de sangre en el lóbulo. También tal vez una diadema, si no es muy cargante, de piedras preciosas, y el

pelo rubio bien peinado en rulos románticos que me caigan sobre los hombros desnudos. ¿Ya dije que llevaba los hombros desnudos? Se verán los hombros y la espalda generosa. Iría maquillado a la perfección: cejas arqueadas, ojos violeta, labios rojo granate y toques de colorete, muy leves, un realce nada más ya que mi cutis se verá transparente. Entonces así ataviada bajaré la escalera, escalón a escalón, lentamente, regia como una reina, todas las luces sobre mi descenso. ¿Qué les parece?», insistió Calvert en una opinión. «Bueno, Calvert, perdona», le dije, «pero, considerando» (no quería pronunciar palabras fatales como Revolución, Ministerio del Interior,

policía) «me parece poco posible». No quise decirle imposible. Miriam Gómez, más comprensiva o tal vez más humanitaria le dijo: «Calvert, ¿quién sabe? Tal vez un día.» Calvert nos miró a los dos pero no parecía ni decepcionado ni desalentado. «Es un sueño, claro», concluyó, «pero los sueños tienen una curiosa manera de hacerse reales».

Era un sueño, sí, y a veces cuando recuerdo a Calvert vivo y pienso que ahora no es más que unos pocos huesos, una calavera y polvo en el polvo, lo recuerdo como un sueño que tuve una vez y la gran puerta del Centro Asturiano, ese portentoso portón del recuerdo ante el sésamo ábrete de la

memoria mágica, la escalinata grandiosa se ve en un iluminado esplendor: todo es luces y mármol que reluce y en medio, compartiendo la luminosidad del momento, aparece, ¡sí!, Calvert vestido de tules y tela bordada, con zapatos altos de raso, enjoyado en genuina pedrería, el pelo realmente rubio largo sobre los hombros desnudos, y comienza a bajar lentamente la escalinata como una verdadera reina viva. Su sueño se ha hecho realidad en otro sueño: esta página y estas palabras pertenecen al sueño.

El sueño es de crinolina y gasa y piedras preciosas pero la realidad era de plomo y pólvora. Calvert vino a decirme un día que estaban fusilando de

nuevo, no batistianos sino gente inocente, esta vez de un mismo espectro letal, sus extremos: trotskystas y católicos. Sabía la suerte de los católicos militantes que morían gritando: «¡Viva Cristo rey!», pero no la de los trotskystas, esos anacrónicos seguidores sin líder. Calvert lo sabía de buena tinta: tenía conexiones clandestinas otras que las sexuales. Era amigo de muchos anarquistas cubanos, algunos españoles, remanentes del exilio republicano, algunos escapados del viejo terror estalinista en Barcelona para verse atrapados en Cuba socialista. También conocía trotskystas cubanos, esos utopistas que se negaban a reconocer el carácter cada vez más estalinista del

gobierno fidelista y ahora repetían el destino ideológico de Trotsky, la revolución (en una isla) tan renegada como la revolución (en un solo país) de Stalin.

Fue por ese tiempo que tuvieron lugar las notorias reuniones en la Biblioteca Nacional y el reaccionario resumen de Fidel Castro: «Con la Revolución, todo; contra la Revolución, nada.» El corolario de este axioma estético fue la prohibición de *Lunes* y mi cesantía. Pablo Armando Fernández, Antón Arrufat y Calvert Casey pasaron a trabajar en la Casa de las Américas, cuya directora, Haydée Santamaría, sostenía la curiosa tesis de que la gente de *Lunes* (es decir todos nosotros) era

valiosa individualmente, pero no había que dejarlos reunirse. Entonces podían ser peligrosos. Resultábamos, pues, una suerte de microbios políticos capaces de ser letales en grupo, o, lo que es peor, contagiosos. Calvert tenía en la Casa de las Américas un puesto subalterno, pero Arrufat llegó a dirigir la revista *Casa*, a la que convirtió de un panfleto indiferente en una publicación de extraordinario dinamismo y de considerable importancia literaria en Cuba y en América Latina, labor de un solo microbio.

Después de un tiempo sin trabajo, que pasé escribiendo subsidiado por Miriam Gómez, actriz activa, salí de agregado cultural para Bélgica, en una suerte de

exilio oficial. Pablo Armando Fernández me seguiría en un puesto similar a Londres. A microbio que molesta destino remoto. Antes de irme, Calvert había publicado en Ediciones R —todavía funcionaba ese vástago de *Lunes*, atenuada su virulencia— su volumen de cuentos *El regreso*, que a todos los de *Lunes* nos pareció excelente aunque apenas si tuvo repercusión crítica en Cuba. Pero Antón Arrufat tuvo un elogio que fue la gloria instantánea para Calvert y justa justicia literaria: «¡Qué Salinger ni Salinger! Tus cuentos son mucho mejores que los de Salinger.» Hay que recordar que cuando Calvert Casey vivía en Nueva York oscuramente, J. D. Salinger era

célebre y el más permeable y sensible escritor americano vivo. Yo dije algo que se probó *gaffe* o gafe: «Es de veras Pavese.»

En 1964 Antón Arrufat (a quien está dedicado *El regreso*) vino a visitamos a Bruselas, huésped nuestro en la casona elefantisiaca de la embajada, donde por absurdo azar diplomático vivíamos solos Miriam Gómez y yo. Si Calvert era andariego, aventurero, hombre de muchas ciudades, Antón, tan audaz de lengua, era un tímido urbano que tenía miedo a toda ciudad que no fuera La Habana. Debí ir a buscarlo a la estación de Midi (odiaba viajar en avión) y tuvimos Miriam y yo que hacerle constante compañía en la embajada, de

la que sólo salió dos veces —al cine escoltado por el chófer. Sólo lo movían el almuerzo y la cena y su frase favorita era: «¡Qué buena comidita!», antes de comenzar o terminar de comer. Pero, como siempre, no lo conmovía nada: Antón Arrufat era un intelectual puro y, útil habilidad para tiempos de tempestad, un sobreviviente nato. Todavía hoy, después de innúmeros naufragios, sobrevive a todo, incluso a Virgilio Piñera y a Calvert Casey, su padre literario y su hermano mayor, como quien dice.

Un día, a la semana de estar con nosotros, Antón recibió una llamada de La Habana, la que oyó sonriente, casi riéndose. Al colgar dijo: «Era la Calvita

que me dice que regrese a Cuba enseguida que están pasando cosas. Pero no aclaró qué cosas. Deben de ser serias porque no repitió una sola sílaba. Mala señal.» Pero Antón volvió alegre a La Habana para encontrarse con una acusación de horrores homosexuales literarios: era su culpa, atribuida, la invitación de Allen Ginsberg a Cuba. Durante su visita, Ginsberg dijo en público cosas que en Cuba eran un crimen privado, frases ofensivas a oídos machos y marciales, es decir revolucionarios. Dijo que Fidel Castro también debió tener experiencias homosexuales de niño. «Todos las tenemos», aclaró Ginsberg, «¿por qué no él?». Ginsberg confesó su amor por el

Che Guevara, pero no era un amor proletario. «Me gustaría mucho acostarme con él», declaró. Finalmente, horror horro, conminó a los homosexuales habaneros a desfilar en público frente al Palacio Presidencial, portando cartelones. (Sugerencias de lema: «Maricones de toda Cuba, unios. No tenéis más que perder que vuestra vergüenza.») Era, además, culpa de un ya abrumado Antón la homosexualización de la revista *Casa* y haber publicado un patente poema pederasta al teatrista José Triana. Allí, versos perversos, se hablaba de manchas de amor ocre en las sábanas, vaselina íntima y sudor en los cuerpos porosos. No hubo juicio, ni siquiera

hubo causa: Antón fue despedido *ipso facto* de *Casa* y la dirección de la revista fue concedida como premio al pundonor militante a Roberto Retamar. Antes en desgracia latente pero ahora protegido del presidente Dorticós, a quien había convencido de sus dotes de intelectual marxista (las dotes de Dorticós aunque bien podían ser de los dos), Retamar fue el aparente instigador de las acusaciones contra Antón contra natura. No en balde Calvert no había tartamudeado por teléfono.

Cuando regresé a La Habana a los funerales de mi madre y fui retenido forzado allá cuatro meses, vi a Calvert muchas veces en mi desgracia renovada. Una vez fue su visita para agradecerme

el envío un año antes de medicinas raras para curar una de sus periódicas dolencias secretas. Me dijo, a propósito de males, que ahora pensaba, como Keyserling, que sólo el dolor nos permite conocernos realmente y que la enfermedad es el estado normal del hombre. «Más es de la mujer», le dije pero no se rió, ni siquiera se sonrió. Con todo estaba a veces contento, sobre todo ahora que había descubierto el amor heterosexual con una mutua amiga. «Estoy encantado con ella», me confesó. «Además creo que voy a ser padre. ¿No es maravilloso?» Lo que con frase de Virgilio Piñera, homosexual irredimible, resultó ser una falsa alarma. «Por partida doble», dijo Virgilio con malicia

mundana.

Un día visité a Calvert en su apartamento del Muelle de Luz, junto con Rine Leal. Ociosos de domingo, donjuanes de día feriado, habíamos levantado en la calle a dos muchachas de la nueva clase (léase viejos prejuicios) y las llevamos a visitar a Calvert Casey. («¿Por qué se llama así todavía?», dijo una de ellas. «Suena a yanqui». «Es irlandés», le expliqué. «¿Peleó contra el imperialismo inglés entonces? «Él no, su padre sí». «Ah, vaya», dijo satisfecha. «Ésta es su casa y la de ustedes.» «Gracias», a dúo sonriente.) Cuando hice las presentaciones y les dije a ellas que tenían delante al mejor escritor cubano

vivo, Calvert se sonrió radiante y al mismo tiempo cortado, tratando de ocultar su orgullo de escritor reconocido en su tierra. Pero gagueó bastante ante aquellas muchachas frívolas, ignorantes y tontas. Peor lo había hecho antes ante una mujer seria y sabia: su admirada Nathalie Sarraute, con quien no pudo hablar en nuestra mesa redonda de *Lunes*. Patéticamente formuló sus preguntas por escrito, para que las hiciera Arrufat por él. Antón me dijo, en privado, mostrando en la lengua su bola mala: «¡La Gaguita debe de ser de miedo en francés!» Ahora, tres años después, en el apartamento de Calvert, tartamudeando todavía pero su amigo Emilio silente como una estatua de

bronce, admiré la colección de ídolos afrocubanos que Calvert había conseguido por intermedio de Emilio, viejo practicante (aunque apenas tenía treinta años) de la santería yoruba, en la que inició a Calvert, tan irlandés protestante como se veía, católico que era, americano que no quiso ser.

Pero Calvert había pasado por otra enfermedad no sufrida por Keyserling. Había caído en desgracia política y su situación en la Casa de las Américas era más que precaria. La culpa, como siempre, no era suya pero sí el castigo. Sucedió que vino de visita a Cuba un escritor mexicano invitado por la Casa. Se llama Emanuel Carballo. Nunca lo conocí pero no he olvidado su nombre,

no por lo que escribió sino por lo que habló. Calvert salió varias veces con Carballo (tal vez más de lo que era su deber de anfitrión cultural) y una noche sentados en el peligroso y apacible Malecón, Calvert confió sus temores a Carballo, que eran sexuales, homosexuales, pero no propios. La confesión era una confidencia. Ingenuo pero grave error, máxime cuando Calvert sabía que había que tener cuidado con los extranjeros que venían a buscar regalos, griegos a la inversa, siniestros. Calvert le contó a Carballo que en Cuba se estaban deportando homosexuales a granjas de trabajo en el interior que eran verdaderos campos de concentración, con guardianes y perros

pastores y alambradas eléctricas. Entonces no era nada conocida esa cacería y captura velada pero sistemática. Sólo unas pocas gentes del Gobierno lo sabían. Era un secreto del Ministerio del Interior y siempre había que tener cuidado con los secretos del Ministerio del Interior. Pero Calvert se enteraba de todo, sobre todo de los secretos de la esfinge que devora. Además tenía un amigo negro que había caído en una de esas redadas sigilosas pero, cauto, se había podido comunicar con Calvert. Carballo mostró un asombro sin límites y hasta indignación. También un interés alentador a la revelación. Calvert le dio datos, nombres, lugares, pero le pidió por

favor que no los diera a conocer a su vuelta a México, no todavía. Carballo le juró discreción eterna —que duró una noche.

Al día siguiente Yeyé Santamaría hizo llamar a Calvert a su oficina. «Me desvistió», me confesó Calvert. A veces, sobre todo cuando estaba nervioso, eran los anglicismos y no la tartamudez que lo traicionaban. Calvert quería decir «Me desnudó». Carballo, ni corto ni cortés, se había ido a ver a Haydée Santamaría y le reveló en la mañana todo lo que le había contado Calvert la noche anterior. Le dijo además que era muy peligroso para la Revolución tener «gente así» en puestos de confianza. «No supe qué decirle a

Yeyé», me contó Calvert, «excepto tal vez recordarle que mi puesto no era de confianza». Por supuesto, desde ese momento la situación de Calvert en la Casa de las Américas se hizo insostenible, rodeado de ojos vigilantes y regulado por nuevas prohibiciones, entre ellas las de confraternizar con extranjeros. Tal vez, con su experiencia, salvadora para Calvert.

Poco tiempo después de comenzar mi verdadero exilio, viviendo en Madrid, recibí la grata, inesperada visita de Calvert. Contraternizando con visitantes comunistas esta vez, doble seguro, se las había ingeniado para hacerse invitar a Hungría por la Unión de Escritores Húngaros, y de Budapest, maniobra

maestra, voló solo a Ginebra, donde había reclamado su viejo puesto de traductor en las Naciones Unidas: no había cometido un solo error: su escapada fue tan perfecta que su amante había podido conservar su apartamento de la plaza de Luz. Hablamos, paseamos por el Prado, distinto y distante del Prado de La Habana, fuimos al cine, visité su casa de huéspedes en la Gran Vía, conversamos, pero siempre su tema repetido, su barrenillo, su obsesión era la de rescatar a Emilio por quien temía, imaginando represalias mientras urdía para él otra fuga igual. Pero, ¿qué unión de qué país socialista iba a invitar al pobre Emilio a viajar a otro posible paraíso? En una ocasión Calvert me dijo

misterioso, casi en susurro: «No digas a nadie dónde estoy.»

Luego fuimos juntos a Barcelona donde iban a publicar sus cuentos y tal vez una futura novela. Me pidió que no revelara a su editor, que era entonces el mío, que se había exilado. Temía que sus libros no se publicaran si se sabía que era ahora un contrarrevolucionario, o en jerga neonazi, un *gusano*. Este miedo a su editor no era injustificado, como se reveló más tarde, pero en Barcelona, Calvert mostró otro temor alterno. ¿Y si los libros perjudicaran con su salida a Emilio? Pero ahora la nueva obsesión de Calvert era una vieja paranoia. Temía ser secuestrado y enviado de vuelta a Cuba. Me confesó

que había hecho su viaje a Madrid de absoluto incógnito, sólo para verme y no había visitado a nadie, ni siquiera llamado a amigos mutuos en el exilio. Madrid, yo debía recordarlo, tenía una línea aérea directa a La Habana, y no sería difícil embarcar un bulto más en un avión de Cubana.

En este momento estábamos en el descampado que rodea a la Sagrada Familia y Calvert miraba subrepticio en todas direcciones, como si desde detrás de los campanarios mudos de Gaudí nos acecharan ojos y oídos adversos. Le aseguré que el temor al plagio era infundado, inverosímil, que ni siquiera yo, que había tenido cargos oficiales en Cuba y en el extranjero, temía un

secuestro. Me reveló: «Pero yo sé un secreto o dos.» Lo que nunca dudé: sabía que Calvert sabía y no sólo de pederastas presos o trotskystas traicionados. Duró dos días en Barcelona. Se fue de regreso a Ginebra y yo me vi forzado a mudarme a Londres, no perseguido por agentes de Fidel Castro sino seguido por agentes de Franco, no secuestrado a Cuba como contrarrevolucionario sino expulsado de España por comunista contumaz. La historia, que repite hasta sus dramas, algunas veces lo hace en forma de farsa. KM *dixit*.

En diciembre de 1966, ya exilado en Inglaterra, instalado en Londres, recién mudados para un sórdido sótano de

Trebovir Road en Earls Court, paradero perverso, vino a visitamos, vivo y alegre, Calvert Casey. Pero la alegría duró poco. Al ver nuestro apartamento, movió la cabeza negativo y dijo: «No me gusta nada.» Pero no se refería a la ética ni a la estética del lugar. No era la arquitectura del edificio ni la decoración del *flat* ni la poca luz que entraba por las ventanas iluminando aún más pobremente el sótano. Nada de eso lo preocupaba. Eran las vibraciones espirituales que emanaban del lugar. Es más, declaró el sitio salado, que en la superstición habanera era mala señal ya. «No es sólo el piso de linóleo negro lo que es tenebroso», nos aseguró, «sino toda la casa. Está cargada. Pero voy a

hacerles una limpieza ahora mismo».

Por limpieza no quería decir pasar el plumero por los muebles y barrer el piso sino que se refería a un acto de magia mulata cubana en que se «despoja» un lugar o una persona embrujada o a punto del embrujo. Ahora era una suerte de exorcismo antes de la posesión. Procedió a salir al patio oscuro donde había algunos árboles creciendo empecinados al borde de la estación de ferrocarril. Arrancó dos o tres gajos que encontró milagrosamente verdes en el invierno inglés y volvió a la sala, donde comenzó una danza apache y africana, barriendo efectivamente el piso con las ramas, ciertamente pasando sus plumeros vegetales por los muebles,

recorriendo las paredes de toda la sala, pero nunca fue a la cocina ni entró al cuarto único. Aparentemente los malos espíritus de visita se sientan en la sala. Finalmente Calvert corrió al patio y arrojó las ramas «cargadas» lo más lejos que pudo, por encima del muro de la estación, aterrizando tal vez en un tren, sobre el que cayó toda esa miasma maligna.

Al volver del patio exclamó: «¡No puedo hacer más! Lo siento porque corren ustedes aquí un riesgo demasiado grande. ¡Esto está premiado!» Se derrumbó en una silla. Calvert, tan blanco, tan americano nato, ahora casi europeo, resultaba incongruente no sólo en su danza de la guerra al espíritu del

mal sino en su vocabulario. «Este sitio tiene ñeque, caballeros», fue su último pronóstico y su remedio: «¡Que tienen que mudarse!»

No nos mudamos, claro. No podíamos y quisimos olvidar su vaticinio y hasta su visita. Pero luego, cosa curiosa, supimos que del último piso del edificio había caído a la acera uno de ios inquilinos. Ocurrió años atrás pero un vecino lo recordaba bien. El muerto era un muchacho andaluz que se ofreció a abrir una puerta, entrando por la ventana, para ayudar a dos estúpidas francesitas que habían olvidado la llave dentro del cuarto. El muchacho salió por su ventana a un alero que trató de recorrer con cuidado, pero al intentar

abrir la otra ventana cayó del alero a la calle, cuatro pisos abajo y quedó empalado en las lanzas de la reja del sótano. Estuvo horas muriendo mientras lo desempalaban los bomberos. La dueña del edificio, por otras razones que las sentimentales, no nos había dicho nada de esta vieja tragedia española. Era mera coincidencia que el andaluz empalado por su galantería y las francesitas fatales fueran visitas ocasionales a Londres, a Earls Court y al edificio de Trebovir Road —pero ¿era casualidad también que Calvert acertara que algo malvado merodeaba en el sótano, en la casa?

Pero Calvert volvió a visitamos en el verano, después de haber hecho un viaje

a la India y adquirido un flamante amante italiano, Gianni, sin apellido, que enseguida nos golpeó a Miriam y a mí como la imagen del gigoló, de mujeres o maricones, mediterráneo y memorable. Son los mismos que aparecen en tantos poemas de Cavafys, donde se repiten como días faustos, infaustos. Era, además, demasiado joven para Calvert. Se hospedaron en el edificio marcado en que vivíamos. Esta vez, verano, Calvert no vio los fantasmas del invierno, no sólo porque los días son largos y la luz aclara todo rincón oscuro, sino porque estaba enamorado y, ya se sabe, el amor es ciego —aun ciega el ojo del espíritu. Salimos juntos a menudo, sobre todo con

Miriam Gómez, que ya conocía Londres, sus tiendas y sus precios. Ella me contó que Gianni era costoso y exigente de lo mejor por lo bueno y además era sato, que en Cuba es la última escala antes de que el coqueteo se haga putería. «Lo cogí haciéndole ojitos a otros hombres en la calle.» Calvert, por supuesto, no veía nada —el amor ciega el ojo físico. Al contrario, estaba ansioso de conocer nuestra opinión sobre Gianni. Por supuesto no era prudente declarársela, entre otras razones porque se le veía feliz. También porque aprendíamos con los ingleses que la verdad no se le dice a todo el mundo. En un momento de felicidad loca, Calvert llegó a disfrazarse con el maquillaje de Miriam,

pero no era la realización del sueño del travestido que baja una escalera. No vivíamos en La Habana en un palacio y no había escalinata iluminada. Calvert sólo usó el creyón de labios para hacerse un punto de carmín en la frente. Luego se puso un pañuelo en la cabeza y sin camisa y sin zapatos empezó a bailar una danza hindú, tan grotesca, que desde entonces hizo a los bailes indios imposibles para Miriam y para mí. Pero Anita y Carolita, mis hijas, estaban encantadas de ver cómo aquel señor casi calvo se hizo señora para bailar mientras cantaba extrañas melodías melismáticas. Pura parodia.

Esta vez no hubo exorcismos pero sí dádivas. Con su generosidad de

siempre, Calvert ayudó a hacer posible nuestra estancia en Inglaterra. Entonces yo había de demostrar a la inicua Inmigración inglesa que recibía dinero del exterior, ya que me estaba prohibido, como condición de entrada al país, trabajar en ninguna parte, o como decía el cuño totalizador del pasaporte totalitario: «en trabajo pagado o no pagado», con lo que se abolía de un solo golpe de sello al profesional y al amateur en mí. Calvert me prestó dinero suficiente, salvador con que mantenerme en Londres a los ojos del Home Office, a la mano del lechero. Fue gracias a este amigo, hecho hacía tan pocos años, que pude no sólo vivir sino sobrevivir entre reales anglos y sajones y uno que otro

celta mítico. Calvert me dejó saber, al hacer el préstamo, que no me preocupara por pagarle hasta que nos viéramos de nuevo. No lo volví a ver.

Poco después de su visita nos mudamos para Kensington, a este Gloucester Road que le hubiera gustado tanto a Calvert al encontrar el apartamento «limpio», el edificio claro, la calle ancha, vía nada dantesca. Nunca llegó a verlo pero nos escribíamos a menudo y sabíamos qué hacía cada uno. Por supuesto que guardo sus cartas, algunas de ellas llenas de expresiones que no llamo sorprendentes porque venían de Calvert, más que un escritor un ser humano extraordinario: hasta en sus cartas más triviales era posible

encontrar ese don del azar favorable.

Por ese tiempo antes de mudamos, un traductor inglés ingenuo preparaba una antología de cuentos cubanos (Cuba estaba entonces de moda en Inglaterra) para ser publicada por Penguin Books. Queriendo mostrarse partidario del nuevo régimen anciano el antologo propuso llamar al libro *Writers from Fidel's Cuba*. Consultado por el entonces editor de Penguin Books, le dije que si el libro se iba a titular de manera tan sicofante retiraría mi cuento de la antología. Le informé a Calvert de este acto oportunista del compilador y enseguida escribió al editor inglés diciendo que secundaba mi gesto y que él también prohibiría publicar su cuento

en una antología con semejante título. El acto de Calvert era decidido porque estaba todavía en manos de su editor catalán y temía ofender su sensibilidad criptocastrista, tan a flor de piel como la de un paquidermo político que coge el sol por la izquierda.

En otra ocasión me escribió para que guiara a Emilio (que por tin había logrado salir de Cuba gracias a las gestiones de Calvert, que tenía amigos en todas partes) que se iba a Estados Unidos vía Londres. Su préstamo de antier, curiosamente, sirvió para ayudar el tránsito de Emilio por Europa ayer. Encontré a Emilio seguro, en paz no sólo con Calvert sino consigo mismo: es decir Emilio era idéntico a sí mismo.

Llevaba adentro su universo afrocubano convertido en un mundo propio, propicio. En otra carta de entonces, me contaba Calvert cómo había hablado de mí en la nota de contraportada de su novela de inminente salida y el editor catalán, como un funcionario fidelista, había sugerido que dejara fuera mi nombre por conveniencias literarias. «Es evidente», me escribió Calvert, «que cada día te haces más un escritor maldito. No será bueno para publicar pero sí lo es para escribir». Calvert Casey sabía tanto de literatura como de política, aunque muchos pensaron lo contrario. Como un príncipe hechizado, Calvert era un sabio que simulaba ser un monstruo delicado para alejar a críticos

y comisarios. Su sabiduría era su laberinto.

Pero nuestras relaciones epistolares no fueron apacibles a veces, aunque siempre fueron amistosas. Me había contado de peleas constantes con Gianni, separaciones de Gianni, vueltas a Gianni y cada vez se me hacía el amante más un odiante. Luego Calvert me envió un fragmento de su próximo libro, novela o colección de cuentos, que situaba en la India y comenzaba diciendo que el Taj Majal estaba tan sucio que pedía una buena lavada con el mejor detergente. Me pareció que antes nunca habría dicho Calvert semejante frivolidad, o peor, tal tontería. Lo achaqué a la influencia de Gianni. No

hay nada más vulgar que un italiano vulgar y el amor contamina. Calvert se ofendió cuando se lo escribí y me aseguró que Gianni no sólo era su razón de ser sino de existir, de estar vivo y de escribir: de no ser por Gianni jamás habría escrito otra línea. Le contesté: «¿Es Gianni *Lunes* por otros medios, *martedi* erótico?» No me contestó. Pero al poco tiempo me escribió para asegurarme que había terminado con Gianni para siempre. También me dijo que tenía que ir a Suiza pero al regreso de Ginebra a Roma pasaría por Londres. Me encantó la noticia de su visita: hacía tiempo que no nos veíamos: dos años casi exactos.

Recuerdo la última vez que hablé con

Calvert Casey. Fue por teléfono, medio de comunicación que me repele no sé por qué. No es porque oiga voces descamadas, ya que siempre he sido fanático de la radio y los discos me deleitan. Graham Bell, con ese apellido, debió nacer campanero o heraldo si quería siempre dar malas noticias de viva voz. No hay nada más inquietante que el timbre de un teléfono inesperado. Tarde en la noche, por ejemplo. Es casi como un telegrama hablado. Más malas noticias vienen por carta que por telegrama o por teléfono y sin embargo, en el exilio, uno espera las cartas con ilusión, aun las cartas inesperadas. Esa noche de primavera amable estaban de visita en casa una americana que quiero

y un inglés que detesto, por razones idénticas pero opuestas. Él es un director de cine que antes era fotógrafo y se ha hecho inexplicablemente famoso con su escaso talento, haciendo películas tan literarias como pretenciosas, con sus imágenes fanáticas que cree fantásticas y sus citas de Borges, que es ahora el autor culto de los que no tienen cultura: el Homero del pobre. Esa noche aciaga, de fotógrafo ciego, la conversación de este hombre que cayó del cielorraso era insondable en su superficial profundidad y yo luchaba al borde del abismo de un bostezo cuando sonó el teléfono.

Era Calvert para decirme que no podría pasar por Londres, que volaría a

España y de ahí regresaría a Roma y (lo que omitió) a la eternidad de que salió al nacer. Calvert siempre de regreso. Apenas pudimos hablar esa vez que nunca supe que sería la última: ni siquiera noté su voz ansiosa o apremiante, ningún anuncio, mientras a mi espalda mi asaltante visualizaba con palabras ante nuestra mutua amiga laberintos de agua, canales como Mediterráneos que quería descubrir para el cine: ver Venecia y después morir. (¿Ahogado o de artritis?) Calvert colgó. A los pocos días, en otra llamada por teléfono, traumática, Juan Arcocha, amigo que amaba a Calvert —no era una hazaña: todos sus amigos amaban a Calvert—, me preguntó si sabía ya la

noticia. No, no sabía nada. ¿Cuál era la noticia? Éste es un siglo de siglas y de últimas noticias. «Calvert se acaba de suicidar en Roma», dijo el teléfono, absurdo como la muerte, o la vida.

Me costó trabajo aceptar la muerte de Calvert y confié que alguien llamaría y diría que todo había sido un error: Juan Arcocha, intérprete, había entendido mal. No era Calvert quien se había suicidado en Roma sino Calvino, nacido en Santiago de las Vegas, barrio de La Habana, escritor que vive en el Trastevere, al otro lado del río Almendares. ¿Por qué no Calvados en vez de Calvert? Pero el Calvados es un licor espirituoso y los espíritus nunca mueren. (Hay que considerar que había

otra huelga de Correos en Roma, normal, total, inhibidora de las comunicaciones, que empezó por esos días.) Bien pudo ser otro malentendido, confundido Calvert con O’Casey. Pero O'Casey había muerto en Dublin, a los ochenta, cinco años atrás y Calvino vivía rampante. O tal vez fuera otro error. Confusiones cotidianas, como propone Kafka. La muerte sucede todos los días y hay muchas clases de muerte. ¿Qué si Juan Arcocha hubiera oído suicidio por homicidio? Calvert, en un exceso de celos, había matado a Gianni, vengando la afrenta del cuerpo. Pero no, el pobre Calvert estaba hecho de la estofa de las víctimas, no de los verdugos. De lo contrario se habría

quedado en Cuba y sería otro Retamar ruin agasajando a otros Carballos.

Hice docenas de llamadas a través de tan malévolo como útil invento, cuchillo de dos filos, a amigos comunicantes en todas partes de Europa. Todos, erróneos, me confirmaban la noticia mal dada por Juan Arcocha a través del auricular de la Unesco: Calvert Casey se había matado en Roma, en traducciones simultáneas. Pero yo seguía esperando su carta que contradijera o explicara lo inexplicable. Nunca vino. (Debió de estar en esos cientos de miles, millones de cartas romanas arrojadas al fuego o al Tiber). Finalmente, aplastado por la evidencia, no creí que Calvert estaba muerto pero acepté su suicidio

respetable: después de todo, ese acto había sido su última voluntad. Puse un telegrama a su antigua amante de La Habana, falsa o cierta, más que nada con la intención de propagar el desastre o su eco. Un telegrama llevaba a Cuba los restos mortales de Calvert Casey que oí por teléfono. A Graham Bell, doblando, se unían ahora Morse y Marconi, cómplices, traidores transmisores. Pero nunca tuve ni un acuse de recibo de esta notoria mujer misteriosa. Era evidente que no mereció una noche de amor con Calvert, cualesquiera que hayan sido las posiciones o las combinaciones posibles, ella Gianni del otro sexo.

Pero el silencio eterno sí fue una confirmación. Calvert Casey estaba

muerto, en algún lugar de Roma. Además, con lo fácil que es patear un cadáver —siempre caídos— supe que Calvert muerto había sido vilipendiado por la prensa puta romana (que no es casual que creara los *paparazzi*, de *papare*, hartarse, comer carroña casi) cuando un reportero de un diario de la noche descubrió en el modesto apartamento de Calvert —antes despojado, ahora cargado de las emanaciones del suicidio— una evidencia y saltó sobre ella: ídolos indios fornicando furiosos, postales pornográficas para pederastas. El difunto tenía gustos raros. Calvert devino, en la prosa periodística de este *paparazzo* de la letra, lo que nunca fue

en su vida: un uranista, un evirado, un *scelerato*— palabras atroces, obscenas. Manos mutuas me enviaron los recortes de Prensa. No quise que ése fuera el juicio postumo para Calvert y me negué a leer la literatura de letrina.

Después hablé con mucha gente que invariablemente decía ser la última en ver a Calvert vivo y llegué a la conclusión de que Calvert había visto en sus últimas horas más gente que nunca antes en su vida. Tal vez estaba demasiado vivo antes de matarse: murió por exceso de vida. O tal vez toda esa gente mentía casi al unísono. Pero, ¿por qué? ¿Era por Calvert o por su muerte? ¿O es la fascinación por aquel que abre voluntario la puerta a lo desconocido?

No sé nada. Pero uno de esos comensales íntimos, una mujer lejana y sola, que parece estar más lejos mientras más cerca está, como vista siempre por un telescopio invertido —o mejor unas antiparras de ópera al revés— me contó con voz remota que Calvert durante la última cena no dejaba de decir que se sentía culpable, el ser más culpable del mundo, con toda la culpa encima como un Atlas con un globo, cautivo. Creí la última cena de esta informante porque me la relató después de haber pasado yo por una depresión instigada al parecer por la muerte de Calvert, la pesquisa en mi psiquis, de la que me sacó solamente jugar al ajedrez continuamente con Carolita, mi hija

menor, jugando los dos siempre, juego tras juego: peón cuatro dama, jaque, cambio de alfil por caballo, jaque, gambito rechazado de la reina, jaque, enroque, jaque, cambio de alfil por caballo, jaque gambito del rey, jaque mate: el rey, la pieza más importante, es la más vulnerable del juego y el ajedrez es una monstruosa metáfora mortal: al final del juego siempre espera la muerte, inexorable, sin suerte. No hay azar que abolir con una pieza. Salvado de la locura por la lógica del juego supe que Calvert se suicidó porque sufría solitario una depresión incoercible. Ésta fue el arma asesina. Pero, ¿quién mató a Calvert Casey?

He aquí las pistas a seguir para

quienes quieran resolver el misterio del crimen, autoasesinato. La situación de Calvert dentro de la Organización de las Naciones Unidas se había deteriorado hasta hacerse precaria. Ganó un puesto de subdirector del Correo de la Unesco (o del Boletín de la Fao o una de esas intercambiables publicaciones internacionales para consumo interno), pero no parecía probable que llegara a ocupar el cargo. Como a mí antes, en 1967, la embajada cubana en París había vetado su nombramiento por razones de Estado totalitario que la razón pura no conoce —pero sí la razón práctica. Su pasaporte cubano había expirado y ninguna embajada de Cuba en Europa lo renovaría. (La embajadora cubana en

Londres, conocida como *the sweet señorita from Havana*, había catalogado a Calvert como un enfermo moral, indeseable en Cuba socialista.) No podía conseguir un permiso de residencia en Italia tampoco. Es más, la policía romana le había señalado una fecha para su salida de Italia, *mafioso mentale*, vencido su permiso de estancia en Roma. En la embajada americana contestaron a su petición de recobrar su ciudadanía con que nunca la podría volver a tener por razones más burocráticas que políticas: había renunciado a ella en Cuba, ya de adulto. Al aducir Calvert que su hermana sin embargo la había vuelto a tener ahora, sólo logró, para alimentar su culpa, una

mueca de extrañeza del cónsul y en su respuesta, la revelación inquietante de que en ese caso la ciudadanía americana de su hermana era fraudulenta y por tanto sujeta a una inspección legal y a una posible pérdida inmediata de sus derechos civiles en USA. Cogido en la trampa burocrática —hombre atrapado entre cónsules— más perfecta del siglo, desesperado, Calvert le envió un telegrama personal a Haydée Santamaría a la Casa de las Américas, pero ella nunca respondió. (Me pregunto al escribir esto, ¿en qué círculo del infierno se encontrarán los dos suicidas ahora?) Gianni lo amenazaba con volver —si Calvert conseguía dinero suficiente. Sus libros nunca alcanzaron ni en

España ni en América Latina la difusión que merecían, el eco crítico que él esperaba, el público que le había sido negado por decreto en Cuba, negativa que el exilio ratificó por ignorancia. Pero Calvert estaba habituado al fracaso tanto como a la enfermedad. El éxito, como la salud, lo habría aniquilado: tan sutil era su sensibilidad.

Entonces, con todas las piezas del rompecabezas sobre el tablero de ajedrez, ¿quién mató a Calvert Casey? ¿La guillotina política a caza de cabezas que rueden ejemplares? ¿Los amigos íntimos que tenía mientras más cerca más lejos, como yo? ¿Gianni, el amante alquilado? ¿Roma o el amor? ¿O Cuba, esa isla que es un espejismo en el mar

Caribe, tierra de caníbales? El veredicto es del lector, juez y jurado. Tiene todo el tiempo del mundo y aun toda la eternidad para deliberar. Pero, al revés de los juicios ingleses, la defensa y el fiscal nunca descansarán.

Ahora al final, después de años recordando a Calvert Casey vivo, soñando a veces con un Calvert Casey de sombras, pensando durante meses cómo escribir este torpe homenaje a un escritor de tanto tacto, creo que Calvert Casey tuvo un destino que trasciende a la culpa de sus asesinos tanto como a su muerte que es sólo aparente. Ese destino está en ese texto único, último, escrito en Roma en el implacable inglés en que recobra a su lengua paterna, la

autoridad, después que muere su madre, trasmisora de las voces de la tribu y señala con signos insólitos que para él vivir significaba morir, que solamente podía estar vivo como un homúnculo erótico, increíblemente reducido a su ínfima potencia, que ya no cree en el dios del amor más que dentro de su amante, virus venéreo, que vive en la anatomía amada tanto como en su misma mente, que su muerte ha sido resucitar en la propia literatura. Nunca Calvert Casey cuentista (no era un novelista) estuvo más vivo que cuando juega a la inmortalidad del cuerpo (y del alma amorosa) en el cuerpo de otro. Aunque el juego es en último extremo literario y son las palabras las que viven, eternas y

el cuerpo penetrado sin límites es la Roma del amor. ¿No sería una perversión final que este anfitrión amado fuera Gianni condenado a vivir con Calvert en su cuerpo? Calvert había erigido así su monumento dentro de la tumba en que yace oculto entre palabras que no mueren. Pero ahora su epitafio perecedero es una cita cauta grabada en el simulacro de granito que es la lápida pálida visible en ese lejano cementerio de las afueras de Roma real que visité en una última escala antes de viajar a través del espejo sin azogue a la locura. (Esta vez el ajedrez, juego lógico, se volvió un delirio demente en que las piezas eran espías del enemigo negro y no había piezas blancas). Esa alusión

apostática aparentemente definitiva a su debilidad vulnerable es una falsa imagen fácil. Calvert Casey no era débil. Era, por el contrario, fuerte como la muerte a la que fue a encontrar en medio del camino en una cita incauta. Calvert fue el más osado de todos nosotros, hombres que fuimos *Lunes*, el que viajó más lejos, aventurero audaz. Tímido y tartamudo, Calvert fue elocuente hasta el final, después del final. Su testamento literario muestra que era tan resistente como para poder morir por las palabras y empezar a vivir en el lenguaje —¿o es en la lengua?

Una década después de muerto, Calvert resucita, se levanta en su tumba y de debajo de la lápida libresca alarga

la mano huesuda que sostiene unas pocas páginas para dejarnos saber que es la verdadera literatura, visible en esa escritura que es su carta de triunfo: su prosa es un verso comunicante: en el reverso está la \ ida, al anverso la muerte. Calvert Casey vive y muere en cada lectura y su texto es una cinta de Moebius para leer, finita, infinita. Esta imagen por supuesto es otro nombre para la inmortalidad. Pero, ¿quién hizo inmortal a Calvert Casey?

Octubre de 1980

Dijo el actor Edmond Kean en su lecho de muerte: «Morir es fácil. Lo difícil es hacer comedia.»

El suicida es un actor que juega a la tragedia. Sócrates, el más ilustre de los

suicidas condenado por un gobierno democrático, tenía sentido de la ironía, la que prácticamente inventó, pero no del humor. Petronio, suicida compelido por un tirano, tenía sentido del humor, qué duda cabe, pero en el momento de su muerte sólo sentía desprecio: por el tirano romano y por la Roma que hizo posible al tirano. El último gesto de Petronio no fue de humor sino de mal humor. Cuenta Tácito: «Petronio, un noble, cuando iba a morir por la envidia y el celo de Nerón, rompió su frasco favorito para el vino, hecho de frágil flúor, para que no lo heredara la mesa del Emperador.» El suicida sabía lo que aprendió el cortesano: la presa es mayor mientras más alto vuela el ave de

rapiña.

Escogí lo más difícil, la comedia. El emperador y su séquito habrían preferido la tragedia. Sin embargo.

«Sin embargo mi humor mayor es para un tirano.»

WILLIAM SHAKESPEARE

ENTRE LA HISTORIA Y LA NADA

(*Notas sobre una ideología del suicidio*)

«Que morir por la patria es vivir.»
Himno nacional de Cuba

I

Es evidente (si no lo será antes de que termine este ensayo con un tiro en la sien ajena) que siento o padezco una curiosidad morbosa, un atractivo fatal, una suerte de fascinación por el suicidio, no sólo de los demás. Veo el suicidio no como una vía de escape sino como un bastión de defensa que es un muro infranqueable: el recurso primero y último. También podría ser una exploración de los extremos posibles de

la personalidad y del ser. Pero de pronto, un día, después de conocer la noticia del suicidio dramático (el suicidio es siempre una salida teatral, como lo demuestra Hedda Gabbler: *exit, then sudden last curtain*) de Haydée Santamaría, heroína de la Revolución Cubana que escogía no ser una mártir, como habían sido su hermano Abel y su novio Boris Santa Coloma (ambos asesinados en el asalto al cuartel Moncada en 1953), sino una suicida, fue en ese momento que pensé que la Yeyé familiar que conocí no era una víctima: su suicidio era una declaración de principios, y de fines. El suicidio era su única ideología, a pesar del fidelismo que la hizo política y del marxismo al

que se convirtió más tarde. Haydée Santamaría no había nacido para la muerte, como todos, sino para el suicidio, como *the unhappy few*. Esta fe revelada ahora era la fe de unos pocos y la única ideología cubana posible a la revolución, a la República antes, a Cuba desde el siglo anterior. Todos los demás suicidas de que voy a hablar enseguida parecen personajes voluntariamente trágicos. En realidad no son más que versiones políticas de Chegerezada, a quienes el Gran Dios, que inventó Heródoto conmina: «La historia o la vida.» La Revolución Cubana es esa historia prometida.

No se puede entender la Revolución Cubana si no se considera como uno de

sus elementos integrales, casi esencial, al suicidio. El término revolución por supuesto es aquí una mera convención política, como el nacionalsocialismo de Hitler. En Cuba siempre se ha hablado de revolución y a menudo de Revolución: durante la colonia, en las guerras de independencia y, por descontado, en la República, de 1902 a 1958. El partido independentista, fundado en su exilio americano por José Martí, se llamó Partido Revolucionario Cubano. Lo que no pareció inusitado ni peligroso entonces. Luego cada rebelión, revuelta o motín local, más o menos democrático, era una revolución. El máximo líder antimachadista fue el profesor universitario y médico Ramón

Grau San Martín, personaje de veras *sui generis* en la política cubana. El doctor Grau llamó al partido que fundó Revolucionario Cubano (Auténtico), pero Grau sólo se pudo llamar revolucionario por el tesón maniático de Antonio Guiteras Holmes. Ese Tony Guiteras hijo de inglesa y cubano que Hollywood convirtió en héroe americano (en la película *Rompiendo las cadenas [We Were Strangers*] porque hasta la década del sesenta era muy difícil para el cine americano concebir un héroe cubano —y aun en Che, ese epitafio épico, el héroe era apenas argentino. Guiteras, que había peleado contra Machado, combatió a Batista que casi estrenaba entonces su

poderío errático y oportunista con una torpeza a veces implacable— y perdió: era el héroe como *loser*. Guiteras, líder derrotado, trató de huir de Cuba, pero escogió su salida de la isla en condiciones de tal dificultad y riesgo que la empresa siempre estuvo destinada al fracaso. Este destino conocido lo convirtió en mártir. Guiteras enfrentó la muerte que escogió como si estuviera condenado ante el pelotón de fusilamiento. Esa elección fue de veras un suicidio.

Pero Grau San Martín era todo menos un suicida. Las ideas confusas de Guiteras las hizo aún más imprecisas y su Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) lo llevó no a una revolución

fracasada sino a la presidencia en elecciones democráticas, para derrotar por primera vez a Batista, o a su candidato al poder por poder. Cosa curiosa, Batista, mulato, obrero y soldado, escogió como su sucesor a un miembro eminente de la alta burguesía criolla —aún más curioso, fue apoyado también por los comunistas y su líder negro. La revolución de Grau San Martín, una vez en la presidencia estable, se hizo notar por su ausencia absoluta en un gobierno más corrupto que los que le precedieron— incluido el del propio Batista en sus diferentes avatares presidenciales.

Durante el mando del doctor Grau y de su sucesor Carlos Prío (1944-1952), las

bandas de gángsters merodeaban por las calles oscuras y los ministerios mohosos de La Habana Vieja para matarse entre sí por ideologías más oscuras que las calles y por pobres puestos públicos en los ministerios vetustos. Sus nombres oficiales (nadie era clandestino entonces) eran Movimiento Social Revolucionario o Unión Insurreccional Revolucionaria. Esta última tuvo el duduso honor de contar al imberbe Fidel Castro —bien lejos entonces del barbudo Mane— entre sus pistoleros más audaces. Tales pandillas habían surgido de la desintegración violenta bajo el régimen de Batista (1933-1944) de una asociación política clandestina, Acción Revolucionaria Guiteras, a la

vez en homenaje y pretexto político para vengar la muerte de Tony Guiteras. No es extraño que la acción típica de esta pandilla fuera de evidente kamikaze. Sólo el suicidio venga al suicida.

Como se ve no es nuevo el adjetivo revolucionario en Cuba. No es nuevo el uso de esa palabra en todas partes, desde Thomas Paine en la guerra de independencia de los Estados Unidos, hasta Joseph Goebbels, que llamó al irresistible ascenso alemán de Adolf Hitler, enfáticamente, «nuestra revolución». Pero de alguna manera hay que llamar a la resistible toma del poder por Fidel Castro. Cuando una institución política que ha cambiado varias veces de ideología insiste en titularse de cierta

manera (los Soviets, los Estados Unidos) hay que aceptar esta imposición como un uso. Es la solución lógica, verbal o histórica, al problema de la identidad estatal. De lo contrario habría que debatir eternamente nomenclaturas obsoletas o absurdas.

La Revolución Cubana —ahí está el nombre revolucionario con todas sus mayúsculas— no llegó al poder como se cree gracias a que Fulgencio Batista (de nuevo en actividades de complot militar, veinte años después de haber aprendido la técnica del golpe de Estado sin haber leído a Malaparte: Bonaparte le bastaba), entonces general honorario que jamás visitó siquiera una batalla, dio su tercer madrugonazo el 10 de marzo de

1952, a sólo tres meses de unas elecciones democráticas que nunca ganó y todos perdimos. La oportunidad de que Fidel Castro —entonces líder estudiantil sin nombre, político de poco porvenir electoral y siempre un pandillero— pudiera aglutinar la resistencia armada contra Batista y la eventual caída y fuga de este hombre tuerte que era en realidad un débil ambicioso de popularidad, poder y dinero, comenzó de veras el 5 de agosto de 1951, casi un año antes. Ese domingo dulce de verano se suicidó en un estudio de la radio habanera, Eduardo Chibás, más conocido por Eddy Chibás o va más íntimo como *el Loco*. Chibás era hasta ese momento el político más popular

jamás habido en Cuba, incluyendo al doctor Grau y al general Menocal, ambos presidentes, ambos caudillos impolutos devenidos hombres venales en la presidencia. Eddy Chibás, al revés de los líderes que le precedieron, era un hombre honrado, rico heredero a quien no interesaba nada el dinero, un político honesto movido por una obsesión dominante: la absoluta honestidad pública. Sabía que había que limpiar los establos de Augias cubanos y se presentaba como el único Hércules posible. Ése fue su error: nominar para una tarea hercúlea a un hombre que era emocionalmente incapaz de hacerla: a sí mismo. Chibás no era muy estable emocionalmente y su apodo del *Loco*

parecía a veces ser más que un mote o un motto.

Eddy Chibás había sido partidario del doctor Grau desde que sustituyera al general Machado en 1933 y fuera derrocado a su vez por Batista. Desilusionado de Grau como presidente venal, Chibás pasó pronto a la oposición, creando de paso un partido al que llamó Ortodoxo, en reto al Partido Auténtico de Grau. Ambos se decían únicos herederos directos del Partido Revolucionario Cubano de Martí. El Partido Ortodoxo aunque no de nombre, era revolucionario por implicación y Chibás no había dejado de considerarse revolucionario nunca. Nadie podía hacerlo en Cuba. Ahora Chibás usó la

palabra, su voz estridente, su osadía en la tribuna radial para hacer su revolución de limpiar una vez más el templo de la república de cambistas deshonestos. Pero para arrojar a los mercaderes del templo hace falta un Jesús y aun el mismo Jesús fue crucificado poco después. Chibás concibió su propia crucifixión como una versión radial del harakiri. El antiguo aliado de Grau se dedicó a fustigar verbalmente al todavía presidente Grau, se postuló a la presidencia y cuando ganó el candidato de Grau, su antiguo compañero de luchas estudiantiles Carlos Prío, Chibás se hizo aún más virulento en sus ataques al Gobierno y a su nuevo jefe. Era un martinete maníaco

atacando al presidente Prío, a sus hermanos, a sus ministros, a su política entera. Todo Prío perecerá. Lo hacía a través de una hora de radio rentada los domingos en la tarde por el Partido Ortodoxo, pero en parte pagada por el propio Chibás. Su voz chillona, de erres arrastradas, estridente, era un instrumento eficaz por el micrófono que al mismo tiempo ocultaba la corta estatura del orador, su figura rechoncha, su pelo rubio ralo y sus ojos débiles detrás de gruesas gafas de miope perennes. Cada domingo Chibás era más eficaz en su batalla solitaria, casi una *vendetta* personal contra el Gobierno y contra Prío. Cada día el Partido Ortodoxo se hacía más popular y el

Partido Auténtico en el poder más impopular. En diferentes *surveys* hechos a lo largo de 1950 y 1951, Eddy Chibás aparecía triunfante decidido como candidato presidencial. Lo seguía, muy de lejos, el hombre de Prío, el decoroso y gris Carlos Heiva, y todavía más lejos, Fulgencio Batista, casi penoso a la zaga.

De pronto, en 1951, Chibás cometió uno de esos errores que se hacen fatales a la larga, como una mala movida de ajedrez, esa que muchas jugadas más tarde resultará en jaque mate adverso. Chibás acusó al ministro de Educación del Gobierno de Prío, Aureliano Sánchez Arango, de tener tierras y aserríos en los bosques de Guatemala. Por ese tiempo el Gobierno de Prío y el

de Arévalo en Guatemala mantenían lazos muy estrechos. Inclusive Prío había enviado eficaces aviones de caza cubanos a proteger a Arévalo de un intento de golpe de Estado que se suponía apoyado por la CIA, sospechosa de sus conexiones comunistas. En la dique de Arévalo era prominente un militar, el coronel Jacobo Arbenz, que sería su sucesor y más tarde protegido en su desgracia de presidente derrocado (por otro militar guatemalteco) por el propio Fidel Castro ya en el poder. Para completar el símil entre política y el más burdo, absurdo juego de ajedrez, el hombre de confianza de Sánchez Arango en el Ministerio de Educación entonces era el doctor Raúl Roa, quien desde

1959 sería canciller vociferante del Gobierno castrista. Ahora es obvio que más que de ajedrez se trata de un juego de posiciones grotescas, como en la Commedia dell'Arte o en un coito complicado. De la historia considerada como una orgía oral.

Pero Chibás continuó ahora atacando sin tregua a Sánchez Arango, que no era contendiente fácil. Como el presidente Prío, Sánchez Arango había luchado físicamente contra Machado desde las filas del Directorio Estudiantil, esa que luego sería bajo Batista una organización terrorista urbana de muy malas maneras. Arango era un político cujeado, experto, de aspecto formidable y quien al revés de Prío no rehuía la

lucha. Por supuesto, jugando con fichas negras, no tardó en contraatacar. Acuso a Chibás de agente subversivo (que lo era), de hombre de mala fe (que no lo era), de mentiroso (que es debatible) y lo conmino a que presentara públicamente las pruebas de su acusación. Chibas aseguró que tenía esas pruebas y prometió que las presentaría «ante el tribunal del pueblo». Durante dos semanas el suspenso radial se hizo de veras intenso, tan melodramático como en un serial, mientras Chibás buscaba los documentos incriminantes que había dicho tener. Por un momento pareció que los aseguraba todos y podría presentarlos en evidencia a través de la prensa. Pero todo resultó

un fiasco monumental, y trágico. Los documentos no aparecían por ninguna parte, nunca aparecieron. Aparentemente Chibás había sido engañado en su buena fe y no ciertamente por Sánchez Arango o por Prío y sus agentes, como se dijo entonces. Simplemente el orador de lengua de fuego había sido víctima de su carácter, en el que había una falla particular propia del político: la demagogia. Chibás, como el pez proverbial, había sido cogido por la boca, y por la boca moriría. La prensa, oficial o imparcial, Pilatos todos, prácticamente lo crucificaron: nadie cae más bajo que un acusador que pasa a ser acusado (véase a Wilde, suicida renuente). Al domingo siguiente, Chibás

fue puntual a su programa, pronunció una de sus arengas más vacías de política pero de mayor contenido emotivo y terminó con una frase enigmática a la que daría sentido enseguida y que se haría famosa en toda Cuba: «¡Éste es mi último aldabonazo!» (Críptico por primera y última vez en su vida de orador político, se supone que se dirigía a la conciencia cubana, puerta cerrada a su llamada moral.) Acto seguido sacó de entre el cinturón un revólver calibre 32 y se dio un tiro en el vientre, lugar señalado por la ética del suicidio japonés como electa para el harakiri.

Irónicamente ni el aldabonazo metafórico a la conciencia cubana ni el disparo real ni su caída ante el

micrófono salieron al aire. Dos o tres minutos antes la emisora había cortado el programa para dar paso a los comerciales de rigor. (Uno de ellos, irónico sin pensarlo, anunciaba al Café Pilón, «Sabroso hasta el último buchito».) Chibás en su excitación final había olvidado que su contrato de transmisión era por sólo veinticinco minutos. A pesar de su misión suicida, no pudo evitar ser un político cubano ¡y habló durante media hora! La herida en el estómago resultó fatal y murió a los pocos días. Su entierro fue una impresionante manifestación de duelo popular espontáneo pero su aldabonazo apenas si tuvo eco. El Gobierno de Prío entero (menos Sánchez Arango que

todavía reclamaba la victoria en su polémica, tan sensible en su agravio que no notaba la insensibilidad ante la muerte de su contrincante, como un duelista habitual que mata sin sentirlo: no era ajedrez su juego: nunca jugó) tembló por un momento. De haberlo querido, el Partido Ortodoxo se habría hecho ese día con el poder: el propio Prío tenía ya las maletas listas para la fuga. Pero, como Chibás, los ortodoxos eran todos hombres legalistas que creían en el valor del voto y en la decisión electoral. Las armas eran para los militares y, ocasionalmente, para el suicidio ejemplar. Con su muerte, Chibás había privado a la oposición política de su líder natural y dejado a su

partido en un caos mayor que aquel en que estaba la República ahora. Así, unos meses más tarde, Batista dio su infame, fatídico golpe de Estado que fue a la vez incruento y fácil porque el presidente Prío eligió no resistir, sus maletas siempre dispuestas a la fuga. Pero entre sus seguidores que más resistieron luego, clandestinos, estaba Sánchez Arango, tan temerario como siempre.

El epílogo de esta tragedia es igualmente trágico. Veinte años más tarde, Prío, presidente exilado, para resolver problemas aparentemente insolubles, abrió la puerta del suicidio, con un revólver calibre 32. Pero no rompió la temerosa simetría suicida al darse el tiro en el pecho. Prío, como su

contrincante Chibás, tal vez vio que ésa era la única salida viable de la historia y la entrada a la eternidad, que es mayor que la historia porque la contiene. La eternidad *sí* nos absolverá. Tiene tiempo para hacerlo.

Es evidente (antes y ahora) que de no haberse suicidado Chibás hubiera sido imposible para Batista (o cualquier otro) dar un golpe militar al presidente Prío, a menos que se eliminara antes a Chibás y a Prío. Batista nunca se hubiera atrevido a tanto. Ese madrugonazo convirtió la precaria legalidad del Gobierno de Prío en una absoluta ilegalidad bajo Batista. Como en una cadena de reacciones, pocos meses después del golpe de Estado batistiano,

el 10 de marzo de 1952, Fidel Castro asaltaba el cuartel Moncada de Santiago de Cuba en un acto calculadamente suicida. Digo calculadamente porque nada que haya llevado a cabo Fidel Castro está libre de cálculo, a pesar del riesgo. Todos los dirigentes de la acción del Moncada murieron, menos Fidel Castro. Los muertos, naturalmente, fueron los suicidas. El ataque al Moncada (como el asalto al Palacio Presidencial en La Habana el 13 de marzo de 1957) fue un fracaso militar pero, al revés del asalto a Palacio, fue un triunfo político. Después del 26 de julio de 1953 todo sería historia en Cuba, historia brutal, sangrienta, inevitable.

Max Weber dijo una vez que «el medio decisivo de la política es la violencia». Casi una derivación del viejo apotema de Marx cuando enunció que la violencia es la parlera de la historia. Pero hay una leve variante en Weber que habla de política y no de historia. Jamás los tines justifican los medios históricos porque ¿qué decir de la violencia política cuando se dirige no hacia el otro, su blanco usual, sino a sí mismo y un asalto se vuelve un ataque suicida? Una arenga es el testamento raudo de un suicida y los militantes escogen frente a cualquier acción política su propia destrucción, es decir, el suicidio. En su ensayo *La política como vocación* Weber ilumina con un

relámpago que ciega las tinieblas políticas: «...el mundo está gobernado por demonios y aquel que se deja llevar por el poder y la fuerza como medios hace un contrato con las potencias diabólicas y de su acción no se desprende que es verdad que el bien puede surgir sólo del bien y el mal sólo del mal, sino que lo opuesto es, más a menudo, lo cierto». Wifredo Lam, un pintor surrealista cubano que cambió varias veces de posición política pero no de paleta, analfabeto moral pero no estético, al regresar a Cuba de Francia en 1958 declaró, demostrando que sabía tanto de demonología como de pintura: «¡Aquí han soltado a los demonios!» y mirando la ciudad con sus ojos chinos

que habían visto vivos a Picasso y a Breton y al paisaje negro de Haití: «Los demonios escapados son más difíciles de volver a su encierro que cuando estaban sueltos primero.» Terminó con una frase que parecía venir de ese Guicciardini amigo de Maquiavelo, o tal vez de sus antepasados chinos y africanos. «Al demonio hay que huirle. Mientras más lejos mejor. ¡No hay otro remedio que valga!» Se fue de vuelta a París. Ahora, paralítico y senil y sin poder pintar, tiene todos los demonios dentro.

El ataque al cuartel Moncada fue concebido por Abel Santamaría, Boris Santa Coloma y Fidel Castro. Aparentemente fue dirigido por este

último pero el hecho de que viajaba en el segundo auto asaltante y que no llegó a penetrar en el cuartel, indican otra posibilidad. Muchos expertos militares (entre ellos un antiguo jefe de comandos inglés) opinan que el asalto fue ciertamente una operación suicida. La relación entre atacantes y atacados era décuple en número (134 los rebeldes contra más de mil soldados acuartelados) y la desproporción de armamento era tan desigual que resultaba ridicula: escopetas contra rifles, pistolas contra fusiles «M-l», ametralladoras Thompson (las que prefería Al Capone) contra ametralladoras calibre 50, Springfields contra cañones, autos contra camiones

blindados y tanques, y una inexperiencia abismal de los atacantes para combatir contra soldados profesionales bien entrenados y en su cuartel, además de vivir la mayoría con su familia en las vecindades. Los asaltantes sólo contaban a su favor con la sorpresa y el disfraz. Pero el ataque japonés a Pearl Harbor, por ejemplo, muestra que no siempre la sorpresa militar opera en favor del atacante y la máscara aparentemente amiga, como el camuflaje, tiene un uso limitado en el combate. El ataque por sorpresa puede a la larga ser como un arma que agota su parque y se hace inútil. Los soldados profesionales americanos demoraron apenas minutos para reponerse del

insólito ataque sin aviso a su base. No es gratuito traer a cuento la psicología japonesa como el motor detrás de la acción doblemente suicida en Hawai.

Varios supervivientes del asalto al Moncada contaron después que la noche antes del ataque crearon entre ellos una atmósfera casi sexual (entre los hombres: había dos mujeres en el grupo que servirían de enfermeras) y en el camino a Santiago iban cantando un son de Lorca: «Iré a Santiago en un coche de aguas negras.» Uno de ellos, Gustavo de Arcos[12], me confesó muchos años más tarde: «íbamos en realidad a nuestro destino y nos sentíamos como verdaderos kamikazes del Caribe.» Como se sabe, los kamikazes fueron

pilotos suicidas que el alto mando militar japonés convirtió en bombas volantes manejadas por un solo hombre en los meses desesperados de la guerra en el Pacífico. Para los expertos americanos y algunos observadores internacionales este extraño comportamiento del cuartel general de un ejército con la guerra perdida que debía propiciar el armisticio, era no sólo inútil sino irracional y cruel. Tal opinión occidental desconocía entonces (o había olvidado ya) el código militar nipón y la moral del *bushido*. Surgida en la edad media japonesa, en esta ética estrictamente militar y filosofía de la guerra, el suicidio era uno de los comportamientos más honrosos. Tanto

como la victoria, la denota era convertida por la muerte en triunfo moral, es decir eterno para esta ética. El harakiri, cuya técnica no es necesario explicar, se sabe que es una de las formas de suicidio más dolorosas que se conocen: aún más atroz que pegarle fuego al propio cuerpo. En el *sepukku* japonés (la palabra y el concepto son chinos) el autocastigo no es más que consecuencia directa de la autocrítica, que se unen a una indudable ansia masoquista de autoexterminio.

Curiosamente, «darse candela» (el suicidio espectacular por público y fotografiado que pusieron de moda los bonzos de Vietnam) es una de las formas favoritas de suicidio del pueblo cubano

desde tiempo inmemorial. Sólo lo practicaban, curiosamente, las mujeres. Los hombres escogían la soga al cuello y una viga. Muchas muchachas en La Habana y en los pueblos de provincia, por ejemplo, se prendieron fuego cuando murió carbonizado Carlos Gardel, por mero luto simpático. Pero no hay que ir tan lejos como el *shogunato* de Kamamura y la lealtad a la muerte para seguir los pasos a esta ideología de la inmolación.

En 1895 José Martí, infatigable luchador por la libertad de Cuba, apóstol de la independencia, poeta nacional, héroe y santo —prácticamente el hombre que lo tenía todo, menos la muerte— encontró su fin inesperado en

el campo de batalla, de manera inexplicable. La ocasión fue una escaramuza sin importancia en el comienzo de la guerra, al chocar una fuerza española reducida con la columna cubana. Martí, civil entre soldados, fue enviado cortés y gentilmente por el generalísimo Máximo Gómez, comandante en jefe de las fuerzas mambisas y general experto en las dos guerras de independencia, a que se retirara a sitio seguro, apenas unos metros en la retaguardia. Martí, que nunca había estado en el campo cubano, mucho menos en una guerra de guerrillas, hombre de ciudad siempre, civil de vocación, mal jinete y peor tirador, de pronto convidó a su escolta

—extraña alegoría: este protector, este testigo se llamaba Ángel de la Guardia — a ir hacia donde se veía al enemigo y pese a las protestas de su custodio arrancó ribera abajo, hasta las líneas españolas, donde cayó muerto del caballo al instante, sin siquiera haber sacado su revólver de la funda. Este indudable suicidio, político o personal, fue siempre escamoteado por los historiadores cubanos y todos los libros de historia presentan a Martí como un patriota que murió heroicamente combatiendo al enemigo en el campo de batalla. Martí sólo peleó ese día contra su propio enemigo. La muerte de Martí, alma de la guerra y creador de la república en armas, fue un desastre casi

fatal para una campaña de independencia que acababa de comenzar. Este sacrificio inútil, no pedido y esta pérdida preciosa fueron lamentados siempre por todos los cubanos, aun en el pueblo, sobre todo en el pueblo, en el alma popular cubana. Una vieja *clave* (cantos que entonaban coros cubanos negros) aparecida en La Habana a principios de siglo se quejaba ya en tonos poéticos, y políticos:

Martí no debió de morir,
ay, de morir.
Si Martí no hubiera muerto
otro gallo cantaría,
la patria se salvaría

y Cuba sería feliz[13].

El canto es plañidero, su lamento es retórico y la expresión confusa, pero de veras que Martí no debió de morir entonces, y morir fue lo que él quiso más en la vida. Como otros poetas románticos antes —Byron en Misolongui en busca de la guerra contra los turcos que nunca ocurriría para él, Sandor Pëtofi desapareciendo sin dejar otras huellas que las poéticas en un campo de batalla húngaro—, Martí, romántico retrasado, escogió una de las muertes posibles al poeta del siglo xix: la tuberculosis, el láudano, la sífilis, el ajenjo o la bala certera. (Un juego de

posiciones permite proponer los nombres de Keats, Coleridge, Baudelaire, Verlaine, Pushkin, Kleist, Larra, Laforgue, Lautréamont —para no ocupar más que una página del diccionario— y con Nerval añadir la horca íntima y pública con un farol como ayudante del verdugo. Cada poeta no tiene derecho a más que una muerte.) Pero al revés de esas muertes privadas, Martí consiguió que la República de Cuba naciera cargando un gran difunto al cuello, peso muerto que era además un suicida oculto, como un baldón en la familia: aquello de que no se debe hablar. Poético o político, el suicidio de Martí fue histórico. Es decir, desastroso.

II

Otros cubanos republicanos escogerían el suicidio como acto político para dar punto final a una polémica pública particularmente onerosa: Wifredo Fernández fue alcalde de La Habana y director del diario *La Discusión*, el periódico cubano más importante de su tiempo. Uno de los periodistas más cultos de Cuba. Wifredo Fernández apoyó hasta el último momento al dictador Gerardo Machado y fue de los pocos civiles machadistas arrestados por el Gobierno Revolucionario de 1933, que a su vez se convertiría pronto en la dictadura de Batista —que duró más que la de

Machado. Preso en la fortaleza de La Cabaña, a los pocos días se mató de un tiro en la cabeza. Nunca se supo cómo logró hacerse del arma con que se suicidó en su celda. Otro notable suicida antes de Chibás fue el entonces alcalde de La Habana (posición pública segunda en importancia sólo a la Presidencia de la República), Manuel Fernández Supervielle. El alcalde Supervielle se suicidó en 1947, después de haber sido electo por aclamación popular. Había sido acusado de prevaricación por la prensa habanera al no poder cumplir su promesa electoral de dar agua a toda La Habana. Como Chibás, Supervielle era un hombre honesto, de dinero, venido de la vieja burguesía cubana pero un

populista político. Su suicidio, como el de Chibás, fue una expresión de fracaso personal y un último discurso afirmativo por la negación: el hoyo en la sien como testamento ideológico escrito con plomo. Irónicamente, el nuevo alcalde —venal, politiquero y sin clase ni noción de clases— propuso en seguida hacer un monumento a Supervielle, ahora alcalde modelo al fin: del suicidio considerado como ideal idóneo. Los habaneros todos aplaudieron la idea y contribuyeron generosos a la colecta para esculpir y erigir su estatua, que en la realización se encogió hasta hacerse sólo un busto. El alcalde marrullero procedió a colocar la cabeza de bronce hueco en una ínfima placita apenas a

media cuadra de la plaza de Alvear, llamada así en honor del elevado ingeniero constructor del primer acueducto habanero, inmortalizado en una estatua epónima y en varios libros. El humor, adrede o impensado, es ciertamente una forma de escarnio. *De mortius omni*...

Tiempos posteriores vieron otras formas de suicidio político, esta vez colectivo, en el mismo centro de La Habana. El más memorable fue el raid *banzai* al Palacio Presidencial la tarde del 13 de marzo de 1957. (Las fechas repetidas tienen ánimo encantatorio.) Este asalto estaba condenado al fracaso de antemano y aun los comandos ingleses que intentaron secuestrar al

mariscal Rommel y su alto mando en su reducto en Francia, todos asaltantes voluntarios, habrían considerado el ataque al palacio presidencial en La Habana, verdadera fortaleza civil, como una operación suicida, rechazable sin duda ni deshonor según el código de conducta militar inglés. Todavía resulta más incomprensible si se considera que en esta acción fallida murió el noventa por ciento de los asaltantes, de los cuales el setenta y cinco por ciento formaba parte del ejecutivo nacional del grupo que planteó, dirigió y llevó a cabo el asalto, el Directorio Estudiantil Revolucionario. Éste era entonces el único organismo político rival del Movimiento 26 de Julio, que comandaba

por control remoto Fidel Castro desde la Sierra, y la máxima organización de guerrilla urbana en La Habana. Las causas directas del mortal fiasco en que se convirtió el asalto al palacio presidencial de un dictador no implacable pero sí cruel, situado en el centro de la ciudad, fuertemente custodiado, con difíciles problemas de tránsito y dificultades de movimiento, intentado además en pleno día: las granadas que nunca estallaron, las armas que se encasquillaban y la posesión como única guía para la acción de un plano del edificio, ¡caduco hacía cinco años! Entre las reformas del palacio, previsibles pero ignoradas por los asaltantes, estaba un elevador blindado

que llevaba del despacho presidencial a la azotea permanentemente custodiada por una guardia pretoriana.

Es evidente que había entre los asaltantes —jóvenes, maduros, inexpertos y veteranos de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial, todos voluntarios, todos valientes— más que una voluntad de vencer, una decidida predilección por el fracaso que significaba la muerte segura: era una urgencia de martirio que ellos mismos no vacilaban en calificar correctamente de «martiana». Uno de los asaltantes más jóvenes escribió antes del ataque un manifiesto que terminaba en una frase que era una sentencia: «¡O seremos libres o caeremos con el pecho

constelado a balazos!» ¿Arenga o promesa? ¿O tal vez programa para la lucha? A pesar del estilo —o por ello mismo— romántico y retórico se podía oír el eco de Martí. El autor de la proclama, Joe Westbrook, murió como prometió, no en el asalto, sino poco después en una encerrona: acribillado por la policía batistiana cuando todavía no tenía veintiún años. Joe y todos los otros muertos no eran, como le gustaba repetir al comandante Alberto Mora, *d'après Lenine*, cadáveres con licencia, sino candidatos electos a la fosa común.

El asalto al Palacio fue, junto con el ataque al cuartel Moncada, la más espectacular de las acciones de violencia suicida llevadas a cabo

durante el régimen de Batista, que duró siete años. Ninguna hizo abdicar al dictador, que huyó, como huyen todos los hombres, por miedo a lo desconocido: es *annus ignotus* romano. El Hombre se escapó a última hora, del último día del año 1958. Pero hubo muchos otros gestos de inmolación inútil antes de que Batista viera que a él también lo abandonaba el dios de Antonio.

El mero hecho de permanecer un militante en La Habana o Santiago haciendo terrorismo y no buscar asilo en las montañas —que eran consideradas por los terroristas como refugios, balnearios, sitios de veraneo político cuando se quemaban en las ciudades—

esa insistencia o testarudez era un acto suicida reconocido por todos. En estas actividades de samuray solitario murieron conocidos líderes revolucionarios, entre ellos Frank País, que era en la jerarquía del Movimiento 26 de Julio segundo sólo de Fidel Castro en la Sierra y el primer líder de la guerrilla urbana. Frank País fue finalmente asesinado en Santiago de Cuba como quería, terrorista activo en una ciudad ocupada. Como la de Martí su pérdida fue fatal para la Cuba actual, su altruismo una forma sutil de último egoísmo. En La Habana los terroristas mientras tanto morían como obstinadas moscas políticas. En cuanto a los pocos sobrevivientes del asalto presidencial

(una acción suicida no es necesariamente mortal: el mundo está lleno de suicidas fallidos), al poco tiempo de su hazaña absurda se paseaban por las calles céntricas con estilo de desafío que contrastaba con su condición de clandestinos con la cabeza a precio. Mientras, en los suburbios, otros terroristas, actores anónimos, se batían a menudo con la policía batistiana con verdadera *sans façon* —muchas veces mortal. Había los que recordaban a ciertos gángsters del cine, inmolados simulando, emulando a Dillinger o a Bonny y a Clyde en la ficción. Pero aunque se ordene «¡Acción!» en ambas, la política no es una película.

Al principio de la toma del poder por

Fidel Castro, un miembro prominente del Movimiento 26 de Julio con un hermano ministro importante, si no decisivo, fue acusado —falsamente, como se vio después, demasiado tarde— de prevaricación, como Supervielle aunque de menor rango que Supervielle. Con sólo ver su nombre en los periódicos, sin siquiera esperar la vista de la causa o la deposición de los testigos favorables, este joven funcionario se disparó un tiro en la sien, método favorito del *bushido* cubano para expiar la culpa o la tenue mancha moral mediante un harakiri rápido. Aun la extraña desaparición del comandante Camilo Cienfuegos —jefe del ejército rebelde y mano derecha de Fidel Castro

— fue una forma de autoexterminio. En la búsqueda de su avión perdido, un pequeño Cessna, la parada obligada era el aeropuerto militar de Camagüey, de donde había salido el avión originalmente. Fidel Castro en persona hizo investigaciones, rápidas y rispidas. Interrogó al control de vuelo quien contó que él había dado salida al avión a regañadientes. «Fidel, en el radar se veía clarito una tormenta cerca de la isla, que avanzaba hacia la costa. Se lo dije al piloto y todo lo que hizo fue mirar al comandante.» El comandante era Camilo Cienfuegos, que se dirigió al piloto y le dijo: «Palante y palante», que era entonces una especie de consigna de vanguardia revolucionaria: «¡Adelante!»

Terminó el control de vuelos con una frase que fue un veredicto: «Volar en esas condiciones era suicida.» Y suicidio fue la causa de la desaparición de Camilo Cienfuegos. Más asombrosa que esta revelación fue el descubrimiento de que durante todo el tiempo que duró la busca del aparato y su pasajero eminente, Fidel Castro mostró un desinterés que era casi indiferencia ante la muerte de su amigo y compañero de armas.

En octubre de 1959, a raíz de su renuncia como jefe militar de la provincia de Camagüey, el comandante Huber Matos fue puesto preso por el propio Fidel Castro, que avanzó a pie desde el aeropuerto hasta el cuartel del

ejército, seguido por una multitud exacerbada por su discurso en que minutos antes acusó a Matos de traidor y contrarrevolucionario. El comandante Matos esperaba calmado su suerte en su jefatura militar, pero uno de la serie de sucesos extraordinarios que señalaron este momento insólito, ocurrió cuando uno de los oficiales de su estado mayor, el capitán Manuel Fernández, pareció salir a su balcón para recibir a la turba revólver en mano. Pero inmediatamente dirigió el arma a su cabeza en vez de a la oposición y se disparó un tiro, matándose en el acto.

Uno de los suicidios más extraños e inexplicables sucedidos en Cuba después de la Revolución y nada

conocido fuera del país fue el de Raúl Chirino, revolucionario vuelto contrarrevolucionario por la Revolución, que se suicidó en 1959 dentro de una casa de socorro de La Habana, ¡mientras era interrogado personalmente por Fidel Castro! Nadie dudó nunca que fuera un suicidio.

Augusto Martínez Sánchez fue uno de esos zurdos y absurdos comandantes repetidos a su imagen y semejanza por Raúl Castro en su Segundo Frente Oriental: la guerrilla a través del espejo. Sus operaciones duraron sólo meses pero su mando militar se hizo eterno, tan eterno como puede ser un momento histórico. Martínez Sánchez subió a la Sierra de Cristal a mediados de 1958.

Oscuro abogado imberbe, iba junto a otro lampiño, el pelirrojo Manuel Piñeiro, que había vivido unos años en Nueva York como profesional de la frustración y el resentimiento antiyanqui, sentimientos de impotencia que no extendió al sexo al casarse con una espléndida bailarina americana, que amaba la danza tanto como detestaba el ballet. Ambos, Piñeiro y Sánchez, bajaron de la Sierra de Cristal como quien atraviesa el muro mágico: ahora eran comandantes barbudos, prepotentes en su comunismo rural a lo Raúl. No habían disparado un tiro pero eran certeros en sus consignas rojas que siempre daban en el blanco político. Piñeiro fue nombrado por Raúl Castro,

Jefe del Servicio de Contraespionaje, experto en espiar amigos y en la delación que ahora se llamaba vigilancia revolucionaria. Apodado *Barbarroja*, su verdadero remoquete era *James Bongo*, el contraespía que vino del frío Nueva York. Aún sigue en el espionaje sin inteligencia y no se ha suicidado porque la palabra fracaso no existe en su vocabulario, tan corto es. Augusto Martínez Sánchez hace rato que pasó no a la historia sino al ridículo y de ahí al olvido totalitario, que es el limbo del marxista. En 1960 había sido asignado ministro del Trabajo en condiciones oscuras, que son las condiciones en que siempre operó Raúl Castro en el poder por poder. Su

eficacia en el puesto, como la de Piñeiro, era característica de esta pandilla desafinada dentro de la banda militar de Fidel Castro. Si Fidel es el Führer entonces Raúl es Röhm, aun en la aureola de crueldad y pederastía que siempre lo ha rodeado, tal vez por sus hombres, atroces incompetentes aupados más allá de la comprensión. Pero pronto a pesar de sus intrigas y de su apoyo impopular, Martínez Sánchez se vio corriendo intrépido a un *cul-de-sac*, que todos reconocieron: era el común callejón sin salida que es el destino del mierda. Los comunistas no sólo lo dejaron caer como caca caliente sino que le pidieron la renuncia, efectiva ayer. Cuando Sánchez supo que lo

forzarían a dimitir a pesar del Hermano que ya no lo apoyaba y de sus maniobras militantes, el ministro de pronto digno se encerró en su despacho, sacó su pistola de reglamento y se dio un tiro en el pecho. Con su impericia habitual, el comandante Augusto, para su disgusto, había salvado la vida pero no el honor. Francisco I podía escamotear su situación histórica pero un suicida cubano fallido era como un samuray con una espada de palo. Las metáforas cruzadas se deben a que es más fácil hacerlas con Vico y lo vacuo de la historia que con la viscosidad de esta clase criminal que, como Hitler y su banda, se presentan como héroes históricos.

La carrera política (y sobre todo militar) del Che Guevara fue un verdadero desplazarse en escaques atravesados, mal Caballo, después de dejar Cuba y embarcarse en las dudosas aventuras de político cazador blanco en el Congo y su desastre sudamericano. Pero antes de morir hizo sus infamosas declaraciones de propósito, en que llegó a decir: «¡Qué cerca estaríamos de un futuro luminoso si en el mundo surgieran dos, tres o muchos Vietnams con su bagaje de muertes y sus intensas tragedias!» Éstas parecerían las palabras de un anarquista *in extremis* y no del socialista o aun marxista ortodoxo que Guevara profesaba ser, el hombre que había adoctrinado a Fidel

Castro, salvaje político, leyéndole para domesticarlo pasajes del *Manifiesto comunista*. Pero era su testamento político.

Tal hecatombismo demente, verdadera literatura apocalíptica, venía desde el más allá pero en la voz reconocible de un líder mundial, ideólogo del tercer mundo y todavía icono pop. En realidad era la voz de un muerto antes de morir. La muerte del Che Guevara ocurrió al dejarse atrapar en un valle boliviano rodeado de montes, en una encerrona estúpida. Cuando en 1967 se supo su exacta situación geográfica, Mario Vargas Llosa que había vivido años en Bolivia y ahora vivía en Londres, comentando la suerte posible del Che,

declaró: «No tiene otra solución que dejarse capturar o la muerte. Está sin salida. Lo que ha hecho es un suicidio», y suicidio fué, Guevara en Bolivia, como antes en Cuba, se había comportado como un suicida y entre un ser fatigado y héroe político o mártir de una religión nueva, escogió el martirologio. El apocalipsis luego, ahora la inmolación[14].

Javier de Varona pertenecía a la alta burguesía habanera, esa que fue decisiva para la subida de Fidel Castro al poder. Su familia, a la que aborrecía, tenía dinero y todos vivían en una gran casa de un barrio rico de La Habana. Javier era alegre, descuidado, conspirativo y dado a la delincuencia más inocente,

como insultar desde un auto a un peatón ocasional: «¡Qué culito más rico!» O llamar por teléfono a Lezama Lima a las tres de la mañana para despertarlo con una frase soez («¡Lezama, bugarrón, te voy a castrar!»), para alarma del poeta asmático. En esas ocasiones Javier reía con verdadero gusto ante el disgusto ajeno. Con la Revolución Javier de Varona se hizo de extrema izquierda y en algún momento colaboró con la Seguridad del Estado como confidente. Lo que debió de hacer con el mismo desenfado moral con que antes robaba libros de las bibliotecas públicas del Estado, y privadas de los amigos. Se casó y comenzó a trabajar en un negociado económico. Un día de 1970

—después del fiasco de la cosecha de fábula de los 10 millones de toneladas de azúcar soñada como un imposible posible por el Primer Ministro absoluto — redactó un documento en que analizaba minuciosamente las causas que produjeron ese desastre económico, agrícola y humano y llegaba a la conclusión, sabida ya por todos sin hacer ningún análisis, que el máximo responsable del fracaso máximo era el Máximo Líder, es decir el propio Fidel Castro. Envió el documento a su ministro y el análisis siguió el curso previsto: de las manos del ministro a las del Primer Ministro.

A los dos días quedaba detenido incomunicado. A la semana lo

devolvieron a su casa en silencio. Sin decir nada a nadie Javier de Varona escribió toda la noche y a la mañana siguiente se suicidó de un balazo. Lo que escribía era su testamento político. Ingenuo, como siempre, pensó que alguien lo publicaría un día. Cuando su mujer descubrió el cadáver de su marido, lo que un día fue el jovial Javier, y recogió sus páginas escritas y leyó lo que había escrito, decidió llamar a la policía enseguida. En lugar de la policía vino Seguridad del Estado. Vieron el cadáver que no les interesó pero leyeron el documento demente para ellos y aconsejaron a la viuda, que declarara, por el bien de todos, que su marido se había suicidado por saberse

impotente. Implicaron sexualmente impotente. No dijeron políticamente impotente. Se llevaron el documento inédito. El cadáver quedó detrás como un muerto ya enterrado en el fracaso. El testamento político o económico debe de estar todavía en el Ministerio del Interior, en alguna gaveta empolvada. O, como Javier de Varona mismo, será cenizas sin sentido.

El epitafio de Guevara es la película *Che*, el argentino rosado encamado por el oscuro egipcio Omar Sharif, todo lleno de talco, en un ridículo tan atroz que es un escarnio. ¿O es justicia política? El obituario del pobre Javier de Varona, dado a la chacota y a la crítica de la sinrazón pura, está en un

momento documental de *Topaz*, en que Alfred Hitchcock hace coincidir su sombra por unos segundos históricos con un excesivo y gesticulante Fidel Castro materialista en la tribuna del pueblo en la plaza de la Revolución, en La Habana. Sería tenebrosa simetría saber que ese día en que coincidieron los dos en el espacio fílmico, Javier de Varona animoso y Fidel Castro locuaz, fue la ocasión cuando el Máximo Líder anunció al pueblo que había aceptado renuente la sugerencia popular de cosechar una zafra máxima de diez millones de toneladas de azúcar, para salvar al pueblo y el Gobierno de Cuba. (Aplausos atronadores.)

Un caso más extraño y sintomático que

el de Javier de Varona fue el suicidio de Nilsa Espín, doble suicidio más bien. Nilsa era hermana de Vilma Espín que es ahora una revolucionaria con todos sus títulos y privilegios: esposa de Raúl Castro, miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba, presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, etc. Curiosamente las Espín, como los Castros, pertenecían a la alta burguesía de la provincia de Oriente. Ellas a la burguesía urbana, ellos a la burguesía rural. Vilma, cima de la educación de la burguesía cubana, había hecho estudios en un exclusivo colegio americano, Bryn Mawr o Vassar. Pero se hizo célebre no bien triunfó la Revolución, como la apoteosis de la rebelde al casarse con

Raúl Castro, en un golpe de propaganda y adelanto revolucionario: el progreso de la burguesía renuente. Su fotografía de bella cubana con una gardenia al pelo negro se publicó en la portada de *Life* y recorrió el mundo como la imagen de la belleza guerrillera en su boda con un novio de verde-olivo, boina y extraña trenza. Pero Vilma era una advenediza que por pura casualidad había servido de mensajera entre Frank País en Santiago y Raúl Castro en su montaña, correos que para una linda muchacha rica de buen nombre conocido de todos era un paseo a la sombra. Quien sí tenía una larga historia insurreccional en Santiago era su hermana Nilsa, más modesta, menos fotogénica, incapaz de

colgarse una flor al pelo. Cuando triunfó la Revolución, Nilsa también se casó, pero escogió como compañero eterno a un oscuro rebelde sin nombre. Nada de comandantes o líderes carismáticos o jefes de la Revolución para ella. Su nombre nunca salió en ningún periódico, nacional o internacional, mucho menos apareció su fotografía en ninguna parte de *Life*, ni siquiera en *Life en español*. Ella y él trabajaban intensa pero anónimamente donde los destinaba la dirigencia. Él parecía vagamente un revolucionario ruso con su barba profusa y el pelo hirsuto en desorden. Era una suerte de Trotsky cubano —peligroso parecido— y trabajaba en la reforma agraria en Pinar del Río. Allí,

siempre crítico, encontró oposiciones inesperadas, o esperables de haber sido menos idealista. Un día de 1969 se pegó un tiro en la sien, para asombro de todos menos de Raúl Castro. Cuando Nilsa se enteró en La Habana, estando en el despacho de Raúl Castro, se encerró en el baño sin aspavientos, sacó su pistola y se dio un tiro en la sien. Raúl Castro tampoco se asombró esta vez. Luego se supo que ambos consortes tenían un pacto suicida hecho en secreto. El gobierno revolucionario, ahora con control total de la prensa, la radio y la televisión, y las agencias de noticias bajo censura, no difundió la noticia. En cuanto a *Life*, no iba a publicar la foto de la otra Espín: fea, fracasada, con un

coágulo de sangre al pelo, roja gardenia atroz. Privadamente se comentó que se sabía hacía rato que la pareja estaba desilusionada con el régimen y con la revolución. Vilma Espín nunca explicó nada a nadie.

Alberto Mora era hijo de uno de los jefes del asalto al Palacio Presidencial, Menelao Mora, que murió allí. Los dos eran altas figuras del Directorio Revolucionario y Alberto, por un asombroso azar que él creía histórico, iba a entrar entre los primeros al palacio pero fue puesto preso por la policía batistiana días antes, mientras forcejeaba para que su padre escapara y pudiera dirigir la operación suicida. Alberto estaba en prisión, al seguro,

cuando ocurrió el asalto en que murió su padre y no él. Después, ya libre (Batista era un asesino irregular que permitía a sus jueces conceder el *habeas corpus* cuando sus secuaces usaban el *habeas corpse*) pero todavía clandestino, se arriesgaba gratuitamente para comer con sus amigos como yo en un restaurant de moda, a la vista de todos y vestido llamativamente. Al triunfo de la Revolución compartió la desgracia política inicial del Directorio Estudiantil, grupo que Castro tenía que aniquilar si quería gobernar: quien asalta un palacio, asalta dos. Luego Alberto Mora derivó hacia los extraños cuarteles del Che Guevara, unidos por la desgracia, y fue protegido por el

argentino sin patria. Nominalmente comandante del ejército rebelde, Alberto fue nombrado ministro de Comercio Exterior, se casó y fue feliz por un tiempo. Cuando el Che Guevara cavó en su penúltima desgracia, Mora fue destituido y convertido en burócrata itinerante, humillación que pareció aceptar como un castigo merecido: la pena política al pecado original de su rebeldía. Fue sonriendo a su destino Alberto, con su sonrisa torcida de siempre, el amargo Alberto, el amistoso y leal Alberto. Cuando el infame «Caso Padilla», Alberto Mora, su amigo, estuvo entre sus pocos defensores, para su mal. Finalmente, en desgracia total, fue enviado como condena a trabajar en

una granja «de voluntario». No soportó este último ultraje y se dio un tiro en la boca con su pistola de reglamento militar. Sólo hubo un breve obituario en el *Granma*, diario oficial, que no dijo siquiera que se había suicidado. Hasta ese último privilegio político le fue negado.

Miguel Ángel Quevedo heredó de su padre una revista literaria de escasa circulación llamada *Bohemia*, pero no sus inclinaciones intelectuales ni su gusto elitista. Muy joven el heredero, convirtió su revista en un semanario popular, crudo y sensacionalista y al mismo tiempo profundamente democrático y sentimental. *Bohemia* fue de cierta manera uno de los creadores

del carácter cubano de entonces y no es casualidad que surgiera en Cuba junto con el auge del bolero. El raro talento periodístico de Quevedo corría parejas con un segundo instinto político y así se opuso a Batista en 1940, aunque había sido elegido democráticamente (con ayuda del Partido Comunista cubano, entre otros), apoyó unas veces a Grau San Martín como candidato presidencial, pero lo atacó ya en la presidencia. Como atacó a su sucesor Carlos Prío, para defenderlo una vez derrocado por Batista, al que volvió a atacar de dictador con una sabia mezcla de audacia y mesura. Siempre, es curioso, Quevedo se adelantaba a interpretar los sentimientos populares en

política y hacerlos públicos enseguida. Antes de que Fidel Castro llegara al poder (con su apoyo, entre otros), el político favorito de Quevedo fue Chibás, que nunca llegó al poder. Pero Quevedo era todo menos un amante del fracaso. Al contrario, buscaba y compartía el éxito (los opíparos fines de semana compartidos con amigos y colaboradores en su finca de recreo y su generosidad eran proverbiales), pero sentía un particular afecto por la sacralización de sus héroes y así no resultó raro que tuviera la osadía de imprimir un dibujo (a toda página, a todo color y recortable) de Fidel Castro ya primer ministro, en 1959, en que Castro se semejaba con sus barbas no a

un Marx posible sino a otro judío imposible, ¡Jesús!

Años antes, cuando el suicidio de Chibás, había convertido la foto de una simple puerta colonial y un aldabón, al añadirle un crespón de luto y un título negro con la frase final de Chibás como epitafio: «¡El último aldabonazo!», en una portada de *Bohemia* que hizo historia. Esta obra maestra de la propaganda, mezcla de alegoría política y mal gusto macabro, era *the kitsch of death*. Años después, uniendo sus héroes del pasado en un solo gesto de fracaso, Miguel Angel Quevedo, exilado y en la ruina en Venezuela (que es como saberse arruinado en Las Vegas), se mató de un balazo en la sien. Dejó una

carta editorial que terminaba así: «Me mato porque Fidel me engañó.» Su compleja vida hizo su muerte complicada. Homosexual encubierto y hombre muy poderoso en La Habana (en una ocasión le ofrecieron ser ministro y declinó la oferta diciendo: «¿Para qué quiero ser ministro? ¡Yo soy más que un ministro! Yo obligo a muchos ministros a hacerme antesala»), Quevedo perdió en Caracas su *Bohemia* pero pudo por fin exhibirse en público con sus jóvenes amantes, para escándalo privado de sus amigos y regocijo impreso de sus enemigos. Es obvio que a Miguel Ángel Quevedo no lo mató el engaño de Fidel Castro sino haber participado en ese engaño, y su propio desengaño.

Esta actitud suicida cubana, que alabarían los viejos anarquistas catalanes, la ETA y aun los falangistas: «¡Viva la muerte!», se contagiaba a los extranjeros, como el Che Guevara, pero aun los que habían llegado tarde a la Revolución aunque servían al Gobierno, como el argentino Jorge Ricardo Masetti, que vino a Cuba como protegido del Che y gracias a él fue el creador de la agencia de noticias oficial Prensa Latina. Masetti tenía la petulancia del Che pero no su inteligencia. Finalmente él hizo también, como dicen los argentinos, su *viaje al muere*: la muerte por la guerrilla suicida, que emprendió, en imitación tardía y temprano aviso al Che, de

regreso a su destino argentino.

Pero no sólo hubo argentinos convertidos en suicidas por contagio cubano. También hubo chilenos. Beatriz Allende, hija y confidente del difunto presidente de Chile del mismo nombre, estaba casada con un impreciso agregado, dos veces oscuro, en la embajada cubana en Santiago. Bien parecido y modesto, se conocieron antes de las elecciones que ganó para su mal Allende. Al poco tiempo de casada, la mujer de Barbanegra supo el secreto de su marido: era capitán de la Seguridad del Estado en Cuba y había venido a Chile con la misión de proteger al presidente electo para que no lo mataran antes de tomar posesión. Lo mataron

después, claro, y su guardia cubana no pudo, o no quiso, protegerlo.

Cuando cayó Allende, el matrimonio, amparado en la inmunidad diplomática, regresó a Cuba. Al poco tiempo se separaron: misión cumplida para el hábil agente cubano, que tampoco pudo impedir, como con su padre, el suicidio de la hija preferida de Allende. Ahora Beatriz vivía sola detrás de la siniestra pero en apariencia apacible casa-quinta de los Servicios del G2 en la antigua barriada elegante de Miramar en La Habana. (El G2 es el cuartel general de la Seguridad del Estado: la nomenclatura ha sido heredada sin asco del ejército de Batista: la viscosidad es una sola.) Los vecinos la veían salir a

veces, apocada, temerosa: la sombra de la mujer altiva que conocieron en Chile los amigos de Allende. Al poco tiempo Beatriz Allende se dio un tiro en la sien, costumbre aprendida en Cuba. El parte oficial del Gobierno cubano habló esta vez de depresiones y neurosis. No hace mucho la tía de Beatriz, Laura, hermana de Allende, que vivía también en La Habana, se lanzó de un piso dieciséis a la calle. Esta vez el diario oficial *Granma* explicó que la otra suicida Allende estaba enferma de un mal incurable. Por supuesto no se refería a la tiranía de Castro. Nadie dijo que Laura Allende hacía meses que trataba de salir de Cuba para curar la incurabilidad del mal que la mató.

El escándalo sin precedente diplomático del asilo masivo en la embajada peruana en La Habana provocó inesperados *nervous breakdowns* de funcionarios antes firmes y combativos o el súbito exilio de escritores en oportuna turné oficial por el extranjero. Algunos de ellos trabajaron en la Casa de las Américas bajo la dirección de Haydée Santamaría. Una de las mujeres más sólidas y firmes en apoyar a Fidel Castro dondequiera, inclusive su confesora de peligrosas intimidades políticas, heroína del régimen varias veces, Haydée, llamada Yeyé, súbitamente tomó su pistola (cada comunista cubano con su Colt 45) y tranquila se la llevó a la boca como una

taza de té. Literalmente se voló la tapa de los sesos. Para desvelar el secreto en el velorio le habían puesto un turbante encubridor, pero el verdadero misterio era por qué había sido velada en una funeraria pública y no en el mortuorio de los mártires en la plaza de la Revolución. Haydée, según se supo, había cometido el suicidio en su propia oficina. ¿Neurosis larvada que aflora brutalmente? ¿Depresión irresistible? ¿Por qué no hablar de desengaño, de desilusión total o del simple expediente del suicidio como respuesta moral a la derrota que no ve derrotero? Después de todo Haydée Santamaría fue una de las dos únicas asaltantes suicidas al cuartel Moncada, enfermera dispuesta a morir

más que a salvar vidas. Pero también hay que recordar que supo resistir entonces, con enorme entereza, la tortura psíquica más terrible cuando los soldados de Batista le presentaron en bandeja los ojos de su hermano y los testículos de su novio. Después del triunfo de la Revolución ella solía esgrimir esta atroz exposición como metáfora macabra de su firme carácter revolucionario y su capacidad de resistencia mental. Usaba esta narración de grand guignol político para ganar argumentos ideológicos —y aun culturales.

Una mujer cuya falta de inteligencia corría parejas con una enorme ignorancia, la Santamaría pudo fundar,

dirigir y controlar durante veinte años una organización cultural oficial, la Casa de las Américas, que no era ciertamente la Bauhaus, pero no estaba lejos del ministerio de Cultura soviético bajo Ekaterina Furtseva, por ejemplo. También la Casa de las Américas infiltraba sutilmente agentes en diversos países de América del Sur y del Norte y ofrecía refugio a no pocos «amigos» de Cuba en fuga en su sede central. Además de la confianza personal y política de Castro (aunque éste no entendiera tanto de una casa de la cultura, ni siquiera de la cultura que no sirviera a sus fines, como entendía el desaparecido ex presidente Osvaldo Dorticós) Haydée contaba ahora con la protección de su a

veces marido Armando Hart, primer ministro de Cultura y hombre con quien podía entenderse perfectamente a través del abismo de sus respectivas ignorancias. Aun el notorio oportunismo de Hart podía ser favorable a la escasa ductilidad de Yeyé. Parecía pues que no había motivo para el suicidio de esa Yeyé que no conocía el aburrimiento: imposible que la atacara un *tedium vitae*. Pero ¿no es posible que padeciera un tedium del poder? El poder absoluto desilusiona totalmente. Después de todo, un opositor es como una especie de cura para la paranoia. Se habló además de un testamento que Haydée Santamaría sirvió a Fidel Castro en bandeja de recuerdos revolucionarios. La prensa

cubana, de más está decirlo, no dijo nada de testamentos metafóricos o reales y llegó a escamotear la fecha de su muerte. Según el diario *Granma* ocurrió el 28 de julio. Algunos enterados en el exilio sostienen que el suicidio tuvo lugar el 27 de julio, fecha privada para su luto por la muerte violenta de su hermano y su novio. Hay que apostar sin hacer trampa que Haydée Santamaría se suicidó el 26 de julio de 1980.

Hay otros suicidas menos conocidos, como el comandante Pena, que también recurrió a la pistola, el gatillo y la bala en la sien. O el comandante Eddy Suñol, héroe de la guerrilla en la Sierra, que llegó a ser viceministro del Interior en la paz, o eso que pasa por paz en Cuba.

Esas muertes son además de posibles, inevitables en una revolución cuya única aportación contundente a la literatura revolucionaria es el lema de «Patria o Muerte». Si se compara este motto mortal con la frase favorita de los revolucionarios franceses, «*Liberté, Egalité, Fraternité*», se verá no sólo la pobreza mental sino además la miseria moral del apotema favorito de Fidel Castro. El lema «Patria o Muerte» (probablemente concebido por el héroe de la guerrilla urbana en Santiago de Cuba, Frank País, quien de veras murió y se hizo el mártir que quería) es una derivación burda de viejos lemas cubanos, como «Independencia o Muerte», confeccionado en el siglo xix

durante la segunda guerra de independencia y el anuncio, todavía visible en 1959 en las monedas de plata, de «Patria y Libertad». Pero parece que todo debe volver a Martí si se habla de Cuba y la muerte. Fue Martí quien terminó su famosa llamada a la lucha en e l *Manifiesto de Montecristi* con una frase lúgubre, «La Victoria o el Sepulcro». Martí por propia voluntad cumplió una parte del lema y lo convirtió en violento vaticinio. Ya antes había escrito frases no menos tenebrosas en las que declaraba cosas como que la muerte es el seno inefable donde se fraguan todos los sueños sublimes. No es posible acumular más cantidad de tánatos en menos espacio creador. Sus

mismos versos sencillos, tan populares, tan fáciles, tan llenos de luz, abundan en invocaciones a la muerte. Una ofrenda a su culto a la muerte es ese verso citado y recitado por tanto colegial sencillo en que Martí confiesa el deseo de morir de cara al sol. A pesar del contexto la expresión es francamente política. Curiosamente —¿o no tanto?— la frase final fue adoptada y adaptada ya bien entrado el siglo xx por un poeta español que también se convirtió a la religión de la muerte. Me refiero al poeta falangista Dionisio Ridruejo. Ese fin de verso fue hecho lema para formar parte y dar nombre al himno de la Falange Española. El himno se llama *Cara al sol*. Meras metamorfosis martianas.

Ahora en Cuba en el lema de «Patria o Muerte», la idea de Patria apenas si tiene sentido en el contexto y mucho menos en su expresión máxima, que es la del Máximo Líder. Tal vez debiera decir única porque nadie parece, excepto su hermano Raúl, tener derecho a enunciarlo en público. ¿O es que nadie más tiene la voz alta en Cuba? En todo caso Fidel Castro siempre acentúa al final de cada discurso si no la idea, por lo menos la furia fatal que va con el sonido de muerte en su voz aguda, agorera.

III

Las tres grandes religiones nacidas en el Mediano Oriente, que no rechazan la

muerte sino más bien la acogen, condenan todas el suicidio sin ambages. De las tres, la más antigua, la originaria, la que parece haber inventado esta proscripción, el judaismo, declara en el Talmud que dado que la vida es sagrada el suicidio es por tanto un acto pecaminoso. El cristianismo se opone al suicidio con extremo énfasis, razonando con más teología que lógica. (Aristóteles, por ejemplo, no entendería esta proposición.) Si toda vida humana es obra de Dios, que la da y la quita, el suicida atenta siempre contra la voluntad divina y el hombre intenta erigirse en Dios al matarse. San Agustín no excusa el suicidio ni como fuga del dolor ni de la enfermedad. Ni siquiera para escapar

a la violación inminente: mejor la fornicación más incómoda. Todos los padres de la Iglesia no vacilan en condenar el suicidio.

En la Edad Media algunas legislaciones cristianas prescribían la mutilación del cuerpo del suicida y ordenaban la confiscación inmediata de todos sus bienes. Por supuesto ambos castigos eran onerosos sólo a la familia del *felo de se*. (Éste era el nombre técnico del suicida en la Inglaterra medieval.) Hasta hace poco (1961) el suicidio era un delito penado severamente por los tribunales de la Corona. De esta manera sólo era castigado el suicida fallido, con lo que se alentaba la eficacia del suicida más

que lograr disminuir las muertes por suicidio. El único sobreviviente de un pacto suicida, por ejemplo, era automáticamente considerado presunto culpable de un asesinato alevoso según una ley inglesa abolida en 1957. Ahora, más modernos, sólo le juzga de homicidio culposo. Hasta el siglo pasado los ingleses trataban al cadáver de un suicida como los húngaros solían exorcizar a un posible vampiro: enterraban el cuerpo en un cruce de caminos con una afilada estaca hundida al pecho. Parecería que el Islam debía ser más condescendiente con el suicida árabe que el orbe judeocristiano. Todo lo contrario. Mahoma mismo consideraba el suicidio un crimen peor

que el homicidio y castigaba al suicida saudita al infierno más temido: el desierto eterno sin el agua de Alá, el alma del suicida condenada a vagar siempre entre arenas al sol.

Otro profeta, Marx, no es menos implacable con el suicida que sus antepasados judíos o la Iglesia luterana en cuya civilización se crió o la Inglaterra victoriana en que vivió y escribió y concibió el marxismo como ciencia exacta, aunque es en realidad otra herejía hebraica. Sus seguidores decretaron que el suicidio era contrario al comunismo, antimarxista y por tanto contrarrevolucionario. Pero no acababan de formular esta ley contra la fuga cuando se encontraron con herejes no ya

entre los discípulos del Maestro sino aun en la misma Sagrada Familia. Las herejías todas siempre producen actos heréticos. La primera y mayor consternación ocurrió cuando el pacto suicida de Paul Lafargue y su mujer Laura. Al grabar las rojas tablas de la ley materialista, el propio dios barbudo de Karl Marx había prohibido el suicidio con la amenaza de expulsión eterna del partido y por lo tanto de la historia. Sólo se admitía, renuente, como un último recurso no individual sino revolucionario. La pistola en la sien debía servir para disparar por última vez contra el bastión burgués desde las barricadas revolucionarias. Pero, ironías de la historia (y aun de la

pequeña historia marxista) Laura Lafargue se llamó de soltera Laura Marx y era la hija preferida del viejo Karl, a quien ella llamaba *el Moro* por su piel cetrina. Aún más interesante es que detrás de la máscara de ese Paul Lafargue afrancesado se escondía un pobre Pablo. Lafargue era un mulato santiaguero que por esos azares —o mejor andares— del cubano rebelde vino a integrarse a la numerosa prole prúsica de Marx, ahora lar londinense. Los Marx llamaban a Lafargue *el Negrito*, aunque siempre a espaldas de Laura. En el proceso ideológico postumo que siguió al doble suicidio de los Lafargue, el acusador *after the fact* de los suicidas fue un apóstol alemán

del marxismo, August Bebel, viejo comunista, amigo de Marx y autor de un libro de éxito Victoriano que las mujeres de entonces leyeron ávidas. No era una novela romántica sino todo un tratado alemán con el título de *La mujer y el socialismo*. Sería estropear mi tesis de una ideología cubana del suicidio si tuviera que decir que Herr Augustus terminó sus días lanzándose de su torre de Bebel. Nunca lo hizo: murió de viejo.

Sin embargo, a pesar del juicio marxista hubo otro herético entre los Marx. La tercera hija de Karl que llegó a ser adulta, la más desgraciada de todas, casada con otro marxista (los jóvenes comunistas de la época se comportaban ante la familia Marx como

pretendientes a una casa real europea —¿pero es que no lo era?—), el abusado irlandés Edward Eveling, ella también cometió el pecado nefando al acabar con sus días de Marx y de mal vivir.

Estos viejos trapos sucios de la familia Marx se lavaron a la luz de las noches blancas rusas en ocasión del patético suicidio de Adolf Yoffe, quien se dio un tiro en la sien en un pasillo del Kremlin. Yoffe, enfermo y arruinado políticamente por Stalin, no vio más salida del Kremlin que el suicidio. Stalin le había prohibido la fuga de Rusia a pesar de que de este viaje dependía su vida física. Debía ir al extranjero a curarse de una enfermedad incurable para la ciencia soviética.

(Pero no, al parecer, para la medicina burguesa.) La muerte que escogió hizo olvidar la vida que tuvo que vivir: en la enfermedad, en la iniquidad de servir bajo Stalin, zar incipiente, y el peor tirano, el dolor. Sólo se vio el dilema de un revolucionario que se suicida: un utópico que rechaza la vida futura para escoger la muerte y un materialista que es un *felo de se*. Stalin resolvió el problema con una solución dicha con esa soma que ya comenzaba a ser su mejor arma política. La soma es el único sentido del humor permitido al tirano: Stalin tenía soma a torrentes. «Los marxistas no se suicidan», sentenció el camarada Stalin al que cantó general Neruda. «No se ha suicidado un

marxista, se ha suicidado un trotskysta», que es lo que fue el pobre Yoffe: judío, intelectual y la primera víctima de Stalin como verdugo político. Pero el de Yoffe no fue el único suicidio que resonó en el Kremlin: allí se suicidó también Nadia Alliluyeva, no una trotskysta sino la segunda mujer de Stalin. Treinta años después, este suicidio tan privado que se convirtió en oculto se haría escándalo internacional en las memorias de su hija, Svetlana Stalin.

Siguiendo a Freud, que explica tan dogmáticamente cómo Marx condena, el suicidio está siempre ligado a la depresión, clínica o «normal». Son los deprimidos los que más a menudo se matan y algunos freudianos diagnostican

que sólo se suicida el deprimido. Así un suicidio por exaltación, a lo Dostoievsky, es virtualmente imposible. Aunque, como dijo Borges, Dostoievsky sigue siempre su teoría de que nadie es imposible. Pero los freudianos no se detienen aquí: Freud *rushed in where Engels feared to tread*. Para perturbación de aquellos marxistas que contemplen la idea del suicidio en el trópico hay un *sequitur* que parece un *non sequitur*. La depresión y el suicida sólo se entienden en términos de impulsos contra el otro (el infierno son los otros, según Sartre: el otro multiplicado), impulsos que se vuelven siempre contra el ser. O contra el hombre. (O mejor aún, contra el héroe

proletario hecho mártir por propia mano.) Se libra entonces una lucha entre el ego y el superego, con el triunfo final —o la derrota— del ego superior. El suicidio es un continuum de fuerzas de agresión y autoagresión. (Pavese, escritor y suicida, que debía saber lo que decía, dijo que el suicida era un asesino tímido.) Según un freudiano apocalíptico, el suicidio tiene tres elementos (una suerte de trinidad infernal), que son: 1) el deseo de matar, 2) el deseo de ser matado, y 3) el deseo de morir. Es evidente que la realización del segundo deseo conlleva a su vez el cumplimiento cabal del tercero, pero a los freudianos les gusta explicar lo obvio, complejo típico.

Pero mis digresiones no ocultan que esta teoría del suicidio ha tomado prestado sin declararlo a la fábula india de la pata del mono dramático, siempre letal. Otro vienés, Louis Dublin, propuso que las causas del suicidio son los sentimientos de miedo, de inferioridad y el deseo de muerte contra ese otro con que el individuo se identificará. Siguió, desde Dublin, con una sarta en jerga psicoanalítica que es innecesario copiar o repetir, me parece. Curioso que todos esos freudianos y Freud mismo nunca hayan explicado por que se suicidan tantos analistas, entre ellos teóricos eminentes como Wilheim Stekel y Anna Freud, su hija. Aun el gran viejo, Freud no Marx, cometió un

suicidio lento al saber que tenía un cáncer incipiente en la boca y no haber dejado nunca, hasta el final, el hábito de fumar puro tras puro, habanos capaces de dar cáncer en boca cenada, como la de Freud ante el sofá. Lástima que no se fabriquen puros freudianos en La Habana capaces de dar cáncer al cáncer de tanta boca abierta en la tribuna[15].

«A mi ver, sólo las religiones monoteístas, es decir judías, ven la autodestrucción como un crimen. Es todavía más notable que ni en el Viejo ni en el Nuevo Testamento se pueda encontrar prohibición o desaprobación definida alguna. Así, los maestros de la fe basan su prohibición del suicidio sobre terreno filosófico de su invención.

Resultan a su vez tan pobres que sus argumentos carecen de fuerza, tanto que tratan de insuflar vigor a los términos con que expresan su aborrecimiento. Es decir, recurren al insulto.»

Las palabras anteriores pertenecen a Schopenhauer y su diana son el judaismo y el cristianismo, pero bien podrían aplicarse al marxismo de ayer y de hoy. Marx ha devenido un profeta y, a veces, un dios. Su cisma judío se ha convertido en herejía.

Schopenhauer termina su disquisición filosófica con una nota física y espiritual a la vez: «Lo que hace el suicidio más fácil es que el dolor físico asociado con el mismo, pierde todo sentido a los ojos de alguien afectado por un excesivo

sufrimiento espiritual.» Ese sufrimiento aplicado a la política y combinado con la idea de nación es, por supuesto, el patriotismo. El último refugio del picaro se convierte así en la primera salida de la vida histórica. Dice Schopenhauer un poco antes: «Generalmente se encuentra que cuando los terrores de la vida sobrepasan el terror a la muerte el hombre pone fin a sus días.» Estos terrores de la vida política son, simplemente, en nuestros días, el terror político.

Emile Durkheim, contemporáneo de Freud, en su *opus magnum* sobre el suicidio, llamado, naturalmente, *El suicidio* (1897), clasifica a los suicidas en dos grupos: egoístas y anómicos, los

primeros característicos de nuestra sociedad, mientras que el suicida altruista (para sorpresa de los marxistas) es propio de las sociedades primitivas: casi como decir que el egoísmo es la última etapa del socialismo. Como se sabe, Marx castigó el egoísmo con una frase digna de Dante el teólogo y llamó a su elemento natural, contrario al fuego militante, «las aguas heladas del cálculo egoísta». El suicida sin duda se zambulle en esas aguas al hacer su último cálculo. ¿Por qué se suicida entonces el comunista, animal que después de leer a Marx no sólo ataca al hombre sino que se hiere mortalmente a sí mismo? Debe de haber una explicación marxista, es decir

filosófica. No hay una.

La conocida opinión de Albert Camus cuando filosofa existencial, en que declara que hay un sólo problema filosófico, el del suicidio, no es más que una frase que se le ha hecho frase hecha —es decir tomada siempre fuera de contexto. Pero aun en su contexto no es más que una frase francesa, que suelen ser a menudo como bolas de Navidad: brillantes y vacías. Camus era un ensayista que quería ser tomado por filósofo, un novelista que pasaba por pensador grave (Dostoievsky que se hunde en su Sena) y un dramaturgo a quien todos los diálogos se le convertían en un intercambio de frases dichas, una liga de nociones que no son más que

bons mots, tan felices o fáciles como los epigramas de Oscar Wilde, teatrista a quien se le reprochó siempre sus golpes de teatro ligero. Camus ofrece en cambio golpes de filosofía fatalista que no abolirán a Wilde. Según Camus, juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida, es responder a la cuestión fundamental de la filosofía. Hay tantas cuestiones fundamentales en la filosofía que encontrar una sola es excluir impertinente las más pertinentes. Para Platón, por ejemplo, el suicidio de Sócrates no responde a una pregunta filosófica sino que las origina todas. Hay más cosas en la filosofía que entre el cielo y la tierra, como bien sabía Horacio, buen estudiante que no quiso

ser grosero con el vago Hamlet, entre otras cosas, porque éste era príncipe heredero: amenazaba con ser rey un día. Sin embargo, el recurso del suicidio sí es el problema fundamental de la política, aun en tiempos no de hambruna sino de huelgas de hambre a morir como arma política. ¿Vale la pena la lucha continua o es mejor salir a tiempo por la puerta estrecha del suicidio hacia las inmensas praderas de la historia que cada ideología promete a sus fieles como el paraíso del creyente? Aun para los fanáticos de la revolución permanente, los hijos de Trotsky, hay una única pregunta, la que tiene una sola respuesta decisiva: esa de escoger entre la historia eterna o la nada. Una

respuesta colectiva reciente es la banda Baader-Meinhof, que a todos asombró porque los asombrados no tenían noción de la historia cubana. En Cuba hace rato que muchos revolucionarios viven al borde de esa clandestinidad permanente. Hamlet sería mal filósofo y peor político pero su *To be or not to be* es todavía el problema cubano[16].

Si la teoría del suicidio es de estudio fácil para Camus, como lo es de dura práctica para Hamlet, la etiología del suicidio es de difícil definición a psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas —pragmáticos como teóricos, empiricistas como médicos. Inadmisible para religiosos y materialistas por igual, el suicidio deja de ser un indefinible

problema cuando se le observa como ideología absoluta y pasa a ser del dominio histórico. En Cuba, al principio de la toma del poder por Fidel Castro, se quiso sustituir la ideología por la práctica. Era, simplemente, la ignorancia que no se atreve a decir su nombre, porque, entre otras cosas, no lo sabe pronunciar. De esta ignorancia primitiva (elogiada por ese vidente ciego evidente que era Sartre) se pasó a inciertos balbuceos ideológicos (dichos y hechos del Che), a aprenderse la cartilla marxista y a silabear algunos apotegmas de Marx como consignas. (De paso hay que decir que nadie sabía qué era un apotegma y muy pocos lograron pronunciar esta palabra

extranjera sin caer en ridículas caricaturas verbales: apaterna, arpoterna, esta última versión sin duda contaminada de otro Marx, Harpo. Se decidió entonces que apotegma era un instrumento de uso burgués, como el cuchillo de pescado.) Luego vinieron los tiempos serviles de ubicarse dentro del estrecho corsé ideológico ruso, aparato concebido, diseñado y fabricado por un tal Zozo Yugazvili, alias Stalin, modisto marxista. Por supuesto Fidel Castro nunca tuvo que acomodarse siquiera a un miriñaque moscovita porque el Máximo Líder está más allá de la teoría: él es práctica pura, ese lugar de la geometría del espíritu hegeliano en que toda práctica, aun la impráctica, se hace

teoría y es *fons et origo* de todo pensamiento correcto, que por supuesto va corrigiendo su corrección, como una brújula política, según las circunstancias. Este manantial de toda sabiduría va cambiando de fuente pero no es más que el viejo baño en el Jordán histórico, inmersión purificadora capaz de bautizos o de zambullidas. Con Fidel Castro, además de la pura práctica, bastó una declaración como tesis de grado para culminar su graduación *summa cum laude*: «¡Yo soy y siempre he sido marxista leninista!» Este exabrupto es como anunciar desde la tribuna al ágora: «Siempre he sido neoplatónico», sin siquiera haber oído hablar nunca de Plotino ni leído un solo

diálogo de Platón o aun un título. Por supuesto sin hablar griego tampoco: para Fidel Castro toda filosofía es griego. ¿Subdesarrollo o ignorancia? Simplemente teoría y práctica del oportunismo político. En 1939 Castro habría hablado de Goebbels y de Rosenberg como ideólogos de la teoría nueva.

Más tarde hubo un regreso —*corso ricorso* en un baile de San Vito, mal histórico— ideológico o un intento de una ideología a partir del estatismo soviético, en que todo movimiento práctico se ve como revisión del marxismo. Este revisionismo se cometía frente a alguien como Fidel Castro, cuya única contribución a la teoría de Marx,

según Stalin, no es una interpretación novedosa sino una nueva pronunciación de esta filosofía como *marsimo-leninimo*. Las eses salían sobrando pero la crítica y aun el comentario ocasional se oían de veras como una amenaza al líder total en Cuba totalitaria. Insistir en la crítica, cualquier crítica, es siempre un acto suicida, como se ha visto en casos tan diversos como el de Che Guevara, Alberto Mora y Javier de Varona, todos diferentes suicidas pero un mismo suicidio. O esa suicida magna que es Haydée Santamaría, cuyo suicidio conmovió al régimen durante diez días, no por sentimiento ante el camarada caído sino por su significación política, su significado de

ídolo que se quiebra. Hay además los muchos muertos menores, fantasmas del comunismo que recorren la isla de Cuba con un lema: «Comunistas de Cuba, suicidaos. No tenéis nada que perder más que la tapa de los sesos.»

La práctica del suicidio es la única y, por supuesto, definitiva ideología cubana. Una ideología rebelde, la rebeldía permanente por el perenne suicidio. Martí sería así nuestro Trotsky temprano: ideólogo, político, guerrillero fallido pero suicida certero, el *felo de se* con fe en la tumba abierta. ¡A la victoria por el sepulcro! ¡Muerte o muerte! ¡Pereceremos! (Se oyen, se oirán siempre, las notas del Himno Nacional, cantado por un coro lejano de

voces de ultratumba: «*Cubano, a morir por propia mano / Que morir por la patria es morir.*»)

Enero de 1983

POST MORTEM

Como primer pero no último eslabón de esta teoría de suicidas sin teoría visiblemente interminable, hay que añadir el nombre del doctor Osvaldo Dorticós Torrado. Dorticós, como lo llamaba lodo el mundo, fue un personaje público con una vida privada que justifica el adjetivo adamado. Su carrera fue un juego de damas aunque él siempre creyó que jugaba al ajedrez: aspiraba a Capablanca, el rey de reyes y reinas y peones y torres y caballos. Su doctorado

no era más que en leyes y había nacido en Cienfuegos, en la Provincia de las Villas. «Cienfuegos es la ciudad / que más me gusta a mí», cantaba Beny Moré, pero era en realidad la tercera ciudad de Cuba que constantemente aspiraba a la condición de grande. Este delirio de grandeza se contagiaba a sus ciudadanos: Carlos Rafael Rodríguez, perenne tercero en el régimen, Edith García Buchaca, jerarca cultural del Partido Comunista y, por un tiempo, del régimen de Fidel Castro (para ganarse un arresto domicilario de 15 años) y Osvaldo Dorticós, que se creyó presidente de por vida, y lo fue de por muerte. Dorticós fue el segundo presidente elegido de dedo por Fidel

Castro para sustituir (en el mismo año 1959) al doctor Manuel Urrutia, que había sido nombrado antes por Castro, que ya desde entonces ponía y quitaba reyes. Dorticós, como Urrutia, también fue destituido, esta vez para ocupar su puesto el propio Fidel Castro, demostrando al folklore político criollo que no sólo es el Caballo sino el toro que más mea.

Desde entonces la brillante estrella del antiguo abogado burgués y socialista (de alta sociedad) que hasta había sido comodoro del muy exclusivo (ni pobres ni negros era su lema) Yatch Club de Cienfuegos, la espléndida estrella de Dorticós descendió cada vez más rápida, del cenit al nadir político, para

apagarse en la nada a que nunca aspiró. Dorticós siguió el camino de toda carne política en Cuba y se pegó un tiro en la sien con una pistola del mismo calibre que la de Haydée Santamaría: no podía ser menos. Las autoridades cubanas no retuvieron esta vez la noticia del suicidio del ex presidente, pero sí la redactaron a su manera maniquea: dijeron que el doctor Osvaldo Dorticós Torrado padecía dolores físicos y mentales insoportables.

Los dolores físicos se lo producían una simple lesión de un disco lumbar, que es operable aun en gente dada a doblar el espinazo. Los dolores mentales provenían de la muerte de su esposa, que había ocurrido hacía dos

años y por la que nunca mostró una predilección particular: pesaba doscientos kilos al morir y en vida era conocida como *la Caguama*, una tortuga gigante de los mares de Cuba. La verdad que no dijo el portavoz del Gobierno es que Dorticós, devenido paria político (de presidente a mero ministro y de ahí cuesta abajo en la angosta vía cubana) decidió optar por el remedio final.

Algunos han alegado que fue la lectura de la primera versión de este ensayo lo que movió al ex presidente y ex ministro a unirse a sus antepasados políticos. Sería esto, por supuesto, tomar el efecto por la causa.

APÉNDICE 1

Rafael del Pino era, como Guiteras, cubano-americano y eterno estudiante de derecho, como Fidel Castro, de quien era amigo y compañero tanto en la Federación Estudiantil Universitaria como en la Unión Insurreccional Revolucionaria. Esta UIR y aquella FEU eran de un político las dos pistolas: recibían votos y balas y nunca iban solas. Del Pino, líder mayor, llevó a Fidel Castro a Bogotá a una espuria estudiantina, reunión de estudiantes aparente que se celebraría para boicotear la reunión de la Conferencia Pan-Americana que originó la OEA en 1948. Como síntoma de lo que Maquiavelo llamó *la grande confuzione*

los billetes de avión de Castro y Del Pino fueron pagados por Juan Perón, el hombre que fue Evita. 1948 es el año en que se escribió *1984* en Londres, pero en Bogotá fue cuando mataron a Jorge Eliecer Gaytán, el demagogo que todos los colombianos llamaban, imitando su ceceo, Forfe Eliefer.

Castro y Rafael del Pino participaron en los disturbios que siguieron al asesinato de Gaytán y al linchamiento de su asesino, un demente llamado curiosamente Juan Sierra. No se sabe que hicieron (o no hicieron) Del Pino y Castro entre las turbas bogotanas desatadas, pero no fue exactamente «tomar ese tinto que provoca». Ambos tuvieron que asilarse apresurados en la

generosa embajada de Cuba y puestos en un avión de carga rumbo a La Habana. A partir de entonces Rafael del Pino fue uno de los fieles más fieles de Castro. Esta fidelidad con Fidel, como a muchos otros, le costaría la vida un día. Pero durante un tiempo Felo y Fidel fueron felices camaradas errados y juntos complotaron contra Prío. A causa de aquellos complots, tuvieron que complotar contra Batista: eso se llama ganancia en río revuelto. Fue en México que los hermanos de sangre y fuego se convirtieron en Caín y Abel, o en Cristo y Judas, según Fidel Castro que acusó a Del Pino de traición. Rafael del Pino tuvo así que abandonar sucesivamente el Movimiento 26 de Julio, la ciudad y el

país. Pero regresó a Cuba, ya libre de Batista, en enero de 1959. Hombre de «sucesivas y encontradas lealtades» en diciembre de ese año Del Pino fue acusado, precisamente, de «ayudar a batistianos a abandonar la isla». Fue juzgado, junto con Huber Matos, por «conspirar contra los poderes del Estado», y condenado a 30 años de cárcel. Como otras veces, Rafael del Pino escapó con vida de milagro o, como dijo Fidel Castro, «gracias a la generosidad de la Revolución». (¡Da escalofríos pensar qué haría con sus víctimas una Revolución mezquina!) Finalmente, Rafael del Pino se convirtió en un suicida pertinaz y después de innúmeros intentos, sus guardas le

permitieron que se ahorcara en su celda de castigo solitario en la Prisión del Combinado del Este, la más moderna y cruel de las cárceles cubanas. Nadie explicó qué hacía una soga en la celda del ahorcado.

El suicidio de Rafael del Pino, eterno estudiante, ocurrió en 1980, que fue, como todos, un buen año para suicidarse en Cuba. ¿Escéptico? He aquí algunos números que muestran que las matemáticas son más crueles (o veraces) que la ficción más desbocada. Si alguien todavía duda de mi tesis o no cree en mis palabras, le dono estas cifras minuciosas, obscenas y perfectamente increíbles. El actual promedio de

suicidios en Cuba es de 21,6 por cada 100.000 cubanos. Es la mayor causa de muerte en Cuba Revolucionaria en las edades de 15 a 45 años. Éste es por cierto el más elevado índice suicida de las Américas, que dobla el de Estados Unidos, país capitalista y cruel. Mientras que México insurgente, incidentalmente, sólo tiene un promedio de 1,8 suicidas por cada 100.000 mexicanos. Esta estadística morbosa apareció en un informe del Ministerio de la Salud, de Cuba. Como siempre se omitieron las explicaciones, aun las más obvias. Para los que creen en el azar puedo añadir que estos datos se publicaron en 1980. ¿Alguna duda? Todas las cifras fueron compiladas por

el Negociado de Suicidios del Ministerio del Interior.

APÉNDICE 2

Pero hay otro pino en el campo de batalla de la muerte. Era Onelio Pino, ex capitán de la marina cubana y capitán del *Granma*, el yate en que Castro vino a Cuba con sus hombres en la expedición de 1956. Onelio Pino era hermano de la actriz habanera con nombre de habanera Orquídea Pino, entonces casada con un ingeniero de petróleo mexicano. Ambos ayudaron a Castro en su aventura. En su casa del Pedregal, barrio de lujo de Ciudad de México, solía reunirse Castro con sus secuaces. En Cuba la salud mental de

Onelio Pino se deterioró tanto como sus relaciones con Castro. Una noche se encerró en el garaje, encendió el motor de su auto y aspiró todo el gas de escape que pueden recibir los pulmones para envenenar la sangre y perder el conocimiento. El resto lo hizo el monóxido de carbono, ¿o fue el excesivo Castro?

Hay suicidios por contaminación política. En Chile, tan lejos y tan cerca de Cuba, Salvador Allende también se suicidó. Dice una nota de *El País* de diciembre de 1990:

«Allende se suicidó», afirma (Juan) Seoane. Según él y (David) Garrido, «las versiones sobre que murió en combate y fue rematado son puras

mentiras. El hecho de que se haya suicidado no le quita para nada valor».

APÉNDICE 3

Es doloroso cuando los amigos se convierten en estadística. Pedro Luis Boitel era un estudiante revolucionario y líder de estudiantes cuando chocó con el poder castrista. De la universidad pasó a esa otra universidad, la cárcel. He relatado, con la voz de su madre en *Vista del amanecer en el trópico*, cómo murió Boitel. Pero ni su madre ni yo dijimos que había sido un suicidio: Boitel murió en huelga de hambre en ese Castillo del Príncipe, que es una prisión sórdida en La Habana. Boitel, sin otra arma que su voz, murió por su propia

mano.

Olga Andreu aparece en *La Habana para un infante difunto* como lo que era: la musa de todos nosotros los de entonces. Su extraña fascinación iba más allá de su belleza y fue mentora de escritores y de cineastas por más de una generación. Su agudo sentido crítico y su afabilidad se escondían tras un acento amable: Olga nunca aceptó a los mediocres aun a costa de su soledad. Cuando todo se hizo más que mediocre anodino, decidió acabar con lo que quedaba de su vida y se arrojó del balcón del sexto piso en que vivió casi toda su vida. Curiosamente ese edificio llevaba el nombre de otro suicida, Chibás. Olga, hay que decirlo, era el

encanto: pocas mujeres he conocido tan encantadoras y a la vez menos conscientes de su influjo. Pocas muertes recientes han sido tan dolorosas.

Reynaldo Arenas se suicidó en un Nueva York que de irresistible pasó a ser imposible. Era el exilado total: de su país, de una causa, de su sexo y murió peleando contra el demonio. No ha habido un anticastrista tan pertinaz y tan eficaz. Cuando el sida no lo dejaba vivir, murió como había vivido: en guerra contra Castro. Pero su actividad política no le impidió saber que su destino cubano era la literatura y ha dejado detrás por lo menos dos novelas que son dos obras maestras. No descansa en paz sino en guerra.

ASTERISCO...

El Banco Interamericano me invitó a dar una charla, en español, en su sede en Washington. Estaba en mi casa a punto de volar a Estados Unidos, cuando recibí la visita de un cineasta cubano en el exilio que hoy vive en Hollywood. Conversábamos y sonó el teléfono. Una aparente secretaria me dijo que el embajador de Venezuela en Washington quería hablar conmigo. Enseguida se hizo oír una voz venezolana que me pidió, no preguntó, si yo no podía posponer mi charla.

Pensé que me pedía que escogiera otra fecha. Tal vez, me dije, será por casualidad el día de una efemérides:

nacimiento o muerte de Bolívar. No estoy al tanto de las fechas patrióticas sudamericanas. Pero el embajador me dijo que sería mejor si yo posponía mi evento. No entendí porque pensaba todavía en una colisión de fechas. «Quiero decir», dijo la voz, «que es mejor que usted no dé su charla». ¿Qué quería decir? Todavía no entendía: soy más bien torpe al teléfono. El embajador ahora, sin más demora, me pedía que pospusiera mi charla *sine die*. Seguía sin entender. Mi torpeza se hacía espesa. «Mire, le voy a ser franco.» Lo que era sorprendente en un embajador: los diplomáticos no pueden ser francos. «Mis amigos cubanos me han pedido que le pida a usted que no hable en

Washington, que no venga.» Me pareció el colmo de la injerencia y se lo dije. ¿Cómo era posible que el embajador de un país democrático se prestara a ser vocero de un grupo de agentes fidelistas, en territorio americano? Perdí la calma diplomática, que nunca tuve, y le informé al plenipotenciario, que él, embajador de una democracia, se había puesto al servicio de un grupo de gángsters. ¿Sabía usted que la embajada de Cuba no es tal embajada sino una sección de intereses? Lo sabía. Claro que lo sabía. Tartajeante el descendiente de Bolívar se excusó y colgó.

Mi amigo director de cine no había dicho una palabra, pero tenía todavía la boca abierta por el asombro. Volví al

teléfono. Llamé inmediatamente a Caracas, a una vieja amiga, Sofía Imber de Rangel, que sabía al dedillo todo lo del mundo político y cultural de Venezuela. Le conté lo ocurrido. Cuando terminé tenía la boca tan abierta como la de mi visita. Pero la cerró para abrirla más y dejarme a mi vez con la boca más abierta de los tres testigos. El embajador no era tal embajador, sino mero agregado cultural en Washington. Seguramente aspiraba, con ayuda de sus secuaces cubanos, llegar a ser embajador un día. No lo dudo. Los meandros de la política venezolana calcan su diseño del río Orinoco: todos van a dar a la mar donde aró Bolívar, tan amargo como su ciudad que una vez

se llamó Angostura.

Di la charla, claro que la di. Pero el Banco, siempre cauto, dispuso agentes de seguridad por todos los pasillos que iban a dar a mi parodia. La charla se llamaba «Parodio no por odio». El agente cubano se llamaba, cosa curiosa, Parodio.

VIDAS DE UN HÉROE

I

El Héroe Renuente

Conocí a Gustavo Arcos, cuando era embajador de Cuba en Bélgica, a donde llegué como agregado cultural en

octubre de 1962. Residía entonces en Bruselas, en la Avenue Brugmann, cerca de la vieja sede de la embajada en Avenue Molière. Allí, en el edificio de la Avenue Brugmann donde yo también viviría, tenía su residencia de embajador: un modesto estudio de una sola habitación, baño y cocinilla. Gustavo, un hombre religioso y callado, era la imagen viva del revolucionario en el exilio que había sido. Esas virtudes las ponía entonces enteramente al servicio de la Revolución, pero parecía que fuera un enviado de Loyola más que de Castro. Sin embargo no había nada jesuítico en Arcos ni comunista tampoco. Gustavo era un hombre franco, incapaz de intrigas porque no las

necesitaba o tal vez porque no sabía cómo. Gustavo Arcos era un genuino héroe de la Revolución. Esas virtudes fueron la causa de su eclipse y caída final.

Había visto a Gustavo Arcos en La Habana antes, cuando lo visité en el antiguo Hospital Ortopédico. Fui con Carlos Franqui, que ya había empezado a militar en el Movimiento 26 de Julio, que era, por supuesto, clandestino entonces. Gustavo convalecía en el hospital y la visita tuvo un carácter fugaz, que participaba de la clandestinidad permitida por la policía política de Batista como caridad precaria. A los pocos días, Gustavo, semiinválido, se escapó del hospital.

(Franqui, creo, no fue ajeno a su fuga.) Capturado de nuevo fue enviado esta vez al Presidio Modelo de Isla de Pinos. Ya estaba allí preso Fidel Castro, uno de los líderes del asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba. Fue en ese ataque donde Gustavo resultó herido de extrema gravedad. Que se salvara de su herida en el combate tanto como de la represalia del ejército batistiano es un quite que pertenece más al azar que a la historia. Fue también un desenlace increíble y, como todo acontecimiento histórico cruento, está teñido de una ironía salvaje y refinada a la vez. Uno de los agentes de ese juego irónico es el general Ramiro Valdés, ahora ministro del Interior de Cuba. Entonces el general

Valdés se apodaba Ramirito, no usaba barba y era lo que se llamaba en Cuba un mulato *ruso*. El adjetivo correcto es por supuesto rufo, pero no hay duda de que el vocabulario popular tiene sus presciencias. Valdés era, es, ruso.

En Bruselas intimé con Gustavo. Entre otras cosas porque debíamos vivir todos en la nueva embajada, una casona de diez dormitorios que estaba, cosa casual, frente a la embajada rusa. El edificio y los terrenos de la misión soviética quedaban, ¿cosa casual?, donde había estado el cuartel general de la Gestapo en Bélgica. Tenía razón Chesterton: hay edificios cuya sola arquitectura es malvada. O atrae a los malvados. A veces, en esa embajada

cubana que había sido un hotel burgués, durante las cortas noches de verano, conversábamos Gustavo y yo hasta que amanecía. Gustavo me contó entonces su vida y milagros. Empezando, claro, por donde comenzó su vida política y casi ocurrió su muerte: el asalto al cuartel Moncada y el milagro que salvó su vida. Pero hay que empezar por sus antecedentes.

En marzo de 1952, cuando ese ambicioso y cobarde general Fulgencio Batista, cuyos grados y hasta su nombre eran falsos (se llamaba en realidad Rubén Zaldívar y, como Fidel Castro, era hijo bastardo), Gustavo sintió lo que sentimos todos los que en Cuba teníamos entonces más de veinte años. Batista

había dado un golpe no al presidente Prío sino a las elecciones que debían celebrarse apenas tres meses más tarde. Era no sólo el súbito creador de todas nuestras frustraciones políticas, sino también un traidor a la misma constitución que él había ayudado a entronizar doce años antes. Gustavo decidió hacer algo drástico, aunque no sabía qué.

Era una respuesta a un dolor cívico impreciso y vago pero que había que remediar aunque se hiciera mayor la herida. Éstas son casi las palabras de Gustavo en una de aquellas noches blancas en que me contaba su vida política y yo componía su biografía.

Gustavo Arcos era un estudiante pobre

matriculado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana en el curso 1951-1952. Apenas tres meses antes de que terminara el año académico, Batista daba su golpe de Estado. «Incruento», lo llamó el dictador y su prensa: incruento fue pero Batista haría derramar más sangre en Cuba que ningún otro dictador cubano, con excepción, por supuesto, de Fidel Castro. El golpe de Estado ocurrió el 10 de marzo de 1952. Desde ese mismo momento Gustavo dedicó todo su tiempo y energías a combatir el régimen ilegal. Se asoció con otros estudiantes como Faustino Pérez, médico que después sería ministro varias veces en el Gobierno de Castro, y con Léster

Rodríguez, a través del cual conocería a Raúl Castro, amistad que, con el tiempo, resultó funesta.

Gustavo Arcos participó en varias manifestaciones públicas y asistió ritualmente cada domingo a la Universidad del Aire a hacer de caja de resonancia a las intervenciones radiales más o menos antibatistianas, todas toleradas por el dictador. Finalmente la Universidad del Aire fue asaltada por una turba política enemiga y el programa fue clausurado. Era virtualmente imposible hacer manifestación política pública ante el dictador. Su policía no era eficaz en suprimir la oposición, pero sí podía convertirla en clandestina. Aun las huestes dispersas del presidente

depuesto, Carlos Prío, se movían en ese terreno subterráneo que socava el edificio aparentemente sólido de toda dictadura. Así, cuando Léster Rodríguez lo invitó a una manifestación activa en Santiago de Cuba, Gustavo Arcos decidió trasladarse a la provincia de Oriente para una movilización reducida a Santiago, a más de mil kilómetros de la capital. El pretexto para el desplazamiento de este grupo de jóvenes (Gustavo tenía entonces 25 años) era el Carnaval de Santiago, fiesta celebrada al revés de La Habana, en pleno verano. Curiosamente ninguno de los manifestantes sabía bailar.

Fidel Castro junto con Abel Santamaría, Raúl Castro, Ramiro Valdés

y otros, había planeado no una manifestación civil sino un ataque al cuartel Moncada, el segundo en importancia de la isla. Pero el asalto no era todavía un asalto. Pocos de los supuestos manifestantes sabían que iban a una operación bélica: acción de guerra de guerrillas urbanas que no se definió nunca como el embrión de una guerrilla rural. Fidel Castro, que había vivido años en Santiago, quería tomar el cuartel, repartir armas a sus partidarios y apoderarse de la ciudad. Otros querían huir armados a los montes que rodean a Santiago, irónicamente parte de la formación montañosa de la Sierra Maestra. Otros, los más, no sabían dónde estaban ni para qué estaban.

Entre ellos figuraba Gustavo Arcos. Cuando Fidel Castro les comunicó a todos los reunidos, la noche anterior al asalto, antes de distribuir los uniformes de soldados batistianos con que se disfrazarían (estaban en tiempo de carnaval) para la operación de guerra, su plan, Gustavo Arcos se horrorizó. Había venido de tan lejos para un acto público que ahora se convertía en un gesto bélico, seguramente fatal para muchos inocentes, entre los que se encontraban no sólo los soldados que vivían en el cuartel, sino los vecinos de Santiago y, nunca en menor medida, los que habían venido, como él, a Santiago bajo falsas promesas. Gustavo se negó a participar en el asalto. Para Fidel Castro

esta negativa era una muestra de cobardía. Lo que no sabía Castro es que Gustavo era ya católico practicante con un carácter muy definido y un hombre peligrosamente honesto. Gustavo explicó sus razones. Había venido, dijo, a un acto político no a un hecho de sangre. Esto le costó ser sancionado como cobarde y encerrado con otros nueve renuentes en una de las habitaciones interiores, la puerta asegurada por fuera con un candado. Sin embargo, Gustavo Arcos sería el primero en disparar al comienzo del ataque —y el primero en ser herido.

Encerrado en el cuarto convertido en celda, ya tarde en la noche, Gustavo oyó a su amigo Léster Rodríguez bromeando

y chanceando de esa manera cubana que hace parecer que nada debe tomarse en serio nunca. Ni la vida ni la muerte. Luego Raúl Castro y Léster entonaron viejas canciones cubanas. Desde su cuarto, Gustavo los oyó cantar toda la noche. De pronto tomó una decisión, tocó a la puerta y cuando la abrieron pidió ser un asaltante más. Léster y Raúl lo aceptaron con júbilo. Gustavo Arcos iba si no dispuesto a matar por lo menos a morir junto a sus amigos. Sin saberlo acababa de completar la primera parte de «La breve vida feliz de Francis Macomber», ese cuento de Hemingway de un hombre que va a cazar al África y se comporta como un cobarde ante su primer león —para mostrar enseguida

que es valiente de veras. Sólo su esposa lo convertía en cobarde y lo destruye al final por su valentía. Para Gustavo Arcos esa esposa sería la Revolución. Entonces, claro, no se escribía con mayúscula.

Gustavo Arcos marchó, como los otros, hacia el ataque y la posible muerte. No iba en el tercer auto, junto a Raúl Castro y Léster Rodríguez, cantando sones de moda, sino en el segundo auto, carro de asalto, al lado de Fidel Castro, que era el chófer y el líder ahora de toda la operación. Castro no llevaba a Arcos a su lado por amor o por sentimiento de grupo. ¿Por qué entonces? Gustavo nunca se lo pudo explicar. En todo caso iba atrapado

entre la tensión nerviosa y la velocidad y la noche, que rápidamente se hacía día. Demasiado pronto estarían frente al cuartel, la operación comando casi de kamikaze. Fue entonces que Gustavo notó que Fidel llevaba espejuelos. Ya Fidel Castro detestaba que lo vieran con gafas en público y al entrar en la ciudad se quitó ese signo de debilidad y lo guardó en un bolsillo de su uniforme. Los asaltantes vestían como soldados, pero el uniforme de Fidel Castro era de sargento mayor.

Al llegar al portón del cuartel Moncada, todavía entre dos luces, el chófer del primer auto se detuvo, se bajó y gritó a los dos centinelas: «¡Paso al general!» Los guardias, confundidos,

abrieron la portada y se cuadraron. Dos de los asaltantes corrieron hacia ellos y los desarmaron fácilmente. Cuando el primer auto entró al cuartel, Fidel Castro avanzó el suyo. Pero por la escasa luz o porque no llevaba lentes, su auto se montó en la acera y golpeó contra uno de los mojones a la entrada con fuerza y mayor ruido. Acababa de comenzar el fracaso del asalto pero ni Fidel Castro ni los otros asaltantes lo sabían todavía. Castro miró detenidamente por el espejo retrovisor, ignorando que su auto estaba inmovilizado. Ahora se volvió a Arcos y le dijo: «Por ahí viene un soldado solo. Cógelo preso.» Gustavo, sin preguntar más, se bajó del auto y caminó hasta la

acera, pero al pisar el contén resbaló y cayó al suelo. Estaban tan cerca los dos hombres que Gustavo vio que el otro llevaba una bolsa de papel con un costado manchado de grasa. Gustavo pensó que el soldado regresaba al cuartel con un pollo frito o un bisté en la bolsa. El soldado (de cerca resultó ser un teniente) miró a Gustavo de uniforme pero tumbado por tierra. De alguna manera supo que era un impostor y sacó su pistola. Gustavo, todavía tendido por tierra, extrajo su arma y disparó, matando al teniente de un solo disparo. Era el primer y último hombre que mataría Gustavo Arcos. El estampido temprano alertó a la guarnición. El fracaso del asalto al cuartel Moncada se

acababa de completar.

Gustavo Arcos no supo cuándo perdió el conocimiento, sólo que se despertó para saberse herido. Del vientre le brotaba sangre, no demasiada y mansa por lo que no se alarmó. Pero notó con sorpresa que no podía ponerse en pie: ni siquiera podía mover las piernas. Luego oyó que lo llamaban por su nombre. Era Ramiro Valdés que se bajaba de un auto virtualmente acribillado a balazos para ayudar a Gustavo y subirlo de la cuneta al coche. Pero Ramirito no parecía mal herido. Dentro del automóvil había un hombre o dos, irreconocibles, ilesos. El auto rodó calle abajo como por una rampa a pesar de que sus gomas estaban perforadas por varios puntos. Ramirito

le dijo ahora a Gustavo que lo sentía pero tendría que dejarlo en la esquina de una calle cualquiera. Luego ayudó a Gustavo hasta la entrada de una quinta cerrada. No era mucha ayuda pero Ramirito Valdés le había salvado la vida a Gustavo Arcos —por ahora. Todos los que quedaron con vida del asalto dentro y fuera del cuartel, fueron fusilados o rematados si estaban heridos. El rescate de Arcos por Valdés sería la tercera ironía de este relato. Habría otras. La historia se complace en el chasco y en la chanza. Pero también sabe ser chabacana.

Ahora Gustavo Arcos estaba impedido de la cintura para abajo. Sin embargo se las arregló para llegar hasta el timbre y

llamar. Al rato acudió una mujer que abrió la puerta y no más abrirla y ver a Gustavo lleno de sangre, las piernas inertes, tumbado por tierra, intentó cerrarla. Gustavo tuvo entonces un reflejo salvador y colocó su brazo entre la puerta y la jamba, impidiendo que se cerrara del todo. «Por favor, señora» dijo Gustavo. «Disculpe pero yo no soy la señora, soy la sirvienta», dijo la mujer. «Pero ¿usted cree en Dios?» «Yo soy católica, señor». «Yo también», dijo Gustavo. «Entonces, por el amor de Dios, no me deje aquí fuera, que me van a matar.» Poca gente sabía entonces que había habido un asalto armado al cuartel Moncada, pero en el barrio debieron oír la refriega que duró más de una hora.

Todavía se oían disparos distantes.

La mujer abrió la puerta y Gustavo se arrastró hasta el interior. Dentro, Gustavo se encontró con un hombre de pie en la sala. Era el mayordomo. Gustavo se había acogido a sagrado en una casa rica. El mayordomo se ofreció a cambiar a Arcos de ropa. La sirvienta explicó que los señores estaban de vacaciones en Galicia: Julio en Santiago de Cuba es la estación ardiente. La herida de Gustavo había dejado de sangrar y la ropa limpia, de civil, le daba un aspecto más pacificador que el uniforme manchado de sangre y la cara de desesperado y la alarmante mirada fija. (Nunca vi a Gustavo mover los ojos, ni siquiera en las distendidas

madrugadas belgas. Esta concentración, cosa curiosa, la compartía con Fidel Castro.)

Gustavo pidió una guía de teléfonos local. Cuando la tuvo se arrastró hasta el teléfono próximo. Acababa de recordar que el médico que ayudó a traerlo al mundo, amigo de la familia, se había mudado hacía poco para Santiago. Gustavo trató de alcanzar el teléfono pero no lo logró. Dudó un momento en pedir ayuda al hombre y a la mujer que tenía cerca, expectantes. Ya bastante complicaciones les había creado con siquiera llamar a la puerta, mucho más al entrar en la casa y pedir refugio. Que le ayudaran a despojarse del uniforme y vestirse era mas que complicidad con el

crimen, era el crimen mismo y tal vez podría costarles la vida. Pero el mayordomo se acercó voluntariamente a marcarle el número. El médico no estaba en su casa, se había marchado va para su clínica. Allí lo encontraron ahora. Gustavo Arcos se identificó. Claro que el médico lo recordaba, le explicó a medias su situación, el médico le dijo que no se moviera, que él vendría a buscarlo en su auto— y así lo hizo.

Fue en la clínica que Gustavo perdió el conocimiento de nuevo. El médico descubrió que la herida del vientre, aparatosa, era sólo la salida del proyectil y no era nada al lado de una herida en la espalda que Gustavo no

sabía siquiera que había sufrido. La bala de alto calibre le había interesado la columna vertebral: de ahí la parálisis de las extremidades. El médico decidió operar. Fue una operación difícil y doble: en la espalda y en el vientre.

Cuando Gustavo recobró el conocimiento de nuevo, el médico le informó de su estado: estaba paralítico, tal vez de por vida, no había nada que pudiera hacer por él. Pero había. El Servicio de Inteligencia Militar (SIM), la policía local y el Buró de Investigaciones buscaban ahora a los sobrevivientes del asalto, por todas partes, sobre todo en los hospitales públicos y las clínicas privadas. El médico amigo se encerró con Gustavo

en su cuarto. Cuando vinieron a buscarlo (nunca se supo cómo dieron con él) el médico, a través de la puerta cerrada, declaró su voluntad de permanecer junto a su paciente. «Este hombre se está muriendo», dijo. La policía, convencida, dio a Gustavo Arcos por muerto en el combate y así apareció en las primeras listas de bajas.

Más tarde, Gustavo, inválido en una silla de ruedas, asistió a su juicio, en el que fue condenado junto a Fidel y Raúl Castro y los otros sobrevivientes del asalto. Antes de ir a cumplir condena como sus compañeros, Arcos fue ingresado en el Hospital Ortopédico de La Habana, de donde se escapó al comienzo de la narración de esta vida de

un héroe.

II

El Héroe Premiado

En la cárcel, Gustavo Arcos se sintió acosado por un Fidel Castro que no se resignaba al fiasco político del asalto. Su éxito, creía, lo habría llevado al poder presidencial en poco tiempo. No estar ya en el poder, era culpa del fracaso de la operación militar. El culpable directo de esa catástrofe (más bien debió decir, al recordar a los muertos, si los recordaba, hecatombe) era Arcos por haber disparado ese primer tiro que alertó a la guarnición. Castro creía, y juraba por su creencia,

que el disparo de Arcos había sido intencional, una señal acordada o, lo que es peor, una cobardía sin nombre. Costó que hombres como Raúl Castro y Léster Rodríguez y aun Ramiro Valdés le advirtieran de su error. A veces, cuando se encontraban en el patio de ejercicio, Castro apostrofaba a Gustavo, que, como de costumbre, no se quedaba callado. En una ocasión, Gustavo le respondió a Castro que el culpable del fracaso del asalto era su vanidad, al no querer usar gafas en público. Castro no le volvió a hablar en la prisión.

Cuando los asaltantes todos fueron indultados por Batista (a enemigo que huye, pero el General llamado también *El Hombre*, se equivocó, se equivocaba:

para Batista no había enemigo suficiente) se reunieron en Ciudad de México a complotar y a conspirar y armar una expedición para invadir a Cuba. Entonces Fidel Castro pareció olvidar su viejo rencor contra Arcos. Un día, sin embargo, Raúl Castro le dijo a Gustavo que habían desenmascarado a un espía entre ellos. Sin decirle quién, invitó a Gustavo a formar parte de la patrulla que era a la vez tribunal militar y pelotón de fusilamiento. El consejo de guerra se celebró en otra parte de Ciudad de México y ahora todos se dirigieron a las afueras, donde tendría lugar la ejecución. Por primera pero no única vez, Raúl Castro dirigía un pelotón de fusilamiento. Los fusileros

eran un solo hombre y en vez de rifles se emplearía una única pistola de pequeño calibre. Mientras mataban al presunto culpable, Castro vigilaba pistola en mano desde la espesura. Lo que asombró primero a Arcos y luego lo alarmó es que todo el tiempo que duró la ejecución Fidel Castro insistió en tener cerca a Gustavo. Siempre, como al descuido, su pistola apuntaba a Arcos. Luego todos tuvieron que enterrar al presunto traidor. Tomó más tiempo que matarlo. Gustavo Arcos nunca entendió esta escena. Hasta que recordó que de todos los complotados sólo él protestó por aquel asesinato.

Cuando llegó la hora del embarque hacia Cuba, todos se reunieron en

Veracruz. Antes de partir, Arcos fue atacado por un brote virulento de varicela. De haberse producido en ahumar Gustavo habría tenido que echarse al agua o ser arrojado por la borda por sus compañeros, por miedo al contagio. En su lugar vino su hermano Luis. Luis fue apresado durante el desembarco y fusilado por el ejército de Batista. Para dolor de Gustavo su único epitafio fue el nombre de un barco de carga. A pesar de que había quedado inválido de la pierna izquierda, Gustavo mostraba una movilidad extrema: viajaba a Centro América y Venezuela, haciendo acopio de armas por todas partes y enviándolas a la Sierra. Cuando triunfó la Revolución regresó a La

Habana como el héroe que era —para sufrir un ostracismo total. Varios meses después del triunfo de la Revolución se encontraba en La Habana sin empleo, sin ser ubicado, sin orientación. Evidentemente Fidel Castro no olvidaba —ni perdonaba.

Pero en setiembre de 1959 fue llamado a Palacio por el presidente Dorticós, el mismo que al ser depuesto por Fidel Castro se suicidaría. Dorticós le preguntó a Arcos si le gustaría ir de embajador a Bélgica. En ese tiempo Bélgica era, vista desde La Habana, la otra cara de la luna. Gustavo dijo que sí enseguida.

En Bruselas Gustavo Arcos era un embajador excepcional entre el cuerpo

diplomático de los países comunistas. No era un hombre culto o perspicaz pero era algo mejor: era discreto. Había aprendido pronto las gracias de la diplomacia y manejaba el protocolo y la etiqueta con soltura. Representaba a Cuba con dignidad en Bélgica, Dinamarca y Luxemburgo. Había hecho relaciones con todo el cuerpo diplomático, tenía estrecha amistad con gente prominente en el Partido Socialista belga y se llevaba más o menos bien con los comunistas, viejos estalinistas. Sobre todo no era un intrigante. En La Habana, el ministro de Relaciones Exteriores Raúl Roa, el hombre que quiso ser héroe y nunca pudo, respetaba a Arcos a distancia.

Gustavo Arcos estuvo de embajador de Cuba en los Países Bajos desde fines de 1959 hasta mediados de 1964. Podía haber sido embajador por muchos años, pero en su viaje de consulta iba a quedarse en La Habana para siempre. Igual suerte corrió Enrique Rodríguez Loeche, viejo agitador del Directorio Estudiantil Revolucionario (el grupo de guerrilla urbana responsable del fallido asalto al palacio presidencial de Batista en 1957) y embajador en Marruecos por un tiempo. Una vez, *circa* 1952, Loeche, en plena plaza Cadenas de la Universidad de La Habana, había encañonado a Fidel Castro con su pistola calibre 45. Fue sólo un gesto político y público pero Castro no se lo

perdonó nunca y lo que es peor, jamás lo olvidó. Gustavo Arcos era, en 1965, el hombre que el 26 de julio de 1953 había hecho fracasar el asalto al Moncada. O así creía Castro todavía.

Arcos había hecho anteriormente otro viaje de consulta a La Habana en 1962 y regresó en 1963 con dos nuevos colaboradores. Uno era Héctor Carbonell, joven hijo (17 años) de un prominente líder obrero amigo de Arcos. El otro era Juan José Díaz del Real, a quien había que llamar Jota Jota siempre y nunca Díaz. Gustavo lo había conocido en sus días de viajero del Movimiento 26 de Julio en Caracas. Díaz del Real había sido embajador en República Dominicana en 1959. Un día,

en la entonces Ciudad Trujillo, se encontró con un conocido batistiano que de lejos levantó una mano para saludarlo. Díaz del Real, sin mediar palabra, sacó su pistola, disparó y mató al cubano cordial. (Para mi asombro y ulterior horror comprobé que los cubanos eran los únicos diplomáticos acreditados en Bélgica que iban a todas partes con una pistola en la cintura.)

Díaz del Real declaró luego que creyó que su amigo era ahora enemigo y su mano una amenaza. Corriendo se refugió en la embajada. Una turba lo persiguió y al verlo cerrar tras sí la puerta de la sede, le pegaron fuego al edificio. Ahora la embajada ardía en llamas y los bomberos no aparecían. Trujillo, por un

pique con Castro (desde los días en que una expedición de estudiantes cubanos amenazó su estabilidad) había ordenado que nadie moviera un dedo en favor de los cubanos atrapados en su embajada. Finalmente el decano del cuerpo diplomático, el nuncio, intercedió y su mediación hizo que los bomberos salvaran a los cubanos en el último protocolo. Díaz del Real nunca volvió a ser el mismo o si lo fue, fue de otra manera. Ahora, ese hombre terriblemente enfermo, paranoia pura, venía a ayudar a Gustavo Arcos en su embajada.

Pero, cosa curiosa, su resentimiento verbal, que pronto volcó sobre el «amigo Gustavo», estaba dirigido al

principio no hacia Trujillo sino, asombrosamente, hacia Salvador Allende en Chile, al que culpaba de su desgracia diplomática. Sucedió que después del duelo dominicano y recobrado para ser embajador en Santiago ante el presidente Jorge Alessandri, Díaz del Real hacía gala dondequiera de sus relaciones públicas y privadas con Allende, eterno candidato a la oposición. Allende, amistoso, agradecido, hasta le regaló un perro pastor alemán a Díaz del Real, para que «cuidara la Casa de Cuba». De pronto J. J. cometió una *gaffe* que tuvo gafe. Allende vino en visita anunciada a la embajada de Cuba una noche y Díaz, cubano corito, ¡lo recibió en pijama! No

conocía a Salvador Allende evidentemente. El virtuoso visitante no sólo dio media vuelta y abandonó la embajada, sino que escribió una carta personal a Fidel Castro quejándose del ultraje a su pudor. El enviado de Castro, mal mandado, fue *ipso facto* ordenado de vuelta a La Habana. Esta vez no regresó vencedor con la aureola de fuego dominicano sino que fue enviado al hielo de los olvidados. De esa última desgracia del purgatorio y la purga lo sacó el «amigo Gustavo Arcos». Para su propia desgracia.

Arcos tuvo que viajar a Praga para curar o al menos aliviar su pierna tullida y Díaz del Real se hizo cargo de la embajada como encargado de negocios.

Hombre infatigable y de una extraña manía burocrática, Díaz del Real se encerró a trabajar (nunca fue a una recepción) para poner la embajada en orden. Según él, el desorden de archivos, *dossiers* y documentos que encontró eran suficientes para desconfiar de la habilidad de Arcos como embajador y desacreditarlo. Se olvidaba de que una embajada no sólo es archivos y cartas que van y vienen. A pesar de todo Gustavo Arcos era un excelente embajador. Ahora parecía que Díaz del Real se debatía en su deber. «Yo no puedo serrucharle el piso a Gustavo», decía una y otra vez. «Es mi amigo pero yo soy un revolucionario.» Dice la madre de Hamlet en *Hamlet* de

Ofelia: «Me parece que protesta demasiado.» Hubo un momento en que las protestas de Jota-Jota parecían no encontrar eco sino crear su propia razón de ser. Cada día Díaz del Real efectivamente serruchaba el piso bajo los pies de Arcos. Era, Macbeth, un usurpador renuente.

Cuando Arcos regresó de Praga no le costó mucho trabajo notar la labor de zapa: era visible en cada rincón de la cancillería. Comenzó entonces una lucha sorda que era una batalla por el poder tan audible que el ruido llegó a La Habana. De allá vino uno de los más increíbles mediadores. (A su lado Dag Hammarskjiold era un policía de tránsito). Se llamaba Agustín Aldama.

En realidad su nombre era Pablo pero se lo cambió a Agustín porque consideraba Pablo afeminado. Llámese Agustín o Pablo Aldama era de veras impresionante. Era un negro flaco que medía un metro noventa, con largas manos huesudas y tuerto del ojo derecho. Usaba, para ocultar su ojo de vidrio, unas enormes gafas negras que lo hacían un *Tomtom Macoute* (cubano). Había perdido su ojo en una de las batallas gangsteriles que tuvieron lugar en La Habana en los años cuarenta y cincuenta. Aldama militaba en la UIR, la misma banda a que perteneció Fidel Castro antes del asalto al Moncada. Este mediador desmedido estaba orgulloso de ser uno de los pocos seres humanos

que sobrevivió a un disparo de pistola calibre 45 en la cabeza. Lo decía constantemente, lo repetía. Hastiado, un día le pregunté que cómo sabía él que era un ser humano. Lo tomó como chiste. Es bueno, de vez en cuando, tener fama de chistoso.

Aldama era, además, hermano menor del actual jefe del DTI, Dirección Técnica de Investigaciones, en La Habana, que sustituía al antiguo Buró de Investigaciones batistiano. Su hermano era conocido como *el Bestia*. Ambos habían sido en su exilio de México *stuntmen*, o especialistas en caer del caballo a galope. Este Aldama decía y repetía con orgullo que había sido sustituto de Robert Mitchum a caballo en

The Wonderful Country. Dejó de decirlo cuando yo le recordé que ese oeste había sido prohibido en Cuba porque sus villanos se llamaban los Hermanos Castro.

Sus credenciales, muy misteriosas, lo acreditaban como cuarto secretario y en la embajada no había tercer secretario. Era, teóricamente, un G2 o agente de la Seguridad del Estado y aunque se suponía que venía a hacer labor de espía o contraespía o ambos, nadie en la embajada dudaba que el enemigo a vigilar era cada uno de los miembros del cuerpo diplomático acreditados en Bélgica. Es decir, nosotros. Aldama, el amigo de todos, no tardó en hacer liga con Díaz del Real, mientras lo miraba

trabajar en el sótano de la embajada, con sus largas piernas, que terminaban en desmesurados zapatos, descansando encima de su escritorio: parecía una mantis atea. Entonces ocurrió lo que en un ajedrez demente se llamaría gambito doble. Díaz del Real fue enviado de embajador a Finlandia («A mí siempre me ha gustado más el frío») y Gustavo Arcos regresaría a La Habana entre rumores enemigos y amigos: «Gustavo va de embajador a Italia», «Arcos va al muere». No fue ni a una cosa ni otra.

Agustín, llamado Pablo, Aldama fue finalmente mandado a buscar de La Habana también. Me lo comunicó en París el viceministro Arnol Rodríguez. «Dale la noticia sin violencia», me dijo

Arnol. «No queremos que se asile en Bélgica.» «No creo», le contesté a Arnol, «que nadie lo quiera en Bélgica». Aldama, el falso Watusi, el seudoagente, el hombre de armas tomar se fue a Cuba largo y tendido. Antes de irse se empeñó en enviar por barco un enorme auto Buick del año ¡1957! que había hecho traer de La Habana consigo. Aldama no era un coleccionista de autos sino todo lo contrario: el Buick se desintegró a ojos vistas. Pero era evidente que sentía apego por esta máquina que era el arma favorita de los gangsters de antaño. El conspicuo agente secreto se llevó los restos mortales de su Buick a Cuba.

Pero dejó detrás una memoria tan luenga como su cuenta pendiente en un

bar cubano (de la estación de Midi en Bruselas), una pistola desmesurada con la que no quería viajar ahora y una muchacha belga, secretaria suplente de la embajada, que quedó en un embarazo más físico que moral. No duró mucho su estado, gracias a la eficacia de un abortólogo belga. A las pocas semanas llamaba al antiguo Agustín por el nombre de Aldamá, que rima casi con jamás. Aldama se fue escorado a Cuba pero no se hundió. En el mar revuelto totalitario los Aldamas nunca se hunden. Pero Pablo, o Agustín, había sido, por pocos meses es verdad, nuestro James Bond de color. Su eficacia en las labores de inteligencia y de intriga internacional me hicieron, sin embargo,

llamarlo Jambón. Su famosa frase, «Óigame, compañerito», que por un tiempo fue intimidante, se hizo risible y con ella reía Arcos. Hizo mal. Hicimos mal.

III

El Héroe Castigado

La madrugada del 2 de junio de 1965 recibí en Bruselas una llamada de Carlos Franqui desde La Habana diciéndome que mi madre estaba muy grave y al mismo tiempo dándome a entender que su gravedad era fatal. Llamé enseguida al ministro Roa, pidiéndole permiso para regresar a Cuba de inmediato. El permiso siempre

habría sido necesario pero ahora era imprescindible. Era yo el encargado de negocios y no había absolutamente nadie más en la embajada, si se exceptuaba Miriam Gómez, mi mujer. Roa oyó mis razones y me dio su permiso personal para regresar a La Habana. Mi madre murió en mi camino a Cuba y viajé del aeropuerto a la funeraria donde se celebraba el velorio. Había gente conocida por todas partes. Franqui, entre otros, había ido a esperarme al aeropuerto. Ahora en la alta escalinata de la funeraria me encontré con Gustavo Arcos. Había conocido a mi madre en Bruselas, a donde fue de breve visita. La había invitado al teatro y a cenar y los dos quedaron encantados. Mi madre

encontró a Gustavo tan bien parecido como un piel roja del cine (Gustavo parecía más vasco que indio) y Gustavo se sorprendió de los conocimientos de mi madre (que era una absoluta fanática del cine) y ambos fueron felices en su doble error, por un tiempo.

Ahora, fuera de la funeraria, después del pésame, al acercarse Franqui, conversar y seguir luego hacia el edificio en luto, Gustavo me aseguró que Franqui estaba loco. No supe qué quería decir. «Imagínate que dice que Aldama, ¿te acuerdas de *Jambón*?, me anda siguiendo en una máquina de alquiler disfrazado de chófer de taxi. ¿Quieres mayor locura?» No dije nada. Todavía estaba golpeado por la súbita muerte de

mi madre. «Mira», me dijo Gustavo, «¿tú crees que eso sea un taxi con Aldama adentro?» Miré y ví un auto que podía ser o no ser un taxi. (Entonces los taxis no estaban marcados en Cuba.) Con un chófer negro que podía ser o no ser Aldama. No tenía importancia ahora. Nada tenía importancia. Ni Aldama ni su hermano *el Bestia* ni su doble misión. Nada.

Dentro, después de un rato, Franqui se me acercó y me llevó a una capilla vacía. Franqui siempre ha sido un campesino cauto. Me juró que él había visto a Aldama rondando la funeraria, detrás de Gustavo evidentemente. No creí que Franqui mintiera ni viera visiones. «Tú sabes», me confió

Franqui, «o debes saber ya que la imaginación no es el fuerte de Gustavo. Eso es lo que lo hace un hombre valiente. No puede imaginarse la muerte. Pero tampoco es capaz de creer que mañana saldrá el sol. Nuestro amigo padece de falta de imaginación. Lo que más tarde o más temprano va a traerle problemas. Con Aldama, con su hermano, con Ramirito y hasta con Fidel». Le dije a Franqui que por lo menos Arcos no era paranoico y nunca padeció de delirio de persecución. Franqui se sonrió. «¿Y tú crees que Fidel no lo sabe?», me dijo y regresamos los dos a la capilla ardiente.

Al día siguiente fui al Ministerio a una consulta con el ministro Roa. Roa me

dijo, después de pulir sus zapatos en sus pantalones varias veces: «Chico, ¿qué opinas tú de Arcos? ¿Es o no un borracho?» Le dije lo único que podía decirle: la verdad. No, Arcos no era un borracho. Nunca lo había visto bebiendo alcohol. Bebía, sí, de vez en cuando, un poco de vino con las comidas, que es una costumbre europea. «Pero tú has vivido en la embajada», insistió Roa. Nunca lo vi borracho. Ni una vez. Ni siquiera bebido o mareado. «Bueno», dijo Roa, «me han informado mal». Luego pasó a darme una noticia sorprendente. Arcos no regresaría a Bruselas y yo debía de hacerme cargo en firme de la embajada. «Regresas como encargado de negocios en propiedad»,

me dijo Roa. «Con rango de ministro. Tienes que irte enseguida.» Le dije que estaba listo.

Del Ministerio de Relaciones Exteriores me fui al apartamento de Arcos, que quedaba entre camino del Ministerio y la casa de mi padre, donde vivía yo ahora. No le conté a Arcos de la insistencia de Roa en obtener evidencia de su supuesto alcoholismo. Le dije, sí, que Roa me había ascendido a ministro y me había pedido que regresara a Bélgica, cuanto antes, como encargado de negocios en propiedad. Gustavo recibió la noticia con agrado, pero no creo que con demasiado agrado. Al menos se frotó la pierna izquierda, la tullida, que era en él un hábito y una

señal. Arcos me dijo que hubiera querido que yo fuera con él a Roma de agregado cultural. Ya era seguro, me confió, que sería nombrado embajador en Italia. Raúl, Raúl Castro, se lo había confirmado. Se ofreció a ir conmigo al aeropuerto para mi regreso a Bélgica. Ese regreso, por supuesto, nunca tuvo lugar.

Nunca me fui de Cuba ese domingo 13 de junio. Quince minutos exactos antes de coger el avión de Cubana rumbo a Madrid con mis dos hijas, recibí una llamada de Arnol Rodríguez, viejo amigo, viceministro de Relaciones Exteriores. «Oye», me dijo al oído, «¡qué bomba! No te puedes embarcar. Tienes que ver al ministro Roa, que

quiere hablar contigo». Pero ya yo había visto a Roa. «Te quiere ver de nuevo», me aseguró. «Pero mi equipaje está ya dentro del avión», argüí. «Que te lo devuelvan, recógelo y regresa a La Habana. Ven mañana al Ministerio.» Cosa curiosa, en el aeropuerto supe que mi equipaje nunca subió al avión.

Al día siguiente fui temprano al Ministerio y no vi a Roa. De hecho nunca volví a verlo. Como un personaje de Kafka me habían convocado al Castillo, a entrevistarme con el castellano, que no me podía ver. Corrección: vi a Roa dos veces. Una vez iba yo camino de su despacho cuando salió Roa y empezó a caminar hacia mí. Al darse cuenta de que avanzaba hacia

él por el estrecho pasillo, abrió la puerta más próxima —y comenzaron a lloverle escobas, un trapeador, baldes. ¡Había tratado de entrar en el cuarto de limpieza! En otra ocasión yo estaba en el antedespacho de Arnol Rodríguez, conversando con sus secretarias y entró Roa. Sentado detrás de la puerta, Roa sólo me vio cuando había cerrado la hoja. Al verme, Roa arrancó hacia la puerta más próxima —y entró en el despacho de embajadores. Las dos secretarias se echaron a reír. ¿Qué pasó? «Es que ahí dentro está Arnol con el embajador suizo», dijo una secretaria. Arnol le había dicho al embajador, de parte del ministro, que el doctor Roa estaba ausente en la provincia de Las

Villas y no podía recibirlo.» No vi nunca más a Roa. Supe, en una suerte de recado torcido, que había dicho que después de lo que pasó en el aeropuerto nunca podría enfrentarme. No a un hombre a quien antes había ascendido y enviado al extranjero. Además, había vuelto a Cuba al entierro de su madre. Roa, decía Roa, hasta había enviado a su hijo al velorio con una corona y su pésame.

Nadie supo nunca por qué me bajaron del avión, por qué nunca volví a ver al ministro Roa, por qué se me mantuvo cuatro meses retenido en La Habana. Mi amigo el comandante Alberto Mora y el hombre a quien debo todavía mi salida de Cuba, me dijo un día: «¿Sabes que

me encontré con el Gallego Piñeiro en la recepción de la embajada china?» No lo sabía pero sabía quién era el Gallego Piñeiro, hombre de muchos alias. Era conocido en Cuba como *Barbarroja*, se llamaba Manuel Piñeiro y era viceministro del Interior a cargo de Contrainteligencia. Había vivido años en Nueva York y curiosamente lo conocí allá en 1957 en casa del pintor Julio Zapata, que tenía un *flat* en el barrio bohemio de Greenwhich Village. Zapata mantenía una política de puerta abierta para todos los cubanos. Recuerdo que el Gallego Piñeiro se pasaba todo el tiempo tirado en una tumbona con zapatos y todo. Pero sin hablar, como corresponde a un futuro jefe de espías:

mis labios están sellados.

Alberto Mora me interrumpió: «¡Ése no es maestro de espías ni nada! No es más que uno de los comandantes de Raúl. Nunca tiró un tiro en la Sierra. ¡Pero cómo dispara elogios al Máximo Líder! Su puntería, hermano, no falla.» Alberto usaba a menudo esas imágenes bélicas. Pero ese comandante Piñeiro entonces, hoy general sin ejército, le dijo a Alberto en esa recepción china: «Ese», queriendo decir yo, «sale de Cuba pero por encima de mi cadáver». Alberto, que era un hombre valiente, sólo le dijo: «¡Vamos a ver!» De seguidas me contó: «Tú sabes que ese espía maestro va a todas partes con un vademécum esposado a su brazo.» Un

día, después de un consejo de ministros al que vino a informar sobre sabe Dios qué conjura, se fue sin su vademécum. Cuando ya se había ido se encontró su portafolio ¡esposado al brazo de su silla!» Ésta era, sin duda, una anécdota para animarme, pero Alberto añadió: «Ahora a ver a Carlos Rafael, y con su ayuda, que vale más que un ministro, vamos a ver a Dorticós, que vale más que un ministro y un viceministro. Vamos a ver quién pasa sobre el cadáver de quién.» Alberto Mora, un verdadero revolucionario, se suicidaría pocos años después, en revulsión moral.

En mi larga visita a La Habana, que se hizo demasiado larga, ví a Gustavo muchas veces en su casa. Un día me dijo

que lo había convocado Ramirito a su despacho del Ministerio del Interior. Me pidió que viniera a verlo luego después de la entrevista. Lo hice. Parecía entusiasmado. «Estuve conversando con Ramirito y saqué en conclusión que Aldama está tinto en sangre, envuelto en llamas y cayendo en picada», también Gustavo solía afectar esta especie de jerga del Ejército Rebelde. ¿Cómo lo sabes?, le pregunté. «Ramirito tiene esta teoría», contó Gustavo. «Dice él que ocurre cuando conversa con alguien.» ¿Cómo conversa? «Bueno, interroga, vaya. Cuando Ramirito interroga a alguien sabe enseguida si es culpable o inocente nada más que por el movimiento de las manos. Aldama va

abajo ahora. Ya verás.» Gustavo, le pregunté, ¿y cómo sabes tú que Ramiro Valdés hablaba de Aldama? «Porque era de Aldama que hablamos.» Pero, ¿no sería de ti que hablaba? ¿No serías tú el que estaba a prueba? ¿No serán tus manos las culpables? Gustavo dio un salto: «¡Tú estás como Franqui, que ve fantasmas dondequiera! Ramirito hablaba de Aldama.»

Gustavo estaba más que excitado, agitado por algo más que mis palabras. De pronto me dijo: «¿Tú sabes lo que me dijo Faustino esta mañana?» Faustino era el doctor Faustino Pérez, viejo compañero de Gustavo desde los primeros días de la agitación contra Batista, aun antes del Moncada, al que

también había sobrevivido. «Faustino me dijo, cuando le dije que me iba a ver al amigo Ramirito, estas palabras exactas: “Gustavo, ya no hay amigos en Cuba. No quedan. Vas a ver al comandante Ramiro Valdés, ministro del Interior.” Eso me dijo Faustino.» Dejé a Gustavo preocupado. No sé si por lo que me dijo o por lo que le dije o por lo que le dijo Ramiro Valdés, o por lo que le dijo Faustino Pérez, ministro de Obras Hidráulicas. O por todas esas cosas.

Cuando me iba de Cuba para siempre, Gustavo todavía esperaba su retribución romana. ¿O era un milagro? La última vez que lo vi le dije que se fuera del país, con cualquier pretexto. Era visible

que su Roma no tendría lugar, que ya no era convocado al ministerio nunca, que ni siquiera Raúl Castro contestaba sus llamadas. Pero finalmente pareció más abatido que resignado, más indeciso que al volverlo a ver en La Habana: un héroe más que cansado, derrotado.

Fue al poco tiempo de estar en Europa, cuando todavía vivía en Madrid, que supe que Gustavo había sido arrestado. Cuentan que estando en la prisión venía Ramiro Valdés, aquel que lo salvó una vez, a verlo en su celda. «Gustavo», le decía, «¿por qué no confiesas?» Discutía entonces en su celda con Gustavo la conveniencia de la confesión como si fuera un cura convencido. «¿Por qué tú no

confiesas?», repetía Ramiro Valdés en cada visita. «Porque no tengo nada que confesar, Ramiro», exclamó un día Gustavo. «No importa, Gustavo», insistió Ramiro Valdés. «Confiesa. Si confiesas no te va a pasar nada. No es más que un trámite legal. Si confiesas hasta te sientes bien. Después hacemos un documento de confesión, tú lo firmas y ya está. Sales de la cárcel.» Arcos estaba en una situación imposible: era un reo sin causa. Dentro de poco vendría la condena antes que el veredicto. Sólo lo mantenía firme su testarudez, su tenacidad y su incapacidad para establecer una relación de causa y efecto. También, hay que decirlo, lo sostenía su madre, la enclenque pero

formidable doña Rosina Bergnes, que siempre que conseguía visitarlo le decía a su hijo: «Gustavo, tú no confieses. No les digas nada a estos comunistas, ¿oíste? Ni una palabra.» Gustavo nunca confesó el crimen que no había cometido.

Pero confesión o no, Gustavo Arcos fue condenado, sin veredicto, y por supuesto, sin causa. El mundo totalitario es un orbe todo efectos: Marx no necesita causas. Estuvo en la cárcel cinco años, los otros cinco de la condena los pasó en el apartamento de sus padres, en arresto domiciliario, sin recibir visitas ni oír llamadas por teléfono. Finalmente, quedó libre pero convertido en un apestado: el héroe

como paria.

Un día pidió permiso para salir, legalmente, de Cuba, que le fue negado. Antes se había divorciado de su esposa Fabiola, belleza ecuatoriana que conoció en México, donde se casaron en 1958. Fabiola dejó Cuba con sus hijos Gustavito y David. En Ecuador, Fabiola supo que tenía cáncer y viajó con sus dos hijos a Miami, buscando cura. Aquí Gustavito, de veintiún años, fue atropellado por el auto de una americana borracha cuando iba en su motocicleta de mandadero. Las heridas fueron tan graves que quedó en estado de coma perpetuo. Desesperado, Gustavo Arcos trató por todos los medios de irse de Cuba. Con su hermano Sebastián, que

había sido segundo jefe de la Marina Revolucionaria, consiguieron un bote y lograron dejar la playa y la costa. En alta mar fueron interceptados por un guardacosta cubano. Devuelto a la playa Gustavo supo que había estado vigilado siempre, aun antes de coger el bote. Había sido, simplemente, el juego del gato y el ratón. Los dos hermanos Arco fueron juzgados a principios de 1982 y condenados a 14 años de cárcel Gustavo, Sebastián a 11 años.

Ahora el caso Gustavo Arcos adquiere ribetes melodramáticos. Con Gustavito todavía en coma, Fabiola Arcos fue invitada por Fidel Castro a venir a Cuba, a que su hijo fuera tratado por la ciencia cubana (*sic*). Fabiola,

desesperada, tuvo que aceptar la proposición y fue instalada en una habitación del Hotel Habana Libre, antiguo Habana Hilton, hotel de lujo. Gustavito fue internado en el mejor hospital de Cuba, Hermanos Amejeiras. Allí Fabiola supo que Castro había dado órdenes precisas de curar a Gustavito por todos los medios. Lo que no había conseguido la mercenaria medicina capitalista, lo lograría la altruista medicina socialista. En una ocasión permitieron a Gustavo visitar a Gustavito. Luego David, el otro hermano, vino de Miami a ver a su hermano, a su madre y (la Revolución es siempre generosa) a su padre Gustavo en la cárcel: virtualmente un milagro

totalitario. La entrevista ocurrió (no sé si puedo usar este verbo azaroso) en Villa Marista, viejo plantel católico ahora convertido en sede de la Seguridad del Estado. La reunión del padre y el hijo que apenas se conocían tuvo lugar en una celda de los sótanos de Villa Marista. Gustavo llegó acompañado no de un carcelero sino de un investigador de Seguridad, que se identificó ante David. El inquisidor estuvo de pie frente a ellos la hora exacta que duró la entrevista. David no lo vio siquiera pestañear, mucho menos moverse. Gustavo estaba vestido con ropa barata pero nueva y zapatos nuevos. Le explicó a David que se lo habían prestado para la entrevista.

¿Prestado? Sí, tendría que devolverlos a Seguridad del Estado al final. Conversaron libremente de Gustavito, de la vida de David en Miami, del estado de salud de Fabiola. Finalmente Gustavo le hizo a David una revelación extraordinaria. Fidel Castro había venido a verlo a la cárcel y le dijo que podía quedar libre en ese mismo momento, siempre que le prometiera, le jurara por su Dios, que no intentaría otra vez irse de Cuba. Gustavo no prometió nada. Fidel Castro se fue y Gustavo fue internado en solitario hasta hoy, día de la entrevista con David. Cuando volviera a la cárcel volvería a su solitario. Pero no estaría solo. Gustavo, cada vez más religioso, le habló a David

de Dios casi obsesivamente todo el tiempo que duró la visita.

Este relato ha sido compuesto por mis recuerdos de Gustavo, de sus conversaciones belgas, con narraciones de Carlos Franqui, con datos obtenidos aquí y allá, y, finalmente, con una larga conversación por teléfono con David Arcos, su hijo, desde Miami, que pagó el editor Arturo Villar Bergnes, primo de la familia. No sé si la publicación de estas notas le hará mal a Gustavo. Creo de veras que Gustavo no puede estar peor. Aunque en un país totalitario peor es apenas un pero mal escrito. No sé tampoco si le hará bien. Pero hago público su vía crucis porque mientras fue privado nadie hacía caso: todos oían

pero nadie respondía.

Desde la primera prisión de Gustavo Arcos he tratado de ayudarlo. Ahora he renovado esas gestiones. He visto a políticos belgas, del Partido Socialista, y a socialistas españoles influyentes, y a parlamentarios ingleses y a un miembro de la Cámara de los Lores. Hasta escribí y hablé a Amnistía Internacional.

También hablé, hace poco, con Jane Kirkpatrick, embajadora de los Estados Unidos en las Naciones Unidas. Todo ha sido inútil. Más inútil fue hablar con un poderoso editor de revistas americano. Hace poco hubo una conferencia de escritores en Londres bajo el título facético de «Matan a los escritores, ¿no es verdad?». Me invitaron a hablar. Les

dije que no, gracias. Les dije que no era verdad el título, que en los países totalitarios como Cuba, lo menos que matan es a escritores. Matan obreros, campesinos, líderes de la clandestinidad, testigos de Jehová, blancos y negros. De todo. Pero lo que menos matan es a escritores. Ésos se callan o se asustan y se compra su silencio con una casa y un auto y varios viajes. O se van del país como exilados. No matan a los escritores. Matan, precisamente, a hombres sin imaginación como Gustavo Arcos. Matan a sus héroes.

Octubre de 1984.

EL PRISIONERO POLÍTICO

DESCONOCIDO

Desde el 3 de octubre de 1965, fecha en que salí de Cuba para siempre, hasta hoy, no he dejado de interesarme por la suerte de muchos presos políticos cubanos. Nunca olvido que pude haber sido uno de ellos. Me entrevisté con gente de Amnistía Internacional, con dirigentes socialistas belgas, entonces en el poder, con socialistas españoles ya en el poder. Uno de ellos, Fernando Claudín, me remitió a una institución española que él llamó la Fundación Iglesias. ¿La fundación Julio Iglesias?, le pregunté y Claudín, ofendido del equívoco, que creyó un juego de palabras, recalcó: «¡La Fundación

Pablo Iglesias!» Nunca aceptó que mi error no era más que una prueba de mi pasmo ante el poder: había conocido a Claudín en París, cuando era un exilado anónimo. En los archivos de Amnistía Internacional en Londres aparecerán mis diversas y sucesivas cartas de gestión, algunas fechadas en 1969. He escrito, además, a más de un político inglés y hasta la embajadora americana ante las Naciones Unidas, de paso, me recibió para acoger mis peticiones —esta vez sobre un solo preso político.

Pero fue un conocido editor americano, hombre de irreprochables credenciales de izquierda, con quien almorcé en Manhattan, que me iluminó de manera inesperada: mi tarea era

inútil no porque hablaba de uno o varios prisioneros políticos en Cuba. En esa ocasión era este prisionero en particular por quien me interesaba ante un hombre que había logrado la hazaña de extraditar, literalmente, de la isla a un poeta en peligro. Oyéndome con todo su interés, mi anfitrión (que podemos calificar de hombre de letras aunque no haya escrito nunca una línea) me dijo en su manera lánguida pero preocupada, indiferente a su almuerzo: «¿Y éste qué es? ¿Poeta? ¿Escritor? ¿Músico? ¿O es un científico?» Sabía que había candidatos en Cuba para todas estas vocaciones. Hasta conocía un filósofo cubano que luchaba por dejar la cárcel y salir de la isla. «No», tuve que

responderle. «No es nada de eso. Es sólo un ser humano.» Mi interlocutor, que era judío y debía saber de prisiones y represiones, me dijo con un lamento snob: «En ese caso me temo que no se va a poder hacer mucho por él.»

El preso político por el que abogaba con este editor literario (nunca habría almorzado con él de no mediar mi petición), había sido en realidad crucial en mi vida. Le debo no sólo estar libre por el mundo sino hasta estas páginas que escribo ahora. Pero ésa es otra historia. Ahora él fue para mí instrumento de conocimiento.

Llegué a escribir varios artículos haciendo conocer su vida, su prisión inhumana y sobre todo injusta, tratando

de que se pidiera su liberación cuando debía exigirse su libertad, que es un derecho. Mis artículos fueron publicados en serie en la prensa española, en México, en Venezuela, en Colombia y hasta se tradujeron al inglés y publicados en Estados Unidos. En Washington una institución de derechos humanos los reprodujo en un folleto ilustrado con una foto del preso tomada en sus felices días de diplomático: no hay mayor dolor dantesco. Pero no pasó nada. El editor tenía razón: no se podía hacer nada por este preso político eminente que no era nadie. Era nada.

Fue entonces que me pregunté, ¿y qué pasa con un preso político que no tiene siquiera alguien que escriba en su

nombre a la prensa, que haga conocer su caso, que moleste a amigos y enemigos y a gente indiferente —terriblemente ocupados todos con la vida diaria— para molestar su ocio o su negocio con el relato de una ordalía? ¿Qué ocurre con el internado que no conoce a nadie, que no ha sido nunca nada y ahora es sólo un número y una celda en una cárcel o un internado anónimo en un campo de concentración? ¿Qué hacer por el prisionero que nadie conoce? ¿Cómo liberar al preso político desconocido?

Un caso histórico muestra a esa figura cargada de culpas políticas que sabemos inocente porque su crimen, en una

democracia, no es más que parcela y parte del juego de la política. En la guerra siempre hay soldados que nadie reconoce, desfigurados más allá de todo conocimiento, sin medallas ni chapa de identificación. Es el llamado soldado desconocido que se exalta en cenotafios en días de duelo. La política, va lo sabemos, es la guerra por otros medios y la política totalitaria es la guerra total que hace prisioneros. Debe de haber en esa guerra perenne un hombre desconocido a quien nadie reconoce, a quien ningún abogado defiende, a quien ninguna madre, novia o hermana escribe. Ése es el prisionero político desconocido. No propongo para él un monumento porque ya la literatura lo ha

hecho: otros cronistas han exaltado su vida en prisión perpetua.

Uno de esos cronistas, Sidney Dark, autor que debe permanecer en el misterio de su nombre (*dark* quiere decir aquí tiniebla), escribió: «No hay duda de la existencia real del Hombre de la Máscara de Hierro, cuya identidad se ha discutido durante dos siglos.» (Este texto fue escrito hace más de un cuarto de siglo.) En el año 1698 Monsieur de Saint Mars, gobernador de la prisión de las islas de Santa Margarita, fue nombrado alcaide de la prisión de La Bastilla. Cargó con un misterioso prisionero, visto por muchos durante el viaje: un hombre alto, de pelo blanco, cuyas facciones se escondían

detrás de una mascara negra. En el registro del teniente del rey en La Bastilla se hizo asiento de la siguiente anotación:

> «El 19 de noviembre de 1703, el prisionero desconocido que ha llevado siempre una máscara de terciopelo negro, y que fue traído por M. Saint Mars, gobernador de las islas de Santa Margarita, donde llevaba tiempo como prisionero, al sentirse enfermo ayer después de misa, murió alrededor de las diez de la noche, sin haber

> sufrido antes de ninguna enfermedad. Este prisionero desconocido, que había estado bajo custodia por tanto tiempo, fue enterrado el martes 20 de noviembre, en el cementerio de la iglesia de San Pablo en esta parroquia. En el registro de defunciones se le registró bajo nombre desconocido.»

El registro de la iglesia de La Bastilla ofrece, de pronto, el nombre de un tal Marchioly, que todos toman por un *nom de prison*, tan comunes entonces, y declara que la edad del prisionero es de

«cerca de cuarenta y cinco años», lo que es por supuesto una imposibilidad o una burla. Como siempre en los documentos que se quieren veraces se estampan firmas —esta vez del cirujano mayor y del comandante de La Bastilla.

Dice Dark:

> «Estos documentos nos proveen de prácticamente todo lo que se conoce hasta el día de hoy concerniente a uno de los misterios más espesos de la historia humana.» [Creo que la frase «historia humana» es una ironía que nos regala don Dark]. «Se sabe, sin embargo, otra cosa.

> Tan grande fue el deseo de ocultar la identidad del prisionero para siempre que el día de su muerte, su ropa interior, su vestimenta única, su colchón, su cama y la silla en que se sentaba fueron destruidas por el fuego. Las paredes y el techo de la celda fueron escrupulosamente raspados y las losas fueron removidas del piso.»

Según Alejandro Dumas hubo la prohibición expresa, bajo pena de muerte, de que el prisionero alzara «el visor de hierro que cubría su cara de por

vida». El período en que vivió el Hombre de la Máscara de Hierro fue el apogeo de Luis XIV. El Hombre de la Máscara de Hierro (al que concedería mayúsculas la historia) murió exactamente doce años antes que el rey. Versailles, donde una vez tal vez vivieron juntos, los sobrevivió a los dos. *Homo fugit, domus manent*.

La *Encyclopaedia Britannica*, no tan oscura como Dark, o menos dramática que Dumas, propone otros misterios —o el mismo misterio bajo otra máscara. La máscara de hierro era en realidad un antifaz de tela negra. Su usuario es uno de los grandes enigmas de la historia moderna. El prisionero llegó a La Bastilla, ya velado, el 18 de setiembre

de 1698 y murió allí el 19 de noviembre de 1703. Se sabe todo de su vida en prisión —menos, por supuesto, su identidad. Estuvo registrado en la fortaleza bajo el nombre falso de Marchioly y fue Voltaire quien propuso la teoría de que se trataba de un hermano bastardo de Luis XIV. Voltaire describió la máscara como «una máquina con muelles de acero». La descripción no es exacta, asegura la *Encyclopaedia*, pero cautivó la imaginación de muchos escritores, entre ellos Alejandro Dumas, en *Veinte años después*, traducida al inglés como *El hombre de la máscara de hierro*. Dumas aceptó también la teoría del medio hermano real. Dumas, no sin

razón, veía a la historia como una ficción más.

Entre otras soluciones al misterio del prisionero político velado aparece el nombre de Luis de Borbón, conde de Vermandois, hijo de Luis XIV y Luisa de la Valiére, el de Ercole Matthioli, el de Nicolás Fouquet, ministro de finanzas de Luis XIV y, más asombroso, Molière, puesto preso por los jesuitas en venganza por su *Tartufo*. Haciendo *pendant* con Matthioli, se mueve Eustache Dauger, valet de Fouquet, puesto a buen recaudo después de la muerte de su señor. Matthioli es un candidato de imposible elección por haber muerto en las islas de Santa Margarita en 1694, nueve años antes del

deceso del prisionero enmascarado. Dauger no era más que el valet (y tal vez hombre de confianza) de Fouquet. La *Britannica* acepta la hipótesis de Dauger pero contiene un párrafo final que nos hace reflexionar: «El enigma estaría resuelto (con la muerte de Matthioli) en cuanto a la identidad del prisionero se refiere. La razón de su arresto y prisión durante 34 años permanece sin embargo en el misterio.»

La única proposición que recoge todas las hipótesis es que el Hombre de la Máscara de Hierro fue un prisionero político y la orden de su arresto sin causa y su prisión sin juicio son recursos típicos del Estado totalitario. Nuestro mártir misterioso y su terrible

condena (la máscara, la Bastilla perpetua) son, de veras, el monumento al prisionero político desconocido.

Agosto de 1986

PRISIONEROS DE LA ISLA DEL DIABLO

Hay un lugar en la Tierra cuyo solo nombre evoca el infierno. Es la Isla del Diablo, la obsoleta colonia penal francesa frente a las costas de la Guayana. La isla era notoria como cárcel de presos comunes más allá de la redención y condenados al olvido. Pero pronto fue también una prisión política. Uno sólo de sus presos la volvió célebre, el inocente capitán Dreyfus, condenado por traición. Su mejor

defensa no la hizo un abogado sino un escritor, Émile Zola. Zola fue procesado por escribir su jaculatoria civil *J'Accuse* y para evitar ser condenado huyó a Inglaterra, no sin antes crear la Liga Por los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Poco después Zola apareció muerto en su cuarto de trabajo, se cree que asesinado.

Escribí revelando el Caso Arcos en una serie de artículos publicados en España y en México y reproducidos en todas partes. Ahora Arcos acaba de ser puesto en libertad. ¿En libertad? Léase más adelante.

El veredicto que condenó a Gustavo Arcos a la cárcel no es un veredicto de doce sino de uno: un solo juez condena y

absuelve en Cuba. Su nombre es Fidel Castro. Este máximo magistrado revela ahora las causas por las que Arcos fue encarcelado dos veces. «Arcos», dejó saber Castro, «tiene ideas racistas, fascistas. Ésa es su filosofía». Hay que señalar que si Arcos tenía estas ideas incriminantes, ¿por qué Castro lo llevó al asalto del cuartel Moncada en el auto que manejaba el propio Líder Máximo? Arcos nunca ha padecido una filosofía como Castro, nunca ha tenido una ideología definida. En realidad, Castro ha explotado la filosofía marxista no para uso del delfín (que sería Raúl Castro) sino *ad usum Fideli*. Por otra parte, ¿cómo puede Castro hablar de racismo? No hay más que ver una foto

de la dirigencia nacional y del Partido Comunista cubano y contrastarla con una visión al azar del pueblo en la calle para saber que las grandes mayorías son negras mientras la minoría que gobierna a Cuba ahora es toda blanca. La razón de la injusta prisión de Arcos es la sinrazón totalitaria. Para los que creen en la Historia como Arcos cree en Dios se trata, una vez más, de un *accident de parcours*, como dijo Julio Cortázar, hablando francés con acento castrista. O sea, un accidente en la carretera al futuro.

Arcos fue encarcelado (sin sentencia pero sin juicio) en 1966. Pasó cuatro años preso hasta que dejó la cárcel para ser sometido a arresto domiciliario.

Impedido de salir de Cuba por vía legal, trató de escapar en un bote. Pero su plan de evasión lo diseñó el desespero. Atrapado en alta mar, fue devuelto a la isla, juzgado y condenado a 14 años de prisión. Nada le valió que fuera uno de los asaltantes del cuartel Moncada en 1953, que herido quedara inválido de una pierna para siempre, que compartiera la cárcel con Castro, que fuera dirigente del 26 de Julio en el exilio, que avituallara a las guerrillas de la Sierra desde México, que hubiera sido embajador de Cuba en Bélgica de 1959 a 1964. Se puede decir que, como a un héroe griego, a Arcos lo condenaron sus virtudes. Para Castro y sus miñones, Arcos devino el enemigo

que regresa y había que mantenerlo a raya después que cayó en la trampa de creer en el honor entre oportunistas.

Arcos ha salido de la cárcel pero no está en manera alguna libre. Simplemente ha sido transferido de Cayena a la Isla del Diablo. El tratamiento será diferente pero el régimen es el mismo. Hará falta algo más que un bote en la noche, como propuso Zola, para sacarlo de la Isla. Mientras tanto, como Dreyfus, Arcos espera.

Carlos Franqui salió de Cuba para siempre en 1968 sencillamente porque no pudo salir antes con su familia: Franqui es un hombre de familia. Fui testigo de sus intentos en París en 1965

de buscar una salida segura. Tuvo que regresar a Cuba. Finalmente, harto hasta la náusea, consiguió salir con su mujer y un hijo menor, dejando detrás a su madre y a su hijo mayor, que salió justo días antes de cumplir catorce años. (La onerosa edad militar cubana se extiende hasta los 28 años: no hay un servicio militar en el mundo que dure tanto como una condena). En Cuba se quedó la madre de Franqui al cuidado de otros parientes en su antigua casa. Allí murió.

Ahora Castro, en una entrevista tan gárrula (hasta sus adláteres dicen que habla demasiado) como mendaz, ha acusado a Franqui, entre otros crímenes contra el hombre, del crimen contra natura de haber abandonado a su madre

—obviamente a los peligros de su régimen. No hace mucho Castro exclamó por televisión: «¡Como las ratas abandonan el barco a pique!» Pero al darse cuenta del peligro que traen las metáforas cuando son cogidas por las barbas, añadió rápido: «¡Pero este barco no se hundirá jamás!»

Castro acusó además a Franqui en su entrevista (publicada en España y en Cuba pero sin su prefacio) de haberse llevado consigo a su suegro. ¿Por qué el suegro y no la madre? La razón totalitaria tiene vericuetos que la razón democrática no conoce. Lo cierto es que el suegro de Franqui (un viejo melómano que pasados los ochenta entretenía sus días y sus noches

perfeccionando el arte de la mandolina) murió en el barrio habanero de Santos Suárez hace tres años. ¿Por qué entonces estas mentiras como puños en alto?

Franqui, como se sabe, ha tenido un exilio militante desde 1971, el año que Heberto Padilla cayó preso y tuvo su confesión después. (¿Recuerdan a la Reina Roja de *Alicia*: «la condena primero, el veredicto después»?) En todo este tiempo Castro ha guardado silencio sobre los crímenes que ahora imputa a Franqui. No es, como se ve, un alegato político sino meros chismes. Pero hay un motivo ulterior. Toda calumnia tiene un efecto paralizante. Uno debe perder tiempo negándola y hay siempre la sensación de que toda

refutación es inútil. El refrán español «Calumnia que algo queda», es un consejo del diablo. Pero, ¿por qué calumniar a Franqui ahora y no antes? La respuesta es simple. Franqui acaba de terminar un retrato de Fidel Castro con todas sus verrugas. Franqui conoce muy bien a su modelo, sabe muchas historias íntimas y puede contarlas. No hay otra razón para la mendacidad actual. Si algo ha tenido siempre Castro, es un sexto sentido de la oportunidad. Su brazo es más largo que su lengua. Franqui viviendo en libertad en Europa sigue preso en la malla política fidelista.

Conocí a Natividad González Freire, entonces y ahora Nati, en 1948 en una función de ballet en el Stadium

Universitario de La Habana. Pagada por la cerveza *Tropical*, Alicia Alonso (la eterna Alicia, siempre bailando, siempre patrocinada: por Batista, luego por Fidel Castro) danzaría, ¿qué otra cosa?, *El lago de los cisnes*, al aire libre y al calor tropical. ¡Ah, los tiempos y los tutús! Nati era una de las organizadoras culturales y parecía estar en todas partes al mismo tiempo. Era entonces muy joven, linda y vivaz. Además, recuerdo, nos consiguió a mi madre, a Franqui y a mí los mejores asientos en la barrera de luz. No había que estirar el cuello corto para ver los pies en punta de la *prima ballerina assoluta*.

Española pero muy cubana, es decir habanera, Nati era toda simpatía y

siempre reía, mostrando sus dientes perfectos. Todos estábamos enamorados de Nati o más bien de su entusiasmo, que era contagioso como un virus benigno. Ella era como un personaje de Chejov, pero sin la melancolía. No llevaba luto por la vida entonces. Era eso que los estetas estalinistas llaman una heroína positiva. Nosotros los pesimistas no la merecíamos y se casó con César Leante, que venía de una familia de optimistas radicales y creía en el realismo socialista. Los amigos de César entonces eran gente progresista y, como ellos, al triunfo de la revolución se hizo importante, no sólo como escritor sino como funcionario de la cultura. Llegó incluso a ser *attaché*

culturel en París. Así, cuando pidió asilo en España en 1981, mi sorpresa fue tan grande como la extrañeza de nuestro encuentro días después en el hotel Wellington, tarde en la noche en el *lobby* ya oscuro: tan inusitado como el toro disecado que preside el vestíbulo.

Pero hay que dar a César Leante lo que es de César Leante. Que un alto funcionario cubano se asile en la escala en Madrid de un avión de Cubana que vuela de La Habana a Berlín Oriental, es un acto de coraje, moral y físico. Todo parecía una trama de John le Carré y espero que Leante la desvele algún día. Pero Leante también espera: desde 1981, en que siete años parecen diez, parecen veinte, espera en Madrid la

reunión con su familia rezagada en La Habana, retenida por el rencor oficial. (Seguramente que Fidel Castro lo acusará un día de haberla abandonado.) Leante tiene que pagar su hazaña. Lo he visto después y he conocido su rabia que no cesa ante la impotencia de un hombre virtualmente solo, enfrentado a un estado implacable.

Ahora la carta minuciosa y valiente (en un estado totalitario siempre puede haber *otro* castigo) me devuelve a la Nati que era un baluarte de la Escuela de Filosofía. Su escuela filosófica favorita era la estoica. Poco sabía cuánto tendría que ponerla en práctica para sobrevivir. Sabía, sabe, que existe una disciplina de benevolencia y justicia

en que la conducta correcta siempre produce felicidad, no importa cuán infelices sean los tiempos. Ella era, y es, una persona feliz a quien la venganza, no la justicia, política ha tratado, y trata, por los medios más miserables de hacer infeliz. No tengo nada que añadir a su carta publicada en *El País*, que es de un calmado desespero. Pero sí puedo esperar que esta prisionera de Castro, condenada sin veredicto, vea cumplirse el lema favorito de Fidel Castro por el tiempo en que veíamos bailar a Alicia Alonso: «La justicia tarda pero llega.»

La fallida reunión por los derechos humanos en Cuba celebrada en Ginebra, que Castro no perdió pero tampoco ganó, ha hecho que casi todos los presos

políticos cubanos (quedan en prisión unos 490, según Castro) hayan dejado la cárcel sin ganar la libertad: sólo han cambiado de isla. Están en la calle pero sin un solo derecho ciudadano. Es obvio que han salido del purgatorio para ir a dar al limbo. Las cárceles cubanas ahora (recién pintadas, las rejas desorinadas, los pisos bruñidos) forman parte del recorrido obligado de los turistas políticos. Es como si Adolf Eichmann organizara *tours* por sus campos de concentración.

Durante el oprobioso régimen nazi, la Cruz Roja, siempre solícita, visitaba los campos de exterminio no sólo de judíos, sino de gitanos, eslavos variados, sectarios religiosos, españoles y

homosexuales: todos hacinados en la más cruel prisión. Antes de llegar los visitantes del espacio exterior, los guardas repartían frazadas nuevas. Los inspectores inútiles venían, veían y aprobaban: todo en orden. En cuanto daban la espalda, los guardas recorrían las barracas reclamando las frazadas. A estas frazadas las llamaban los prisioneros «frazadas volantes».

A fines de agosto una comisión de los derechos humanos visitará las prisiones cubanas, después de múltiples denuncias de violaciones y actos ilegales. Las cárceles se disponen flamantes a recibir a los inspectores de frazadas, que sin duda reportarán todo en orden. Un tanto para el régimen de Castro es que en el

trópico no hacen falta frazadas.

Londres, agosto 1988

UN RETRATO FAMILIAR

Retrato de familia con Fidel, de Carlos Franqui, no declara en su excelente título dónde queda Fidel Castro en el retrato, si a la derecha o a la izquierda. Al leer las 550 páginas del libro se ve claro que Castro está, como Dios en Cuba, en todas partes. Pero en el retrato, mentalidad militar, va al frente. El título justifica enteramente el retrato que da origen al libro. Son dos retratos en realidad. O más bien dos versiones del mismo retrato.

Esta vez, como otras veces en los últimos cien años, el retrato es una

fotografía, no un óleo. Tomada al final del régimen de Batista, o poco después de su caída estrepitosa de Humpty Dumpty mulato, en la foto, Franqui tiene una barba negra, hirsuta y salvaje que recuerda no a la imagen de un guerrillero que ganó sino al aspecto que debió tener Robinsón Crusoe, solitario en su isla, poco después de su rescate — es decir, cuando fue de nuevo capturado — por la civilización. La foto, al repetirse, cambia y se convierte en un documento curioso. En la segunda versión (las dos fotos llenan ahora la cubierta del libro, cada versión teñida en un tono diferente: sepia y verde, pero para respetar las convenciones de la simbología del color me habría gustado

que la primera foto fuera verde y la segunda sepia: el color de la esperanza sustituido por el símil de cuero militar) está Fidel Castro como siempre en primer plano y ante él aparece un locutor va arribista y aún anónimo. Pero entre los dos hay un raro vacío, un hueco blanco que es ese hueco negro de la historia totalitaria que no se hace sino que se escribe y reescribe siempre: la tela en que Penélope borda la imagen de un Ulises constante, inconstante. Esa oquedad es Franqui —¡que ha desaparecido del cuadro! Un pase de mano —¡presto!— y ya no está más en la historia de Cuba revolucionaria, de la Revolución, del futuro. Como quien dice de la eternidad histórica. Pero, ¿es

posible? Claro que es posible. Es más, es de rigor. Incontables son las fotografías en que Trotsky aparecía junto a Lenin y por orden de Stalin ahora se ve a Lenin solo, un lobo estepario. Goebbels hizo expurgar gráficamente a Ernst Roehm cuando estaba junto a Hitler. Ahora el Führer estaría solo como un águila solitaria de no haber sido derribado en pleno vuelo histórico.

La primera versión de esta fotografía cubana curiosamente histórica, cuando debió de ser banal y olvidable de haber dejado quieto al texto y no convertirlo en palimpsesto, fue publicada en el diario *Revolución* cuando lo dirigía Carlos Franqui en 1962. La segunda versión, aparentemente definitiva para

ojos abiertos cubanos y miopes extranjeros, apareció en el diario oficial *Granma* en 1973. En once años Franqui había pasado de ser dirigente de la Revolución, influyente guerrillero que ponía y quitaba rey (o por lo menos ministros) y uno de los personajes más conocidos del régimen en Cuba y en el extranjero para convertirse en un apestado peligroso, en una no persona y finalmente en un hombre invisible para la hagiografía castrista. Carlos Franqui, ese judas mínimo, no podía coexistir con Fidel Castro, mesías máximo —ni aun en una foto. El castigo fue borrarlo no de una descarga sino como en una de esas historias de ciencia ficción en que al diputado del héroe (nunca al héroe) le

apuntan con una pistola de rayos evanescentes, oprimen el gatillo del arma futurista y el segundo eliminable desaparece del todo, esfumado, en un segundo. *Sic transit* el rebelde.

Cosa curiosa, para retocar o alterar esta foto se usó un esfumador que no era en modo alguno el sutil pincel maoísta del arte político chino, ni la grosera pluma rusa para desembarazar a Stalin de camaradas moribundos, ni el retoque fotográfico al uso. Fue, extrañamente, la misma técnica con que *Playboy* antiguamente se aplicaba a eliminar un pubis excesivamente negro o senos todavía crudos: era el soplete retocador que opera con tinta invisible. Pero, ¿para qué tanta preocupación por

eliminar a Franqui de la foto? Se le ve solo al fondo y no desmerita a Fidel Castro en primer plano. Inclusive un historiador inglés que conoció a Franqui después de haber dejado de usar barba (una barba es una suerte de disfraz), aunque intimó con él, al tener el libro en la mano, mirar atentamente su cubierta y ver la foto trucada me preguntó: «¿Pero quién es ese hombre en medio de la primera foto que desaparece después?» Tuve que explicarle que ése era Carlos Franqui que lleva a cabo, ya sin red, un acto de escapismo que le habría envidiado el Gran Houdini: desaparece un camarada. Ambos, Fidel Castro y Franqui, contribuyeron a que ese número de la sombra que pasa tuviera un éxito

total en la isla y parcial en el extranjero. El libro de Franqui ahora explica cómo se realizó el escamoteo. Como ciertos actos de magia es más fascinante la explicación que el truco mismo. Si Fidel Castro fue un Mandrake el Mago marxista, Franqui es sólo el hombre que perdió su imagen. De intocable Lotario que acompañaba siempre a Mandrake pasó a ser retocado Schlemiehl, a quien el diablo rojo robó su sombra. Pero este hombre invisible (¿pero por qué desaparecieron a Franqui?, la respuesta es la paranoia totalitaria) coge ahora pluma y papel visible —y escribe.

En *Retrato de familia con Fidel*, Carlos Franqui, como el periodista que fue, ofrece primicias y noticias, algunas

sensacionales. La más escandalosa fue recogida por las agencias internacionales y hasta publicada por la revista *Time*, pero es bueno repetirla. Dice así más o menos: Fidel Castro, de visita en una estación de cohetes instalada en el occidente de la isla y comandada por rusos en secreto absoluto, pregunta inocente a un técnico bilingüe cuál es el botón que dispara los misiles. Se lo muestran.

También le dejan ver una pantalla de radar que en este momento revela la presencia del vuelo regular del avión de reconocimiento americano sobre la isla. Con gesto audaz Fidel Castro oprime certero el botón (en realidad la puntería es del cohete autónomo, no de quien lo

dispara: Castro siempre creyó más en el gatillo que en la bala) y los técnicos rusos, consternados pero apocados, se limitan a ver su cohete autómata ascender al cielo verde del radar y juntarse veloz con la mancha del avión, observador observado. En un segundo las dos manchas desaparecen de la pantalla del radar. Estos aviones recorrían el espacio aéreo de Cuba, invariables y puntuales como vuelos comerciales, de oeste a este de la isla, desde 1961. Ni siquiera los rusos se alteraban ya con esta presencia fantasmal en sus radares cada día —sólo la anotaban en su bitácora. Pero Fidel Castro, que quiere la guerra, la conflagración y el apocalipsis ahora, se

atrevió a derribar el U2 desarmado, lo que resultó de veras inaudito para los técnicos militares rusos, veteranos de la guerra fría y del juego de escaladas. Así la única baja de la guerra no declarada de octubre 1962, póquer de potencias, su muerto solitario, fue aniquilado por un jefe de Estado posando como artillero. Para hacerlo Fidel Castro había usado el sofisticado arsenal ruso. Durante años los políticos rusos (Breznev más severo que Kruschov) habían considerado a este líder exótico pero pintoresco como un hombre peligroso en potencia. Ahora sabían que era un peligroso en activo. Esa realización tardía le costaría el puesto a Khruschov.

Pero más significativo para los historiadores que conocen bien a Cuba es saber por este retrato fidelista que el verdadero estratega de la batalla de Bahía de Cochinos no fue Fidel Castro, comandante en jefe ordene, como siempre se aseguró en Cuba y en otras partes, sino un enigmático general Ciutat, que como el teniente Kije era un soldado invisible ruso. Ahora se sabe que Ciutat era general del ejército rojo aunque español nativo y veterano de la guerra civil, en la que fue comandante para luego exiliarse en Rusia bajo Stalin. El general Ciutat era un estalinista convencido de siempre y leal a los rusos ya desde España. El alto mando ruso le designó para planear la

estrategia del combate contra el desembarco de la CIA, tenido tan en secreto que la KGB poseía copia de los mapas de desembarco meses antes de que la guerrita tuviera lugar. Doble engaño para dobles crédulos. El Comandante en Jefe mayúsculo, aun antes de declararse socialista, ya era una ficha más en la estrategia global soviética.

Literariamente, lo confieso, es tan sorprendente como descubrir que el héroe de Tolstoy, el general Kutuzov, nunca mandó el ejército ruso en la batalla de Borodino: un mariscal inglés desconocido daba todas las órdenes de incógnito. Los historiadores —aun el inglés Hugh Thomas, quien más sabe

sobre Cuba en Europa— tuvieron que revisar sus textos y sus conceptos. Es que el verdadero genio de Fidel Castro está en el engaño que ha practicado desde el principio, aun antes del principio, como fin: es de un maquiavelismo de veras extraordinario. Pero más extraordinaria ha sido la capacidad de todos, los de ayer y los de hoy, para dejarse engañar voluntariamente. En este aspecto hemos sido magníficos cornudos. Lamentablemente se trata de una farsa que se repite como una tragedia colosal que lleva todavía el mismo título: Revolución Cubana.

A lo largo de este retrato que es en realidad una crónica de familia (Fidel es

el hermano mayor, no por edad sino por proezas políticas, Raúl es el hermano menor, feo y cruel, y Ramón es el hermano mayor cronológico, el granjero de esa finca propiedad de los hermanos Castro que se llama Cuba —pero curiosamente jamás se menciona a otro Castro, esta vez una hermana, Juanita, ínfima en la familia, eminente en su encono del exilio contrarrevolucionario y quien debe ser, según la fábula familiar, la hermana mala, díscola y traidora) se repite una palabra clave: orgasmo. Franqui la usa como metáfora del poder y a la vez como la única recompensa del mismo: el mando como proyección del sexo: el triunfo es su clímax y en el caso de Fidel Castro el

orgasmo no es eyaculación sino jaculatoria. No en balde Lady Macbeth, al tratar de ayudar eficaz a su marido usurpador, reclama: «*Unsex me here*!» Deséxenme, dioses. Es la pujante penetración del poder lo que desea Lady Macbeth y para la que, antes que nada, no hay que tener sexo: sin sexo se sube al trono de sangre. Fidel Castro es efectivamente todo menos un ser sexuado. Tampoco lo eran, según evidencia irrefutable, ni Hitler ni Stalin. La libido del tirano lo impele hacia el poder absoluto. Las masas son la carne deseada, el cetro (y en el caso de Castro es la pistola perenne al cinto) es el pene siempre erecto y cada asiento en el trono es un coito y una defecación: el placer

anal-genital. Los vociferantes discursos carismáticos que controlan la masa son pura gratificación oral. Mi terminología es odiosamente freudiana, lo sé, pero como Franqui enumera los sucesivos orgasmos de Fidel Castro, la única interpretación marxista querrá que cada orgasmo fuera una pura proyección política. Por supuesto, me repugnan tanto los supuestos de Marx como los presupuestos de Freud, pero como estamos en una época en que no se puede rehuir la invitación al sofá-muelle para compartir su análisis erótico o rechazar la dialéctica materialista porque parece otro chiste de todavía otro hermano Marx, hay que fatigar el mueble vienés tanto o como habitar el

flat del Soho. Débil es la mente.

Las infinitas enumeraciones de Silvestre de Balboa, poeta del siglo xvii, quien en su *Espejo de Paciencia* se convirtió, él que era esencialmente español, en modelo de poeta cubano, popular y erudito, ingenuo y astuto, mediocre pero a la vez espléndido, operando no como descubridor poético ni como conquistador del verso ni como colonizador de épicos ejercicios insulares, sino como el creador de Cuba mediante nombres numerosos, listas y versos. A este poeta primitivo han regresado muchos poetas sofisticados de la isla. Pero nunca tanto como en Franqui ahora la prosa (si bien alineada casi como en versos) se ha parecido

tanto a Silvestre de Balboa, paradigma poético pero prosista que nunca existió.

Conociendo lo importante que ha sido siempre la poesía para Franqui (y no sólo como lector) reflexiono y no me extrañaría que la convergencia fuera deliberada. Pero luego reflexiono y pienso lo contrario: éstos (los de Balboa y Franqui) son en realidad sistemas poéticos afines que se ignoran mutuamente como universos paralelos. Balboa por razones obvias (lleva muerto varios siglos), Franqui porque no escogería, en su fraseología italianizante, *pratticare un dialogo dei massimi sistemi*. Lo que sí es evidente que con este libro Franqui se coloca de un salto en el mismo plano retórico que

otros poetas cubanos del siglo y políticamente navega en la corriente de confesiones personales que llevan más a Rousseau que a San Agustín. Pienso en el mismo Trotsky, en Milovan Djilas, en el primer Koestler, todavía en Semprún. Pero la política pasa y a pesar del Dante es la poesía la que queda. La historia, claro, tampoco es importante. Aquí ni siquiera cuenta porque Franqui ofrece lo contrario de un libro de historia, que es un desarrollo, sino un retrato, que es la forma más evidente de la stasis. Nada se mueve en un retrato, foto o pintura y no hay ni *discorso proprio*. Lo importante en el libro son esas liases convertidas en líneas, esas líneas suspendidas solas, como inverosímiles péndulos de

Galileo, y esos ripios de prosa que se revelan, al poco rato, como pura poesía. Pienso que Lezama, en su paraíso dantesCO, aprobaría. «Cuba está frustrada en lo esencial político», fue una de sus frases favoritas (¡y favorita de Franqui!), implicando el poeta que todavía quedaba en la poesía el reino que él ocupaba, que ocupa: los usurpadores fueron los otros, esos líderes políticos que eran (y son) meros malos malabaristas: todas sus naranjas ruedan por tierra. Franqui casi adopta esa frase de Lezama como divisa de tanto repetirla.

Pero también Cuba se ha frustrado en lo elemental histórico, pasa a demostrar Franqui, lúcido, enseguida. Sin

embargo, extrañamente (digo yo) Cuba se ha realizado en lo experimental prosaico aun antes de ser nación. Martí, Lezama, Virgilio Piñera, Carpentier también, Lino Novás Calvo, Sarduy, Arenas y ahora Franqui, inventan la literatura en cada libro y esa invención intenta ser el movimiento poético perpetuo de la prosa. Finalmente *Retrato con Fidel al fondo* (perdón *Retrato de familia con Fidel*: la poesía relegando siempre a la política) no es un testimonio. Es un matrimonio del tierno tiempo y la horrible historia.

Octubre de 1981

UN GRABADO ANTIGUO

Cuando miré por primera vez el

grabado con el título de «La Junta Patriótica Cubana de Nueva York, en 1896» vi una asamblea de caballeros arcaicos, sentados en sillas de brazo curvo, posiblemente vienas, alrededor de una amplia mesa, todos atentos a un documento central. Pero lo que vi, lo juro, fue un grupo de comensales alrededor de un menú enorme y a un lado a dos violinistas que disponían sus instrumentos de arco para amenizar el festín. El menú luego se reveló como un mapa y debajo decía *Cuba*. Como en un sueño los violinistas esgrimieron, en vez de Guarneris o Stradivarius, obsoletos rifles Remington que engrasaban minuciosos: en vez de hacer música se preparaban para hacer la guerra. El

grabador Theodore R. (su media firma aparece al pie) había inmovilizado al buril una escena indudablemente noble. Aun ante esta circunstancia recordé un axioma fascista (¿lo dijo Queipo de Llano, lo dijo Goebbels, lo dijo el joven Castro en la universidad de dirigente estudiantil frustrado?) que transformé un día inverso: «Cada vez que veo una pistola echo mano a mi libro.» Donde dije pistola digo rifle, donde dije libro digo ahora este libro.

LA GASTROENTERITIS

No habrá mal que dure cien años pero conozco uno, la Gastroenteritis, que dura va treinta y tres. Es una enfermedad del cuerpo (te hace esclavo) y del ser (te

hace servil) y la padecen nativos y extranjeros —algunos de los últimos con extraña alegría. Aunque la enfermedad es infecciosa (hay que advertir que los atacados no tienen todos ideas sino sentimientos totalitarios: la Gastroenteritis no deja pensar) y a veces suele ser fatal, tiene un antídoto poderoso, la verdad. La verdad desnuda crea anticuerpos que combaten la Gastroenteritis eficazmente. Hay una variedad nueva que ha brotado dondequiera que se está a la moda y se la ha bautizado con el nombre de Gastroenteritis chic. Afortunadamente la epidemia está menguando y no queda más que un foco, según la teoría de un francés contaminado y recobrado luego.

Todo parece indicar que el brote más virulento será erradicado en breve. Los anticuerpos parecen tomar posesión de todo el cuerpo.

«Fidel Castro ha erradicado la pobreza de Cuba y ha nacionalizado la miseria.» Esta frase la dije en fecha tan temprana como junio de 1968 en un artículo para la revista *Primera Plana* con el que me construí un ghetto de uno solo. Cadáveres ilustres (Cortázar, Carlos Barral) y zombies políticos (mencionarlos ahora es activarlos) me condenaron a un ostracismo que no fue más que una estación en mi exilio voluntario. Estaban entonces en todas partes, hasta en un vuelo de Iberia en el que el sobrecargo se convirtió en una

pobre carga castrista. Epítetos al uso (gusano, sin advertir que uno siempre se puede convertir en mariposa, lacayo del imperialismo, insulto proferido por otro lacayo de otro imperialismo) cayeron sobre mí como una lluvia acida.

Pero sabía que tenía razón. A diferencia de esos Castroenterados yo podía repetir con José Martí: «He vivido en el monstruo y conozco sus entrañas.» Y aún más: estuve en la caverna y no sólo sé el terrible tamaño de Polifemo y cómo reconocerlo, sino que una perversa intimidad me permite usar el nombre de cada cíclope y sus apodos: *El Gallego, el Guajiro, Barbarroja, Barbita, El Chino* y hasta aquel que se llamó siempre Richard

pero cambió de súbito de nombre por miedo a identificarse no con el enemigo sino con la lengua del enemigo. El peligro que se corre en esta espelunca es que el amigo puede convertirse enseguida en enemigo. Por eso, cuando me preguntaban mi nombre, yo decía: «Ning-Uno».

No puedo predecir ni el futuro más cercano. Mañana por ejemplo. No soy un futurólogo. Ni siquiera soy un futurista y además soy miope. Pero puedo mirar al pasado con ira. Sobre todo el pasado español. En España, desde Franco hasta Felipe González, pasando por el falso duque, se ha dado la mano a una mano de hierro poniéndole guantes de seda y una joya o

dos. Para pagar, justo cambio, Castro ha enviado a España inodoros y ha llegado a pagar su deuda ¡con caramelos! Hay otras transacciones más vergonzosas que una taza de inodoro, pero ésas son razones comerciales. Lo que es difícil de explicar son los efusivos abrazos de Felipe González en Barajas cuando Castro, jugador de póquer, obligó al español a una escala forzada. Están además las fotos de su regocijo en Tropicana, flanqueado por una corista casi corita, y por Castro al otro lado, en lo que parecía una versión en colores de la bella y la bestia. Esta foto fue para mí tan repugnante como la que se hizo Franco con Hitler. La única diferencia reside en que en la última el asunto era

de tirano a tirano. ¿Por qué a González le tira tanto el ogro de La Habana? La respuesta puede ser el nombre de otro capricho español.

Puedo hablar también del presente miserable. Después de 30 años de racionamiento por tarjeta, ahora Castro planea adoptar el régimen de Pol Pot, la llamada economía de subsistencia, y un lunático sistema militar-agrícola que creará en la población cubana una verdadera hambruna. Aunque, no, claro, para los dirigentes. (Ya en la guerrilla de la Sierra era Castro quien se comía el único trozo de carne.) Además, por si la debacle. Un diplomático sudamericano que se dice enterado asegura que Felipe González ya ha ofrecido asilo a Castro

en Galicia. Lo dudo. Castro es un capitán que después de averiar su barco se hunde con él. La isla será su *Titanic*.

Londres, 2 de marzo de 1990

NUESTRO PROHOMBRE EN LA HABANA

No suelo oponer cartas a artículos publicados ya, porque he vivido la mitad de mi vida adulta en periódicos y sé que las cartas de respuesta siempre se escriben al dorso y llegan demasiado tarde o van a dar al cesto. O son como ecos o secuelas y resultan inútiles o contraproducentes. Pero el artículo del escritor colombiano Gabriel García Márquez, publicado en *El País* el 19 de enero no quiero, *no puedo*, como

cubano, echarlo donde se merece y olvidarlo. Ésta no es mi carta, pero es mi respuesta.

Fue Martí, el Marx más a mano en Cuba ahora, quien dijo que contemplar un crimen en silencio es cometerlo. Esta vez, al revés de otras veces, no me voy a callar ante esta última manifestación del delirio totalitario, inducido sabe Freud por qué aberración del ser contemporáneo. Sé que hay lectores (y escritores) americanos (y españoles) que leen al García Márquez semanal para reírse a carcajadas, y consideran sus declaraciones con desdén superior ante los desplantes de un patán o los alardes de un meteco: el nuevo rico que se codea con la alta sociedad. Algunos,

con benevolencia, lo toman como formas extremas de la ficción autobiográfica.

Así, estos lectores lúdicos pueden desechar su exaltación compulsiva de la infamia cada miércoles, mientras esperan golosos su relato de otras cenas íntimas con jefes de Estado de ambos mundos (y aun del tercero), que oyen atentos sus consejos sabios susurrados al oído a medianoche, o la crónica anunciada de nuevos viajes en avión por América, tan decisivos para la humanidad o para la historia (o para ambas) como Colón y su trío de carabelas. O el despliegue de sus coros y danzas de Colombia, que remedan con ritmo rastacuero las testas coronadas de Europa. ¿Es esto el colmo del ridículo?

Para los lectores avisados, el artículo de cada semana de García Márquez es como esa nueva novela de Corín Tellado para las ávidas lectoras de *Vanidades*: la segura promesa de un *frisson nouveau*. Pero no para mí. Yo tomo a los dos novelistas muy en serio. Este escrito es la prueba. Aunque habrá algunos que ante esta opinión mía fabriquen excusas como esclusas. Hombre, apenas vale la pena, no es para tanto, nadie le hace caso. Pero sí. Creo, con Goldoni, que con el siervo se puede golpear al amo.

En su artículo titulado «Las veinte horas de Graham Greene en La Habana», García Márquez cuenta con regocijo cómo el general Torrijos entró

de contrabando oficial (lo que no es raro, viniendo de Sudamérica) en Estados Unidos a Graham Greene y al mismo Márquez. El contento, también general, aumenta al recordar el autor de *El otoño del patriarca* cómo Torrijos quería incluso disfrazar a Greene (o a los dos) de coronel. Lo que no es raro, viniendo de un general latinoamericano. Sin siquiera ser general, Fidel Castro ha disfrazado a muchos escritores, si no de militares, por lo menos de militantes. Sólo la rigidez (o flema) inglesa de Greene impidió que se completara esta mascarada, más propia de Groucho que de Karl Marx, que le hizo tanta gracia a García Márquez que todavía le hace. No es raro que Graham Greene se negara a

jugar tan indecoroso papel. Greene era el único inglés del grupo, y en el Reino Unido saben que la diferencia entre decoro y decorado no es una condecoración.

Esta parte del artículo de García Márquez es, por supuesto, mera comedia muda, lo que en los cortos del *Gordo* y el *Flaco* se llamaba la hora de la beldad (o todos con la tarta de crema en la jeta) y en España se conocía, creo, con un apropiado nombre ruso: astrakán. Ahora se trata de animar al lector de entrada con una bufonada peligrosa a lo Tancredo. El drama viene después, cuando García Márquez coge al *otro* por los cuernos y se queja de que a él, como a Graham Greene, no lo dejan entrar en

Estados Unidos esos villanos vitalicios que son los americanos. Sólo pudo entrar una vez, para su pesar, en esta ocasión, de chanza y de chacota, bajo el camuflaje protector de miembro de la apócrifica comitiva presidencial del general Torrijos. Pero es un chiste *chibcha* para el lector adicto a la *cumbia* colombiana.

No es verdad que García Márquez pudiera entrar a Estados Unidos *sólo* al vestir el disfraz panameño, civil o militar. El escritor de *La hojarasca*, que ahora tiene generales de quien escribir, abandonó Nueva York en abril de 1961 con más prisa que dejó Bogotá la última vez, y, de paso, desertó de las oficinas de la agencia Prensa Latina, que dirigía.

Lo hizo al revés que su admirado Hemingway, sin gracia y sin presión, nada más conocer que había ocurrido el desembarco contrarrevolucionario en Bahía de Cochinos, en Cuba, al que dio por triunfador enseguida. ¿Es necesario recordar que La Habana está a miles de kilómetros de Nueva York? Su corazón tendría sus razones, pero los que conocemos su biografía verdadera sabemos que esta noticia (revelación para muchos) es *facta non verba*. García Márquez volvió a Estados Unidos (de hecho, a la misma Nueva York que había dejado detrás como una mala hora) exactamente diez años después, en 1971, a recibir el grado de doctor *honoris causa* de la muy

americana (y capitalista) Universidad de Columbia. Para los que aman las analogías, puedo decir que este homenaje es como si la Universidad de Kiev le hubiera conferido igual honor a Jorge Luis Borges. La analogía es política, por supuesto, no literaria. Allí, en el hotel Plaza, de Nueva York (nuestro modesto autor, siempre hospedado, como quieren Fidel Castro y Martí, «con los pobres de la tierra»), lo entrevistó la periodista argentina Rita Guibert para su libro *Siete voces*, para publicar en Estados Unidos. Fue en esa entrevista que García Márquez hizo su declaración más verdadera: «No leo prácticamente nada. Ya no me interesa. Leo reportajes y memorias, la vida de

hombres que han tenido poder; memorias y confidencias de secretarios, aunque sean falsas.» A la ceremonia pública en la universidad neoyorquina, el autor de *Crónica de una muerte anunciada* no llegó vistiendo una guerrera color caqui o verdeoliva ni un liqui-liqui blanco, sino de toga y birrete.

Es verdad, a pesar suyo, que muchos escritores extranjeros no pueden entrar legalmente en Estados Unidos, como otros cientos de miles y aun millones de presuntos visitantes extranjeros que no son precisamente escritores colombianos. O mejor, *el* escritor colombiano. Son mahometanos, bailarinas balinesas, espías rusos, profesores paraguayos, jazzistas

jamaiquinos, actores australianos, espías rusos, ingenieros ingleses, modelos, modelitos, espías rusos, pilotos y publicitarios, y poetas y, por supuesto, obreros de todos los países, unidos o por separado. (De lo contrario, los braceros mexicanos ilegales no serían conocidos como *espaldas mojadas*.) Pero entre los escritores que no pueden entrar en Estados Unidos si no es con una visa *waiver* hay más de un exilado cubano. (Una visa *waiver* es un visado especial que necesita, invariablemente y por cada solicitud, el visto bueno directo del Departamento de Estado, y no por medio de un consulado.) A veces, el visto bueno es mal visto, pero entre los agraciados con la *waiver* están

Carlos Fuentes, que vive hace años en Princeton (Estados Unidos), Carlos Franqui, que está ahora de visita en Nueva York, y, ¿por qué no decirlo?, yo mismo. He dado dos cursos de seis meses en universidades americanas, dictando numerosas charlas dondequiera en Estados Unidos y visitado el país varias veces desde 1970, pero siempre, como si fuera un agente enemigo (cosa que es obvio que no soy), con una visa *waiver*, sin necesidad de disfrazarme de nada. Al mismo tiempo, hay muchos escritores que actúan como verdaderos agentes antiamericanos y que vienen de América del Sur y hasta de España. Y viven en Estados Unidos y se ganan muy bien la vida allí, sin ser jamás

molestados lo más mínimo. ¿Contradicciones del capitalismo? Es posible. Pero no me quejo ni califico de justa justicia o cruel injusticia esta acción americana.

Cada país, como cada casa, recibe a sus visitantes como quiere: en la puerta o en la sala, o los acoge como huéspedes eternos, invitados o no. La policía de Franco, por ejemplo, no me dejó vivir en Madrid, mientras que García Márquez vivió años en Barcelona, casi hasta que murió el Caudillo, estudiando, según declaró luego, la agonía de un patriarca: sí, señor, cómo no, Franco mismo.

Pero la Rusia soviética va más lejos que nadie, y no sólo no deja entrar a los

visitantes extranjeros que no desea, sino que deporta a la fuerza a los nacionales que molesten mucho. Lo mismo hacen Polonia, Bulgaria, Checoslovaquia, etcétera. Tampoco me parece bien ni mal. Es más, ni me preocupa y ni siquiera me interesa. No quiero que esos países, donde la democracia necesita siempre un modificador (popular, proletaria) me acojan ni me cojan. Es más, no me cogería nadie ni muerto del otro lado de la frontera yugoslava, comparativamente hablando, pero siempre detrás de la cortina de hierro. La visión de una góndola que se extravíe, salga del Gran Canal y de la laguna al golfo y se pierda en el Adriático, y vaya yo, pasajero en ella, a

parar a un país satélite (de quien se sabe), es una posible pesadilla que me quita las ganas de ver Venecia mientras haya luz. Todo país totalitario me repele: no por su paisaje ni por su pueblo, sino por su política. Pero nunca se me ha ocurrido jurar en vano (y en ridículo risible) que mientras esté el general Jaruzelski en el poder no volveré a escribir. Ésa es una decisión para polacos.

Lo que sí me parece lamentable y me concierne, es que cientos de miles de cubanos no puedan *regresar* a su país, como hará el exilado autor de *Cien años de soledad*, ni el próximo mes ni nunca mientras viva Castro. Saben que no serán recibidos en exclusivas limusinas

negras ni acogidos en palacetes reservados «para jefes de Estado de países amigos». Serán, si son escritores extraviados, pateados dentro de una de las muchas cárceles casuistas, atiborradas no con escritores comunistas ni de invitantes compañeros de viaje, que beben «buen vino tinto español», pero, intemacionalistas que son, capaces todavía de «consumir seis botellas de whisky» (¡en medio día!), sino de seres humanos, escritores o no, que apenas tienen qué comer ni qué vestir. Serán de esos mismos vecinos habaneros que usan una *sola* aguja de coser entre muchos, como reveló García Márquez hace un tiempo en este espacio con un candor que se confunde con el cinismo.

Allí llamó a este patético préstamo «cultura de la pobreza». El concepto es del sociólogo izquierdista americano Óscar Lewis, que hizo encuesta en Cuba como en México. Luego, Lewis fue «invitado a abandonar el país» por el Ministerio del Interior y acusado públicamente por Raúl Castro de agente del imperialismo. García Márquez se lo apropia ahora para mostrar, escamoteando como un mago de salón, lo que ha logrado fomentar Castro en Cuba: la pobreza creadora. ¿Filosofía de la miseria o miseria del marxismo?

Los escritores en exilio verdadero, no en fugas tan calculadas como las de Bach, ni tan sonoras, se llaman Heberto Padilla, Reinaldo Arenas, Carlos

Franqui, Juan Arcocha, Carlos Alberto Montaner, Antonio Benítez Rojo, Lydia Cabrera, Labrador Ruiz, Carlos Ripoll, José Triana, César Leante, Eduardo Manet, Severo Sarduy... —pero, ¿para qué seguir haciendo listas? Ya se sabe que Cuba sola ha producido más exilados en el último cuarto de siglo que todos los demás países americanos juntos—, y, siendo escritores, sin la posibilidad de regresar jamás a su país, como lo hará García Márquez cuando quiera. ¿Es marzo un mes propicio al viaje?

Algunos lectores españoles, capaces tal vez de recordar una dictadura totalitaria y poetas fusilados o muertos en la cárcel y escritores presos y

censura total y toda una valiosa generación condenada al exilio y aniquilada por el tiempo y el olvido, leerían el artículo de García Márquez con repugnancia genuina ante el arribismo político más grosero y su sicofancia ante los poderosos, todo lleno, sin embargo, de un irresistible color local, tan atrayente y exótico como el colorido del *peje piloto*, ese pez del Caribe que nada grácil entre tiburones, a los que sirve de guía y de señuelo engañoso. Este despliegue del escritor entre filisteos y fideleos embaraza a sus amigos y regocija a sus rivales, quo envidian sus premios y su público. Pero si no se tratara de Cuba, yo lo vería como un fenómeno demasiado frecuente

que se cree único. Lo leería entonces con la recurrente diversión con que veo cómo se repite en las historias del circo el eterno triángulo del payaso que siempre se enamora de la caballista, cuando la caballista está loca por el hombre fuerte, a veces barbudo.

Mientras tanto, desde las gradas, el público, ignorante del drama de amor en la trastienda, aplaude a los perros amaestrados y a los monos sabios haciendo cabriolas en la pista o el falso salto mortal del trapecista *con* red.

Para los curiosos de la vida entre prohombres en Cuba, ese circo sin pan, reservo unas preguntas finales —o iniciales—. Es un mensaje a García Márquez, si las quiere responder desde

su humilde mansión de México. Aquí van: ¿por qué se interesó tanto Fidel Castro, ya tarde en la noche y después de un día agotador para este otro patriarca que trata de alejar su otoño con gimnasia —¿sueca, tal vez?— al oír esta sabida, sobada historieta de Graham Greene que cuenta cómo jugaba a la ruleta rusa a los diecinueve años, edad en que la mayoría de los adolescentes ingleses, de alta o baja estofa, suelen jugar juegos más vitales? ¿Conmovió al Máximo Líder tal vez el suicidio que nunca ocurrió, con tantos muertos que deben su suicidio verdadero a Castro? ¿O fue el discreto encanto y el pudor del acto fallido? ¿O se debió a que la ruleta a que jugaba el

autor de *Pistola en venta* era casualmente *rusa*?

Mayo de 1983

EL ESCRITOR Y LA ASPEREZA

En un artículo publicado en *uno más uno* (18 de mayo) titulado «El escritor y la pureza» (¿por qué no el escritor y la pereza?) alguien llamado Hermann Bellinghausen, de quien nunca había oído hablar antes, me alude. (¿Nos conocemos de alguna parte?) Pero su pieza de resistencia a la Resistencia queda más lejos de alusión que de alud.

Esta pieza de insistencia está dirigida contra *Vuelta*, una vez más, revista que por ser enemiga de todo totalitarismo se abre siempre al ataque político como un

sitting duck de papel. Es el proverbial pato de caza inglés que recibe por incauto todas las descargas de perdigones y de perros. No voy a salir en México defendiendo a *Vuelta* sentado desde Londres, pero sí me gustaría señalar que si *Vuelta* diera media vuelta y defendiera, por ejemplo, a la guerrilla de El Salvador como si fueran huestes del Redentor o se felicitara Octavio Paz porque en Nicaragua está en el poder un piadoso poeta sacerdote (que no es ninguna de las tres cosas sino simplemente otro cardenal que quiere ser papa: César Borgia también rezaba a Dios), a *Vuelta* le perdonarían la vida a medias y de paso a Ernst Jünger, el objetivo directo de esta andanada.

Jünger y su pasado nazi tan esgrimido en su contra siempre, pasado común alemán que no se reprocha ya más a Günter Grass, por ejemplo, desde que hace genuflexiones de izquierda tan abyectas como venir a Nueva York, dar una charla para llamar a su vez nazis al público (curiosamente atestado de judíos de Manhattan) y declarar ejemplo de escritor humanista pero comprometido a ¡García Márquez! Por cierto, la diferencia entre Jünger y García Márquez no está en que Jünger fue cómplice del Führer y García Márquez es compinche de un Führer actual (esa es su semejanza) sino en que Jünger sí es buen escritor. Éstas son, por supuesto, consideraciones literarias.

Los ataques a Jünger, que no vienen sólo de alemanes en México, recuerdan cómo se exhibía en carne viva el pasado nazi de Martin Heidegger con mordidas marxistas. Pero en cuanto el filósofo existencial —el mismo hombre con el mismo pasado— declaró que sería deseable un acercamiento del ser a Marx, los feroces ladridos de los perros de falda de Stalin se convirtieron, como en un cartón de Walt Disney, en un corro de marimbas que cantan con voz de soprano —o de *helden-tenor* en las dos Alemanias.

Vuelta, sitting duck o ánade en vuelo, sufre a los perdigueros por ser siempre democrática. A mí me atacan por no haberlo sido antes y serlo ahora. Mi

pasado me condena: fui un nazi del Caribe y viví para contarlo. Pero si yo hubiera seguido siendo quien era hace veinte años, diplomático del castrismo, estaría mi cuerpo (y mi *corpus*) en perpetuo olor de santidad política, ungido por Marx y por el comunismo, ese fascismo del pobre. Pero mi conciencia olería, claro, a lo que olía toda Dinamarca a Hamlet vengador. Herr Bellinghausen (y lo llamo *Herr* con la vaga esperanza de que no sea danés) llama a mi artículo de *Vuelta*, «Nuestro prohombre en La Habana», una «rabieta» y ya de entrada el lector de *uno más uno* que no me haya leído pero que sufriera la ordalía de leer a Bellinghausen se llevará la impresión

(al menos eso calcula mi detractor) de que he compuesto una pócima tan amarga como para llamarme *Bilis* the Kid por mi puntería. Luego Herr Hermann me declara «enemigo jurado de Fidel Castro» como si fuera una culpa católica: el azote de Dios. Pero apruebo el título: yo también me declaro, me he declarado desde hace casi veinte años (el mismo tiempo casi que Castro se declaró *marsita-leninita*) enemigo jurado de Castro. Me sé y me confieso tan culpable de odio contra Castro como un judío contra Hitler: irreductible, sin sosiego, final. Pero mi artículo, si pecaba de algún exceso celoso, era de una plétora de juegos de palabras, de chacota, de chistes

(chabacanos o sutiles, es igual: chiste y chispa a toda costa) y de una cierta frivolidad de tono que asumo. Nada me parece mejor para el ataque a un malevo que cortarle la cara con la punta de la espada para marcarlo al estilo de un cadete teutón o con la pluma maorí sumergida en tinta indeleble para tatuarle el alma.

Hermann Bellinghausen quiere que yo sea, además de escarnio de Castro, «uno de los más hábiles estilistas que escriben actualmente en nuestra lengua» —sin decir qué lengua.

Le agradecería de veras la deferencia si no fuera porque, parodiando a Polonio, «hábil estilista» es un vil oximoron. Hábil, en Cuba al menos, da

origen al adjetivo habilidoso, queriendo decir mañoso o matrero. Ser estilista, en el sentido de *belle escriture*, nunca me ha interesado siquiera parecerlo. Es más, he despreciado ese destino literario, como trato de demostrar en este libro mío que se titula *Exorcismos de estilo* —o *de estío*. O mejor, de *hastío*.

Lo que sí me parece digno de mención es que nuestro atacante diga siempre «el Nobel García Márquez», como si Nobel quisiera decir en español noble o haga aquí las veces de un adjetivo homérico. «García Márquez, el de los pies alados», que no es una mala descripción para este experto en lo que ya Bach llamaba fuga a cuatro voces. (Como

muestra del canon recuerde el lector ese inolvidable capítulo de la vida del Gran Gabo titulado «*Escape from New York*». Nunca desde Houdini un hombre ha escapado de tantos sitios al mismo tiempo: La Habana, Nueva York, Bogotá.) O llamarlo el astuto Ulises criollo, que regresa más o menos ileso a Arakitaca después de eludir, más o menos, los puños de Kid Vargas durante lo que se conoce como la Noche de los Faroles de la Ciudad de México. Abundando en omisiones ominosas, nuestro detector de verdades (*né* Hermann) insiste en llamarme Cabrera nada más, pero compruebo que no llama al Nobel sólo García. Evidentemente algunos apellidos dobles son menos

dobles que otros. ¡Ah, los comunistas de todas partes unidos! Siempre igualitarios, siempre iguales.

Octubre de 1983

P.S.: Perdone Herr Hermann que le conteste en octubre, pero mayo no es el mes más cruel. Hay otros.

RETRATO DEL ARTISTA COMISARIO

Nadie recuerda ya la guillotina. Ni siquiera al leer a Dickens, cuya *Historia de dos ciudades* es el relato de una venganza esperada y de una abnegación inesperada. La guillotina es la hoja que corta en dos la novela. La *Encyclopaedia Britannica* ofrece una descripción de la guillotina más cercana

a la historia francesa que la de Dickens. Era «un instrumento para infligir la pena capital por la decapitación, introducida en Francia durante la Revolución. Consistía en dos postes verticales y una viga cruzada y tenía estrías a los lados para guiar la cuchilla de corte al sesgo, cuya parte cimera llevaba un peso que hacía caer la cuchilla con velocidad y fuerza en el momento que se soltaba la cuerda que la sostenía. El propósito de la guillotina fue la invitación a una ejecución por la decapitación que no quedara confinada sólo a los nobles.»

Pero la guillotina sirvió en un principio más para decapitar a los ciudadanos de la república que a los nobles, cuyo número fue siempre

limitado. Los nombres son eminentes: además del rey y la reina, fueron Danton, Desmoulins, Robespierre y Saint-Just. Los primeros murieron protestando contra el Terror, los últimos lo exaltaron hasta el final, pero sus cabezas se trocaron en el cesto.

No todos los ciudadanos eminentes fueron decapitados por la máquina. Había entonces, como ahora, oportunistas que instigaron el Terror y no lo sufrieron nunca. Uno de ellos lue el pintor Louis David. Su biografía es un ejemplo de comisario temprano y demagogo en tres regímenes. No hay en la pintura otro caso igual. Ahora la BBC lo ha convertido en paradigma indigno.

El programa en la serie *Artistas y*

modelos se titula «El espectáculo pasa» y fue escrito y dirigido por Leslie Megahey, al que algunos recordarán por un retrato ejemplar de Orson Welles. Megahey ha logrado una biografía fílmica que es el retrato del artista como comisario. Ambas cosas lo fue con demasía Jacques-Louis David, uno de los artistas más grandes que ha dado Francia y un perfecto (o imperfecto) miserable. Cuando uno ha visto el retrato de Madame Recamier y *Marat muerto* sabe el valor que tiene la frase final de Nerón («*Qualis artifex pereo*» o qué artista muere conmigo), cuando uno ve esta biografía breve conoce que el gran artista era, como Nerón, un asesino al que los tiempos hicieron

posible.

David fue pintor de la corte de Luis XVI, el decapitado, y maestro de la Francia frívola: María Antonieta lo exaltaba. Había heredado de Boucher la clientela pero no el talento erótico. Boucher es la cumbre del rococó venéreo, David sería el pintor neoclásico por excelencia, amante de las togas que apenas cubren a los héroes desnudos y encontraría en la Revolución muchos de sus temas. Dada la rapidez con que pintaba sería el primer periodista gráfico de Francia —y de la historia. Después de su *Marat muerto*, comenzado a pintar a pocas horas del asesinato y tras fracasar su exhibición pública del cadáver del revolucionario

ultimado por Carlota Corday, David se convertiría en algo más contemporáneo y más sórdido. Sería un agente secreto de Robespierre.

Pintor por el día, de noche David firmaría decretos de muerte, condenando a la guillotina a muchos de sus clientes aristócratas. David negó siempre después su actividad nocturna, pero documentos recién descubiertos lo muestran a menudo ocupado en su tarea torcida. Se sabe, además, que estuvo entre los que negaron la vida al rey en la Asamblea y algunos de sus retratados famosos, como el eminente químico Laurent de Lavoisier, fueron famosos decapitados luego. David, el retratista de la corte y la aristocracia (sólo los

nobles podían hacerse retratos entonces), se hizo miembro de la Convención Nacional y maestro de las artes jacobinas. El periodista de la Revolución había pasado a ser un comisario.

Su famoso esbozo *El juramento de la cancha de tenis*, que era un reportaje de un acontecimiento de veras revolucionario, dio pie a sus retratos de los mártires de la Revolución. Preso poco después, pintaría en la cárcel su célebre autorretrato en el que el pincel lo desnudaba al vestirlo.

David tenía (y es todavía visible en su retrato) un flemón endurecido, un quiste que abultaba su mejilla izquierda y le torcía la cara de manera grotesca.

Menos visible (al menos en el cuadro) era su tartamudez que podía pasar del tartajeo a la mudez en segundos y su nombre se convertía en Dada. David compartía con otros líderes revolucionarios una deformación física visible. Marat padecía una forma cruel de la psoriasis, que le formaba bubones en el cuerpo que se reventaban bajo sus ropas. El escozor extremo lo obligaba a pasar horas en una bañera de agua tibia. Desde allí despachaba. Fue allí donde lo sorprendió el cuchillo cálido (sacado de entre sus senos) de Mlle. Corday. Marat muerto pasó, gracias a David, a ser el primer icono revolucionario y es de cierta manera un esbozo de Lenin en su mausoleo.

Cuando se ve el cuadro en Bruselas (fui su espectador obligado durante tres años) aparece una personalización absoluta. Encima de una caja de documentos junto al muerto se puede leer: «A Marat, David», que es casi un mensaje de parte del pintor. Robespierre, otro deforme, era un enano y tenía una vocecita que apenas llegaba a la Asamblea. El mote de Robespierre *el Incorruptible* era en realidad *el Inaudible*. «*A bas le Maximum*!» gritaba el pueblo de París cuando iba a morir a la plaza de la Concordia, de discordia entonces. Danton fue el único líder revolucionario francés con integridad física, aunque no moral. A pesar de haber pronunciado una de las pocas

frases felices de la hora: «*De l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace*!», fue acusado de malversación, pretexto político para decapitarlo. Ante la guillotina, Danton le pidió al verdugo: «Muéstrale al pueblo mi cabeza y sabrán que valió la pena.» Pero el pueblo de París pidió más. El tenebroso cortejo de las *tricoteuses*, tejiendo y destejiendo al pie de la guillotina, casi consiguió la cabeza de David desencajada por un Goliat que crecía cada día. Durante el Terror (de setiembre de 1793 a julio de 1794) hubo en Francia 20.000 decapitados por la *Louisette*.

Cuando aún no se sabía que el único destino posible para Robespierre era la

guillotina, David gritó al *Incorruptible* en plena Asamblea: «Tomaremos tú y yo la cicuta.» La metáfora era mala y peligrosa. David aludía al suicidio forzado de Sócrates que había sido tema de una de sus obras maestras. Conocedor como pocos en Francia del mundo antiguo, David trató de comparar al sanguinario Robespierre con el sabio Sócrates, sin duda un paralelo miserable.

Al día siguiente, guillotinado su protector, la policía de Seguridad vino a buscar a David para obligarlo a presentarse a la Asamblea y dar cuenta de su exabrupto con cicutas de ayer. David estaba aparentemente perdido. Aunque en la Asamblea su tartamudez

tanto como su miedo (y por supuesto su condenación pública de Robespierre difunto) le salvaron la vida. Pero David tuvo que guardar prisión por seis meses en una temprana muestra del arresto domiciliario invertido. Esta vez su celda se convirtió en su casa y hasta se le permitió pintar su autorretrato.

Cuando el Terror se hizo desenfreno sangriento (los jacobinos decapitan a los girondinos, los girondinos guillotinan a los jacobinos) y apareció Napoleón sobre un caballo blanco, el héroe (o el villano: la historia, como Jano, tiene siempre dos caras) de Termidor venido para poner fin al caos, David, devuelto a su estudio, de nuevo neoclásico, organizador de fiestas, creador de la

moda (la voga imperio fue introducida por este hombre de tantos talentos) y como antes había sido amigo de Madame Pompadour ahora es confidente de la mulata Josefina. El republicano cruel es el pintor real de la corte imperial y favorito tanto de Bonaparte cónsul como del joven Emperador: Napoleón admiraba y se admiraba en las versiones de su vida según David. En una de ellas, el Cónsul cruza los Alpes en fogoso corcel —lo que en realidad fue una corta travesía en mulo. Pero David nunca estuvo más lisonjero, en el lienzo y en la vida y aunque echara de menos los días de ira del Terror, se convertía en gran maestro de los jóvenes realistas y románticos y al mismo tiempo

en el espejo de paciencia de los peores académicos de Francia. Sus días de perenne oportunista dieron con sus huesos viejos en Bruselas, exilado en lo que se conocía entonces como la guillotina seca: el destierro. La pena, después de Waterloo, por sus veleidades napoleónicas. Ahí mismo estaría en otros días su *Marat muerto*, el retrato postumo de aquel corrompido en vida que dijo: «Cinco o seis cabezas bien cortadas le asegurarían al pueblo reposo, libertad y felicidad.» Palabras que David aprobó en su tiempo. Aunque tal vez su sentido clásico y sus preocupaciones con la moda y el vestuario habrían hecho pensar al pintor que la frase «Cinco o seis cabezas bien

cortadas» tenía que ver más con el barbero que con la barbarie.

Delacroix, siempre generoso, llamó a Jacques-Louis David «el primero de los pintores modernos», y estaba en lo cierto en más de un sentido. David es el primer artista comisario. Luego habría comisarios artistas y comisarios a secas. David fue un gran pintor llevado por un resentimiento extremo que encontró en la Revolución y luego en Napoleón una causa (y un efecto) que no tenía nada que ver con la pintura, sino con las versiones y perversiones de la historia encamadas en héroes tan dudosos como Luis XVI, Robespierre y Napoleón.

Irónicamente, David tendría su perfecto equivalente actual no en un

artista como Picasso, también neoclásico, sino en el doctor Goebbels, aquel a quien Hitler advirtió: «Hay que impedir por todos los medios que Bruno Walter dirija a Beethoven», para decirse: «En estas cosas el Führer nunca se equivoca.» El *Tagebuch* de Goebbels podría ser el *aide-mémoire* de David. Termina Goebbels con una obsesión gráfica que es también del siglo: el cine. «Trabajo durante la noche en el documental», escribe Goebbels. «Contiene atroces vistas de los horrores bolcheviques en Lvov. ¡Un espanto! El Führer me llama para decirme que es el mejor documental que hemos hecho. Estoy muy contento.» David habría dicho otro tanto a un elogio de

Robespierre.

Londres, enero de 1988

WALKER EVANS: TESTIGO DE VISTA

Tal vez el más duradero de los fotógrafos americanos de los años treinta, Walker Evans (1903-1975) fue de hecho el primer fotógrafo que tuvo, posteridad instantánea, una exposición personal en el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1934. En 1941 apareció su libro más célebre, *Alabemos ahora a los famosos*, Junto con el crítico de cine James Agee, que escribió los retratos literarios de «los famosos» (el título y la frase vienen de los testamentos apócrifos), que irónicamente

eran los aparceros más pobres de Estados Unidos, los ignorados de la tierra. La belleza que perdura del libro está dada por los campesinos miserables que Evans retrató: las caras inocentes, sin malicia de los llamados «basura blanca». El libro en realidad estaba regido por la estética de la miseria que celebraría el desafortunado sociólogo Óscar Lewis. Más tarde Evans tuvo la buena fortuna de trabajar para *Fortune*, el magazine de los millonarios y estar en *Vogue* con su estética a la moda.

Ha habido otros libros de Evans (*Walker Evans First and Last*) en que aparecen muchas fotografías de la obsesión particular del fotógrafo con La Habana. En sólo tres semanas en otro

lugar Evans vio y fotografió el esplendor y la miseria de la ciudad.

«No fue más que un trabajo», declararía Evans. «Deben recordar que ésta era una época en que cualquiera hacía cualquier cosa por conseguir trabajo.» (Evans se refería a la Depresión.) Continúa: «El trabajo venía de una editorial que iba a publicar un libro sobre Cuba.» El libro en cuestión era un panfleto escrito por un periodista estalinista llamado Beals. El libro y su autor hace rato que están olvidados, pero las fotos de Evans, intemporales, han sobrevivido.

Hubo muchos visitantes a La Habana en los primeros años treinta. Uno fue García Lorca que venía de la oscura,

deprimente Nueva York a Cuba y al sol. Cuando escribió a sus padres en Granada fue para decirles: «Si les dicen que me perdí, que me busquen en La Habana.» Otro visitante fue Ernest Hemingway, que vino a quedarse. Una vez en 1956 durante un día de pesca me dijo que todo lo que quería en la vida era quedarse en Cuba para siempre. La historia interfirió en sus deseos. El tercer hombre en La Habana fue Walker Evans, el fotógrafo que vino con una misión: encontrar *El crimen de Cuba* (título del libro) para ilustrarlo. Ahora las ilustraciones quieren también encontrar el crimen.

Evans decía (todos los fotógrafos, cuando hablan, son mentirosos) que

había llegado a Cuba «en medio de una revolución». Pero no hay revolución ni una revuelta menor en sus fotos de La Habana. Ni siquiera se sabe con certeza si estuvo en Cuba en 1932, como dice Evans, o en 1933 como dicen sus biógrafos. También dijo Evans que «Batista había tomado ya el poder». Habla ese primo hermano de la nostalgia, el espejo retrovisor. Batista era un sargento doblemente oscuro cuando Evans tomó sus fotos y salió corriendo. Evans hablaba de La Habana en una entrevista hecha en 1971, cuarenta años después de ir a Cuba.

No hay ninguna revolución visible en las fotos que Evans dijo tomar por asalto. A veces la ciudad se ve tan

espléndida como la recordó otro visitante americano por esa época, Joseph Hergesheimer: «La Habana era artificial, exótica, construida entre visiones del barroco.» En otras fotos, Evans retrata gente pobre, miserables y mendigos y grupos urbanos y mujeres solitarias bañadas en la melancolía de los trópicos. La ciudad que nunca duerme, según Hergesheimer, está llena, según Evans, de desheredados que duermen al sol en cualquier banco de cualquier parque. Los guajiros, campesinos desterrados, aparecen perdidos en las calles de La Habana. Evans encontró lo que buscaba: «El crimen de Cuba.» Pero de alguna manera estos desheredados parecen menos

pobres que los aparceros blancos que Evans retrató en Alabama años después, aunque es obvio que tanto Cuba como Estados Unidos son presa de la misma depresión. Pero los negros de La Habana se ven mucho mejor (véase más adelante) que la basura blanca de Alabama y no se ven nunca los negros desahuciados del Sur de entonces.

Evans regresó a Nueva York con todas las mujeres a las que hizo un guiño con su cámara, detenidas en el tiempo pero todavía conmovedoras: la belleza que la nada no amortaja. También anota la sólida y graciosa arquitectura colonial de la ciudad, visiones del barroco cubano y las fachadas de los cines, que siempre atrajeron a Evans, son su

versión de la Arcadia todas las noches.

Por esta época vivía Hemingway en el hotel Ambos Mundos en La Habana Vieja. Allí conoció, bebió y se emborrachó con Evans y su revolución. Fueron diez días que sacudieron a Bacardí —o por lo menos a sus botellas de ron. Como de costumbre Hemingway pagó los tragos —y los estragos. Por entonces Hemingway comenzaba así su novela *Tener y no tener*. «Ya ustedes saben cómo es La Habana temprano en la mañana, con los mendigos todavía dormidos recostados a los muros.» A menudo Evans parece un ilustrador de Hemingway más que de Beals.

La Habana 1933 lleva (o mejor arrastra) una muy larga introducción

francesa tan inexacta que parece escrita por un erudito en rumores. Habla, por ejemplo, de las fotos de Evans como si ilustraran *El acoso*, la novela de Alejo Carpentier y casi las hace contemporáneas a ambas. De hecho la novela de Carpentier, publicada en 1956, está situada en la época constitucional de Batista en los años cuarenta, no bajo la dictadura de Machado. Inclusive se habla de un cartel de la Filarmónica de La Habana, fotografiado por Evans, como una feliz coincidencia visual con Carpentier porque se puede leer en el cartel el título de la *Novena* sinfonía de Beethoven. Con sólo abrir *El acoso* se ve que la trama de alusiones musicales

se refiere a la sinfonía *Eroica*. En todas partes el prólogo hace con las fotos lo que *Le Monde* con las noticias: el comentario es todo, menos imparcial. Lo que explicaría la ausencia de las lotos más felices que son las naturalezas muertas de Evans, con las frutas tropicales hechas copia y cornucopia. Además de que el *graffito* que dice «Abajo la Guerra Imperialista — PC» con que termina el libro es anacrónico. El eslogan de «guerra imperialista» es una invención de Stalin del año 1939. De ser genuino los comunistas cubanos tendrían una visión adelantada de la historia: estaban ya escribiendo el futuro.

En todos esos libros en los que Walter

Evans regresa y nos hace regresar a La Habana en el sueño (y en las pesadillas) de sus retratos, hay siempre una presencia perturbadora, como un fantasma constante. Es la imagen de un negro vestido implacablemente de punta en blanco. Está parado en una esquina céntrica viendo pasar a medio mundo. Evans lo llama «el ciudadano de La Habana». Lleva un impoluto traje de dril blanco y una camisa de cuello inmaculada con corbata negra con manchas blancas y un pañuelo al bolsillo y un sombrero de pajilla que estaba entonces muy de moda. Este hombre de blanco puede ser un esbirro, de los que tenía Machado y heredó Batista. Se ve peligroso tal vez porque

está tan bien vestido. Como sea, el hombre está ahí detenido en el tiempo y sólo sus ojos parecen moverse. Pero por supuesto sus ojos tampoco se pueden mover. Ahora está congelado por la fotografía y ese momento se ha hecho eterno. El *dandy dangeroso*, como diría Walker Evans, mantendrá sus ojos desvelados mientras mira al testigo invisible que lo ha hecho inmortal con un guiño, negro sobre blanco, como la fotografía.

Noviembre de 1989

DÍAS CALLADOS EN CLICHÉ

No sólo periodistas sino escritores célebres o celebrados gustan de pasar sus vacaciones (es decir, todos los días) en un balneario que yo me sé. ¡Cliché! Estoy acostumbrado a molestar estas siestas pero me doy cuenta de que quien duerme una siesta, dormirá ciento — para soñar con clichés al sol.

Ya en el invierno de mi descontento de 1980 di una charla en Montclair College, New Jersey, USA, para repudiar un cliché demasiado frecuente. Es ese que proclama «América Latina» y ya comienza a heder como si dijera América *Letrina*. En esa ocasión tuve

que llamarla América Latosa y acepté el adjetivo hispánico sin pánico.

La etiqueta de América Latina se propuso a los clientes primero en el siglo pasado y no en Estados Unidos como se piensa —si es que se piensa. Es curioso que este continente de tan diferentes países lleve un nombre como si fuera un solo país. ¿Qué tiene que ver Cuba con México? Uno es un país de negros y pocos blancos y el otro es un país casi todo de indios. En Cuba un mexicano era más extranjero que un español y un panameño era un sombrero. ¿Qué tiene Argentina en común con Brasil? Sólo un salto. Pero Paraguay no es la parodia de Uruguay. Sobresalto. ¿Es Chile parecido al Perú? Para nada.

Estas naciones tienen fronteras comunes pero conocí a un policía de frontera venezolano capaz de separar lo que él creía la ganga colombiana del oro de otros pasajeros que también venían de Bogotá. Cuando le pregunté cómo realizaba esta operación sin auxilio del pasaporte, me dio una respuesta digna de un perro policía que husmea explosivos: «Yo a los colombianos», me explicó, «me los huelo». Esto ocurrió en 1980, mucho antes de que los colombianos olieran y dejaran oler la coca.

Hay también en Sudamérica un enorme país del tamaño casi del continente. Es Brasil, que no tiene nada que ver con sus vecinos contiguos. Aquí la teoría de la

lengua como cordón umbilical aborta: no hay un brasileño del pueblo que entienda español. De Sao Paulo a Bahía (lo sé porque he estado allí hace poco) la lengua franca es el inglés. El latín es una lengua muerta, pero en Brasil el español es una lengua inútil, cuando no da lugar a relaciones peligrosas. La cachaza es un aguardiente de caña, como en Cuba, pero nunca como en Cuba la mejor cachasa se llama *Pinga*. Sucede que con las mismas letras y la misma pronunciación pinga es en Cuba el nombre popular del pene.

Volviendo del lema al tema, fueron los franceses quienes soñaron un destino retrógrado para América del Sur y concibieron que debía llamarse latina.

No importa que nadie hablara latín al sur del Río Grande. Tampoco lo hablaban al norte del Río Grande. (Curiosamente el Quartier Latin de París se llamó antes Pays Latin.) ¿Por qué el membrete corrido y socorrido? No había un solo territorio sudamericano que se llamara el Lacio y París, no Roma, es a donde los escritores sudamericanos van a morir. Nadie se preocupaba allí en conjugar el verbo amar más que con sus amantes y los dictadores por venir no tenían que cruzar el Rubicón: vivían cerca de Palacio. Además, para mayor confusión, la única república americana en que se hablaba francés no quedaba en América del Sur sino en el Caribe. Pero Haití era más africana que francesa.

Entonces, ¿por qué el *soubriquet*? Nadie lo sabe. O por lo menos nadie lo sabía entonces.

Era el tercer orador. Los otros dos oradores, uruguayos ambos, ambos críticos, difuntos ahora ambos, eran Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Eran Settembrini y Naphta pero en español. Se odiaban a muerte en vida y supongo que seguirán odiándose más allá de la muerte. A no ser que uno haya ido a dar al infierno y el otro esté en el cielo de los creyentes. Ahora al bajar del podio y salir del hall dejé a Emir improvisando su charla en inglés. Se sabía su tema (el Boom y quién lo hizo) como nadie, porque él lo había visto formarse en París y fue él quien le dio

nombre. Pero Emir no dominaba el inglés como dominaba el tema. Podía haber hablado en español, pero no lo hizo porque Rama no hablaba una palabra de inglés y Emir quería que Rama no entendiera lo que iba a decir. El resultado fue que Emir se preocupó demasiado por improvisar en inglés y su improvisación fue un meandro de frases hechas que van a dar a la mar de los clichés. Rama, por su parte, pendía y dependía de un árbol que no era de la sabiduría sino del lugar común. Fue un mano a mano de una sola mano. Tal como si Belmonte hablara de toreros y se olvidara de mencionar al toro. Como sólo Dios lo sabe, no hay peor odio que el del ángel caído y aquí había dos

ángeles en picada.

Cuando salí al patio, después de hablar de mi tema favorito esa semana (que era negar a América Latina), Rama me esperaba sentado en un duro banco al frío de marzo en el norte (más más tarde) para decirme: «Debiste decir que Estados Unidos se hicieron Estados Unidos de América en 1882.» Yo había hablado de ese momento audaz en que el Congreso americano decidió que sólo Estados Unidos merecían ser América y pidió prestada la etiqueta francesa para nombrar a continente y medio: lo que José Martí llamó no sin acierto «Nuestra América». Pero *toda* América ya había sido la apropiación de un continente por un italiano anónimo que se hizo así

epónimo. Se habla del rapto de Europa pero nunca se habla del robo de América. No creí, nunca creí, que el imperio estuviera a la defensiva entonces porque el imperio siempre ataca.

Rama, que era huésped de los americanos y, como muchos escritores hispanos que viven en Estados Unidos, conocía como nadie el arte de morder la mano que te alimenta, me dijo: «Debes decir que Estados Unidos se ha robado a América.» Lo que no era verdad: Américo Vespucci fue quien se robó a América. Pero era un cliché poderoso. Rama, como crítico, era el cliché que no cesa. Por supuesto que no dije nada de lo que me dijo, sino que me dediqué

desde entonces a demostrar, o por lo menos a mostrar, que América Latina no existe, que su L es de limbo. Lo demás desatina.

Curiosamente Rama está en el otro limbo ahora, ese que queda al sur del infierno en invierno. Murió víctima de un cliché. Volaba de París a Bogotá en una misión cultural, cuando el avión que lo transportaba iba a hacer una parada técnica en Madrid. Pero el piloto cometió tres errores fatales. El primero fue bajar a destiempo. El segundo fue no oír (o tal vez oír mal) la advertencia del piloto automático que decía en inglés robótico: «*Danger! Danger! Lift up! Lift up now*!» El tercer y decisivo cliché ocurrió cuando el piloto colombiano le

respondió al piloto automático: «*Calláte* gringo!» Ése fue su epitafio: el avión se estrelló segundos más tarde. Rama, que no sabía inglés, como quería Monegal no se enteró de nada.

Ésta es una muestra de que hablar diferentes idiomas, confunde, pero hablar siempre el mismo idioma, mata.

Hablar de norte y sur no es siquiera un cliché geográfico: es un imperativo paregórico, elixir que cura el mal de estómago que crea. Una vez un aprendiz de brujo dijo: «La historia me absolverá» y un aprendiz de imprenta replicó: «La historia te absolverá pero la geografía te condena.» Algo similar, pero al revés, ocurre con el dúo norte y sur. José Martí fue uno de los primeros

en explorar el lado norte, mucho antes que el almirante Byrd, con esta frase: «He vivido en el monstruo y conozco sus entrañas.» Hay quienes pensaban que Martí, un poeta, hablaba en metáfora. Pero en el mismo párrafo Martí especifica: es «el norte revuelto y brutal que nos desprecia». Ésta es la primera referencia geográfica al norte que quiere ser histórica. En América, el norte, antes de Martí, era un punto astronómico, una referencia de orientación en la brújula y a veces un lugar geográfico en que hay noches blancas y amanecen auroras boreales. En literatura lo habitan Dostoievsky y Tolstoi y es un fenómeno ruso. Es también el sitio de donde parte cada fin

de año un trineo tirado por renos nevados guiado por Kris Kringle. Es éste un señor gordo y con barbas, siempre vestido de rojo y conocido por el epiceno nombre de Santa Claus. Al revés de Santiago, al norte del sur, es un santo en que sólo creen los niños y las chimeneas.

En esta zona mítica habita también otro señor gordo pero sin barbas que lleva piel de oso. Se llama W. C. Fields y apenas puede dejar su cabaña de troncos para ir, excusado, al WC por culpa del mal tiempo eterno. Declama W. C. Fields en *El vaso de cerveza fatal* cada vez que trata de abrir la puerta y recibe un duro golpe de nieve que no abolirá el tópico: «¡No está el día para

hombres ni para bestias!» Cuando ha vencido al clima (es decir la geografía) pero no al tiempo (la historia) anuncia a su paciente y felizmente muda esposa: «*Dear, I'm going out to milk the elk.*» La frase feliz («Querida, salgo a ordeñar el elk»), sólo posible en inglés, muestra que los idiomas son una mayor barrera que las fronteras y el norte no es una invención política sino poética.

¿Dónde queda realmente ese norte que parece dominar al sur? Ciertamente Cataluña queda al norte de Murcia pero al sur de Francia. Galicia queda al norte de Castilla mientras Castilla queda al norte de Andalucía, donde en la Edad Media reinaba un esplendor árabe de albornoces y de harenes y de fuentes y

de patios floridos. Al norte quedaban los bárbaros con barba que no se bañaban nunca.

Los árabes eran el sur y lo son todavía, pero en Inglaterra ser sur no significa ser zurdo sino ser capaz de comprar Harrods, que es como si un jeque comprara no sólo el Parque Güell sino también la Sagrada Familia. ¡Oh tiempo, oh templos! Hay que recordar que en la Edad Media los moros intentaron tomar Poitiers pero fue más difícil que comprar Harrods. Fueron los turcos del sur los que conquistaron el este de Europa hasta Viena, donde todavía toman el abominable café turco y donde en un café, un viejo vienés tocaba el «Rondó a la turca» y hacía

bailar a un mono de Zimbabwe, país que queda al norte de Sudáfrica. En esta parte del mundo no sólo la historia discrimina. También la geografía. Mark Twain, que escribió fingiendo que daba la vuelta al globo, «Ayer cruzamos la línea del ecuador. Mary tomó fotos», pudo también escribir: «No me hablen de negros ni de blancos. Háblenme del hombre. No puede haber nada peor.» Twain visitó a Australia cuando apenas había dejado de ser una colonia penal inglesa. Hoy es uno de los países más ricos y civilizados del mundo y no puede haber país más al sur. Pero en el sur de Australia viven los aborígenes. Esa raza es el pecado aboriginal de Australia.

De nuevo en América, que una canción cubana llamó «América inmortal», cuando nada es inmortal pero casi todo puede ser inmoral. Allí está México al sur de Estados Unidos. ¡México, pobre México! ¡Tan lejos de Dios y tan cerca de sus presidentes! Estados Unidos, donde el búfalo pasó de correr la pradera a fijarse en las monedas, está al sur de Canadá y al norte de Canadá no queda nada —excepto para aquellos que creen que el polo es un deporte. Al sur de México está la América Central, una de las zonas menos centrales del mundo, mientras al sur de América del Sur está Chile, país para mí inhabitable. Pero Perú, al norte de Chile, es más inhabitable que Chile. Sé que con esta

declaración acabo de perder unos cuantos amigos chilenos, pero como son todos escritores, quiero creer que creerán en el borrón y cuento nuevo. El país más interesante de América del Sur es, sin duda, Argentina. Es también el más habitable, aunque se debate siempre entre la Patagonia y la agonía para bailar el tango. No hay danza que exprese mejor la lucha entre el machismo de sus hombres y el matriarcado de sus mujeres. ¿O es al revés?

Es bueno terminar diciendo que el norte es un invento del sur. Boreas es un dios griego que representa al viento norte, que los venecianos, siguiendo a los latinos y no a los griegos, llaman

ahora *bora*. Cuando el viento del norte mece las olas y las góndolas, los venecianos dicen, como si estuvieran en los mares del Sur y no en el Adriático: «¡Bora, bora!»

Los diplomáticos franceses del siglo pasado inventaron la América Latina. De Gaulle, más ambicioso, creó el Tercer Mundo, que parece una mala traducción de un cuento de Borges titulado «Tlón, Uqbar, *Orbis Tertius*». Es la literatura la culpable de la confusión de la nomenclatura. Nací en el sur y vivo en el norte y para mí la rosa de los vientos es una flor fétida. Lo demás es etiqueta, que en español, como se sabe, no quiere decir etiqueta. Los idiomas son versos y anversos

comunicantes.

Una frase de *Hamlet*, cuando se sabe loco, es «Al norte por el noroeste». Es también el título de una película que muchos querrían ver traducido al español como «Con el norte en los talones». Era, ya se sabe, hecha en Hollywood que queda al sur. Allí un célebre cineasta, harto de tanto argumento trillado, exclamó: «¡Estoy que vomito todos esos clichés viejos! ¡Lo que hace falta ahora son *nuevos* clichés!»

Creo que con un poco de esfuerzo lograremos este propósito que parece un despropósito.

Febrero de 1989

(*Leído como monólogo en*

«Diversidad Cultural en el Dialogo Norte-Sur» en el simposio de Difusión de la Cultura Catalana.)

YO ACUSO EN EL WILSON CENTER

En mayo de 1985 fui invitado, junto con Emir Rodríguez Monegal, a dar una charla «frente a la prensa extranjera destacada en Washington». Acepté para estar con Emir aunque fuera unas horas. Emir, que había sabido ser mi amigo en tiempos difíciles, estaba ahora gravemente enfermo de cáncer. Lo que recuerdo mejor de lo peor fue ver a Emir, que había sido un hombre grande y gordo, reducido en estatura, emaciado y con un color malsano, extraño: una

especie de biliosidad le hacía la cara de pergamino. Me maravillé que tuviera energías suficientes para regresar a Yale, mucho menos hablar en público. Le concedí casi toda la sesión de la mañana, en que hizo una rara autobiografía.

Esperaba esta visión de la muerte, aunque oliera a muerto. Lo que no esperaba es que Emir, que había sabido ser amigo también de Neruda y de Borges, tuviera en Washington relaciones tan mediocres. El Woodrow Wilson Center, una admirable institución americana creada en nombre de un verdadero demócrata, por los vaivenes de la política interna de los Estados Unidos estaba controlado por

especímenes de esa especie nociva que se llaman a sí mismos «liberales americanos», cuando siempre han sabido obsequiar con su liberalidad a las causas totalitarias, de Stalin a Fidel Castro. Ahora, una vez más, están «políticamente correctos» —es decir, al día del sol que más calienta en el Este y pueden repetir, con Mao, el Este es rojo.

Cuando leí la charla, que van ustedes a leer ahora traducida, mi lectura cayó como una bomba de silencio, como si tuvieran orejas pero no oído. ¿Quién era mi público esa tarde? No era la «prensa destacada en Washington», como decía la invitación. Eran meras cotorras viajeras que repiten todos los clichés políticos, sobre todo si parecen nuevos.

No eran escépticos, eran partidarios de las mejores mentiras. La verdad no es sólo sospechosa: es también culpable de antemano.

Mi título está pedido prestado a Émile Zola, tan impopular en Francia por haber dicho la verdad sobre un huésped involuntario de la Isla del Diablo, tan popular después, cuando cayó el régimen espurio que había poblado la isla de inocentes tratados, maltratados, como culpables. No tengo, creo, que insistir en la analogía.

Señoras y señores,

No es la primera vez que me invitan a comer y tengo que pagar por la comida —con dinero o con una indigestión. Por

supuesto que no recuerdo todas esas ocasiones dispépticas porque la nostalgia es lo opuesto a una neuralgia: el dolor queda detrás.

Pero hay una ocasión memorable de una colación sudamericana que se hizo una colecta. Hace un tiempo, Carlos Fuentes me llamó de París para decirme que quería almorzar en Londres con Mario Vargas Llosa y conmigo. Noticias, añadió, importantes, viajan conmigo. Iba a nacer en París (la ciudad de dar a luz) una revista literaria, debíamos estar todos en el machón, tan ancho y abierto como una plataforma del metro y acomodaría para el viaje a escritores de dos continentes, tres culturas, cuatro cuatreros, todos

bilingües. Para allá voy, añadió y colgó.

Carlos llegó, luncheó y lanzó el magazine que era como una segunda venida: el monstruo acezando para llegar a la luz. Pero el momento de la verdad (ya sé, ya sé: se trata de un cliché, pero recuerden, por favor, que algunos escritores pasan sus días callados en Clichy y sus noches bulliciosas en cliché), la verdad se me acercó desnuda pero con hoja de parra en forma de una monstruosa cuenta entre las piernas que parecía un pubis fenomenal. Gauguin arrimó su bigote a mi oreja (Van Gogh *pixit*) pero al hablar me di cuenta de que era Fuentes desbordado por los acontecimientos: «¿Puedes encargarte de la cuenta,

hermano?» Cuando Carlos dice hermano suena más a Caín que yo mismo. Pero añadió: «No he tenido tiempo de cambiar mi dinero.» Quería decir de francés a inglés pero igual me había pasado de inglés a francés, de americano a inglés, de inglés a americano. Sólo me faltaba una experiencia española. Carlos recobró su posición vertical, descargado, y yo cargué con la más fea. Lo hice porque tenía que hacerlo. Ya saben, honor entre escritores que la razón no conoce. Tampoco el camarero. Hice, de hecho, lo que hago ahora: pagar por lo comido aunque, como en un restaurante de Londres, la comida sea impagable, intragable y los puros infumables.

Durante este estruendoso almuerzo (era un local a la moda) creí oír que la revista iba a ser financiada por una belleza parisiense, trilingüe, francesa noble que era, créalo o no lo crea, la heredera de Antenor Patiño: ¡cuánto talento! Gracias a Fuentes me encontré fundando (o dando fondos) a la Fundación Antenor Patiño, que, verdadero alquimista, convirtió el estaño en plata. En realidad ahora convertía mi plata en estaño —y todo porque Carlos Fuentes me invitó a almorzar en Londres desde París.

Pero hoy, ahora, yo soy el que da indigestiones al hablar de algo levemente más serio que una revista literaria. Voy a hablar de política o más

bien de política y de esa cosa dolorosa llamada odio. Para un escritor cómico el odio es una palabra odiosa. El odio es una de las armas del mal, alma en el mal, pero, a veces, para acabar con el mal hay que combatir el odio con el odio. Aunque para mí el odio entra por el oído.

Fue Mark Twain, uno de los más grandes humoristas que han hecho reír con sus odios mínimos o máximos, quien dijo que el problema del humor es que nadie lo toma en serio. Por ejemplo, predijo que moriría con la segunda aparición del cometa Halley en su vida, pero nadie prestó atención. El cometa, el momento de la verdad para Mark vino y Twain cumplió con su deber muriendo a

tiempo. Humorista menor que soy, no haré más predicciones personales que decir que terminaré este discurso, cuyo curso es forzoso, antes de que se declare la dispepsia. Después de todo, los discursos después de un almuerzo (o una cena, si es por la noche) no son más que para promover la dispepsia entre los hombres y hacer de la acedía una suerte (o mala suerte) de ataque al corazón o lo que los franceses, con peor retórica, declaran al difunto «*terrasé par une crise cardiaque*». Ese paro cardíaco es una huelga vital o mortal, según se quiera. Pero observen que no prometo nada. Aunque habrá más ataques a la prensa que al corazón o a la prensa del corazón.

Un humorista siempre corre dos riesgos diametralmente opuestos. Uno es que no lo tomen en serio. Otro que puedan tomarlo en serio. Escribí hace tiempo un libro que es la trágica historia de mi país: de isla a cuartel, de paraíso tropical a infierno total. Era un libro triste pero mis lectores me felicitaron ¡por lo cómico que era! Hasta hubo un crítico que lo llamó una obra maestra cómica. El libro se titulaba *Vista del amanecer en el trópico*. Es Mark Twain que vuelve ahora en patines sacando un consejo de una chistera: «En la duda no te abstengas: di la verdad.» Pero también dijo: «La verdad depende tanto de cómicos como de cosméticos.» Ah la verdad, la beldad.

Se suponía (impersonal) que iba a hablar yo hoy (palíndromo oral) de la prensa y América Latina (existe, no existe), pero lamento no poder complaceros, compañeros. No puedo hacerlo. Es así de simple. Como verán, sé de qué trata la prensa, pero no sé de qué va América Latina. ¿Es un continente? ¿O es incontinente? Por favor, díganme dónde puedo hallarlo, hallarse. No lo veo en mi mapa. Ni me lleva allá mi Rosa de los Vientos. (Rosita entre nosotros.)

Sé lo que es Sudamérica y de veras que la puedo diferenciar de Sudáfrica: no hay elefantes acá. ¿Ven cómo voy? Pero no puedo diferenciar a América Latina de otros continentes sin embargo,

sin embarro. ¿Es esa tierra con perfil romano que queda tan cerca como la Edad Media? Conozco las Américas, con A pero sin capital marxista o americana. Pero ¿dónde está América Latina? ¿Queda en Haití tal vez? Allí hablan francés como en el *Quartier Latin*. ¿O queda en Perú, el país no Perú, Indiana, donde nació el rey Cole? ¿O Bolivia, donde hablan más quechua que español? Estado del estaño que hace daño. ¿Es en Uruguay del que es una parodia Paraguay? No ay, no. En Paraguay el ochenta por ciento por cierto no habla latín sino guaraní. ¡Que me cuelguen si sé dos palabras de guaraní! Pero me dicen que si dices más de dos palabras en guaraní en Paraguay

te cuelgan. Una de esas palabras es democracia, que es griego para los paraguayos. Ciertamente que Argentina no es latina, allí donde dos bailan el penúltimo tango y dos de cada tres toman mate. Ni en Chile, donde Pinochet engendra Pinochés Guevaras que van a dar a Bolivia por el Paraná para nada. Entonces, señoras y señores, ¿dónde queda América Latina, ladina? ¿Se trata de un continente o de un contenido?

Ver a un continente y medio como un sólo país es como tratar a un hombre y su mujer como una pareja. Nada plural, aun si es singular, debe tratarse como sencillo o simple. No hace mucho al dar una charla en Granada una mujer me preguntó por Nicaragua. Le dije lo que

es verdad: no conozco ese país. Conozco a dos nicaragüenses solamente: Rubén Darío y Bianca Jagger, a la que conocí cuando tenía otro nombre y era una mujer liberada antes de hacerse pública. Entiendo que ahora es el portavoz, de los nicaragüenses. Es decir, de Daniel Ortega y sus Sandinistas. Como portavoz tengo que decir que su boca parece verdadera pero con demasiada pintura roja, sin duda por el lápiz labial. Su cara es todavía bella —si *le gustan los pómulos untados de aceite*. Aunque debo confesar que tuve una relación más íntima con Darío (nacido Félix García Sarmiento) que con Bianca, *née* Blanca Pérez Macias. (Es obvio que a los nicas les gusta el

seudónimo al ajo.) Que quiera más a Darío puede parecer una consolación por la poesía, pero así son las cosas del alma.

En una palabra, no puedo hablar más que de Cuba y de las cosas que sé de ella. Tal vez por sus venturas y desventuras y aventuras en la trata de esclavos (que no terminó con la abolición) podrán ustedes discernir los problemas de un país que no se conoce más que a través de los medios (que muchas veces son los fines) de comunicación. O, como dicen ustedes, los *media*, que en español sólo significa la mitad de. Hablaré de la prensa y de un país americano que puedo localizar en el mapa con los ojos cerrados y

abiertos. Les diré dos o tres cosas, sí, que sé de ella pero también algo más que la prensa no conoce —o desconoce. Pero antes déjenme decirles lo que sé sobre la prensa, americana casi toda, y lo que hizo por Cuba.

El primer contacto entre la revolución —o mejor aún, entre Fidel Castro— y la prensa americana fue un fraude. Es decir un engaño de parte de Castro. A petición, de Castro, uno de sus seguidores (que pronto se hizo perseguidor), junto con el corresponsal en La Habana del *New York Times*, «se las arregló para que Herbert Matthews, uno de los directores de ese periódico, experto en asuntos Latinoamericanos, viniera de New York a tratar de ver a

Castro». Eso es lo que el historiador inglés Hugh Thomas escribió de esta visita única —o mejor, unívoca.

Matthews conoció a Castro y quedó impresionado. «La personalidad de este hombre es arrolladora», así describe Matthews en su libro *The Cuban Story* y arrolladora resultó para el pueblo de Cuba. «Era fácil ver», vio Matthews, «que sus hombres lo adoraban». Pero ¿cuántos adoradores había? «En la entrevista», dice Thomas, Castro «exageró el número de hombres bajo su liderazgo». Pero el engaño era más cruel que todo eso. Hemingway llamó a Matthews «bravo como un tejón», pero no dijo nada de que fuera tan tragón como un pelícano. He aquí lo que dice

Thomas acerca de los hombres, muchos o pocos, de Castro: «En realidad Raúl Castro pasaba una y otra vez con los mismos hombres y (Matthews) se llevó la impresión de que Castro “estaba en otro campamento” la mayor parte del tiempo» que duró la entrevista. Pero lo que Matthews vio fueron dieciocho indiscernibles cubanos que le parecieron idénticos, iodos de uniforme con barbas. (Los hombres llevaban barbas, no los uniformes.) Vio, en su lugar, posiblemente ochocientos hombres. Quizá, ¿por qué no?, ¡ocho mil! La treta es tan vieja como la historia y Heródoto, al comienzo de la historia, describe un engaño similar llevado a cabo por los persas cuando no

eran iraníes. Pero Matthews se tragó el anzuelo y la camada y hasta el curricán.

Matthews regresó a Nueva York, a su oficina en el *New York Times*, para dar a Fidel Castro la gacetilla más adulatoria que había recibido nunca: le concedieron, como rabo y oreja, la primera plana con fotos. «Uno sentía —escribió Matthews—, que era un hombre invencible» ¡y eso se escribió a principios de 1957! «Castro influyó en Matthews», escribe lord Thomas, «por su carácter y su energía». Tanto que Matthews le preguntó «acerca de la noticia de que iba a declarar un gobierno revolucionario en la Sierra». Esto, recuerden, con Castro *y dieciocho* hombres en la sierra, algunos de ellos

armados sólo con escopetas caseras y con machetes. «Todavía no», respondió Castro. «No ha llegado la hora. Me daré a conocer en el momento oportuno.» Y fue lo que hizo. ¡Vaya si lo hizo!

Esta historia era tan crudamente risible que recuerdo a Raúl Castro, en la oficina de Carlos Franqui en *Revolución* al principio de 1959, riendo como una hiena joven mientras contaba la historia de cómo su hermano y él habían engañado al periodista americano con su falso desfile. Era una broma cruel. Pero la crueldad no era sólo con Matthews, sino con nosotros, los cubanos, también.

Lo increíble es que Matthews, mucho después de saber que había sido engañado, era un fanático de Fidel

Castro. En 1961 cuando escribió su *Cuban Story*, de la cual he citado algunos trozos (desastrozos) escogidos, la revolución, Fidel Castro y el mismo Matthews eran jóvenes. Pero en 1969, cuando ya peinaba canas si las peinaba, Matthews escribió un libro titulado *Castro* y subtitulado «Biografía política», donde cuenta de nuevo la historia de su cita romántica con Castro: «... en la Sierra Maestra, en la mañana del 17 de febrero de 1957, mientras Fidel se ponía en cuclillas ante mí para cuchichear (estábamos rodeados por las tropas de Batista) sus ansias, sus sueños, sus convicciones que, a su tiempo, se convirtieron en realidades».

En la primera narración de este

añorado encuentro, Fidel Castro hacía desfilar a sus hombres sierra arriba, sierra abajo o, lo que es probable, hasta la loma cercana, gritando órdenes y comportándose como un general vencedor. En el último libro de Matthews sobre el mismo momento, Castro susurra (sería la primera y la última vez en su vida que susurraría) porque él y Matthews están rodeados por el enemigo.

Me permito sugerir que este cuento y aquel recuento son dos mentiras tan grandes como las lomas que eran elefantes al sol. Pero fue Matthews el engañado, antes y ahora, aunque es el mismo Fidel Castro que lleva a cabo el engaño con las tretas y triquiñuelas de

su oficio de político. Si Matthews hubiera estado con Castro no en febrero 17 de 1957 sino en diciembre 28 de 1956 hubiera sido el perfecto día de los inocentes y Matthews habría sido uno de los que habría oído el grito tradicional: «¡Te cogí por inocente!» Pero hay, además, algo terriblemente familiar en su relato. Vamos a oírlo otra vez. Fidel Castro susurra y da la impresión de que están rodeados. (En ninguno de los dos relatos Matthews habla de haber visto al enemigo.) La oración completa, «estábamos rodeados por las tropas de Batista», la mantiene Matthews entre paréntesis. El cuchicheo sugiere intimidad y confianza, mientras el paréntesis protege al lector de una

amenaza invisible —que sería menos amenazante de ser visible. En otras palabras, el párrafo revela que Castro es de confianza pero Batista es esa atroz forma del acecho, una amenaza oculta. Las tropas de Batista son aquí esa amenaza y al mismo tiempo la palabra tropa le da al lector la impresión de que el enemigo *ad portas* es numeroso y hasta formidable.

Como ven ustedes, todo lo que aparece aquí ya ha aparecido allá. Fidel, nunca llamado Castro (se trata, evidentemente, de un tuteo), es el bueno de la película. Hasta su uniforme verde (olivo) sugiere a un Robin Hood, mientras que la Sierra es ahora el bosque de Sherwood: Fidel roba a los

ricos (Batista) para dar a los pobres de la tierra en que quiere él su suerte echar. Pero hay más de un *sheriff* de Nottingham, lleno de sevicia y de vicio. A veces es uno de los compinches de Batista, uno de sus verdugos. Otras, los enemigos de Castro se llaman no sólo batistianos sino contrarrevolucionarios y, mejor aún, cucarachas si se aplastan, gusanos si se arrastran aunque vuelen al exilio a convertirse en mariposas. Pero el enemigo malo mayor, que siempre rodea a Castro como los paréntesis de Matthews, es por supuesto uno y sólo, los Estados Unidos, allá donde los cubanos se convierten en crisálidas capitalistas.

Muchas veces, como dice

Shakespeare, «con el embrujo de su genio y con regalos traicioneros... que tienen poder de seducción». Castro conquistó no sólo a sus amigos sino a sus enemigos naturales también. ¿Es sorprendente acaso que el mejor editor (y escritor en asuntos hispanos) del periódico más poderoso de los Estados Unidos fuera embaucado por este brujo «con regalos traicioneros»? Diría que no. Lo que sorprende es que el periódico de Matthews (y muchos otros) hayan caído con tanta consistencia en una trampa que pudo ser ingeniosa en alguna ocasión, pero que se ha repetido una y otra vez y otra, *ad nauseam.*

Castro, líder honesto, rodeado por el enemigo más poderoso que vio Cuba

jamás, le susurra a un corresponsal extranjero (llamado Matthews, Taber, Walters, Szulc, Lockwood, etc., etc.) las mismas cositas ricas que ha dicho al oído de todos los que ponen la oreja, desde aquella fatídica mañana del 17 de febrero de 1957 en que dijo que contaba con bastantes bravos (aquí vienen de nuevo) para morir peleando por la libertad hasta el último hombre y hasta la última bala. Pero ¿es que nadie se dio cuenta de que este tipo mentía? Su treta era una retreta —y el que tenga oídos que oiga. La mentira es también una teología para ateos —y unos pocos curas teólogos de la liberación, que es una trampa para cazar idiotas útiles fuera de temporada. Fue Orwell quien

llamó a estos argumentos falaces y torcidos *double-think*, que consisten en querer decir exactamente lo contrario de lo que se dice: armas para la paz, amor que es odio, Fidel que es todo menos fiel.

Le Monde es otro periódico que bien baila al son del flautista fidelista. Es un periódico poderoso o *era* poderoso (favor de tomar nota), que fue un panfleto al servicio de Castro por más de un cuarto de siglo. *Le Monde*, también ése, mandó a La Habana a su agente mejor, aunque no fue a petición de Castro ni del 26 de Julio. Su nombre es Claude Julien. Ironías de la *petite histoire*, fui yo el guía de Julien por el laberinto de la política cubana antes de

Castro. No subió a la sierra sino al barrio de La Sierra a conocer a Carlos Rafael Rodríguez. Después su relato fue un retazo de medias verdades y medias mentiras al describir el ordinario apartamento que visitó como la mansión Mensonge. Pero fue más mendaz cuando conoció a Fidel Castro en *Revolución* en 1959. Ustedes se dirán, «¡Pero ese hombre debió ser fascinante antes!» También lo era Hitler. O Stalin, si lo que le gustan son los bigotes grandes. Todos los tiranos son el mismo tirano aunque no parezcan iguales. Castro con su barba de marañas y su nariz romana es capaz de confeccionar una poción de tóxico carisma a la segunda potencia: los que se beben sus palabras se

intoxican de por vida. Es Circe con uniforme que convierte en cerdos a sus amantes. Es el caso de Julien y de *Le Monde* mismo. Si los periódicos se enamoraran como se enamoran los hombres, habría que decir que *Le Monde* so enamoró de Castro. A primera vista. O siquiera sin verlo. Ha sido un amor ciego: *Le Monde* odia las imágenes.

Le Monde es un periódico curioso. Queda a la izquierda del Sena pero se comporta, se porta como una gaceta reaccionaria. Es un tabloide, pero no tiene fotos en la primera plana —ni en la última. De hecho *Le Monde*, bien hecho, no publica fotos de ninguna clase. (Ni siquiera de ese Castro tan amado y

nunca visto.) En el mundo de acuerdo con *Le Monde* no se puede decir quién es quién. Ni siquiera cómo es quién. Bien podía estar escrito en *braille*. Así que sin fotos no hay barbas y sin barbas no hay Castro. El *affaire* de *Le Monde* con Castro fue como el de Abelardo y Heloisa: consumado por cartas, que es lo que es un corresponsal: alguien que escribe cartas. Algunos corresponsales son tan valientes como Eloísa, otros se comportan como Abelardo. Como dijo Belmonte: «El toreo es, como el tenis, una cuestión de pelotas.» También el periodismo.

El *Times* de Londres no se enamoró de Castro. El *Times* no se enamora más que del cuco en primavera. Pero el *Times*

tiene esta odiosa costumbre de llamar a Fidel Castro el doctor Castro. (Entre paréntesis, por qué es Stroessner un dictador pero Castro es el presidente de Cuba: ¿quién votó por él? No los cubanos, créanme.) Este doctoreo de Castro induce en los ingleses una suerte de respeto académico, como si Castro fuera un médico eminente o un genio de la física. Codeándose con el doctor Fleming y el doctor Einstein, como quien dice. Nadie en *The Times* le ha prestado atención a esta especie y no saben que es sólo abogado. Como era costumbre en Cuba, los abogados, aun cuando fueran picapleitos, se llamaban doctores. Pero se puede contrarrestar esta costumbre diciendo que *The Times*

llamaba doctor también a Goebbels. Todavía lo hace.

Lo que me molesta no es la caza del cuco cada primavera sino una aparente política del espíritu de Fleet Street que va más allá de llamar a Castro, doctor Castro. Hace poco apareció un despacho de la agencia Reuters, desplegado a todo trapo en la primera plana. Era un reportaje de la Cuba de Castro, como llaman ellos a la isla cautiva, que se mostró muy favorable a Castro. No era, desgraciadamente, ejemplar único. Luego supe que originalmente formaba parte de una serie de cuatro despachos del hombre de Reuters en La Habana. Había dado, como es costumbre, las buenas noticias primero. Pero los otros

tres cables eran una minuciosa relación de la política nefasta y los tortuosos vericuetos económicos que atravesaba Cuba desde hace 25 años. Nunca vieron la luz del *Times*. Ni ninguna otra. Ésta no es una coincidencia sino un *poshlost* poderoso.

¿Posh-lost? ¿Qué es poshlost? ¿Quiere decir *posh*, de lujo, y *lost*, perdido? No, es una palabra rusa que no tiene equivalente ni en inglés ni en español. Dice mi traductor ruso favorito, el doctor V. V. Nabokov: *poshlost* es «basura cursi, clichés vulgares... falsas profundidades». ¿Recuerdan ustedes al viejo Sam Goldwyn? El de las *Goldwyn girls*, el de las películas de lujo, el que gritaba, «¡Estoy harto de tanto viejo

cliché! Tráiganme algún cliché nuevo». Pues bien, aquí están, tal como los pidió Goldwyn. Poshlost es también «comentarios sociales, mensajes humanistas, alegorías políticas, un interés en demasía en las clases y en la raza y todas esas generalizaciones periodísticas que conocemos». Tales como «los USA no son mejores que la URSS» o todavía, «Compartimos la culpa de Alemania». He aquí un último ejemplo que nos regala Nabokov, el naturalista que solía cazar poshlostes en Trivia Negra: «Decir con el mismo aliento Auschwitz, Hiroshima y Vietnam es poshlost sedicioso.» No puedo resistir dejar de añadir un último ejemplar en la larga lista deliciosa del

más sedicioso poshlost: «¿Cómo puede una pequeña isla como Cuba», pregunta el liberal americano de tumo, «hacerle daño a un gran país como los Estados Unidos?» Lo que es equivalente del poshlost de un enano con un Magnum (y no quiero decir el champagne en la botella más grande), cuando los testigos insisten en llamarlo «ese hombrecito tan mono con su pistola de agua». Eso es poshlost más allá de toda proporción.

Cuba no es una isla enana. De hecho es la isla más grande y más influyente de todo el área del Caribe, a la que domina cultural y políticamente. Ha sido así por lo menos durante dos siglos. Es, además, la isla más importante de América. Periodistas ignorantes de la realidad y

de la ficción, no saben que hay una antigua ley de geopolítica que establece que todas las islas tienen una irresistible tendencia (o tentación si prefieren) a dominar el continente vecino. Inglaterra y Japón son los ejemplos más a mano. Pero no sólo la geopolítica sino la simple política y la historia antigua muestran que Esparta y Cartago eran menos que islas pequeñas: eran sólo ciudades. No tienen que repetir conmigo *Delenda est Cuba*, un *Cave Castro* es bastante para que ustedes tengan cuidado con Fidel que no es Fido. Es todo lo que pido. Y después pueden llamar Castro a lo que quieran: hasta una calle en San Francisco o un sola convertible.

No hay lista negra más fuerte que decir

a un escritor, a un periodista, a cualquier hombre público, que no está bastante a la izquierda —o peor aún, que está a la derecha. Hace poco una entrevistadora de televisión en Madrid me preguntó si me consideraba de derechas o de izquierdas. En vez de contestarle que ésta era una categoría de puro poshlost originada en la asamblea francesa bajo, de todas las personas en Francia, el rey Luis XVI, repliqué al instante: «Soy un reaccionario de izquierdas.» Pude ver cómo la bella locutora parpadeaba, pensando rápido, errando rápido y puedo jurar que hasta vi el humo que salía de sus ojos —y no tenía un cigarrillo en la mano manicurada como es costumbre ahora entre las rosas

audaces. La pobre mujer echaba humo.

Un humorista debe hacer reír aun escribiendo su obituario. ¿Le duele? Sólo cuando *no* se ríen. Un chiste del exilio declara a los cubanos una raza confusa. ¿Por qué tan confundiditos? Bueno, la isla está en el Caribe, el Gobierno en Moscú y el pueblo en Miami. Lo que el chistoso no sabía es que el destino de todos los cubanos está en la prensa. Si sólo Herbert Matthews —no importa, es el pasado. El futuro puede ser no más que desconfiar de Castro y no jugar a la política de potencia con las armas a bordo de ese *Titanic* de América, una isla hecha para flotar para siempre que se hundió en su primer viaje.

Sea como sea (y *sea* quiere decir mar en inglés) me alegro de estar aquí, invitado a hablar de política y de la prensa y no de literatura. Todos sabemos que es más fácil hablar de ficción política que de ficción literaria. La política es a la historia lo que el periodismo es a la literatura: la vida diaria tratando de hacerse eterna. Todos sabemos cómo fue Troya gracias a Homero. ¿Quién puede decir cuál era la política detrás de la expedición griega? Una guerra destruyó a Troya pero un poema la reconstruyó para los griegos y para la humanidad toda. La política aniquiló a Troya, la poesía la hizo eterna.

«Nunca molestes a la prensa»,

aconseja William Powell en *The Great Ziegfeld*. Ziegfeld era un hombre que se ocupaba de sus *girls* y de sus plumas (no de la pluma), pero podía decir un dicho o dos después del *show*. «Los tenedores de libros no son felices», le dijo a una de sus muchachas. Las muchachas a su vez hacían que Ziegfeld fuera dichoso: dijera dichos. Pero en vez de decir tenedores debió de decir escritores. Escribo libros, libre y libre viajo — pero no soy muy feliz que digamos. No estoy precisamente feliz entre ustedes, no al ser modesto para hacerme molesto y echarles a perder el almuerzo. Pero ¿saben una cosa? En vez de la comida gourmet (risas) que tuvimos, debíamos insistir en el bicarbonato y haber

comido spaghetti al bicarbonato de soda, que curan la indigestión que causan. La receta es de mi Marx favorito, el hombre que fue Groucho pero no de la pampa sino de Paramount. Ahora, por favor, ofrézcanme un habano explosivo. Me lo merezco.

Este artículo, titulado en inglés «*Castro's Last Stand*», fue solicitado por el diario *The Sunday Telegraph* y publicado en su edición del domingo 4 de marzo de 1990. Denuncio aquí el criminal comportamiento de las emisoras que paga el público inglés, BBC y BBC2, al propagar la miseria y mentira de Castro. De ahí parte mi proposición, que es una convicción, de

que la futura Segunda República de Cuba debe crear un fiscalato general en que el Fiscal de la República procese a todas las publicaciones que en Europa y América han repetido las calumnias castristas contra Cuba y se les enjuicie si no por complicidad al menos por difamación.

LA CASTRADURA QUE DURA

En *Sombras en el mal*, la película de Orson Welles, el policía tejano y totalitario, Hank Quinlan, tan viejo que se cree eterno, es, como todos los tiranos, incapaz de sentir lástima por nadie más que por sí mismo. Le pregunta Hank a Marlene, adivina con cartas, sobre su futuro. «No tienes ninguno,

dear», dice ella. «Lo has gastado todo ya.»

Porque ocurre en una película, mucha gente no prestó atención a la moraleja de la fábula y a su mensaje democrático. Un policía mexicano (todo pasa en la frontera) se queja a Quinlan de sus tretas y trampas. Una de ellas consiste en plantar evidencia a un sospechoso y mandarlo a la cárcel de seguida (y tal vez a la muerte) porque el plante lo acusa. «La labor de un policía», dice el policía mexicano, «nunca es fácil. Sólo es fácil en un Estado policíaco».

Conozco íntimamente un Estado policíaco donde la labor es fácil no sólo para la policía sino también a fiscales y a jueces. Irónicamente es fácil también

al trabajo de periodistas y, especialmente, el de los corresponsales extranjeros y a los comentaristas políticos de todos los países unidos. Para poder trabajar en esta tierra baldía todo lo que tienen que hacer es decir cosas lindas a cada cosa fea. Sobre todo al tirano viejo eternizado por el éter del poder. Pero ¿qué ocurre con los que trabajan extramuros y por tanto no tienen que mentir tanto y al informar desinforman pero lo hacen con tiento y contentos? Fue un escritor inglés de otra época, George Orwell, quien dijo que no hay más que vivir bajo un tirano para servirlo que da gusto.

Loros ilustrados que leen las noticias como si las estuvieran haciendo al

mismo tiempo, comentaristas políticos que han mostrado en Inglaterra, en los veinticinco años que vivo aquí, un desprecio por la verdad si concierne a los países comunistas, que es despreciable y al mismo tiempo comprensible. Todos son, con pocas excepciones, descendientes de fabianos, herederos de la siniestra (y no idiota como se les presenta usualmente) pareja llamada esposos Webb. Los Webb vinieron de un viaje a Stalinlandia, cuando imperaba el Terror, para proclamar al tirano como «el constructor de una civilización nueva». No es sorprendente que Sydney Webb padeciera de mal aliento y cada vez que hablaba abría una cloaca mefítica.

La BBC y la BBC2, su hija política, han perifoneado con alegría innumerosos programas loando a Castro y su infeliz isla y nadie ha dicho nada de cómo es la cosa: una dictadura brutal que parece durar siempre, una castradura que dura. Algunos de esos programas, los más aviesos, para hacerlos sabrosos al paladar inglés, toman la forma de travelogues con locaciones exóticas y música de salsa sonora. Cuba se ha convertido en una magnífica obsesión para estas emisoras desde los años setenta. Y ahora que Cuba ha dejado de ser magnífica, sigue siendo una obsesión.

No hay que decir que el comentarista inglés de andar por casa no sabe nada de

Cuba antes de Castro (en inglés BC, como en la cronología histórica) y como loro contento repite las mentiras de Castro que transmite como verdades como un puño (izquierdo, alzado). Son nuevos cristianos con otro evangelio. «La Habana era un burdel», se lamentan, pero no dicen que se pueden encontrar más putas por las calles de Madrid y Barcelona hoy que en La Habana antes. Mientras que en la España de Franco no había ni una sola. «La Habana era un casino», proclaman, pero si caminaran por South Kensington, donde vivo, encontrarían más casinos (sin mencionar las venerables oficinas de Ladbroke, sólo para caballeros con caballos) que en La Habana en su apogeo. «La

educación y la salud pública son ejemplares bajo Castro», pero nunca dicen que los escolares cubanos, cuando aprenden a leer y escribir, deben comenzar a hacerlo con un libro primero que empieza con una F. «F de Fidel», por supuesto. A los adultos que saben leer una censura cruel y cotidiana les impiden leer libros, periódicos y magazines que se publican fuera y, últimamente, en Rusia.

La salud pública, ya que no existe la privada, es un caos con un centro, Castro: los cubanos sufren de enfermedades nunca vistas desde antes de la independencia de España en 1902. Gozan ahora de fiebre puerperal, porcina, dengue, brucelosis —denle

ustedes el nombre y sabrán quién lo tiene. Si tiene dolor de muelas tendrá que aguantarse y morder la bala, literalmente. Se sabe que no hay aspirinas en Cuba pero Castro tiene una de las mejores fábricas de municiones del continente —que incluye a los Estados Unidos.

Periodistas y escritores hablan del «cruel bloqueo americano contra la isla» —que es en realidad un archipiélago— y nunca señalan al cielo para contar los aviones de caza o al mar para ver acorazados, cruceros y submarinos dando vueltas alrededor de Cuba. Nunca dicen, por supuesto, que el bloqueo es un embargo. Cuba, desde que tomó el poder Fidel Castro, ha enviado

terroristas desde Argentina a Guatemala, incluyendo a Venezuela, y hordas de agentes a Chile, durante, antes y después de Allende, sin olvidar la aventura sin ventura del Che Guevara en Bolivia —ese humanista que pedía «dos, tres, cinco Vietnams» en todo el mundo, que sí es una aspiración imperialista de la que los Verdes nunca tomaron nota. Desde finales de los años setenta, fungiendo como mercenarios de los rusos, Castro ha enviado (su propio estimado) cerca de 300.000 soldados cubanos a Angola, los dos Congos, Namibia y hasta Etiopía para apuntalar el régimen del coronel Meghistu, el mismo que en sus mítines en vez de globos de colores soltaba bolsas llenas

de sangre, tal vez vacuna, tal vez humana, como símbolo del poder rojo en África Negra. ¿Qué tal? ¿Cómo va ese bloqueo?

Esa ignorancia es la mala fe como otra bocanada de mal aliento político. Ignorar lo que Cuba era, es otra forma del infantilismo político inoculado, como quiere *The Times*, por el doctor Castro. La Gastroenteritis hace olvidar que en 1958 Cuba tenía un producto nacional bruto solamente superado por Argentina y Venezuela. Hoy día Cuba ha caído detrás de Haití, que está ahí al lado, país que viene a la zaga desde su desgraciada revolución en 1791. En Cuba había más automóviles en los años cincuenta que en muchos países

europeos (y no me refiero precisamente a Luxemburgo) y más televisores que en Italia. También tuvo Cuba televisión en colores en 1958, ¡diez años antes que Inglaterra, Gales y Escocia! ¿Es esto un secreto arcano para los ingleses? Todo lo contrario. Todos estos datos se pueden encontrar en un libro escrito por un inglés, Hugh Thomas, que escribió la mejor historia de la otra isla, *Cuba o el ansia de libertad*. Thomas, ahora Lord Thomas de Swinnerton, fue a Cuba ignorando no sólo lo que era la isla sino llevando como equipaje los prejuicios de la izquierda inglesa. Pero lo que vio el visitante, más lo que leyó el historiador en viejos periódicos cubanos, le abrieron los ojos. Pudo

quitarse las legañas engañosas de las mentiras castristas como si fueran telarañas políticas. El libro fue publicado en Inglaterra y dondequiera en tapa dura y en edición de bolsillo y se puede conseguir, gratis, en cualquier biblioteca pública. Pero, claro, la verdad se encuentra sólo cuando se busca.

El año pasado se hizo circular una carta abierta a Fidel Castro pidiendo un plebiscito similar al que celebró Pinochet en Chile. Era una puerta abierta honorable: sobre todo una salida sin sangre. A través de uno de sus muchos miñones, Castro ridiculizó la petición que estaba firmada por más de un hombre honorable —sobre todo

extranjeros. Gente como Derrida, Federico Fellini, Mario Vargas Llosa, Elie Wiesel y cientos más firmaron la carta. Fue publicada en *The New York Times* y en todas partes —excepto en Inglaterra donde ni siquiera fue mencionada en la prensa. Este año otra carta abierta («¡Fidel Abre tu Muro!») le fue remitida a Castro. Aunque estaba firmada por Lech Walesa, Milovan Djilas, Brodsky y otros (incluyendo a los firmantes de la carta anterior) no fue firmada por siquiera un solo escritor inglés, con la excepción de Hugh Thomas. Los medios informativos ingleses mostraron igual desprecio que Castro. ¿Puede sorprender que el triunfo de Violeta Chamorro, una victoria para

la democracia, los cogió a todos, según la frase de Mark Twain, con la cintura de los pantalones por el suelo? ¿Pérfida o perdida Albión?

El filósofo Santayana dijo una vez que todos los que olvidan el pasado están condenados a repetirlo. Es peor. Los que no conocen el pasado están obligados a ir ciegos hacia el futuro. Fue ese fácil futurólogo, Lincoln Steffens, quien dijo al regresar de la Rusia Soviética en 1919, «He visto el futuro ¡y funciona!» Ahora sabemos de cierto que la Unión Soviética no funcionó nunca y no tiene futuro.

No soy adivino pero puedo decir de seguro que el futuro de Cuba no tendrá lugar para Fidel Castro —excepto,

claro, como último reposo. Para Castro o para su hermano Raúl, segundo en el mando, o para su cuñada Vilma Espín de Castro, mujer de Raúl, tercera en la jerarquía, o para su hermano Ramón, el mayor, o para el joven Fidelito, hijo de Fidel, que es el jefe del programa de energía atómica o como se llame lo que sea. Estoy convencido que la maldita tribu y sus diatribas no tendrán lugar en Cuba el día de mañana —o de pasado mañana. No sé si el final será sangriento como el de Ceasescu o de refugiado en un búnker como Hitler o colgado por los pies, sin ceremonias, como Mussolini. De lo que estoy seguro es de que Fidel Castro, al revés de Stalin o de Mao, no morirá en la cama. A no ser que sea ese

lecho de Procusto llamado historia, donde si no cabes te cortan la cabeza. O tal vez tenga, como Custer, un final con flechas y muera con las botas puestas «en la tarde última».

Marzo de 1990

CUBANOS A LA VISTA

Tenía una agradable relación con las páginas literarias del *Telegraph* y era porque las dirigía Nicholas Shakespeare. «Hola, te habla Shakespeare» era su saludo cada vez que quería que yo escribiera la crónica de un libro, que hice muchas. «¿Qué hay en un nombre?», pregunta precisamente el otro Shakespeare. ¿Era el canto del Cisne del Avon o el encanto del

anacronismo? En todo caso era una irresistible petición. Cuando Shakespeare renuncio vino a sustituirlo una de esas damas dobles que llevan el nombre de un marido conocido como una etiqueta de moda. Como primera petición la sustituta solicitó una crónica sobre *Cubans*. La autora del libro era uno de esos irlandeses que saben morir por una causa: el reconocimiento de Londres. Es por eso que nunca siquiera mencionan una viga en el ojo de la tormenta de Irlanda del Norte —que es una mera paja en el ojo crítico inglés.

Al enviar mi crónica, la dama enana la devolvió con dos contradicciones cogidas por una misma presilla: era «demasiado impresionística» (que es un

criterio crítico que murió con Anatole France en Francia) y a la vez era «muy dura». No con Cuba castrista sino con la autora de *Cubans*. La retiré *ipso facto*. Ahora la traduzco tal cual. ¿Tengo que decir que ésta fue mi última colaboración para el *Daily Telegraph* sin Shakespeare?

Cubans es, ¿qué cosa si no?, un libro lleno de cubanos. Ahora, en vez de visitantes extranjeros que hablan de los nativos con encanto, es una quinta calumnia cubana. Pero podrían haber sido los marinos de la *Bounty* que denunciaban al capitán Bligh y a su triste tripulación. Miami es ahora una versión más cercana que Tahiti y se respira un

aire de motín, terrible terral. Aunque hay náufragos: de 7.000 a 10.000 de ellos hasta ahora. Uno de ellos, al hacer la travesía de la peligrosa corriente del Golfo, fue sacado del mar ayer por el yate real *Britannia*. Su balsa estaba hecha de neumáticos y mala madera. Antes de desmayarse el cubano pudo preguntar: «Miami sí?»

Una de las cosas que este libro pudo hacer y no hace es tratar de explicar por qué tantos cubanos (casi dos millones de una población de apenas diez millones: un diezmo, qué duda cabe) arriesgan su vida para escapar del Paraíso.

Al principio había visitantes ilustres a la isla que Melville habría llamado la Encantada. Sartre, Pablo Neruda,

Nathalie Sarraute, Hans Magnus Enzenberger, Susan Sontag, Simone de Beauvoir, Juan Goytisolo, Mario Vargas Llosa —pero no García Márquez. Por esta época estaba desterrado de la isla por haber desertado su puesto de agente de Prensa Latina (la agencia cubana de noticias) en Nueva York —durante la invasión de Bahía Cochinos. Ahora sólo viajan a la isla las heces haciendo eses. ¿Qué los atrae? Hemingway no pudo decidirse. ¿Es la vista o es el olfato?

Cubans arranca con una cronología cubana (que comienza en 1868 —¿por qué?) que es una típica trama irlandesa: hilo puro. La cronología hace con las fechas lo que un malabarista con las naranjas. Afirma, por ejemplo, que

Batista estuvo en el poder de 1934 a 1944. (Diez años que comparados con los treinta y dos de Castro convierten a Batista en un enano, como dijo él mismo al regresar de su viaje a Washington y encontrarse con Roosevelt en la Casa Blanca.) Al mismo tiempo la autora se olvida de decirles a los lectores ingleses que Batista, del que ni siquiera menciona que era negro, fue elegido legalmente en 1940, principalmente por el voto comunista. En recompensa, los comunistas pidieron (y obtuvieron) el control total de la CTC, la Confederación de Trabajadores Cubana. Dos líderes comunistas sirvieron entonces en el gabinete batistiano. Uno de ellos era Carlos Rafael Rodríguez,

ahora el tercer hombre de Castro. ¿Explicación? Rodríguez era un estalinista de corazón, a la sazón ahora Castro es el Stalin más a mano.

La cronología está compuesta siguiendo el bien conocido principio de Marx: si uno no puede escribir la historia, simplemente la reescribe. La autora menciona al pasar que en 1980 «doce personas que pedían asilo derribaron las puertas de la embajada peruana». De hecho *once mil* cubanos se asilaron en esa embajada ¡en 72 horas! Fue uno de los más notorios escándalos en la historia del asilo político. Will Rogers solía decir: «Lo que sé es lo que leo en la prensa.» Es obvio que Lynn Geldof (me susurran que es hermana de

Bob Geldof —¿quién es Bob Geldof?) ni siquiera ha leído los periódicos. Hasta el *Irish Times* publicó esa noticia. Debía ella tratar de escribir sobre Irlanda del Norte en vez de Cuba.

La autora no reconoce que en los años cincuenta, la hambreada Cuba ahora (la BBC anunció esta mañana que han racionado el pan finalmente a tres onzas diarias por persona) era mucho más próspera que su Irlanda nativa. Un visitante que viniera a La Habana desde Dublin se habría sorprendido de lo próspera que era esta ciudad capital. No es un arcano: se ha publicado en todas partes. Hasta en el libro de récords Guinness.

Este ejercicio de preguntas y

respuestas se ha hecho ya antes: mismo método, misma manía. El libro de encuestas fue tal vez inventado por Óscar Lewis, autor de *Los hijos de Sánchez*. Fue Lewis quien originó el concepto que llamó «cultura de la pobreza» y se sintió luego atraído por lo que declaró «el experimento cubano», como si los cubanos fueran, efectivamente, conejillos de Indias. Pero Lewis era un hombre honesto y finalmente cayo en desgracia con los hermanos Castro y fue expulsado de Cuba —no sin antes sufrir un ataque al corazón. Moriría poco después. Su obra póstuma, *Cuatro hombres viven la Revolución* (1977), es el antecedente directo de *Cubans*.

Yeats, que fue un irlandés visionario, escribió sobre los fanáticos: «... los peores están llenos de apasionada intensidad». No hay intensidad en *Cubans*, apasionada o de la otra clase. Es por el contrario un libro aburrido, partidista y mediocre.

Mayo de 1990

LOS POETAS A SU RINCÓN

Esta crónica que se hizo ensayo apareció en la *London Review of Books* en noviembre de 1982, dos años después de que Heberto Padilla salió al exilio, luego de estar arrinconado en Cuba durante más de una década. Fue difícil escribirla porque apenas leo poesía y era un encargo del editor Karl

Miller. No la lean ahora como crítica sino como elogio a un amigo poeta al que demasiadas veces escogieron (y condenaron) como chivo expiatorio.

No se pueden entender los poemas de Heberto Padilla si no se saben los tiempos duros que pasó en Cuba. Con él la vida del poeta es la obra del poeta — como quiere Sebastián Venable, el poeta perverso de *De repente en el verano* (Williams, Mankiewicz), poeta pervertido. Padilla, ya lo saben, ha pasado la mitad de su vida (y la mayor parte de su obra) como huésped (o rehén) de un tirano. Para conocer la vida y la obra de Padilla hay que conocer primero al tirano. O lo que queda de su

vida. Este tirano, como habrán ya adivinado (con eso de que Padilla es un poeta cubano en el exilio) se llama Fidel Castro —o como insiste *The Times* en llamarlo, doctor Castro.

Si alguna vez erigen una estatua a Fidel Castro en Inglaterra (¿y por qué no? —después de todo tiraniza en nombre de Marx y esta máquina alemana de fabricar odio tiene su estatua aquí, aunque no Nietzsche ni D'Annunzio) será un monumento al tirano desconocido. De hecho, los ingleses saben menos de Cuba de lo que sabían de Argentina antes de la guerra que Borges describió como dos calvos peleando por un peine. (Hay un chiste cubano todavía mejor sobre esta guerra

entre Inglaterra y Argentina, que ganaron ambas. En este cuento el embajador de Puerto Rico ante las Naciones Unidas tiene una proposición de paz. «¿Por qué», pregunta, «no les dan las Falkland a los ingleses y a los argentinos las Malvinas?») Todo lo que sabían de Argentina era que ese país donde el gaucho galopa en la pampa inventó el tango y estaba gobernado por una falsa actriz rubia llamada Evita. Ella cantaba un bolero, «No llores por mí, mi Argentina», en cada crisis, política o personal —a la caída del telón. Lo que viniera primero. (Casi siempre el telón caía primero.) Por supuesto que es más fácil saber qué cosa es una inepta dictadura militar que saber de una

tiranía totalitaria triunfante. Esto se podía ver en la España del opaco Paco Franco, en oposición al feo feudo de los Ceasescu o la Albania tenebrosa de Enver Hoxha —de la que lo único cierto que se sabe es que su capital se llama, justamente, Tirana.

Ya les he dicho a los lectores de la *London Review of Books* (edición de junio 4-17 de 1981) cómo fueron esos breves encuentros con Fidel Castro (desde ahora llamado el Tirano) que tuvo en el pasado Padilla (el Poeta) en territorio enemigo. Dejamos al Tirano diciendo adiós al Poeta a su manera desde la puerta de una de sus guaridas de guerrillas en plena Habana. El Tirano, como se ve, no tiene dirección

fija: toda Cuba es su doloroso dédalo, al que es central, pero su infierno es una espiral sin centro. Cuando el Poeta, que no quería llamarse ni Teseo ni Deseo, dejó el laberinto en que la Bestia ruge fue con ayuda de una improbable Ariadna, cuyo nombre en las boletas para presidente de los USA en 1980 era senador Kennedy. Cuando K. le dio la bienvenida más blanda al Poeta en el aeropuerto de Naxos o Nassau, todo lo que dijo fue: «¡Hola que ya me marcho!» —y desapareció enseguida en segundos. Ahora el Poeta solo por su cuenta y riesgo con el conocimiento peligroso de no haber matado al monstruo en realidad: sólo había herido su orgullo, tan duro como su cuero. Una vez más

tuvo que vivir con Malicia.

En su nuevo ambiente el Poeta oyó amenazas de las masas que nunca le oyó decir a la Bestia, siempre soberbia. Sus perseguidores se preocupaban (los secuaces siempre se asustan) por oír la voz del Poeta cantar. No que temieran que escribiera letras de canciones que cantaría después. Lo que temían era que escribiera sobre el laberinto que algunos llamaban un magnífico edificio —¡incluso decían que tenía la forma de la horma que vendrá!

Pero el Poeta sabía que se trataba de un espiario.

Escribió poemas, dio charlas y hasta publicó una novela que había sacado con más astucia que trabajo de

contrabando de la isla. Este libro mostraba que las pesadillas son los sueños de que está hecha la historia. Como Goya pero peor. Como Shakespeare en *Macbeth*, aunque no ocurría en Escocia en el pasado remoto, sino era un terremoto que sacudía a su isla, rodeada de las aguas turbias de la política presente en que la ceremonia de la inocencia —un bautismo en pila pútrida— se ahoga en gritos obscenos: *Heil Hitler! Evviva il Duce! Viva Fidel*! La Bestia está llena de la más apasionada intensidad, mientras que los beatos no sólo no tienen sino que ni sostienen la necesaria convicción cuando temen ser convictos —y son confesos. A veces los beatos son

huéspedes, como el rey Duncan, de la Bestia que no muere.

Dos autores ingleses fueron a Cuba. ¡Qué dolor, qué pena! Uno fue cuando ya Fidel Castro era amo y señor de la isla —o más bien archipiélago. El otro fue después y antes del segundo advenimiento. Edna O'Brien, pobre dama dolida, visitó Cuba como Alicia viajó al otro lado del espejo —*per ignotas*. ¡Es que Inglaterra es tan aburrida cuando llueve por la tarde! No hay nada pero nada que hacer. Además quería saber cómo se ve la llama eterna de la Revolución cuando está apagada. Y probar la leche de la bondad humana en el espejo. Así llaman al daiquiri en La Habana.

Le dieron un viaje con guía (que es la versión cubana del perro para ciegos) por la isla (la parte izquierda nada más) y habló con figuras menores que pronto la convencieron de que eran mayores. Su fotógrafo tomó fotos a color en todas partes que el tiempo (y las autoridades) lo permitía. Trajo ella de regreso un trofeo del otro mundo: el doloroso retrato de un campesino sin camisa ni zapatos con su mujer. Parecían los esposos Arnolfini a través del espejo que se ve en la pared. Su miseria, como todo lo que se pudre en Cuba hoy, estaba hecha en USA —*antes* de la Revolución. Apresó ella el todo para la cubierta del magazine del *Sunday Times*, más una vasta vista dentro. Lamentablemente

(doble lamento) la habían tupido, pero ella ni siquiera tenía la impresión de que la habían engañado.

En Cuba, cualquier nativo que entra en contacto con un extranjero (sobre todo si es un escritor o un periodista, profesiones preferidas de los regímenes totalitarios que saben lo que es la propaganda) pertenece a Seguridad del Estado o al G2 o debe pedir permiso para recibir —a un extranjero. Funcionarios del Ministerio del Exterior, empleados de la Comisión de Turismo y ejecutivos (menores) de la Unión de Escritores que te saludan en el aeropuerto (y te dicen adiós también), todos lloran con lágrimas de cocodrilo. También los guías, los intérpretes y

hasta ese señor tan amable entrado en canas con quien te tropiezas en todas partes. Sí, ese mismo que tiene esa sonrisa de caimán con dentadura postiza, trabaja también para el G2. En Cuba no sólo el Hermano Mayor te vigila. También lo hace el Hermano Menor, que es Raúl Castro.

La señora O'Brien no sólo no vio bien. Tampoco oyó bien. Habla en su artículo de los *infamos* (sus cursivas son de ella) que le parecían —¿cómo decirlo?— *extraños*. Saben, diferentes. Esos *infamos* deben de haber parecido como lucían los *hippies* ante cualquier *punk* de hoy día. Pero *beatniks, hippies* y aun un pálido *punk* están prohibidos en Cuba, de acuerdo con una ley contra «la

extravagancia y el comportamiento antisocial». Comportamiento que incluye el crimen social de usar *blue jeans* y zapatos de tenis, no cortarse el pelo largo y hasta llevar barba —a menos que te llames Fidel Castro o eres uno de los pocos felices comandantes que estuvieron en la Sierra, combatiendo al ejército de Batista o al tedio.

Lo que Edna O'Brien oyó mal es la palabra *enfermos* (*the sick ones* en inglés), sociales o morales. Así es como llamaban a esta pobre gente antes de llamarla *escoria* y ser expulsada de Cuba a Estados Unidos por indeseables por el puerto de Mariel en 1980. Aquellos que tuvieron la suerte de clasificar como pederastas, lesbianas y

mendigos dejaron el Mariel como escoria para convertirse en gusanos al desembarcar en Miami. Todas estas etiquetas fueron fabricadas por el doctor Castro, un lingüista tan imaginativo como el doctor Goebbels.

El otro escritor inglés de nota que visitó Cuba para escribir después fue Graham Greene, el hombre que llamó a Philby «mi amigo». Estuvo en La Habana antes pero no después de Edna O'Brien, creo. A veces veía a Castro por el camino de Torrijos, el difunto hombre fuerte de Panamá. En todo caso ha estado en Cuba varias veces, durante el régimen de Batista pero las mas voces después que Castro tomó el poder. Graham Greene escogió ser enemigo de

Batista pero amigo de Castro por razones religiosas. Se ve a sí mismo como el Paracleto de Castro: el consolador de Fidel. Aunque no es más que el abogado del diablo. Sea como sea. Cuba bajo Batista se probó no tan agradable pero fue por cierto más provechosa que bajo Castro. Greene no ha escrito todavía *Nuestro hombre en La Habana* (segunda parte —que, ya se sabe, nunca es buena) y encontró problemas con la censura cubana cuando estaban rodando su película en La Habana en 1959. Lo sé porque fui yo quien arregló el primer encuentro entre Greene y Castro, a la sombra de la catedral, para allanar las dificultades sobre los adoquines de la plaza, que

había encontrado como piedras en su camino el director Carol Reed con los censores castristas.

Sin embargo Greene ha escrito muchos artículos y dado innúmeras entrevistas sobre Cuba y ha publicado un largo relato sobre Castro y su revolución. El más importante de los artículos es el más difícil para los lectores ingleses si quieren entender lo que pasa en Cuba. Esta pieza es una alabanza (hala, avanza) a Castro llamada «El marxista hereje» —lo que Castro no es ni nunca ha sido. Como testimonio no hay más que ver el apoyo servil a la Unión Soviética en su invasión de Checoslovaquia (1968), Afganistán (1979) y Polonia (1982). Este hombre,

Castro, no Greene, es un títere rojo con uniforme verde —que es *green* en inglés. Como diagnosticó otro escritor que visitaba a La Habana por estas fechas, el experto en marxismo francés de origen polaco K. S. Karol: «Si Castro es marxista, entonces se trata del marxista más crudo que he visto.»

Greene trata de establecer una comparación entre Castro y Batista que es grosera, viciada de origen. «Cuba es ahora un país», declara mundano, «y no la mera capital en busca del placer que era bajo Batista». Castiga a Cuba, aunque probablemente sólo quería decir La Habana, por ser la capital del placer cuando gobernaba la isla Batista. ¡Ojalá que lo hubiera sido! Viví y vi allí

suficiente dolor para hacer no una frase sino llenar un volumen. ¿Y qué hay de malo en que La Habana fuera la capital del placer? ¿Es la capital del dolor más deseable? ¿O la capital del llanto? El papa llama a Madrid liberada de Franco una capital hedonista —es decir ansiosa de placer. ¿Debería España entonces regresar a los días de dolor de Franco? Quizás La Habana fuera dolorosa para los masoquistas con cilicios de silicon en el trópico, pero no para mí. ¿Es la capital del placer peor que la capital de *El capital*? ¡Si solamente Batista, dado al dolo, se habría hecho un Kuba Khan y creado un domo de placer que llamara Xanadú! Es probable que Greene quisiera decir (y no he decidido todavía

si es un escritor confuso o un hombre confundido) que había casinos en La Habana bajo Batista —y también por supuesto mucho antes. Nadie piensa que Batista inventara la ruleta o creara al crupié.

Pero Si Greene quiso llamar a los casinos «antros de perdición» como un moralista Victoriano (esos que escondían el sexo perverso bajo el macferlán de las buenas maneras) estoy seguro de que en sus visitas de 1959, 1957 y antes jugó en esos casinos. Si no, creo que es más sano jugar a los dados de adulto que a la ruleta rusa de joven, como ha confesado Greene demasiadas veces. En todo caso hay más casinos en Londres ahora que había en toda Cuba

antes de 1959 —y esa profusión no hace de Londres un palacio del placer[17].

Si la elección fuera entre un país y una capital del placer seguramente que un millón y medio de cubanos no hubieran huido bajo riesgo (y por todos los medios) de una isla rodeada de alambre de púas, infestada de policías más que de tiburones. El resto del artículo es Graham Greene cayéndole detrás a Fidel Castro por toda Cuba, como Holly Martin perseguía a Harry Lime por toda Viena en *El tercer hombre*. Es obvio que no sabe todavía que su héroe caribeño es en realidad el malo de la película.

Greene escribe sobre Celia Sánchez, factótum femenino de Castro, y sobre

Haydée Santamaría, procer profesional de la Revolución —siempre con mayúsculas, a la mayor grandeza de Castro. Ambas están ya muertas. Celia Sánchez murió de cáncer y fue enterrada con todos los honores. Pero la Heroína Haydée (a quien, según Greene, todo el mundo en Cuba la llamaba Haydée, cuando no la llamaban Yeyé, su apodo) se levantó la tapa de los escasos sesos hace poco. Greene tuvo un sueño sobre lo que habría pasado si Haydée hubiera muerto en el asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba en 1953, ataque dirigido por Fidel —el nombre que Greene le da siempre a Castro. Haydée era una de las dos mujeres que fueron con los atacantes de enfermeras. Si

Haydée hubiera muerto entonces, especula Greene, «habría sido enterrada en el panteón de los héroes y su entierro habría sido esa cita que (todos los cubanos) sabrían de cierto a la que Fidel habría asistido». De hecho, antes de matarse (el 26 de julio de 1980, en el aniversario del asalto), Yeyé envió, como testamento, una carta de despedida a Castro. Por supuesto que esta carta última de una líder revolucionaria desilusionada, tanto como su suicidio, nunca se hizo pública. (Yeyé fue ingenua hasta el final —y también Greene de paso.) Haydée Santamaría no fue enterrada en el Panteón de los Héroes ni hubo una sola manifestación de parte de un Castro consternado. Tuvo ella, en su

lugar, un velorio privado en una funeraria de segunda mano en La Habana —y éste fue otro *rendezvous* histórico que Fidel Castro no cumplió.

Greene mantiene que Fidel Castro es objeto de veneración aun en su nombre —Fidel: «al que ningún cubano, excepto el enemigo, llama Castro». Uno de los más atroces tiranos que ha existido en América, el mexicano Porfirio Díaz, era conocido, respetuosamente, como don Porfirio. Llamarlo de otro modo era dejar ver que se tenían los Díaz contados —y este atravesado podía morir de Porfiria.

Cuba es un país comunista (aunque Castro no lo sea) y un país comunista es

un mundo de mentira y miedo. Los trabalenguas del charlatán se transforman enseguida en la lengua bífida del ofidio del siglo xx —y nadie nota nada. Los poemas de Heberto Padilla fueron escritos, la mayoría, en La Habana, capital de Cuba y Cuba es una isla del Caribe en que Fidel Castro, cubano apenas (su padre nació en Galicia y su madre en el Líbano), educado por los jesuítas, sectarios extranjeros, pero con todo podía gritar en sus manifestaciones: «¡No somos latinos! ¡Somos más que latinos! ¡Somos afrolatinoamericanos!» (Y casi se atraganta con esta última frase hecha nombre.) Pero nadie preguntó si era genéticamente posible ser semejante

engendro. Nadie preguntó si Galicia tiene ahora frontera con Namibia. Nadie cuestionó esta arte combinatoria. ¿Por qué no latinoafroamericano o afroamericanolatino o —¡al carajo! Nadie pregunta nada a nadie en Cuba y vive para contarlo. Pero lo que Castro quiso decir es que *su* Cuba tiene derecho racial a intervenir militarmente en toda África. Adolfo Hitler, más modesto o más tímido, dijo lo mismo de *media* Europa.

Fidel Castro era conocido en sus días de estudiante (que quería decir agitar mucho y estudiar poco o nada) como el Gallego. Es decir, era *pañol*, de España, parcela y parte de la herencia española en América. De la tierra que nos dio a

Pizarro y a Aguirre y los conquistadores viene ahora ¡el caudillo! O su variante americana, ¡El Caudillo! En España Francisco Franco se hacía llamar El Caudillo, Por la Gracia de Dios. Castro es otro avatar voraz del caudillo. Ha habido otros ávidos avatares, el monarca absoluto hecho ahora obsoleto. Hubo Rosas en Argentina, cuyas manos sucias no olían a rosas precisamente. Hubo Francia en Paraguay, que se llamó a sí mismo «Yo el Supremo». (Supongo que sus hijas, educadas en Inglaterra, se llamaban «*the supremes*».) Hubo Gómez, que no inventó la goma en Venezuela pero que ordenaba que sus enemigos políticos en la cárcel fueran minuciosamente enculados en público.

Hubo la dinastía Somoza en Nicaragua, en la que Anastasio, avatar de avatares, dijo poco antes de ser derrocado: «Cuba era el último país de América en que podía triunfar el comunismo» —sin saber que el suyo sería el penúltimo. Hubo Trujillo en la República Dominicana, que se sacaba las cejas y se teñía el bigote con un lápiz Very Blak cada mañana que llamó a su capital Ciudad Trujillo y a su hija Flor de Oro. Hubo Pérez Jiménez, ávido de placer, que llevaba gafas y corría tras deliciosas modelitos desnudas, corriendo ellas por la playa para ser perseguidas por el Cerdito en motoneta. Cuando alcanzaba a una se aseguraba los lentes y ella tenía que preguntar:

«¿Para qué son esas gafas, Cerdito?» y Cerdito respondía: «Para verte mejor, mujer.» La playa era privada, la mujer era pública y el país Venezuela de nuevo. Hubo Ubico, dictador ubicuo en su motocicleta errante. Hubo Perones, hembra y hombre: ella era actriz, él era espectador. Hubo Batista, que siempre se vestía de blanco y era ducho en la ducha para quitarse el hollín de sus antepasados. Y hubo —no, no qué va: la lista es mucha para pensar en coincidencias. Los caudillos tenían de indio, de negro, de mulato— pero sólo a medias. El resto era español.

Cuando ese último avatar muera en Cuba (y cada vez parece más su propia figura de cera: se le ve cerúleo) los

escritores y los periodistas ingleses no tendrán que ir a pie a ofrecer sus respetos bajo el feroz sol cubano. Para rendir homenaje al caudillo hispano no hay más que ir a un vetusto cementerio en Southampton. Ahí encontrarán la tumba de Rosas, que murió en la tenue ti niebla (o en la niebla) de 1877. El general gaucho, descrito por Borges en un poema, como cl Macbeth argentino (todos los caudillos son usurpadores), en que había dagas y había Rosas, se fue al exilio en Inglaterra —todo argentino es un proyecto de inglés desde una realidad de italianos y judíos— y allí murió. Cuando Perón regresó de entre los muertos políticos para arrebatarle el poder a los legales por medios tan

legales, un periodista argentino, marxista ahora, antes liberal del Perico, vino a visitarme: «Vengo en misión oficial», creyó necesario informarme. «Me llevo a Rosas para Argentina.» Quería que fuera con él a Southampton y a la niebla. Le propuse a mi vez ir a cierto cementerio en Londres. Entendió mal. «Ah», me dijo. «Quieres que visite la tumba de Marx primero.» «No», le dije. «Quiero que veas la tumba de Mosley.» «¿Y quién es Mosley?» ¿Cómo explicarle? Un salto atrás, un avatar avieso, un fenómeno histórico — Oswald Mosley, el caudillo inglés. Fenómeno debe leerse en el sentido de monstruo de feria.

Todo comenzó a echarse a perder para

nosotros los escritores cubanos cuando tuvieron lugar las reuniones con Fidel Castro en la Biblioteca Nacional en junio de 1961. Pero para el Poeta el mal corrió antes. En 1959, cuando se hizo corresponsal en jefe en Inglaterra de la agencia Prensa Latina (fundada por el Che Guevara, que entonces no quería crear el hombre nuevo sino el nuevo argentino: la agencia estaba toda llena de facsímiles) y vino a Londres —para meter la pata política. Como cuartel general de la agencia escogió un edificio en Fleet Street donde ya tenían su agencia la AP y la UPI. Cuando esta coexistencia espacial se conoció en Cuba acusaron al Poeta de vender (¿qué cosa: noticias, secretos?) o venderse al

imperialismo yanqui —y fue llamado a contar en La Habana. Luego vinieron las conversaciones o el monólogo de Fidel Castro, que terminaron con la prohibición del magazine literario que yo editaba y en el que el Poeta colaboraba a menudo y otras veces a veces.

Luego arrestaron al Poeta y lo hicieron confesar crímenes inconfesables (o no conocidos todavía: tan nuevos eran) con violencia que en Inglaterra, por ejemplo, se llamaría tortura. Sus interrogadores (los curiosos lectores de Seguridad del Estado) usaron la versión castrista de la *Ad extirpando*, medieval, inventada por la Inquisición en el siglo xv. Ahora era una versión perfeccionada hasta hacerla

Ars extirpanda: la caza de herejes en las artes y las letras acababa de empezar de veras. Era abril, que es siempre el mes más cruel para el poeta. El año era 1971, exactamente diez años después de las Conversaciones en la Biblioteca, cuando Fidel Castro concluyó su monólogo (y las reuniones) con frase que los admiradores de todas partes creyeron que era un reporte para la academia de la felicidad, pero que nosotros todos oímos como un toque de queda. Dijo Fidel Castro, esperando el aplauso (que vino: de todos, de nosotros también), «Con la Revolución todo. Contra la Revolución nada». Se quedó con el todo y dejó para nosotros la nada.

Legados es una selección más que una colección de los poemas de Heberto Padilla. El lector inglés encontrará poemas excelentes, pero el enterado echará de menos un poema o dos que fueron evidencia un día para la noche conocida como la Confesión de Padilla. O el «Caso Padilla», que suena a una trama que sólo Hércules Poirot podrá desvelar. Es comprensible que falten esos poemas: es la voluntad del Poeta. O al menos su deseo.

«La compañera de viaje» es la Historia (mayúscula del autor) vista desde un tren: vapor, viento y velocidad que crean la ilusión de un *perpetuum mobile*. Pero el Poeta puede más:

Pero yo sólo veo
caminos y alambradas
y bestias.

El final de este poema corto ha sido traducido de manera maestra, con el Poeta que ve a su compañera de viaje como una mujer

clavándome unos ojos preciosos
pero insalvables.

En «Calma» las líneas líricas se transforman en una alarma totalitaria por la insurgencia del descuidado espía que

toma su desayuno no con café fuerte cubano sino con té en un vaso. Fue Chesterton, noble conocedor, quien dijo que el té, como todo lo que viene de Oriente, es veneno si se hace fuerte. Los sueños se han hecho pesadillas: Morfeo es amorío ahora. En «Los amantes del Bosque de Izmailovo», el único refugio del Poeta en Moscú es leer a Block y a Yesenin —hasta que advierte que son solo libros «con nuevos huecos de gusanos». Pero el Poeta nunca dice que en la capital soviética compartía un oficio con Aníbal Escalante, un derrotado Aníbal cubano desterrado a Moscú después de una guerrita púnica, punitiva: ni fenicio ni fénix, sino rival de Castro y por tanto enemigo del

pueblo. Escalante, que fue el líder comunista más poderoso de América, escogió en vez de la estricnina el estricto exilio —al revés del verdadero Aníbal. Era ahora un esclavo de las galeradas que se sentaba en una imprenta de Moscú junto al Poeta migratorio. Con el tiempo el Poeta y el político pudieron volver a Cuba: el Tirano, como ven, perdona pero no olvida. Escalante regresó para ponerse al frente de su facción roja y tratar de arrebatar el poder rojo y negro de las fauces de Castro —y terminó sus días (y sus noches) en la cárcel. El Poeta trató de domar a la Bestia con la belleza de la poesía y compuso villancicos para un villano que había abolido la Navidad.

Padilla tenía que ser liberado más tarde o más temprano —y lo fue más tarde. Ahora libre se opone y su *liberum veto* son estos poemas que ha traducido Alastair Reid, el poeta del East Neuk of Fife, en Escocia. Reid es, como conviene a un escocés, escueto. Padilla es de Pinar del Río, de Puerta de Golpe, ese pueblo que cultiva, tras la puerta, como un misterio, «el mejor tabaco del mundo». Padilla no es puro pero fuma puros. En *Legacies* el *kilt* es como una capa de Cameroon que cubre la fuma del exilio. He aquí algunas muestras. Las damas primero.

«Consejo a una dama» es un poema en el que Padilla, como un Sexo Propicio o más bien Ovidio de olvido, le da

apuntes a una dama de la alta burguesía renuente a desaparecer sobre cómo portarse, comportarse, impropia pero de acuerdo con los tiempos y la moral, todos nuevos. La dama debe incluso meter en su cama a un joven becado y dejar que «sus muslos realicen el juego de contrarios». Reid tiene una frase elegante para dar cima a esta guerra de los sexos que empieza y termina en un combate de clases: «Meta un becado en su cama». Transformando el becado en un escolar (es decir también un erudito) le da al lector inglés el beneficio de la elección. Pero becado tiene una connotación muy cubana, especialmente desde 1960, cuando la Revolución comenzó a dar becas a estudiantes de las

provincias para venir a estudiar a La Habana. Los becarios eran en su mayoría campesinos ignorantes, rústicos pueblerinos y provincianos sin gracia — y todos muy, muy jóvenes. Padilla, que odia los juegos de palabras (como Castro que siempre escoge la espada y deja a la pluma todas sus connotaciones femeninas), nunca se dio cuenta de que becado cae muy cerca de bocado, que un becadito puede ser un bocadito. Un becado buscado es un becado pero también lo puede ser una mujer, para la furia feminista.

Padilla le debe mucho a unos cuantos poetas ingleses: es admirador y traductor (se pueden ser las dos cosas, saben) de Coleridge y de Keats y de

Byron. Pero parece más cercano a Blake, poeta que creo crudo y burdo. Como poeta, Blake es tan ingenuo como primitivo pintor es: mero ilustrador de temas bíblicos con más pretensiones que estaciones hay hasta el Calvario, que en inglés, *Calvary*, a menudo confundo con *cavalry*, caballería —rusticana siempre. «*Tyger, tyger, burning bright* » me es más simple, simplón, que el «Windy Night» de Stevenson. Son rimas infantiles para niños con miedo al medio de la noche: «*Whenever the wind is high/ Whenever the moon is set/ Dark and wet/ A man goes riding by*. Y no lo traduzco para no cometer traición —no hay Stevenson que traicionar aquí: él mismo se traiciona— sino para la rima

ramplona.

En «Oración para el fin del siglo», el Poeta sostiene que en el día de hoy está el error que alguien habrá de condenar mañana.

Fue un error que cometió el tirano al dejar ir al Poeta —uno que tendrá que condenar mañana: estos poemas son un memorial. Unos poemas, «más o menos» según Carpentier, nunca han matado a un tirano. Al revés es verdad. Hay tiranos que han mandado matar a un poeta porque un soneto o dos no rimaban. Pero los sonetos, en un régimen totalitario, son un irritante que un día podría convertirse en el tábano de disturbios políticos y aun rimar con revueltas callejeras. ¿Si no por qué hacer que

Yesenin se matara o matar a Mandelstam o bloquear a Blok? Padilla queda bien lejos de ser un poeta comunista según la regla rusa.

El Poeta llama a Cuba «El sueño de Marx» (o más bien el proyecto proletario) y el sueño se convierte en una de las revelaciones más siniestras de San Juan el Apocalíptico. El comunismo no es más que la verdad de Vico: un armagedón demasiado frecuente. Para el Poeta, como para mí, Cuba es un sueño de medianoche que se agrió a la mañana siguiente. Hasta compartimos experiencias similares pero por separado. Al Poeta se acerca en el poema de este nombre un joven ruso que lo ha estado rondando en «una

vasta plaza». Pero todo lo que quiere es comprarle su impermeable de nilón, un abrigo barato *pero* hecho en el capitalismo. Años atrás cruzaba yo la ventosa Plaza Roja con Carlos Franqui (el único revolucionario real que hizo algo por la cultura en Cuba sin provecho personal o político, que sin embargo le costo su cargo —y casi la vida) cuando Franqui, con su enorme experiencia clandestina, notó que nos seguían con cautela. Dejamos que la sombra se nos uniera y le preguntamos en inesperado esperanto qué carajo quería. Pero todo lo que dijo el acechante acezante fue por señas: señaló al impermeable de Franqui, una capa barata pero hecha en Occidente. Era obvio que quería

comprarla. El extraño arriesgaba la cárcel por esta actividad antisocial. Reconociendo a uno de esos «pobres de la tierra» señalados por *La Internacional* como los beneficiarios del comunismo, Franqui se quitó su impermeable y se lo dio a este hijo del sistema soviético, que en realidad estaba interpretando un cuento de Gogol, «El capote», cien años después. Y ahora a otro ruso, reclamando su libertad fundamental de comprar un abrigo, Padilla le daba este poema veinte años después.

«Técnicas de acoso», poema publicado en USA cuando el Poeta era un preso más en la isla, es una cura para la paranoia. No hay delirio de

persecución allí donde la persecución es delirio. El zorro a punto de ser cazado ve los sabuesos fantasmales que corren detrás como terriblemente reales en la neblina en la mañana. Los agentes que persiguen al Poeta son dos cositas ricas que se perfilan reales: sabuesas sabrosas. En Cuba las muchachitas son los mejores agentes, no agentas, que se pueden permitir experiencias deliciosas. Estos agentes pertenecen a un club siniestro: la KGB cubana, conocida popularmente como G2, código americano que Batista pidió prestado para dejarlo de regalo a Castro. Si perteneces al G2, muchachita, y eres joven y bella puedes convertirte en un delicado detector de enemigos del

Partido, el pueblo y la patria. Haz la cola, compañerita.

En «Via Condotti» hay que alabar la traducción del símil cubano «desnudo como un Cristo veloz» como «*streaking Jesús*», que es perfecta. Y muy próxima a la irreverente parodia de Jarry en «La pasión del Señor considerada como la vuelta a Francia en bicicleta» que comienza, muy simple, con «*Jesús demarra*». En otro poema, «Lamentación», Padilla se dirige al segundo rey de Roma como «mi viejo Numa Pompilio», quizá porque antes siempre llamó al doctor Castro por el familiar Fidel tan caro a Greene. Pero reconozco esa rara familiaridad con los antiguos como la que permitía a Cavafis

admirar a Antonio y mirar a Augusto con lascivia. Tal familiaridad, como cualquier otra, engendra desprecio —o al menos desdén.

Como casto castigo uno de los mejores poemas es la larga oda a «Infancia de William Blake», un poema tan espléndido que me sentí tentado de citarlo todo. El escritor como crítico debe de dar un Óscar Wilde al declarar que hay que resistir a toda tentación —incluyendo una cita. Pero quiero revelar al menos el final:

Noche, tú de algún modo le conoces.
Por unas cuantas horas
permite, al fin, dormir a

William Blake.

Cántale, susúrrale un fragante cuento;

déjalo reposar en tus aguas,

que despierte remoto,

sereno, madre, en tu heredad de frío.

Es bello en español y en inglés también. Pero déjenme decirles que no es ésta una voz española. Ni siquiera en la más reciente tradición, la de Lezama Lima, obscuro y espléndido. Como es su cópula contra natura de Góngora y Mallarmé: sodomía y segregación. Es la tradición inglesa en español, de la que

Borges es discípulo y maestro. Pero en el próximo poema, «Wellington contempla en su jardín un retrato de Byron», Padilla se mueve más como lo hace Cavafis con el pasado que se transforma en un presente histórico. Cavafis, griego entre griegos, no tenía que ocultar que era algo diferente —no como camarada en la cama sino en su poesía. Padilla tiene que ocultar que es un hereje entre creyentes. Esos hombres son peligrosos —y me refiero, claro, a los creyentes oscuros. Aun si fingen serlo. Sobre todo si fingen serlo.

Hacia el final (del libro, de la prisión) Padilla muestra un giro metafísico, probablemente después de mostrar una forma de democracia burguesa al

traducir a sus pares y maestros ingleses para beneficio tanto de sus carceleros como de sus hermanos de cárcel. Hubiera sido más beneficioso que tradujera a los poetas rusos del pasado y aún mejor, a sus contemporáneos soviéticos, que viajan, al extranjero y al trópico. Pero los últimos no son maestros sino esclavos eslavos. No es tarea para el Poeta que tiene que urdir sus versos en lo oscuro y recorrer de noche esas calles de La Habana, llenas de no de frío sino de escalofrío como un artista sonámbulo la cuerda floja. En un país comunista cada pie da un paso en el vacío.

Es argüible que el mejor poema del libro sea «Retrato del poeta como un

joven duende». Hay una trampa tierna en el titulo, que alude al duende como mago, como es brujo el amor para Falla. Pero también es un *elf* y yo diría aun *imp* para hacer la conexión entre Poe y el Poeta. El poema es enteramente libre: de historia de política, de Cavafis, del cancán de Kant que baila Marx con barbas y el resto de esa ruidosa banda militante. Debió haber sido escrito en los verdes *campus* de Princeton, donde Padilla vive, con su dama morena de los sonetos (que ella escribe). su hijo que es un muchachón y su perro que ladra a los árboles y a su sombra al sol de los justos y los injustos.

«Nota» —«Para los cazadores de lo maravilloso»— es el poema mejor

traducido. Los caza-maravillas son los seguidores de Alejo Carpentier, difunto y por ende el escritor favorito de Castro. Esas soldaderas creen que el violinista en el techo es un emblema del nuevo credo estético y no un cuadro *faux-naif* de Chagall (que sirvió para dar título a u n *musical* de Broadway), donde el único violinista visible está ahora en el techo cogiendo goteras. En algunas novelas sudamericanas la gente despega para volar que da gusto —o al menos da gusto a los que vuelan. Se supone que sea una hazaña prodigiosa. Pero eso es lo que hacía la novicia sin vicio en la televisión, en la serie de *La monja que vuela*, abuela. No en balde hay ahora escritores por todas partes que creen

que el realismo mágico surgió en Sudamérica, inventado por un autor francés nacido en Cuba que hacía gárgaras gálicas con el español. Quien se crea eso se puede creer no ya que las monjas vuelen sino también las nanas, *nonna*. Con tal de que no las llames *groundmother*.

Un extraño nexo de poesía une a Borges y a Lezama con Padilla (aunque los dos cubanos no se amaban mucho ni poco) y este lazo se llama Quevedo, español que esgrimía la pluma como una espada y albricias versa. Pero Padilla prefiere el paredón y ser fusilado al alba a ser llamado barroco en el bar del Roco o berraco en cada esquina de La Habana. Vana pretensión porque ahí está

«El monólogo de Quevedo» y ya en el barullo de al lado, «La aparición de Góngora», el hombre que inventó esa marca de champaña español, esa cava que no se acaba, El Barroco, vino que es un destino y se va a la cabeza como vino. Borges podrá llamarlo «el estilo que lleva en sí mismo su parodia», pero Padilla nunca parodia, aunque odia, ningún estilo —ni el suyo propio.

En «El relevo» donde

Cada vez que entra y sale
una generación dando portazos
el viejo poeta se aprieta el cinturón
y afina el cornetín como un

gallito.

oímos el desafío del poeta que fue joven que gruñe a su oponente, un peso pluma: «¡Arriba, campeón —canta!» Pero en seguida en «A ratos esos malos pensamientos» el Poeta habla de un problema personal que concierne —o debe concernir— a todo poeta comunista o comunista en cierne o poeta por ser —y por supuesto a todo poeta vivo. Sin embargo uno no puede hacer más que cuestionar. ¿Fue este hombre —un animal literario no político— alguna vez de veras comunista? La única respuesta está en «Dicen los viejos bardos» (no bárbaros, no barbudos), que

debiera ser el último poema del libro, dado que tiene que ver con el poeta no con el Poeta:

No lo olvides, poeta.
En cualquier sitio y época
en que hagas o sufras la Historia,
siempre estará acechándote algún poema peligroso.

El último episodio de la historia continua del Poeta y el Tirano (desde Pekín hasta el *Pekín* de la calle 23 y 12) tuvo lugar en Barcelona este verano. Padilla viajó a España con su mujer

poeta y su hijo y su perro a por el sol, a oír el idioma que cada vez menos hablaban y a ver a su editor catalán. Quería mostrarle cómo había ido de lejos en su memoria, pero en vez de irse a un hotel se fue a quedar con su amigo Mauricio Wácquez, chileno exilado. (Que vivimos en la mañana de la Era del Exilio no de Acuario.) Una tarde de todos fueron a dar un paseo por las Ramblas y almorzar en una fonda al aire libre. Cuando regresaron encontraron la puerta del apartamento entrejunta después de haber sido abierta a la fuerza. Dentro todo parecía estar en orden. Faltaban algunos utensilios pero los ladrones ni siquiera habían robado una visible máquina de escribir nueva.

Pero faltaba algo, sí: el manuscrito de las Memorias de Padilla no apareció por ninguna parte.

Padilla me llamó para decirme que el manuscrito robado era sólo una copia. Le dije algo al Poeta de «La carta robada» de Poe, pero él continuó en su continuo: «¿Tú te crees que yo iba a dejar mi manuscrito original por ahí así como así?» Soltó una risa típica, mitad carcajada, mitad cacareo. «Mi amigo, he vivido lo suficiente en la Cuba de Castro para no saber que el descuidado pasa a ser cadáver al canto de un gallo, de la noche lúcida a la negra mañana.» Volvió a reírse: «Saben o debían saber que tengo otra copia o que guardo el original en otra parte.» Se puso serio:

«Esto no es más que un aviso, como la alarma que suena antes de que entre el ladrón. Querían que yo supiera que me pueden alcanzar cuando quieran. Esto no es más que una señal en su código Morse.» Lo interrumpí: «Un código Marx entonces. Lo siento», me disculpé. «No lo pude evitar. Sigue, por favor, por favor.» Padilla sonaba mortalmente serio: «Castro no quiere que yo diga *todo* de Fidel. Debía saber ya que no lo voy a decir todo. Soy un poeta que sabe que la justicia poética no tiene nada que ver con la poesía.»

Tiene que ver menos con los poetas, aun con los poetas muertos. Hay gente en España que se negó a creer que el robo fuera cierto y dicen que fue un burdo

guión para un golpe de publicidad barato. Es debatible que el robo tuviera lugar o no. Lo pertinente es que si no ocurrió bien pudiera haber ocurrido[18]. Cuantos hombres (y mujeres) de buena voluntad hubieran creído, *antes* de ocurrir, que un escritor búlgaro exilado en Londres pudiera morir víctima en pleno día cerca del Strand, una ancha avenida, de un ataque con un objeto de uso inglés, un paraguas, que ocultaba el veneno más mortal que se conoce. El crimen, se sabe, lo cometió la KGB como un favor al tirano de turno en Bulgaria: un bacilo búlgaro. Y qué me dicen del reciente episodio del escritor rumano marcado para morir durante un cóctel ¡en su embajada de París! Los

crímenes extraños no tienen por qué responder a motivos extraños. Para los amigos de lo plausible (que son muchas veces amigos de las causas progresistas, que siempre riman con marxistas), el último acontecimiento en el Caso Padilla, todavía abierto, no se debe al largo brazo del Tirano que trata de alcanzarlo, sino que es una movida viva de un poeta astuto que es también su agente de publicidad. Quizás. Pero ¿cuándo fue Pound veraz de veras? ¿Cuando como americano gárrulo perifoneaba en favor de Mussolini o cuando fue puesto en una jaula por sus captores y escogió el silencio de por vida?

Por otra parte (la parte sin arte

comunista), ¿fue Lorca fusilado por los franquistas o fue un golpe publicitario en que le salió el tiro falso por la culata y murió al amanecer? A veces la vida del poeta recuerda horriblemente a la muerte del poeta.

Después de escribir lo que han leído vino la noticia de que el poeta Armando Valladares[19] iba a ser liberado como consecuencia de una *demarche* del presidente francés de entonces. Inmediatamente la izquierda europea (esa a la que tanto temió en vida y aun después de muerto Alejo Carpentier) felicitó unánimemente a Castro por su gesto —y no por la primera gestión de haber puesto al poeta en la cárcel. Valladares voló de La Habana a París

vía Madrid. En el aeropuerto de Barajas fue tratado como un espía que deserta y contrabandistas oficiales lo sacaron a la carrera del avión cubano para meterlo como un bulto en un avión francés a la espera. Amigos en Madrid y periodistas en París notaron que Valladares cojeaba pero pudo llegar hasta su mujer, Marta, que se había casado con él en la cárcel de máxima seguridad —léase ergástula. En París se quedó con Fernando Arrabal, que era uno de sus sostenes más firmes. Llamé a Arrabal pero no pude hablar con Valladares: había dado su palabra al ministro francés de Cultura que no hablaría con nadie hasta que aseguraran la salida de Cuba a su madre y hermana. Arrabal, con la única

discreción que un anarquista español puede tener en estos casos, me dijo que el poeta y su bella esposa dormían en cuartos separados —«hasta que no se casaran por la Iglesia en Miami». Como se sabe, estaba prohibido hacerlo en Cuba. Estos votos de celibato revelaban qué otro regente europeo tuvo que ver con la liberación de Valladares. Era el papa, que veía a Armando y a Marta como católicos ejemplares que sufrían por su fe. Pero hubo otros que contribuyeron a la liberación del poeta: e l *Times* de Londres, por ejemplo, la rama inglesa de Amnistía Internacional y, último pero no a la zaga, el Parlamento británico. El historiador Hugh Thomas interpuso en la cámara de

los lores una moción pidiendo al Gobierno cubano que liberara a Valladares. Éste es el mismo lord Thomas que en su historia de Cuba escribió que el *New York Times* —específicamente un artículo escrito por el difunto Herbert Matthews en febrero de 1957, después de entrevistar al líder guerrillero en su escondite de la siena Maestra— «creó para los americanos la leyenda de Castro» y así hizo posible que Fidel Castro se convirtiera en un «héroe americano». Veinticinco años más tarde he aquí lo que dice el *New York Times* de su héroe de ocasión:

«Cuba ha dado fin por fin a la vergonzante prisión de Armando Valladares, que se ha consumido durante

22 años por no estar de acuerdo con Fidel Castro. Mr. Valladares sin embargo se dio a conocer en el extranjero por su poesía. Pero ha quedado parcialmente inválido debido aparentemente a la polineuritis, el legado de una dieta de hambre con la que le castigaron durante seis años. Su libro de poemas se titula *Desde mi silla de ruedas*.

»Hace tres años le informaron a Valladares que iba a ser liberado y que él y su familia podrían salir de Cuba, pagando el precio que en sus palabras es: "Debía escribir una carta negando a mis amigos entre los poetas y escritores del extranjero. Debía prohibir a todos, incluyendo periódicos y otros

organismos, escribir sobre mí o sobre mi poesía... Debía inclusive denunciar y negar las verdades que han escrito al defender mi situación." Pero no se doblegó. Hubo que obtener la intervención del presidente de Francia, para terminar la ordalía del poeta, que tiene ya 45 años.

«Ponderen la situación: a pesar de su monopolio del poder, Mr. Castro se ha sentido amenazado por un poeta inválido. Eso en un régimen que se alaba de enseñar a los cubanos a leer pero no los deja escribir.»

Quisiera añadir, sin embargo, que otro poeta cubano, Ángel Cuadra, antiguo castrista, pasó 14 años en la cárcel y

luego, como un liberto, fue trasladado a una granja a trabajar la tierra. Pero Cuadra había cometido el crimen de enviar el manuscrito de un libro de poemas afuera. Cuando el libro se publicó en los Estados Unidos, fue forzado a completar su condena de 20 años en Boniato, una de las cárceles más crueles de Cuba, donde son expertos en crueldad. Cuadra cumplió su condena completa el año pasado. Pero está todavía en Cuba, transferido de la Isla del Diablo a Cayena, aunque añora la libertad y trata de dejar la isla —sin conseguirlo.

Es, como Dreyfus, un preso fuera de la cárcel.

Aquí en Inglaterra, junto al

Parlamento, hay un Rincón del Poeta para honrar a poetas y escritores. En Cuba, como en todo régimen comunista, cultivan un sentido del honor literario que es bien diferente al inglés. Allá ponen a los poetas en calabozos y en sillas de ruedas y en granjas de trabajo forzado. Así ellos también mantienen a sus poetas arrinconados.

Noviembre de 1982

Vintila Horia, escritor rumano exilado, al reclamar en vano a Ovidio para la fe cristiana escribió (o mejor concibió) que Dios nació en el exilio, infiriendo que Ovidio, en su exilio de Tomis, condenado por el emperador a una muerte en vida, soñó a Dios. Dios no

nació en el exilio pero la literatura a veces parece haberlo hecho. La literatura del siglo xx, por lo menos, puede recobrar como suya una cierta parcela en el destino del exilio. *Exit*, tan cerca de exilio, quiere decir en inglés salida. Es, cosa curiosa, una despedida que sale del teatro, donde se originó. *Exit*, que significa también dejar la vida, tiene el mismo origen que nuestro éxito. Es que las palabras todas son siempre una proposición metafísica.

Joyce, Nabokov, Broch, Elias Canetti, Koestler, Soljenitsin, Ionesco, Cernuda, Cioran, Reynaldo Arenas: todos escribieron o escriben en una forma manifiesta del exilio. No se entiende nuestro siglo sin el exilio. Pero hay una

literatura que yo me sé que nació y murió en el exilio. Ocurrió en el siglo xix pero esos escritores son nuestros contemporáneos. O al menos son *mis* contemporáneos. Leerlos es recordarlos de pie en una habitación oscura frente a una ventana que abren para mirarnos. Ellos nos miran. Muchos de nosotros sin embargo no los vemos. Están ante la ventana abierta y no los vemos. Ellos son los escritores fantasmas de América. Fueron, ni más ni menos, lo que somos nosotros ahora. Hablo, por supuesto, de los escritores cubanos en el exilio.

Esa ventana que se abre es nuestra ventana ahora. Habitamos esa casa, hoy, como proyectos de fantasmas. Somos los zombies del futuro. Somos, como las

víctimas del vampiro, *the undead*: los muertos que no estamos muertos.

Antes de irme quiero rendir homenaje a aquellos que Constantin Cavafis, poeta en un quiste histórico que fue también un exilio, llamó nuestros seres queridos:

> *Voces ideales y amadas*
> *de los que han muerto o de los que están*
> *para nosotros*
> *perdidos como los muertos.*
> *A veces,*
> *a veces* (la repetición es mía)
> *nos hablan en el sueño*[*].

EL NACIMIENTO DE UNA NOCIÓN

Cuba es el país que más exilados ha producido durante más de siglo y medio de historia americana. Esa historia es la crónica de una pelea cubana contra el demonio. La literatura cubana, qué duda cabe, nació en el exilio. Estuvo, en efecto, en el origen del nacimiento de una nación. Pero fue en realidad el nacimiento de una noción: nada tiene tanto éxito como el exilio. Hablo ahora no de Miami, sino de nuestra literatura.

En el exilio, hoy como ayer, ha habido no pocos escritores. Pero ninguno, ni siquiera José Martí, mostró un talento excepcional en Cuba antes de

embarcarse «a navegar por otros mares de locura», para salir y al mismo tiempo llegar a nuestra Citerea particular. Citerea era una isla en la costa de Laconia de donde venían los lacónicos. ¡Curiosa metáfora para un país que ha producido a los hablaneros! Pero Citerea estaba consagrada a Venus, que era la diosa de la belleza, la madre del amor, la reina de la risa y el ama de la gracia y del placer y la patrona de las mujeres libres. Si todo eso no es Cuba lo era por lo menos La Habana, Citerea vade mecum, que va conmigo, que llevo como una voz dentro, adentro.

Casi todos esos maestros futuros eran meros mediocres aprendices del oficio en Cuba. Lo extraordinario es que tantos

desterrados de ese siglo se convirtieran en escritores notables. Incluso, como Martí, en grandes escritores. Todo cambió en el extranjero, a la vez acogedor y hostil. O por lo menos más acogedor que la isla, menos hostil para esos cubanos que practicaron la escritura en el tiempo y el espacio del exilio. Más curioso todavía es que los cubanos que quedaron detrás, dentro, en la isla que debió ver nacer a Venus pero vio en cambio la invasión de Marte, esos rezagados parecen aprender mal el arte de escribir, tal vez porque emplean su tiempo en simular una adhesión cada vez más exigente. La literatura, diosa celosa, no admite otra lealtad que a ella misma, la extrema devoción. Esos

escritores *todos* vienen del mismo país, son a veces de la misma generación de isleños dejados detrás por la historia que dicen invocar y sin embargo los idos, los ausentes, como proponía Mallarmé para Poe, la lejanía, una forma de eternidad, los cambia en ellos mismos, en algo mejor que ellos mismos.

Todo comenzó en el siglo pasado y casi siempre, como en este siglo, por motivos políticos. Pero para nosotros los cubanos este es el siglo del destierro. La hora cero romana que sonó para Ovidio ha sonado para nosotros hace rato, desterrados por un falso emperador. Un millón y medio de cubanos han cogido ya el camino sin

tierra. Es más que un diezmo, pues esa cifra representa el quince por ciento de la población actual de Cuba: es en efecto un diezmo y medio. Este siglo casi podría marcarse en la historia cubana, como se hizo en la Biblia, con el libro del *Éxodo*. O, como dijo Calvert Casey, ese escritor hecho y destruido por el exilio, Nuestra Diáspora. El exilio es en sí una forma de martirio. Pero es también un raro privilegio.

Ahora al triste negocio del recuento. Empezaré hablando de los poetas porque fueron los primeros exilados. Cuba ha parecido a veces una isla rodeada de poetas por todas partes. Allí había poetas hasta en el cielo tropical y las aguas eran ondas, odas. De hecho la

máxima expresión literaria cubana ha surgido de la pluma del poeta. En el siglo pasado fue Julián del Casal, en este siglo lo es Lezama Lima: ambos exilados internos, ambos deseando dejar la isla y ambos muertos de miedo al extranjero. Casal fue a la vez precursor y maestro del modernismo y no hay duda de que si hay cinco poetas que escriben en español en este siglo en cuya obra la grandeza se hace genio, entre ellos, contados con los dedos de la mano, central, estará José Lezama Lima.

Tal vez la razón real de que haya habido tantos escritores en el exilio, *idos* de Cuba, sea el hecho histórico de que la isla empezó temprano la lucha por su independencia (antes de 1830) y

la tarea se ha hecho larga, casi interminable. Para algunos escritores, como José María Heredia (1803-39) el exilio lue una condena a muerte, con una remisión de tres meses en 1836 cuando la autoridad lo dejó volver a Cuba. Es cierto que su fama extranjera fue grande y que el sufrimiento del exilio y el aprendizaje de su oficio lo convirtieron en el primer poeta romántico que escribió en español. Pero el exilio acabó con él a los 36 años y así fue el primer escritor cubano que murió exilado. No sería el último.

En uno de sus textos más famosos, «Carta del Niágara» (Heredia estaba obseso con la caída de agua americana), dice el poeta en tono exclamatorio: «Oh,

¿cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece la realidad?» Esta clase de pena es nueva, del siglo xx de hecho y Sartre la llamará *autenticidad*: evadir la evasión. Invirtiendo la angustia un siglo y medio después, dice Severo Sarduy, otro escritor exilado: «Quiero convertir la irrealidad de mi vida en una novela irreal.» Los tiempos han cambiado pero no la extrañeza. Esa extrañeza es el destierro.

En medio de su poema grandioso al Niágara, Heredia exclama como buen romántico —y como cubano exilado:

Por qué no admiro
alrededor de tu caverna inmensa,

las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa...

La palma real, árbol particular de Cuba que Cuba prestó a Miami, sirvió en el siglo pasado de referencia retórica y de ideal estético a la nostalgia del país natal. Muchos poetas cubanos, Martí entre ellos, hicieron uso de esta metáfora vegetal. Pero Heredia fue más explícito y en su «Himno del desterrado» compuso una cuarteta que es la expresión de un lamento que podemos exclamar todavía:

¡Dulce Cuba! En tu seno se miran
en el grado más alto y profundo,
la belleza del físico mundo,
los horrores del mundo moral.

Todavía más. En el mismo poema hay unas líneas que pudo haber hecho suyas Calvert Casey en Roma, en 1969, año de su suicidio:

Aún habrá corazones en Cuba

que me envidien del mártir la suerte,
y prefieran la espléndida muerte
a su amargo azaroso vivir.

Para el pobre Calvert, tan habanero, el final en un modesto apartamento de Roma, ciudad que tanto se le parecía a La Habana, su muerte no fue espléndida, sino sucia y sola. Los periódicos italianos no recogieron la muerte de un exilado sino el suicidio de un sodomita, juzgando por la apariencia de dos o tres estatuillas indias en una consola y el consuelo de varias fotos de su amante. Tenía razón Heredia al despreciar «los horrores del mundo moral». Calvert

Casey también los despreció.

A Juan Clemente Zenea (1832-71), poeta que pertenece por derecho propio al *Laúd del Desterrado*, la historia y los hombres le jugaron una mala pasada. He contado brevemente su suerte en *Vista del amanecer en el trópico* donde aparece anónimo. Durante la primera guerra de independencia, exilado y exaltado por la misión de hacer la paz en Cuba, Zenea regresó a la isla con un salvoconducto español para reunirse en el campo insurrecto con Carlos Manuel de Céspedes. Pero una vez frente al altivo Presidente de la República en Armas, Zenea no se atrevió a decir nada de su plan pacifista a Céspedes, que seguramente lo hubiera fusilado por

traidor. «No dio paso alguno», escribió Céspedes después, «ni dejó traslucir la menor intención de ser dócil instrumento de Azcárate.» Es decir, de España.

De regreso a La Habana para embarcarse rumbo a Estados Unidos las autoridades españolas revocaron a Zenea su salvoconducto, lo acusaron de alta traición y lo encerraron en la vieja fortaleza de La Cabaña —que todavía existe, que todavía es prisión política. En la cárcel, esperando el cumplimiento de su sentencia de muerte (durante el proceso le había blanqueado el pelo, hecho un viejo aunque no había cumplido aún 40 años), declama Zenea desde su celda, que él llamó bartolina seguramente para rimar con golondrina,

ave que vio volar más allá de los barrotes:

¡Bien quisiera contemplar
lo que tú dejar quisiste;
quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina y *volar*!

Éste es el Zenea conocido desde la escuela primaria y al que una muerte injusta hace a su verso, como el de Plácido, de veras doloroso. Pero Zenea escribió otro verso menos conocido que tiene todavía vigencia. Su tema, muy

moderno, es el duro exilio y el oportunismo de los laborantes:

¿Qué nos fuerza a emigrar? Si yo quisiera
vivir del deshonor y la perfidia
volver a Cuba y despertar pudiera
de viles gentes la rabiosa envidia.
Que allá, para morar como los brutos,
basta ser al oprobio indiferente,
llevar a Claudio César los tributos,
postrarse humilde y

doblegar la frente.

Zenea fue fusilado en La Cabaña, en el paredón de ejecuciones conocido luego como Foso de los Laureles, donde, ya en la República, se sembraron sauces y cipreses para recordar la memoria del poeta víctima de un trágico malentendido. Los cubanos lo creían un espía español, los españoles lo creyeron un desafecto —el tema del traidor que nunca fue héroe. Nadie pensó entonces que era sólo un poeta que huye. De su memoria literaria queda ese poema patético pero pobre, de golondrinas y sauces y cipreses y en el Paseo del Prado de La Habana, un grupo

escultórico hermoso que se hace grotesco a veces. La estatua es un hombre de bronce (para un poeta tan vulnerable) acompañado por su blanca musa de mármol, yacente desnuda a sus pies como una Venus venerante. En un típico giro del absurdo, este monumento fue convertido luego en un oscuro objeto del choteo por los holgazanes habaneros que hacían del monte de Venus blanco de la musa de mármol un pubis al carbón, escandalosamente negro. Ésta es la continua comedia cubana. La triste tragedia trunca es que el novelista Reinaldo Arenas, exilado y suicida, estuvo preso en La Cabaña en 1977 — exactamente 106 años después que Zenea. No hay laureles para Arenas. O

todos los poetas, el poeta.

Heredia y Zenea (este último en menor medida, pues era un poeta menor) fueron destruidos por el exilio. Se puede argüir que el exilio destacó como poeta mayor a Heredia, pero Zenea fue borrado por una descarga de diez fusiles. Aunque el exilio destruyera a los mejores hombres que Cuba vio nacer entonces, el siglo xix pudo afinar en el destierro el arte de un novelista de veras extraordinario. Se llamó Cirilo Villaverde. Ese hombre de nombre memorable fue el mejor novelista que tuvo en el siglo xix, América Ibérica —si se exceptúa a ese autor mayor que fue en Brasil, Machado de Assis. Su único rival posible (me refiero a Villaverde: Machado no tuvo

rival) fue el colombiano Jorge Isaacs con su *María*. Pero *María* es una novela romántica tardía de 1867. La primera parte de *Cecilia Valdés* se publicó mucho antes, en 1839. Villaverde también fue romántico pero un curioso romántico —es decir, un ser excepcional.

Don Cirilo es ya escritor conocido cuando tiene que huir de Cuba en 1849 por sus asociaciones, no *acciones*, políticas y aunque, como Heredia y Zenea y como Martí, no puede resistir el embrujo de la isla (que sería fatal a Zenea y a Martí) y regresa a La Habana en 1858. Pero tiene que exiliarse de nuevo, esta vez para siempre. Ése era el hombre de quien Galdós, con altivez de

nuevo metropolitano (Benito Pérez Galdós había nacido en Islas Canarias pero durante un tiempo dudó de si emigrar a La Habana o a Madrid: Madrid lo ganó), había dicho que «nunca hubiera creído que un *cubano* pudiera escribir *tan* bien.» Tamaña condescendencia con una tierra que produjo a José Martí, el más grande escritor del español del siglo xix, es insultante. No sólo escribe bien Villaverde sino que es un cubano fino y tiene la cortesía, que no tengo yo, de no decir de Galdós: «Nunca pensé que un canario, además de cantar, también pudiera escribir.» Pero la venganza literaria puede ser justicia poética y Villaverde logra, en una sola de sus

novelas, lo que Galdós no pudo conseguir en todas las suyas. Villaverde creó un tipo, un prototipo más bien, Cecilia, la Mulata Nacional. Un mito tan poderoso como lo fuera años antes Carmen. La gitana airada salió de un cuento para ser cantada en habaneras y en arias y embrujar el aire de su siglo (y de paso el nuestro) con su perfume de delito. Cecilia es Carmen por otros medios, pero su perfume es un olor penetrante de pecado, el incesto. La novela *Cecilia Valdés* es excelente, pero esa excelencia fue sólo posible en el exilio. No sé lo que hubiera sido el libro (que comenzó como un cuento sobre una niña que era una Lolita habanera), *ese* libro en esa Cuba. Sólo

sé lo que fue —lo que es.

Cirilo Villaverde dedica su obra maestra de esta manera nostálgica: «A LAS CUBANAS: Lejos de Cuba y sin esperanza de volver a ver su sol, sus flores ni sus *palmas*, ¿a quién sino a vosotras, caras paisanas, reflejo del lado más bello de la patria, pudiera consagrar, con más justicia, estas tristes páginas?» Villaverde escribió esta dedicatoria en Nueva York en 1882, cuando se publicó allí *Cecilia Valdés*. Era la reescritura de la primera parte impresa en La Habana cuarenta años atrás. Por medio hubo toda una vida de conspiración política, hasta de renuncia de la literatura y sobre todo, siempre, de exilio. Cirilo Villaverde, que había

nacido en un pueblo de Pinar del Río, murió en Nueva York en 1894, a los 82 años de edad y apenas a cuatro años históricos de la independencia de Cuba. Sin embargo en todo ese tiempo no visitó la isla más que una vez y en peligro de muerte. Tuvo suerte. Zenea y Martí no oyeron el consejo fatal de Pitágoras: «Nunca regreses.»

Hay que hablar ahora de la Gran Desterrada, Gertrudis Gómez de Avellaneda, más conocida como *La Avellaneda*. No hay otra mujer como ella en las letras americanas de su tiempo. Era una romántica promiscua y sensual que devoraba hombres en el trópico como si fueran bananas y en España, como castañas. Con la misma

facilidad escribía versos la virago. Entre ellos (entre los versos, no entre los hombres) hay un soneto titulado «Al partir», que está en todas las antologías de los mejores poemas españoles de todos los tiempos. Quizá sea apósito saber que este soneto dice en parte y en arte:

¡Voy a partir! La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

Entonces, de repente:

¡Adiós patria feliz, edén querido!
¡Adiós! Ya cruje la turgente vela...
el ancla se alza... el buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela!

No hay que decir (me parece) de dónde se iba la poetisa que se despide de su patria y a la vez de la «chusma diligente» en un soneto neto. Si alguno encuentra el soneto corto puedo decirle,

aquí en confianza, que me *comí* un verso o dos, además de incontables admiraciones. Doña Gertrudis era una mujer vehemente a la que el exilio hizo no sólo importante, imponente, sino también extranjera. Gertrudis Gómez de Avellaneda murió española —y como tal la clasifica la historia de la literatura. Es evidente que los salones literarios de Madrid le resultaban más atrayentes que las reuniones de La Habana, más políticas que poéticas bajo el dominio español. La metrópoli, por otra parte, era lo que la luz de una lámpara para la mariposa tropical pero nocturna.

Otro poeta cubano exilado en el siglo pasado es Julián del Casal, pero su

exilio, como el de Lezama Lima en el siglo xx, es un exilio interno: su morada de vileza es también una prisión. Precursor del modernismo, afrancesado que se tuteaba con Baudelaire, viviendo en La Habana colonial, estulta y estúpida, entre biombos japoneses, grabados de Okusai y versos de Verlaine, ese hombre estaba al día en la noche habanera. Casal ansiaba dejar a Cuba, abandonar La Habana asfixiante para él (era el eterno enfermo) y vivir en París, llamada ya la Ciudad Luz, pasear por los bulevares, beber ajenjo, *flanear*.

Hay un poema en que el pobre poeta declara desear:

ver otro cielo, otro monte,

otra playa, otro horizonte, otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes de pensar.

Para en seguida contrariarse:

Mas no parto. Si partiera
al instante yo quisiera regresar.

Efectivamente, el poeta pobre (su familia había sido arruinada por las guerras de independencia y ahora vivía en La Habana de intramuros, soñando

con Francia mientras trajinaba las calles fangosas entre las casas miserables y la fiebre amarilla epidémica, más la endémica estulticia), el poeta paciente logró reunir dinero suficiente y embarcarse hacia España. Su destino era París. Pero no pasó de Madrid y de regreso a La Habana declaró: «No quise conocer París. Verla en realidad habría sido destruir un sueño.» Casal era un avatar del poeta encerrado no en su torre de marfil sino en su casa a cal y *cantos*. Otro avatar, ya en el siglo xx, era Lezama Lima que vivió siempre en la misma casa en que murió, en la premonitoria calle de Trocadero. Otro poeta cubano, ahora exilado en Madrid, Gastón Baquero, invitó a Lezama a ir a

México. Pero Lezama, poéticamente, nunca llegó a Ciudad de México. De esa odisea de tres días queda un poema, «Para llegar a la Montego Bay». Montego Bay no está en México. Era una escala en Jamaica en el viaje que se hacía de La Habana a Ciudad de México en los antiguos aviones de hélice y *miedo*.

Pero Julián del Casal era un poeta que vivía en sus sueños —y de sus pesadillas. Adelantado siempre, aun a costa de su salud y de su sanidad mental, escribió un verso revelador: «Dicha artificial / que es la vida verdadera» en un poema titulado «La canción de la morfina». Julián del Casal murió en La Habana en 1893, antes de cumplir treinta

años. Hombre poco afortunado, además de la tuberculosis perenne desde su adolescencia, fue amante platónico de una o dos mujeres reales y periodista acosado por la censura política hasta verse obligado a ejercer uno de los oficios más desusados, más osados: le torcía la coleta a un torero para poder comprar cigarrillos Susini (cuyas postalitas coleccionaba) y vivía en un cuarto pobre enriquecido por su buen gusto certero, rodeado de exóticos bibelots, de japonerías, de libros raros. Además de la mucha morfina, fumaba opio y hachís —y tal vez mariguana, para hacer artificial su paraíso y su infierno tropical. Como a todos los hombres, sentenció Borges, le tocaron

malos tiempos en que vivir. Afortunadamente para él fue por poco tiempo. Durante una cena con algunos amigos habaneros, alguien contó un chiste divertido. (Los cubanos solemos ser chistosos.) Casal lo disfrutó tanto que arrancó a reír desmesurado (en la risa, que no lo era en su poesía) y la carcajada le produjo una hemoptisis: la sangre que no cesa. Un incoercible vómito punzó lo mató, como a él le habría gustado decir, afrancesado hasta la muerte, *sur place.*

Lezama Lima, era de esperarlo, le dedicó una oda toda:

Déjenlo, verdeante, que se vuelva;

permitidle que salga de la fiesta
a la terraza donde están dormidos...
Déjenlo que acompañe sin hablar...
...Su tos alegre
espolvorea la máscara de combatientes japoneses.
Ninguna estrofa de Baudelaire
puede igualar el sonido de tu tos alegre.
Permitid que se vuelva, ya nos mira.
La muerte de Baudelaire balbuceando
insistente...

tiene la misma calidad de tu muerte,
pues habiendo vivido como un delfín muerto de sueño
alcanzaste a morir muerto de risa.
Tu muerte podía haber influenciado a Baudelaire.

Sí, de veras pudo, como un discípulo influye en su maestro. Como pudo conmover a Antonio Maceo, su héroe, a quien Casal pidió un autógrafo la noche que se encontraron en la Acera del Louvre en La Habana de entreguerras.

Pero la muerte de Casal no habría influido para nada a Martí, porque Martí murió su propia muerte. José Martí

(1853-1895) como muchos poetas románticos entonces (no hay más que mencionar dos, el húngaro Sandor Petöfi y a Lord Byron) vivió, junto a la literatura, entre ideales de libertad que de alguna manera crearon confusión alrededor de estos hombres hechos héroes. Como si lo hubieran deseado más que nada en la vida, se convirtieron en mártires al morir: rebeldes en busca de una causa y de una muerte. Martí era un hombre pequeño, más bajo que Petöfi y que Byron, al que la cárcel temprana había dejado una herida incurable que también era imprecisa. ¿Qué fue? ¿Fue en la ingle o en el tobillo? ¿Huellas de grillete o era sólo una hernia? Cuando murió le faltaba un diente al frente y

estaba prematuramente calvo. *No* parecía un actor.

Martí lo aprendió todo, aun su arte poética, en el exilio, primero brevemente en España y, sobre todo, aquí, en Estados Unidos, en esa Nueva York donde escribió como un adelantado sus crónicas americanas, escritas como poemas en prosa, prosa de rara belleza y de máxima autoridad. Su dominio del inglés escrito era asombroso y pudo, de quererlo, haber sido un escritor norteamericano como Conrad fue escritor inglés. Pero Martí era cubano aun antes de existir Cuba como nación. Ese oficio del siglo, paradójicamente, lo aprendió en el exilio.

Una de las facetas del carácter de Martí que lo hizo, como Heredia, un romántico son sus amores americanos (en Guatemala, en México, en Nueva York), algunos idealizados, otros reales pero que tienen la calidad del mito erótico. Era sabiduría popular en Cuba que César Romero, ese galán de ayer en Hollywood, es su nieto. En efecto, en ese americano largo, sonriente siempre hay un diminuto Martí luchando por salir: su abuelo. No creo que Martí, siempre taciturno, quisiera encarnar en una estrella de cine toda dientes, además de que a César Romero nunca le interesaron las mujeres más que como pareja de baile. Pero a Cesar (Romero) lo que es de Martí y a Martí lo que es de

César (Romero). Al poeta le habría gustado, pienso, que su nieto, hijo de su hija, ilegítima pero la más querida, paseara por las calles de Nueva York algo de su *Latin looks* y el bigote definitivamente martiano entre cubanas que cantan.

Sin embargo, ahora mismo, un escritor peruano, profesor eminente de literatura hispanoamericana, al escribir una monografía sobre la que él llama «la niña de Nueva York», incurrió en delito de lesa majestad y ha sido atacado por igual en Cuba y el Exilio. Se trata de un dedicado martiano tratado como un marciano. Aún más. En vez de exaltar la vida de Martí, hasta el folklore cubano lamenta su muerte siempre. Un canto

cubano de principios de siglo llora así a Martí:

Aquí falta, señores, una voz.
¡ay! una voz:
de ese sinsonte cubano,
de ese mártir hermano
que Martí se llamó.
Si Martí no hubiera muerto,
otro gallo cantaría,
la patria se salvaría
y Cuba sería feliz.
¡Martí no debió morir!
¡Ay! de morir.

La ingenuidad de este breve lamento afrocubano (originalmente era una *clave*, que sirvió como pavana para una mulata muerta), sus versos, revelan, mejor que nada, el sentimiento de pérdida irreparable expresada por un poeta popular. Martí, hay que decirlo, murió en el campo de batalla —pero no combatiendo. Su muerte fue en realidad un suicidio calculado. ¿Cuándo lo decidió? ¿Después de la desastrosa reunión con Gómez y Maceo en La Mejorana? ¿Al partir que es su regreso? Nadie lo sabe, no se sabrá nunca. Las páginas en cuestión del *Diario* de Martí, que habrían dejado conocer una incierta o cierta inferencia, desaparecieron después de su muerte, arrancadas, como

se dice, por manos piadosas. En todo caso, Martí se llevó su secreto a la tumba. Pero su última carta contiene una confesión *in extremis*. «Mi único deseo sería pegarme allí», *allí* es lo que no está ni *acá*, en el exilio, ni *allá*, en Cuba: *allí* es el lejano territorio de la muerte, «pegarme allí al último tronco, al último peleador: morir callado.» Una frase final feliz es infeliz en extremo: «Para mí ya es hora.» Es un prólogo al epílogo: su muerte, la de Martí, fue sin duda premeditada.

Hizo falta un investigador imparcial, el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, para que se supiera por su prólogo a la edición última del *Diaño*, que un mulato cubano, que servía de

guía a la columna española que interceptó a las tropas del general Máximo Gómez, fue quien último vio a Martí vivo. Aparentemente Martí había recibido heridas no mortales. Este otro cubano, vagamente identificado como el práctico del general español Valmaseda, vio a Martí por el suelo, malherido, lo reconoció (siempre hay alguien que reconoce a un escritor) y le dijo: «Caramba, don Martí, ¡qué sorpresa verlo por aquí!» El guerrillero (en las guerras de independencia cubanas, los cubanos que servían en el ejército español se llamaban guerrilleros) sonrió hospitalario y acto seguido descargó su revólver de percusión (que fue de enorme repercusión) sobre la cabeza del

poeta herido.

¿Extraño, no es verdad? Más extraordinario todavía es que el custodio de Martí, que murió al tratar de rescatar a su carga preciosa, se llamara Ángel de la Guardia. Aún más raro es cómo momentos antes de morir, Martí corrió hacia las balas enemigas, desobedeciendo la orden del general Gómez de que se pusiera a cubierto. Hay explicaciones que ayudan al caos. Martí se confundió en su primera batalla (que fue en realidad una escaramuza), pero fue el único confundido. Otra explicación declara que el caballo de Martí se espantó hacia las líneas españolas. Todas las versiones quieren explicar lo inexplicable por vía insólita.

La única explicación posible es que Martí, por sus motivos, sin motivos, se suicidó. Dicen que Rubén Darío, el gran Darío, dijo al conocer la noticia: «¿Qué has hecho, Maestro?»

El diaño de campaña (nunca titulado así por Martí, por supuesto), esa obra maestra de la literatura en español escrita en el exilio y en el remoto regreso, termina no en una nota abrupta o fatal sino en una calmada descripción de la vida en el campamento insurrecto. Al volver a Cuba, a lo que se conoce como la manigua, la espesura, sus *Apuntes de viaje* se convirtieron en el diario de la insubordinación, no en un diario de guerra. La única acción bélica que vio Martí fue la primera y la última,

que no pudo describir. Al comenzar su regreso («No regreses», volvió a insistir el maestro pitagórico, ahora pitagorero), José Martí escribe lo que es una pieza maestra de la literatura y nos regala una de las despedidas más hollas on osa lengua de despedidas que es en Cuba el español del siglo xix. Esta nota recoge en una sola frase, breve y críptica, el afán exotista de los románticos, la presencia americana y un nombre de mujer que se hace memorable en boca de este Martí que va, en la frase del argentino, «a encontrar su destino sudamericano». Escribe Martí en la última anotación de su *Diario*, bitácora poética más que política: «Abril 9» (hay que recordar que Martí moriría el 19 de

mayo próximo) «Abril 9. Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.» El verbo final señala, me parece, el único acto que hace igual a todos los poetas que como Martí nacen en el exilio. *Nos embarcamos*.

Fue fuera de Cuba que José Martí escribió su verso más popular:

Yo quiero cuando me muera,
sin patria pero sin amo,
tener en mi tumba un ramo
de flores y una bandera.

Éste es su epitafio pero es también el epitafio de todos.

Setiembre de 1991

¿HA MUERTO EL SOCIALISMO?

El semanario alemán *Die Zeit* organizó una encuesta con científicos, intelectuales y escritores de todo el mundo. La pregunta de cabecera era: «*¿Es este el fin del socialismo?*» Las preguntas específicas fueron:

1. En 1990 McDonald's abrirá el primer restaurante de *fast food* de Moscú. ¿Ha derrotado finalmente el capitalismo al socialismo?
2. ¿Qué precio tendrá que pagar el mundo por tamaña victoria?
3. ¿Qué es lo que vendrá?

Ésta es mi respuesta.

En una ocasión Aldous Huxley, uno de

los novelistas más inteligentes en una época de escritores inteligentes (Thomas Mann es otro de ellos y ésta es tal vez la razón de que ambos parezcan ligeramente anticuados ahora: el lector actual no quiere inteligencia, quiere entretenimiento), este hombre, Huxley, rogaba angustiado: «¡El tiempo debe detenerse!» Por supuesto, con el tiempo Huxley quería decir la muerte. Pero la muerte, que siempre nos detendrá, afanosa nunca se detiene. ¿Por qué no detener en su lugar la historia? La historia no es la vida. La vida es otra cosa, nada libresca, mientras que la historia no es más que un libro llamado historia.

Heródoto, el primer historiador, un

ateniense que había nacido en el Asia Menor, era un narrador profesional que llamó a sus libros *istoriai*. Que no quiere decir historia (la historia no se llamaba todavía historia) en griego sino inquisición, tal vez encuesta. Lo que hoy llamamos *survey*. El erudito inglés M. I. Finley revela que pasó mucho tiempo antes de que se diera a la palabra historia «el uso específico y estrecho que tiene ahora». Heródoto se apoyaba, como Plutarco, en reportajes de segunda mano, en leyendas, en mitos y, ¿por qué no decirlo?, en chismes. Ya en su Libro Primero, Heródoto se balanceaba como un equilibrista griego entre la mitología y el rumor. No es extraño que los antiguos, que sabían de estas cosas, lo

conocieran como el Padre de la Mentira.

Así comenzó la historia. Ahora un historiador japonés que vive en Estados Unidos sostiene que la historia ha muerto o ya terminó. Pero la historia no ha muerto, sólo hemos llegado al final del libro primero. De seguro habrá más libros llamados historia. Nietzsche sentenció: «Dios ha muerto.» Otros lo atajaron diciendo que fue Nietzsche el que murió. Es curioso. ¿Qué es curioso? Que nadie se pregunta si el diablo también ha muerto. Al contrario. En este siglo hemos visto que Dios podrá estar muerto pero el diablo sigue vivo. Si no, ¿quién inventó los campos de concentración? Les diré quién. Fue

Valeriano Weyler, gobernador general de España en la Siempre Fiel Isla de Cuba, exactamente en 1896. Aparece bien claro en la *Encyclopaedia Britannica*, la biblia del inglés. Luego los ingleses perfeccionarían esta invención diabólica durante la guerra contra los bóers en Sudátrica. El alambre de púas y el cable eléctrico hicieron el resto —con la ayuda de Hermann Goering.

Es el socialismo lo que ha derrotado al socialismo. Se pudo ver por la televisión en el noticiero de las seis que la superpotencia socialista que tiene misiles mil, cohetes que van a la Luna, satélites para explorar el espacio, submarinos nucleares en todos los

océanos y tanques blindados que darían envidia al general Guderian fundador de las *Panzerdivissionen* no tenía ni un miserable *bulldozer* de latón para despejar los escombros después de un terremoto. Tuvo que ser una potencia capitalista de segundo orden, Inglaterra, la que les diera a los rusos no sólo una mano sino el equipo necesario a la operación de rescate. ¿No fueron Marx y Engels dos cómicos de vodevil de la era victoriana?

Estoy seguro de que la gente de Moscú estaría encantada de encontrar hamburguesas en la Plaza Roja y perros calientes, no perros policía al cruzar la Lubianka. Comer comida plástica es mejor que no tener qué comer. Sé bien

que el hombre de la calle en La Habana prefiere McDonald's a Castro, sin mencionar al coronel de los pollos fritos: dos muslos bueno, ningún ala malo. Pollos de todos los países, ¡freíos!

Desde Adán y Eva el precio de la vianda no ha estado nunca en proporción con su costo. Claro que ahora pagamos esas pasadas delicias. Sin embargo hasta Adán y Eva tuvieron que ser expulsados del paraíso. En nuestros días de cambio al hombre (y a la mujer también) un Dios posesivo les *impide* irse del paraíso. Se ven cada noche y a veces en pleno mediodía. Esos alemanes que huyen, ¿por qué corren? Lo hacen para salvarse de una utopía ajena y,

como muchos lo declaraban a la prensa, huían en busca de su vida *futura*. Una utopía privada que se hacía pública. Así vemos que obvios obreros dejan en fuga el paraíso de los obreros.

Se ven ahora en Alemania Oriental pero yo los he visto más cerca. En 1980 once mil cubanos pidieron asilo brusco en la embajada peruana en La Habana. Era, como en Alemania Oriental, una válvula bien llamada de escape para prevenir un estallido. Como ocurrió en Hungría en 1956. O en Checoslovaquia en 1968. O en China este verano del descontento juvenil.

Una frase feliz quiere que los exilados sean gente que vota con los pies. En este caso es mejor decir que votan no sólo

con sus pies sino también con sus manos, con su cuerpo. O con sus cadáveres: más de ocho mil cubanos han muerto, en el mar o en la costa, tratando de escaparse de la isla de nuevo concebida como una enorme prisión estalinista.

Para nosotros, los cubanos, el socialismo fue una broma pesada que nos gastaron, que nos gasta todavía.

El precio del socialismo, ya lo hemos visto muchas veces en el siglo, es la esclavitud, la bestialidad y la muerte — todo en nombre del hombre. (Y de la mujer también.) ¿No fue Stalin quien proclamó que al hombre había que cuidarlo como se cuida un árbol y después repartió hachas? No hay que

olvidar por otra parte que el partido nazi también se llamaba, como lo proclamó Goebbels muchas veces, socialista y Hitler se llenaba la boca bajo el bigote para aullar *sozialismus*.

El socialismo no es más que una utopía destinada siempre a convertirse en distopía, que es el paraíso del diablo. Ahora hemos visto que paraísos utópicos como Hungría y Polonia, países católicos, deciden que el reino de este mundo no puede ser utópico.

Al tocar a las puertas del siglo xxi hay que voltear la última página del siglo xx y cerrar el libro de la historia —para abrir un libro nuevo. Tal vez no nos prometa en su literatura un paraíso terrenal o el milenio, pero al menos

dejaremos detrás la pesadilla: al íncubo llamado Lenin, Stalin, Hitler, Franco, Mao y, por supuesto, en su último avatar, Fidel Castro. Dejaremos detrás a los heraldos de una felicidad futura que en realidad sólo produce instantánea miseria, humillación y muerte. La peor muerte: la muerte que nos perdona la vida. Son esos mesías de la miseria los que deben detenerse y tener fin. Pero, ¿lo tendrán? ¿Se detendrán?

Noviembre de 1989

¿QUÉ COSA ES LA HISTORIA, PUES?

El leve caraquismo, pues, al final y no al principio, no es un homenaje a Bolívar arando en el mar nuestro, sino

una interjección necesaria. Pues sí, ¿qué es la historia después de todo? O, más metafísicos, ¿por qué la historia y no más bien la nada? En la frase famosa «la historia se escribe de noche», aludiendo a la cama pero también a camarada, la historia es impersonal pero a la vez, cosa curiosa, su propio autor: la historia se escribe a si misma. Es decir, la historia es un libro sin autor. En la frase infame, dicha por Hitler primero y Fidel Castro mucho mas tarde. «La historia me absolverá», la historia, como la justicia, es una diosa pero no es ciega. Esta patética falacia está muy en la linea de la filosofía totalitaria alemana que va de Hegel a Marx. Asombra, es cierto, encontrarse a Nietzsche, llamado Niche

en el Caribe, en semejante compañía. Pero es que la geografía suele asombrar más que la historia.

Otro aserto, cierto o falso, proclama que la historia la escriben siempre los que ganan. Pero el libro primero de la historia lo escribió un autor excepcional, Heródoto, que nunca tomó partido. Heródoto (que nació en Halicarnaso, Asia Menor, en 483 antes de Cristo, luego vecino de Atenas) se veía a sí mismo más como un investigador que como un participante. «Les doy», escribe en el prefacio, «los resultados de mis investigaciones.» A las que llama en griego *istoriai*. Es decir, no historia sino encuesta. Heródoto es en realidad el primer

organizador de *surveys* que registra, ¿quién si no?, la historia.

Es por otra parte una suerte de justicia (¿poética?) que no se sepa nada de su vida. Se sabe, eso sí, lo que decían de él sus detractores, que no fueron pocos. Los griegos lo llamaban el padre de la mentira y su hija, la historia, era conocida como la madre de la infamia o como una puta que dormía en el lecho de Procusto. A los que invitaba a dormir con ella les ajustaba no las cuentas sino los miembros: piernas largas malo, piernas cortas peor. Nada menos que Plutarco, que concibió la historia como una galería de retratos para leerlos, escribió un ensayo titulado «Sobre la malicia de Heródoto». El solo empeño

de Tucídides, su sucesor, fue reescribir la historia que escribió Heródoto.

Pero Heródoto, escritor del más decisivo *best-seller* después de la Biblia, libro este que escribió un autor que escribía torcido para leer derecho, explica así su método. Escribe «para que la memoria de lo que han hecho los hombres no perezca sobre la tierra. Ni sus logros, sean griegos o bárbaros, no tengan quien los cante: ellos y la causa por la que fueron a la guerra son mi tema». (Perdonen la traducción pero mi griego es escaso.) Cuando ocurrió esa guerra (a la que dio nombre para siempre) Heródoto no había nacido todavía. Su historia es una suerte de hagiografía. «Homero y Hesíodo han

atribuido a los dioses todo lo que es desgraciado y culpable entre los hombres: el robo, el adulterio y el engaño», escribió, como colofón, Jenófanes de Colofón. Para Jenófanes, como para muchos antiguos, incluyendo por supuesto a Heródoto, la historia y la mitología eran una misma fuente de infamias.

El erudito inglés M. I. Finley en su antología *Greek Historians* dice que pasó mucho tiempo antes de que se diera a la palabra historia «el uso específico y estrecho que tiene ahora». Heródoto, como su crítico (a cada autor su *review*) Plutarco, se apoyaba en reportes de segunda mano, en leyendas, en mitos y, ¿por qué no decirlo?, en chismes de

aldea, que es lo que eran la mayor parte de las ciudades de la antigüedad. Tucídides, que viene después de Heródoto pero que no era en manera alguna un segundón, creía que conocer los hechos pasados *per se* era deleznable o fútil. Para Tucídides la tarea era escribir o más bien reescribir el presente. Éste era un paso por delante de Heródoto, pero Tucídides sin embargo venía detrás. Jenofonte, el tercer hombre siempre, que forma el trío de epónimos historiadores griegos, creía en la historia en acción y su *Anábasis*, famosa retirada hacia el mar de los diez mil mercenarios griegos al servicio de Darío, tras su fallido golpe de estado (tal vez el primero pero por supuesto no

el último en los cuarteles, las cortes y aun en el palacio del Kremlin), ésa fue su crónica épica y es uno de los libros griegos más leídos. Hasta un poeta francés del Caribe, Saint-John Perse, le pidió prestado su título. Es que Jenofonte fue, como T. E. Lawrence, un aventurero que escribía bien. No hay historia antigua mejor escrita ni más emocionante que el *Anábasis*. Pero Jenofonte también tenía en el mundo griego (incluido su amante Sócrates) fama de embustero audaz. Ni más ni menos que Lawrence, ese El Orans de los árabes.

Intriga a los historiadores actuales que Atenas, que había inventado la historia, ignorara a Alejandro, el macedonio que

conquistó a Grecia y a todo el mundo conocido entonces. Los historiadores griegos también enmudecieron ante un acontecimiento histórico más digno de atención que las conquistas griegas: el nacimiento del Imperio romano. Cuando Plutarco, otro griego que traía el regalo de la historia (caballos de Troya todos), escribe sobre los romanos, lo hace en la decadencia del imperio. Para revelar (o más bien exponer) a sus biografiados, Plutarco escoge en sus retratos «una ocasión ligera, una palabra, un *hobby*». Pero sus biografías parecen existir para dar argumentos a Shakespeare y a Shaw y aun al cine. No hay que olvidar que Plutarco, además de biógrafo famoso, fue un oscuro sacerdote en Delfos y tal

vez árbitro de augurios. Como historiador no fue capaz de reseñar el nacimiento, la vida y la muerte de Jesús. Como augur nunca siquiera soñó en Delfos la creación de una religión que iba a ser más poderosa que todos los imperios antiguos y, ahora lo vemos, modernos.

Tácito, el Plutarco romano, es un hombre sin nombre ni techa de nacimiento: era una no persona y por ello mismo fue el historiador al estado puro. Sus *Anales* aparecen tácitamente interesados en las fallas morales, es decir, inmorales pero entretenidas, de sus biografiados. Su retrato de Tiberio (a quien una voz precristiana anunció, «El gran dios Pan ha muerto», para

avisar que había nacido Cristo) se puede leer como una historia más pornográfica que gráfica. Mientras que su pieza de insistencia es la muerte de Nerón. Su historia es el culto a la personalidad depravada.

Suetonio, famoso por su *Los doce césares*, era el historiador renuente. Escritor ejemplar, escribió mucho pero publicó poco. Con todo, en su época se le consideró anecdótico, fácil y dado al chisme. Será por eso que es tan divertido. En todo caso algún día se hará justicia al chisme y se vindicará la necesidad histórica de saber que Napoleón padecía de pene pequeño o que Hitler se bañaba poco y olía mal. El chisme, por supuesto, esencial en la

literatura, donde se llama anécdota, ocurrencia o dato, debe ser central a ese otro género literario, la historia. Pero el chisme es también revelación. Es por Suetonio que sabemos que Julio César tenía una mirada penetrante y su peinado (copiado por todos los césares y aun por Marco Antonio: ver *Julio César*, la película, como un desfile de modas) era la única forma que tenía de ocultar su calvicie, vanidad cesárea. De paso, Suetonio, para usufructo de Shakespeare, hace una detallada narración del asesinato de César y ofrece una frase para la historia particular de la infamia: «*Et tu, Brute*?» E n *Los doce césares* Suetonio cuenta también que Augusto era bajo de

estatura, con nariz aguileña y vestía togas nada augustas. Si narra las diversiones bisexuales de Tiberio en Capri, también ha dejado una descripción de la última depravación moral de Caligula que ha copiado la novela histórica, el cine y Albert Camus, en ese orden. Robert Graves, historiador de ficciones, le debe fama y lana por su *Yo, Claudio*, que es Suetonio puesto al día y a la noche por televisión. Es que un historiador, antes y ahora, no es más que un escritor con visión retrógrada. Esa ojeada al pasado es lo que un marxista llamaría la Proust valía.

Volviendo a Heródoto (siempre hay que volver a él: es volver a las fuentes), fue en realidad un escritor de viajes.

Era, ni más ni menos, un viajero que cuenta: una especie de Jan Morris antes de cambiar de sexo. Pero Heródoto era un viajero griego y creía en los dioses. Su narración de las guerras persas fue organizada después de su muerte, en nueve libros, llamados cada uno por el nombre de las nueve musas, como otras tantas ficciones helénicas. No hay que olvidar que durante su estancia en Atenas se construyó el Partenón, ese homenaje devoto de Pericles a sus dioses. Una de las historias atenienses de Heródoto concluye con el cuento de la venganza de los dioses atenienses contra los heraldos de Esparta. Dice Peter Levi, el erudito clásico: «... casi toda su información proviene del

interrogatorio personal de cada testigo». Heródoto es, entonces, el primer periodista. Pero, concluye Levi, «no había Heródotos antes de Heródoto». Antes de Heródoto, simplemente, no existía la historia. El historiador griego podía haber dicho: «La historia soy yo.»

Pero Heródoto pensaba que Homero era un testigo de excepción de la prehistoria, a la que por supuesto nunca llamó así, aunque creía, en firme, que el pasado es siempre mitológico. Su historia es, a la manera pagana, una historia sagrada. «Todos», declaró, «lo sabemos todo de los asuntos divinos.» En otra ocasión escribió que «los tesalios mismos dicen que Neptuno cavó el canal por donde corre el Peneyo».

Para añadir: «y es muy probable». Plutarco, que mucho más tarde creía en los dioses griegos (y romanos), publicó un «panfleto perverso» contra Heródoto. Pero a *Las vidas paralelas*, no para leerlas sino para creerlas, hay que creer antes en la historia que contó Heródoto primero. Los historiadores, todos, dependen como Plutarco más del ditirambo y la calumnia, aprecio y desprecio del pasado, que de la verdad y los hechos. Toda historia es un relato dudoso porque no es comprensible. La historia como materia científica, el materialismo histórico, ha tenido por abogados a los mayores manipuladores de la historia, los marxistas. Quienes más respetan la historia no son los

historiadores sino los novelistas. Dumas hizo una declaración de principios para todo novelista histórico: «Si violo a la historia», proclamó, «es para hacerle hijos hermosos.» Por otra parte Henry James dijo: «Esencialmente, el historiador quiere más documentos de los que puede en realidad usar.» Mientras que Federico Schlegel escribió que «el historiador es un profeta al revés».

La historia, con Tucídides, parece haber nacido en el exilio. O mejor, se produjo por una suerte de regeneración espontánea. El verdadero propósito de Tucídides no fue hacer historia sino conseguir una compilación monumental y al mismo tiempo veraz. Tucídides, que

es el inventor de las cronologías, no cree que la historia la escriben los vencedores sino los historiadores del vencedor. Pero es irrefutable que, a pesar de tiranos y totalitarios, antes y ahora, la historia nació de la democracia que los griegos inventaron. Es la Edad de Pericles la que permite a Heródoto contar su historia.

Heródoto fue uno de los primeros, si no el primero, en escribir en prosa en Grecia. Originó también la charla erudita y la lectura pública por el autor, función que parecían haber inventado Mark Twain y Charles Dickens en el siglo pasado. Un helenista ha dicho que Heródoto «no escribía historia» sino que «escribía religión». Al contrario,

Heródoto inventó la historia como género literario. Fue Heródoto quien enseñó a Tucídides y a los demás griegos el oficio de historiador. Pero Tucídides es un escritor consciente de que la historia es el estilo. En su narración de la peste en Atenas, además, Tucídides de paso inventó el reportaje. Lo que confirma la opinión de que los periódicos no inventaron el periodismo.

Un novelista inglés de este siglo, Ford Madox Ford, trata a Heródoto como colega en ficciones. «Sabía», escribe, «lo que le pasó realmente a Helena después de que se fugó, se supone, con Paris», para originar la guerra de Troya con Homero de corresponsal. Para Ford, Heródoto «se relacionó con la más

notable de todas las historias detectivescas». Pero en vez de historia, palabra sospechosa, Ford dice cuentos. Ford, finalmente, declara a Heródoto hombre «a la vez crédulo y cínico». Donde Ford pone cínico hay que decir escéptico: Heródoto era *a la vez* crédulo y escéptico. Fue este equilibrio inestable lo que le obligó a inventarse un oficio, historiador, y crear una vocación nueva.

Pero en Heródoto realmente la historia supera al relato que viene de la poesía de Homero y de Hesíodo. Es decir de la mitología: ambos se tuteaban con los dioses. Más de veinte siglos más tarde con Hegel (que murió en fecha tan cercana como 1831 y fue contemporáneo

de Goethe y de Beethoven) la historia se escribe con hache mayúscula y se convierte en una forma de religión pero con trama. Aunque lleva a cabo (se supone que por sí misma) los propósitos divinos. La historia ha dejado de ser diosa para ser Dios. En una vida paralela con Heródoto, Hegel era un ávido coleccionista de recortes de periódicos ingleses, crónica del siglo que alimentó los sueños y las pesadillas de Karl Marx.

Las naciones (que se supone que son hechas por la historia y no al revés), para Hegel no son fundadas por Dios sino por los héroes, que las sacan del salvajismo gracias a la religión y por supuesto, gracias también a esa otra

forma de religión: la filosofía. Hegel, que quiso explicar la historia no como sagrada sino como divina, hubiera encontrado difícil exonerar a sus sucesores en la compañía no de Dios sino del diablo, Marx y Nietzsche.

Ambos sirvieron, sin saberlo, para justificar en la historia el regreso del salvajismo con sus seguidores, Hitler y Stalin. Hegel habría dicho, de haber dicho algo, que ambos tiranos sólo pretendían (hacían ver que) ser seguidores de una filosofía que no podían comprender. O tal vez, como querían sus críticos, la historia terminaba con la filosofía de la historia de Hegel y la barbarie futura era ahistórica: quedaba voluntariamente

fuera de la historia. ¿No sería más acertado decir que la historia, como la filosofía, no es más que una biblioteca con un libro único repetido *ad infinitum* o mejor *ad nauseam*?

Istoriai, historia y a veces la Historia, es sólo un libro llamado historia, con autor, título en la portada y pie de imprenta. Su colofón no es a veces más que una mala lectura. Toda historia tiene tomo y lomo y su nombre es, en último extremo, sólo un accidente griego. Ni más ni menos como ocurre con la palabra metafísica.

Noviembre de 1991

VIDAS PARA LEERLAS

Toda biografía aspira siempre a la condición de historia

Preámbulo

Fue Plutarco (46 d.C.-120 d.C) quien acuñó el término de su obra como título,

Vidas paralelas, y de paso dio lugar a un examen de la historia recurriendo al paralelismo histórico que inauguró.

Plutarco era griego pero sabía tanto de las vidas (léase biografías) latinas que parece un historiador romano. Plutarco escribió lo que se cree que es la expansión de charlas que dio en Roma y se le considera uno de los autores más atractivos de la antigüedad: uno que todos han leído y que todavía leen. Su escritura es ingeniosa, llena de encanto y tacto. Muchos lo han imitado pero pocos han conseguido igualarle.

Mis *Vidas para leerlas* es, desde el título, una variación paródica de las *Btot paralleloi*, pero no es comparable al modelo plutarquiano —excepto en

que Plutarco dio considerable importancia al chisme de salón y a los rumores de la corte. (Su maestro Heródoto fue llamado en Grecia no el padre de la historia sino el rey del chisme.) Las vidas contadas de nuevo por Plutarco no sólo han adquirido popularidad a través de los siglos sino que han servido más de una vez de modelo para Shakespeare en sus obras maestras *Julio César* y *Antonio y Cleopatra*. Es de agradecer que el griego haya escrito sobre romanos para engrandecer la poesía dramática inglesa.

Nada querría yo más que mis modestas vidas sean para leerlas, para gozarlas y para evitar, en muchos casos, la aciaga suerte de muchos que vivieron,

cortesanos renuentes, y murieron para, por la literatura.

Guillermo Cabrera Infante
Londres, febrero de 1998

Tema del héroe y la heroína

No hay vidas más disímiles (y a la vez más similares) que las de José Lezama Lima y Virgilio Pinera. Nacieron a poca distancia en el tiempo (Lezama en 1910, Pinera en 1912) y casi en el mismo espacio (uno en La Habana y el otro en Cárdenas, a cien kilómetros de La Habana) y los dos murieron en La Habana: Lezama en 1976, Pinera en 1979. Virgilio nació en la provincia de Matanzas pero después de una infancia inquieta y una adolescencia ambulatoria

(odiaba que se la calificara de peripatética), vino a instalarse en La Habana, nuestra Roma Antigua, mientras Lezama se había fijado (tal vez el verbo que mejor le sentaba: todo es fijeza en Lezama) en la capital, desde que nació para siempre. Los dos eran hijos de técnicos. El padre de Lezama fue coronel del ejército, ingeniero militar, y el de Virgilio ingeniero agrimensor. Pero mientras Lezama, hijo varón único, quedaba huérfano de padre en la niñez, Virgilio, uno entre varios hijos, vio a su padre llegar a verdadero viejo y padecer de manía ambulatoria. Lezama nunca se recobró de la muerte de su padre. Virgilio veía la muerte como una liberadora de su padre, ciego y senil.

Los dos fueron escritores precoces. Pero Lezama hizo estudios para graduarse de abogado, mientras Virgilio nunca completó su educación (Filosofía y Letras probablemente) y entre ambos se interpuso siempre la respetabilidad que mantuvo Lezama casi hasta su muerte y la accesibilidad de Virgilio, por no decir su modestia (que escondía una inmodestia íntima enorme), su desprecio por el respeto y su desafío de las convenciones sociales. Muy poca gente (tal vez, solamente su madre y sus hermanas, que le decían Joseíto) llamó a Lezama otro nombre que Lezama, si lo conocían, o Lezama Lima de lejos, pero había algunos que lo llamaban Maestro sin que Lezama desdeñara este

tratamiento. Mientras que Virgilio Pinera era Virgilio para todos sus amigos y hasta para meros conocidos y era Pinera sólo para sus enemigos. Asimismo, Virgilio hubiera despachado con una de sus salidas acidas a cualquiera que lo tratara de maestro, aun con minúscula. Físicamente no podían ser confundidos nunca. Lezama era alto, enorme: un hombre gordo como Chesterton, católico como Chesterton, ambos autores de alegorías. Virgilio era de estatura media, casi bajo, siempre flaco y a veces, al principio y final de su vida, coqueteó con la caquexia. Era además agnóstico. Para acentuar las antianalogías escribió una obra, *El flaco y el gordo*, en que el Gordo es un glotón

atroz que hace referencias a un Maestro, gourmet esencial —las dos caras comilonas de Lezama que se atracaba de comidas que calificaba de exquisitas. El Flaco, como Virgilio, es un hombre hambreado encerrado con el Gordo en un recinto aislado, que termina, premonitoriamente, matando al Gordo, devorándolo —¿antropofagia intelectual?— y llevando sus ropas, que lo convierten en lo que siempre quiso ser, el Gordo. Dentro de cada flaco hay un gordo luchando por subir. Los dos, Virgilio, y Lezama, eran profundamente cubanos, habaneros más bien y ambos tenían connotaciones con la más criolla de las ciudades cubanas, Camagüey, donde Virgilio había vivido en su niñez,

de donde era oriundo el padre de Lezama. La pareja publicó sus tempranos primeros libros (poemarios ambos), los dos dedicados a temas griegos: Lezama, *La muerte de Narciso* (1937), Virgilio, *Las furias* (1941), con un tratamiento sensiblemente diferente en cada caso. Ya Lezama era barroco y oscuro, mientras Virgilio se mostraba simple, casi callejero. Pero aunque la poesía de Virgilio es notable (sobre todo su tercer libro, *La isla en peso*, 1943), no hay en ella un solo verso de la belleza imperecedera de "Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas" y mucho menos algo de la extraña perfección de los poemas en *Enemigo rumor*, que Lezama

publicó ya en 1941. En *La isla en peso* Virgilio se mostró un poeta de considerable cubanía, aunque alguno lo acusara fútilmente de copiar a Aimé Cesaire. Pero por este tiempo, antes de ese tiempo, Lezama compuso poemas que están entre los más hermosos escritos en español en este siglo. Sin embargo hay un verso de Virgilio, "Tú tenías un gran pie y el tacón jorobado", memorable por su humor a la vez cruel y melancólico cuando se sabe que tacón y pie pertenecen a un personaje popular, una habanera humilde, Chencha la chambona.

Era inevitable que Lezama y Virgilio se encontraran en comunidad, era también previsible que se separaran con

violencia. Virgilio era pendenciero, Lezama sólido, pero los dos eran vulnerables en más de un sentido. Homosexuales los dos, sus intereses sexuales eran marcadamente diferentes: esto era visible aun en los atuendos respectivos. Lezama vestía invariablemente de cuello y corbata y si no usaba chaleco parecía portar uno, perceptible en su in visibilidad constante. (Un saludo humorístico de Lezama era a menudo: “Véame aquí en mi chaleco mozartino sobre mi vientre wagneriano”.) Virgilio siempre llevó pantalón barato y una camisa de sport de mangas cortas (tal vez por necesidad, seguramente por elección) y si alguna vez tuvo un traje, nunca lo usó —ni

siquiera lo recuerdo trajeado en París, en la hostil primavera de 1965, aunque seguramente vestía chaqueta y un impermeable contra el tiempo pero también contra costumbre. Lezama era adicto a los efebos demorados, lánguidos, intelectuales. Era amante de la forma. Virgilio prefería a los hombres raudos, rudos del pueblo —guagüeros, porteros, serenos, varios vagabundos y tal vez un soldado con licencia— a los que pagaba religiosamente a pesar de su pobreza. No había amores para Virgilio: sólo la acción sexual, sodomía súbita y su costo. A veces Virgilio retenía o simulaba retener el pago ritual después del coito y él mismo confesaba que nada le daba más placer que el *frisson*

nouveau producido por la ira del amante alquilado todavía no pagado —“Nada de amante, niño”, revelaba Virgilio. “En realidad un bugarrón de mala muerte”— y verse a punto de recibir una paliza por simular no soltar las monedas amorosas, morosas. Dos incidentes revelan estas divergencias sexuales de los dos poetas. (Pero antes debo decir que Virgilio detestaba la idea de tener comercio —la palabra nunca fue más adecuada— carnal con cualquiera siquiera levemente en contacto con la cultura y así el día en que un amante inminente le confesó *in passim* que le gustaba leer libros, Virgilio abandonó airado el cuarto, todavía a medio vestir y desapareció ante el asombro de su

amante por venir. “Los hombres de verdad no leen libros”, explicaba Virgilio. “La literatura es mariconería y para maricón, yo.”) En una ocasión extraliteraria, Virgilio levantó a un negro formidable en el Parque Central y juntos fueron a una infecta posada en la calle Amargura (sin símbolos) y entraron al edificio y al cuarto. Virgilio atravesaba una de sus muchas crisis económicas y comía mal y poco y estaba más flaco que acostumbraba, metafísico estáis casi. Se quitó la ropa lo más discretamente posible, ya en la cama, casi bajo la sábana y cubrió con ella sus desnudos huesos lo más rápido que pudo. El amante (“Un tronco de turco”) tarifado sospechó que había algo

extraño en aquella desvestida pudorosa y poderoso vestido fue hasta la cama y de un manotazo arrebató la sábana a Virgilio —para descubrir el cuerpo más o menos magro del escritor anónimo. El dante se explayó en palabras soeces ("Cubrió mi cuerpo desnudo de oprobios", contaba Virgilio, maestro de picarescas), en denuestos, en improperios: "¡Un esqueleto! ¡Un maricón esqueleto! ¡Un esqueleto de mierda!", escandalizaba el ya no amante ante la visión desnuda, más sobreviviente de Buchenwald que Venus de Botticelli. Acto seguido el sodomita taxi, ofendido por haber sido presentado con huesos duros cuando esperaba nalgas propicias, un culo cómodo,

glúteos máximos, se quitó el cinturón y atacó a Virgilio a cintazos bestiales, salvajes, como de esclavo hecho amo. Finalmente, antes de irse, Némesis negra, buscó en los bolsillos del pantalón descartado inútilmente y dejó a Virgilio azotado y sin dinero —pero feliz en su coito sin pene con gloria.

No eran para Lezama estas aventuras eróticas heroicas, quien tal vez las consideraría sórdidas y hasta vulgares. Por otra parte, al revés de Virgilio, Lezama era un homosexual activo no pasivo, distinción absurda para lo que otro escritor cubano, Calvert Casey, llamaba la "escuela moderna", que significaba un mundo de divergencias para lo que se puede considerar la

“escuela antigua”. Tanto Virgilio como Lezama abominaban de la felación mutua y el “cruce de espadas”. Pero la misma militancia marcaba diferencias de aspecto y de comportamiento público. Virgilio era muy afeminado, apocado. Lezama tenía una virilidad valiente, que lo acercaba a lo que el personaje de comedia bufa Sopeira, gallego gallardo, llamaba un “caballero español”. Lezama era un caballero cubano. Aun un mismo vicio los separaba: los dos fumaban mucho, pero mientras Virgilio, de perfil dantesco, encendía un cigarrillo tras otro y los sorbía con un abandono lánguido que parecía propio de Marlene Dietrich, Lezama, de rostro rudo, mordía un

enorme puro eterno, que junto con su humanidad rotunda lo acercaba a una versión morena de Sidney Greenstreet, el actor que en los años cuarenta encarnaba la gordura acechante, villano bonvivant, en contraposición al malo siniestro aunque igualmente obeso de Laird Cregar. A menudo Cregar y Greenstreet parecían pederastas pasivos. Lezama nunca lo pareció. Como en el chiste del chusco habanero al calificar su revista de poetas pederactivos *Nadie parecía* —y todos lo eran.

Entre las "aventuras sigilosas" de Lezama está su encuentro con un efebo escribano que los años transformarían en un mal aprendiz de comisario cultural

y al que una efímera fama como novelista revolucionario (según ciertos críticos cubanizados) otorgó un nombre y una atención que no merecía. No voy a nombrarlo pero sí quiero contar una de sus primeras salidas oportunistas. Este novelista cuando joven (ya entonces era ambicioso y ambiguo) se acercó adulador a Lezama, quien quedó prendado de su belleza. Es verdad que era falso pero era bello. Alto, esbelto, rubio, de ojos asombrosamente azules, y Lezama, al revés de Virgilio, siempre se dejó admirar por jóvenes bien dotados, mirándolos tal vez como posibles amantes o como futuros discípulos. Un día Lezama llevó al efebo literario, recién conocido, a una reunión en la

finca frutal de un mecenas literario, entonces un poderoso periodista, enérgico y agresivo y rico y no el pobre exilado ecuánime que es *Hoy* . Era un antiguo colaborador de *Orígenes* y protector de Lezama. Parecía que el orgulloso poeta no necesitaba padrinos pero siempre estuvo a su merced y los tuvo todopoderosos, innúmeros.

En la reunión el escritor, el efebo o lo que fuera entonces se sentó a los pies de Lezama, atento al amigo rumor del poeta. En un momento que se quedaron solos, recostado contra las robustas rodillas de Lezama, le dijo: "¡Qué manos más bellas tiene usted, Maestro!" Lezama, que nunca tuvo nada bello, entendió que el elogio a sus morcilludas

manos era más bien un avance y decidió invitar a su adulador amigo a dar una vuelta entre la aireada arboleda. En un rincón recoleto Lezama trató (como contó el escritor) de besar los labios de su compañía, que sintió una súbita repulsión incoercible. Es posible que sucediera así pero era un sucedido íntimo. Al poco tiempo este efebo escritor se las arregló para editar una revista efímera en que publicó un cuento que se llamaba "El hombre gordo". Aquí relataba el incidente, añadiendo a la repulsión física bastante náusea literaria (el existencialismo estaba entonces de moda) y aunque no decía nombres la descripción de Lezama era exacta. Pero no contento con la publicación, el

libelista hizo llegar un ejemplar de la revista a Lezama. Tal vez Lezama se sintió herido pero sus gritos fueron como siempre literarios. Sabiendo que el escritor efebo estaba viviendo en casa de un pintor tan chino como mulato y tan talentoso como malévolo, publicó en un próximo número de *Orígenes* la primera entrega de una novela en clave, verdadera *román* a Klee, en que describía cómo una blonda criatura púber vivía con un pintor malayo y por las noches del vientre del pintor asiático se desprendía un gusano —que hurgaba en el cuerpo casi albino del huésped para introducirse obsceno. Tal vez ambas historias sean apócrifas pero lo que queda *Hoy* es la mala literatura de

“El hombre gordo” contra la prosa poderosa del relato del pintor malayo, su gusano insidioso y el efebo penetrado, hecho nubil de noche. De ese infierno íntimo surgió público *Paradiso*.

La única vez que los pasos pederastas de Lezama y Virgilio se encontraron fue en la esquina, a la vez piadosa y pervertida, del Callejón del Chorro. Allí, a un lado está la Catedral barroca y al otro estaba entonces un famoso prostíbulo de postín, supuestamente secreto —y masculino. No sé qué fue a hacer Virgilio por esos pagos, ya que, como siempre, estaba sin un centavo y a él no le interesaban los efebos bellos sino los hombres maduros, matones, mientras más pueblo bajo mejor. Lo

acompañaba el compositor Natalio Galán, rico en ritmos pero pobre de solemnidad, aunque nada solemne. (Fue él quien contó, mucho mejor que yo, esta historia.) Galán hacía entonces labores de investigación para un novelista vuelto musicólogo, a quien su fama futura encubriría su avaricia. Natalio Galán ganaba una miseria por descubrir viejos manuscritos musicales, hallazgos que serían atribuidos al autor y no al investigador. Al sol y de pie en aquella esquina *non sancta* y santa (Virgilio posiblemente sostenía su flaqueza contra el pilón fálico que marcaba la entrada del callejón), vieron salir del burdel de varones a Lezama. Apacible venía, con un puro recién encendido en la boca, en

la cara un aire de satisfacción que tal vez se la produjera el tabaco o pensar un poema. Lezama notó a los dos artistas (que parecían más bien dos picaros por su porte pobre y sus sonrisas cínicas), pero no se inmutó y en alta voz, con su acento asmático, dijo: "Qué, Virgilio, ¿también en busca del unicornio oculto en espesura?" A lo que contestó Virgilio, extrañamente, pues aunque podía ser ingenioso nunca fue culterano: "No, Lezama, cubrimos el mismo coto de caza". Natalio ahora me puntualizó: "Era la única forma que Virgilio podía en ese momento decirle a Lezama: *We both cover the waterfront*".

Lezama vivió siempre en la misma casa de la calle Trocadero,

eternizándola. Pero Virgilio tuvo que vivir en muchos pueblos y en muchas casas, entre ellas, significativamente, en Panchito Gómez, calle cubana si las hay. También vivió solo en muchos cuartos solitarios, siempre móvil, perseguido por el alguacil de desahucios y bugarrones baratos pero insatisfechos, no sexualmente sino pecuniariamente. Habitó Virgilio, entre otros infiernillos, la infame azotea de Malecón y Paseo del Prado, donde todos los inquilinos eran pobres pero pederastas. Fue allí que Virgilio supo que su vecino, otro famoso poeta cubano, Emilio Ballagas, abandonaba su habitación homosexual, se convertía en católico comulgante y confeso y abjuraba de sus vicios contra

natura para casarse por la Iglesia. No había pasado una semana de esta partida púdica, de tal juramento y de ese voto cuando regresó Ballagas apresurado a pedirle prestado el cuarto a Virgilio. Ballagas había olvidado en su premura sexual el horror que sentía Virgilio a que alguien ocupara su cama que no fuera su amante ocasional —o mejor, momentáneo. Virgilio dijo que no redondamente y luego, pensándolo mejor, añadió: "Pero puedes usar el baño", refiriéndolo a los servicios sanitarios colectivos. "Gracias", dijo Ballagas agradecido. "Gracias, Virgilio, no lo vas a lamentar. Ya verás, es un marinero precioso, *une trouvaille*." Ballagas desapareció escalera abajo

para regresar al momento sin aliento, casi arrastrando a un marinero efectivamente —al que Virgilio reconoció enseguida como el efebo elegido que una vez se habían disputado en una riña entre rimas Lorca y el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, de muchos pseudónimos y pocos dientes. “Pero el efebo jacobino o lorquiano era ahora una ruina”, contaba Virgilio. “Un marino fantasma que todavía vivía para cautivar como el holandés errante a los poetas pederastas.”

En otra casa aún más vieja que ese solar desolador consiguió Virgilio un cuarto. Era una casa casi cayéndose que debió ser desalojada hacía tiempo pero todavía estaba habitada y allí se refugió

Virgilio, ruina entre ruinas. Un día fue a hacer uso de los servicios sanitarios cuya sanidad era sólo nominal. Sentado como meditando en la taza, súbitamente el piso cedió bajo su peso, que nunca fue mucho, y Virgilio, la fuerza de la necesidad contra la de la gravedad, todavía sentado sobre la taza, todavía en posición de pensador, fue a caer a los bajos, encima de una insólita mesa de planchar y entre unos chinos. Había caído en un tren de lavado chino. Toda la lavandería confucia se insultó con su presencia obscena: *alea dejecta est*. "Pero", contaba Virgilio, "a pesar de lo que debieron ser maldiciones cantonesas al principio, después fueron de lo más dulces y hasta me ayudaron a salir de la

taza y de mi embarazo”. Milagrosamente, Virgilio no se hizo ni un rasguño. Es evidente que los poetas peripatéticos mueren en la cama.

Lezama vivía rodeado de libros, de papeles, de pruebas de galera (siempre estuvo, desde 1937, envuelto en empresas editoriales: revistas, libros, publicaciones) y su asma se alimentaba del polvo que acumula el papel impreso. Virgilio nunca tuvo un libro y hacía gala de esta ausencia que no era carencia. “Están todos aquí en mi cabeza”, solía decir. “¿Para qué los voy a almacenar en mi casa?” Me consta que en las dos casas en que le vi vivir no encontré nunca un libro. No creo siquiera que conservara ejemplares de sus propias

obras.

Lezama y Virgilio no sólo coincidieron en la esquina del prostíbulo doblemente pecaminoso del Callejón del Chorro. Estuvieron también juntos en tareas más respetables. *Orígenes* los juntó pero duró poco la asociación. Pronto hubo entre ellos diferencias literarias, que se hicieron enseguida ojeriza, luego enemistad y más tarde trifulca. Finalmente coincidieron en otra esquina, la de los antiguos cuarteles del Lyceum and Lawn Tennis Club. A pesar de su nombre inglés y su aparente dedicación al tenis, el Lyceum era una sociedad cultural con una sala de actos (para conferencias, teatro y conciertos de música de

cámara), un salón de exposiciones y una biblioteca muy bien dotada de libros modernos y la primera biblioteca circulante de Cuba. Todos sus locales eran públicos. Nunca supe si Virgilio y Lezama se encontraron en la biblioteca o en el salón de exposiciones (era por la tarde). Lo que sí sé es que los dos salieron a la calle a dirimir su contienda a la manera machista de los contendientes cubanos ("Sal pa fuera y arreglamos esto" —simplemente no concibo ni a Virgilio, tan pugnaz, ni a Lezama, tan ecuánime, voceando ese reto) o de los lacónicos *cowboys* del oeste del cine. Pero rituales o silentes a la calle salieron y no bien cruzaron dos palabras o un silencio de más, cuando

Virgilio salvó el seto ligero y se introdujo en los jardines. No hizo caso al aviso ("Prohibido pisar el césped") y escarbando alrededor del flamboyán gigante buscaba algo. ¿Un tesoro oculto? ¿Un arma homicida? Lezama no atinaba a adivinar qué era la busca de Virgilio (la piedra filosofal, tal vez) cuando vio que no era una piedra sino muchas piedras. Cuando Virgilio consideró que ya tenía bastantes comenzó a lanzárselas a Lezama, más bien a dispararlas pero dirigidas todas a las poderosas piernas, a los pies planos de su enemigo antes literario, ahora mortal. Cada vez que veía venir una piedra Lezama daba un salto, más bien un saltico: todo lo que le permitía su gordura. Virgilio reía

diabólico o divertido. Lezama por su parte dirigía amenazas verbales a Virgilio, habano todavía en la boca, advirtiendo: “Virgilio, te voy a pegar”, pero este Goliath humeante no hacía nada por avanzar hacia su contendiente, David pedrero. Pronto hubo una turba de muchachos callejeros que presenciaban regocijados la escaramuza, la pelea de piedras contra palabras. Al final los golfos se incluyeron en el combate como coro: “¡Que salte el gordo! ¡Que salte el gordo!”, gritaban esos malditos. Lo que no hacía ninguna gracia a Lezama que nunca toleró que le llamaran gordo ni aun afectuosamente. Finalmente la pedrea cesó porque Virgilio se quedó sin municiones y los muchachos se

volvieron a vituperar a Virgilio. Terminado el duelo irregular, cada contendiente se fue por su lado literario —pero no se volvieron a hablar.

Virgilio dejó el país en una suerte de exilio literario. Escogió Argentina como destino y allí vivió dieciséis años, trabajando en el consulado como mero escribano, viviendo en Buenos Aires una vida tan precaria como en La Habana, pobre payador. Lezama siguió sacando *Orígenes* y publicando poemarios y libros de ensayos, recorriendo obsesivo una misma calle de La Habana Vieja que no por azar era la calle de las librerías. Viajó una sola vez a México, invitado por su protector periodista. La nunca olvidada muerte del

padre en Estados Unidos había convencido a toda la familia de que el extranjero mata y Lezama no estuvo una semana fuera. El viaje produjo un poema extraordinario, “Para llegar a la Montego Bay”, con una línea que no por parodiable deja de ser menos hermosa y característica: “Permiso para un leve sobresalto”. La fama local de Lezama era cada vez mayor, a pesar de su creciente oscuridad, que el trópico no permite. En una ocasión un intelectual que leía por los ojos de Ortega, Jorge Mañach, vocero de la generación de 1927, emprendió en la popular revista *Bohemia* una pedrea más dolorosa que la de Virgilio: trató de lapidar a Lezama, de levantarle una tapia para

siempre. Lezama respondió con su acostumbrada prosa impenetrable. Perdió la polémica pero ganó la poesía. Sus seguidores se convirtieron en discípulos y consideraron a Lezama un verdadero maestro, un profeta regalado, con adulación no siempre genuina ni devoción fiel, como lo iba a demostrar el tiempo. Virgilio, por su parte, consiguió cierto nombre continental, pero nadie reconoció su real importancia. Después de todo, él fue un pionero de la literatura del absurdo y en su obra teatral (Virgilio pudo expresar su genuino dramatismo en un teatro cubano y a la vez universal, lleno de humor paródico y gusto por la paradoja), especialmente en *Falsa*

alarma, escrita en 1948, dos años antes de que Ionesco estrenara su *Cantante calva*. Allí fue uno de los primeros en descubrir la realidad (teatral) como absurdo metafísico.

Una diferencia literaria (en verdad un distanciamiento personal y estético) hizo que José Rodríguez Feo, el patrón gracias al cual se publicaba la revista *Orígenes*, y Lezama se separaran agriamente. Rodríguez Feo publicó su versión de *Orígenes*, mientras Lezama trataba en vano de continuar la suya con sus pobres medios. Lezama tuvo que renunciar a su empeño y Rodríguez Feo editó entonces, muerta *Orígenes*, una revista literaria llamada temporalmente *Ciclón*, que costeó y dirigió. Este cisma

casi religioso parecería ser la causa que devolvió a Virgilio a Cuba, en peso en la isla. Pero su vuelta definitiva no se produjo hasta dos años más tarde, en 1958. Nadie podía concebir a Virgilio como funcionario y él luego confesaría que parte de su tiempo lo empleó en Buenos Aires, como en La Habana, dedicado a cierta picaresca más o menos literaria para poder sobrevivir y que antes del flamante cargo consular (en realidad mero amanuense) había tenido que convertirse en traductor de idiomas que no conocía y hasta corrector de pruebas nocturno. Si su libro *Cuentos fríos* había aparecido bajo el sello prestigioso de la Editorial Losada (que confería un aval

sudamericano a una colección de cuentos cubanos) fue porque desde La Habana, Rodríguez Feo pagó la edición íntegramente. Rodríguez Feo, aun antes de romper con Lezama, ya protegía a su rival retador. Pero no sólo eran lazos literarios los que unían a Virgilio y a Rodríguez Feo —sin olvidar la derrota infligida a Lezama por este antiguo socio mayoritario. Había la vieja simpatía de los días que vieron nacer al *Orígenes* original y ese *mystic bond of brotherhood* (Virgilio insistiría que era *of sisterhood*) en que completaba la inestable trinidad pecadora con Lezama: el homosexualismo. Al mismo tiempo que los separaba de Lezama, unía a ambos ambiguamente una falta

particular: la mariconería. Lezama tendió siempre a la respetabilidad y su misma pederastía podía ser tomada como una forma íntima de su magisterio. Virgilio, ya lo hemos visto, era todo menos respetable. En cuanto a Rodríguez Feo, cultivaba una imagen de playboy invertido. Aparatosamente rico, vivía en el penthouse de un moderno edificio de apartamentos de su propiedad en El Vedado y salía a recorrer La Habana —en realidad a ligar, eso que en inglés se llama *cruising*, esta vez un verdadero crucero en su enorme convertible— en busca de aventuras, sus objetos amorosos casi siempre jóvenes, casi siempre atléticos, casi siempre semidesnudos. Casi el

colmo, a mediados de los años cincuenta, Feo se ocupaba preferentemente de atender su bar en la playa de Guanabo, en que los dependientes parecían más que barmen versiones cubanas de Charles Atlas de pelo en pecho desnudo. De convertirse para siempre en una Mae West morena, vino a salvar a Rodríguez Feo la polémica *intraOrígenes* y el regreso de Virgilio. Todos (Lezama, Virgilio, y Rodríguez Feo) fueron sorprendidos en sus funciones diversas por el triunfo de la *Revolución*. Ninguno tenía la menor idea de lo que era la política. Para Virgilio la insurrección era siempre literaria y Lezama la entendía como una desobediencia estética. Nadie parecía

preparado para lo que vendría. Los futuros avisos de un armagedón interno serían una falsa alarma.

Ya he contado cómo salvé a Lezama Lima de una suerte peor que la muerte: la ignominia de aparecer como un funcionario del aparato cultural batistiano y cómo Lezama celebró la *Revolución*, bien temprano, llamándola un "acontecimiento auroral" —todos éramos así de crédulos. Virgilio (que había renunciado o sido dejado cesante por el consulado cubano en Buenos Aires) pudo integrarse fácilmente en nuestra versión de la *Revolución*. Yo lo traje al periódico *Revolución*, con la invitación expresa de Carlos Franqui, su director, y luego pasó a formar parte del

equipo de colaboradores de *Lunes de Revolución*. Rodríguez Feo, quien a pesar de su bar de atracciones y de su dinero, era el único de ellos que tenía conciencia política, llevó su adhesión a l a *Revolución* tan lejos que cedió voluntariamente su rascacielos a la Reforma Urbana (que de todas maneras le habría confiscado el edificio), incluyendo su penthouse (que hubiera podido conservar) y se deshizo del bar público, burdel privado. Virgilio fue mal acogido al principio en el periódico (su fama de maricón había llegado hasta la dirigencia del 26 de Julio, que era, como toda la *Revolución*, ostentosamente machista: no había más que ver caminar a Fidel Castro o al Che

Guevara, mientras Virgilio tenía una pinta de pederasta que toda su voluntad no alcanzaba a borrar), pero pronto su industriosidad y su valer literario (además de su conducta impecable, ayudada en verdad por el hecho evidente de que no había derrelictos tentadores en la redacción del periódico y porque le pedí que no fuera a curiosear por la entrada de vendedores y me prometió que nunca buscaría por esos pagos —argentinismo—, promesa que cumplió siempre) le ganaron el respeto de todos, aun de los machos muchos.

No recuerdo si Virgilio estuvo entre los que alentaron a Heberto Padilla a escribir su salvaje ataque contra Lezama que publiqué en el magazine, que era

casi una condena oficial no sólo a la persona sino al arte poético de Lezama. (Cuando lo vi publicado tuve la impresión de que había soltado una jauría contra un hombre atado.) En todo caso, Virgilio se llevaba muy bien con Padilla también venido de un breve exilio americano, al igual que Virgilio un exilado económico y cultural no político y hombre de lengua peligrosa y pluma bífida. Virgilio y Padilla tenían en común además la antipatía que gozaban contra otro colaborador del magazine, el poeta José Baragaño, que regresó de un exilio complicado (poéticopolíticopaterno) pasado en París y a quien invité como colaborador, nuestro surrealista a sueldo, solidario. A

Baragaño, que odiaba profundamente a Lezama, odio que iba más allá de las diferencias estéticas, le complació el ataque hecho por su coterráneo Padilla (pronto reanudaron su vieja relación provinciana al amor de la lumbre polémica de Padilla, poeta pinareño). Virgilio, como en un acto de equilibrio estético, escribió una columna en que atacaba la persona de Baragaño (lo llamó vago, sablista y hasta creo que políticamente oportunista) pero hacía un desmesurado elogio del poeta Baragaño. Éste pasó por alto los ataques personales y leyó solamente el encomio poético. Equilibradas estas fuerzas literarias divergentes, pude al poco tiempo (con la ayuda de Pablo Armando

Fernández, otro poeta exilado económico en Nueva York, y regresado para trabajar en *Lunes* como subdirector y que era además un diplomático nato) obtener una colaboración especial de Lezama para publicar (con la oposición natural de Virgilio, Padilla y Baragaño) en un número especial subtitulado "A Cuba con amor". Le encargué a Lezama que hablara de comida cubana. Olvidado del insulto tal vez por la comida, el oscuro poeta escribió un claro y erudito ensayo sobre el origen, a veces exótico, de las frutas cubanas, que fue la colaboración más perenne del número.

Lezama fue ascendiendo en la escala oficial poco a poco hasta llegar a ser

uno de los asesores literarios de la Imprenta Nacional. En esas labores nos volvimos a encontrar, pues no lo veía desde los días que dirigí brevemente la Dirección de Cultura (que luego se volvería Consejo Nacional de Cultura, controlado por los comunistas) encuentro penoso por no decir patético. Lezama se veía ahora más seguro no como poeta sino políticamente: sugirió algunos títulos —*El proceso* de Kafka— que Alejo Carpentier encontró "poco propio a nuestra realidad". Virgilio, por su parte, se convertía en el primer dramaturgo cubano, estrenando obras o reponiendo sus viejos éxitos paganos, como *Electra Garrigó*, tragedia nacional que era una parodia de su

modelo griego y a la vez una utilización de formas populares cubanas, como *La Guantanamera*. Él fue el primero en rescatar de la crónica roja (criminal, no comunista) de la radio ese ritmo, rescate que sirvió como base a la versión actual de la vieja tonada campesina, ahora convertida por los ignorantes en una especie de himno revolucionario, gracias al oportuno compositor Pete Seeger y a un cubano exilado de la *Revolución*. Como contribución a la ironía histórica debo decir que el autor de la melodía *La Guantanamera*, caído en desgracia artística, cantó el coro en una reposición de *Electra Garrigó*, durante la cual Virgilio se sentó entre Simone de Beauvoir y JeanPaul Sartre,

quienes aplaudieron entusiasmados aunque no entendieran una palabra. Para Virgilio fue una forma de gloria literaria pero Virgilio desconfiaba de la posteridad efímera que es el éxito. Tenía razón. Hace poco murió Joseíto Fernández, el cantante que Virgilio rescató, autor de una sola canción, esa *Guantanamera* oficial ahora. Su obituario apareció en *The Guardian* y *The Herald Tribune* —y tengo derecho a suponer que también en *The New York Times* y *The Washington Post*, además de innúmeros diarios latinoamericanos, siempre suscriptores. Cuando murió Virgilio no apareció no ya un obituario sino siquiera una nota en ninguno de esos periódicos, con excepción de *El*

País de Madrid. La ironía es también política: la nota obituario de Joseíto Fernández venía avalada por la agencia cubana Prensa Latina. Virgilio Pinera no estaba en el panteón de cubanos ilustres y murió anónimo.

Lezama siempre aspiró a la condición de maestro absoluto. Su misma presencia masiva, su estilo casi oratorio al hablar era paradigmático tanto como carismático y asmático, su pose estudiada o sabia, siempre reposada, servían a su propósito —y tuvo discípulos y hasta apóstoles y entre ellos, no podía faltar, un Judas propicio. Pero Virgilio, a pesar de su horror a los maestros (en *Electra Garrigó* un personaje de burla es el Pedagogo), su

ausencia de tono magistral y su inhabilidad para sentar cátedra (aunque se hacía oír cuando quería) también tuvo sus seguidores, muchos demasiado cercanos para su mal —el de ellos no el de Virgilio. Al revés de Lezama, los discípulos de Virgilio estaban entre la generación más joven. Puedo citar dos nombres porque tienen ambos un puesto en la historia del teatro cubano (los discípulos estrictamente literarios, entre cuentistas y novelistas, no merecen ser citados y el propio Virgilio los repudiaba: "No saben", decía, "que la literatura no es estilo sino respiración", en lo que se acercaba a Lezama más de lo que habría admitido) y son Antón Arrufat, que también era del comité de

colaboradores de *Lunes* y José Triana, que publicó una de sus piezas mejores en el magazine. Los dos homosexuales, los dos sufrieron atropellos por sus preferencias sexuales y en un caso (el de Arrufat) por su obra. Hasta en la persecución el maestro renuente precedió a los discípulos decididos.

En 1961 Virgilio me pidió permiso para ausentarse del magazine por un tiempo y dar un viaje a Europa, invitado a Bélgica por un viejo amigo, escritor esporádico y ahora secretario de la embajada cubana en Bruselas como antes había sido funcionario en Buenos Aires. A su regreso Virgilio, dramáticamente, absurdamente, no bien bajó del avión sintió un impulso

irresistible de besar la tierra cubana —sin darse cuenta de que besaba en realidad el asfalto de la pista de aterrizaje. Esta falla debió verla Virgilio, que conocía bien la tragedia griega, como una forma de hybris. Sin embargo parecía muy contento de haber regresado a Cuba. A los pocos días se vio envuelto peligrosamente en un acontecimiento histórico.

De por medio estuvo el desembarco de Bahía de Cochinos y Virgilio celebró la victoria con los mismos ditirambos con que lo hicimos todos en el magazine y en todas partes. Pero éste no es el acontecimiento histórico a que me refiero. Ocurrió que unas semanas después del triunfo de Playa Girón, mi

hermano Sabá y el fotógrafo Orlando Jiménez estrenaron en el programa *Lunes de Revolución en Televisión* un corto filmado a fines del año anterior que celebraba cinemático la noche y la música cubana, la cámara y el micrófono captando su varia vitalidad en bares de La Habana Vieja y en los muelles y el barrio de Regla, al otro lado de la bahía. Cuando los dos cineastas enviaron el film para que obtuviera licencia de la Comisión Revisora de Películas (organismo heredado de gobiernos anteriores) ésta se mostró como el instrumento de censura que en realidad era y secuestró la copia. Ya desde fines de 1959 existía una rivalidad enconada entre el Instituto del Cine y el periódico

Revolución, por interpretaciones encontradas de la calidad de la cultura en Cuba, el Instituto del Cine cada vez más estalinista. Pero esta medida de ahora era realmente el colmo de la polémica: era la primera vez que se censuraba en Cuba una obra de arte, por motivos no políticos sino por su tema artístico. Además, como en toda obra de arte, su fondo era su forma y resultaba no sólo negativa sino adversa al momento. El totalitarismo, que aspira a la historia, cuida su eternidad como el cuerpo su piel.

El magazine protestó mediante un manifiesto que firmaron cerca de doscientos escritores y artistas. Por esos días se preparaba el Primer Congreso de

Escritores y Artistas, evento que habían concebido los comunistas y era apoyado no sólo por los intelectuales y dirigentes comunistas, sino personalmente por el propio presidente Dorticós, mera marioneta. Coincidentemente Fidel Castro había declarado a Cuba socialista sólo unas semanas atrás. Ante el manifiesto, amenazadoramente público, contra el secuestro de la copia d e *P. M*. se optó oficialmente por posponer el Congreso y en su lugar se celebraron tres reuniones, una cada viernes, con los escritores y artistas en la Biblioteca Nacional. El evento era secreto y exclusivo como un club siniestro. Participaron más de quinientos intelectuales (que tenían que

identificarse debidamente en la puerta: *Ego sum scriptor*) y presidida por Fidel Castro, el presidente Dorticós y la plana mayor cultural oficial.

La importancia de las reuniones parecía ser decisiva. Como director del magazine y del programa de televisión yo me encontraba en esa mesa presidencial, que me resultó ofensiva desde el primer día. Después que se abrió oficialmente el acto, el presidente Dorticós pidió estentóreo que cada uno dijera francamente lo que tuviera que decir no sólo con respecto a la película (que antes se exhibió a todos los participantes), a su secuestro (que él no llamaba prohibición sino interdicción, como si no fuera lo mismo pero este

ignorante abogado, antiguo comodoro del Yacht Club de Cienfuegos, en el curso de su discurso dijo varias veces ¡deleznable!) y a la situación del intelectual en la *Revolución*. Tras esta última palabra se hizo el vacío y el silencio, que crecieron embarazosos. Ya iba a decir Dorticós: "Hablen o cállense para siempre", cuando de pronto la persona más improbable, toda tímida y encogida, se levantó de su asiento y parecía que iba a darse a la fuga pero fue hasta el micrófono de las intervenciones y declaró: "Yo quiero decir que tengo mucho miedo. No sé por qué tengo ese miedo pero es eso todo lo que tengo que decir". Era por supuesto Virgilio Pinera que había expresado lo

que muchos en el salón sentían y no tenían valor de decir públicamente, ante aquel panel imponente, frente a la presencia temible y armada de Fidel Castro.

El resultado de esas reuniones es de sobra conocido. Pero es bueno recordar cómo la película fue no sólo prohibida sino condenada, cómo se decretó la desaparición de *Lunes de Revolución* y cómo los estalinistas se hicieron no solamente con el poder cultural sino con el poder total en Cuba. Fidel Castro, revelado como el primer estalinista, pronunció su larga diatriba contra la cultura liberal o simplemente libre, terminando con su versión de un credo totalitario: "Con la *Revolución* todo,

contra la *Revolución* nada". Los aparatos del partido y del poder determinarían dónde terminaba el con y empezaba el contra. Ciertamente *P. M*. caía en una suicida tierra de nadie: la peliculita era visiblemente arrevolucionaria.

En esas reuniones ocurrieron intervenciones diversas, muchas que mostraban hasta qué punto *Lunes* era odiado por temido, temor que producían sus criticas literarias teñidas de matiz político y al mismo tiempo pronunciando juicios que respaldaban la autoridad del periódico *Revolución*, su fuerza moral pero ya no el órgano oficial del Movimiento 26 de Julio que había sido en 1959 y 1960. Aparte de la

intervención de Virgilio se destacaron dos más disímiles. Una fue virulenta, de odio concentrado, hecha por un escritor español exilado, antiguo cronista casi social, mediocre novelista, pretenciosa persona y rencorosa personalidad, dentista de lujo y ahora aspirante a diplomático, quien aprovechó para organizar un discurso que era a la vez saldo de cuentas (cobrándose una vieja crítica adversa que le había hecho Antón Arrufat, no a su arte de dentista sino a su mala práctica novelística en 1959) y una tunda de golpes de pecho —que le valieron ser nombrado embajador en el Vaticano. Nadie tan oportunista podía ser mal diplomático y además era católico converso. La otra intervención,

característica, fue la de Lezama, viejo católico y atacado atrozmente en *Lunes*. Si alguien tenía que sentir animadversión por el magazine era Lezama y aquél era el momento de aventar sus viejas quejas y unirse al carro, al corro. Pero Lezama se limitó a hablar de literatura, de la eternidad del arte y la permanencia de la cultura. Si hizo una referencia a *Lunes* fue para decir que era propio de la juventud cometer excesos, la juventud literaria cometía excesos literarios. Lezama era la personificación de la generosidad, en la literatura y en la vida, verboso tanto como generoso.

Ahora que *Lunes* estaba teóricamente prohibido (la verdadera prohibición no

ocurriría hasta octubre: no había por qué dar un semblante de culpa y castigo), todos sus colaboradores evitamos continuar las tertulias que coincidían con su factura para no crear dificultades a *Revolución*, que era la verdadera Diana. *Lunes* fue un mero chivo expiatorio. Las reuniones literarias se desplazaron a mi apartamento de La Rampa y a veces ocurrían en Miramar, en la casona de Pablo Armando Fernández, pero principalmente tenían lugar en la casa de Virgilio en la playa de Guanabo. Era más bien un bungalow por su tamaño y aspecto playero, aunque quedaba lejos del mar. No había en ella, como en ninguna de las casas de Virgilio, un solo libro y tampoco se

veían señales de que escribiera nadie allí, excepto por una vieja Remington en un rincón ruinoso. Nos reuníamos, obligados por la casa reducida, en el patio, debajo de un copioso aguacatero, hecho memorables aguacates en la mesa al comer los spaghetti. Allí fueron con nosotros escritores extranjeros, siempre mal vistos dondequiera, siempre bienvenidos en casa de Virgilio. (Todos menos el escritor americano que llamó a Virgilio, creyendo que le rendía un homenaje *beatnik: Virgil, you are a beautifulqueen*. Virgilio no le perdonó nunca que le llamara reina, aun como cumplido, sobre todo como cumplido.) Esa serie de reuniones íntimas, como el amor de aquella muchacha sueca del

cine, no duró más que un verano.

No mucho tiempo después, Virgilio fue atrapado en la infamante Noche de las Tres Pes. Esta fue una operación moralmarxista, dirigida contra prostitutas, proxenetas y pederastas habaneros y se suponía que tuviera lugar en el centro de la ciudad, con un radio de acción de unas cuantas cuadras alrededor del barrio de Colón (donde, cosa curiosa, siempre vivió Lezama), que era la Zona Roja y se hizo en el mayor secreto y súbita. Pero, ¿cómo si Virgilio vivía en la playa de Guanabo, a treinta kilómetros de Colón, vino a resultar preso? ¿Estaba en La Habana cerca del barrio de las putas? ¿Visitaba a su padre acaso, aunque éste vivía en

Ayestarán, al otro lado de la ciudad? Nada de eso. Virgilio había permanecido todo el tiempo en su casa de la playa. Sucedió que había sido señalado como pederasta.

Su notoriedad sexual fue siempre, bajo gobiernos constitucionales y bajo dictaduras, con Grau y con Batista y con l a *Revolución*. Pero ahora era un pederasta peligroso. Virgilio, para colmo, ni siquiera fue prendido en la noche notoria. Ocurrió por la mañana, temprano, al día siguiente. Como hacía siempre, se dirigía al amanecer a tomar café en el puesto vecino y como acostumbraba iba vestido con shorts, camisa de sport y sandalias de playa, atuendo que la *Revolución* consideraba

decadente. En la cafetería fue abordado por un desconocido que le preguntó su nombre y por un momento, al decir Virgilio Pinera, pensó que había hecho un levante madrugador. Pero el trabado desconocido dijo simplemente: “Está usted preso”. Virgilio no lo quería creer o creyó que era una broma al principio, pero no era una broma. El desconocido se identificó con un carnet y dijo: “Acompáñeme”. Como K. V. se sintió instantáneamente culpable aunque ignoraba su delito. Virgilio pidió regresar a cambiarse de ropa: era ridículo ir preso en ese atuendo. Le fue concedido volver al bungalow.

Por el camino reunió valor suficiente para preguntar a su ¿custodia: “¿De qué

se me acusa?” El policía le dijo: “De atentado contra la moral”. Era la misma moral burguesa que condenaba a Virgilio antes, sólo que nunca había sido detenido, sino simplemente marginado, alienación que el propio Virgilio parecía buscar entonces. Para complicar las cosas ahora el policía le dijo en el portal qua quería registrar su casa. Tocó la casualidad que Virgilio te^ nía como huésped en su otro cuarto a un teatrista amigo al que acompañaba un muchacho, su amante. El agente cargó con los tres para la estación de policía de la playa. Fue de allí que me llamó Virgilio. No me había encontrado en casa porque yo estaba haciendo guardia de milicias voluntarias pero compulsivas temprano

en el periódico *Revolución*. La llamada me extrañó no sólo por el tono neutro de Virgilio (siempre fue muy afeminado de voz y de gesto) sino por lo que me dijo: “Estoy preso”, susurró solamente y al yo reponerme de la extrañeza que se había hecho asombro y poder preguntarle por qué, añadió: “Por Paderewski” y marcó mucho las pes. “¿Por qué cosa?”, le pregunté y él insistió con cuantas pes pudo: “Por Paderewski. Pederawski. ¿Entiendes?” Al final de su pianissimo entendí. Virgilio quería decir que estaba preso por pájaro, pato o pederasta y era evidente que estaba preso y no podía o temía hablar abiertamente. Me pregunté qué sacaría la policía en claro de esta clave tecleada, pero nunca me pregunté

qué diría Paderewski de su nombre usado como máscara sexual. Virgilio sonaba ansioso y le dije que no se preocupara, que todo se arreglaría, aunque conocía la naturaleza de su crimen no conocía su historia. Pero ya esa mañana se sabía de la redada y de la Noche de las Tres Pes en el periódico — y en la UPI y en la AP. Llamé inmediatamente a Carlos Franqui a su casa. Sonó muy preocupado (él también sabía del raid) pero me dijo: “Llama a Edith GarcíaBuchaca”, que estaba en la cumbre del poder cultural antes de caer en su desgracia política, inexplicable todavía. Ella se mostró primero extrañada y luego tan preocupada como Franqui pero mucho más decisiva. Me

dijo que ella iba a llamar a Carlos Rafael Rodríguez, que no era entonces tan poderoso como ahora pero con todo tenía bastante punch político. Antes de colgar, la Buchaca me aseguró que todo se arreglaría.

No tuve otras noticias esa mañana excepto la visita de Franqui que rara vez iba temprano por el periódico. Habló conmigo confidencialmente (ya se temía que había agentes no precisamente de prensa en el periódico) y trató de excarcelar a Virgilio con dos o tres llamadas tan inefectivas ahora como habrían sido efectivas en el pasado. Cuando terminé mi guardia me fui a casa. Fue allí que me enteré que el conocido teatrista y su amante también

estaban presos con Virgilio. Hubo otras llamadas —entre ellas de Arrufat y Triana, preocupados no sólo por Virgilio sino por sus propias personas. Ese pánico es usual entre los discípulos cuando arrestan al maestro. Me imagino que igual ocurrió en Atenas y en Jerusalén en épocas diversas. Aunque Virgilio era un Sócrates secreto, no lo concebía bebiendo la cicuta y la *Revolución*, que tenía sus mártires elegidos, no iba a crucificar al autor de *Jesús*.

Aunque intranquilo esperé paciente por la decisión de los poderosos. A las cinco de la tarde me llamó Edith García Buchaca para decirme el veredicto sin juicio. Iban a poner en libertad a

Virgilio enseguida, encarcelado ahora en el castillo de El Príncipe. Allá me dirigí para esperar su salida de prisión y pude ver a Virgilio, bajando las escaleras con el cuidado que bajaría la pirámide de Gizeh, temblando no por los escalones, que eran muchos pero no pinos, sino por el miedo del prisionero que queda libre. Yo lo conozco: siempre hay el temor de que puedan ponerte preso otra vez. Lo acompañaban en su descenso el teatrista y su amante. Cargué con los tres para casa, que era entonces un apartamento de dos cuartos en el piso veintitrés de un edificio en La Rampa. Pronto se llenó mi casa de gente que daba la bienvenida (las noticias clandestinas suelen ser más rápidas que

las oficiales) a Virgilio como si acabara de regresar de acompañar al Dante por su paseo por el Infierno —¿y quién me dice que no fuera una temporada en Hades la que acababa de pasar Virgilio? Parte de su ordalía, según me contó después, fue encontrarse entre presos contrarrevolucionarios que al saber no que era un poeta pederasta prisionero sino un colaborador de *Revolución*, lo trataron como un colaboracionista y le pegaron y amenazaron con pelarlo al rape. Esa tarde vinieron con el regalo de su adhesión pseudodiscípulos y verdaderos admiradores y colegas, algunos heterosexuales. Virgilio no estaba para homenajes a un autor que se quería anónimo ahora. Esa noche

Virgilio no se atrevió a dejar mi refugio y se quedó a dormir con nosotros. Sus compañeros de prisión, el teatrista y su amigo íntimo, tampoco quisieron salir al aire aromático de la noche tropical, que era para ellos el verano de su malcontento. Ambos durmieron en la sala, en el suelo, separados. Nosotros le dimos nuestra cama a Virgilio. Mejor dicho no toda la cama, sino el *boxspring* y el colchón lo tendimos en el suelo de mi estudio y allí dormimos Miriam Gómez y yo, todos vestidos: más cautos que castos. Al día siguiente el teatrista (que vivía absurdamente apenas a tres cuadras, en la misma zona de La Rampa) y su amante se fueron, confundiéndose con la multitud más o menos normal que

pululaba por La Rampa día y noche, de tránsito, paseando o buscando pareja. Varios días después Virgilio se atrevió a regresar a su casa de la playa.

Por la tarde venía yo del Canal 2 (todavía *Lunes de Revolución* no había sido suprimido ni su programa de televisión clausurado) con Pablo Armando Fernández, caminando los dos con ese paso paciente del atardecer en el trópico, pasando junto al cine La Rampa, antaño tan estrenador, siguiendo por la acera del otrora Edén Rock, restaurante ahora llamado Volga, del lado del Marakas, cafetería aledaña a La Zorra y El Cuervo, nightclub, y de pronto, no sé por qué rara razón, miré hacia mi edificio, recorrí su fachada

bicolor con la vista —y allí en el balcón del piso veintitrés se podía ver la figura esbelta pero disminuida por la altura de Miriam Gómez que levantaba el brazo. Alcé el mío para saludarla pero vi que movía los dos brazos ahora, que sus movimientos pasaban de ser meros saludos para convertirse en señales frenéticas de auxilio, convocándome urgente. Ante el asombro de Pablo Armando y sus protestas eché a correr hacia el edificio, hasta los elevadores (que como ocurre siempre estaban en otro piso) para esperar impaciente a que bajaran, uniéndose a mí Pablo Armando, tratando yo de adivinar qué pasaría, imaginando los más terribles desastres, a mis hijas con mi madre, a toda la

familia —una catástrofe. Estaba a punto de echarme a subir por las escaleras hasta el piso veintitrés, cuando se abrió un elevador. Al llegar a mi puerta estaba abierta. Dentro vi a Miriam Gómez angustiada, sin saber qué hacer ni poder decir nada, señalando para una silla de paja colonial, blanca —donde estaba derrumbado aparentemente inconsciente, más pálido que la paja, Virgilio Pinera. Pregunté qué pasó y Miriam Gómez me respondió, repuesta, con una frase muy habanera que a Virgilio le había dado un aparato. Ella ya había llamado al médico.

Ocurrió, según Virgilio pudo apenas comunicarlo a Miriam Gómez antes de desmayarse, que fue, como había

planeado, a Guanabo, de regreso a su casa —para encontrársela sellada “por las autoridades competentes”. Virgilio era tratado ahora como una persona en fuga, un enemigo del Estado, un prisionero político— después de haber sido perseguido como un delincuente sexual. Es verdad que este tratamiento era por persona interpuesta o en este caso por casa intermedia. Imagino el choque que debió haber sido para Virgilio encontrarse con la única casa que había tenido en su vida (aunque alquilada, era suya y era una casa no los cuartos, cuando no tugurios, en que había vivido en el pasado) y saberse de pronto peor que desahuciado, legalmente excluido, excomulgado —que era tanto

como estar incomunicado libre.

Ahora Virgilio yacía tumbado en la silla blanca, blanco como su asiento, recobrado un tanto el conocimiento mientras el médico lo reconocía minucioso. “Este hombre ha sufrido un colapso”, fue su diagnóstico, que en la terminología médica cubana podía significar desde un colapso cardíaco hasta un colapso nervioso. Me incliné por la última opción como probable. El médico extrajo de su maletín una jeringuilla y se dispuso a inyectar a Virgilio, a quien el horror a las inyecciones hizo recobrar todo el conocimiento perdido. “No es nada”, dijo el médico, mientras lo inyectaba. “Ahora tiene que descansar, pasar una

temporada en la playa”, ironía médica sin duda.

Tres días y tres noches descansó Virgilio en mi casa, durmiendo ahora en toda la cama. Al tercer día, resucitado, insistió que yo lo acompañara a Guanabo, a recobrar su casa. Era, evidentemente, una obsesión: volver a la playa, volver a su casa. Pero había una razón para su sinrazón. Fuimos los dos a Guanabo en mi máquina. Llevábamos un salvoconducto para Virgilio firmado por Edith GarcíaBuchaca. Todo el viaje Virgilio no hizo más que rogar por que no le hubieran registrado la casa antes de sellarla, una y otra vez en una letanía por la inviolabilidad de su domicilio. Para mí era incomprensible la

preocupación de Virgilio por su casa, virgo intacta invitando violadores. Su interior no contenía más que unos pocos muebles pobres, una decrépita máquina de escribir y, tal vez, muchos manuscritos. ¿Serían éstos la fuente de su preocupación? Por un momento pensé que Virgilio estaba tal vez escribiendo un cuento o una novela o una comedia contrarrevolucionaria. De pronto me oí diciéndome que si una película tan inocente como *P. M.* podía ser considerada atentatoria a la estabilidad revolucionaria, cualquier cosa podía ser contrarrevolucionaria, aun el mismo teatro de Virgilio, tan absurdo —tal vez por ser absurdo. No creo porque es absurdo. No era el momento de no creer

ni de ser absurdo. Pero Virgilio dejó de rogar por su casa interior para decirme: “Es todo culpa de ese maldito hombre”. Pensé que culpaba maldiciendo a Fidel Castro, pero le pregunté qué hombre y qué culpa. Me dijo el nombre de un notorio homosexual que ya había abandonado el país, pederasta activo. “Me dejó esas cochinadas. A mí. Todavía si se las hubiera dejado a Pepe Rodríguez Feo, que le gustan, ¡pero a mí! Ni siquiera me interesan. Nunca me han interesado. Soy loca sí pero no libertino.” Lo que yo sabía, pero le pregunté por las fotos que no conocía. “Fotos, qué van a ser”, dijo como si mi pregunta irrumpiera en su discurso. “Postales, de muchachitos desnudos de

espalda, de levantadores de peso en pelotas, de penes enormes. Porquerías. Postales pornográficas. No sé por qué las acepté pero me rogó, me dijo que no tenía dónde dejarlas, que mandaría por ellas con un propio. Un impropio debió decir.” Virgilio era un homosexual curiosamente moral, pero no de una moral moderna sino casi victoriana, un pudibundo y lo más alejado que había de un libertino, como él decía. Le dije que no se preocupara, que no iba a pasar nada, que todo había sido una confusión cotidiana y los equívocos rara vez se repiten. Claro que yo creía lo contrario: los errores, como las erratas, se multiplican alarmantes. Llegamos al cuartel de la policía de Guanabo, una

casa cualquiera, lo que me tranquilizó pero no a Virgilio, que ya había estado allí una vez. Después de bastante esperar tuve mucho que explicar y otro tanto que ocultar para lograr convencer a aquella gente armada, con diferente uniforme pero la misma suspicacia policial de siempre, que Virgilio estaba en el país, que era un ciudadano (claro que no usé esta palabra: ya había comenzado a hacerse una distinción moral y sobre todo política entre los cubanos que merecían el tratamiento amigo de "compañero" y de "ciudadano", que significaba todo lo contrario de lo que significó, por ejemplo, para Robespierre), un vecino de la playa que se había ausentado unos

días (no especifiqué por qué y la policía todavía tenía la memoria corta: se me hizo evidente que no querían recordar a Virgilio) y al regresar se había encontrado su casa sellada por las autoridades, evidentemente un error sin mala intención, ya que la policía revolucionaria puede cometer una equivocación pero siempre la corrige, terminé. Hubo muchas idas y venidas, mucho papeleo, más espera pero al final Virgilio consiguió la autorización (que pedí por escrito) de que podía regresar a su casa, avalado por la Buchaca y el aparato estatal, ahora protector.

Cuando llegamos a su bungalow el tan temido sello sobre la puerta era un burdo papel mecanografiado que rompí

con gusto. Una vez dentro de la casa otrora tan acogedora, tan playera y tropical y ahora oscura y vacía, Virgilio se dirigió con celeridad a la cocina y de una gaveta del aparador que debía contener cubiertos sacó una profusión de fotos. Ni siquiera me las dejó ver y me decepcionó. Siempre he sentido curiosidad por la imagen del sexo, cualquier sexo y aun una foto de un elefante tratando de montar obcecado a un rinoceronte me intrigó por su sexualidad bestial. Virgilio echó rápido las fotos a una bolsa de papel, que era anacrónico remanente de una tienda famosa antes de la *Revolución* y desaparecida en las llamas contrarrevolucionarias. Como no se

llamaba El Fénix y para la *Revolución* era un recuerdo suntuoso, nunca fue reconstruida. Virgilio me sacó de mis reflexiones incendiarias. “Tenemos que deshacernos de esta piltrafa inmediatamente”, me dijo poniendo un acento de repulsión y miedo en la palabra piltrafa, que se hizo entraña obscena. Estuve de acuerdo, salimos de la casa y montamos al auto, cogiendo carretera arriba, dejando atrás Guanabo rumbo a Matanzas, buscando un vertedero adecuado para que Virgilio se deshiciera de la bolsa llena de mera pornografía que era para él, por la manera en que sostenía su carga en la mano, un explosivo inestable. Divertido por esa excursión y acuciado por los

constantes “Dime cuándo” de Virgilio, cada vez que se disponía a lanzar lejos del carro y fuera de la carretera su cargamento erótico, le mentía advirtiéndole que no podía hacerlo porque veía por el espejo retrovisor una máquina enemiga, tal vez delatora.

Finalmente comparecido de la angustia de Virgilio le dije que ahora podía arrojar por la borda su botín negativo (o positivo, ya que eran fotos) y Virgilio lanzó la bolsa lo más lejos que pudo. Un poco más adelante di la vuelta y comprobamos que el paquete había caído fuera de la carretera pero se había abierto al dar contra la cuneta y dispersado su contenido pornográfico por el campo vecino, una verdadera

granada de fragmentación de fotos sucias. Virgilio estaba a la vez aliviado y angustiado. Su ansiedad aumentó cuando le dije: "¿No sería una ironía pederasta que esas fotos cayeran en las manos de un guajirito curioso, de un adolescente campesino y que al verlas despertaran en él una violenta pasión homosexual antes latente?" Me costó mucho trabajo labial convencer a Virgilio de que se trataba sólo de una broma, de que tal posibilidad era remota (más bien, improbable), de que nadie lo iba a acusar de pervertir al campesinado —una reforma agraria homosexual.

Virgilio se recobró de su ordalía y trató de adaptarse a la velocidad con que la *Revolución* se internaba en la

selva salvaje del estalinismo —o de su versión antillana. Pero nunca fue realmente aceptado. En el primer Congreso de Escritores y Artistas, en que se oficializó (aún más) la Unión de Escritores y se decretó que *Lunes* dejara de publicarse "por falta de papel" y al mismo tiempo fuera sustituido por dos publicaciones, la *Gaceta de Cuba* (que bien podía llamarse la *Gaceta Oficial*) y l a *Revista Unión*, donde aparecieron algunos de sus artículos, en esa elección arbitraria, al revés de Lezama o de mí mismo, no fue nombrado para ningún cargo en la UNEAC, que tenía más de media docena de vicepresidentes. Dejó su casa de Guanabo (en que no hubo más reuniones literarias ni visitas íntimas o

literarias) y vino a vivir en el mismo edificio de apartamentos en que vivía Rodríguez Feo, casi puerta con puerta con su viejo amigo y protector. Pero mientras Rodríguez Feo, siempre viviendo peligrosamente, no permitía que nada estropeara su gusto por la aventura sexual y metía en su casa y en su cama versiones socialistas de sus viejos facsímiles de Charles Atlas, ahora con más ropa, Virgilio contaba horrorizado lo que consideraba una osadía pavorosa, incapaz de explicarse cómo Pepe corría tales riesgos políticos y policíacos por un pene.

Tanto Virgilio como Lezama llevaban vidas de completo ascetismo sexual, dedicado cada uno a su literatura. Pero

l a *Revolución* los hacía morir por la boca. Lezama fue siempre un glotón prodigioso capaz de comerse un lechoncito asado o un corderito lechal de una sentada, a pesar de su sempiterna escasez de dinero, invitado antes de la *Revolución* por sus amigos pintores de éxito, escultores con encargos en parques o iglesias y periodistas bien pagados. Virgilio era vegetariano y no era difícil encontrarlo en 1959 o 1960, sus años de bonanza, en uno de los restaurantes vegetarianos de La Habana —que dejaron de existir a finales de 1961 por la escasez de legumbres o vegetales, que siempre se cultivaron en el país y de aceite de oliva, que a veces se importaba. Esta desaparición causó

gran mortificación a Virgilio, ahora más delgado que nunca, aunque mantenía su elegancia natural que un escritor argentino, cuando Virgñio lo visitó en Buenos Aires en 1956, confundió con dandysmo, al aparecerse con un espléndido atuendo invernal prestado por Rodríguez Feo. Pero Virgilio, con sus ropas escasas de La Habana, era realmente un dandy natural. Lo que no se podía decir de Lezama, quien aunque vestido de cuello y corbata, desplegaba un desaliño al que contribuían las cenizas expelidas por su perenne puro. Las fotografías contemporáneas muestran a Lezama con el torpor de los gordos, alto pero aplastado por su obesidad, justificando el apodo que le

dieran los delincuentes en sus días de oficial de indultos, *Tanque de Plomo*. Virgilio por su parte tenía una fealdad noble: era esbelto, de cuello largo y con una cara que podría haber pertenecido a algún florentino ilustrado del Renacimiento. Los dos, sin embargo, aunque mostraban ascendencia española cercana, eran muy cubanos, pero Lezama proclamaba sus antepasados vascos y ahora alguien ha propuesto que una calle de Bilbao lleve su nombre —que es mucho más de lo que nunca harán en La Habana. Nadie ha propuesto en ninguna ciudad de España que un callejón ciego se llame Virgilio Pinera.

Las respectivas familias de nuestros héroes tienen lazos diversos con sus

hijos escritores. Lezama era prácticamente hijo único por su relación con su madre viuda cuando su hijo era un niño. Hay dos hermanas pero una de ellas, Eloísa, siente devoción por su hermano y una enorme admiración literaria que se ha vuelto idolatría. Cuando esta hermana se casó, Lezama se quedó solo con su madre en la vieja casa de la calle Trocadero y el.día que Eloísa Lezama emprendió el camino del exilio, que le estaba vedado a su hermano, la soledad de Lezama se intensificó y creció la dependencia de su madre, que era ya una anciana con demasiados años, más necesitada de cuidados que capaz de ofrecerlos. Para Virgilio, uno entre varios hijos, la

separación de un hermano que era figura eminente de intelectual serio (al revés de Lezama no había nada que Virgilio detestara más que ser considerado un intelectual), profesor universitario y luego exilado político, no tuvo consecuencias. No creo que Virgilio haya sentido remotamente el exilio de su hermano como Lezama sufrió el destierro de sus hermanas. Ahí están sus cartas desgarradoras para demostrarlo. Virgilio también estuvo cerca de su hermana, la que llegaba a afirmar que Virgilio le era acreedor artístico. “Hijo, yo fui quien le puso el primer tomo de Proust en las manos”, solía decir. “Ni lo conocía de nombre”, añadía sin reparar que su hermano era el último escritor en

español en deberle nada a Proust. Si Luisa Pinera hubiera hablado así de Kafka tal vez habría llegado a convencer a alguno, aunque Virgilio escribió sus primeros cuentos kafkianos antes de que Kafka estuviera traducido al español. Luisa, al revés de Eloísa Lezama con su hermano, era afectuosamente irreverente con Virgilio, pero compartían más de un gusto — y no sólo literarios. Ella se había casado con un chófer de los ómnibus urbanos, al que alegremente llamaba "mi guagüero", un hombre que se sentía curiosamente cómodo en las discusiones literarias entre su mujer y su cuñado y aunque Virgilio desdeñaba las conversaciones cultas, eran de todas maneras de un nivel superior a la

posible comprensión del guagüero. Pero Virgilio sentía un verdadero afecto por su cuñado, lo que no es extraño cuando se recuerda que Virgilio solía escoger sus amantes entre los más humildes. Ese rudo chófer marido de su hermana estaba tal vez muy por encima de los compañeros de cama de Virgilio. Una salida de Luisa ilustra tal vez mejor la relación familiar. Se acercaba Virgilio llevando de la mano a su padre ciego, de regreso a la casa de Panchito Gómez y al verlos dijo Luisa, refiriéndose tanto a la ceguera de su padre como al afeminamiento de su hermano: "Ahí viene Edipo de la mano de Antígona".

Cuando *Lunes* dejó de existir en harakiri ordenado por el Emperador,

cedí a Virgilio el puesto de director de Ediciones R, editorial que creamos como rama editora del magazine. Virgilio estuvo al frente de las ediciones (disfrutó un cargo director por primera vez en su vida y aparentemente se sentía bien siendo algo más que un asesor literario) hasta que el mismo periódico *Revolución* desapareció ante los embates del estalinismo disfrazado de fidelismo. Estando en Bruselas en exilio oficial supe que Virgilio había sufrido un ataque más del machismo como manifestación política. De visita en la embajada cubana en Argelia el Che Guevara, buscando entre los libros de la exigua biblioteca argelina, el argentino encontró el *Teatro completo* de Virgilio,

editado por Ediciones R. Lo sacó como para hojearlo pero lo que hizo fue dirigirse al embajador, un comandante menor, con una frase agria: “¡Cómo tienes el libro de este maricón en la embajada!” —y sin decir más lanzó el tomo al otro extremo del cuarto, estrellándolo contra la pared como un huevo huero que era purulento, virulento. El embajador se excusó de su lapso mientras echaba el libro al cesto de la basura.

Casi al mismo tiempo supe secretamente que coincidirían en París, Carlos Franqui, que sufría una suerte de exilio enmascarado, y Heberto Padilla y Pablo Armando Fernández, con cargos oficiales en Europa, inestables y

precarios. Estaba también, con todos los honores, Nicolás Guillen, *Poet Lauréate*, a quien se ofrecería un fastuoso cóctel en la embajada cubana en Francia y al que yo, como *chargé d'affaires* en Bélgica, estaba invitado. Por supuesto que no habría un homenaje semejante a Virgilio, autor anónimo.

Nos encontramos también con Virgilio en París y aunque era abril, el viejo residente de Buenos Aires que resistió al frío del sur temblaba esa primavera y no llevaba un gabán elegante. Además Miriam Gómez advirtió que Virgilio parecía tan indefenso como en los días de su prisión: había hasta que ayudarlo a cruzar las calles menos concurridas, temeroso no sólo de los autos sino de

los peatones. En la habitación del hotel nos reunimos en sigilo con Franqui, quien en un momento de la conversación le recomendó a Virgilio que no regresara a Cuba, que inventara un pretexto cualquiera, válido o no, para quedarse en Europa, en París, en Madrid o en Roma. Donde mejor quisiera. Dinero no le faltaría: Padilla, Pablo Armando y yo podríamos costearle la vida durante un tiempo. En todo caso el invierno en Europa sería amable comparado con el infierno que se organizaba en Cuba. Franqui sabía que se preparaba en La Habana una persecución contra los homosexuales tan minuciosa que convertiría la Noche de las Tres Pes en un accidente chabacano.

Ahora, cinco años después, era el poder total organizado para exterminar en nombre del futuro las perversiones del pasado. La decadencia burguesa y el amor que no se atrevía a decir su nombre confesaría ser el mal contra Marx. Luego contó el incidente del Che Guevara y su libro repudiado física y moralmente. De pronto Virgilio se echó a llorar, lo que no había hecho cuando fue detenido por pederasta de playa. Miriam Gómez y yo temíamos que se volviera a repetir su desplome del apartamento en La Rampa aumentado ahora por el miedo, el tiempo de París, el pobre cuarto del hotel parisiense — todo tan alejado del sol tropical, del comfort de la Cuba prerrevolucionaria

que todavía duraba en mi apartamento antaño elegante. Aquí en París estaban algunos de sus amigos, es verdad, pero Virgilio debía ver un nuevo exilio, esta vez para siempre, como una perspectiva tenebrosa. Insistió en que quería regresar a Cuba, que no le importaba lo que pudiera pasar, que él podía soportar el encierro, la cárcel, el campo de concentración pero no la lejanía de La Habana. Comprendí su apego a esta ciudad que fue como un hechizo. Además estaba la citable respuesta de su cuento en que a un hombre condenado al infierno le ofrecen la oportunidad de la salvación, de abandonar la celda avernal por el cielo prometido pero responde negativamente y explica:

“¿Quién renuncia a una querida costumbre?”

En 1965, a mi regreso a La Habana (cosa curiosa, nunca lo pensé como un regreso a Cuba y de hecho nunca salí de La Habana entonces) a los funerales de mi madre, me encontré a Virgilio en el velorio. Después nos vimos mucho, en reuniones en casa de mi padre similares a las tenidas hacía años en mi apartamento. Ahora charlábamos de todos los temas para evitar hablar de la que era inminente cacería de homosexuales (me la había confirmado una bella amiga, antes modelo exhibida, ahora agente oculta del Ministerio del Interior) y esta perspectiva se iba convirtiendo para muchos en una forma

de destino. Sólo dos veces vi a Virgilio nervioso. Una cuando en una de mis primeras reuniones de puerta abierta, se apareció entre los visitantes un huésped no invitado que yo no conocía pero todos temían. Era, aparentemente, un policía secreto. Otra vez ocurrió que me visitó de pronto (era una reunión mínima por la tarde, con Virgilio, Antón Arrufat y Óscar Hurtado) una antigua activista política que había sido particularmente valiente, casi temeraria, en tiempo de la dictadura de Batista y ahora nos conminaba a todos a que ofreciéramos resistencia activa contra la *Revolución*, de la que había sido embajadora hasta hacía poco. Llegó a decirle al pobre aturdido Hurtado que dejara de comer

helados todas las noches en El Carmelo y no hablara más de marcianos que nos invadirán en el futuro. “Los marcianos ya están entre nosotros y tienen grados de comandante. Combátalos aunque sea de palabra.” Cuando se fue la visita impromptu tan rápida como llegó, Arrufat preguntó: “Pero, ¿qué cosa es esta mujer?” Virgilio ofreció su versión: “Tiene que ser una agente *provoca feuse*”.

Luego, en las reuniones nocturnas de El Carmelo, en que Hurtado volvió a hablar de marcianos invasores, Virgilio no hablaba más que de literatura (pero recuerdo que nunca habló de su literatura, una pasión secreta). Por ese tiempo Lezama (que había rebasado el

golpe atroz de la muerte de su madre y que se había casado, para sorpresa de los que no sabían que ese matrimonio era el último deseo de su madre) mostró su clase de valor intelectual no sólo en una defensa, ante un comité de expulsión de la Unión de Escritores, del intelectual negro Walterio Carbonell, antiguo colaborador de *Lunes* y con quien no le unía ningún nexo personal, literario o político (Carbonell era un viejo comunista, expulsado del Partido por marxista) sino escribiendo en silencio los capítulos francamente homosexuales de *Paradiso*, novela que publicaría al año siguiente, ya en plena persecución masiva de pederastas pasivos y activos. Todos conocen el éxito posterior de este

libro en el exterior pero poco se ha hablado de cómo casi no se publicó, cómo después de publicado y ante los comentarios contra su homosexualidad, estuvo a punto de ser recogido y cómo la intervención de Fidel Castro (*Big Erother is reading you*) decidió permitir esa edición pero prohibió cualquier otra impresión del libro. Virgilio se refugió en su casa y en otra querida costumbre: jugar canasta con varias viejas damas retiradas. Fue en una de estas partidas del juego que apasionaba también a Batista que autorizó por teléfono firmar el infamante documento colectivo de la Unión de Escritores contra Neruda —sin siquiera preguntar de qué trataba el manifiesto

que le proponían firmar. Tan domesticado estaba el antaño rebelde.

En 1968 vino a visitarme en Londres, para una entrevista, un periodista argentino que había estado en La Habana a entrevistar a Lezama, entonces en la cumbre de su fama sudamericana. Pero este periodista me contó cómo de visita en el apartamento de Rodríguez Feo y conversando con el antiguo playboy ahora empobrecido se abrió la puerta y entró una especie de fantasma desencajado más que desmaterializado, que pidió perdón por la irrupción y declaró que solamente venía por un poco de azúcar, Pepe. Esta aparición se retiró silenciosa con su azúcar y Rodríguez Feo explicó: "Ése fue

Virgilio Pinera", que para no ser escritor era una elección de verbo digna de Flaubert. El entrevistador dijo que quería entrevistar a Virgilio Pinera, a quien se conocía en Argentina. (Los argentinos, elefantes literarios, nunca olvidan a un autor, del entrevistador al Che Guevara.) Pero Pepe Feo dijo que era inútil intentarlo siquiera.

En 1971 cuando la "confesión espontánea" de Padilla, hecha en la cárcel, que involucraba a Lezama entre otros escritores, pecadores todos, hubo una ausencia notable en el salón de actos de la Unión de Escritores. Con su extraña valentía tozuda, Lezama no asistió a esta mascarada que era una pobre copia de un proceso en Moscú.

No en balde Lezama ha celebrado el seguro paso del mulo en el abismo en uno de sus poemas como enigmas que ahora sabemos que eran una divisa. La fama internacional de *Paradiso* finalmente hizo que Lezama fuera utilizado por la maquinaria de propaganda de la fe fidelista y así se publicaron sus poemas completos (tan oscuros como claves cifradas para los burócratas) y fue entrevistado en las principales publicaciones cubanas, las pocas que quedan. Pero a partir de 1971 y la delación de Padilla, cayó sobre el poeta y *Paradiso* un doble domo de silencio y cuando ganó un premio en Italia y fue invitado a Roma le fue negado el permiso de salida. Igualmente

le impidieron viajar a México, aunque ya no habría llegado a la Montego Bay con su alborozo auroral. Su vida se hizo más difícil de lo que había sido nunca y después de escribir cartas cada vez más patéticas en las que pedía a su hermana medicamentos y comunicación con el mismo ritmo, no hesicástico pero sí asmático, murió de una crisis pulmonar en un hospital, en una sala anónima, sin ser reconocido el más grande poeta que ha dado Cuba, lejos como la muerte de su querida casa de Trocadero, este testigo obseso de las ruinas de La Habana Vieja. Es evidente que *Paradiso* no remite a Dante como se ha creído sino a Milton y al Paraíso perdido. Ese paraíso es la Cuba que se fue —o mejor,

de la que lo expulsó un nuevo dios, cruel, usurpador, hereje máximo.

Virgilio estaba refugiado en su tarea de traductor para la Imprenta Nacional, pero después de las resoluciones del Primer Congreso de Educación, que prohibía expresamente el contacto de intelectuales y artistas homosexuales (extraña historia, casi clínica, de una obsesión de un gobierno) con los medios de difusión y propagación de la cultura, sus actividades fueron restringidas y Virgilio volvió a ser lo que había sido en otros tiempos difíciles: un hombre invisible. (A propósito de la palabra contacto usada más arriba hay que decir que su uso no es metafórico: Antón Arrufat, el último discípulo de Virgilio,

que había terminado de bibliotecario en una biblioteca de barrio, a partir de la promulgación de las resoluciones del Congreso fue desterrado al interior de la biblioteca, entre los libros, impedido de tener “contacto” con los lectores: la pederastía se pega, es una sífilis sexual, mal de amor.) No creo que Virgilio escribiera una sola carta en las muchas estaciones de mi exilio. Así una carta de Virgilio es no sólo un raro mensaje sino una comunicación del más allá, que me llegó de Cuba vía USA. Fue escrita a su amigo Carlos X, que vivía en una ciudad que les era común, Cárdenas. He aquí la corta carta de Virgilio, una de las últimas que debió escribir:

Charlot.

Te dicto estas letras debido a que no puedo hacerlo por mí mismo por el estado de desmayo en que me encuentro —y aún más que eso—: desidia, ¿por los años o por...? Acá me tienes con 66 cumplidos, lo cual significa que en cualquier instante te puedo hacer mutis por el foro... Me levanto, como de costumbre, a las 5 de la mañana, escribo hasta las 7, después voy al Super Cake (!), donde hay cakes y otras inmundicias. Paso por la oficina (?) un momento, cojo la ruta 2 y regreso a casa, pero antes paso por el "punto de leche", en donde adquiero yogurt. De ahí a ver si hay vianda o llegó la leche. Almuerzo a las II de la

mañana, duermo siesta hasta las 3, me levanto y ramoneo por la casa —que una ropita que lavar, que el teléfono que atender, que una visita intempestiva, que una lectura cualquiera. —Si no tengo canasta, entonces meriendo— comida a las 7, después una visita o sencillamente andar por esas calles de Dios. Ese es mi día. Nada más y nada menos. Me imagino que estás bien de salud, disfrutando la compañía de tus queridos sobrinos y nietos. Tal vez te visite en el invierno. Un gran abrazo.

La carta no puede ser más mensaje absurdo y en ella Virgilio llega hasta hablar de invierno —¡en Cuba!—.

¿Quería decir infierno?

No creo que Virgilio estuviera en el velorio o en el entierro de Lezama. Al velatorio acudieron muy pocos de los que estaban y se decían amigos, cuando llegó el cura (el padre Gaztelu, viejo poeta de *Orígenes*, confesor de Lezama) para la misa de difuntos, dejaron la capilla como si hubiera entrado el diablo y no un vicario de Dios. Ahora la muerte de Virgilio (la definitiva: Virgilio se había convertido en un zombi o muerto vivo), la que dado el gusto de Virgilio Pinera por la parodia clásica habría que llamarla *Der Tod des Vergil* , su muerte para siempre lo reúne con Lezama. Ambos, Virgilio y Lezama, habían vuelto a ser amigos en vida, tanto

qué uno de los últimos poemas de Lezama es una celebración de Virgilio y se titula “Virgilio Pinera cumple 60 años”. La única fiesta posible al poeta para el escritor paralelo sería un poema que podía decir, en mal Mallarmé, en ellos mismos la eternidad los une pero la vida literaria los reúne.

Abril de 1980

¿Quién mató a Calvert Casey?

Conocí a Calvert Casey casi demasiado tarde. Esto es, demasiado tarde para mí. Todos los que conocieron a Calvert creían que lo habían conocido tarde. Como ese privilegio que uno siempre cree que no ha tenido a tiempo, que lo ha disfrutado mal o lo ha recibido

tarde, Calvert pareció no durarnos nada. No sé de nadie que conociera a Calvert que no lo considerara como un don, uno de esos raros regalos que dioses dadivosos conceden a los humanos porque saben que lo tendrán (o gozarán: los términos son intercambiables) mucho, mucho menos que una eternidad. Fue la cortedad de la vida de Calvert en mi vida lo que hizo ese don para mí inapreciable y al mismo tiempo dejó ver lo breve que duraría el regalo. De veras que Calvert Casey nos duró a todos poco tiempo. Pero no hay que lamentar la brevedad de su vida sino celebrar que existió alguien que se llamó Calvert Casey y fue único y extraordinario y poder decir con Hamlet: “Lo conocí

bien”. Sin tener que lamentar ante Horacio: “Alas, poor Yorick”. No pobre Calvert. Pobres los que no lo conocieron.

Pero lo conocí tarde, es verdad, en 1960, cuando Virgilio Pinera insistía en que tenía que conocer a Calvert Casey de todas maneras y temía que viniera en su lugar uno de esos híbridos estériles, un cubanoamericano. Ya había padecido personalmente uno de esos mulos en el abismo que había tratado de insertarse en la literatura americana, “a la que pertenezco”, y no pasó de escribir cuentos malos en Nueva York, donde nunca se publicaron y terminó escribiendo para una de esas “revistas latinoamericanas”, que se editan en los

Estados Unidos para venderse en Sudamérica, que parecen no estar escritas ni en español ni en inglés y siempre están acusadas de estar financiadas por la CÍA y nunca siquiera llegan a ese status oficial. Justa justicia que ese mediocre tuviera tal destino. Pero al triunfo de la *Revolución*, unos seguros meses después (*Batista strikes back*, pensaba: uno de los riesgos del tirano en fuga es que siempre puede regresar, como Napoleón o Mussolini: *Italian bullyboys*) se apareció en La Habana dispuesto a "integrarse a la lucha" esgrimiendo, escribiendo novelas sociales en un indescriptible volupuk que el pobre Virgilio, siempre guía del infierno letrado habanero, debía poner

en español para poder publicarlas en Ediciones R, la editora del periódico *Revolución* fundada por *Lunes*.

A Calvert Casey lo trajo a las oficinas d e *Lunes*, Antón Arrufat, tan agudo como delgado y tan inteligente como irrespetuoso, un huso tejiendo irreverencias;

—Aquí está la Calvita —me dijo, sonriéndose de lado.

Debo muchas cosas al talento de Arrufat, a su capacidad para juzgar un libro, a su cultura literaria que tendía a una cierta busca metafísica, pero nada le debo tanto como a esa presentación poco respetuosa porque Calvert Casey, cogido entre el dilema de la proclamación de su homosexualismo

(que yo conocía por Virgilio, por Natalio Galán y por Humberto Arenal, su viejo amigo heterosexual de Nueva York) por su mismo introductor en tono de relajo y la seriedad que Calvert creía que debía sostener durante esta cita, cogió los cuernos de su otro mal social (que consideraba una verdadera condena del verbo y no una salvación por la carne como su pederastía) y trató de domar ese toro:

—Mu, mu, mu —fue todo lo que dijo Calvert Casey. Pero Antón intervino, introductor hasta el fondo:

—Bien dotada, la Calvita es gaga pero locuaz.

Ahora que se hizo evidente que Calvert Casey estaba tartamudeando,

tratando de decir lo que dijo después y de pronto, como todo tartamudo en público, devino súbitamente coherente: un famoso locutor cubano, gran gárrulo de la televisión y la radio, era gago en su vida privada.

—Mucho gusto —terminó de decir Calvert. Y agregó—: Hace tiempo que quería conocerlo.

Arrufat, divertido y directo, mostrando ahora la bola roja en la punta de su lengua (donde todo el mundo decía que acumulaba su veneno: cobra que se las cobra),

dijo sonriente:

—Calvert, no estás en las Naciones Unidas, querido. Aquí todos nos tuteamos. Hasta Franqui que es

comandante y todo.

—Sí —le aseguré a Calvert. Además de ponernos apodos todos. Aquí Antón se llama en realidad Antón Arrufátich Chéjov.

No era verdad pero Calvert, divertido, dijo: —Le viene muy bien el nombre. Podría hasta escribir *La huerta de aguacates*, ahora que tanta gente bien emigra.

No había gagueado nada. Miré a Arrufat que creyó que debía intervenir de apoyo.

—Me viene de perillas, como diría Virgilio —dijo Arrufat, burlándose del uso de frases hechas, constante en su maestro, Pinera teatral.

Lunes de Revolución era,

curiosamente, un sitio en que se trabajaba en medio de la mayor indolencia, a la rusa. Para colmo, yo, su director, era todavía crítico de cine de *Carteles*, semanalmente, y casi a diario en el periódico *Revolución*. Nuestro suplemento se hacía con muy poco personal y además la abulia diaria producía un fantástico frenesí de fin de semana cuando llegaba la hora del cierre y nadie había escrito nada, no se había traducido cosa alguna, ni recibido ninguna colaboración de afuera. Sólo salvaba al magazine del fiasco, siempre amenazante como un huracán de fin de semana, la providencia de la improvisación, el trabajo desenfrenado de última hora y el talento organizador

de sus diversos directores de arte —que fueron mucho más que tipógrafos glorificados por su título. Calvert, encantado con esta atmósfera de un maelstrom cada semana y el barco que nunca se va a pique, tan diferente de las Naciones Unidas, donde el deber de cada funcionario era hacer ver que movía la mayor cantidad de papeles por minuto sin que nunca fuesen a ninguna parte: el paraíso del burócrata. Calvert se fue, entusiasmado por nuestra ineficiencía creadora. Quedamos antes que escribiría algo para el magazine. “Algo” era lo que él quisiera y “Algo”, en ía líquida pronunciación de Franqui, era nuestra barca de papel en busca del bello sino. Así comenzó nuestra

colaboración y, más decisiva, nuestra amistad.

Después Calvert declararía que de no haber sido por *Lunes* nunca habría publicado nada, queriendo olvidar lo que había escrito en inglés en Nueva York y en español en Cuba antes de la *Revolución*. Pero ciertamente Calvert salvó con uno de sus raros artículos o sus penetrantes ensayos más de un número del magazine, rescatable del olvido porque Calvert Casey aparece ahí. Esta publicación semanal masiva (el magazine literario de mayor circulación jamás editado en Cuba y muy posiblemente en toda América que habla español), más la autoridad casi oficial que tuvo durante un tiempo el periódico

Revolución, hicieron que muchos cubanos estuvieran en contacto por primera vez con diversos autores extranjeros de renombre y valor, algunos ya clásicos inclusive. Entre los escritores cubanos que fue posible difundir y lograr que lo gozaran más allá de la media docena que no le habría leído antes, estaba Calvert Casey. Detrás de su nombre doblemente exótico se escondía un escritor profundamente cubano —todavía más, esa rareza: un escritor habanero— que escribía una prosa exquisita y al mismo tiempo legible, que hablaba de temas tabúes como el suicidio de José Martí o simplemente exóticos ínter pares, como su descubrimiento de Isla de Pinos, para

Calvert una verdadera Isla del Tesoro que exploró con el documentalismo creativo de otro Stevenson: isla mágica aquélla, isla inventada ésta. Calvert era el escritor ideal para una época ideal —mientras duraron ambos. Fue uno de los pocos que supo temprano que corríamos peligro inminente de ser expulsados del Paraíso —o mejor—, que arriesgábamos que el Jardín del Edén, como una alfombra mágica invertida, nos la halaran de debajo de los pies, cayendo unos en el purgatorio, otros en el limbo, otros en el infierno pocas veces merecido.

Todavía eran tiempos de tolerancia, sin embargo. A veces los redactores del magazine y yo comíamos en casa de

Virgilio Pinera, entonces una especie de estrella literaria, cuyo apogeo y decadencia serían como avisos de nuestra fortuna política. Virgilio, en el cielo sin duda ahora, se incomodaría al verse convertido en una versión tropical de la estrella polar. Pero es mejor que Virgilio en el infierno. Su casa era un oasis, una suerte de estación olvidada del paraíso. Tengo que decir que su casa en la playa de Guanabo era su única casa, poco más que un bungalow, casi una cabana y comíamos siempre *spaghetti alla Pignera*, como él los llamaba, en una mesa larga debajo de un aguacatero (providencial luego, al frutecer en medio de la hambruna habanera) en su patio frontal porque no

había sitio dentro ni patio trasero.

Miriam Gómez fue allá conmigo un día. Ella no conocía a Calvert todavía y la presentación fue el murmullo social al uso. Virgilio los sentó juntos: “Las señoras casadas a un lado”, dijo y después se sonrió. No bien empezamos a comer aquel plato exótico (spaguetti en el trópico) Calvert inició una conversación con Virgilio, *magister litterae*, al otro extremo de la mesa y el argumento literario pronto se convirtió en discusión y luego en debate acalorado, casi disputa.

De repente, frente a los ojos pasmados de Miriam Gómez, a Calvert se le hizo un nudo de spaghetti en la garganta. Pero no era en la faringe física que se produjo

el atoro sino en esa glotis de la mente que son las cuerdas vocales del tartamudo. Todas se hacen un nudo y al tratar de desatarlo con esfuerzo físico visible en la cara y en el cuello, crean un nudo mayor y el tercer nudo se convierte en un nudo gordiano cuya única espada posible es la voluntad, arma perfectamente mellada por el uso.

Calvert abría la boca cada vez más grande y hacía ruidos guturales y groseros, agoreros ahora. Miriam, de asustada, pasó a aterrada y comenzó a pedir ayuda por entre el barullo de la conversación y la comida. (Virgilio, tan tranquilo, se había levantado y había ido a la cocina por más pasta). Luego Miriam reclamó auxilio, clamando: “¡Se

ahoga Calvert! ¡Se ahoga!”, exclamaciones que hacían abrir aún más la boca de Calvert y ahora su nariz y sus ojos eran las facciones del paroxismo. Pero nadie hacía caso de las peticiones de socorro (ni siquiera yo) y todos seguían comiendo y conversando animados mientras, para Miriam, Calvert moría la muerte atroz del atosigado, ahogado en seco. Miriam Gómez se levantó decidida, se dirigió a Calvert y empezó a tratar de hacerle soltar el bocado que lo asfixiaba, dándole repetidas palmadas en la espalda.

Fue entonces que Arrufat reparó indolente en la escena (que luego describió como de absoluto *grand-guig-*

nol) y, sin moverse de su sitio ni de delante de su plato (eso nunca) le preguntó *nonchalant* a Miriam Gómez: "¿Qué es lo que pasa entre ustedes dos?" Miriam, casi escandalizada no por la letra sino por el tono del sonsonete de Arrufat, espetó: "Este hombre se está ahogando con spaghetti". Arrufat miró desdeñoso a Calvert Casey, su cabeza echada hacia atrás, su boca toda abierta, sus ojos desorbitados y dijo: "¿La Calvita? Qué va, la Calvita no se ahogará jamás con spaghetti. Con otro *boccato* tal vez, pero nunca con spaghetti", y en el mismo tono añadió: "¿Tú no sabías que la Calvita es gaga?" "¿Gagaqué?", acertó a preguntar Miriam Gómez. "Gaga", dijo Arrufat con la

misma parsimonia que si diera una lección sabida. “Como Gagarin. Tartamuda. Tartajea todo y a veces, como ahora, se ahoga con las palabras que no puede tragar.”

Miriam Gómez no quería creer lo que oía, pero ante esta frase pérfida de Arrufat, Calvert Casey se soltó de su llave de cuello, sus ojos volvieron a sus órbitas, cerró la boca y casi dijo silbando, sin rastro de spaghetti ni de atoro, para doble asombro de Miriam Gómez:

—Gracias mi amor —a Miriam, y a Arrufat—: Antón eres una vivivw...

—¿Viviseccionista? —dijo Arrufat simulando ayudar a Calvert en la elección de su vocabulario.

—¡Víbora! —aulló Calvert finalmente. Todos nos volvimos para reírnos del grito de Calvert.

Víbora era una palabra ambivalente en el vocabulario homosexual habanero, dicha tanto en desmérito como en aprobación, en reproche, en admiración y, finalmente, en tono absolutamente adulatorio, tal vez por temor, tal vez por amor. Es probable que la víbora ambigua viniera no de un país donde no hay siquiera serpientes sino de una ciudad en que uno de cuyos barrios socialmente altivos y ruinosos a la vez se llamaba La Víbora.

Así conoció Miriam Gómez a Calvert Casey, casi ahogado no en el cercano mar de la playa de Guanabo, después de

todo el océano, sino en las aguas bajas de la conversación, en el charco poco profundo de la tartamudez en que caía inesperadamente al tropezar con la palabra menos prominente, como una piedra en su camino oral aunque fuera sólo un guijarro y gaguear. Pero Calvert, al revés de todos nosotros, tenía una rara fluidez al escribir en español, idioma que debía de ser, por más de una razón, su segunda lengua. Luego supe que era en realidad su lengua madre. Calvert Casey nació en Baltimore y se crió en La Habana. Calvert Casey nació en La Habana y se crió en Baltimore. Americano, cubano: es lo mismo. No se puede decir con exactitud qué era Calvert, ya que siempre se escapaba a

las clasificaciones y a las fechas. ¿Nació realmente en USA en 1924? No se sabe. Lo que es irrebatible es que era un escritor. Por encima de todo y de todos, casi a pesar de sí mismo, Calvert escribía o pensaba escribir o soñaba que escribía. La incerteza biográfica (¿cuándo regresó realmente a Cuba?) permite sin embargo algunas certezas.

A mediados de los años cincuenta, Calvert Casey trabajaba en las oficinas de las Naciones Unidas en Nueva York (de allí lo conoce Natalio Galán, músico y mecanógrafo), traduciendo documentos de un lado al otro que serían impresos con tinta invisible o en su más incierta aproximación, la tinta simpática. Antes del triunfo de la *Revolución* ya estaba

“de regreso”, frase que lo fascinaba, en La Habana, trabajando en ese el más habanero de los comercios, una quincalla. Resulta incongruente y divertido tratar de recordar a un Calven que nunca conocí vendiendo peines de pasta, ganchos y pomada para el pelo (y hasta tal vez la KY, emoliente sexual que le atraía como un pecado nuevo), palillos de dientes y de tendedera, cigarrillos: rubios *Royales* cubanos, ovalados *Regalías el Cuño*, redondos *Partagás*, negros *Trinidad y Hermanos* (¿llegaría a vender añejos *Susinis y Aguilitas*, como sostenía malediciente Arrufat, en los que el nombre se hacía humo de recuerdos, nostalgia ardiente de un mundo extinguido?), bombillos

Mazda de varias bujías, enchufes, rulos de croquinol y esa panoplia del habanero que fuma habanos: puros, panetelas, y cherutas, pardos y obscenos como olisbos para la boca, públicos y evidentes, exhibicionistas casi, habanos. Antes de hacerse quincallero, oficio popular, Calvert que hablaba habanero sin el menor acento, con su pelo castaño y sus largos, lánguidos ojos penetrantes y oscuros, tuvo un amante cubano que era un mulato santiaguero. Era Emilio para todos uno de los hombres más consecuentemente buenos que he conocido: callado, casi invisible y en paz con todo el mundo.

La biografía literaria de Calvert Casey comienza en inglés y la corona un cuento

publicado en la revista *The New México Quarterly*, que le gana un premio de la editora Doubleday de New York: de Nuevo México a Nueva York. El regreso literario a Cuba no es ni siquiera un viaje en el tiempo verbal del lenguaje: su español es el inglés por otros medios y ambos no son más que un fin de Calvert Casey. Más significativo que la literatura es un viaje en el espacio que se convierte en vértigo temporal. Un día de los años cincuenta (década decisiva), en Roma, todavía traductor de las Naciones Unidas, Calvert reconoce el paisaje romano como una reproducción en el espejo de la imagen virtual de La Habana Vieja, su ciudad eterna. Decide enseguida volver

a La Habana porque se parece demasiado a Roma, en un juego de equívocos y de identidades y permutas. Años más tarde volverá a Roma tratando de encontrar una Habana perdida: es el truco del *dejà vu* que se convertirá en un nunca-nunca recobrado. Pero todo no es más que uno de los pases de magia de la Muerte: la cita en Samarra del cuento persa que se han apropiado Somerset Maugham y Cocteau y John O'Hara, escritores encontrados con la muerte senil: *all writers die but some writers ivould rather die sooner than later*. (Otra versión es el cuento cubano del peludo que se encuentra a la muerte en el parque y le oye decir que anda buscando a un peludo para llevárselo y

éste se rasura enseguida la cabe/a para eludir a la Pelona, que al no encontrar el hirsuto furtivo, impaciente, decide llevarse en su lugar al rapado.) Calvert, La Calvita, Calvito, no huye a la muerte al salir de Cuba: va a su encuentro voluntario, sonriente, casi alegre porque es una promesa de viejo repetida. Calvert Casey va a pie. Tal vez vio en Roma al Neptuno de mármol, de autor italiano, que apareció por primera vez en una novela cubana que había gozado en La Habana —;o fue en Roma?—, *Mi tío el empleado*, de Ramón Meza. (Tal vez su nombre fuera Raimondo Mezza.) Quizá no contempló con pavor esos semblantes esquivos romanos que le eran tan habaneros. Pero ciertamente no

sintió el pánico de los elefantes, que él declaraba propio, cuando próximos a la muerte se sienten lejos del sitio en que han nacido. No tenía miedo a la muerte Calvert Casey, ese día que decidió escogerla como la libertad última porque sabía —lo había escrito— que era una vieja compañera de viaje. Simplemente se dejó llevar por ella como por el guía de un sueño conocido: "Entre mudas columnas que quedaron/un sendero muy blanco y espacioso".

El cuerpo mortal de Calvert Casey terminó en Roma pero en La Habana comenzó su vida vital. Calvert publicó en la revista *Ciclón* (financiada por José Rodríguez Feo, mecenas de *Orígenes*, pero en realidad controlada por Virgilio

Pinera como antes Lezama Lima reinó en *Orígenes*) lo que alguien, tal vez él mismo, llamó "experiencias existenciales" —eran todavía tiempos nuevos sartreanos-pero que son muestra de una maestría que se hacía más evidente mientras menos visibles eran los hilos de la trama literaria.

Fue poco después de conocer a Calvert Casey que comenzó a publicar sus artículos que eran ensayos, mientras escribía en secreto sus cuentos una y otra vez hasta hacerlos exactos, que luego recogió en *El regreso*. Uno de esos cuentos, "El amorcito", hizo célebre una frase favorita de Calvert y usada cariñosamente en La Habana para llamar a un amor que no quiere decir

todo su nombre, homosexual o heterosexual.

De estas fechas son muchas de las aventuras secretas y regocijantes que Calvert reservaba para revelar a unos pocos íntimos.

A veces, sabedor de que la anécdota era en realidad un cuento que no podría escribir en Cuba, Calvert les daba título. Había uno titulado “Toque final” que Calvert debió contar más de una vez, de tan perfecto que era su relato. Su protagonista, quizás el propio Calvert Casey, conocía a un posible amorcito en el muro del Malecón, al que iba a sentarse a menudo, a coger fresco y a veces frescos. Conciertan una cita, tal vez para una casa de citas. El héroe,

cada vez más Calvert, se afeita, se baña, se da desodorante, llamado Toque final, marca registrada. Como toque final a su tocado, Calvert se unta el desodorante por todas las partes pudendas, se viste y se va al Malecón a sentarse en el mismo muro a esperar a su seguro amorcito. Pasan los minutos: veinte, treinta, cuarenta y el amorcito no viene. Llega en su lugar un visitante inesperado: nuestro héroe —o heroína— ha comenzado a sentir hace rato un extraño prurito que se precisa ahora como una picazón en el trasero. Gradualmente el picor se va convirtiendo en ardor, luego en una especie de tormento medieval: una brasa que se introduce en el recto y quema corno un tizón. Calvert

definitivamente se siente empalado por aquella inusitada tizona ardiente que lo penetra como un Eduardo II habanero, rey y reina por un día o por media noche. No puede soportar más estar sentado porque todo el muro le empala, lo impele. Se levanta de su asiento pero la ardentía aumenta ahora. En ese momento recuerda una marca de fuego y da con la causa del mal: el toque final de Toque Final, desodorante, depilatorio, ha sido un golpe mortal para el romance. El ardor amoroso, metafórico, ha sido sustituido por la ardiente realidad. Abrasado, casi corriendo, Calvert Casey regresa a su casa, se desviste desesperado y se sienta en una palangana de agua fría, a calmar

la quemazón del año que dura más allá de la cita de amor que no tuvo lugar.

En otra ocasión paseábamos Calvert Casey, Miriam Gómez y yo por la corta calle que une el Parque Central con la plaza de Alvear, caminando por la acera del Centro Asturiano, arbolada de laureles, los viejos adoquines bruñidos reflejando la luz de las bombas del alumbrado público confuso. Ahora aparece la gran puerta de hierro por entre cuyas filigranas se ve el interior del palacio barroco. Calvert se detiene un momento y nos conmina a imitarlo. El Centro Asturiano aparece vacío pero su interior está alumbrado como en día de fiesta. “¿Ustedes ven esa escalera magnífica?”, pregunta Calvert

obligándonos a mirar y ver una vez más la sabida escalinata del palacio, toda de mármol, amplia arriba y abriéndose ancha abajo, con pasamanos que se hacen volutas pétreas a su término, como conchas coruscantes. Le decimos que sí, claro: no solamente yo me crié a sólo cien metros de aquí y Miriam ha venido conmigo a esta parte de La Habana muchas veces, sino que Calvert prácticamente nos ha obligado no a recordar o a mirar esta escalera ahora sino a memorizarla para siempre. ¿Será un especialista en escaleras, manía escalatoria? “Bueno, tengo que hacerles una confesión. Es más bien una confidencia”. “Una confidencia a una cura es una confesión”, le digo,

“Bueno”, nos dice, “considérense curas. No van a creer lo que les voy a decir, desde luego. Pero es la pura verdad. Por favor, les ruego que no digan nada a nadie, pero a nadie”. Juramos silencio eterno mientras imagino la sabrosa anécdota amorosa que ocurrió a Calvert en esa escalera. Tal vez escondido debajo de ella masturbaba a un amorcito de antifaz mientras a su alrededor, más ruidoso que el amor, bullía el carnaval en su baile de máscaras conocidas, *habitúes*, carnestolendos. Pero reparo que la escalinata es maciza, imposible a las penetraciones enmascaradas o no. ¿Qué habría ocurrido a Calvert allí? Pero ya él está contando. Silencio presente pero no futuro al olvidar el

juramento eterno: un secreto es casi como un amor: sólo cobra sentido al revelarlo. Pero no es un cuento lo que cuenta Calvert: “El anhelo, el ansia, el sueño de mí vida es bajar esa escalera”. Nada más fácil, cualquier día o noche que abran el portón, en fiesta nacional o asturiana. “Pero yo quiero bajarla vistiendo una gran bata de crinolina, con encajes sobre mi escote, los hombros al aire, los senos salientes. Las mangas deberán ser cortas para mostrar bien mis brazos torneados. Llevo un collar de perlas al cuello largo, hermoso ahora al realzarlo el collar, y aretes de rubíes como un punto de sangre en el lóbulo. También tal vez una diadema, si no es muy cargante de piedras preciosas, y el

pelo rubio bien peinado en rulos románticos que me caigan sobre los hombros desnudos. ¿Ya dije que llevaba los hombros desnudos? Se verán los hombros y la espalda generosa. Iría maquillado a la perfección: cejas arqueadas, ojos violeta, labios rojo granate y toques de colorete, muy leves, un realce nada más ya que mi cutis se verá transparente. Entonces así ataviada bajaré la escalera, escalón a escalón, lentamente, regia como una reina, todas las luces sobre mi descenso. ¿Qué les parece?", insistió Calvert en una opinión. "Bueno, Calvert, perdona", le dije, "pero, considerando" (no quería pronunciar palabras fatales como *Revolución*, Ministerio del Interior,

policía) “me parece poco posible”. No quise decirle imposible. Miriam Gómez, más comprensiva o tal vez más humanitaria le dijo: “Calvert, ¿quién sabe? Tal vez un día”. Calvert nos miró a los dos pero no parecía ni decepcionado ni desalentado. “Es un sueño, claro”, concluyó, “pero los sueños tienen una curiosa manera de hacerse reales”. Era un sueño, sí, y a veces cuando recuerdo a Calvert vivo y pienso que ahora no es más que unos pocos huesos› una calavera y polvo en el polvo, lo recuerdo como un sueño que tuve una vez y la gran puerta del Centro Asturiano, ese portentoso portón del recuerdo ante el sésamo ábrete de la memoria mágica, la escalinata grandiosa

se ve en un iluminado esplendor: todo es luces y mármol que reluce y en medio, compartiendo la luminosidad del momento, aparece, ¡sí!, Calvert vestido de tules y tela bordada, con zapatos altos de raso, enjoyado en genuina pedrería, el pelo realmente rubio largo sobre los hombros desnudos, y comienza a bajar lentamente la escalinata como una verdadera reina viva. Su sueño se ha hecho realidad en otro sueño: esta página y estas palabras pertenecen al sueño.

El sueño es de crinolina y gasa y piedras preciosas pero la realidad era de plomo y pólvora. Calvert vino a decirme un día que estaban fusilando de nuevo, no batistianos sino gente

inocente, esta vez de un mismo espectro letal, sus extremos: trotskystas y católicos. Sabía la suerte de los católicos militantes que morían gritando: “¡Viva Cristo rey!”, pero no la de los trotskystas, esos anacrónicos seguidores sin líder. Calvert lo sabía de buena tinta: tenía conexiones clandestinas otras que las sexuales. Era amigo de muchos anarquistas cubanos, algunos españoles, remanentes del exilio republicano, algunos escapados del viejo terror estalinísta en Barcelona para verse atrapados en Cuba socialista. También conocía trotskystas cubanos, esos utopistas que se negaban a reconocer el carácter cada vez más estalinista del gobierno fidelista y ahora repetían el

destino ideológico de Trotsky, la *Revolución* (en una isla) tan renegada como la *Revolución* (en un solo país) de Stalin.

Fue por ese tiempo que tuvieron lugar las notorias reuniones en la Biblioteca Nacional y el reaccionario resumen de Fidel Castro: "Con la *Revolución*, todo; contra la *Revolución*, nada". El corolario de este axioma estético fue la prohibición de *Lunes* y mi cesantía. Pablo Armando Fernández, Antón Arrufat y Calvert Casey pasaron a trabajar en la Casa de las Américas, cuya directora, Haydée Santamaría, sostenía la curiosa tesis de que la gente de *Lunes* (es decir todos nosotros) era valiosa individualmente, pero no había

que dejarlos reunirse. Entonces podían ser peligrosos. Resultábamos, pues, una suerte de microbios políticos capaces de ser letales en grupo, o, lo que es peor, contagiosos. Calvert tenía en la Casa de las Américas un puesto subalterno, pero Arrufat llegó a dirigir la revista Casa, a la que convirtió de un panfleto indiferente en una publicación de extraordinario dinamismo y de considerable importancia literaria en Cuba y en América Latina, labor de un solo microbio.

Después de un tiempo sin trabajo, que pasé escribiendo subsidiado por Miriam Gómez, actriz activa, salí de agregado cultural para Bélgica, en una suerte de exilio oficial. Pablo Armando Fernández

me seguiría en un puesto similar a Londres. A microbio que molesta destino remoto. Antes de irme, Calvert había publicado en Ediciones R — todavía funcionaba ese vastago de *Lunes*, atenuada su virulencia — su volumen de cuentos *El regreso*, que a todos los de *Lunes* nos pareció excelente aunque apenas si tuvo repercusión crítica en Cuba. Pero Antón Arrufat tuvo un elogio que fue la gloria instantánea para Calvert y justa justicia literaria: "¡Qué Salinger ni Salinger! Tus cuentos son mucho mejores que los de Salinger". Hay que recordar que cuando Calvert Casey vivía en Nueva York oscuramente, J. D. Salinger era célebre y el más permeable y sensible

escritor americano vivo. Yo dije algo que se probó gaffe o gafe: “Es de veras Pavese”.

En 1964 Antón Arrufat (a quien está dedicado *El regreso*) vino a visitarnos a Bruselas, huésped nuestro en la casona elefantisiaca de la embajada, donde por absurdo azar diplomático vivíamos solos Miriam Gómez y yo. Si Calvert era andariego, aventurero, hombre de muchas ciudades, Antón, tan audaz de lengua, era un tímido urbano que tenía miedo a toda ciudad que no fuera La Habana. Debí ir a buscarlo a la estación de Midi (odiaba viajar en avión) y tuvimos Miriam y yo que hacerle constante compañía en la embajada, de la que sólo salió dos veces —al cine

escoltado por el chófer. Sólo lo movían el almuerzo y la cena y su frase favorita era: "¡Qué buena comidita!", antes de comenzar o terminar de comer. Pero, como siempre, no lo conmovía nada: Antón Arrufat era un intelectual puro y, útil habilidad para tiempos de tempestad, un sobreviviente nato. Todavía *Hoy* , después de innúmeros naufragios, sobrevive a todo, incluso a Virgilio Pinera y a Calvert Casey, su padre literario y su hermano mayor, como quien dice.

Un día, a la semana de estar con nosotros, Antón recibió una llamada de La Habana, la que oyó sonriente, casi riéndose. Al colgar dijo: "Era la Calvita que me dice que regrese a Cuba

enseguida que están pasando cosas. Pero no aclaró qué cosas. Deben de ser serias porque no repitió una sola sílaba. Mala señal”. Pero Antón volvió alegre a La Habana para encontrarse con una acusación de horrores homosexuales literarios: era su culpa, atribuida, la invitación de Alien Ginsberg a Cuba. Durante su visita, Ginsberg dijo en público cosas que en Cuba eran un crimen privado, frases ofensivas a oídos machos y marciales, es decir revolucionarios. Dijo que Fidel Castro también debió tener experiencias homosexuales de niño. “Todos las tenemos”, aclaró Ginsberg, “¿por qué no él?”. Ginsberg confesó su amor por el Che Guevara, pero no era un amor

proletario. “Me gustaría mucho acostarme con él”, declaró. Finalmente, horror horro, conminó a los homosexuales habaneros a desfilar en público frente al Palacio Presidencial, portando cartelones. (Sugerencias de lema: “Maricones de toda Cuba, uníos. No tenéis más que perder que vuestra vergüenza”.) Era, además, culpa de un ya abrumado Antón la homosexualización de la revista Casa y haber publicado un patente poema pederasta al teatrista José Triana. Allí, versos perversos, se hablaba de manchas de amor ocre en las sábanas, vaselina íntima y sudor en los cuerpos porosos. No hubo juicio, ni siquiera hubo causa: Antón fue despedido

ipsofacto de Casa y la dirección de la revista fue concedida como premio al pundonor militante a Roberto Retamar. Antes en desgracia latente pero ahora protegido del presidente Dorticós, a quien había convencido de sus dotes de intelectual marxista (las dotes de Dorticós aunque bien podían ser de los dos), Retamar fue el aparente instigador de las acusaciones contra Antón contra natura. No en balde Calvert no había tartamudeado por teléfono.

Cuando regresé a La Habana a los funerales de mi madre y fui retenido forzado allá cuatro meses, vi a Calvert muchas veces en mi desgracia renovada. Una vez fue su visita para agradecerme el envío un año antes de medicinas raras

para curar una de sus periódicas dolencias secretas. Me dijo, a propósito de males, que ahora pensaba, como Keyserling, que sólo el dolor nos permite conocernos realmente y que la enfermedad es el estado normal del hombre. “Más es de la mujer”, le dije pero no se rió, ni siquiera se sonrió. Con todo estaba a veces contento, sobre todo ahora que había descubierto el amor heterosexual con una mutua amiga. “Estoy encantado con ella”, me contesó. “Además creo que voy a ser padre. ¿No es maravilloso?” Lo que con frase de Virgilio Pinera, homosexual irredimible, resultó ser una falsa alarma. “Por partida doble”, dijo Virgilio con malicia mundana.

Un día visité a Calvert en su apartamento del Muelle de Luz, junto con Riñe Leal. Ociosos de domingo, donjuanes de día feriado, habíamos levantado en la calle a dos muchachas de la nueva clase (léase viejos prejuicios) y las llevamos a visitar a Calvert Casey. ("¿Por qué se llama así todavía?", dijo una de ellas. "Suena a yanqui." "Es irlandés", le expliqué. "¿Peleó contra el imperialismo inglés entonces?" "El no, su padre sí." "Ah, vaya", dijo satisfecha. "Esta es su casa y la de ustedes." "Gracias", a dúo sonriente.) Cuando hice las presentaciones y les dije a ellas que tenían delante al mejor escritor cubano vivo, Calvert se sonrió radiante y al

mismo tiempo cortado, tratando de ocultar su orgullo de escritor reconocido en su tierra. Pero gagueó bastante ante aquellas muchachas frivolas, ignorantes y tontas. Peor lo había hecho antes ante una mujer seria y sabia: su admirada Nathalie Sarraute, con quien no pudo hablar en nuestra mesa redonda de *Lunes*. Patéticamente formuló sus preguntas por escrito, para que las hiciera Arrufat por él. Antón me dijo, en privado, mostrando en la lengua su bola mala: "¡ La Gaguita debe de ser de miedo en francés!" ahora, tres años después, en el apartamento de Calvert, tartamudeando todavía pero su amigo Emilio silente como una estatua de bronce, admiré la colección de ídolos

afrocubanos que Calvert había conseguido por intermedio de Emilio, viejo practicante (aunque apenas tenía treinta años) de la santería yoruba, en la que inició a Calvert, tan irlandés protestante como se veía, católico que era, americano que no quiso ser.

Pero Calvert había pasado por otra enfermedad no sufrida por Keyserling. Había caído en desgracia política y su situación en la Casa de las Américas era más que precaria. La culpa, como siempre, no era suya pero sí el castigo. Sucedió que vino de visita a Cuba un escritor mexicano invitado por la Casa. Se llama Emanuel Carballo. Nunca lo conocí pero no he olvidado su nombre,

no por lo que escribió sino por lo que habló. Calvert salió varias veces con Carballo (tal vez más de lo que era su deber de anfitrión cultural) y una noche sentados en el peligroso y apacible Malecón, Calvert confió sus temores a Carballo, que eran sexuales, homosexuales, pero no propios. La confesión era una confidencia. Ingenuo pero grave error, máxime cuando Calvert sabía que había de tener cuidado con los extranjeros que venían a buscar regalos, griegos a la inversa, siniestros. Calven le contó a Carballo que en Cuba se estaban deportando homosexuales a granjas de trabajo en el interior que eran verdaderos campos de concentración, con guardianes y perros pastores y

alambradas eléctricas. Entonces no era nada conocida esa cacería y captura velada pero sistemática. Sólo unas pocas gentes del Gobierno lo sabían. Era un secreto del Ministerio del Interior. Pero Calvert se enteraba de todo, sobre todo de los secretos de la esfinge que devora. Además tenía un amigo negro que había caído en una de esas redadas sigilosas pero, cauto, se había podido comunicar con Calvert. Carballo mostró un asombro sin límites y hasta indignación. También un interés alentador a la revelación. Calvert le dio datos, nombres, lugares, pero le pidió por favor que no los diera a conocer a su vuelta a México, no todavía. Carballo le juró discreción eterna —que duró una

noche.

Al día siguiente Yeyé Santamaría hizo llamar a Calvert a su oficina. “Me desvistió”, me confesó Calvert. A veces, sobre todo cuando estaba nervioso, eran los anglicismos y no la tartamudez que lo traicionaban. Calvert quería decir “Me desnudó”. Carballo, ni corto ni cortés, se había ido a ver a Haydée Santamaría y le reveló en la mañana todo lo que le había contado Calvert la noche anterior. Le dijo además que era muy peligroso para la *Revolución* tener “gente así” en puestos de confianza. “No supe qué decirle a Yeyé”, me contó Calvert, “excepto tal vez recordarle que mí puesto no era de confianza”. Por

supuesto, desde ese momento la situación de Calvert en la Casa de las Américas se hizo insostenible, rodeado de ojos vigilantes y regulado por nuevas prohibiciones, entre ellas las de confraternizar con extranjeros. Tal vez, con su experiencia, salvadora para Calvert.

Poco tiempo después de comenzar mi verdadero exilio, viviendo en Madrid, recibí la grata, inesperada visita de Calvert. Confraternizando con visitantes comunistas esta vez, doble seguro, se las había ingeniado para hacerse invitar a Hungría por la Unión de Escritores Húngaros, y de Budapest, maniobra maestra, voló solo a Ginebra, donde había reclamado su viejo puesto de

traductor en las Naciones Unidas: no había cometido un solo error: su escapada fue tan perfecta que su amante había podido conservar su apartamento de la plaza de Luz. Hablamos, paseamos por el Prado, distinto y distante del Prado de La Habana, fuimos al cine, visité su casa de huéspedes en la Gran Vía, conversamos, pero siempre su tema repetido, su barrenillo, su obsesión era la de rescatar a Emilio por quien temía, imaginando represalias mientras un día para él otra fuga igual. Pero ¿qué unión de qué país socialista iba a invitar al pobre Emilio a viajar a otro posible paraíso? En una ocasión Calvert me dijo misterioso, casi en susurro: “No digas a nadie dónde estoy”.

Luego fuimos juntos a Barcelona donde iban a publicar sus cuentos y tal vez una futura novela. Me pidió que no revelara a su editor, que era entonces el mío, que se había exilado. Temía que sus libros no se publicaran si se sabía que era ahora un contrarrevolucionario, o en jerga neonazi, un gusano. Este miedo a su editor no era injustificado, como se reveló más tarde, pero en Barcelona, Calvert mostró otro temor alterno. ¿Y si los libros perjudicaran con su salida a Emilio? Pero ahora la nueva obsesión de Calvert era una vieja paranoia. Temía ser secuestrado y enviado de vuelta a Cuba. Me confesó que había hecho su viaje a Madrid de absoluto incógnito, sólo para verme y no

había visitado a nadie, ni siquiera llamado a amigos mutuos en el exilio. Madrid, yo debía recordarlo, tenía una línea aérea directa a La Habana, y no sería difícil embarcar un bulto más en un avión de Cubana.

En este momento estábamos en el descampado que rodea a la Sagrada Familia y Calvert miraba subrepticio en todas direcciones, como si desde detrás de los campanarios mudos de Gaudí nos acecharan ojos y oídos adversos. Le aseguré que el temor al plagio era infundado, inverosímil, que ni siquiera yo, que había tenido cargos oficiales en Cuba y en el extranjero, temía un secuestro. Me reveló: “Pero yo sé un secreto o dos”. Lo que nunca dudé:

sabía que Calvert sabía y no sólo de pederastas presos o trotskystas traicionados. Duró dos días en Barcelo, na. Se fue de regreso a Ginebra y yo me vi forzado a mudarme a Londres, no perseguido por agentes de Fidel Castro sino seguido por agentes de Franco, no secuestrado a Cuba como contrarrevolucionario sino expulsado de España por comunista contumaz. La historia, que repite hasta sus dramas, algunas veces lo hace en forma de farsa. KM dixit.

En diciembre de 1966, ya exilado en Inglaterra, instalado en Londres, recién mudados para un sórdido sótano de Trebovir Road en Earls Court, paradero perverso, vino a visitarnos, vivo y

alegre, Calvert Casey Pero la alegría duró poco. Al ver nuestro apartamento, movió la cabeza negativo y dijo: “No me gusta nada”. Pero no se refería a la ética ni a la estética del lugar. No era la arquitectura del edificio ni la decoración del fíat ni la poca luz que entraba por las ventanas iluminando aún más pobremente el sótano. Nada de eso lo preocupaba. Eran las vibraciones espirituales que emanaban del lugar. Es más, declaró el sitio salado, que en la superstición habanera era mala señal ya. “No es sólo el piso de linóleo negro lo que es tenebroso”, nos aseguró, “sino toda la casa. Está cargada. Pero voy a hacerles una limpieza ahora mismo”.

Por limpieza no quería decir pasar el

plumero por los muebles y barrer el piso sino que se refería a un acto de magia mulata cubana en que se “despoja” un lugar o una persona embrujada o a punto del embrujo. Ahora era una suerte de exorcismo antes de la posesión. Procedió a salir al patio oscuro donde había algunos árboles creciendo empecinados al borde de la estación de ferrocarril. Arrancó dos o tres gajos que encontró milagrosamente verdes en el invierno inglés y volvió a la sala, donde comenzó una danza apache y africana, barriendo efectivamente el piso con las ramas, ciertamente pasando sus plumeros vegetales por los muebles, recorriendo las paredes de toda la sala, pero nunca fue a la cocina ni entró al

cuarto único. Aparentemente los malos espíritus de visita se sientan en la sala. Finalmente Calvert corrió al patio y arrojó las ramas “cargadas” lo más lejos que pudo, por encima del muro de la estación, aterrizando tal vez en un tren, sobre el que cayó toda esa miasma maligna.

Al volver del patio exclamó:”¡ No puedo hacer más! Lo siento porque corren ustedes aquí un riesgo demasiado grande. ¡Esto está premiado!”Se derrumbó en una silla. Calvert, tan blanco, tan americano nato, ahora casi europeo, resultaba incongruente no sólo en su danza de la guerra al espíritu del mal sino en su vocabulario. “Este sitio tiene ñeque, caballeros”, fue su último

pronóstico y su remedio: “¡Que tienen que mudarse!”

No nos mudamos, claro. No podíamos y quisimos olvidar su vaticinio y hasta su visita. Pero luego, cosa curiosa, supimos que del último piso del edificio había caído a la acera uno de los inquilinos. Ocurrió años atrás pero un vecino lo recordaba bien. El muerto era un muchacho andaluz que se ofreció a abrir una puerta, entrando por la ventana, para ayudar a dos estúpidas francesitas que habían olvidado la llave dentro del cuarto. El muchacho salió por su ventana a un alero que trató de recorrer con cuidado, pero al intentar abrir la otra ventana cayó del alero a la calle, cuatro pisos abajo y quedó

empalado en las lanzas de la reja del sótano. Estuvo horas muriendo mientras lo desempalaban los bomberos. La dueña del edificio, por otras razones que las sentimentales, no nos había dicho nada de esta vieja tragedia española. Era mera coincidencia que el andaluz empalado por su galantería y las francesitas fatales fueran visitas ocasionales a Londres, a Earls Court y al edificio de Trebovir Road —pero ¿era casualidad también que Calvert acertara que algo malvado merodeaba en el sótano, en la casa?

Pero Calvert volvió a visitarnos en el verano, después de haber hecho un viaje a la India y adquirido un flamante amante italiano, Gianni, sin apellido,

que enseguida nos golpeó a Miriam y a mí como la imagen del gigoló, de mujeres o marciones, mediterráneo y memorable. Son los mismos que aparecen en tantos poemas de Cavafys, donde se repiten como días faustos, infaustos. Era, además, demasiado joven para Calvert. Se hospedaron en el edificio marcado en que vivíamos. Esta vez, verano, Calvert no vio los fantasmas del invierno, no sólo porque los días son largos y la luz aclara todo rincón oscuro, sino porque estaba enamorado y, ya se sabe, el amor es ciego —aun ciega el ojo del espíritu. Salimos juntos a menudo, sobre todo con Miriam Gómez, que ya conocía Londres, sus tiendas y sus precios. Ella me contó

que Gianni era costoso y exigente de lo mejor por lo bueno y además era sato, que en cuba es la última escala antes de que el coqueteo se haga putería. “Lo cogí haciéndole ojitos a otros hombres en la calle.” Calvert, por supuesto, no veía nada —el amor ciega el ojo físico. Al contrario, estaba ansioso de conocer nuestra opinión sobre Gianni. Por supuesto no era prudente declarárselo, entre otras razones porque se le veía feliz.También porque aprendíamos con los ingleses que la verdad no se le dice a todo el mundo. En un momento de felicidad loca, Calvert llegó a disfrazarse con el maquillaje de Miriam, pero no era la realización del sueño del travestido que baja una escalera. No

vivíamos en La Habana en un palacio y no había escalinata iluminada. Calvert sólo usó el creyón de labios para hacerse un punto de carmín en la frente. Luego se puso un pañuelo en la cabeza y sin camisa y sin zapatos empezó a bailar una danza hindú, tan grotesca, que desde entonces hizo a los bailes indios imposibles para Miriam y para mí. Pero Anita y Carolita, mis hijas, estaban encantadas de ver cómo aquel señor casi calvo se hizo señora para bailar mientras cantaba extrañas melodías melismáticas. Pura parodia.

Esta vez no hubo exorcismos pero sí dádivas. Con su generosidad de siempre, Calvert ayudó a hacer posible nuestra estancia en Inglaterra. Entonces

yo había de demostrar a la inicua Inmigración inglesa que recibía dinero del exterior, ya que me estaba prohibido, como condición de entrada al país, trabajar en ninguna parte, o como decía el cuño totalizador del pasaporte totalitario: “En trabajo pagado o no pagado”, con lo que se abolía de un solo golpe de sello al profesional y al amateur en mí. Calvert me prestó dinero suficiente, salvador con que mantenerme en Londres a los ojos del Home Office, a la mano del lechero. Fue gracias a este amigo, hecho hacía tan pocos años, que pude no sólo vivir sino sobrevivir entre reales anglos y sajones y uno que otro celta mítico. Calvert me dejó saber, al hacer el préstamo, que no me

preocupara por pagarle hasta que nos viéramos de nuevo. No lo volví a ver.

Poco después de su visita nos mudamos para Kensmgton, a este Gloucester Road que le hubiera gustado tanto a Calvert al encontrar el apartamento “limpio”, el edificio claro, la calle ancha, vía nada dantesca. Nunca llegó a verlo pero nos escribíamos a menudo y sabíamos qué hacía cada uno. Por supuesto que guardo sus cartas, algunas de ellas llenas de expresiones que no llamo sorprendentes porque venían de Calvert, más que un escritor un ser humano extraordinario: hasta en sus cartas más triviales era posible encontrar ese don del azar favorable.

Por ese tiempo antes de mudarnos, un

traductor inglés ingenuo preparaba una antología de cuentos cubanos (Cuba estaba entonces de moda en Inglaterra) para ser publicada por Penguin Books. Queriendo mostrarse partidario del nuevo régimen anciano el antologo propuso llamar al libro Writers from Fidel's Cuba. Consultado por el entonces editor de Penguin Books, le dije que si el libro se iba a titular de manera tan sicofante retiraría mi cuento de la antología. Le informé a Calvert de este acto oportunista del compilador y enseguida escribió al editor inglés diciendo que secundaba mi gesto y que él también prohibiría publicar su cuento en una antología con semejante título. El acto de Calvert era decidido porque

estaba todavía en manos de su editor catalán y temía ofender su sensibilidad criptocastrista, tan a flor de piel como la de un paquidermo político que coge el sol por la izquierda.

En otra ocasión me escribió para que guiara a Emilio (que por fin había logrado salir de Cuba gracias a las gestiones de Calvert, que tenía amigos en todas partes) que se iba a Estados Unidos vía Londres. Su préstamo de antier, curiosamente, sirvió para ayudar el tránsito de Emilio por Europa ayer. Encontré a Emilio seguro, en paz no sólo con Calvert sino consigo mismo: es decir Emilio era idéntico a sí mismo. Llevaba adentro su universo afrocubano convertido en un mundo propio,

propicio. En otra carta de entonces, me contaba Calvert cómo había hablado de mí en la nota de contraportada de su novela de inminente salida y el editor catalán, como un funcionario fidelista, había sugerido que dejara fuera mi nombre por conveniencias literarias. “Es evidente”, me escribió Calvert, “que cada día te haces más un escritor maldito. No será bueno para publicar pero sí lo es para escribir”. Calvert Casey sabía tanto de literatura como de política, aunque muchos pensaron lo contrario. Como un príncipe hechizado, Calvert era un sabio, que simulaba ser un monstruo delicado para alejar a críticos y comisarios. Su sabiduría era su laberinto.

Pero nuestras relaciones epistolares no fueron apacibles a veces, aunque siempre fueron amistosas. Me había contado de peleas constantes con Gianni, separaciones de Gianni, vueltas Gianni y cada vez se me hacía el amante más un odiante. Luego Calvert me envió un fragmento de su próximo libro, novela o colección de cuentos, que situaba en la India y comenzaba diciendo que el Taj Majal estaba tan sucio que pedía una buena lavada con el mejor detergente. Me pareció que antes nunca habría dicho Calvert semejante frivolidad, o peor, tal tontería. Lo achaqué a la influencia de Gianni. No hay nada más vulgar que un italiano vulgar y el amor contamina. Calvert se

ofendió cuando se lo escribí y me aseguró que Gianni no sólo era su razón de ser sino de existir, de estar vivo y de escribir: de no ser por Gianni jamás habría escrito otra línea. Le contesté: "¿Es Gianni *Lunes* por otros medios, martedi erótico?" No me contestó. Pero al poco tiempo me escribió para asegurarme que había terminado con Gianni para siempre. También me dijo que tenía que ir a Suiza pero al regreso de Ginebra a Roma pasaría por Londres. Me encantó la noticia de su visita: hacía tiempo que no nos veíamos: dos años casi exactos.

Recuerdo la última vez que hablé con Calvert Casey. Fue por teléfono, medio de comunicación que me repele no sé

por qué. No es porque oiga voces descarnadas, ya que siempre he sido fanático de la radio y los discos me deleitan. Graham Bell, con ese apellido, debió nacer campanero o heraldo si quería siempre dar malas noticias de viva voz. No hay nada más inquietante que el timbre de un teléfono inesperado. Tarde en la noche, por ejemplo. Es casi como un telegrama hablado. Más malas noticias vienen por carta que por telegrama o por teléfono y sin embargo, en el exilio, uno espera las cartas con ilusión, aun las cartas inesperadas. Esa noche de primavera amable estaban de visita en casa una americana que quiero y un inglés que detesto, por razones idénticas pero opuestas. El es un

director de cine que antes era fotógrafo y se ha hecho inexplicablemente famoso con su escaso talento, haciendo películas tan literarias como pretenciosas, con sus imágenes fanáticas que cree fantásticas y sus citas de Borges, que es ahora el autor culto de los que no tienen cultura: el Homero del pobre. Esa noche aciaga, de fotógrafo ciego, la conversación de este hombre que cayó del cielo raso era insondable en su superficial profundidad y yo luchaba al borde del abismo de un bostezo cuando sonó el teléfono.

Era Calvert para decirme que no podría pasar por Londres, que volaría a España y de ahí regresaría a Roma y (lo que omitió) a la eternidad de que salió

al nacer. Calvert siempre de regreso. Apenas pudimos hablar esa vez que nunca supe que sería la última: ni siquiera noté su voz ansiosa o apremiante, ningún anuncio, mientras a mi espalda mi asaltante visualizaba con palabras ante nuestra mutua amiga laberintos de agua, canales como Mediterráneos que quería descubrir para el cine: ver Venecia y después morir. (¿Ahogado o de artritis?) Calvert colgó. A los pocos días, en otra llamada por teléfono, traumática, Juan Arcocha, amigo que amaba a Calvert —no era una hazaña: todos sus amigos amaban a Calvert—, me preguntó si sabía ya la noticia. No, no sabía nada. ¿Cuál era la noticia? Éste es un siglo de siglas y de

últimas noticias. “Calvert se acaba de suicidar en Roma”, dijo el teléfono, absurdo como la muerte, o la vida. Me costó trabajo aceptar la muerte de Calvert y confié que alguien llamaría y diría que todo había sido un error: Juan Arcocha, intérprete, había entendido mal. No era Calvert quien se había suicidado en Roma sino Calvino, nacido en Santiago de las Vegas, barrio de La Habana, escritor que vive en el Trastevere, al otro lado del río Almendares. ¿Por qué no Calvados en vez de Calvert? Pero el Calvados es un licor espirituoso y los espíritus nunca mueren. (Hay que considerar que había otra huelga de Correos en Roma, normal, total, inhibidora de las

comunicaciones, que empezó por esos días.) Bien pudo ser otro malentendido, confundido Calvert con O'Casey. Pero O'Casey había muerto en Dublín, a los ochenta, cinco años atrás y Calvino vivía rampante. O tal vez fuera otro error. Confusiones cotidianas, como propone Kafka. La muerte sucede todos los días y hay muchas clases de muerte. ¿Qué si Juan Arcocha hubiera oído suicidio por homicidio? Calvert, en un exceso de celos, había matado a Gianni, vengando la arrenta del cuerpo. Pero no, el pobre Calvert estaba hecho de la estofa de las víctimas, no de los verdugos. De lo contrario se habría quedado en Cuba y sería otro Retamar ruin agasajando a otros Carballos.

Hice docenas de llamadas a través de tan malévolo como útil invento, cuchillo de dos filos, a amigos comunicantes en todas partes de Europa. Todos, erróneos, me confirmaban la noticia mal dada por Juan Arcocha a través del auricular de la Unesco: Calvert Casey se había matado en Roma, en traducciones simultáneas. Pero yo seguía esperando su carta que contradijera o explicara lo inexplicable. Nunca vino. (Debió de estar en esos cientos de miles, millones de cartas romanas arrojadas al fuego o al Tíber.) Finalmente, aplastado por la evidencia, no creí que Calven estaba muerto pero acepté su suicidio respetable: después de todo, ese acto había sido su última voluntad. Puse un

telegrama a su antigua amante de La Habana, falsa o cierta, más que nada con la intención de propagar el desastre o su eco. Un telegrama llevaba a Cuba los restos mortales de Calvert Casey que oí por teléfono. A Graham Bell, doblando, se unían ahora Morse y Marconi, cómplices, traidores transmisores. Pero nunca tuve ni un acuse de recibo de esta notoria mujer misteriosa. Era evidente que no mereció una noche de amor con Calvert, cualesquiera que hayan sido las posiciones o las combinaciones posibles, ella Gianni del otro sexo.

Pero el silencio eterno sí fue una confirmación. Calvert Casey estaba muerto, en algún lugar de Roma. Además, con lo fácil que es patear un

cadáver —siempre caídos— supe que Calvert muerto había sido vilipendiado por la prensa puta romana {que no es casual que creara los paparazzi, de papare, hartarse, comer carroña casi) cuando un reportero de un diario de la noche descubrió en el modesto apartamento de Calvert —antes despojado, ahora cargado de las emanaciones del suicidio— una evidencia y saltó sobre ella: ídolos indios fornicando furiosos, postales pornográficas para pederastas. El difunto tenía gustos raros. Calvert devino, en la prosa periodística de este paparazzo de la letra, lo que nunca fue en su vida: un uranista, un evirado, un scelerato —palabras atroces, obscenas.

Manos mutuas me enviaron los recortes de Prensa. No quise que ése fuera el juicio postumo para Calvert y me negué a leer la literatura de letrina.

Después hablé con mucha gente que invariablemente decía ser la última en ver a Calvert vivo y llegué a la conclusión de que Calvert había visto en sus últimas horas más gente que nunca antes en su vida. Tal vez estaba demasiado vivo antes de matarse: murió por exceso de vida. O tal vez toda esa gente mentía casi al unísono. Pero ¿por qué? ¿Era por Calvert o por su muerte? ¿O es la fascinación por aquel que abre voluntario la puerta a lo desconocido? No sé nada. Pero uno de esos comensales íntimos, una mujer lejana y

sola, que parece estar más lejos mientras más cerca está, como vista siempre por un telescopio invertido —o mejor unas antiparras de ópera al revés — me contó con voz remota que Calvert durante la última cena no dejaba de decir que se sentía culpable, el ser más culpable del mundo, con toda la culpa encima como un Atlas con un globo, cautivo. Creí la última cena de esta informante porque me la relató después de haber pasado yo por una depresión instigada al parecer por la muerte de Calvert, la pesquisa en mi psiquis, de la que me sacó solamente jugar al ajedrez continuamente con Carolita, mi hija menor" jugando los dos siempre, juego tras juego: peón cuatro dama, jaque,

cambio del alfil por caballo, jaque, gambito rechazado de la reina, jaque, enroque, jaque, cambio de alfil por caballo, jaque gambito del rey, jaque mate: el rey, la pieza más importante, es la más vulnerable del juego y el ajedrez es una monstruosa metáfora mortal: al final del juego siempre espera la muerte, inexorable, sin suerte. No hay azar que abolir con una pieza. Salvado de la locura por la lógica del juego supe que Calvert se suicidó porque sufría solitario una depresión incoercible. Esta fue el arma asesina. Pero ¿quién mató a Calvert Casey?

He aquí las pistas a seguir para quienes quieran resolver el misterio del crimen, auto asesinato. La situación de

Calvert dentro de la Organización de las Naciones Unidas se había deteriorado hasta hacerse precaria. Ganó un puesto de subdirector del Correo de la Unesco (o del Boletín de la Fao o una de esas intercambiables publicaciones internacionales para consumo interno), pero no parecía probable que llegara a ocupar el cargo. Como a mí antes, en 1967, la embajada cubana en París había vetado su nombramiento por razones de Estado totalitario que la razón pura no conoce —pero sí la razón práctica. Su pasaporte cubano había expirado y ninguna embajada de Cuba en Europa lo renovaría. (La embajadora cubana en Londres, conocida como tbe sweeí señorita from Havana, había catalogado

a Calvert como un enfermo moral, indeseable en Cuba socialista.) No podía conseguir un permiso de residencia en Italia tampoco. Es más, la policía romana le había señalado una fecha para su salida de Italia, mafioso mentale, vencido su permiso de estancia en Roma. En la embajada americana contestaron a su petición de recobrar su ciudadanía con que nunca la podría volver a tener por razones más burocráticas que políticas: había renunciado a ella en Cuba, ya de adulto. Al aducir Calvert que su hermana sin embargo la había vuelto a tener ahora, sólo logró, para alimentar su culpa, una mueca de extrañeza del cónsul y en su respuesta, la revelación inquietante de

que en ese caso la ciudadanía americana de su hermana era fraudulenta y por tanto sujeta a una inspección legal y a una posible pérdida inmediata de sus derechos civiles en USA. Cogido en la trampa burocrática —hombre atrapado entre cónsules— más perfecta del siglo, desesperado, Calvert le envió un telegrama personal a Haydée Santamaría a la Casa de las Américas, pero ella nunca respondió. (Me pregunto al escribir esto, ¿en qué círculo del infierno se encontrarán los dos suicidas ahora?) Gianni lo amenazaba con volver —si Calvert conseguía dinero suficiente. Sus libros nunca alcanzaron ni en España ni en América Latina la difusión que merecían, el eco crítico que él

esperaba, el público que le había sido negado por decreto en Cuba, negativa que el exilio ratificó por ignorancia. Pero Calvert estaba habituado al fracaso tanto como a la enfermedad. El éxito, como la salud, lo habría aniquilado: tan sutil era su sensibilidad.

Entonces, con todas las piezas del rompecabezas sobre el tablero de ajedrez, ¿quién mató a Calvert Casey? ¿La guillotina política a caza de cabezas que rueden ejemplares? ¿Los amigos íntimos que tenía mientras más cerca tnás lejos, como yo? ¿Gianni, el amante alquilado? ¿Roma o el amor? ¿O Cuba, esa isla que es un espejismo en el mar Caribe, tierra de caníbales? El veredicto es del lector, juez y jurado. Tiene todo

el tiempo del mundo y aun toda la eternidad para deliberar. Pero, al revés de los juicios ingleses, la defensa y el fiscal nunca descansarán.

Ahora al final, después de años recordando a Calvert Casey vivo, soñando a veces con un Calvert Casey de sombras, pensando durante meses cómo escribir este torpe homenaje a un escritor de tanto tacto, creo que Calvert Casey tuvo un destino que trasciende a la culpa de sus asesinos tanto como a su muerte que es sólo aparente. Ese destino está en ese texto único, último, escrito en Roma en el implacable inglés en que recobra a su lengua paterna, la autoridad, después que muere su madre,

trasmisora de las voces de la tribu y señala con signos insólitos que para él vivir significaba morir, que solamente podía estar vivo como un homúnculo erótico, increíblemente reducido a su ínfima potencia, que ya no cree en el dios del amor más que dentro de su amante, virus venéreo, que vive en la anatomía amada tanto como en su misma mente, que su muerte ha sido resucitar en la propia literatura. Nunca Calvert Casey cuentista (no era un novelista) estuvo más vivo que cuando juega a la inmortalidad del cuerpo (y del alma amorosa) en el cuerpo de otro. Aunque el juego es en último extremo literario y son las palabras las que viven, eternas y el cuerpo penetrado sin límites es la

Roma del amor. ¿No sería una perversión final que este anfitrión amado fuera Gianní condenado a vivir con Calvert en su cuerpo? Calvert había erigido así su monumento dentro de la tumba en que yace oculto entre palabras que no mueren. Pero ahora su epitafio perecedero es una cita cauta grabada en el simulacro de granito que es la lápida pálida visible en ese lejano cementerio de las afueras de Roma real que visité en una última escala antes de viajar a través del espejo sin azogue a la locura. (Esta vez el ajedrez, juego lógico, se volvió un delirio demente en que las piezas eran espías del enemigo negro y no había piezas blancas.) Esa alusión apostática aparentemente definitiva a su

debilidad vulnerable es una falsa imagen fácil. Calvert Casey no era débil. Era, por el contrario, fuerte como la muerte a la que fue a encontrar en medio del camino en una cita incauta. Calvert fue el más osado de todos nosotros, hombres que fuimos *Lunes*, el que viajó más lejos, aventurero audaz. Tímido y tartamudo, Calvert fue elocuente hasta el final, después del final. Su testamento literario muestra que era tan resistente como para poder morir por las palabras y empezar a vivir en el lenguaje —¿o es en la lengua?

Una década después de muerto, Calvert resucita, se levanta en su tumba y de debajo de la lápida libresca alarga la mano huesuda que sostiene unas pocas

páginas para dejarnos saber qué es la verdadera literatura, visible en esa escritura que es su carta de triunfo: su prosa es un verso comunicante: en el reverso está la vida, al anverso la muerte. Calvert Casey vive y muere en cada lectura y su texto es una cinta de Moebius para leer, finita, infinita. Esta imagen por supuesto es otro nombre para la inmortalidad. Pero ¿quién hizo inmortal a Calvert Casey?

Octubre de 1980

Dijo el actor Edmond Kean en su lecho de muerte: “Morir es fácil. Lo difícil es hacer comedia”.

El suicida es un actor que juega a la tragedia. Sócrates, el más ilustre de los suicidas condenado por un gobierno

democrático, tenía sentido de la ironía, la que prácticamente inventó, pero no del humor. Petronio, suicida compelido por un tirano, tenía sentido del humor, qué duda cabe, pero en el momento de su muerte sólo sentía desprecio: por el tirano romano y por la Roma que hizo posible al tirano. El último gesto de Petronío no fue de humor sino de mal humor. Cuenta Tácito: “Petronio, un noble, cuando iba a morir por la envidia y el celo de Nerón, rompió su frasco favorito para el vino, hecho de frágil flúor, para que no lo heredara la mesa del Emperador”. El suicida sabía lo que aprendió el cortesano: la presa es mayor mientras más alto vuela el ave de rapiña.

Escogí lo más difícil, la comedia. El emperador y su séquito habrían preferido la tragedia. Sin embargo.

"Sin embargo mi humor mayor es para un tirano."

WILLIAM SHAKESPEARE

Lydia Cabrera y Enrique Labrador Ruiz

A fines de los años treinta había dos cubanas *emigrées* y como la palabra indica ambas vivían en París. Una venía de una familia musical, la otra era hija de un abogado respetado ya desde el siglo pasado. Esas mujeres eran Anaís Nin y Lydia Cabrera. Anaís se hizo francesa en París y después americana en Nueva York. Lydia regresó a Cuba a

cumplir su destino cubano.

Lydia se hizo la más grande escritora cubana del siglo. Ella inventó por sí sola lo que yo he llamado antropoesía, mezcla de antropología y poesía con que ella recobró las leyendas hechas religión traídas con la esclavitud a Cuba. Cuñada del etnólogo erudito Fernando Ortiz (que fue quien acuñó el término afrocubano, del que vienen todos los afros, incluyendo el peinado que hizo popular a Angela Davies, pero ¿quién es Angela Davies?), Lydia venía no sólo de una familia patricia y fue a París a estudiar arte a la usanza. Fue de estudiante en París que encontró el pájaro azul: allá oyó hablar por primera vez del arte negro. Así cambió su vida

al escribir un libro, publicado por primera vez en Francia en 1936, llamado *Contes négres de Cuba*, traducido del cubano por Francis de Miomandre, traductor de Cervantes y Quevedo. Lydia regresó a La Habana para encontrarse con que su vieja tata negra todavía recordaba todo lo que tenía que ver con los negros de África en Cuba.

La tata, llamada a veces chacha como la muchacha que fue, la transportó a África y ya Lydía no volvió a mirar atrás. Publicó luego numerosos libros sobre los dioses bantúes y yorubas que coexistían en Cuba con la religión católica y los santos españoles. Así Changó se sincretizó con Santa Bárbara:

ambos llevaban espada, ella era depósito de explosivos, él era el dios de la guerra, uno se acuerda de ella cuando truena, el otro era dueño del rayo. Además, consideren el aspecto literario: Changó, como Aquiles, para burlar a sus enemigos se disfrazó de mujer (Santa Bárbara) pero lo delató, como a Aquiles, su espada: su virilidad. Así nació la santería, la más poderosa unión sincrética de las mitologías africanas con el catolicismo, que no se extinguió con la persecución atea sino que se fue de Cuba al exilio y se regó por la cuenca del Caribe y al norte en Manhattan y New Jersey y llegó hasta la tierra del sueño de Hollywood.

Al principio su familia y sus amigos se

alarmaron ante el interés de Lydia. Era demasiado amistosa con los *santeros* (negros brujos) y lo que es todavía peor, con los *abakúas*, la sociedad secreta conocida —y temida— como ñañigos, prohibida para mujeres y homosexuales. Pero Lydia fue recibida por los sectarios como uno de ellos. Quizás haya ayudado que era de la alta sociedad, pero si creían que ella sólo quería husmear, se equivocaban. O quizá todo se debió a su encanto personal, ese encanto con que se ganó a los gitanos de Lorca en España. Lorca mismo le había dedicado su mejor poema, "La casada infiel" a Lydia —y añadió Lorca con gracia "y a su negrita". Fue Lydia quien puso en contacto a Lorca con Margarita

Xirgu, con el resultado conocido. Pero también Lydia llevó a Lorca a un *ekbó*, ceremonia de santería, y el poeta, siempre delicado, se desmayó (o fingió desmayarse) en brazos de Lydia, que era una mujer frágil pero fuerte.

Su enorme encanto era todavía visible con más de noventa años. Encanto quiso decir un día ensalmo y tal vez Lydia ensalmó a los brujos de la tribu secreta, para dominar la magia negra en que nunca creyó. Fue por eso que le permitieron entrar al cuarto *fambá* (fue la primera mujer que lo consiguió), que era el *sancta sanctorum* de los ñañigos. Ella era en su trato con hombres y mujeres de un raro encanto, de veras encantadora.

Pero también fue una investigadora seria de las culturas africanas que sobrevivieron en Cuba al gran naufragio racial que fue la esclavitud. El folklore negro sobrevivió a todos los desastres y resurgió más potente que en la África negra dejada detrás pero convertida en una nostalgia de tambores. Ésta es la principal razón por la que sobrevivieron en Cuba, en Haití y en Brasil: eran esclavos pero conservaban su tambor como fuente de religión y de música. Es decir su cultura. En la América sajona les quitaron el tambor pero les dejaron el color fijo: no hay mulatos en Estados Unidos, todos son *black*.

Lydia me recordó siempre a Karen Blixen, una mujer aparentemente frágil

que era cujeada, dura y que amaba al africano más que a nada en el mundo. Pero Blixen se quedó fuera de África, como dice su obra maestra, mientas que Lydia, constante, constantemente en todos sus libros va siempre al África. Lydia escribió su epitafio en una entrevista (fue la mujer cubana más entrevistada) que con cedió una vez: "De no haber habido negros en Cuba, nunca habría vivido allá".

Murió en Miami, donde vivió por más de un cuarto de siglo con su constante compañera, Titina de Rojas, una belleza de sociedad a la que Lydia convirtió en arqueóloga importante. Titina era la dueña de la fabulosa Quinta San José, donde también vivió Lydia. Al exilarse

ambas en 1960, el alcalde de Marianao ordenó arrasar la quinta y las palmeras que la rodeaban. Irónicamente Fidel Castro envió luego a comisarios como emisarios para decirle que el Gobierno de Cuba le daría la bienvenida y hasta le ofrecieron otras mansiones, cuando Lydia vivía en un minúsculo apartamento en un suburbio de Miami. Lydia Cabrera se mantuvo firme, magnífica hasta el final en su destierro.

Una leyenda recorre el exilio y dice así:

Una tasca en el viejo Madrid, una tarde de noviembre de 1976. Dos hombres de edad media conversan sentados a una mesa. Uno de ellos es un

negro imponente que podría ser el modelo de Ótelo, el otro hombre es blanco, bajo, con ojos saltones que parecen verlo todo. Los dos son cubanos, exilados los dos y han estado conversando más alto que los madrileños que los rodean, que ya es decir. Uno de los dos cubanos fue periodista poderoso, jefe de redacción pero en realidad director del *Diario de la Marina*, uno de los periódicos más antiguos del continente americano. El otro hombre es escritor, sobreviviente de profesión y viajero sin brújula.

Son, de derecha a izquierda, Gastón Baquero y Enrique Labrador Ruiz que charlan vida abajo. Cuando se produce un claro en la espesura de su

conversación, se oye un ruido inusitado: la tasca toda aplaude. Está todavía aplaudiendo a los dos cubanos que conversaban. Los oyeron como quien oye llover al principio, después escucharon atentos, luego aplaudieron atronadores. Los madrileños, que saben de diálogos de tasca, reconocieron a los dos forasteros como lo que eran: maestros de la conversación. Los dos escritores conversaban alegres aunque recordaban su juventud en voz alta. Baquero es el primer poeta de Cuba, Labrador, como le llamaban todos para invocar el sol de su conversación, era un novelista famoso en toda Sudamérica. Los dos cubanos se permitían incurrir en lo que Dante llamó el "mayor dolor" y

recordaban el tiempo feliz en la desgracia. Los dos amigos en la tasca eran exilados ambos y lo único que les quedaba en la vida era su arte. En el que figuraba, prominente, la conversación.

Labrador fue un adelantado en la América hispana de lo que luego se llamó, con más ruido que acierto, el *Boom*. También era un rebelde dentro de una revolución. Pagó caro ambas hazañas. En 1933 Labrador publicó una novela (*El laberinto de sí mismo*) que él llamó gaseiforme, que hay que esperar a Lezama Lima, cuyo *Paradiso* se publicó en 1966, para encontrar un acercamiento similar al arte de narrar en el trópico. Luego escribió varios sujetos de experiencias que fueron objetos de

experimento, como *Cresival* (1936) y *Anteo* (1940), cuyos títulos mismos son novedosos en extremo. Más tarde, en su vida estuvo preocupado con ciertas formas informes que llamó "novelines neblinosos", porque eran algo más y algo menos que novelas y ios envolvía una niebla de prosa que se disipaba en la lectura. En 1940 publicó un libro cuya materia era casi una presciencia cíe aquella tarde de Madrid treinta y cinco años más tarde. Se titulaba *Papel de fumar-Cenizas de conversación*. Ninguno de los dos hombres fumaba entonces. Labrador fue un viajero voraz que devoraba leguas como millas. También fue un escritor prolífico que publicó mucho y conoció a todo el que

fuera alguien en América —y en otras partes. Su último libro, publicado en Miami en 1990, cuando ya estaba encerrado en el laberinto de la senilidad, se llama con un retruécano escogido, *Cartas à la carte*. En español, lo dijo un español, los escritores descienden de Cervantes manco o de Quevedo diestro en los duelos. Labrador viene de Quevedo. Pero, al revés de Quevedo, pugnaz, Labrador era un hombre amistoso, gregario, que podía ser amigo a la vez de Asturias y del león literario que fue Neruda. Bebedor a la manera irlandesa (manes de Flann O'Brien), Labrador se vanagloriaba de haber desterrado a Neruda (tan buen bebedor como él) a dormir debajo de la

mesa en cada duelo. Pero al revés de Neruda, Labrador fue toda su vida un demócrata que no mereció el premio Stalin y trató de dejar la Cuba de Castro como un barco que ya antes de zarpar se hundía. No lo consiguió hasta 1976. El precio que tuvo que pagar no sólo fue dejar La Habana detrás sino los sesenta mil volúmenes de su biblioteca (yo la vi, yo los vi), muchos de los cuales estaban autografiados por su autor. Labrador estaba más orgulloso de sus libros que de sus encuentros con su "amigo Johnny, de apellido Walker". Como en un *wake* irlandés (tan parecidos a los viejos *velorios* cubanos), hay que beber a la salud de Labrador cantando una canción que

dice: “Sobre una tumba una rumba”.

DATOS VITALES

Enrique Labrador Ruiz, escritor y *causear*, nació en Sagua la Grande, Las Villas, el 11 de mayo de 1900, casado con Cheche, murió el 10 de noviembre de 1991. Lydia Cabrera, antropoeta, nació en La Habana el 20 de mayo de 1900 y murió en Miami el 19 de septiembre de 1991.

Noviembre de 1991

Montenegro, prisionero del sexo

Cuesta trabajo creer, ya lo sé, que el periódico *Hoy* en los años cuarenta fuera una universidad. Así fue por lo menos en los primeros cinco años de la

década. El Partido Comunista, del cual era su órgano, estaba en auge entonces. Era legal, Batista le había regalado la Confederación de Trabajadores de Cuba, la poderosa CTC y dos de sus miembros más destacados, Juan Marinello, antiguo presidente de Unión Revolucionaria Comunista, viejo venerado, poeta, ensayista, y Carlos Rafael Rodríguez, el futuro tercer hombre de Fidel Castro, eran ministros destacados en el gabinete batistiano. Con Batista el Partido tenía bastante dinero en forma de anónimas sinecuras y fuera Stalin era el "tío Joe" para el frivolo Roosevelt y también, ¿por qué no decirlo?, para el astuto Churchill: los tres se sentaban en la misma mesa a

trinchar el mapa de Europa y del mundo.

Para colmo, el líder comunista americano Earl Browder, de acuerdo con Moscú, había creado toda una teoría revisionista en la que el comunismo y el capitalismo eran la misma cosa pero con *gulags*, de los que nadie en Cuba sabía o quería saber. Ni de *gulags* ni de purgas. Los americanos, siempre influyentes, consiguieron sin dificultad que el líder comunista cubano, apodado por sí mismo Blas Roca, emulara (verbo favorito del comunismo) a Browder y declarara que en Cuba el Partido Comunista, devenido inerme Partido Socialista Popular, se convertía al *browderismo* como una suerte de Enmienda Platt marxista. Para colmo, el

llamado partido del obrero, en menos de cuatro años compartiendo el poder con Batista, mulato como Roca, llegaría a postular para la próxima presidencia de Cuba al candidato batistiano, Carlos Saladrigas, un altanero miembro de la alta burguesía blanca. Ver para creer en Marx.

No sabía nada de esto, claro, cuando fui con mi padre por primera vez al periódico *Hoy* el día 27 de julio de 1941. La fecha está marcada con tinta en mí memoria porque allí vi y oí por primera vez máquinas de escribir colectivas tecleando al unísono, para crear ese sonido característico de las redacciones que hoy ha desaparecido ante la proliferación del *word*

processor, la máquina muda que compone letras verdes. Otro descubrimiento emocionante fue ver los linotipos cazando letras como insectos, un pájaro inventado por el hombre, para cocinarlas en una sopa de plomo derretido. La mayor, más estruendosa y feliz invención era la rotativa, vista en el cine produciendo siempre extras sensacionales, pero ahora atronando el patio de máquinas al hacer impresión sobre la cinta interminable de papel periódico, Y por sobre todo, como una emanación, el olor de la tinta que iba de menor, en las máquinas de escribir, a mayor en la máquina de imprimir. Todo era un espectáculo inolvidable que se iniciaba con un timbre eléctrico

avisando que la función iba a empezar. Como en el cine del pueblo.

Pero con el tiempo resultaría más inolvidable la congregación de tanto talento bajo el mismo techo. Sería hacer listas mencionar sólo los nombres de los hombres y mujeres que en ese momento trabajaban en el periódico *Hoy*. Está, primero porque era el de más talento, Lino Novas Calvo. Después venía Carlos Montenegro, del que hablaré enseguida y Rolando Masferrer, que había estado, como Lino y Montenegro, en España durante la guerra civil. Pero Masferrer había ido como combatiente. Ahora estaba cojo de una herida que había sufrido en una pierna en el frente de Madrid. Masferrer había sido además

un combatiente urbano en la Universidad de La Habana y en otras partes de la ciudad, mandado siempre por el Partido. Ahora se veía más pacífico como jefe de cables, traduciendo de unos rollos que salían de otra máquina maravillosa, la teletipo, que escribía sola pero sólo mensajes en inglés. Masferrer, que luego se hizo gángster y esbirro de Batista y que moriría volado por una bomba en Miami después de cumplir condena en Sing-Sing, demostró en el *ínterin* ser uno de los mejores periodistas que ha dado Cuba, escribiendo una prosa dinámica y audaz que pedía prestado a los anarquistas, como hizo Hemingway, párrafos pujantes cargados de cojones y carajos que manejaba con soltura, sin

censura. ¿Quién era capaz de corregir al incorregible líder de los Tigres de Masferrer, que no era un club de pelota sino una banda paramilitar capaz de aterrar a todo el que vivió en Cuba de 1952 a 1959? Masferrer era el miedo. Una vez, antes del golpe de Estado de Batista, la policía lo sorprendió en el acto de enterrar vivo a un enemigo que seguramente lo merecía.

Entre las mujeres de *Hoy* estaban Emma Pérez, que se había casado con Montenegro en la cárcel, y Mírta Aguirre, lesbiana obvia, que no se casaba con nadie. Emma Perez profesora de pedagogía en la Universidad de La Habana, se fue junto con Montenegro y Masferrer para crear

una facción alrededor de un periódico, *Tiempo en Cuba*, y luego la revista *Gente*, que ella dirigía con mano férrea y en la que produjo, como luego en su columna de la revista *Bohemia*, un periodismo culto nada oculto, más bien exhibicionista, que manejaba la alta cultura y la cultura popular con extrema facilidad. Mirta Aguirre crítica de cine con un criterio partidista, pero con un manejo de la cultura del cine seguro y sagaz, también hacía crítica de música y de teatro con la misma autoridad. Fue una mujer de un raro valor, incluso físico, y cuando la conocí ya de mayor (fuimos juntos profesores de la Escuela de Periodismo) pude apreciar su ingenio mordaz capaz de ser mordaza. Socratesa

comunista, su propio partido la acusó de pervertir a sus alumnas y ahí terminaron, bajo Castro, sus días y sus noches.

Hubo otros escritores en *Hoy* que serían fuera de serie dondequiera como Carlos Franqui y Agustín Tamargo. Ambos irían a hacer grupo con Masferrer pero Franqui lo hizo sólo por poco tiempo.

Dirigía el periódico entonces Aníbal Escalante, después famoso por su doble encuentro con Fidel Castro, que demostró que Escalante no sólo era un político muy inteligente sino un hombre de un valor personal extraordinario. Muchos, por hacer menos, fueron fusilados por Castro. Aníbal, como todo el mundo lo llamaba, casi se hizo con el

poder con beneplácito ruso. Pero esa época se conoce como el período en que Castro gobernaba con el pseudónimo de Aníbal, que fue de veras escalante. Aníbal, pocos lo saben porque se escondía, *larvatus prodeo*, era un hombre de una gran cultura y su biblioteca, que dejaba ver a pocos, era vasta. Pero, era, siempre fue, un estalínista feroz. Fue así que pudo enfrentarse a ese otro Stalin nada fiel. Aníbal lo supo demasiado tarde. Como Jruschov murió oscuramente.

La figura literaria dominante en el periódico (aparte Nicolás Guillen, poeta en residencia) era Carlos Montenegro el del nombre memorable, de figura formidable. Montenegro era jefe de

redacción, que quería decir que se ocupaba de literatura. Era la segunda jefatura después del jefe de información, cargo más periodístico. Montenegro era entonces un hombre alto, hirsuto, de cara mala a la que gruesas gafas daban aspecto de topo. Era encorvado, descuidado y de pies planos y uno se pregunta cómo fue una vez sexualmente irresistible. La respuesta es la cárcel: en la que había pasado quince años de su vida no demasiado larga entonces.

Como Novas Calvo, Montenegro había ejercido, de joven, los más variados oficios. “Grumete, cargador de bananas en Centroamérica”, enumera Enrique Pujáis en la cubierta. Nacido en Galicia, Montenegro emigró a los siete años a

Cuba. A los trece años se embarcó en un *tramp* de cabotaje, vivió un año en Argentina, fue minero y trabajó en una fábrica de armas en Estados Unidos. Pujáis afirma que fue apuñalado y puesto preso en Tampico, que puede ser una fábula. Otra fábula, esta vez más cerca de la vida, es que a los 18 años fue acosado sexualmente por otro hombre en la zona habanera de los muelles, al que mató. Fue condenado a cadena perpetua y cumplió 15 años en el presidio del Príncipe de La Habana. Fue en la cárcel que comenzó a escribir y ganó un concurso de cuentos patrocinado por la revista *Carteles*, entonces la más importante de Cuba.

Su vida, paralela a la de Lino Novas

Calvo, cambió al ganar este premio y saber toda La Habana cultural que el autor del cuento ("El renuevo", influido, por supuesto, por Máximo Gorky, realista socialista con una insoportable carga sentimental entonces en boga), estaba preso por lo que la moral al uso consideraba la defensa del honor. Se organizó una comisión primero, luego una protesta y finalmente una petición de indulto. Montenegro fue indultado no sin antes casarse en la cárcel. Curiosa manera de salir de una condena para entrar en otra.

En libertad, Montenegro, niño lindo de la izquierda liberal habanera, siguió el camino de toda carne política: se hizo comunista y su fama creció bajo el

frondoso árbol histórico del Partido. Publicó, inevitablemente, un libro titulado *El renuevo y otros cuentos* (1929) después *Dos barcos* (1934), otra colección de cuentos y luego se fue a España como corresponsal durante la guerra civil. De allí regresó con un libro de reportajes de guerra y una narración partidaria, *Aviones sobre el pueblo*. Poco antes de irse a España publicó su obra maestra, la novela Hombres sin mujer, que es todo lo contrario del cuento que escribió en la cárcel. Dura o más bien implacable, como el título apenas indica, y llena de sexo de principio a fin: de la única clase de sexo posible en la cárcel. Autobiografía en apariencia, *Hombres sin mujer* es un

libro en que la pederastía y esa forma particularmente cubana de la sodomía, la bugarronería: la posesión activa por un hombre de otro hombre que hará las veces de la mujer, forman la sola relación posible. El libro fue considerado en su tiempo, en Cuba y en todas partes, como una obra maestra —y lo es.

Extrañamente en español habrá que esperar hasta la publicación de *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig en 1976, que es una ficción creada por la imaginación de su autor, para encontrar un libro que pueda ser semejante. *Hombres* es una autobiografía cruel: el destino que evitó su autor con la muerte de su asaltante se cumple en la cárcel

finalmente accediendo su protagonista a los mismos requerimientos sexuales, pero con la voluntad del deseo. Dice Montenegro en su advertencia al lector, “considero un deber... describir en toda su crudeza lo que viví”. La novela es un antecedente de Genet. Mejor que Genet porque no contiene la carga de literatura pseudorromántica con que Genet idealiza el crimen. Además, Montenegro nunca fue ladrón. Se libró así de publicar un canto al robo con fractura y pederastía.

Hombres sin mujer es no sólo una gran novela cubana sino del idioma español, sin comparación posible. Pero el grito desesperado del preso loco por tener una mujer, que aulla: “¡Yo quiero

comer gallina blanca!”, recuerda extrañamente al momento en *Amarcord* en que el gigante loco subido al árbol (de la vida) grita al viento: *“Voglio una donna!”* Afortunadamente, no para el autor que está muerto, para los lectores, el libro no está del todo olvidado y ha habido dos ediciones sucesivas recientes en México y España. Los jóvenes entusiastas de Málaga no malgastaban su entusiasmo cuando, para lanzar su editorial, escogieron este libro tan localmente cubano (es más, habanero, es más propio de El Príncipe, encerrado en él como preso) al felicitarse por su elección, al declararse afortunados al dar a conocer al lector español un antecedente memorable, una

obra maestra nada ordinaria.

El Montenegro que comandaba la redacción de *Hoy* no como un preso exaltado sino como un autor laureado (acababa de publicar su tercer tomo de cuentos en 1941, *Los héroes*, y se ganaría el prestigioso premio Hernández Cata en 1944) nunca daba importancia no sólo a sus premios sino a la literatura misma. Es el error cometido por Lino Novas que nunca siquiera pasó por la cabeza de Virgilio Pinera o de Lezama. Ahora, chancleteando más que caminando por la redacción, Montenegro era como un oso benévolo y si Hollywood hubiera hecho la película de su vida le habría dado el papel, sin duda, a Walter Matthau.

Un día en que me movía en la redacción de un escritorio al cuarto de cables donde se recibían los resultados de la Serie Mundial de baseball, pasión más que afición, Montenegro me atajó:

"Ven acá", me llamó y era por supuesto una orden. Me dijo que me veía tanto en el periódico que creía que yo quería ser periodista cuando mayor. Lo pensé pero nunca se lo dije; a los 12 años yo sólo quería ser pelotero, jugar si no en las grandes ligas por lo menos en la liga cubana de invierno. Fantasías infantiles. Pero Montenegro siguió: "¿Tú sabes escribir a máquina?" Le dije que no. Me dijo que me iba a enseñar y dio media vuelta experta a su máquina, que estaba sobre un satélite, palabra que

todavía me asombra. (¿Era cada periodista un planeta entonces?) La colocó frente a mí. “Escribe.” Traté pero mal, claro.

“Para ser periodista”, me instruyó, “hay que saber primero escribir a máquina. ¿Entiendes?” Le dije que sí. Traté de nuevo. “No, no”, me dijo. “Nunca escribas con todos los dedos. Los periodistas nada más escriben con dos dedos. Si escribes con todos los dedos no serás nunca periodista, serás mecanógrafo.”

Esta lección, la única que aprendí para aprender a escribir, no la he olvidado. Cada vez que alguien, al verme escribir, con el dedo del medio derecho y el índice izquierdo, trata de que escriba

con los diez dedos sé que me está reduciendo a mecanógrafo.

Cuando Montenegro, Emma Pérez, Lino Novas Calvo y Masferrer y los suyos dejaron el periódico, no los volví a ver en grupo. Vi, sí, a Lino Novas muchas veces pero nunca después que dejó Cuba como dejó el periódico *Hoy*. Vi también a Montenegro en su exilio de Miami. Estaba recluido en su apartamento como si fuera su celda voluntaria. Blanco en canas, había cogido de viejo un aura noble. Ya no parecía un topo: se parecía al prisionero de Alcatraz del cine y hasta había cierto parecido entre Montenegro y Burt Lancaster. Para acentuar la semejanza, Montenegro tenía ahora su apartamento

lleno de jaulas con pájaros: canarios, sinsontes, azulejos y, creo, hasta tomeguines del Pinar, ese pájaro tan cubano.

Hablé con Montenegro y recordaba el periódico *Hoy* pero lo recordaba mal, era evidente: aseguraba que lo había dejado en 1938, cuando todavía no había sido fundado. Le dije que en esa fecha fue coeditor de la revista *Mediodía*. No recordaba. Tampoco recordaba haberme dado una lección de mecanografía. Algunos viejos recuerdan el pasado más remoto, pero otros, por una falla particular de la memoria, no recuerdan nada. Cuando se trata de un escritor no hay que buscar los recuerdos sino sus libros. Pero me sorprendió que Carlos Montenegro, antes de morir, ya no recordaba nada de su vida ni siquiera sus libros.

Lino Novas Calvo, más maltratado por

la vejez que Montenegro, por lo menos recordaba la exactitud de un artículo que sustituía a un pronombre. Eso no es gramática, que es la mecanografía de la escritura. Eso es, ni más ni menos, literatura. Montenegro murió en Miami en solitario.

Enero de 1992

La luna nona de Lino Novas

Acaba de morir Lino Novas Calvo, en Nueva York, después de diez años de agonía ignorada. El autor de *Pedro Blanco, el negrero* había sufrido una serie de embolias en la década de los setenta que lo habían dejado medio paralizado primero y luego paralítico y finalmente convertido en ese vegetal que

a veces parece ser el camino de toda carne. Nunca sabremos de cierto cuánto sufrió Lino en su parálisis, pero sí sabemos lo que padeció con esta muerte en vida, su viuda Herminia del Portal, Fuimos con ella Miriam Gómez y yo a un hospital en que sólo visitarlo era una visión violenta del infierno de la senilidad. La demencia, la invalidez y la idiotez senil eran allí el decorado y el único paisaje posible. Entre estos reos a los que Jonathan Swift con ironía irreverente llamó los Inmortales: condenados a la vida, prisioneros de su supervivencia en la cárcel de la longevidad. Allí Lino dio una última muestra de su energía creadora.

Tengo en mi anaquel de libros cubanos

una primera edición barata pero para mí preciosa. Es *La luna nona*, título remoto, publicada en Buenos Aires en 1942; es decir hace más de cuarenta años. Este volumen de cuentos es una obra maestra del género y cuando un día se escriba la historia definitiva del cuento en América se verá que Lino Novas está entre sus maestros: Horacio Quiroga, Borges, Felisberto Hernández, Juan Rulfo, Virgilio Pinera, Adolfo Bioy Casares para citarlos en orden cronológico. Lino Novas fue el primero que supo adaptar las técnicas narrativas americanas a una escritura verdaderamente cubana —y lo que es rnás, habanera. En sus cuentos se oye hablar a La Habana por primera vez en

alta fidelidad. Sobre todo La Habana de las afueras, la que conversaba en Diezmero y Mantilla y Jacomino y Luyano y Lawton Batista: en los traspatios.

Todo ese submundo urbano, suburbano, era un orbe nuevo. Cuando otro escritor cubano nacido en España, Antonio Ortega (de Gijón, Asturias) me dio a conocer los cuentos de Lino (desde entonces ya no más Novas Calvo) fue como si abriera una puerta pequeña, la del tomo, a un mundo ancho pero propio, contenido bajo el título de *La luna nona*. Recuerdo haber llevado el tomito en el regreso ritual de Navidad al pueblo natal, leyéndolo todo molido en mi vagón de segunda, el tren

convertido en mi Transiberiano, el viaje largo en el tiempo no en el espacio: un Orient Express a través del espejo.

El tren había salido de la vieja Terminal de Egido a las diez de la noche, con el brazo lívido de Chelo diciendo adiós desde el andén, y al amanecer estábamos todavía en la provincia de Las Villas, enfilando la inmensa llanura continua (Cuba, como África, no es más que una extensa sabana) que era el paisaje de Placetas a Cacocún, el empalme para Holguín, y el resto del trayecto hecho en el gasear de vía estrecha a Gibara: lomas, un túnel, el mar. Todo ese viaje de fin de año de 1947, fin de una era y comienzo de la literatura, lo había pasado leyendo y

releyendo la rara prosa de Novas Calvo. Rara no por remota sino por prójima: esas gentes de nombres exóticos como Acerina Canadio, Silvia Silva, Nazario Niela no vivían en *La luna nona*, en las afueras, como el cuento sino entre nosotros. "Él reía su risa arrancada", cuenta Lino sin apenas darle importancia a la imagen vertiginosa, "y decía que pensaba acabar con todos los carros del garaje, y los ojos se le estriaban". Créanme, no se escribía así en español, o en cubano, antes de publicarse "En las afueras". No se volvió a escribir igual después.

Recuerdo haber leído luego su cuento "Angusola y los cuchillos" con una extraña emoción que era el arte emotivo

de las palabras que lo traían todo: los nombres, los hombres y las mujeres (¡Ah, Sofonsiba Angusola!) y el sexo sobresaltado en una oscura violencia vital. A pesar de mi respeto por Carlos Montenegro, Lino Novas Calvo se convirtió en mi escritor cubano favorito y hasta la llegada de William Faulkner y de Borges (juntos en *Las palmeras salvajes*), en mi escritor favorito entre todos. Habría hecho (de hecho, hice) proezas por leer un nuevo cuento de Novas Calvo. Se hicieron de veras escasos.

Recuerdo a Lino, la persona, a la puerta de *Carteles* esperando, viejo chófer, a Herminia del Portal, su mujer, entonces directora de *Vanidades* y la

periodista que ella sola había revolucionado la prensa femenina cubana como lo haría después con la continental. Lino, a la espera, me saludaba al pasar con un falso falsete en que siempre se refería a mi programa de televisión diciendo: “Te vas a convertir en un actor, ya verás” tal vez advirtiéndome contra la imagen, personal y virtual en la televisión. Por esa época Lino había dejado de escribir cuentos y hacía raudos reportajes para *Bohemia* (de la que era Jefe de Redacción), algunos tan admirables que parecían calificar como literatura a regañadientes. Solía decir cosas insólitas, como “No hay que escribir cuentos. La literatura está acabada. Lo

que hay que hacer ahora es reportajes. El cine y la televisión han aniquilado a la letra literaria. No queda más que el periodismo”. Actitud que me asombró y me molestó al creer, como creía, que la única razón para hacer periodismo, entonces y ahora, es hacer literatura diaria o semanal: el periódico como pretexto literario.

Cuando Lino escogió el exilio, estábamos en las antípodas. Lo que no me impidió saltar sobre un solitario (y sin duda único) ejemplar de *La luna nona*, canela y limón, viejo y amarillento, inusitado, en una librería de viejo de La Habana Vieja a fines de 1961 —fin de una era. Cómo saqué ese libro clandestino de Cuba, lo conservo

todavía, rara copia, es toda una historia, otra historia. La de ahora es la de Lino y la literatura. En 1967 publiqué un libro titulado *Tres tristes tigres* que contenía una serie de homenajes literarios en forma de parodia a varios escritores cubanos, de Martí a Virgilio Pinera. Había, tenía que haber, una parodia de Lino: a su estilo, a sus nombres, a su prosa. Lino había regresado a la literatura en el exilio, que en vez de destruirlo había fortalecido su vieja vocación: había escrito cuentos, publicado libros y enseñaba entonces español en la Universidad de Syracuse, en el Estado de Nueva York, a donde han regresado ahora sus cenizas. De allí me escribió una carta que mostraba que

había entendido como ataque lo que era mi honrar honra. Estaba de veras dolido y me llamaba Guillermito. Pero el tono no era de afecto por cierto. ¡Por favor! Si hasta había homenajeado a Alejo Carpentier, personaje de veras desagradable, cómo iba a atacar a Novas Calvo, ¡a Lino! Lo que Lino creía ver no era siquiera burla: era encomio. No contesté su carta porque pensé que sería exacerbar su encono. En el verano de 1980 viví tres meses en Manhattan y decidí que era hora de visitar a Lino y conversar. Sabía que estaba internado en un hospital de inválidos y después de insistir con Herminia del Portal, ésta *consintió* a la visita, a la que nos acompañaría a Miriam Gómez y a mí.

No lo sabía pero iríamos a ver los restos vivientes de Lino Novas Calvo. Fue, sin embargo, una ocasión memorable.

La sala en que estaba recluido Lino olía a lo que huelen los viejos chochos —sudor agrio, orines, babas— y Lino apareció sobre una silla de ruedas. Había sufrido más de un cambio. El habanero menudo, delgado, atildado, se había convertido, por la magia del regreso biológico, en un gallego fuerte. No se veía limpio pero no estaba del todo inválido y podía pintar, aunque coordinaba sus manos mejor que sus ideas.

Conversamos, con Herminia de simpática, patética intérprete, haciendo

llegar a Lino nuestras preguntas por el método de la repetición en eco y alzar la voz. En un momento inusitado me vi hablando con Lino directamente y le conté la historia del nuevo encuentro con *La luna nona* bajo el sol de Cuba. No parecía tener idea de qué era Cuba y por supuesto no sabía nada de lunas, nonas o no. Le mencioné de pasada una de sus obras maestras perdidas, el cuento "Angusola y sus cuchillos". Lino me corrigió enseguida. "Y *los* cuchillos. *Los*" Todos se sorprendieron de ese súbito despertar de su mente en hibernación. O no todos. Yo había visto en esta corrección surgir la naturaleza, segunda o primera pero siempre verbal, del escritor por entre el laberinto de la

mente extraviada. Lino había demostrado que hasta ahora, en sus setenta años largos, a pesar de la embolia y los derrames cerebrales, pese a la metódica, casi malvada destrucción de su mente por su cuerpo, su memoria de escritor estaba intacta: una palabra había bastado para activarla. Pero es que para un escritor una palabra es siempre más que una palabra. Para él era ahora el pasado Novas Calvo creador irrumpiendo en el presente limbo de Lino.

Me fui con más esperanza de la que vine de que Lino regresaría, se recobraría. Le dije a Herminia, convertido en analista súbito, que la mente de Lino necesitaba ejercicio tanto

como su cuerpo: unas conversaciones literarias a menudo lo sanarían. Ésa era mi terapia: ¡conversaciones literarias! Como otras veces, me equivocaba rotundo. El fuerte campesino gallego a que Lino había revertido, le sostuvo el cuerpo pero no la mente. Lino tuvo dos *strokes* más y finalmente quedó totalmente inválido, cuadriplégico casi: excepto por un brazo que se le lanzaba en espasmos, no podía mover su cuerpo —ni siquiera la mano con que escribió *La luna nona*. Así vivió un año y medio más. Ahora acaba de morir el hombre que había nacido en Galicia en 1905 y a los siete años había sido enviado, solo, a Cuba, a vivir con un tío remoto y tal vez a "hacer las Indias" y convertirse en

indiano. Sin saberlo su madre lo había mandado a ser un gran escritor cubano.

Me hubiera gustado que Lino hubiera vivido para siempre para que pudiera escribir cosas tan cubanas, tan habaneras, como el comienzo de "Un hombre malo" y convertirlas de nuevo en universales. "Bueno", empezaba el narrador que tal vez fuera Lino mismo, "yo era chófer, como él, pero había comenzado antes, siendo más joven, con un título prestado y un fotingo de pedales, encaramado allá arriba, en el pescante, y oyendo gritar ¡paragüero! sin importarme". Swift, que murió víctima de la locura senil, en sus años de vigor literario escribió sobre los Inmortales e n *Gulliver*. "Pero la cuestión no es

saber si un hombre puede escoger pasar la vida a perpetuidad bajo todas las desventajas que trae la vejez consigo.”

¿Cuál es la cuestión entonces? Swift escogió otra inmortalidad como respuesta. No la del espíritu, en la que es obvio que no creía aunque fuera clérigo, sino la de la letra y escribió, entre otras cosas, ese *Gulliver* que ahora puedo citar doscientos años y pico más tarde como si Swift viviera todavía y no fuera polvo de locura y de deseo.

Lino Novas Calvo, al ser enviado a América, también escogió ese destino, aunque pareciera haber renunciado a él durante un momento de desespero ante la inatención y la inercia. Ahora vive para siempre en sus libros, y vivirá mientras

sea leído. *La luna nona* es su luna eterna: siempre nueva, siempre llena, siempre sobre el horizonte oscuro. Así escribió Lino, así comenzó un cuento con la frase "¡Ese capitán Amiana!", para decir luego: "La isla no era nada vivo en sí. Una aparecida, como un muerto aparecido. Uno sentía que por debajo de ella aleteaba algo que no aleteaba, que no tenía una vida muerta, que veía las cosas con ojos diferentes". Fue ese cuento suyo que parodié en parte. Se titula, no por gusto, "Aquella noche salieron los muertos". Salen en cada lectura.

Julio de 1983

Un poeta de vuelo popular

¿Por qué Neruda llamó en sus memorias a Nicolás Guillen por el mote de Guillen *el Malo*? No era tanto una evaluación de Jorge Guillen como una devaluación de Nicolás Guillen. Neruda y Guillen militaban en el mismo partido comunista, ambos eran estalinistas de adopción y los dos disfrutaban los mismos privilegios que Louis Aragón, que de.surrealista pasó a ser estalinista (no hay un solo poeta converso de los años treinta que no haya cantado a Stalin), para viajar por París en un costoso Mercedes con chófer, como lo vi en la Rué Bonaparte en el otoño de mi descontento de 1965, coleccionando viejas cartas postales y jovencitos para

el doble horror de André Bretón que sólo murmuraba, *"C'est dégueulasse!"*

Ni Nicolás ni Neruda eran pederastas ni coleccionistas (aunque Neruda tenía una colección de caracoles) pero eran rivales. Cada uno aspiraba a ser el Gran Poeta de América y, *Hoy* lo sabemos, ninguno lo fue. Pero Neruda derrotó a Nicolás en la carrera sucia a Suecia: fue Neruda quien ganó el premio Nobel. Nicolás, hay que decirlo, nunca llegó a ser el gran poeta a que aspiraba. Pero cuando comenzó, equipado como pocos, parecía que iba a llegar lejos.

Los años treinta, dura década en Cuba, empezaron con los mejores auspicios para Guillen. En 1930 publicó sus *Motivos de son* basados en el son;

canción y ritmo y poesía popular estaban ya en sus primeros poemas. En este año conoció a Lorca, que llegó a ser más que una influencia, un maestro del arte de la poesía popular presentada como canción culta. Poco después Guillen cesó de ser censor para el dictador Machado y escribió sus mejores poemas. Viajó a España en los comienzos de la guerra civil y el asesinato de Lorca se convirtió en una de sus obsesiones. Para exorcizarlas se afilió al Partido Comunista de Cuba, donde lo elevaron a la categoría de gran maestro. Un chusco declaró entonces que el son se había hecho sonsonete.

Pero si se lee un poema de Guillen de después de su conversión se ve cómo su

arte se vuelve artesanía y su poesía deviene propaganda de partido. A veces suena como un alquilón de a diez la línea, como con su poema a Stalin (escrito durante las grandes purgas), en el que llega a emplear la santería (de la que no sabía nada) y a invocar los dioses afrocubanos como si fueran deidades dudosas:

¡Stalin, que te proteja Changó y te cuide Yemayá!

Lo curioso es que Nicolás Guillen no era estalinista. Nunca fue un *bon mourant* sino un *bon vivant* y un artista inseguro al que el comunismo le ofrecía un nicho en la noche. Lo conocí cuando tenía doce años. Es decir yo tenía doce y

Nicolás cuarenta. Ocurrió en el periódico *Hoy* donde mi padre era periodista y Guillen el poeta en residencia.

Lino Novas y Montenegro dejaron el periódico y el partido, pero Guillen siguió fiel a esos diferentes aliados que van de Batista a Castro como quien compone un suave soneto. La *Revolución* lo hizo poeta laureado y fue feliz por un tiempo. En Madrid, en 1965, sentado en un café a ver pasar las españolas como un desfile de delicias, exclamó: "¡Éste sí que es un país para asilarse!" No hay que recordar que en España gobernaba el mismo Franco que mató a Lorca y mató a Hernández, y envió al exilio lo que Agustín Lara cantó

como “la crema de la intelectualidad”.

Después de *Hoy*, que ahora es ayer, coincidimos en muchas partes. Una de ellas fue en la Sociedad Nuestro Tiempo, una entidad cultural que se convirtió en una organización pantalla del Partido Comunista y dejó de ser un lugar cómodo y la dejé. Allí me dijo un día, “Ya le dije a tu padre que te pareces cada día más a Gorky”. Guillen no podía saber que Gorky, el autor de *La madre*, era una de mis bestias pardas, pero siempre sospeché que Nicolás no había leído ni una línea del autor que inventó el realismo socialista. Guillen sólo se interesaba en la poesía y en su poesía.

A fines de 1960 *Lunes*, el suplemento

literario del periódico *Revolución*, que yo dirigía, invitó a Pablo Neruda a Cuba. Inmediatamente Nicolás Guillen escribió un suelto en *Hoy* en que decía que no estaba mal invitar a Neruda pero había que invitar también a "otros poetas progresistas" (es decir comunistas) como Rafael Alberti, Nazim Hikmet y al poeta chino Kuo Mo-Jo. La nota no declaraba que lo que Guillen quería era que *no* se invitara a Cuba a Neruda. Respondí con otra nota en *Lunes* en que dije que se invitaría a esos poetas y otros más* y terminaba festivo el recuadro: "En cuanto a Kuo Mo-Jo ¡cómo no!" Esta era una muletilla sonora que Guillen usó mucho en sus poemas en versos como: "Sí señor, ¡cómo no!" Ese

Lunes por la tarde estaba Carlos Rafael Rodríguez (entonces director del periódico *Hoy*) al teléfono diciéndome: "¿Pero por qué haces esas cosas, Guillermito? Tú sabes lo sensible que es Nicolás. Se ha pasado una hora quejándose por teléfono por tu parodia". Guillen de veras era así.

Con Neruda en La Habana ocurrió un episodio que resultó cómico, aunque no fue nada cómodo para Neruda. Dio recítales con su voz plañidera y se reunió con todo el equipo de *Lunes* y todavía con su voz plañidera respondió a una pregunta sobre la *Revolución* y el arte con un "También hay que cantarle a la luna", que fue una declaración valiente frente a los realistas socialistas

ya rampantes. Pero un mediodía cuando se había planeado extender su estancia triunfal en una gira y tal vez ir a Santiago con la morena cabeza de Matilde, lo traje de vuelta al hotel Riviera, donde se hospedaba, de un viaje a La Habana Vieja, y al bajarse miró al Malecón y me preguntó: “¿Qué cosa es eso?” Era una barricada y le dije: “Es una barricada”. “Pero, ¿por qué están los cañones todos apuntando hacia el mar?” “Es que se espera una invasión.” “¿Por aquí?” “Por todas partes.” Neruda, que tenía una cara impasible que iba muy bien con su voz monótona, no pudo impedir palidecer hasta los dientes. No dijo más y subió a su habitación. Pero por la tarde pidió

acortar su estadía cubana “ya que tenía pendientes asuntos urgentes en México”. ¿Coincidencias? Tal vez. Pero Guillen, cuatro meses más tarde, escribió un poema desgarrado sobre la muerte de un miliciano, mientras Neruda, sano y salvo, compuso su *Canción de gesta*, exaltando a Fidel Castro en la Sierra, que es uno de sus peores poemas. De cierta manera Guillen *el Malo* quedó vindicado.

En 1961 en la fiesta de clausura del Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, del que Nicolás Guillen había sido electo presidente (yo era, cómico cargo, uno de los siete vicepresidentes que rodeaban a Nicolás como una versión cubana de

Blancanieves), le presenté a una editora americana que exclamó en éxtasis: “¡Ah, el gran poeta negro!” Para ser atajada enseguida por Guillen: “Negro no, mulato”. La señora americana quedó corregida.

Será hacer de la pasa (pelo de negro según el Diccionario de la Real) cabello pero la diferencia entre negros y mulatos la establecieron españoles y portugueses muy temprano en la historia de América, donde una esclava embarazada por un blanco (el sexo no distingue los colores) quedaba libre en el momento del parto. En el siglo XIX hubo muchos mulatos distinguidos en Cuba (y en Brasil: no hay más que nombrar a Machado de Assís), aunque el país estuviera

gobernado por españoles y los cubanos blancos (los que se llamaban a sí mismos criollos: hijos de blancos) descansaban su ocio y su negocio sobre negros esclavos. En el siglo XX Nicolás Guillen era uno de los dos mulatos mejor conocidos en la isla. El otro mulato era Fulgencio Batista. Uno famoso, el otro infame.

Guillen vivió en París de 1952 a 1959, según dicen, porque Batista (curiosamente Nicolás se llamaba Guillen Batista) no le permitía regresar a Cuba. Pero durante esa época era muy popular en la radio y la televisión cubanas. Eliseo Grenet, autor de "Mamá Inés", le había puesto música a más de un poema suyo, Bola de Nieve cantaba

canciones con letra de Guillen y hasta un recitador popular, Luís Carbonell ("El acuarelista de la poesía antillana"), recitaba sus versos (y su anverso) en el teatro, la radio y la televisión. Nunca, al nivel de la calle, había sido Guillen más difundido.

De su época de París, Guillen me contó una anécdota que Neruda, por ejemplo, nunca habría contado. Estaba Nicolás sentado en la terraza del Deux Magots cuando oyó una conversación (su francés era perfecto) que le atañía. Dos voces de mujer hablaban de él al parecer. Se volvió de perfil y vio a dos muchachas que le parecieron bellas, inteligentes, perfectas en una palabra. Detuvieron su conversación, discretas:

no había duda ahora de qué hablaban. Siguieron hablando, comentando su abundante cabellera (de poeta), su perfil, su cabeza leonina. Guillen se levantó para establecer una cabeza de playa. Pero antes de terminar su ademán una frase de una de ellas enfrió su ardor: "¡Pero si es un enano!" Guillen se permitía estas revelaciones pero nunca las habría permitido de venir de otra persona.

Cuando Guillen regresó a Cuba en 1959 (venía del extranjero mientras Fidel Castro bajaba de las alturas) no era tan popular como John Lennon cuando se declaró más popular que Cristo, pero sí era más popular que el Che Guevara. Pero, por supuesto, sólo

un hombre es libre en Cuba y cuando nombraron a Guillen presidente de la recién creada Unión de Escritores pronto cayó ante la mirilla de Fidel Castro. Al visitar la universidad el Premier Estudiante, en uno de sus impromptus de líder universitario, se convirtió, gárrulo, en crítico de las artes y las letras. Alabó a Alejo Carpentier por su novela *El siglo de las luces*, demostrando de paso que no la había leído, pues pocos libros hay más contrarrevolucionarios, aunque el blanco de Carpentier fuese la Revolución francesa. Castro dijo que no había escritor más trabajador, más prestigioso. Cuando uno de los estudiantes le preguntó por Guillen, el

Máximo Líder tronó: “¡Ése es un haragán! No escribe más que un poema al año. Es probablemente el poeta mejor pagado del mundo y nos sale caro”. Luego elogió a un poetastro que se hacía llamar el Indio Naborí que escribía un poema cada día para el *Granma*, la gaceta oficial. Naborí no era poeta ni indio pero a Castro le gustaban sus rimas de hoz y martirio. Naborí casi fue nombrado poeta oficial:el indio laureado por decreto.

De pronto, como en un linchamiento poético, se organizó una turba política. Algunos estudiantes pintaron pancartas y dirigidos por Rebellón, antiguo líder estudiantil y ahora bufón oficial con

título (solía sentarse a los pies de Castro), organizaron un orfeón famoso, cantando a la manera de Guillen:

¡Nicolás, tú no trabaja mal
¡Nicolás, no ere poeta ni na!

La manifestación bajó por la colina universitaria a la calle en que vivía Guillen (no lejos pero sí alto: en un piso 17) cantando y gritando. Se podía creer que era una broma estudiantil, pero la presencia de Rebellón le daba al motín carácter castrista. Guillen, por supuesto, lo tomó todo a pecho. Era el castigo sin crimen. Guillen era un poeta no un rimador de poemas por metro.

En junio de 1965 regresé a La Habana de mi puesto diplomático en Bruselas a

los funerales de mi madre.

Días después del entierro fui a la Unión de Escritores a saludar a Guillen, Habíamos estado juntos en París apenas un mes atrás, además siempre me cayó bien Guillen: era muy cubano, muy humano, aunque a él le molestaban mis rimas contiguas. La Unión de Escritores estaba en una casona colonial, casi un castillo, dejado detrás por un magnate en fuga que ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. Guillen estaba en su oficina hablando con una rubia espléndida: a Nicolás siempre le gustaron las rubias. Enseguida se excusó por no haber estado en el entierro conmigo pero, coincidencia fatal, su madre había muerto también en Camagüey (su ciudad

natal) y tuvo que ir allá al instante. Guillen amaba a su madre tanto como yo a la mía.

Luego en un susurro que pensé que formaba parte del pésame me pidió que lo acompañara al patio. Allí, debajo de un enorme árbol del mango, me preguntó, todavía en un susurro, si sabía lo ocurrido. Otro susurro como un suspiro: en Cuba hasta las rubias tienen oído (y odio) y quién sabe si crecen micrófonos en los árboles. Le dije, apenado, que no sabía nada. Nicolás estaba al borde de las lágrimas cuando me contó lo que ya les he contado.

"¡El hijo de puta mandó una turba contra mí, a mi casa!"

No dijo quién era el hijo de puta pero

se sobreentendía: de seguro que no era Rebellón.

"Le gritaron a mi mujer, tan nerviosa, que yo era un haragán que no trabaja ya. Todo esto dicho a Rosa porque yo no estaba. ¡Ese hijo de puta que no ha trabajado un día en su vida, hijo de papá y luego matón profesional, se atrevió a llamarme vago! ¿Sabes una cosa? Un día te va a enviar esa turba a tu casa y te van a linchar porque eres más joven que yo. ¿Quieres que te diga otra cosa? Es peor que Stalin, te lo digo yo. Porque Stalin se murió hace años pero este gángster nos va a sobrevivir. A ti y a mí."

El viejo poeta tenía razón, parcialmente. Guillen murió la semana pasada y Fidel Castro lo enterró con

honores.

Pero Guillen, aún bajo el frondoso mango, furioso pero muerto de miedo, era un poeta. Capaz de fundir los metros medievales con un asunto moderno y coloquial, sabía de poesía clásica española como nadie en América, excepto tal vez Rubén Darío, el indio que tenía el verso blanco. Pero al revés de los poetas negros del Caribe, Guillen nunca llegó a donde debía haber llegado, aunque fue en su día mejor poeta que Derek Walcott, de Santa Lucía y Aimé Cesaire, de la Martinica. Como Louis Aragón, Guillen se hizo comunista cuando estaba en la cumbre. Después de eso, después de *Motivos de son, Sóngoro cosongo y El son entero* todo

fue descenso. Aunque fue famoso en el mundo de habla española y aun en París y Nueva York y nominado dos veces para el premio Nobel, después de tantos honores en la cima, se vino abajo. Lo trágico es que Guillen, al final de su larga vida, lo sabía.

Obsesionado por la posteridad y la dama del camino en su poema:

Iba yo por un camino
cuando con la muerte di

su libro de cabecera era un horror llamado *La enciclopedia de la muerte*. Me leyó, en fecha tan temprana como 1962, un pasaje que trataba sobre lo que pasa despues de la muerte del cuerpo, con gusanos y todo y no todos

contrarrevolucionarios. “Lee”, me aconsejaba, “lo que dice ahí del *rigor mortis* y el inicio de la putrefacción”. No era el poeta Pope sino Poe, “Pero”, resumía pensando tal vez en M. Valdemar, “al revés del hombre, la poesía nunca se corrompe”. Las palabras son suyas, la ambigüedad mía. Nicolás Guillen ha tenido ahora funerales marxistas (o marciales), llevando en hombros cuatro soldados de luto el cadáver del poeta que escribió:

No sé por qué piensas tú,
soldado que te odio yo.

Sus despojos fueron expuestos en el Panteón de los Héroes y Mártires de la

Patria, como caben a las honras fúnebres al Poeta Nacional. Además se declararon dos días de luto oficial. Pero estoy seguro de que el día que Fidel Castro lo llamó vago y haragán (en público) todavía escuece su memoria. Nicolás Guillen era lo que Faulkner llamó en *Intruso en el polvo*, a propósito de su protagonista Lucas Beauchamp, "un negro orgulloso". Aunque Nicolás me enmendará la plana desde el más allá y dirá con su voz grave: "Orgulloso sí pero no negro. Todavía soy mulato".

Julio de 1989

Carpentier, cubano a la cañona

Fue al difunto Ithiel León, músico,

publicista y, en su penúltima encarnación, director en activo del periódico *Revolución*, a quien oí por primera vez referirse al acento francés de Alejo Carpentier como un valor añadido. “Alejo debe impresionar mucho a los venezolanos”, dijo Ithiel, “con esas erres suyas”. Ocurrió al principio de los años cincuenta cuando Carpentier vino de visita a su nativa Habana desde su adoptiva Caracas.

Por esa época Carpentier debió adoptar también la nacionalidad venezolana, ya que vivía, trabajaba y escribía en Caracas. Inclusive su editor americano lo daba, en una de sus solapas, como venezolano. No es extraño porque era en Venezuela

codueño de una firma publicitaria, además de jerarca cultural, que no había podido serlo nunca en Cuba, y sus actividades se extendían hasta organizarle eventos artísticos al dictador Cerdito Pérez. No volvió a ser tan importante hasta que se hizo acólito de Fidel Castro en los años sesenta, primero como consejero cultural, luego de director de la Imprenta Nacional ("el zar del libro", lo apodó un periodista en fuga) y finalmente fue enviado oficial a Francia hasta que murió en París, la ciudad de sus sueños, y sus pesadillas. Fue durante una de sus pesadillas (culpa del hambre más que del hombre) que Lydia Cabrera conoció a Carpentier en 1932. Un día le pregunté a Lydia si ya

Alejo hablaba así, con sus *egres* agresivas. Lydia me dijo que siempre habló así. ¿No era verdad entonces lo que había oído Rogelio París, el director de cine, cuando era productor de un programa de televisión patrocinado por el Consejo de Cultura que Alejo dirigía? París, a quien Carpentier siempre llamaba Pagrís me contó que durante un ensayo del programa, un costoso ciclorama se vino abajo y se abrió en dos. Un Alejo asombrado ante el asombro de todos soltó un carajo bien audible. París concluyó: "El hombrín no dijo *cagrajo* sino bien claro carajo. Perdió su erre al perder la tabla". Lydia, que detestaba a Carpentier (aunque no tanto como

Lezama), siempre lo llamó Alexis. (Más, más tarde.)

Conocí a Carpentier, que se convirtió enseguida en Alejo, en 1958. Vino a *Carteles* introducido por sus mejores promotores, Luis Gómez Wanguemert, que a pesar de su apellido era tan habanero como las columnas de la ciudad que fascinaban a Alejo, que era jefe de información, y Sara Hernández Cata, verdadera amazona cultural que habiendo perdido un pulmón al cáncer todavía fumaba cigarrillo tras cigarrillo, todos embutidos en una boquilla que ella aseguraba que permitía, por alquimia, eliminar el alquitrán y dejar el humo limpio como una neblina mañanera. Carpentier venía más que nada a hacer

publicidad a la venta de su reciente novela, *Los pasos perdidos*, al cine, concretamente a Tyrone Power. Traía una foto del autor con el actor para probarlo. Lo único asombroso de aquel dúo dudoso era que Carpentier era mucho más alto que Power. Alejo, un hombre sólido de aspecto con su nariz de pegote y sus ojos saltones, recordaba a Donald McBride, un actor secundario de los años treinta. Pero si uno quería que se pareciera a alguien prominente entonces el parecido era con J. Edgar Hoover, de frente y de perfil. Al regresar a Cuba un año más tarde lo primero que hizo Alejo fue reclamar la instantánea que me dio para publicar.

Recuerdo que fuimos al café de la

esquina, acompañados por Sergio Rigol, que era el bibliotecario de *Carteles*, una revista que se permitía esos lujos, y Riñe Leal, crítico teatral reducido entonces a una versión de Modesto Rizos, el reportero estrella. Todavía tengo una fotografía que tomó Raúl Corrales, también llamado Raoul, en que se nos ve todos jóvenes, todos sonrientes y Alejo aparece complacido de nuestra recepción a una de sus innúmeras anécdotas. Carpentier, que estaba al tanto de todo lo que se publicaba en París, nos habló de la novela más divertida que había leído en mucho, mucho tiempo, *Zazie dans le Metro*, de Raymond Queneau. Todos los nombres franceses salieron perfectos de

su boca. Al contar las aventuras de Zazie de 8 años y las desventuras de su tío Gabriel, un transformista, nos citó la primera línea. “Doukipudonktan” dijo Alejo y al vernos a los tres con tres bocas abiertas, tradujo: “Es argot de París. Quiere decir ¿por qué apestan tanto los franceses”, ¡ah! ¡ahá! ¡ahahahá! Le dije que recordaba a una novela americana llamada *Lolita*. “¿De quién es?” El autor es un ruso exilado llamado Nabokov. “No lo conozco.” Es muy divertida. Salió en París en inglés. La compré en la Casa Belga, donde me la vendieron como pura pornografía. Ah Alejo. Pareció incómodo. “En realidad”, nos dijo, “de *Zazie* he leído los fragmentos que publicó la *Nouvelle*

Revue Frangaise. Muy divertidos”. Era extraño porque Carpentier era lo más alejado de Raymond Queneau posible. Debió ser porque era un libro francés.

Siguió contando aventuras entre políticos cubanos en *terra firma*. Aunque un periodista siempre simula no tener trabajo y además *Carteles* era un semanario, todos teníamos que irnos. Carpentier se despidió. Alejo, aléjate. No lo volví a ver hasta que regresó a Cuba, a instalarse, cuando Fidel Castro, no la *Revolución*, parecía firme. Parecía eterno.

Carpentier aparentemente nació en La Habana en 1904, pero hasta sus más fervorosos exégetas admiten que la única biografía (incompleta de Alejo)

está escrita por él mismo. Carpentier según Carpentier es hijo de un francés y una rusa que emigraron a Cuba, a La Habana, en 1902. Pero Carpentier mismo dice: “Debo explicar que me crié en el campo cubano”, es decir no en La Habana, “en contacto con campesinos negros y sus canciones”. La narración de Heberto Padilla, que describe a Carpentier como lechero en Alquízar, no es tan inverosímil. Pero parece más bien que Carpentier creció en la provincia de Oriente, tal vez al sur de Alto Songo, donde abundan, en contraste con la provincia de La Habana, los labriegos negros.

No en balde uno de sus biógrafos, Roberto González Echevarría, anota que

“hay poca información acerca de la vida de Carpentier”, para acusar lo verdaderamente significativo: “Mucha de ella dada por Carpentier mismo”. Así, Alejo “pasó más de veinte años de su edad adulta en Francia”, mientras que estudió “de 1912 hasta cerca de 1921” en un liceo francés. “En 1939”, continúa Echevarría, “Carpentier regresó a La Habana después de pasar once años en París. Tenía entonces treinta y cinco años”. La cronología se alarga y se encoge como banda elástica.

Todavía más: al llegar a Caracas de La Habana en 1945, Carpentier es entrevistado por un periodista y el biógrafo repara que Alejo le hablaba al entrevistador como si “Carpentier

acabara de llegar de Europa”, para saltarse de un golpe los seis años que acababa de pasar en la tierra natal. Cuba, no Francia.

Un accidente relevante en la vida de Carpentier (sus cuatro meses en la cárcel por oponerse al dictador Machado —unos machadistas dicen que fueron cuarenta días, otros que sólo fueron cuatro— ocurrió en 1928, pero nadie dice cuál fue la acción antimachadista que llevó a cabo Carpentier) terminó con su exilio en Francia, de la que había regresado hacía sólo seis años. Carpentier mismo cuenta cómo burló a la policía de Machado al cambiar pasaportes con el poeta francés Robert Desnos, de visita en La Habana.

Nadie cuenta tampoco con qué documento viajó de regreso a Francia el generoso Desnos. ¿Usó el pasaporte incriminante de Carpentier? ¿Se hizo un nuevo pasaporte francés en La Habana, para confusión a bordo de dos pasajeros distintos con un mismo pasaporte? ¿O viajó Desnos, siempre aventurero, de incógnito, amigo de usar seudónimos hasta que murió en un campo de concentración?

Carpentier, siempre en fuga, regresó a Cuba huyendo de los nazis en 1939. El mismo año en que su protector Desnos se embarcaba en su última aventura, en la que los documentos falsos no lo salvaron de la cierta muerte. Aquí es necesario hacer notar que Carpentier

regresó a Cuba bajo el gobierno del todavía dictador Batista, que vivió en La Habana el período en que un Batista barnizado de legalidad gobernó con ayuda de los comunistas, para irse a Venezuela en cuanto hubo en Cuba un gobierno demócrata continuado. (De 1944 a 1952, presididos por el doctor Ramón Grau San Martín, campeón del *laissez faire* y el corrompido pero no menos demócrata Carlos Prío.) No terminaría la década sin que Carpentier sirviera a otro dictador, Pérez Jiménez, en Venezuela. La conexión de Carpentier con la cultura bajo una dictadura había comenzado cuando fue a Haití en 1943 como agregado cultural del gobierno cubano. Carpentier cuenta, sin sonrojo,

este título y esta expedición, para recalcar que viajó con el actor francés Louis Jouvet. Pero se olvida mencionar que en el grupo, o en la *troupe*, viajaba un surrealista menor llamado Fierre Mabile, un hombre más decisivo en la vida de Carpentier que el actor Jouvet.

Tontos y picaros coinciden siempre en la desinformación. Así se repite ahora en todas partes que Carpentier "creó el realismo mágico". No saben (o se olvidan) que esta etiqueta fue fabricada por un alemán llamado Franz Roh en 1924, cuando Carpentier acababa de salir del bachillerato en La Habana o de un *lycée* francés y quería ser arquitecto porque sabía que la arquitectura es música congelada o letras de ladrillos,

lo que se quiera creer mejor. Roh, curiosamente, regaló su membrete a artistas menores y mediocres que terminaron siendo cultivadores del realismo nacionalsocialista, nazi para abreviar. Lo que Carpentier creó (con un poco de ayuda de su amigo Mabile) fue otra etiqueta, "lo real maravilloso", que le sirvió sólo para una novela breve, *El reino de este mundo*. Después se olvidó de la cocción como eliminó la receta de los prólogos ahora invisibles de sus ediciones francesa y americana. No ya el realismo mágico sino siquiera lo real maravilloso pertenecen a Carpentier. No son de su invención sino de Roh y de Mabile. Carpentier fue siempre un buen adaptador desde sus días de la radio

francesa hasta la CMZ, emisora del Ministerio de Educación en La Habana en los primeros años cuarenta. Curiosamente la CMZ tenía su sede dentro del campamento militar de Columbia.

Una de las razones por que Carpentier caía mal en Cuba es que era un pesado. Sin sentido del humor, toda su conversación estaba cundida de anécdotas y cuentos aparentemente cómicos que su modo de contar hacía pesados. Pero a mí, personalmente, me caía bien Alejo. Era un hombre cauto hasta la cobardía y desconfiado hasta la soledad. Pero, de veras, me caía bien. Una vez, en un cóctel cultural en la Barra Arrechabala, hermoso edificio

colonial de la plaza de la Catedral, estuvimos solos un momento. Ocurrió en 1960 y ya estaba instalado en Cuba para siempre. Fue entonces que se me ocurrió preguntarle por Miguel Otero Silva como escritor. Carpentier miró por encima de un hombro, después del otro como si esperara furibundos fanáticos de Otero para decirme, finalmente, la voz bien baja: "Es muy malo". Otero Silva, dueño del diario caraqueño *El nacional*, varias veces millonario, podría haber sido un hombre poderoso en Caracas, pero en La Habana era más importante Lisandro Otero (entonces joven aprendiz de comisario). ¿Se referiría Alejo, con tanta cautela, al otro Otero?

Carpentier había venido de Caracas a La Habana, mediado el año 59, con una curiosa variante tropical de una editora capitalista: una feria del libro ambulante. En compañía de Manuel Scorza, escritor peruano, era editor y vendedor. Carpentier, que temía sobre todo la crítica de *Lunes*, se asombró cuando Calvert Casey hizo un elogio elegiaco de una de las novelas que editaba, *Las impuras* de Miguel de Carrión. No sé si se asombró también de la buena acogida que le dio Carlos Franqui en el periódico *Revolución*, al principio, pero sí recuerdo que fue oportuna y necesaria a Carpentier. Como Alicia Alonso, Carpentier no vino muy bien recomendado por la misión del

Movimiento 26 de Julio en Venezuela. Ambos se habían distanciado violenta, voluntariamente de los exilados cubanos y Madame Alonso, que había gozado las subvenciones del Gobierno de Batista, se permitió decir en Caracas que ella era una bailarina y no se metía nunca en política. El desagrado contra Carpentier no tuvo el carácter público del rechazo a la Alonso (llamada luego por sus afinidades comunistas, *La Alonsova*), que fue blanco de un repudio que dura todavía. Pero terminó oficialmente cuando bailó en punta y con tutus al son de *La Internacional*, apenas dos años más tarde. Sí recuerdo cómo Carpentier, según aumentaban las presiones oficiales contra *Revolución*, se fue

alejando del periódico hasta ese momento bochornoso en que declaró, como Fidel Castro, al unísono con Fidel Castro, que siempre había sido comunista. Fue premiado en Cuba varias veces, pero nunca obtuvo el premio Nobel que ansiaba, la verdadera causa de su regreso de una Caracas democrática en que nunca le perdonaron su alianza con otro caudillo acogedor.

Cuando regresé a La Habana en 1965 fui a visitar a Carpentier a su flamante oficina en la dirección de la Imprenta Nacional. El despacho estaba refrigerado como pocos y era agradable, acogedor. Alejo siempre tuvo gusto para la decoración interior y para el exterior de sus mujeres. La última, Lilia, era aún

en su edad media una belleza bruna. Hija de un aristócrata negro y de una blanca, los viejos habaneros contaban que nunca le permitieron entrar en sociedad. Ésta era la causa no sólo de la ida hecha huida de ambos a Venezuela, sino de su odio por la alta burguesía habanera y la adicción a los destructores de la que debió ser su sociedad. A Lilia la vi sólo una vez la última vez a la entrada de un cine cerca de la casa de mi padre y se veía de veras radiante en la noche habanera.

Carpentier, ahora en su papel de impresor, me abrumó con una larga lista de publicaciones y una cantidad tal de ediciones, con un detallismo que traicionaba al escritor escondido detrás

no de su escritorio sino de su buró. No quise hacerle un Baragaño y preguntarle por qué no se editaba ninguno de los textos canónicos del surrealismo. Terminó mostrándome, con orgullo de artista plástico, un grabado que tenía en la pared a su diestra. Representaba una escena romántica *d'aprés* Gericault. Se veía una balsa a la deriva en que náufragos desesperados combatían contra un exceso de tiburones que rodeaban feroces la frágil embarcación. Carpentier, complacido, se ufanaba:

"Pogresupuesto te has dado cuenta de lo que hay al fondo."

Miré bien y vi ¡el Castillo del Morro! El naufragio tenía lugar en aguas de La Habana. Pasmado le dije:

“Casi se ve el Malecón.”

“Casi. Es un grabado gromántico y ocugre frente al Malecón. No en el tiempo pero sí en el espacio.”

Carpentier estaba eufórico por su hallazgo. Nos despedimos. Cuando lo vi más tarde entrando al cine Riviera no parecía tan alegre. Me habló de la historia absurda de una maleta que había dejado en Madrid a cargo de mi hermano, nunca recobrada.

“No contiene más que unas camisas usadas. Sin importancia”, explicó.

Sin embargo parecía un asunto serio. Nunca entendí por qué Carpentier, el hombre que le confió a un amigo cubano que tenía fuertes ahorros de sus días venezolanos en una cuenta numerada de

un banco suizo, se afanaba. ¿Por qué una mera maleta con ropa vieja le apremiaba? Las camisas no le hubieran servido nunca a mi hermano, ya que Alejo era un hombre grande.

"Grande no", me corrigió Lydia Cabrera cuando años después en Miami le hice el cuento de la maleta perdida que le urgía como si estuviera llena de dólares: era el final de *The Killing*. "Alexis no es grande, no es más que alto."

Mencioné hace un momento a Baragaño como su némesis pública. Pero había otra némesis en *Lunes circa* 1960: Heberto Padilla. El poeta surrealista José Álvarez Baragaño nunca perdonó a Alejo su prólogo a *El reino*

de este mundo. Carpentier maltrató a los dioses tutelares de Baragaño, el Conde de Lautréamont y André Bretón, y, crimen de crímenes, al surrealismo. Padilla, que nunca fue surrealista, escribió después de la muerte de Carpentier una versión de la vida de Alejo que era descacharrante en su chacota constante. En la biografía, breve pero punzante, Padilla describía a Alejo como nacido y criado en Alquízar. A la fuga de su padre francés (que ocurrió de verdad), Alejo, montado en un burro, repartía la leche de la vaca que ordeñaba su madre rusa. Padilla no volvió a publicar esa vida de un héroe literario en sus memorias.

Cuando murió Baragaño en 1962, su viuda se empeñó en darle a un ateo una misa breve en el mismo cementerio de Colón. Estaba en la capilla reducida medio *Lunes*, a pesar de que Baragaño nos había traicionado cuando el Caso P.M. También vino Carpentier. Tarde pero vino. Se acercó al féretro y musitó no un réquiem sino un aire de alivio: "¡Uno menos!", fue lo que dijo. Pero al ver a Padilla entrar en la capilla exclamó: "¡Todavía me queda otro!"

Por el camino, a través del cementerio barroco hasta la tumba abierta, Padilla tomó venganza. Caminando junto a Alejo al paso lento del cortejo, "Alejo" decía querer saber Padilla, "¿qué pasa con tu novelita? ¿La vamos a leer en Cuba? Va

a resultar el último lugar en que la publicas”. Carpentier no respondió pero Padilla siguió como si nada. “Esa novelita, Alejo, te va a perder. Deja que la lea Fidel.”

Pero se equivocó Padilla, se equivocaba. La novelita era un novelón, El siglo de las luces, y fue exaltada por Fidel Castro y Raúl Castro la declaró lectura obligada de la oficialidad del ejército. “Ninguno de los dos la leyó”, aseguraba Franqui. “De haberlo hecho se hubieran dado cuenta de que era profundamente contrarrevolucionaria.” El debate sigue abierto aunque no puedo opinar: no leí nunca El siglo de las luces. Me rechazó la misma enumeración exhaustiva que me lanzó a

parodiarla. Sé, sin embargo, que a Alejo lo acosó mi parodia y se vio náufrago en una balsa literaria, amenazado por un solo tiburón lejos del Morro.

Después del encuentro a la entrada del cine y su queja de la maleta perdida, que parecía pertenecer a un cuento de Gógol, no vi más a Alejo. Pero supe de él por persona interpuesta: el escritor Juan Arcocha, que era agregado de prensa en la embajada cubana en París. Tenía por embajador un falso doctor Carrillo, médico que nunca había ejercido la medicina pero sí el oportunismo político. Cómo había llegado a embajador en Francia es un capítulo de Ja oportuna picaresca revolucionaría.

Pero la embajada cubana en París

tenía lo que en Cuba se llama ñeque, en Venezuela pava y en España gafe. El primer embajador castrista, el distraído profesor Gran, eminente físico pero ingenuo político, se vio envuelto en el conato de traición de Roberto Retamar, entonces agregado cultural. Gran se negó a reportarlo a su ministerio, el matemático lo opuesto del médico y tuvo que regresar a La Habana. Sucedió a Gran el músico Gramatges, viejo amigo, y durante años miembro oculto del Partido. Harold, como todos le llamábamos, había salido de su cJoset comunista en el mes de enero de 1959, como presidente de la sociedad cultural Nuestro Tiempo, cuando invitó al Che Guevara a dar una charla lamentable

sobre el realismo socialista, el argentino equivocado entonces como en tantas otras cosas en Cuba, luego. Gracias al Che, Gramatges hizo amistad con Raúl Castro, siempre fascinado por el marxismo, que lo nombró embajador en Francia. Fui huésped de Harold en París cuando no era todavía embajador y después muchas otras veces.

En una ocasión noté que la embajada había cambiado de recepcionista y abría la puerta, en lugar de la hermosa habanera de antes, una vieja seca y desagradable. Cuando le pregunté a Harold por la mujer que abría la puerta, me dijo: "¿Tú sabes quién es?" No lo sabía. "Caridad Mercader" y no tuvo que decirme que era la madre de Ramón

Mercader, el asesino de Trotsky, a quien todos los historiadores daban como la única influencia de veras importante en su hijo. Harold, que era un discreto sexual, era un indiscreto malicioso. Me contó divertido cómo venían trotskistas ingleses y alemanes a buscar su visa cubana y ninguno siquiera sospechaba que quien le abría la puerta era la autora intelectual del asesinato de Trotsky. "Cachita", como la llamaba Harold, "es rnás estalinista que Stalin". Ahora quizá descansa en el infierno del cementerio de Colón en La Habana junto a su hijo, que vivió y fue enterrado en Cuba. Ambos magnicidas eran, en efecto, cubanos de nacimiento. "Cachita", como su nombre indica, era de Santiago de

Cuba —de donde es también Harold Gramatges— en esa provincia de Oriente donde nacieron Batista y Fidel Castro.

Carpentier era en Europa bien diferente (y deferente) de la figura casi cómica que resultaba en Cuba. Lo vi en París en el invierno de 1962, cuando salió mi *Dans la paix comme dans la guerre* publicado en Francia. Gallimard (o más bien Roger Caillois, el legendario editor de la colección La Croix du Sud) me dio un cóctel en los salones de la editorial. Alejo Carpentier y Miguel Ángel Asturias fueron invitados de honor y con sus respectivas humanidades masivas casi parecían dos guardaespaldas sudamericanos a mi

lado. Lilia rutilaba. Volví a ver a Carpentier en Bruselas por donde pasó rumbo a París después de dar unas charlas en francés en Estocolmo en 1963. Eufórico por la acogida que tuvo en Suecia, Carpentier me confesó que le habían asegurado allá que el próximo premio Nobel era suyo. Cuando visité a Roger Caillois en su oficina de la Unesco, le conté que Carpentier creía el premio suyo seguro ese año, o el siguiente. Con calmada insistencia Caillois me dijo: "No se lo darán nunca. Nunca. Lo peor que hizo Alejo fue ir a Suecia. En Estocolmo consideran estas visitas de candidatos una politiquería intolerable". Ocurrió así, como sabemos. De esta entrevista recuerdo

que Caillois hablaba el español con un acento francés muy parecido al de Alejo.

Una de las manifestaciones más ridiculas del acento de Alejo ocurría cuando se hacía todo francés en La Habana. Carpentier, como cualquier *salonnier* de las provincias, daba reuniones en su casa cada sábado, y allí no se hablaba más que francés. Nunca fui a ellas pero Sergio Rigol, que sí iba, me comentó que no estaba prohibido hablar español, pero no era bien oído. Se me olvidó preguntarle, y ahora es tarde, cómo era el francés de Lilia. Rigol me contó que en una de las últimas reuniones a que asistió, Carpentier celebró, supongo que con *champagne*

grand crue, la caída de *Lunes* y de todos los Icaros que quisieron volar más alto que sus plumas permitían. Eramos y no lo sabíamos, según Alejo, *d'appellation controlèe*.

Pero había gente importante que no creía que Carpentier daba risa. Al contrario, lo tomaban muy en serio, pero con reservas. Uno era Juan Marinello, la máxima figura intelectual de los viejos comunistas. Otra Carlos Rafael Rodríguez, ya considerado el tercer hombre del régimen a mediados de los años sesenta. Tarde en la noche del 2 de octubre de 1965 fui con el comandante Alberto Mora a visitar a Carlos Rafael en su oficina del antiguo *Diario de la Marina*. Gracias a Alberto y, sobre

todo, a Carlos Rafael podría irme de Cuba al día siguiente. Los dos, creo, sabían que para siempre o hasta que cayera Castro: lo que viniera primero.

Carlos Rafael me saludó con su afecto de siempre. Era de los viejos comunistas que me conocieron en el periódico *Hoy*, cuando era niño. Todavía me llamaba Guillermito, el hijo del veterano redactor de *Hoy* Guillermo Cabrera. Hablamos de lo que siempre había hablado con Carlos Rafael, inclusive cuando fue finalmente director de *Hoy* años atrás, de cultura. La conversación, cosa curiosa, cayó en Carpentier.

"¿Has visto la última entrega de la novela de Alejo?" "¿*El año 59*? La vi en

Bohemia pero no la leí.” “Es la segunda entrega”, me dijo Carlos Rafael, “pero es peor que la primera”.

Lo dejé hablar: no sólo deferente sino también curioso.

“Alejo es un escritor interesante pero me gustaría que fuera menos barroco. Es, por supuesto, un valor nuestro, pero Alejo no entiende la *Revolución*. ¡Te imaginas que llama a los barbudos los barbados!”. “Estás, claro, entre ellos.”

Carlos Rafael se había dejado crecer barba y bigote desde que subió a la Sierra en 1958, pero su barba era una perilla que lo acercaba, sin saberlo, más a Trotsky que a Stalin, de quien había sido y era devoto.

“¡Imagínate! Pero hablando en serio,

me preocupa Alejo. No sé adonde va a parar con su novela, pero no quiero que se nos convierta en un problema más político que literario. Lo menos que queremos nosotros”, y parecía incluir no sólo a las autoridades sino a Alberto y a mí, “es otro caso Pasternak”.

Me sorprendió entonces y ahora que Carlos Rafael pudiera creer que Alejo, tan timorato, fuera a originar una disidencia. Pero tal vez creyera que también Pasternak era un hombre tímido. Luego pensé que Carlos Rafael, con sutileza, no hablaba de Alejo sino de mí. Así fue que creí que, cuando nos despedimos, en vez de hasta luego me dijera: “Sálvate”. Pero sé que si la noche tiene mil ojos y mil oídos,

también tiene mil labios y dice cosas que la mañana desmiente. En todo caso la conversación fue memorable y para no olvidarla la anoté en una hoja de un libro que luego se quedó en Cuba.

Antes de irse de Cuba en 1945 Carpentíer completó en La Habana un libro realmente notable: el mejor y más completo estudio de la *música en Cuba*. Se llama con tautología La música en Cuba. Carpentier completa un círculo de música desde los albores de la nación hasta 1945 (ayudado por Natalio Galán, el músico que copió todas las partituras y a quien Carpentier debe más de un hallazgo) en que desarrolla su tema que es irrebatible. Cuba, pobre en artes plásticas, mediocre en arquitectura y

balbuceante en teatro, se hace un pueblo realizado en su música. Lamentablemente Carpentier se limita a la música seria (que luego sería serial) y cubre sólo en un apéndice supurado la música popular, la verdadera gran creación cubana. Aunque Alejo consigue ciertas *trouvailles* (nombre que le gustaría más) al describir la vida musical habanera del siglo XIX, de veras brillante, se equivoca en las más simples notas de la música popular. Llega incluso a confundir una manera de bailar (el *bote*, que fue efímero por fortuna) con un ritmo nuevo, que nunca fue nuevo porque nunca nació. En su despedida de Cuba fue sin embargo mucho más afortunado que en su llegada

a Caracas con el servicio que prestó enseguida a un tirano en escala menor.

Carpentier colaboró con un tirano mayor, Fidel Castro, en un juego de simulaciones: Carpentier no era ni nunca había sido revolucionario, Castro no era ni nunca había sido comunista. Alejo fue obediente y hasta sumiso en el Consejo Nacional de Cultura, en la Unión de Escritores (de la que era vicepresidente vitalicio), en la Imprenta Nacional y último hasta lo último en la embajada de Cuba en París. Antes fue un correo del zar.

Ocurrió cuando Mario Vargas Llosa ganó en 1967 el premio venezolano de novela Rómulo Gallegos. Mario se dejó chantajear por otro tránsfuga, Edmundo

Desnoes, de oportuna visita en Londres. Desnoes convenció a Mario para que redactara un cable, transmitido por la agencia cubana de noticias Prensa Latina, pero dirigido a molestar a los gobernantes venezolanos, enfrascados en una guerra cruenta contra la guerrilla de origen cubano. Complacía así a Haydée Santamaría, la papisa de la Casa de las Américas. Cuando Mario, que vivía muy cerca, me contó lo que había hecho, le dije que había un refrán popular cubano que era toda una sabiduría: "Cuando te tocan el culo una vez y lo admites te lo tocarán tres".

Entra Carpentier desde Francia. Alejo llamó a Mario y le dijo que quería verlo personalmente, vendría a Londres y lo

llamaría. Vino y llamó. Quería que se reunieran en un restaurant de Knightsbridge. (Patricia Llosa me lo señaló un día: “En esa terraza tuvo Mario su entrevista con Alejo”.) Alejo era ahora un hombre con una misión. (Recuerden que éste es el escritor altanero, elitista y aspirante al premio Nobel de Literatura.) La misión de Alejo era de recadero con ribetes de espía. En el restaurant vacío después del almuerzo, Alejo le dijo a Mario que traía un mensaje de Haydée Santamaría, que lo saludaba como un verdadero revolucionario. Lo menos que quiere un escritor es que lo confundan con lo que no es, pero Alejo hablaba ahora de escritor a escritor. Lo que era una

falsedad. Haydée *quería* que Mario donara, públicamente, su premio (unos 30.000 bolívares: Alejo, ducho en aritmética venezolana, calculó que eran unos 25.000 dólares) a la guerrilla. La Casa de las Américas {es decir el Gobierno de Castro, que pagaba siempre a los diplomáticos a través del Narodny Bank ruso), le devolvería a Mario esa misma cantidad a razón de mil dólares mensuales, que le traería Alejo en persona. (Alejo completó la transacción pidiendo al camarero más cercano un brandy, en francés SVP.) La proposición cayó, al revés de las palabras en el Zohar que tanto admiraba Carpentier, en el vacío. Mario sería un ingenuo político pero no era tonto. Aceptar la oferta que

podía rechazar significaba convertirse, de hecho, en un agente cubano, pagado por el Gobierno de Castro desde París a través del Narodny Bank. Mario dijo redondamente que no, y ahí comenzaron sus dificultades con el Gobierno cubano. Culminaron en 1971 cuando Haydée Santamaría lo acusó de negarse a ayudar a la lucha del pueblo venezolano (léase la guerrilla castrista) para comprarse una casa en un barrio de ricos en Lima.

Este y otros recados (a la prensa, al pueblo de Francia) tuvo que aceptar hacerlos Alejo Carpentier. Era además de recadero de Castro repartidor de habanos por todo París: casi el lechero de Alquízar de nuevo. Una vez traía personalmente una caja de habanos a

Sartre y el filósofo que fumaba se negó a recibirlo: comenzaba a caer en tanta desgracia como el régimen que representaba. En otra ocasión tropezaron Sartre y su carnal Simone en la Rué Bonaparte y Alejo tuvo que dar media vuelta, caminar de prisa y hasta correr perseguido por el dúo que gritaba al unísono a Alejo: *"Voyou! Vieux con! Dégueulasse!"*

Pero Alejo se afanaba en otros menesteres París arriba y, sobre todo, París abajo.

Fausto Canel, el director de cine cubano que vivía en París entonces y mantenía relaciones con los diplomáticos castristas, cuenta que iba un día por la Rué de La Paix hacia la

embajada cubana cuando vio a Alejo bajarse de un taxi. Enseguida se dirigió a la boca del metro y se perdió en ella. Canel le iba a advertir, como si no lo supiera, que no tenía que coger el metro, que la embajada estaba a la vuelta de la esquina, cuando lo vio emerger agitado por la otra entrada, caminar unos pocos pasos ¡y dirigirse resuelto a su embajada! Era obvio que había entrado Alejo al metro y había salido Carpentier, el funcionario. ¿Por qué estas pequeñas maniobras? Estrategias de un diplomático socialista que no quería que sus colegas supieran que venía a su embajada en taxi y que, castrista humilde, viajaba en metro como ellos. Simulaciones de un hombre

que toda su vida fue un simulador.

Pero fue en esa embajada, no cuando estaba en la Rué de La Paix, tan chic, casi frente a la Ópera, tan chichi, sino en la elegante Avenue Foch, en un apartamento lleno de nostalgias victorianas, donde Alejo dio muestras de un realismo político salvador. Carpentier había venido a Francia a dar charlas. Comenzó por Bayona y debió dirigirse a Burdeos, destino al que nunca llegó. Tres días más tarde, el embajador Carrillo estaba primero nervioso, luego muy nervioso y al cuarto día decidió dar a Carpentier por perdido: nunca *sperduto nel buio* sino perdido para la causa. Redactó un cable en clave que enseguida el agente del G2 de turno se

ofreció a transmitir. Juan Arcocha, que era el agregado de prensa entonces, nada amigo de Carpentier, de hecho no lo tragaba, que tenía su cabeza bien puesta y no era un oportunista como el embajador ni un policía como el G2 local, dijo que se debía por lo menos esperar un día más a ver si Alejo aparecía.

Y al cuarto día Carpentier reapareció, maltrecho pero fiel, con su cara de perro *basset* más triste que nunca. El embajador pidió a todos un silencio cómplice: aquí no ha pasado nada, caballeros. Pero estaba de agregado cultural Juan David, excelente caricaturista, mediocre funcionario y buen amigo de Alejo. Fue así que rumbo

al aeropuerto de regreso a La Habana le hizo saber a Carpentier el cuento corto de la larga espera, el cable y su clave. Según David, Carpentier se le hizo un Goliat político para exclamar, atronando el taxi:

"¡Comemierdas! Como si yo no supiera desde hace grato que el escritor que se pelea con la izquierda está perdido." Y puso el énfasis en perdido. Carpentier se había encontrado con una oyente o fanática o fanática oyente y había invertido, divertido, los tres días perdidos, ganados de su itinerario: salió de Bayona para entrar en Burdeos de incógnito. París bien valía la misa negra en que ofició un embajador que no tenía idea de lo comprometedor que puede ser

un escritor comprometido.

Permiso para un paréntesis. Hace poco se volvió a publicar en Inglaterra *El acoso* y el jefe de la sección de libros del diario *The Independent* me pidió una crónica. Allí dije que el libro breve "era una de las más perfectas *novellas* en español, idioma en que se habían escrito *novellas* perfectas desde el Renacimiento". Después aclaré que Carpentier había escamoteado inútilmente la época de la acción, que no podía ser bajo el general Machado — Machado about nothing —, sino que parecía pertenecer a la era del gatillo vengador que se inició con los gobiernos de Grau y Prío (19441948). La contraportada mencionaba al "telón

de fondo de la violenta tiranía de Batista", haciendo ver cómo ven los ignorantes que el juego mortal estaba en otra parte. Defendí a Carpentier escritor negando que tuviera nada que ver con el realismo mágico, ¡manes del nazi Roh! El autor cubano estaba bien lejos de esas Carmen Mirandas literarias que escriben con una pluma adornada con toda clase de frutas. Era una alusión, bien clara, a la falsa exótica Carmen Miranda, llamada *"the lady with thetuttifruttihat"*.

Era una crónica en inglés no menos elogiosa que la que había escrito otras veces sobre *Los pasos perdidos*, obra maestra que convierte el tiempo perdido en el espacio recobrado y el tiempo real

es un viaje a los *Orígenes* aborígenes. Aunque nunca advierto al lector del singular parecido entre *Los pasos* y *La Vote royale*, escrita por André Malraux en 1929: las aventuras de un arqueólogo en Indochina, infierno y paraíso tropicales. Antón Arrufat y yo, en el interregno que siguió a la clausura de *Lunes*, nos divertíamos señalando con flechas untadas de curare literario las muchas coincidencias. Pero siempre, *siempre*, terminábamos concluyendo que la copia era mucho mejor que el original y si Alejo había robado a los franceses Mabile y Malraux fue para crear facsímiles disímiles. Era más artista el cubano, ¿pero era realmente cubano Carpentier?

En su biografía breve Heberto Padilla se queja, precisamente, de lo escasa que es, para añadir: “Es casi falsa” y pasa a citar al propio Alejo que se aleja: “Mi abuela era una excelente pianista, alumna de César Franck. Mi madre lo era también y bastante buena. Mi padre, que quiso ser músico antes que arquitecto, empezó a trabajar el violoncello con Pablo Casáis. Aprendí música a los once años. A los doce tocaba páginas de Bach, de Chopin, con cierta autoridad”. Después de esta cita Padilla hace trizas la autobiografía oficial. “Pero nadie”, dice Padilla, “en Cuba tuvo noticias de su abuela ni de su madre como pianista “bastante buena”.

Mucho menos de que su padre “trabajó el violoncello con Casáis”. (Puedo añadir que Natalio Galán me aseguró que Carpentíer leía música con dificultad.) Sigue Padilla: “Su infancia no tuvo la armonía”, acertado término musical, “que se desprende de sus declaraciones. Vivió hasta la adolescencia en el campo, en las cercanías de Alquízar, un pueblo bastante pobre a varios kilómetros de La Habana”. Ahora Padilla hace revelaciones indiscretas y, como antes, llenas de un humor corrosivo: “Su padre desapareció del país cuando Alejo era casi un niño en pos de una cubana mestiza y se perdió para siempre en el Canal de Panamá”. (No en la selva.)

Padilla hace un paralelo erótico cuando revela al padre de Lilia Carpentier en una escena calcada de *El reino de este mundo*: en "la casa junto al río Almendares se vio aparecer una tarde, súbitamente, un gran óleo colocado entre dos puertas del comedor que daban al jardín. Era un negro, vestido a la manera de los haitianos descritos [por Carpentier), colmando todo el espacio de la tela. Supimos que se trataba del padre de Lilia, el único marqués negro de Cuba". Así hace trizas Padilla las anotaciones de otro biógrafo sobre liceos franceses y educación europea.

Nunca volví a ver a Carpentier después de aquel encuentro en la tarde

con maleta (y mulata) al fondo, pero supe de él por personas interpuestas, con el auxilio de la tecnología del electrón, a la que Alejo era adicto desde que, según contaba, había escrito ballets para el compositor experimental Edgar Várese en sus días grises de París.

La primera noticia la trajo grabada en una cásete Alex Zisman, estudiante de literatura en Cambridge. Zisman, peruano, es, como dicen los limeños, un plato: regalo de Mario Vargas Llosa, sobre quien Alex escribía una tesis de nunca acabar. Carpentier vino a Oxford en 1971 para una charla con preguntas públicas.

La primera pregunta de Zisman, que fue quien más preguntó, en español, era

acerca de las dificultades del pueblo cubano para comer, producto del cruel racionamiento impuesto por Fidel Castro. “¡Es falso!”, respondió Alejo, ágil pero gangoso. “Todo el mundo en Cuba come bien.” “¿Cuan bien?”, le preguntó Alex a Alejo y Lilia, desde el público pero audible en la cinta, afirmó: “Comen tan bien como nosotros”. ¿Es necesario recordar que los dos Carpentier, Lilia y Alejo, eran diplomáticos y vivían en París?

Alex (¡qué curioso juego de nombres y de sombras!) abandonó el tema, Qué Comen los Cubanos, para entrar en la literatura y preguntar por un libro mío. Carpentier perdió la compostura pero no el acento: “No he leído ese libro”. Pero,

siguió Alex, hay en él una parodia de su estilo y hasta de sus títulos. La versión paródica se titula “El ocaso”, que es una parodia de *El acoso*. Carpentier insistió: “Le grepito que no he leído ese libro de que habla”. Pero conoce, quiso saber Alex, a su autor que es cubano también. Alejo saliendo de otro acoso exclamó: “¡Ese señor no es cubano!”

Zisman cambió de autor pero no de tema. ¿Tampoco es cubano Heberto Padilla que está en prisión en La Habana por su poesía? “Ese señon›, dijo Carpentier y hasta en la grabación se puede oír su odio todavía, “no está preso por escribir unos versos más o menos. Está preso por causas más graves que pronto se sabrán”. Fin de la

grabación pero no de mi comentario. “Este señor”, es decir Heberto Padilla, la noche de ese mismo día, haría su confesión obligada en el salón de conferencias, ahora de confidencias forzadas, de la Unión de Escritores en La Habana. Es evidente que Carpentier ya estaba informado de “lo que ocurrirá”, o gozaba de un don de presciencia pasmoso.

Más pasmosa que la presciencia es la tecnología. No se extinguirá mi asombro ante la cinta de vídeo que hace posible uno de mis sueños: la cinemateca de uno solo. Más asombroso es el fax, ese teléfono que trasmite no la voz, después de todo un milagro cotidiano, sino cartas y mensajes instantáneos, con tanta

intimidad como una carta certificada, y casi con la misma seguridad. Pero el fax, como el teléfono, a veces produce mensajes cruzados y la máquina recibe un fax ajeno o anónimo. He recibido cartas equivocadas del mayor Ferguson, padre de la Duquesa de York, asegurándome que vendrá a un *tea party* que yo no daré. Una editora de *Vogue* me recomienda a una modelo (que puede ser estupenda o estúpida) para una ocasión de alta costura, con poca asistencia. (Por lo menos la señora a que iba dirigido el fax nunca recibió su invitación.) También un carnicero conocido me hizo llegar una lista de carnes en venta que ní yo ni el verdadero destinatario comeremos.

Estas equivocaciones, debidas al teléfono con mensaje escrito, me hacen preguntarme a mi vez dónde irá a parar mi fax que no da en la diana. ¿Tal vez a la princesa Diana?

Pero un fax, anónimo, destinado a hacerse célebre, vino de París sin marca ni remitente: era un verdadero facsímil. La copia de un certificado de nacimiento emitido en Suiza, un *acte de naissance*. Decía, sucintamente, que el 26 de diciembre de 1904 había nacido en Lausana, Suiza, Carpentier, Alexis, hijo de Georges Julien, de nacionalidad francesa (Marseille, Bouches-du-Rhône), domiciliado en Saint-Gilles-les-Bruxelles (Bélgica), y de Catherine *née* Blagooblasof. El documento está

expedido en Lausana, el 17 de septiembre de 1991. Como quien dice, acabado de emitir en Suiza y remitido desde París de donde me llegó, facsímil en mi fax.

La noticia era extraordinaria pero explicable. El documento desvelaba las múltiples y sucesivas invenciones de Carpentier por ser Alejo, por qué Lydia Cabrera, conocedora, lo llamaba siempre Alexis, por qué Alejo desplegó ese duradero rencor contra Padilla, el hombre que sabía demasiado, en Cambridge, y por qué Carpentier siempre había tomado a La Habana, como los ingleses, por un puerto de escala y, todavía más terrible, por qué se había comportado toda su vida tan

mal con Cuba: cómo se había prestado a todas las canalladas para servir a dos amos, el comunismo y Castro, a quien debió tener por un usurpador pero era su embajador muchas veces extraordinario, usando su prestigio para un desprestigio. Este certificado de nacimiento, aparente inocente, explicaba más de una maldad.

Pero el azar puede abolir la presciencia. Por pura casualidad vino a tomar el té Valentí Puig, escritor catalán que es el corresponsal del ABC de Madrid en Londres. Le enseñé el fax como una suerte de *Cuban curio*. Cuando Puig leyó la inscripción de nacimiento de Carpentier y vio que era genuina, me pidió permiso para pasarla a su periódico. Entre divertido y

advertido se lo di. Puig pasó, por fax, la copia del documento y el ABC publicó una nota ligera y poco relevante. Pero antes, de la redacción llamaron a Lilia Carpentier a La Habana. Ella reaccionó con acelerada virulencia política: "¡Eso es una infamia inventada en Miami!" Pobre Miami, tan lejos de Cuba y tan cerca de La Habana. El *acte de naissance* del cantón de Veaud no puede estar más lejos de Miami y más cerca de la verdad, porque es un acta suiza y por tanto neutral y aséptica como la Cruz Roja. Se originó, de veras, en un funcionario que si alguna vez oyó hablar de Alexis Carpentier lo habría confundido con Georges Carpentier, no el padre fugaz de Alejo, sino la

Orquídea del Ring, campeón francés de los pesos pesados, famoso por su valor físico y su elegancia de dandy parisiense. Bien lejos de Alejo.

Hay una última pregunta que no puedo contestar pero tal vez pueda la cubanísíma Lilia Carpentier. Que no ocultaba a su padre negro noble en Caracas y se hacía llamar "la señora Marquesa", pero no en La Habana. Durante años la única marquesa posible era una negra loca de sombrero sempiterno y boa al cuello que deambulaba por las calles y bajo el sol del trópico insistiendo que ella era una marquesa y Marquesa había que llamarla. Mi pregunta final es ¿por qué Alejo Carpentier nunca dejó saber que

había nacido en Lausana y siempre inventó nacer en La Habana? Una ciudad de la que siempre huyó como de un acoso y quiso morir en París, donde, cosa sabida, sólo los metecos y los americanos solían "ir en coche al muere".

Posdata postuma. Después de la muerte de Alejo se reveló quién había hecho la investigación ante las autoridades suizas. Había sido su antigua mujer Eva Frejaville, francesa en La Habana ahora en Los Ángeles. Todo comenzó un día con su visita a la madre de Alejo, de origen ruso, Catharine Blagooblasof. Exclamó nostálgica ella: "¡Cómo nevaba el día que Alejo nació!" La Frejaville iba a

decir que no sabía que hubiera nevado en La Habana nunca. Se calló pero, después de divorciada, buscó en París sin suerte y luego en Suiza con acierto la partida de nacimiento de Alexis. Alejo murió, diplomático castrista, creyendo que había burlado a todos. Pero no hay una Eva que, expulsada del Paraíso, no lo sepa todo de Adán.

Antonio Ortega vuelve a Asturias

Ocurrió hace casi cuarenta años en La Habana y lo recuerdo como si hubiera ocurrido el año pasado en Bath. Hacía un mes o dos que había conocido a Antonio Ortega al llevarle a su despacho de la revista *Bohemia*, de la que era editor literario, un cuento mío, el

primero que escribí y que era una suerte de parodia seria de un escritor que luego llegó a ganar el premio Nobel, pero a quien nunca consideré siquiera segundo de Ortega. Para ser jefe de redacción de la primera revista de Cuba, Ortega era increíblemente asequible. Siempre lo fue. Ese acceso fácil me permitió llegar tímido a él cuando yo no tenía más que diecisete años y exhibía el más claro aspecto de no ser nadie. (Cosa nada difícil porque no era nadie.) Ni siquiera aspiraba a la literatura todavía y escribir era otro juego adolescente. Como el ajedrez, aunque más fácil. Ortega no sólo leyó el cuento que le traje sino que lo publicó y hasta se convirtió en mi mentor literario y

extraliterario.

Ahora lo visitaba asiduo en su casa de la calle Amistad y él conversaba conmigo mientras me instruía —una vez que supe aclarar su espeso acento asturiano—. Ortega, antiguo profesor de ciencias naturales, era esa cosa rara: un maestro nato. Por supuesto, también me prestaba libros de algunos autores que ni siquiera había oído mentar, como Kafka o Silverio Lanza, extraños y exóticos. Caminaba yo cada tarde de sábado desde nuestro cuarto de familia del *solar* (léase falansterio habanero) de Zulueta 408 hasta su casa en la esquina de Amistad y Trocadero. Ortega, que fue una de las pocas personas realmente aristocráticas que he conocido (y luego

llegaría a conocer hasta lores ingleses, con un árbol genealógico sembrado antes de la invasión normanda, que son puros patanes), era también en extremo humilde. Su reducido apartamento, que compartía con su esposa Asunción, también asturiana, estaba entonces casi en el ombligo del barrio de lenocinio habanero, el notorio distrito de Colón, en que, siempre en La Habana, convivía la decencia con la prostitución, el bien y el mal empedrando infierno y paraíso por parejo. Curiosamente, al comienzo de esa calle Trocadero, estaban la redacción y los talleres de *Bohemia*, revista popular. Pero, asombro, al final de la calle, unas cuadras más abajo, vivió hasta su muerte José Lezama Lima,

el más raro y hermético poeta de Cuba y director de *Orígenes*, exquisita revista literaria nada leída por el pueblo. Esas putas —que ni Ortega ni Lezama frecuentaron nunca, por razones encontradas— tuvieron la oportunidad de ser hetairas. Es decir, rameras ilustradas casi por contagio. En más de una ocasión pude atisbar unas prostitutas semivestidas en lo oscuro de un *bayú* (burdel barato) y una vez, saliendo una tarde de sábado de casa de Ortega, alcancé a ver una puta de carnes blancas y blandas que corría corita a atravesar la calle de un *bayú* a otro, haciendo de Trocadero una calle olímpica: ninfas corriendo desnudas.

A Lezama lo visitaban otros poetas

católicos culteranos y hasta Juan Ramón Jiménez, exilado en La Habana entonces, de visita, tuvo que dar un corte cauto al puterío procaz más de una vez para llegar a Lezama Lima. Entre esas putas indolentes o insolentes el poeta era conocido como *Barbita Negra*. (Así eran de raras las barbas en Cuba entonces.) Según Lezama, para insultar al barrio, Juan Ramón decía que Colón le recordaba a Huelva en verano. No alcancé la medida de este insulto andaluz hasta conocer Huelva el año pasado: no hay duda de que Jiménez era esquinado y alevoso. A Ortega lo visitaban el doctor Gustavo Pittaluga, uno de los científicos españoles más ilustres de la anteguerra, María

Zambrano, Lino Novas Calvo y muchos eminentes escritores españoles exilados. Una noche conocí en su casa a Cernuda, vestido a la inglesa, de pipa y tweed. A Ortega nunca le importaron ni la dudosa moralidad del barrio ni la cierta humildad de su apartamento. Seguía sin saberlo ese proverbio inglés que recomienda estoico: nunca te quejes, nunca expliques. En una ciudad minada más que dominada por el automóvil, Ortega no tuvo auto propio hasta que el director de *Bohemia*, Miguel Quevedo, le regaló el viejo Studebaker de su hermana. Ortega lo llamaba siempre con cariño su cacharan. Demócrata incurable, Ortega representaba lo mejor que la República dio a España y Franco

desplazó hacia un exilio varias veces miserable. Ortega fue más afortunando que muchos pero sólo por un tiempo. Lo conocí a fines de 1947 y a comienzos de 1960 ya era de nuevo exilado político de su segundo país. Como sus cuentos atestiguan, dos patrias tenía Ortega, Asturias y La Habana.

Un día de diciembre de ese año 1947 tan mencionado por mí, por memorable (casi todo comenzó entonces), Ortega contribuyó a hacerlo extraordinario al entre garme una carpeta de tapa dura que contenía el manuscrito de un libro titulado, exóticamente extraño, *Yemas de coco*. Estaba mecanografiado de mano impecable, que no podía ser la de Ortega. Como otros españoles de su

generación (por ejemplo, el poeta gallego Ángel Lázaro, ahora testimonio vivo todavía de este tiempo, en Madrid) que trabajaban en periódicos y revistas de La Habana, y vivían entre la letra impresa y las máquinas, Ortega desdeñaba la máquina de escribir. Siempre sospeché que más que despreciar la máquina, todos temían al fracaso ante una tecnología nueva. Que esa tecnología tuviera ya casi un siglo (la primera máquina de escribir se creó hacia 1865: curiosamente esta invención masculina ha hecho más por abrirle puertas a la mujer que todos los movimientos feministas: esto, no tiene nada que ver con los cuentos de Ortega excepto que estaban todos

meticulosamente mecanografiados), esta veteranía no hacía a la máquina más respetable si se la compara con las decenas de siglos en que se usó la pluma y el papel horizontal sobre una mesa.

Pero el manuscrito tenía numerosas anotaciones a mano, hechas por Ortega con su letra regular pero minúscula y al mismo tiempo eminentemente legible. Siempre fue para mí, que araño y garrapateo más que escribo, una caligrafía perfecta. Al final, el libro estaba firmado a pluma: Antonio Ortega, naturalmente. Pero ni las tes estaban cruzadas ni la i tenía su punto y a la A le faltaba la barra traviesa. Cuando le pregunté a Ortega el porqué de esta firma desnuda me confió que durante la

guerra civil, como comisario político de Asturias, tuvo que firmar tantos documentos, edictos y proclamas que para simplificar este proceso y serle posible el mayor número de firmas en el menor tiempo, había eliminado todo trazo superfluo. Pienso ahora que esas íes sin punto y esas tes sin cruz contribuyeron al exilio de Ortega, a sus penas de exilado doble (de España, de Cuba) y finalmente a su muerte miserable en Maracaibo.

Cuando regresé a mi casa esa tarde, al ver mi madre que *Yemas de coco* no estaba aún en forma de libro pero era ya un libro, se quedó paralizada por la reverencia o ante el privilegio conferido al hijo mayor. “Tú cuida mucho ese

libro”, me aconsejó. “Mira que los escritores nunca dejan leer así sus escritos.” Para ella, pobre, como comunista que creía en Cristo, cada libro era una posible versión de la biblia o de *El Capital* —esa otra biblia no por impenetrable menos sagrada. Claro que cuidé *Yemas de coco* aunque no fuera un manuscrito verdadero o único, sino una copia a máquina. Debía leerlo en una semana y devolver el escrito a Ortega al sábado siguiente, pero lo leí en una noche.

Conocí a Ortega como novelista, autor de una novela, *Ready*, que no podía juzgar porque era la vida a ladridos que hablan de un perro sato (sin raza, con todas las razas), que recorría La Habana

en una picaresca canina de la que Ortega era más Guzmán que Quevedo: nada cruel. No pude juzgar ese libro al leerlo porque mi amor por los perros me lo impidió entonces. *Hoy* recuerdo que *Ready* era como una versión amable de *Colmillo blanco* o de *La llamada salvaje*. Esas feroces faunas que Jack London situó en el Yukón inhumano o en la imposible tundra americana, se convertían ahora en una deliciosa jauría juguetona entre calles y callejones de una ciudad, La Habana, que era, si cabe, demasiado dulce. La prosa acariciante de Ortega contribuía al clima cálido y blando del trópico. Pero este libro, cosa curiosa, fue en Cuba un bestseller mayor que la elogiada novela del futuro premio

Nobel y presente indio olvidado, para parodiar el título de uno de los cuentos más brillantes de Ortega, que cierra este volumen realmente excepcional.

En *Yemas de coco*, más que en ninguno de sus libros (más aún que en una novela inédita, sin título, sin acabar, dispareja pero de la que recuerdo haber leído unos capítulos memorables en su casa de El Vedado, a finales de los años cincuenta: esta vez el manuscrito era realmente un manuscrito y las páginas culminaban en una matanza indiscriminada de cangrejos en la carretera cuando iban ciegos rumbo al mar a desovar, que es una preocupación propia del naturalista), muestra que Ortega era de veras un narrador natural.

Mucho más genuino que otros escritores de su generación y de más tarde, que escribían ficción como hacían periodismo o publicidad, o esa pútrida publicidad política que es la propaganda. No sé qué escritores pudieron influir en Ortega, quien compartía muchas de las supersticiones literarias de su tiempo. Nunca pude comprender realmente cómo este hombre cultivado y culto podía considerar a mediocres nacionales como posibles premios Nobel. Tal vez la explicación no esté en la generosidad literaria, sino en su generosidad genuina. Ortega protegía, por ejemplo, en *Bohemia* primero y en *Carteles* luego, a un coterráneo suyo al que odiaba como

escritor y como persona. Luis Amado Blanco, dendista dantesco, era un detestable envidioso de Ortega, a quien sobrevivió para morir no entre la sangre y el horror en Venezuela, sino en el escarnio de todo el exilio español pero en la exalta ción oficial en Cuba. También acogía libros y autores que debía saber mediocres y más dignos de desprecio que de algún aprecio.

Hay que llegar a la conclusión de que si Ortega era excepcional como persona, fue también extraordinario como escritor. Más aún: era un original. Una originalidad encontrada desde el principio: natural nunca buscada. Al contrario, de haber atendido más a los modos (y a las modas) de su tiempo, yo

no estaría escribiendo estas páginas que tratan de rescatar las suyas del abandono y el olvido: serían superfinas. Pero su tiempo fue implacable. Si a todos nos tocan, como quiere Borges, malos tiempos que vivir, a Ortega le tocaron tiempos de imposible vida, y escapó de milagro pero por poco tiempo. De no haberse exilado a Cuba, le habrían fusilado en España bajo Franco. Pero de no haber sido siempre demócrata y republicano (siempre antitotalitario: siempre antifascista) o haber podido simular y tragar el suave cebo y escupir el anzuelo, de no haberse exilado de nuevo y dejado Cuba comunista por la democrática Venezuela, sería ahora celebrado en todas partes: en Cuba y en

España y, sórdida ironía, también en Venezuela, donde sólo unos pocos reconocieron su valor. Pero prefirió la honestidad individual al oportunismo colectivo. Al hombre lo perdió su decencia, que es un destino trágico pero honorable. Al escritor podemos encontrarlo ahora.

Una nueva lectura de *Yemas de coco* casi cuarenta años después muestra a Ortega tan fresco como era esa noche de sábado de 1947 en que tuve el privilegio y el gozo de leer su libro de cuentos, y dejarme influir por su estilo, contagio que Ortega diagnosticó enseguida. Ahora el libro aparece inédito todavía (ésta es su primera publicación verdadera ya que la edición cubana,

apoyada por un editor que la contamina, padece de aquello que maleditó ese Midas al revés: todo lo que tocó se hizo miserable) en su Asturias natal, tierra que Ortega hizo para mí mítica. Tal era su poder de evocación que llegué a añorar el bable y el orvallo como propios de un país que creí también el mío. Cuando visité Gijón por primera vez en el verano de 1981 no encontré, claro, a ninguno de los dos. Todo el mundo hablaba español y el sol salió tres días seguidos, lo que para un londinense es visitar la Riviera. Llovió un día pero fue tan breve y fuerte aguacero que pareció un chubasco tropical. Asturias es un mito que Ortega inventó.

Pero leyendo estos cuentos regresa Ortega y con él vuelve también el tiempo del orvallo y el rumor del bable que no se habla en sus cuentos. Sin embargo hay un toque exótico que he aprendido a reconocer como prójimo luego. Cuando leí el libro en La Habana encontré personajes que "cogían frío" ¡y morían casi enseguida! Desde Cuba esta enfermedad me parecía tan imposible o al menos tan remota como Ja fiebre del sueño y la mosca tsétsé que la trasmite. Ahora, después de años de exilio en Londres, la enfermedad favorita de los personajes de Ortega no es sólo posible sino que es favorita de muchos ingleses, que escogen coger frío y se mueren en cuestión de días, como el antagonista de

“Siete cartas a un hombre”.

Yemas de coco, el cuento, es una historia que Ortega pudo haber convertido en una novela, como pudo haber caído, más de una vez, en el sentimentalismo, y evadió con éxito ambas tentaciones. No tengo nada contra la novela ni mucho menos contra el sentimentalismo. Al contrarío, muchos de mis mejores amigos son sentimentales. Por amigos me refiero a boleros y tangos y a esos filmes viejos con un final feliz. También a mucha música melosa, melodiosa. Chaplin, por ejemplo, es descaradamente sentimental. John Ford es un sentimental seco, contenido. Ortega es un sentimental que quiere ser duro a veces o mejor,

declarar que es antes que nada un científico. Pero este científico, hijo y hermano de científicos, llegó un día al laboratorio de su hermano médico y encontró una curiosa cobaya: un perrito con el número 3 colgado al cuello para experimentos *in anima vili* y vivisecciones y disección final. Nuestro científico seco se enterneció tanto que rescató al can de una suerte peor que la muerte. Se llevó el perro a casa y le puso por nombre Tres. (Todavía en La Habana en los años cincuenta tenía Ortega una perrita llamada Tres.) Confieso que a mí me conmueve de veras la historia de Palmira, la que comía *Yemas de coco*. No me emociona la anécdota ni la trama. Me mueve la

prosa de Ortega, que sabe como Chéjov ser emotivo y al mismo tiempo hacer un diagnóstico casi médico de sus personajes. Con una sola frase establece Ortega una relación entre el lector y la ordenación rigurosa de los elementos de su prosa. Así cuando escribe: “El suave y fresco terral de febrero estremeció blandamente las altas y oscuras casuarinas”, el lector sabe que está frente a la verdadera literatura, señalada apenas con un sustantivo tan tenue como el nombre de la casuarina. O este otro comienzo memorable: “Surgió inesperadamente entre un montón de recuerdos: detrás de un sofocante olor a tuberosas”. Las casuarinas y las tuberosas hacen del recuerdo no un olor

impresionista sino que son exactos. Es que Ortega sabía que las páginas escrítas no huelen sino que nos hablan a los ojos, silenciosas pero a la vez increíblemente gárrulas, como algunas mujeres descritas por él. O como las cartas de sus personajes. “El evadido” es un cuento en que, como en “La huida”, hay una relación política inferida o inherente al relato. “El evadido” parece un compromiso renuente, mientras que en “La huida” Ortega admite que la única manera de hablar de política en ficción es hacerlo con el lenguaje de la prensa — periodísticamente, como un reportaje: como un reportaje pero evitando siempre la página noble, editorial y la

impotencia del denuesto. Hay otros cuentos en el libro, como “Siete cartas a un hombre”, en que el recurso tan usado, por su comunicante hermetismo, de la literatura epistolar está justificado: una carta que se recibe es siempre un sordo monologante, no un interlocutor válido. Las cartas hablan pero nunca oyen: contestarlas es incurrir a su vez en mi monólogo. Este cuento es a veces de una lectura dolorosa y creo que obtuvo un premio en España antes de la guerra civil. En Cuba un cuento aún más terrible, “Chino olvidado”, ganó un premio aún más celebrado; era importante y hasta decisivo entonces y Ortega fue famoso por un tiempo. Después, poco a poco, se lo tragó la

profesión del periodismo: fue jefe de redacción supremo, hombre de confianza del director de *Bohemia* y él mismo director de *Carteles*. Al revés del héroe de La vorágine, no se perdió súbitamente al entrar de lleno en esa selva salvaje, pero no creo que Ortega volviera a escribir nada, ni siquiera un editorial. No en Cuba en todo caso: Ortega, que era reservado en extremo en su vida privada, no tenía para mí secretos literarios. Cuando publiqué "La huida" (una narración de Franco antifranquísmo y de eficaz convocatoria republicana en que hasta la palabra de paz bous suena a obús) en *Lunes* de *Revolución*, que fue el más importante suplemento literario jamás publicado en

Cuba, pareció complacido. Pero su exilio abrupto a Nueva York poco después mostró que su complacencia era, como siempre, personal: una cortesía, otra finura del caballero español. Ortega nunca me dijo, como supe después, que no quería asociar este escrito suyo a la estridente literatura partidaria antologada allí.

Los cuentos recogidos en este libro son ejemplares raros en una literatura como la española nada adicta (ni adepta) al cultivo del cuento. Muestran, además, una característica que revela a los buenos escritores y que emparenta a Ortega con Lino Novas Calvo, ese otro gran cuentista cubano nacido en España (esta vez en Galicia), que muere ahora

lenta y bruscamente en Nueva York de sucesivas embolias cerebrales. Esa distinción común es el gusto por los nombres propios y los apellidos sonoros y exóticos. Curiosamente Ortega y Novas Calvo usan a menudo casi un mismo nombre cantábrico: Novas Calvo llama a un héroe suyo Fenollosa, Ortega le pone a otro Felechosa. Para mí son sólo sonidos sugerentes, para ellos tal vez tengan otro valor literario. En todo caso es imposible saberlo ahora y un escritor no hace más que proponer modelos de lecturas. Finalmente quiero decir que ésta es una presentación de ocasión, no el detenido análisis literario que se merece Ortega y que yo, que le debo tanto, no puedo hacer porque

siempre se interpondría ese sentimiento que él apreciaba por encima de todo: la lealtad. Esa lealtad es personal pero es también literaria. Como los personajes de Antonio Ortega, no puedo escribirle unas pocas líneas siquiera sin que se conviertan en un escindido mensaje privado, a la vez regocijado y doloroso: cartas a un muerto. Ahora aquí tienen ustedes los cuentos de Antonio Ortega, autor que el exilio quiso hacer anónimo. Léanlos y aprendan a apreciarlos sabiendo que es una lástima que su autor no esté más entre aquellos que fueron sus lectores preferidos: los que oyen el bable y el orvallo todavía. Casi iba a decir que no importa que él no esté porque está su literatura. Pero lo terrible

es que sí importa. Nada mata tanto a un escritor como el olvido que es peor que el desprecio. Sin embargo la lectura, ese recuerdo verbal, no puede devolver nunca la vida a un autor muerto. Es que la literatura, como esta introducción, después de todo no es más que un extendido epitafio.

Agosto de 1982

Adiós al amigo con la cámara

El contestador automático no es tal. Es una máquina que revela el alma o por lo menos el carácter. El autor de la respuesta que se repite pero que no es nunca automática, se encuentra enfrentado con el micrófono oculto con la necesidad de decir algo y ser breve.

Mediante el contestador tiene que componer su libreto y ser autor que se dobla (o se desdobla) en actor. Algunas respuestas son de veras ingeniosas y hasta divertidas. John Kobal, por ejemplo, que fue actor, cambiaba a menudo su respuesta, siempre con música de fondo, para informarnos dónde estaba y qué hacía y cuándo regresaría. Paquito D'Rivera, que es músico, toca el clarinete y responde a dúo con su mujer Brenda, que es cantante, al son de su último disco, *Tico Tico*. Néstor Almendros era diferente. Nunca cambiaba. Es decir, era el mismo. O él mismo. Su respuesta era siempre igual: un poco seca (como su padre castellano), un poco catalana

{como su madre) y, en inglés, tenía un leve acento cubano. Era además directo, informativo y deferente, y separaba cada palabra para que no hubiera duda de lo que decía. Si todo mensaje puede ser terrible, ahora lo duro es que no habrá otro mensaje de Néstor, doble, como cuando se escondía tras su máquina y decía, al reconocer a un amigo, “Ah, eres tú”. No habrá más, es triste, un amigo de casi medio siglo.

Néstor Almendros llegó a La Habana en 1948 para reunirse con su padre, educador y exilado español, a quien no veía desde su fuga en 1938. Néstor tenía entonces diecisiete años. Lo conocí en el curso de verano sobre cine que tenía la Universidad de La Habana, ese año.

El cine nos reunió, el cine nos unió. Creo, estoy seguro, que Néstor es el más viejo de mis amigos. Dolorosamente donde dije es ahora tengo que decir era. Pero, por Néstor, conocí amigos que eran amigos del cine y otros que demostraron ser más amigos del poder que del cine. O amigos del poder por el cine.

Para Néstor, como para mí, La Habana fue una revelación. Pero si yo venía de un pobre pueblo, Néstor venía de Barcelona y su sorpresa fue siempre un asombro mayor. Lo asombraron la multitud de cines (y una sorpresa que nunca fue mía: todas las películas estaban en versión original), lo asombraron los muchos periódicos, las

revistas profusas y entre ellas las dedicadas especialmente al cine. Lo asombró cuánta gente rubia había en La Habana. “Por culpa de ustedes”, le dije. “¿No has visto cuánto apellido catalán hay en Cuba?” Incluso un presidente se llamó Barnet, otro Bru. Le alegró que el primer mártir de la independencia de Cuba en el siglo XIX fuera catalán. Néstor, que tenía un padre castellano de pura cepa y que en Cuba se hizo cosmopolita, era catalán y en esa extraña lengua se comunicaba con su madre, la bondadosa María Cuyas, que lo sobrevive, y con sus hermanos María Rosa y Sergio. Su luminoso apartamento de El Vedado era una casa catalana.

Siempre supimos que íbamos a hacer

cine. Néstor escogió el arte más difícil, la fotografía. Joyce declaró una vez que él era original por decisión propia, aunque estaba menos dotado que nadie para tal tarea. Néstor se hizo fotógrafo por voluntad, por una veta férrea en su carácter que asombra a quienes no lo conocían. Empezó con una cámara ordinaria y llegó a ser un fotógrafo de primera. Pero cuando me hizo mis primeras fotografías, que estuvo dos horas fotografiando, al final de la sesión descubrió ¡que había dejado la tapa sobre el lente! Era, desde muchacho, sumamente distraído y ya como fotógrafo profesional tenía asistentes para asegurarse de que no olvidara nada. Solía tropezar con todos los

objetos que estaban en su camino y aun con algunos que no lo estaban. Néstor, que en sus últimas fotografías aparece con los ojos desnudos porque usaba lentes de contacto, cuando lo conocí llevaba unas gafas gordas de fondo de botella y no recuerdo haber conocido a alguien más miope. Pero era ya el ojo del cine. Néstor al descubrir La Habana se descubrió a sí mismo y al descubrir su sexualidad cambió su vida. Pero siempre fue la discreción misma: en el vestir, al hablar y uno piensa que así debió ser Constantin Cavafis. La Habana fue entonces su Alejandría. Pero, entre amigos, podía bromear de una manera que era asombrosamente cubana y a la vez muy suya. Néstor^ tan serio, solía

ser en la intimidad devastadoramente cómico con sus apodos para amigos y enemigos: a un conocido comisario cubano lo bautizó para siempre *la Dalia*.

Néstor se fue de Cuba cuando la dictadura de Batista y regresó al triunfo de Fidel Castro. (Casualmente había conocido a Castro al fotografiarlo en la cárcel de su exilio mexicano.) Pronto se desilusionó al descubrir que el fidelismo era el fascismo del pobre. Tenía, me dijo, su experiencia de la España de Franco: "Esto es lo mismo. Fidel es igual que Franco, sólo que más alto, y más joven". Ambos habíamos fundado, junto con Germán Puíg, la Cinemateca de Cuba que naufragó en la

política. Ambos fuimos fundadores del Instituto del Cine. Ambos descubrimos que era sólo un medio de propaganda manejado por estalinistas. Cuando la prohibición por el ICAIC (Instituto del Cine) de P.M., un modesto ejercicio en *free cinema*, que habían hecho mi hermano Saba y Orlando Jiménez, Néstor, que había devenido crítico de cine de la revista *Bohemia*, escribió un comentario elogioso. Fue echado de la revista enseguida. Esta expulsión fue su salvación. Poco después salió de Cuba por última vez.

Néstor se hizo un fotógrafo famoso en Europa. Esta es una reducción de la realidad. Néstor pasó trabajo, necesidades y hasta hambre, como lo

atestiguó su amigo Juan Goytisolo, en París. No fue el fotógrafo favorito de Truffaut y de Rohmer de la noche tropical a la mañana francesa. Lo vi a menudo entonces y supe que llegó a dormir en el suelo de un cochambroso cuarto de hotel que alquilaba un amigo. Néstor siempre fue indiferente a la comida, pero lo que tenía que córner en la Ciudad Universitaria no era *nouvelle cuisine* precisamente. Para perseguir su vocación, llegó a rechazar una oferta de un lujoso colegio de señoritas americano (donde ya había enseñado en su segundo exilio) y persistió en su empeño en Francia, donde se sostenía haciendo documentales para la televisión escolar. Pasaron años antes

de que lo invitaran a fotografiar un corto en una película de historietas. Fue así, con trabajo, a través de su trabajo, que se hizo el fotógrafo que fue.

Tengo que hablar, aunque sea brevemente, de su oficio que era una profesión que era un arte, que era una sabiduría. Néstor no era el escogido de Truffaut, de Rohmer, de Barbet Schroeder, de Jack Nicholson, de Terry Malick y finalmente de Robert Sentón por su cara linda, que nunca tuvo a pesar de su coquetería de lentülas y sombrero alón. ("Tengo —solía decir—, cara de lenguado.") Todos esos directores, y otros que olvido, usaban a Néstor una y otra vez porque Néstor no sólo fotografiaba sus películas sino que

resolvía problemas de decorado, de maquillaje, de vestuario con su considerable cultura, sino que reescribía los guiones, como hizo con la fracasada penúltima película de Benton. Trabajaba con el director antes y después de la filmación, enderezando entuertos, que eran muchas veces del director, y hasta resolvía problemas de actuación durante el rodaje. Y aun antes, mucho antes. Hace poco un guionista americano laureado le pidió que leyera su guión sobre la vida y hazañas de Cortés. Néstor hizo sus comentarios siempre sabios. Incluso evitó al escritor una metida de pata hercúlea cuando descubrió Néstor que Cortés estudiaba en el cine su plan de campaña ¡sobre un

mapamundi! Néstor, más cortés que Cortés, le indicó al guionista que era un anacronismo, como cuando Shakespeare e n *Julio César* hace sonar veintiún cañonazos a la entrada de César en Roma. La comparación con Shakespeare no sólo era caritativa sino halagadora. Así era Néstor Almendros.

Si Néstor tuvo una vida sexual discreta, tuvo una vida política abierta de ojos abiertos. Pocos extranjeros (aunque Néstor era un cubano honorario: la mayor parte de sus amigos y muchos de sus enemigos somos cubanos) han hecho tanto pero ninguno más por la causa de Cuba. Fue Néstor quien alertó al mundo, gráficamente, cómo era la caza de brujas sexuales en Cuba

castrista, con su *Conducta impropia*, en que se hablaba y casi se veía por sus protagonistas los campos UMAP para homosexuales que Castro creó. Muchos podrían decir que le iba un interés en ello. Pero Néstor produjo otro documental, aún más revelador, en *Nadie escuchaba*, sobre los abusos contra los derechos humanos en Cuba castrista. Fue este documental esencial para que se condenara al régimen de Castro, en todas partes y sobre todo en las Naciones Unidas ahora. Como con *Conducta impropia*, Néstor había venido a estos proyectos por una visión que era una convicción: trasmitía su horror antifascista, nacido en la España de Franco pero reencontrado en la Cuba

de Castro. Ahora mismo, ya herido de muerte, trabajaba (junto con Orlando Jiménez, su colaborador de *Conducta impropia*) en un documental hecho de documentos sobre la vida, juicio y muerte del general Ochoa, la más propicia víctima de Castro.

Es dura la muerte de Néstor. Para mí, para sus amigos, para sus fanáticos que juraban que era uno de los grandes fotógrafos de la historia del cine. Para mí, como espectador que cree que la fotografía es la única parte esencial de una película, sólo tiene, si acaso, un rival actual en Cordón Willis, el que fue fotógrafo favorito de Woody Alien y de Coppola. La ventaja de Néstor es su modernidad clásica, visible tanto en *El*

niño salvaje como en *La rodilla de Claire*, o su aura romántica en *Días de cielo* (que le ganó el Osear en 1979), o su elegancia *art déco* en *Billy Bathgate*, su última película, que contribuyó tanto a su muerte.

Por una constancia que no abolirá el azar, llamé a Néstor por última vez hace dos domingos. Sabía, como todos sus amigos, que Néstor había desaparecido, supe que esa desaparición fue en un hospital en busca de un tratamiento desesperado. Aunque Néstor no había dicho a nadie cuál era su enfermedad, muchos sospechábamos qué era la Enfermedad. Oí su discreto mensaje grabado otra vez, pero cuando me

disponía a dejar mi mensaje salió el propio Néstor diciendo: “Ah, eres tú”. Aunque Néstor estaba casi sin voz y su mismo mensaje parecía venir del más allá, me contó, sin motivo, el día de su llegada a La Habana en 1948. Cómo fue retenido en cuarentena en el barco y cómo vino su padre a rescatarlo con un amigo que era amigo de un inspector de inmigración. “En Cuba”, recordó Néstor, “siempre había un amigo que conocía a otro amigo que venía a salvarte”. Después nos despedimos esta vez para siempre. Al otro día, *Lunes*, Néstor entraría en coma para no salir más.

Una vez Billy Wilder encontró a William Wyler en el entierro de Ernst

Lubitsch. “¡Qué pena!”, dijo Wyler. “No más Lubitsch.” Le respondió Wilder: “La pena es que no habrá más películas de Lubitsch”. ¡Qué pena que no haya más películas de Néstor Almendros! ¡Qué pena mayor que no haya más Néstor Almendros!

Marzo de 1992

Reinaldo Arenas o la destrucción por el sexo

Tres pasiones rigieron la vida y la muerte de Reinaldo Arenas: la literatura no como juego sino como fuego que consume, el sexo pasivo y la política activa. De las tres, la pasión dominante era, es evidente, el sexo. No sólo en su vida sino en su obra. Fue el cronista de

un país regido no por Fidel Castro, ya impotente, sino por el sexo.

Una reciente diatriba del semanario *Juventud Rebelde* (que debiera llamarse Senectud Obediente) alerta, con la prosa de una hoja parroquial, contra lo que llama "fornicación excesiva", a que se entregan, libertinos pero no libres, los citadinos forzados a trabajar en el campo en un uso orweliano del término *voluntarios*. El editorial acusa a esos súbitos labriegos urbanos de hacer no sólo exhibición colectiva del coito más desaforado, sino de entablar emulaciones nocturnas entre ambos sexos. En otras palabras, la orgía perenne, como el follaje.

La llamada al orden ante el desorden

del sexo no es nueva en Cuba. Una cédula real ya en 1516 (a poco más de veinte años del descubrimiento) condenaba las prácticas sexuales de los nativos y la corona fruncía el ceño al acusarlos además de bañarse demasiado. “Pues somos informados”, terminaba la admonición real, “de que todo eso les hace mucho daño”. Algo se ha ganado de Carlos V acá: ahora los cubanos, por la poca agua y la falta de jabón, se bañan mucho menos que sus antepasados. Pero las prácticas contra natura cobran nuevo auge.

Si escritores homosexuales como Lezama Lima y Virgilio Pinera, difuntos, y el malogrado poeta Emilio Ballagas, dejaron una visión homoerótica del

mundo, siempre la expresaron por evasión y subterfugio, por insinuaciones más o menos veladas, y, en el caso de Ballagas, por bellos versos epicenos. Incluso Lezama (que con el capítulo octavo de *Paradiso* causó sensación, en 1966, entre los lectores cubanos reprimidos por el régimen y el mismo Lezama sufrió de seguida un monstruoso ostracismo) operaba en sus novelas y en sus poemas por símiles oscuros, por metáfora, como en su notoria declaración: "Me siento como el poseso penetrado por un hacha suave".

Mi pueblo, Gibara, produjo también lemas notables aunque anónimos. Uno era, "Doy por el culo a domicilio. Si traen caballo salgo al campo". Otro era

una prueba eficaz para determinar la locura: “Poner los güebos en un yunque y darles con un martillo”. Otro era exclamar: “Se soltó la metáfora”, para expresar un desvarío, un desenfreno. La misma declaración era una metáfora. Nunca como en *Paradiso* esta frase folklórica se convirtió en un sistema poético. Pero sus lectores nativos querían leer un realismo descarado que Lezama desdeñó por directo. Es decir, grosero. Ni aun Virgilio Pinera, que se veía a sí mismo como el epítome de la loca literaria (lo que le costó la cárcel en 1961, el desprecio peligroso del Che Guevara en la embajada cubana de Argel, que presenció Juan Goytisolo, y el abandono último), nunca tuvo la

franqueza oral (en todos los sentidos) de su discípulo Reinaldo Arenas.

Las Memorias de Arenas, *Antes que anochezca*, publicadas ahora, son de una escritura en carne cruda y entre indecente e inocente. Como su vida. Dice Borges que no hay acto obsceno: sólo es obsceno su relato. En el libro de Arenas, tan cerca de Borges, no sólo es obsceno el relato, son obscenos todos sus actos. Esta narración, sin embargo, no tiene nada que ver ni con Pinera ni con Lezama, sus maestros mentores, sino que entroncan directamente con otro libro cubano extraordinario que está dominado por la sexualidad en general y en particular por la pederastía y su juego

de manos cubano: el homosexual pasivo es una mujer extrema, el homosexual activo es un supermacho, porque, razona, fornica machos. No es extraño que Arenas rinda ahora homenaje a Carlos Montenegro. La novela o confesión de Montenegro se llama *Hombres sin mujer* (de 1937 pero ha sido reeditada en Málaga y en México hace poco, nunca en Cuba castrísta) y a su autor sólo le concierne la vida sexual en la cárcel.

Reinaldo Arenas va más allá de Montenegro y habla del sexo en la cárcel, en libertad, en la ciudad, en el campo, en su niñez, en su vida adulta y su clase de sexo se manifiesta entre niños, con muchachos, con adolescentes,

con bestias de corral y de carga, con árboles, con sus troncos y sus frutos, comestibles o no, con el agua, con la lluvia, con los ríos ¡y con el mar mismo! Y hasta con la tierra. Su pansexualismo es, siempre, homosexual. Lo que lo hace una versión cubana y campesina de un Walt Whitman de la prosa y, a veces, de una prosa poética que es un lastre de ocasión en ocasión.

Reinaldo era un campesino nacido y criado en el campo y educado por la *Revolución*, que se concibió y se logró y casi se malogró como escritor. Muchas veces me he preguntado por qué el régimen castrista que lo hizo, trató tanto de destruirlo. Una respuesta posible es que Arenas nunca fue revolucionario y

siempre fue un rebelde, que demostró con su vida y con su muerte ("*Siccut vitae, finís ita*" decían los romanos) ser un hombre valiente. Con un talento bruto, que en este libro postumo casi llega al genio, si su vida es como su final, desde el comienzo fue un largo coito sostenido. A veces en solitario, casi siempre en compañía de otros hombres. Pero si es verdad, como advierte Cyril Connolly, en un libro que parece un justo epitafio para Arenas, *La tumba sin sosiego*, que un hombre que no conoce en su vida siquiera una mujer, muere incompleto, Reinaldo, al haber tenido una vida homosexual tan activa, no pareció nunca incompleto. Tuvo, sí, una relación sexual con una prima (esas

primas del campo, siempre adelantadas a sus primos), aunque ocurrió allá lejos y hace tiempo. Los dos no tenían todavía seis años y su extremo placer juntos era comer tierra hasta el paroxismo no erótico sino gástrico.

Arenas, que parecía más un romano antiguo que un guajiro, no era un romano delicado. Más gladiador que poeta de la corte, era tosco, rudo y audaz y no conoció nunca el miedo. Aunque, como todos los valientes veraces, el primer sentimiento que confiesa es la cobardía. Me pregunto si esta confesión, entre tantas confesiones audaces, no es más que una vanidad. Pero su vida fue una azarosa aventura en un bosque penetrable de penes, dejando detrás la

señal de su semen y de su escritura. Era un Hansel que quiso ser siempre Gretel en la leyenda. Pero en el mito político fue un sír Roger Casement del trópico, con sus confesiones nefandas, siempre un patriota de las islas.

Nacido en Aguas Claras, un caserío entre Gibara y Holguín, al extremo este de la isla, más que pobre fue miserable desde la cuna. Bastardo y fantasioso, en su confusión de lecturas adolescentes se unió a una guerrilla confusa que peleaba una guerrita confusa contra un enemigo invisible y más que buscar camorra buscaban comida. A la toma del poder por Fidel Castro, vino a La Habana como miles de muchachos campesinos, buscando como los labriegos del Lacio

buscaban a Roma. Todavía adolescente, ganó un premio con su primera novela, *Celestino antes del alba*, cuyo título recuerda al de su último libro. Celestino es un poema demente situado no lejos del territorio de Faulkner, pero muy contemporáneo en su paranoica descripción de un bosque de hachas y un abuelo que derriba cada árbol en que escribe el nieto un poema. ¿Alegoría o paranoia? Su segunda novela, *El mundo alucinante*, es una obra maestra de la novela en español. Pero ganó con ella un segundo premio en un concurso local, cuando debía haber ganado primeros premios continentales. Como premio cubano la novela no se publicó nunca en Cuba. Arenas, ansioso como cualquier

escritor novel de verse publicado, envió el manuscrito al extranjero y cometió un delito sin nombre. Ahí comenzaron lo que las buenas y malas conciencias de la isla Mamaron "su problema". Su problema se hizo grave y luego agudo cuando fue condenado por pederastía, un crimen que parecía de lesa autoridad, y Reinaldo se volvió furtivo por toda la isla y al final, como el acosado protagonista de *Yo soy un fugitivo de una cadena de forzados*, pudo musitar desde la oscuridad: "Ahora... robo".

Pero hubo un final después del final y Arenas se vio, como Edmundo Dantés, peor que Dantés en el castillo de If, prisionero entre asesinos sin nombre y,

una vez más, entre homosexuales que no eran locas alegres sino dementes desesperados. El resto de su vida pasa en la otra prisión mayor que es la isla (en un campo para homosexuales, en La Habana homosexual), hasta que en su penúltima fuga se escurrió entre los náufragos del éxodo del Mariel y logró escapar a Miamí usando un subterfugio como refugio.

Luego vino su libertad extremada en Nueva York, otros libros, otros amantes y en un último final de su vida venérea fue atrapado por el sida y murió por propia mano para huir de una muerte atroz. En una última foto se ve a Arenas como lo que siempre fue: no un romano sino un indio cubano, con la cara triste

del cautiverio de su vida.

Este libro suyo es una novela, que es una memoria, que es una fusión de la ficción y una vida que imitó dolorosamente a la ficción: esa realidad atrofiada que es su última fuga. Una fuga a una sola voz. Sexo y Arenas que confiesa haberse acostado con más de cinco mil hombres en su vida y nadie lo aplaude. (Aplaudieron sin embargo a Georges Simenon cuando confesó haberse acostado con más de diez mil mujeres, ¿era por el número o por el sexo?)

Antes, leyendo o no pudiendo leer los libros libres de Arenas, creía que debió quedarse en Cuba y repetir los logros de *Celestino* y *El mundo alucinante*. Como

otras veces, estaba equivocado: Arenas hubiera terminado siendo un prófugo de profesión, no un escritor. Para el escritor que planeó pentalogías y otros proyectos, Antes que anochezca es un libro en partes de difícil lectura, no por el estilo sino por el estilete. Escrito en una carrera contra la muerte, chapucero, muchas veces no ya mal escrito sino escrito apenas: dictado, hablado, gritado, este libro es su obra maestra. Nunca habría podido ser escrito en Cuba, ni como funcionario ni como forajido. Algunos lo han comparado con Genet, delincuente delicado, o con Céline, profesional de la amargura: los dos son escritores sin el menor humor. Es por eso que su verdadero par hay que

buscarlo en la novela picaresca, porque su protagonista es un picaro sexual: sin duda un buscón. Pero muchas veces trae a la memoria esa primera novela, obra maestra de la picaresca erótica, que es *El satiricón*. Aunque en el libro de Petronio, donde los pederastas son héroes y los sodomitas heroínas, hay relaciones heterosexuales, aun depravadas o tenues o fugaces pero las hay. En la novela de la vida de Reinaldo Arenas no hay más que penes y penas.

Pero si algo prueban estas memorias es que mientras más arreciaba la persecución contra los homosexuales en Cuba, más auge gozaba (ésa es la palabra) la mariconería, en privado y en público. La isla, al retroceder

económica y políticamente, regresaba al imperio de un solo sentido. Los despidos, el acoso y los campos de concentración sólo para homosexuales parecían ser, de creer a Arenas, más un acicate que un alicate. Ahora con los homosexuales enfermos tras las rejas de los infames sidatorios, Castro continúa revelando que el homosexualismo es una obsesión dominante. Sólo las alambradas eléctricas y los barrotes son buenos para los que no se llaman compañeros sino ciudadanos. O, más familiarmente, *enfermitos*.

Sin embargo, contradicciones del comunismo, La Habana es de nuevo un paraíso sólo para turistas ahora y entre las frutas prohibidas que se ofrecen,

tanto a Adán como a Eva, están las putas más deliciosas (visibles en *Havana* de Jana Bokova) y los putos más codiciados, jineteros tras los que viajan muchos a la isla. Ambos objetos de placer no lo hacen por dinero, que nada puede comprar, sino por una cena, por la entrada a un cabaret, para pasar la noche del *nightclub* a la cama de un hotel sólo para extranjeros. Es la única forma de burlar el *apartheid* castrista. A menos, claro, que se sea un informante de la variante tropical de la Seguridad del Estado y así pasar del éxtasis a la *Stasi*.

Sobre una tumba, una rumba

Detesto escribir notas necrológicas de amigos (nunca lo hago con los enemigos:

el placer de ignorarlos es bastante), pero es un poco como cerrarles los ojos. Severo Sarduy fue un amigo desde los años cincuenta. No lo conocí en la revista *Ciclón* con que Rodríguez Feo liquidó con un golpe de viento (el logo d e *Ciclón* era un Eolo soplando) a *Orígenes*. Pero sí lo conocí en la noche habanera paseando con Miriam Gómez por La Rampa entonces rampante. Severo era delgado en extremo, cimbreante como una caña pensante. Luego publiqué sus primeros cuentos en *Carteles* cuando ya hacía rato que Severo era un niño prodigio. Después, cuando dirigía *Lunes*, publiqué sus ensayos sobre pintura cubana, que le sirvieron para ganar una beca en París.

Se fue a fines de 1959 declarando que volvería a pasear su imagen de nuevo romántico (todavía exhibía su cabellera negra con orgullo) por La Habana, pero nunca volvió. Fui tal vez el causante de que su estancia en París se convirtiera en exilio. Paseando por los jardines del Louvre en octubre de 1962, me dijo que sus estudios históricos {se especializó en el retrato Flavio) terminaban y planeaba regresar a Cuba. Le dije que sería un error, un horror. Acababa de saber que la persecución de homosexuales se sistematizaba en toda la isla: sería una víctima propicia. No podía sospechar que sería un día una víctima renuente, como Reinaldo Arenas: un mal íntimo, y no Fidel Castro

en la distancia, exterminará a todos los escritores del exilio.

Después nos vimos a menudo: en París, en Barcelona y en Madrid. También en Londres, donde al salir de un restaurante y encontrarnos de pronto con Rock Hudson, Severo abrió la boca desmesurado, pero no pudo decir nada. De súbito arrancó a correr y recorrió toda la manzana, para volver a ver al actor, que de todas maneras ya había desaparecido. Severo era Ja aparente frivolidad, pero dentro tenía un escritor extraordinario y, lo que es más difícil, un crítico literario de una sagacidad tan aguda como su capacidad de expresión. Con él muere en el exilio (como murió en Cuba con Lezama) la tradición tan

cubana del poeta culto que comenzó con José María Heredia a principios del pasado siglo, se continuó con José Martí y culminó con Julián del Casal a fines de siglo. Costó muchos años a Severo conseguir su cultura y, en su devo / ción por Lezama, una expresión a la vez cubana y erudita/ Murió ahora de una enfermedad que entre sus síntomas públicos produce un secreto a voces. Pero Severo sabía que agonizaba y sin embargo compuso uno de sus libros más ingeniosos, *Corona de las frutas*, décimas a Ja vez populares y culteranas, como las letrillas de Góngora precisamente. Para alguien herido de muerte, este *tour de forcé* no puede ser más divertido. Como Lezama describió

la muerte de Casal, extrañamente asesinado por un chiste (tuberculoso *in extremis*, al reír, la carcajada se le convirtió en una hemoptisis: la sangre que no cesa), en que el poeta dijo del otro poeta que había "muerto con su tos alegre", quiero contar un cuento de Severo que lo retrata de cuerpo entero.

Corrían los días de les Evénements en 1968. Para algunos eran divertidos, pero no para los exiliados cubanos en París, que habían huido de una *Revolución* para sentirse atrapados en una revuelta. Estaban, entre otros, Néstor Almendros y Severo Sarduy sentados en el café Flore, el favorito del escritor y el cineasta, cuando Néstor le preguntó a Severo qué iba a hacer "si ganaban".

Severo respondió: “Quedarme y adaptarme”. Néstor no lo podía creer: nunca soportó el oportunismo, así lo dijo, y Severo, con la misma voz, pero con una inflexión cubana, respondió: “¡Qué va, chica! Estaba bromeando. Si yo soy una gusana del carajo”.

A llorar a Papá Montero.
¡Zumba, canalla rumbero!
Ese muerto se nos val cielo.
¡Zumba, canalla rumbero!
(Rumba tradicional)

VIDA ÚNICA

LORCA HACE LLOVER EN LA HABANA*

La primavera de 1930 (que era en Cuba verano como siempre: una "estación violenta", como advierte el poeta Paz) Federico García Lorca viajó a La Habana por mar, la única vía posible para llegar a la isla entonces. Por la misma época Hart Grane, poeta americano, homosexual y alcohólico,

viajó de La Habana a Nueva York —y no llegó nunca—. En medio del viaje se tiró al mar y desapareció para siempre, dejando detrás como cargo un largo poema neoyorquino y varias virulentas metáforas como testimonio de su escaso paso por la tierra. Lorca estaba en su apogeo. Acababa de terminar *Poeta en Nueva York* con su espléndida "Oda a Walt Whitman" y emprendía la huida de Nueva York. No voy a comentar aquí el libro lorquiano, que es un largo lamento lúcido, sino que tocaré sólo su coda musical y alegre, ese "Son de negros en Cuba", que transformó la poesía popular cubana y también la visión americana de Lorca, Al revés de Grane, Lorca viajó de las sombras al sol, de Nueva York a

La Habana.

Por ese tiempo, aparte de Grane más lamentable que lamentado, visitaron a Cuba escritores y artistas que luego tendrían tanto nombre como Lorca. Algunos vivieron en La Habana "con días gratis". Nunca, por suerte o para desgracia, se encontraron con Lorca. Ni en La Habana Vieja ni en El Vedado ni en La Víbora o Jesús del Monte, ni en Cayo Hueso ni en San Isidro ni en Nicanor del Campo, que no se llamaba así todavía.

Ernest Hemingway vivía en La Habana Vieja, en un hotel cuyo nombre le habría gustado a Lorca, Hotel Ambos Mundos. Allí escribió Hemingway una novela de amor y de muerte, de poco amor y de

mucha muerte, cuyo inicio ofrece una vista de una ciudad de sueño y de pesadilla.

Ya ustedes saben cómo es La Habana temprano en la mañana, con los mendigos todavía durmiendo recostados a las paredes de los edificios: antes de que los camiones traigan el hielo a los bares.

La novela se titula *Tener y no tener* y es de una violencia que Lorca nunca conoció. En todo caso no antes de su final en Granada:

Atravesamos la plaza del muelle, dice Hemingway, hasta el café La Perla de San Francisco a tomar café. No había

más que un mendigo despierto en la plaza y estaba bebiendo agua de la fuente. Pero cuando entramos al café y nos sentamos, los tres estaban esperando por nosotros.

Es posible que Lorca, en 1930, hubiera conocido de vista a uno de esos tres que ahora

salían por la puerta, mientras yo los miraba irse. Eran jóvenes y bien parecidos y llevaban buena ropa: ninguno usaba sombrero y se veía que tenían dinero. Hablaban de dinero, en todo caso, y hablaban la clase de inglés que hablan los cubanos ricos.

Por esa época, en ese país, Lorca

debió vestir así y llevar el pelo envaselinado, aplastado. Moreno, como era, para Hemingway hubiera sido un niño rico cubano y sabría qué le pasaba a un niño rico cubano cuando jugaba juegos de muerte:

Cuando salieron los tres por la puerta de la derecha; vi un coche cerrado venir a través de la plaza hacia ellos. Lo primero que ocurrió fue que uno de los cristales se hizo añicos y la bala se estrelló entre las filas de botellas en el muestrario detrás a la derecha. Oí un revólver que hizo pop pop pop y eran las botellas que reventaban contra la pared...

Salté detrás de la barra a la izquierda y pude mirar por encima del

borde del mostrador. El coche estaba detenido y había dos individuos agachados allí. Uno de ellos tenía una ametralladora y el otro una escopeta recortada. El hombre de la ametralladora era negro. El otro llevaba un mono de chófer blanco. Uno de los muchachos le pegó a una goma del coche y como a cosa de diez pies el negro le dio en el vientre... Trataba de ponerse de pie, todavía con su Luger en la mano lo que no podía era levantar la cabeza, cuando el negro tomó la escopeta que descansaba junto al chófer y le voló un lado de la cabeza a Pancho. ¡Tremendo negro!

Lorca no conoció esa terrible

violencia cubana ni a esos negros habaneros, esbirros excelentes. Sus negros fueron sonadores del son, reyes de la rumba. Lorca tenía por costumbre recorrer los barrios populares de La Habana, como Jesús María, Paula y San Isidro, y se llegaba a veces hasta la Plazoleta de Luz, al muelle de Caballería ahí al lado y aun al muelle de la Machina, donde ocurre la acción inicial de *Tener y no tener*. Pero nunca conoció esa noche obscena que amanecía con los mendigos dormidos y los niños ricos muertos. Aunque al final, como Hemingway, supo lo que era una muerte violenta al amanecer.

Otro americano que vino a La Habana en esos primeros años treinta para dejar

una estela de arte fue el fotógrafo Walker Evans: “Desembarqué en La Habana en medio de una *Revolución*”, ¡Estos americanos no sé cómo se las arreglan para caer siempre en medio de una *Revolución* en Cuba! Como Evans estuvo en La Habana en 1932 y el dictador Machado no cayó hasta 1933 para ser sustituido por Batista meses después, Evans no pudo haber caído en medio de ninguna *Revolución*, excepto las revueltas que da el ron *pelión*. Pero Evans insiste: “Batista tomaba el poder” y Evans tomaba Bacardí. “...Yo tuve suerte porque tenía unas cartas de presentación que me llevaron hasta Hemingway. Y lo conocí. Pasé un tiempo estupendo con Hemingway. Una

borrachera cada noche.” ¿Qué les dije? Es la *Revolución* del ron llamada Cubalíbre. Dos de ron y una de Coca Cola. Agítese. Da para dos. Hemingway, según Evans, “necesitaba una orientación”. Se explica. Esos son los años inciertos de *Tener y no tener*, su primera novela cubana. Pero Evans sí sabía dónde iba y sus fotos de La Habana son, como “Son de negros en Cuba”, un romance gráfico en que los negros de La Habana se revelan como donosos dandies de blanco. Ése es un testimonio que no puedo traerles esta noche, ni siquiera puedo intentar describir estas fotos maestras que ahora pertenecen a los museos. Pero hay un negro de dril cien blanco, de sombrero

de pajilla y zapatos recién lustrados por el limpiabotas que se ve al fondo. Bien vestido con corbata marrón y pañuelo haciendo juego en la pechera, dandy detenido para siempre en una esquina de La Habana Vieja, junto a un estanco de diarios y revistas, su mirada aguda dirigida hacia un objeto oculto por el marco de la foto que ahora sabemos que es el tiempo, que hace de la fotografía un retrato, una obra de arte, cosa que *Tener y no tener* nunca fue, nunca será y que ese son sinuoso de Lorca es. Es es es.

Pero La Habana no era una ciudad'ni tan violenta ni tan lenta.

Un contemporáneo de Lorca, el escritor Joseph Hergesheimer, tan

americano como Hemingway y como Evans, dice de La Habana en su *San Cristóbal de* La Habana, uno de los libros de viaje más hermosos que he leído:

Hay ciertas ciudades, extrañas a primera vista, que quedan más cerca del corazón que del hogar... Acercándome a La Habana temprano en la mañana... mirando el color verde de plata de la isla que se alza desde el mar, tuve la premonición de que lo que iba a ver sería de singular importancia para mí... Indudablemente el efecto se debe al mar, al cielo y ala hora en que tuvo lugar mi presciencia... La costa cubana estaba ahora tan cerca, La

Habana tan inminente, que per di el hilo de mi historia por un nuevo interés. Podía ver, baja contra el filo del agua, una fila de edificios blancos, a esa distancia puramente clásicos en su implantación. Fue entonces que tuve mi primera premonición sobre la ciudad hacia la que suavemente progresábamos. Iba a encontrar en ella el espíritu clásico no de Grecia sino de un período algo tardío. Era la réplica de esas ciudades imaginarias pintadas y grabadas en una rica variedad de cornisas de mármol, dispuestas directamente hacia el mar calmo. Había ya perceptible en ella un aire de irrealidad que marcaba la costa que vio el embarque hacia Citerea...[*] *Nada*

me habría hecho más feliz que una realización semejante. Era precisamente como si un sueño cautivante se hubiera hecho sólido... Oí entonces la voz de La Habana. Una voz en staccato, notable porque nunca, según supe luego, se hundía en la calma, sino que cambiaba a la noche para un clamor nada diferente y no menos perturbador...

Estas son visiones poéticas, no históricas de La Habana. Pero —un momento— hay una segunda —o tal vez tercera— opinión sobre esta Habana anden régime. Encontré esta descripción en la *Enciclopedia Británica*, a veces nuestra contemporánea:

Metrópoli capital y comercial y el mayor puerto de Cuba. La ciudad, que es la más grande de las Antillas y una de las primeras ciudades tropicales del Nuevo Mundo, queda en la costa norte de la isla, hacia su extremo occidental. Su situación en una de las mejores bahías del hemisferio, la hizo comercial y militarmente importante desde tiempos coloniales y es el mayor factor responsable de su crecimiento constante desde los 235.000 habitantes que tenía en 1899 a los 978.000 de 1959. Otros factores que contribuyeron a su crecimiento son su clima salubre y su pintoresca situación y esos alegres entretenimientos que la hicieron una

vez meca del turismo. La temperatura media anual varía sólo en diez grados Celsius con una media de 24 grados. Aunque muchas mansiones de los barrios residenciales han sido expropiadas, desde un punto de vista físico la vista no es menos impresionante. El aspecto de La Habana desde el mar es espléndido.

Ésa fue La Habana que vio Lorca. Allí compuso una de sus piezas más espontáneas y libres. Es una cana a sus padres en Granada publicada en Madrid hace poco. Lorca habla de sus éxitos como conferenciante, bien reales, y de su riesgo imaginario al presenciar una cacería de caimanes y participar en ella

a sangre fría y a la vez enardecido. Afortunadamente Lorca no era cazador y nos exime del conteo de fieras muertas que habría hecho Hemingway. Tal vez a Lorca le entristecería saber que en esa región de Cuba, la ciénaga de Zapata, donde vio incontables cocodrilos, había circa 1960, apenas treinta años después de su relato, un encierro que era sólo una cerca baja de madera, donde dormía al sol un solo caimán inmóvil, como si estuviera disecado ya y fuera indiferente a su suerte. Un letrero al lado suplicaba al visitante; "Por favor, no tiren piedras al saurio".

Lorca ve en La Habana, ¿cómo no habría de verlas?, a las que él llama "mujeres más hermosas del mundo".

Luego hace de la cubana local toda una población y dice: “Esta isla tiene más bellezas femeninas de tipo original...” y enseguida la celebración se hace explicación: “...debido a las gotas de sangre negra que llevan todos los cubanos”. Lorca llega a insistir: “Cuanto más negro, mejor”, que es también la opinión de Walker Evans, fotógrafo, para quien un negro elegante es la apoteosis del dandy. Finalmente Lorca hace un elogio de la tierra natal: “Esta isla es un paraíso”. Para advertir a sus padres: “Si me pierdo que me busquen... en Cuba”. La carta termina con una hipérbole extraordinaria: “No olvidéis que en América ser poeta es algo más que ser príncipe”. Desgraciadamente no

es verdad ahora, tampoco era verdad entonces. No en Cuba al menos. He conocido a poetas pobres, poetas enfermos, poetas perseguidos, poetas presos, poetas moribundos y muertos finalmente. Eran todos tratados no como príncipes sino como parias, como apestados, sufriendo la lepra de la letra. Tal vez la letra con sangre entra, pero con sangre sale seguro. Para Lorca La Habana fue una fiesta y así debía ser. No hay que contaminar su poesía con mi realidad.

En su visita a Buenos Aires, Borges acusó a Lorca de un crimen de lesa ligereza. Lorca le dijo al joven Borges que había descubierto un personaje crucial, en el que se cifraba el destino

de la humanidad entera, un salvador. ¿Su nombre? ¡Mickey Mouse! Es extraño que Borges, con su sentido del humor, no descubriera que detrás de la declaración de Lorca no había más que un chiste, esas salidas de un poeta con sentido cómico de la vida. A Borges la broma se le hizo bromuro: Lorca quería asombrar, *pour épater* le Borges. En La Habana, por el contrario, Lorca deleitó a sus amigos habaneros, fanáticos del cine mudo, con su pieza "El paseo de Buster Keaton", compuesta sólo hacía dos años. Buster Keaton no es aquí un redentor que trata de volver a Belén en su segundo viaje. Pero tampoco es el sollozante Mickey Mouse, con sus ojos siempre abiertos, sus guantes de cuatro

dedos y sus zapatos de ratón con botas. Mickey es insufrible, Keaton es insuperable. El lema de esta piececita es "En América hay ruiseñores", que es otra manera de decir que los poetas pueden ser príncipes. Lorca en La Habana, al no querer asombrar a nadie, asombró a todos.

Un autor anónimo de entonces describe la estancia de Lorca en La Habana como "el agitado ritmo de su existencia habanera, llena de agasajos, de charlas y de homenajes y abrumada por la dulce tiranía de la amistad". Pero Lorca no estuvo solamente en La Habana. Tanto declaró Lorca en La Habana que iría a Santiago, que por poco no va nunca. Hay todavía mucha

gente que duda si Lorca fue a Santiago de Cuba de veras. Esos son los que consideran la poesía como una acción metafórica. Hay que señalar, con un hito de carreteras, que Lorca, después de varias tentativas falsas, fue por fin a Santiago. No en un coche de aguas negras ni con la rubia cabeza de Fonseca, pero en Santiago de Cuba se hospedó en el Hotel Venus. Lorca era el poeta del amor. Los que duden lean su "Casada infiel". Hay pocos textos tan eróticos escritos en español.

Como poeta Lorca fue una definitiva influencia para la poesía cubana, que después del abandono modernista iniciaba una etapa de cierto populismo llamado en el Caribe negrismo. Era una

visión de las posibilidades poéticas del negro y sus dialectos un poco ajena, enajenada. Exótica sería la palabra, sólo que exótico en Cuba es un marino escandinavo, no un estibador de los muelles. Los mejores poetas de esa generación, que tendrían la edad de Lorca, cultivaban el negrismo como una moda amable y amena, otros eran como Al Jolsons de la poesía: blancos con cara negra. El poema devenía así una suerte de betún. La breve visita de Lorca fue un huracán que venía no del Caribe sino de Granada. Su influencia se extendió por todo el ámbito cubano. Esa clase de poesía estaba hecha para ser recitada, con la boca cantando coplas. Esa es una de las magias de la poesía (y

de esa otra forma de poesía, las letras de canciones) que exige a la vez la lectura silenciosa y el recitado en voz alta y aun soporta la declamación. La poesía, entonces, es otra música, como quería Verlaine: "*De la musique avant toute chose*". Lorca en su "Son de negros en Cuba" musita una música exótica que se hace enseguida familiar. "Iré a Santiago" es efectivamente el estribillo de un son. Como en la *Obertura cubana* de Gershwin, la música es familiar pero la armonía es exótica.

Lorca llegó a La Habana por el muelle de la Machina. Hizo el viaje al revés de Crane: venía de las tinieblas a la luz, incluso al deslumbramiento poético. El

tiempo que vivió en Nueva York, aunque escribió allí *La zapatera prodigiosa*, pieza llena de sol andaluz, también compuso su tenebroso *Poeta en Nueva York*, que comienza con una premonición, "Asesinado por el cielo" y termina con su "Huida de Nueva York". Casi inmediatamente, en el libro y en la vida, el poeta compone su "Son de negros en Cuba", en que invoca como un sortilegio a la luna: "Cuando llegue la luna llena/Iré a Santiago de Cuba". Su poema, que tiene la forma poética del son, brota aquí como una flor: natural, espontáneo y excepcionalmente bello. El poeta huye de la civilización a la vida nativa, naturaleza exótica. Casi como Gauguin. Aunque me parece estar

oyendo al Shakespeare de La tempestad:

La isla está llena de ruidos.
Sonidos y aires dulces,
que dan deleite y nunca dañan.

Lorca ahora quiere completar el bojeo de esa isla:

Cantarán los techos de palmera,
Iré a Santiago...
Iré a Santiago...
Con la rubia cabeza de

Fonseca
Iré a Santiago
Y con el rosal de Romeo y Julieta...

¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
¡Oh cintura caliente y gota de madera!
¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!

Hay un son tradicional que canta:

Mamá y o quiero saber

de dónde son los cantantes...

Lorca sabía: esos cantantes, como el son, venían de Santiago de Cuba. Explicar poemas es tarea de retóricos, pero quiero mostrar cómo Lorca hacía un poema de lo obvio para cubanos que se volvía poesía para todos. Los “techos de palmera” son los techados de los bohíos, vivienda tradicional campesina hecha toda con hojas, troncos y fibras de la palma real. Nadie en Cuba llamaría a la palma, palmera, ni siquiera en un poema. “La rubia cabeza de Fonseca”, que tanto intrigó a tantos, no pertenece a ninguno de sus amigos cubanos, sino al fabricante de puros de ese nombre, cuya

cabeza roja aparece en los cromos de su marca. “El rosal de Romeo y Julieta” no es esa espesura donde Romeo da a Julieta aquello que le dio ella el otro día, sino otra marca de habanos. El rosal es de una litografía. “Las semillas secas” son por supuesto las maracas de la orquesta de son y la “gota de madera” es el instrumento musical habanero llamado claves. Espero no tener que explicar qué es una “cintura caliente”.

Este poema escrito en La Habana es de una luminosidad como sólo se ve en La Habana. Lo atestiguan el fragmento de Hergesheimer, que es un friso de un edificio tropical y, sobre todo, las fotografías de Walker Evans con sus fruterías al sol, sus mujeres que adornan

un patio y las abigarradas fachadas de los cines de barrio que invitan siempre al viaje. En esa época risueña y confiada, ida con el viento de la historia, Lorca se deslumbró con La Habana y deslumbró también a los habaneros, que hace rato que estaban acostumbrados a los fulgores de su ciudad tan capital como un pecado. Hay todavía algunos que recuerdan a Lorca como si lo estuvieran viendo, viviendo. Uno de estos habaneros es una habanera, Lydia Cabrera, vecina de Miami y decana de los escritores cubanos en el exilio. Ella recuerda tanto a Lorca como Lorca la recordaría a ella, a quien dedicó su memorable “Romance de la casada infiel”. Lorca, siempre fascinado

por los negros, escribió: “A Lydia Cabrera y su negrita”.

Lydia, que dos días atrás cumplió 86 años, recuerda a Lorca desde el principio. Lo conoció en casa de otro cubano, José María Chacón y Calvo, que fue luego instrumento del viaje de Lorca a La Habana. “¡Qué gracia tenía!”, dice Lydia. “¡Qué vitalidad de criatura!” Hasta que se fue ella de regreso a La Habana veía a Lorca diariamente en ese Madrid que, al revés de La Habana, no se ha perdido sino se ha ganado. Fue Lydia la intermediaria para que Lorca y su gran intérprete Margarita Xirgu se conocieran. Lorca no había escrito entonces más que una obra de teatro, *Mariana Pineda*, que la Xirgu estrenó.

Lorca al celebrar la ocasión dedicó a Lydia el poema que más le gustara. El poema (y tal vez la dedicatoria) escandalizó a uno de los hermanos de Lydia, asustado acaso por toda la imaginería erótica que Lorca despliega desde el primer verso hasta la revelación de esta virgen con marido. Ella, Lydia, no se inmutó y todavía es el poema de Lorca que prefiere. Lydia recuerda que, despues de cinco minutos de conversación, quedó hechizada (la palabra es suya, ella que tanto sabe de hechizos) con Lorca, a quien llamó siempre Federico.

Dice Lydia Cabrera del final de Lorca: “Cuando supe Jas condiciones trágicas de su muerte, pensé con

consternación el horror que debió sentir Federico. El era tan delicado y esa muerte tan horrible debió causarle segundos inimaginables de horror. Fue una muerte imperdonable. Pensé mucho, muchísimo en él". Todos los que conocieron a Lorca en La Habana, y aun los que no lo conocieron, lamentaron su muerte. De su asesinato tiene Lezama Lima una curiosa opinión. No es una versión política sino poética de la muerte del poeta: "Lo que mató a Lorca fue la grosería". Críptico más que crítico, Lezama añade; "No Ja política".

Ese fue el fin. En el principio Lorca llegó a La Habana y sorprendió a todos desde Ja presentación; "Soy Federico García". Escoger su primer apellido

como su nombre fue objeto de comentarios. Alguien preguntó: “¿Están ustedes verdaderamente seguros que ese García es Lorca?” Así con tantos García que había en Cuba, desde el general de Jas guerras de independencia Calixto García hasta los políticos más vuJgares, muchos cubanos se sintieron emparentados con Lorca.

Vivía en La Habana entonces eJ poeta coiombiano Porfirio Barba Jacob, hombre de sucesivos y sonoros seudónimos. Antes se había llamado con su nombre propio, un oscuro Osorio, y luego había sido Ricardo Arenales, Main Ximénez y finalmente acertó con ese dos veces raro Porfirio Barba Jacob. Todos estos nombres y ese

hombre forman un considerable poeta modernista, raza en vías de extinción. Barba Jacob era famoso en La Habana por un verso y un anverso. El escritor declaró en un poema: “En nada creo, en nada” y el hombre era un poeta pederasta. Muy feo, lo llamaban en su cara, por su cara “el hombre que parecía un caballo”.

Barba Jacob añadía a esos inconvenientes para el amor otro más. Le faltaba un diente al frente que se empeñaba en sustituir siempre por un diente postizo hecho de algodón o de papel pero no de ceniza, como quieren algunos. Su conversación comenzaba en la tarde en la Acera del Louvre, en el véspero de que habló Hergesheimer,

pero según avanzaba la noche aquel diente más blanco que los otros desaparecía para reaparecer llevado por la lengua no a su meta sino a desotra parte en la boca. De pronto Jacob tenía un diente brillando blanco sobre su labio lívido o volaba para posarse en la barba de Barba. El poeta creía que su conversación era de veras fascinante, a juzgar por la cara de sus oyentes. Pero la fascinación venía de aquel diente ambulatorio. O mejor, náufrago, marinero de blanco que navegaba en la balsa de su lengua, entre un Caribdis dental y la Escila de su encía.

La mención de un marinero, aun metafórico, nos conduce al gran transporte amoroso de Barba. Se dice

que el poeta de la decadencia modernista encontró su marinero cuando, literalmente, “hacía el litoral”. Literalmente ambos se encontraban en los muelles. El marino, ni corto ni perezoso (en realidad era alto y ágil), se hizo amante del poeta pederasta y pesimista (recuerden, por favor, su divisa: “En nada creo, en nada”) y para colmo pobre. Para su mal era 1930 y cuando se paseaba Barba con su marinero recién pescado, se atravesó en su camino Federico García, que era todo lo contrario del colombiano: graciosamente andaluz y para colmo famoso. Lorca procedió ahora, con todo su encanto y todos sus dientes brillando en su cara morena, a auspiciar al

marinero escandinavo que recaló en el trópico. Barba perdió su diente para siempre.

Alrededor de 1948, a casi veinte años del encuentro amoroso con Lorca, todavía era posible ver a este marino seudosueco caminando la noche, Prado arriba y Prado abajo, como un náufrago de otra época. Su ropa era, sí, azul marino y llevaba un paleto que hacía alucinante la noche tropical. Un si es no es rubio, *ancora* con el áncora al cuello, tal vez noruego, tal vez gallego, pasaba como una sombra, sin ver a nadie, como si nadie lo viera. Pero invariablemente peatones y poetas que se detenían en la esquina de Prado y Virtudes, donde comenzaba el barrio menos virtuoso de

La Habana, miraban hacia el parapeto del paseo central para ver a este marino varado en tierra a quien cantó Barba: “Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos”, para suspirar: “Hay días en que somos tan lóbregos, tan lóbregos”. Ahora, es decir entonces, un índice irreverente venía a indicar y una voz soez venía a decir: “¡También ése!” La risa era como una brisa que movía el diente de algodón de Porfirio Barba Jacob, que en nadie creía, en nadie.

La culminación de la visita de Lorca a La Habana ocurrió cuando le ofrecieron finalmente una comida de despedida, un banquete, un almuerzo en el comedor del Hotel Inglaterra en que terminaba la Acera del Louvre, a veces llamada del

Livre. Allí estaban Lorca y sus discípulos futuros. Estaba también La Habana literaria, la que no escribía poemas pero estaba dispuesta a escribir prosa como Lorca versos. A través de las puertas abiertas del hotel (el aire no era acondicionado todavía) se veían las ínnumeras columnas blancas al sol del portal, la Acera del *Louvre* y el parque al fondo con la estatua central soleada y sólida de otro poeta, José Martí, a quien mató, como a Lorca, esa bala con nombre que siempre viene a matar a los poetas cuando más falta hacen.

De pronto, como ocurre en el trópico, comenzó a llover. A llover de veras, sin aviso, sin esperarlo nadie, sin tregua. El agua caía por todas partes de todas

partes. Llovía detrás de las columnas impávidas, llovía sobre la acera, llovía sobre el asfalto y sobre el cemento del parque y sus árboles que ya no se veían desde el hotel. Llovía sobre la estatua de Martí y su lívido brazo de mármol, la mano acusadora y el índice de cuentas eran líquidos ahora. Llovía sobre el Centro Gallego, sobre el Centro Asturiano y sobre la Manzana de Gómez y aún más allá, en la placita de Albear, sobre la fuente de los mendigos y sobre la fachada del Floridita donde Hemingway solía venir a beber. Llovía sobre la Citerea de Hergesheimer y sobre el paisaje blanco y negro de Walker Evans. Llovía en toda La Habana.

Mientras en el comedor los comensales devoraban el almuerzo cálido, indiferentes a la lluvia que era cristal derretido, espejo húmedo, cortina líquida, Lorca, sólo Lorca, vio la lluvia. Dejó de comer para mirarla y de un impulso saltó, se puso de pie y se fue a la puerta abierta del hotel a ver cómo llovía. Nunca había visto llover tan de veras. La lluvia de Granada regaba los cármenes, la lluvia de Madrid convertía el demasiado polvo en barro, la lluvia de Nueva York era una enemiga helada como la muerte. Otras lluvias no eran lluvia: eran llovizna, eran orballo, eran rocío comparadas con esta lluvia. “Y todas las cataratas de los cielos fueron abiertas”, dice el Génesis, y el Hotel

Inglaterra se hizo un arca y Lorca fue Noé. ¡Había gigantes en la poesía entonces! Lorca siguió en su vigía, en su vigilia (no habría siesta esa tarde), mirando llover solo, viendo organizarse el diluvio delante de sus ojos.

Pero pronto notaron su ausencia del banquete y vinieron de dos en dos solitos y solícitos a hacerle ruidoso corro, como aconteció a Noé en su zoológico. Ya Lorca había escrito que los cubanos hablan alto y más alto hablan Jos habaneros, los hablaneros. Lorca se llevó un dedo a los labios en señal de silencio respetuoso ante la lluvia. El ruido del banquete había terminado en el estruendo del torrente. Por primera vez para muchos

periodistas, escritores y músicos que se reunieron en ese simposio sencillo, Federico García Lorca, poeta (poeta como se sabe quiere decir en griego *hacedor*), había hecho llover en La Habana como nadie había visto llover antes, como nadie volvió a ver después.

CAPA, HIJO DE CAISSA

"¿A dónde vas tan de prisa?"

"Al café de Flore. Echan una partida Céline y Henry Miller"

"¡Eah! Escritores menores"

“Pero es que juegan contra Capablanca”

“¿A qué esperamos?”

La primera vez que vi a Capablanca fue la última. Mi madre me llevó a verlo. Mi madre, tengo que decirlo, no tenía idea de lo que era el ajedrez pero sí sabía quién era Capablanca. Una tarde casi a primera noche nos arrastró a mi hermano y a mí a ver a Capablanca. Salimos después de comer y llegamos a nuestro destino, el Capitolio Nacional, cuando casi era de noche. El enorme edificio blanco estaba iluminado para una fiesta, a la que íbamos. Subimos la alta, ancha escalinata de granito hasta el salón de los Pasos Perdidos (buen

nombre, lástima que fuera prestado) y allí en medio estaba Capablanca en su posición de eminente jugador de ajedrez que ha sufrido un jaque mate. Cuando nos acercamos, con reverencia, pude ver todo lo que se podía ver de Capablanca: sólo su rostro. Estaba terriblemente pálido, gris más bien y en la nariz y en los oídos tenía torpes tapones de algodón. Capablanca se veía inmóvil y sin edad: estaba muerto, era evidente, aunque era un inmortal.

El catafalco, palabra nueva, quedaba justo encima del diamante en el centro del enorme salón donde se perdían nuestros pasos. En medio del medio, central, estaba el diamante, protegido por un grueso cristal que aseguraba su

posesión y al mismo tiempo aumentaba su tamaño y su valor. El diamante aparecía como muchas mujeres, a la vez atractivo e inaccesible. Era, lo han adivinado, una versión cubana del colosal Kohinoor que Raffles, sus manos de seda nunca sobre la piedra trunca, soñó con robar. El diamante, además, no sólo era una piedra preciosa sino un mojón miliar: marcaba el kilómetro cero de la carretera central, por orden del general Gerardo Machado, tirano de turno. Ahora, joya sobre joya, el ataúd en que descansaba Capablanca, su estuche, se posaba, pesado, con su carga preciosa sobre el duro diamante popular y la acumulación de riquezas era casi insoportable para un niño que trataba de

comprender qué significaba tanta veneración. Mi madre, una loca por la cultura, dijo definitiva: “Es una gloria de Cuba”. No dijo fue sino es. Capablanca es. La vida de Capablanca comienza donde empieza el ajedrez.

Su juego es su vida.

Jugadores de ajedrez, ¡apártense!

José Raúl Capablanca y Graupera nació en La Habana el 18 de noviembre de 1888, hijo de un militar español y de una dama catalana. Acaban de cumplirse pues cien años de su nacimiento. Como dijo el gran Golombek: “Todo en Capablanca fue legendario, excepto que por supuesto se sabe que nació”. Según cuenta la leyenda, a los cuatro años Capa (su apodo favorito) se burló de su

padre que jugaba al ajedrez porque hizo uso ilegal de un caballo. No se refería Capita a un “animal solípedo que se domestica con facilidad y es útil al hombre” (y a veces a la mujer también, aunque el Real Diccionario de la Real Academia no lo especifica), sino a la pieza de ajedrez que se llama caballero (*knight*) en inglés y saltarín (*Springer*) en alemán. Nunca nadie dio lecciones de ajedrez al precoz jugador.

La versión de Capablanca: “No tenía cinco años todavía cuando, por accidente, entré a la oficina de mi padre y lo encontré jugando con otra persona. No había visto nunca un juego de ajedrez: las piezas me interesaron y al día siguiente volví a verlos jugar. Al

tercer día, mientras miraba, mi padre, muy pobre en las aperturas, movió un caballo de un escaque blanco a otro del mismo color. Aparentemente su oponente, que no era mejor, no se dio cuenta. Mi padre ganó y yo le dije que era un tramposo y me reí de él. Después de un regaño casi me sacó de la habitación, pero le pude mostrar lo que había hecho. Mi padre me preguntó qué sabía yo de ajedrez. Le contesté que lo suficiente para derrotarlo: me dijo que era imposible, considerando que ni siquiera sabía colocar las piezas. Probamos con las conclusiones y yo gané. Así empecé".

Capablanca, padre, entre otros, se quedó mudo de asombro y luego

clamoroso de entusiasmo. Pepito, así lo llamaba su madre, derrotó a su padre, primero, a los amigos de su padre después y, aunque se le prohibió que jugara en público, a los once años derrotó al futuro campeón de Cuba, Juan Corzo, que en un curso es recurso aparece en todas las historias de ajedrez sin haber ganado sino perdido. “Capa bate a Corzo” es, en efecto, una de las partidas más memorables completadas por un niño prodigio y los dos, como Napoleón y Wellington, hicieron historia al ganar y al ser derrotados.

Capablanca fue un sobreviviente desde niño: otro hermano murió muy joven. La trama que quiere que el ajedrez tenga una motivación edípica

(advenedizo mata al rey) queda aquí coja. Fue el hermano mayor muerto el que debió retar al padre. Capablanca deviene un Edipolipo. La teoría freudiana que explica el ajedrez en términos del complejo de Edípo (que no es, *Edipo Rey*, más que una obra de teatro griega con poco público) siempre me ha parecido freudulenta. Sin embargo es cierto que Capablanca aprendió solo a jugar ajedrez sólo para vencer a su padre —y Jo ha conseguido. El verdadero Capablanca, el viejo, ha sido obliterado hasta el olvido. Cuando se dice Capablanca todos pensamos en el jugador al que se conocía como la "máquina de jugar ajedrez".

Cuatro meses después de derrotar a

Corzo, que era ahora campeón nacional, Capablanca participa en el primer campeonato cubano y queda en cuarto lugar. Corzo alienta a Capa para que se haga jugador profesional, pero papá dice que no. Corzo sin embargo vive lo suficiente para ver a Capablanca coronado campeón internacional del juego de los reyes y los peones, y muere sólo cuatro años antes que Capa. Un industrial cubano (ya en Cuba republicana) se ofrece a costear la educación del joven maestro. Capablanca se enrola en la Universidad de Columbia que queda, afortunadamente para él, en Nueva York, donde también está el Club de Ajedrez de Manhattan. Allí pasa Capa el tiempo

que le dejan libre las muchachas de Manhattan.

En el Club de Ajedrez es donde el prodigio que se hizo amateur en Nueva York fue profesional: *Capablanca from Havana*. Aquí fue donde Capablanca se llamó Capa, nombre que le divertía porque era más corto que el propio y lo hacía, como jugador, el igual del personaje de Chaucer que sonreía pero llevaba una daga bajo la capa. Capa tenía debajo un alfil o su pieza preferida, el peón envenenado. Aquí jugó cientos de juegos con los principales jugadores de Nueva York. Fue aquí donde jugó también contra Lasker, Mr. Emanuel, el campeón mundial de origen alemán de origen

judío y a quien muchos señalan como el mejor jugador de todos los tiempos —un poco por debajo de Capablanca. El trío del terror está compuesto de hecho por Capablanca, Lasker y Paul Morphy (18371884), el sureño que temía tener sangre negra: una tragedia americana. Fischer pudo haber completado la tríada, pero su brillante triunfo sobre Boris Spassky en Reikiavik en 1972 quedó borrado por su demencia juvenil de la que nunca sanó. Fischer, fanático anticomunista, es curioso, no padecía del complejo de Edipo: jugaba, literalmente, contra su madre que era tan comunista que la llamaban la *Reina Roja*.

En el Club de Ajedrez de Manhattan,

Capablanca intimó con uno de los grandes jugadores americanos, Frank Marshall, a quien derrotaría decisivamente en 1909. Capablanca tenía veintiún años, Marshall treinta y tres. Marshall relata la ocasión en que un muy aburrido Capablanca, jugando en su contra, cabeceó más de una vez. Con un sentido del humor muchas veces ausente del tablero, contó Marshall: "Cometí el peor movimiento del juego: desperté a Capablanca". Capa ejecutó un jaque mate fulminante.

Capablanca se hizo un maestro del *zugzwang* que es mejor que maestro del zen. El *zugzwang* indica en alemán la posición en que el jugador obtiene un resultado peor (Pace Marshall) si le

toca mover una pieza que si no le toca. Capa, el bien parecido, el elegante, el urbano se sonreía observando la cara de su contrincante cuando producía Jo que parecía un zigzag y era un zugzwang.

Hubo un jugador llamado Johann Hermann Zukertort que se enfurecía cuando le traducían su apellido. Todos le llamaban *Torta de Azúcar*, Capa no se molestaba cuando en Nueva York, cosas de colegiales, lo llamaban *White Cloak*. Era, claro, el disfraz del lobo cuando visitaba a Caperucita en invierno. Pero cuando empezaba a funcionar el mudo motor de sus células grises, lo comparaban con la eficiencia silente de un Rolls Royce en marcha.

En sus días de estudiante (no de

ajedrez, que nació sabiéndolo; por eso le llamaron el “Mozart del ajedrez”) Capablanca jugaría más de una vez con Lasker. Ninguno de los dos sabía que Capablanca arrebataría a Lasker la reina y la corona. En el ajedrez no se intuye sino se sabe, como en una ciencia exacta, qué va a ocurrir muchas movidas más tarde. El ajedrez es un juego autista. Lo saben los espectadores sentados frente a la doble muralla invisible. Lo saben los jugadores encastillados en la defensa y la ofensa. Círculos concéntricos del ejercicio mental hecho juego, muchas veces la partida termina en el jaque de la locura. Al juego de Bobby Fischer, el único candidato a la corona eterna de Capablanca, lo han

llamado “maniobras lunáticas”. Fischer nunca estuvo Joco, ni siquiera ahora en que se ha convertido en Ja Greta Garbo del juego. Pero hay casos de genuina locura.

Como la paranoia patética de Paul Morphy, que fue el primer campeón moderno, cuyos paseos solitarios y sombríos tenían por escenario la vieja Nueva Orleáns que lo vio nacer. Morphy fue un apestado social en Inglaterra y celebrado en Francia. En París le ganó al duque de Brunswick jugando junto con el conde Vauvenargues en el palco del duque en la ópera, en el intermedio de la puesta en escena de *El barbero de Sevilla*. Fígaro aquí, Fígaro allá.

Capablanca jugaba con tal velocidad

que en el famoso torneo por el campeonato, celebrado en La Habana, Lasker, su oponente, se quejó de que el reloj Timer de Capablanca había sido arreglado por los cubanos para que corriera más lento. Pero durante el torneo Capablanca perdió siete kilos. Capablanca solía decir: “Hubo un momento en mi vida en que estuve muy cerca de creer que no podía perder un juego”. Lasker, siempre generoso, cuando Capablanca entró en el torneo de Nueva York de 1924, declaró: “Capablanca podía descansar en un récord que nadie había conseguido nunca ni nadie igualará después. En diez años había jugado noventa y nueve torneos y juegos decisivos y ¡perdido

sólo un juego!”

Como los apaches según Miguel Inclán, Capablanca era un hombre orgulloso. Cuando estaba a punto de perder un juego contra Marshall en La Habana en 1913, partida sin importancia, hizo que el alcalde de la ciudad en que nació vaciara el salón de juego antes de admitir la derrota. Sin embargo, cuando perdió tan extraña y sorpresivamente contra Alejin en Buenos Aires en 1927, se asegura que la noche del juego decisivo estuvo bailando tango tras tango con una belleza local. (A Capablanca, como a Borges, le gustaban las argentinas.) Dice Alexander Coburn, comentarista inglés: “Uno de los aspectos más interesantes

de la personalidad de Capablanca es que, como a ningún maestro antes, le interesaban mucho las mujeres”.

Es verdad. Capa, hijo de Caissa (Caissa es la diosa del ajedrez y su musa no sumisa), estaba más interesado en el juego con las mujeres que en el ajedrez. En un torneo celebrado en Londres, antes de perder el campeonato, fue convidado con Alejin, que entonces posaba de ser su mejor amigo, al *music hall* que adornaban las famosas Bluebell Girls (todas altas, todas rubias, todas piernas) y todo el tiempo que duró el espectáculo, Alejin no dejó de consultar su ajedrez de bolsillo, mientras Capablanca era todo ojos al escenario. ¡Cuidado con la dama! Es la pieza más

peligrosa del juego.

Al ser preguntado por el sexo, propio o ajeno, Bobby Fischer respondió: “Prefiero jugar al ajedrez”. A Alejin, por su parte, no le interesaba más que estudiar a Capablanca, su juego, su rejuego. Estuvo, según confesión propia, trece años estudiando al campeón de cerca. Esa noche en Londres lo estudiaba todavía y anotó críptico en su diario: *“It takes two to tango”*.

Capa permaneció en los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, jugando, y se escribía sobre asuntos de ajedrez (¿de qué otra cosa?) con el campeón Lasker, ciudadano alemán y judío patriota. Un día de 1918 vinieron a visitarlo dos discretos

caballeros de Washington. Eran del servicio de contrainteligencia que investigaban su correspondencia extranjera, llena de extraños símbolos: 10BXe7 Qxe7 1100 NXC3 12RXC3 e5. “¿Qué clave es ésta?” Muy serio, Capablanca respondió: “Son símbolos para una maniobra de liberación”, “¿Cómo?”, dijeron los dos agentes al unísono. Capa a carcajadas escapa: “Son signos del ajedrez, una convención internacional”. Después de explicaciones y ejemplos con el auxilio de un tablero y varias fichas, los policías comprendieron. “¡Ah, es como las damas!” “¡Efectivamente —dijo Capa—, como las damas pero con caballeros!” Capablanca se dio cuenta

de que la contrainteligencia es lo contrario de la inteligencia. Y sin embargo, sin embargo: Emanuel Lasker había ya inventado un tanque de guerra para el enemigo que era todavía su amigo.

Morphy, que se llamaba Morfeo pero no podía dormir, antes de entrar al primer círculo de la espiral de la locura, laberinto sin Dédalo, estuvo en 1864 en La Habana, "que ya era centro del ajedrez", para dar varias exhibiciones con los ojos vendados. El resto fue el ensordecedor silencio de la mente del jugador en una partida que no cesa. Capablanca, que jamás imaginó la presión social sobre su sanidad mental que sufrió Morphy, se comportó siempre

por encima de los pares y los nones que lo creían un aristócrata español. En Londres lo tenían por un hombre frío cuando sólo era calmo: *cool not cold*[*].

Según Gerald Abraham en *La mente del ajedrez*, Capablanca "poseía un juicio calculado para prevenirle de perder el control mental". Dice George Steiner en su ensayo *White Knights of Reykjavik*, sobre el combate Bobby Fischer-Boris Spassky: "Más que ningún otro maestro (Capablanca) pudo ver la armazón exacta de la pura lógica". Parecía tener, añade, "la apretada dirección que tienen las computadoras que juegan al ajedrez". Capablanca, según Steiner todavía, "tenía la monotonía de la perfección".

Capablanca, Steiner *dixit*, ganó una famosa partida al eterno Lasker "con impecable rigor" y en cincuenta y una calladas movidas consiguió que "un peón avance hasta la fila final para ser coronado reina", en el más peligroso travestí del juego: para el peón es morir después de reinar.

Capablanca, ahora, pareció por un momento lamentar que su viejo amigo Lasker perdiera una partida que tenía ya ganada y no se movió de su asiento sobre el tablero ni cuando retumbaron los aplausos. Su actitud durante el juego, después del juego, era bien diferente a la de Bobby Fischer. Así describe el *International Herald Tribune* a Fischer, jugando por el campeonato mundial de

Reikiavik, Islandia, en julio de 1972; “Fischer no se está nunca quieto y continuamente da vueltas en redondo sobre su silla giratoria especial (que le costó $ 470). Mientras Spassky se sume en una meditación profunda sobre el siguiente movimiento, Fischer se come las uñas, se saca los mocos y se limpia los oídos entre movida y movida”.

Fischer, que con su estatura, sus excentricidades y su adicción a los cómics fue el Howard Hughes del juego ciencia más que de la ciencia del juego, no jugaba ajedrez sino que practicaba continuos ejercicios de anulación de la personalidad del contrincante. Capablanca era la gentileza, la seguridad y la absoluta convicción de

que el juego era suyo: el ajedrez se había inventado para él. Caíssa lo hizo. Sin embargo, más que con aquel indeciso de Morphy (en su cara se veía siempre la sombra de una duda por más que se afeitase), demente, delirante, se compara a menudo a Capablanca con Fischer. Sería el caso de dos hermanos gemelos unidos por un tablero, pero, como las piezas, uno blanco y otro negro.

Como final analogía de contrarios, se ha imaginado una partida única para resolver (palabra clave en el juego) el último problema de ajedrez. ¿Podría Fischer haber derrotado a Capablanca? Fischer buscó siempre demoler a su oponente, física y mentalmente. La única

manera en que Fischer habría podido acabar con Capablanca sería que aprovechara cuando Capa apretara el botón de su Timer para hacer desfilar a espaldas de Fischer coristas, modelos y *stripteasers* con que distraer el ojo desnudo del cubano. Capablanca podría, en revancha, recordarle a Fischer a su madre, la bestia negra que era, para su hijo, roja como la plaza donde están las altas torres del Kremlin.

Capablanca fue acusado muchas veces de fácil porque el juego le era tan fácil como a Mozart la música. Era una suerte de respiración. También lo llamaron haragán otras veces, como a Rossini. Cuando el joven Gioacchino, que siempre componía en la cama por miedo

al frío (como Capablanca, Rossini padecía de frío incoercible), de donde se levantaba tarde o no se levantaba, vio caer al suelo una de las hojas, de su Barbero, no se molestó en bajar de la cama ni a perturbar las otras páginas, sino que la escribió de nuevo. Ésta es la mejor parte de su "Obertura". Capablanca, por su arte, no estudió una apertura en su vida.

Dijeron que Capa era un incurable mujeriego como si padeciera una enfermedad venérea. "Como cubano al fin", dijo Alejin, que se había casado cuatro veces, les pegaba a sus mujeres y bebía hasta aparecerse borracho a jugar en un torneo importante. Ese hábito que no hace un monje le costó el campeonato

mundial en 1935. Antisemita hasta el punto de escribir artículos difamando a los judíos en el ajedrez, publicados en la prensa nazi durante la ocupación de Francia, padecía agudos ataques de violencia, como cuando, al perder una partida fácil, destruyó los muebles de su habitación de hotel en Pskov.

Pero Alejin fue el primer gran jugador de ajedrez ruso sin las trampas soviéticas de Stalin. *Hoy* tiene un torneo en su nombre en Ja Unión Soviética y las autoridades rusas han intentado varias veces llevarse a Moscú sus restos que descansan (si es que pueden) en el cementerio de Pére Lachaise en París. Sobre su tumba hay un busto idealizado del jugador, abajo hay un tablero de

ajedrez y en el medio una inscripción en bronce que exalta la memoria de un gran jugador que fue también un miserable.

Alejin fue el Salíeri de Capablanca. Después de la inesperada, increíble derrota del cubano de manos del ruso blanco en Buenos Aires en 1927, Alejin se negó sistemáticamente a conceder a Capablanca la revancha por el campeonato mundial (entonces las reglas del juego eran diferentes) y aunque prometió hacerlo muchas veces, nunca cumplió. Como ironía y jaque mate, Alejin perdió el campeonato mundial a manos del soso y serio Max Euwe. En 1937, sin embargo, Euwe, holandés cabal, le dio a Alejin una lección de

caballerosidad (por demás inútil) y le concedió una revancha ancha. El torneo no le sirvió de nada a Euwe que fue derrotado de mala manera. Como dice de Alejin Richard Eales en *The History of a Game*: “El contraste de su comportamiento con Capablanca fue francamente obvio”.

Las relaciones entre Capablanca y Alejin llegaron a ser tan malas que Capablanca se negaba a participar en torneos internacionales si tenía que jugar con Alejin. Capa tenía en las blancas su nombre, pero Alejin decidió jugar con las negras hasta el final. En 1940, viviendo en la Francia ocupada, Alejin (a quien mi madre llamaba “un verdadero villano”) pidió permiso para

emigrar a Cuba y prometió que, si lo admitían en la isla, jugaría contra Capablanca por el campeonato mundial. Batista, gran amigo de la Unión Soviética entonces, era el presidente de Cuba y le negó el permiso. Ironías del tablero, poco después de su muerte, Stalín decidió considerar a Alejin una gloria rusa.

La carta de renuncia de Capablanca a Alejin es uno de los documentos más elocuentes de la historia del ajedrez. "*Cher* Monsieur Alekhine", escribió Capablanca en francés y hay un borrón donde debió de haber una e que convertía el cher en chére: Alejin era una mujer. O Capa tenía poca práctica en renunciar o demasiada maña en

conquistar mujeres. Sigue la carta: "*J'abandonne la partie*" y por un momento leí "*la patrie*". Capa renuncia a continuar jugando y pierde la partida y el campeonato mundial de ajedrez. Todavía tiene saludos "pour Madame". La carta está fechada en noviembre 29 de 1927 y el lugar en que fue escrita es Buenos Aires, Argentina. Era el fin de un campeón y de una era del ajedrez moderno. A esa edad Mozart había compuesto su *Réquiem*.

Alejin, que nunca se sintió culpable por no haber dado la revancha a Capablanca y mantuvo el título hasta su muerte, contaba un cuento, ya al final de su vida, como Casanova pero sin tener la generosidad con las mujeres que tuvo

Casa en sus memorias. Enfermo y firme, relata lo que le ocurrió jugando con Capablanca en Petersburgo en 1914. Una noche, en pleno torneo, y como en "La reina de espadas" de Pushkin, tocaron a su puerta. Abrió y se encontró con un viejo campesino ruso en harapos que le pidió entrar porque había encontrado un secreto de suma importancia para el ajedrez. El hombre era insistente y Alejin lo dejó entrar pero no lo invitó a sentarse. "¡He encontrado la manera de que las blancas den jaque mate en doce jugadas!" Alejín se dio cuenta de que tenía en su cuarto de hotel a un loco y trató de echarlo de la mejor manera. Pero el viejo visitante insistía. "Se lo voy a demostrar", decía.

Para acabar con el enojoso asunto Alejin dispuso el tablero y las fichas. Doce jugadas más tarde el campeón ruso y futuro rey del ajedrez deponía su rey de madera. Pálido y como de yeso Alejin casi suplicó: “Repita sus jugadas, por favor”. El viejo repitió su performance y volvió a derrotar a Alejin otra vez y otra vez más. Alejin cogió al viejo jugador por un brazo, salió al pasillo y al cuarto de Capablanca. Como de costumbre, el cubano no dormía sino que tocaba la balalaika para que una cimbreante gitana bailara una salmonela o como se llame ese baile ruso, rudo. Con gran trabajo Alejin hizo que Capablanca dejara de hacer música o lo que estaba haciendo para atender al

viejo patán. Que procedió a derrotar al campeón sin corona del ajedrez una vez y otra y otra, siempre en doce jugadas. “¡Doce fatídicas jugadas!”

Aquí Alejin pareció dar por terminada la historia.

“Pero”, quería saber el impaciente interlocutor, “¿qué pasó?”

“¿Qué pasó?”, preguntó retóricamente Alejin. “Pues que Capablanca y yo matamos al viejo. Ahí mismo en su cuarto y luego lo echamos al Neva. Eso fue lo que pasó. De no haberlo hecho ni Capablanca ni yo habríamos sido campeones de ajedrez del mundo. ¡Del mundo! Yo todavía lo soy”, aseguró Alejin en su cama en medio del blanco cuarto, luchando una vez más por

quitarse como un Houdini ruso su camisa de fuerza, al tiempo que miraba a su alienista con ojos en que se reflejaba un tablero de ajedrez.

Este cuento incompleto apareció en *The Complete Chess Addict* y lo reproduzco aquí porque revela el carácter del jugador de ajedrez y la personalidad de Alejin, hombre capaz de llegar al asesinato por ganar una partida o el campeonato del mundo. Es lo mismo. Por otra parte asegura el doctor Félix Martí Ibáñez: “Darle jaque mate al rey opuesto en ajedrez equivale a. castrarlo y devorarlo, haciéndose los dos uno solo en un ritual de homosexualismo simbólico y comunión canibalística, respondiendo así a los

remanentes del complejo de Edipo infantil”. Escrito en 1960 esta sarta de infelices frases freudianas no es menos fantástica que la historia de Alejin y el jaque mate en doce jugadas, juegan las blancas. La fábula puede haber sido cocinada por lord Dunsany, uno de los maestros del cuento fantástico y el doctor Ibáñez bien puede estar emparentado con Blasco Ibáñez. Capa, por su parte, hizo tablas con lord Dunsany, que era un aficionado de cuidado.

Más tarde en San Petersburgo las noches blancas de un peón negro. El director soviético Vsevolod Pudovkin hizo en 1925 una peliculita titulada *El jugador de ajedrez* y su protagonista

era, ni más ni menos, Capablanca. Ahí se juega con su nombre y con la blanca nieve. El film comenzó como un documental sobre el Torneo de Moscú en 1925, cuando Capablanca era todavía campeón del mundo. Capa, en medio de una sinfonía de tableros y una tocata de fichas, aparece envuelto en un asunto romántico con la bella heroína rusa. Todo el mundo parece presa de la fiebre del ajedrez (que es el título alterno) pero una pregunta detiene el tránsito: "¿Tal vez el amor es más poderoso que el ajedrez?" Capablanca va aún más lejos al decir: "Cuando veo una mujer bella, también empiezo a odiar al ajedrez". Pero carga con la heroína, al torneo. Al final, devuelta la novia rusa a

su novio ruso, Capa con capa y sobre la nieve parece decir adiós. En ese momento cae sobre la blanca acera un peón negro. *Koniesh filma*.

Capa siempre sintió una vaga antipatía por los que no saben jugar al ajedrez. “Es tan melancólico”, afirmaba, “como un hombre que nunca haya tenido relaciones con una mujer que no sea su madre”. En una palabra, no comprendía al soltero empedernido ni al ignorante que no sabe cómo se manipula el peón, esa pieza que se parece extrañamente a un clítoris que se mueve inexorable hacia la reina opuesta. Capablanca propuso una vez que se extendiera el tablero al añadir dos peones extra a cada lado y dos nuevas piezas. Capa

pensaba que las posibilidades del juego se habían agotado ya. Algunos dicen que nuestro hombre en la dama concibió esta variante del juego si no del espacio del juego (que significaba a la vez una alteración de las reglas del juego) porque estaba harto del número de partidas que terminaban en tablas, sobre todo en torneos internacionales y en campeonatos. Otros, más personales, dicen que Capablanca encontraba el juego tan fácil que se aburría y las nuevas piezas y el nuevo espacio del juego serían como meter otra mujer en la cama.

Capablanca, que era un gran cocinero y presumía de gourmet, rara vez se levantaba antes del almuerzo y de los

postres y el café (Capa, cuyo nombre es esencial al cígarro, no fumaba ni bebía) y se iba a jugar siempre impaciente por terminar la partida, musitando: “A la cena, a la cena”, haciendo un juego de palabras por preferir el juego abierto. Al clásico Capablanca se le acusó de ser el primer jugador narcisista, que es un mal romántico.

Capablanca fue derrotado, en el tablero, por una mujer, Mary Bain, que lo venció en simultáneas. Miss Bain tiene el récord del jugador de simultáneas que más rápido derrotara a Capablanca. Mary no sólo era joven sino bonita y existe la sospecha entre los viejos ajedrecistas de que Capa se dejó ganar. La derrota, la concesión, lo que

fuera, ocurrió en sólo once movimientos. “El ajedrez”, dijo sir Richard Burton, jugador de ajedrez y traductor del *Kama Sutra*, código de amor hindú concebido por los inventores del ajedrez, “es un juego erótico: todo consiste en poner horizontal a la reina”. Para los que creen en la importancia de ser serio, Capablanca adelantó una teoría: “El ajedrez es una ciencia que parece un juego”.

Una anécdota revela a un Capablanca compasivo, casi sentimental. Jugaba con Lasker en Moscú en 1914 y Capablanca notó cómo el entonces campeón Lasker se puso pálido, ceniza casi, al darse cuenta de que había cometido un error tan grave que tal vez le costana el juego.

La mano de Lasker temblaba tanto que casi no podía asir la pieza que quería mover. Capablanca supo en ese momento que muy pronto sería el campeón mundial. Pero, declaró, no podía evitar sentir una gran piedad al ver el efecto paralizante que la inminente derrota tenía en Lasker. “Había esgrimido el cetro del ajedrez durante veinte años”, escribe Capablanca, “y en ese instante supo que había llegado a su fin”. La ironía del momento es que no había llegado el fin para Lasker todavía. El campeón se las arregló para hacer tablas y ganar el torneo. Capablanca, llamado Capa, era Jo que no era Alejin, por ejemplo, o Bobby Fischer: un jugador placable,

nada implacable.

Capablanca, sin embargo, rara vez perdonaba a una mujer: era un Donjuán capaz de convidar al Comendador a una partida de piedra y entre jugada y jugada acostarse con Inés, con Ana y con su hermana. Para él un *ménage a trois* no era una partida extraña. Capa, además, era un atleta experto: las tablas de baloncesto le eran tan familiares como las del ajedrez, practicaba esgrima con la idea de que el ajedrez era otro duelo y había estudiado más libros de cocina que de ajedrez. Nunca jugaba al ajedrez más que en torneos y competencias. Tenía una segura posición social (que los envidiosos llamaban sinecura) convertido en propagandista de Cuba a

sueldo del Gobierno cubano, no muy diferente a la posición de los jugadores soviéticos, amateurs sólo de nombre, Lasker dejó escrito que Capablanca era, por encima de todo, un hombre modesto. “Tenía la modestia fundamental que es la marca de la verdadera inteligencia.” Quería, sí, ganar siempre en todo, pero no tenía ese impulso asesino ni contra sus contrincantes ní con sus amantes que tenían Lord Byron o Hemingway. Como Mozart, era un clásico que se hacía romántico en su juego.

¿Era todo eso lo que estaba dentro de la caja lujosa en el túmulo en medio del Salón de los Pasos Perdidos?

En 1913 Capablanca fue nombrado una especie de embajador cultural de

Cuba. Los gobiernos de la isla, a pesar del sol, nunca fueron muy iluminados. Pero ahora comprendían que Capablanca era un valor publicitario (la propaganda no se había asentado todavía sobre La Habana) y que su nombre valía tanto como cualquier marca local. Digamos La Corona, Partagás o Por Larrañaga. Capablanca era una suerte de Montecristo que no fuma. Sus colegas, en Cuba y en el mundo del ajedrez, objetaron a lo que llamaban una sinecura *sine die*. Sólo Lasker, siempre apremiado, comprendió que Capablanca era un hombre con la suerte de tener a su país detrás. Los rusos, al hacerse soviéticos, harían otro tanto.

Capablanca se hizo un jugador tan invulnerable que cogió fama de invencible y ganó el mote de la "máquina de jugar ajedrez", con todas sus implicaciones: el autómata del Maelzel, las investigaciones de Poe, las astucias del doctor Mabuse llamado *Der Spieler*, el tahúr. Un nuevo desafío del joven maestro al viejo matrero de Lasker sólo obtuvo que Lasker renunciara a su título en favor de Capablanca. Pero como dice Procol Harum, "la muchedumbre quería más". Quería, en efecto, un torneo de madera en que las lanzas se trocaran por peones, las mazas por alfiles, los caballos por caballos y enrocar en esas distantes torres que son el Morro y la Cabana a la

entrada de la bahía de La Habana. La bolsa era como para tentar a un monje en retiro: 25.000 pesos en una época en que el peso cubano valía más que el dólar: era la era de las vacas gordas. Jugando como el gran maestro que era, Capablanca ganó la victoria más decisiva jamás lograda por un desafiante al campeonato mundial. Capa quedó tan extático que cometió el primer error de su vida con las mujeres: se casó. Su novia de blanco para colmo se llamaba Gloria. Capablanca siguió su carrera en ascenso. De las 158 partidas y juegos de torneo desde 1914 había perdido sólo cuatro juegos. Conocido por multitudes que sabían que ajedrez se escribía sin hache pero no con zeta, Capablanca se

hizo la primera estrella del ajedrez. Tal vez sea, a pesar de Alejin, a pesar de Fischer, Ja más grande, la mayor. Capablanca no sólo era el campeón del mundo sino el campeón de simultáneas de su tiempo. Por lo que Petronio habría llamada elegantiae, Capablanca se negó siempre a jugar con los ojos vendados. Ahora se echó hacia atrás, arrojó a un lado el último cigarrillo que no había encendido y dijo resuelto al teniente del ejército español de ocupación que se parecía tanto a su padre: "¡No quiero la venda!"

Con excepción de Lasker, Capablanca no era muy apreciado por los jugadores de su tiempo. Lo encontraban remoto pero era un terremoto: una fuerza

destructiva natural que sacudía el tablero y derribaba las piezas, sobre todo al rey y a la reina. Pero, peor, había un jugador que lo halagaba, lo alababa siempre: Aleksander Alejin. “¡El malvado y miserable!”, como me enseñó mi madre a mis diez años, haciéndome un espectador prodigio. (Creo que fui la última persona que vio a Capablanca muerto.) Mi madre lo llamaba Alekine. Para mi madre, Alekine era de lo peorcito: un ruso blanco. Alejin, el diablo más a mano, tentó a Capablanca como si él fuera Capanegra, un mal Mefisto: ¡Alejin, aléjate! Pero Capablanca aceptó el reto y Alejin, sombra y asombro, derrotó a Capablanca para siempre. Declaró

Alejin con falsa modestia que era sin embargo dato cierto: “No creo que yo fuera superior a Capablanca. Tal vez la razón por la que le gané fue que se sobrestimaba y no me estimaba”. Eran las razones del diablo: Dios nunca me quiso, Mefisto. Metafísicas aparte, la verdad verdadera es que Alejin se hizo campeón del mundo y se hizo con el campeonato por logro y por truco. Hasta su muerte. Sólo Dios sabe lo que le dijo al diablo.

A partir de su inesperada derrota, Capablanca comenzó a venirse abajo, como una torre de nieve: las blancas hacen enroque y pierden, las negras ganan y se van. Su matrimonio se hizo divorcio, pero siguió jugando: ganó

algunas y perdió algunas. En 1987 su viuda, Olga Capablanca de Clark, vendió el manuscrito inédito de una partida CapablancaTartakower en $ 10.000. Todavía era endiosado en el mundo del ajedrez y en el mundo: Capablanca era una cerveza, un helado de chocolate y vainilla, un cóctel de ron con crema batida. En Rusia, que ahora se llamaba la Unión Soviética, era más popular que nunca lo fue en tiempos de los zares: el ajedrez era rey y Capablanca su príncipe consorte. Capablanca se casó con una rusa, de París, que conoció en 1934. La boda ocurrió en 1938 en París, pero tuvo su peor repercusión en La Habana. La familia de su primera mujer consiguió

algo más que Alejin: Capablanca dejó de ser embajador *at large* de Cuba y lo degradaron a agregado. Pero Capablanca no dejó de jugar y ganar: Caissa lo hizo.

Mozart podía, vuelto de espaldas al piano, decir el número y nombre de las notas de un acorde que tocara otra persona: de preferencia una mujer. Capablanca, de sólo echar una mirada al tablero, veía todas las piezas y su disposición y sabía exactamente cuáles eran las posibilidades del juego. Desdeñoso de las aperturas (nunca, según él, estudió una sola) mostró siempre una habilidad pasmosa para los fines de partida. Tal vez influyera que aprendiera a jugar cuando ya las fichas

estaban sobre el tablero y el juego había comenzado.

Su adversario de siempre, Luzbel extraordinario, Alejin, decía que no había visto otro jugador con su “rapidez para la comprensión” que era su aprensión. Un condiscípulo, jugador fuerte, declaró que Capablanca “nunca aprendió a aprender”. Es que para Capa el ajedrez era un juego y no por gusto se le declaró el *playboy* del ajedrez occidental, en oposición a la emergente escuela rusa encabezada por Alejin, que era todo estudio, esfuerzo y mala fe.

La palabra *playboy* sugiere a un Porfirio Rubirosa, tenientillo que se abrió paso en la isla de Trujillo y en el mundo a golpes de pene y olvido.

Rubirosa era un chulo compensado, Capablanca era exactamente lo contrario. Todavía se cree que Capablanca pertenecía a la alta sociedad criolla. Nada más erróneo. Capablanca padre no era más que un teniente del ejército español en la siempre fiel isla de Cuba. Su madre era un ama de casa. Los dos no tenían más que sus nombres memorables y un hijo formidable. Incluso el patrón cubano que le pagaba los estudios en Estados Unidos concluyó que Capablanca empleaba su tiempo más en jugar (al ajedrez pero también al baseball y al basketball) que en estudiar y le retiró el estupendo estipendio. Ese mismo año la universidad lo suspendió ominosa. Fue

entonces cuando Caissa vino a rescatar a Capa de la ignominia: Frank Marshall acordó jugar contra Capablanca calculando que sería comida de bobo. Capablanca lo derrotó decisivamente. Hazaña sin precedentes que un mero aficionado derrotara a un cujeado campeón. Marshall, impresionado por su derrota (es decir por la victoria de Capablanca), hizo que lo invitaran al torneo de San Sebastián en 1911. Capablanca ganó un torneo mayor en su primer intento, lo que era la hazaña sin precedentes. El resto es historia: la del ajedrez precisamente.

Una tarde de 1942 (era marzo y nevaba) Capablanca entró como tantas veces al Club de Ajedrez de Manhattan,

que había sido su refugio favorito de joven estudiante y después de aspirante a cualquier torneo y aún más tarde de gran maestro del juego real y campeón del mundo finalmente. Capa, friolento pero no lento, se dirigió rápido a la sala de juego sin siquiera quitarse su sobretodo. A pesar de los años pasados en Nueva York y en Europa, a pesar de la nieve rusa, Capa siempre tenía frío. Excepto, por supuesto, cuando jugaba, con alguna mujer en la nieve. El portero, l a *girl* del guardarropa y hasta los miembros del club estaban acostumbrados a ver a Capablanca de negro gabán hasta el tobillo moviéndose de tablero en tablero, en silenciosas simultáneas: mirando, observando y

captando de un solo golpe de ojo el estado de cada escaque y el conjunto de piezas derramadas en orden sobre el tablero. Para él todo era un todo, el juego. Ahora vio que no había un solo jugador de su edad. Eran todos muy jóvenes o viejos: eran tiempos de guerra no de juego o del juego de la guerra. Sobre otro tablero y por encima de un jugador joven vio de un vistazo que el otro, un viejo, tenía la partida perdida. El jugador joven quiso iniciar una jugada decisiva, lo pensó sin pensarlo, se arrepintió y no fue más allá. Pero había tocado su dama y según las reglas del juego cuando se roza una pieza propia hay que moverla adelante. El otro jugador, el viejo, ensimismado en la

derrota, no había advertido el leve movimiento del otro y el jugador joven hizo como si no hubiera pasado nada. Tal vez Capablanca recordara la primera vez que notó, hacía más de medio siglo, una jugada para anotar un fraude. Ahora no dijo nada, por supuesto: era todavía un caballero. Pero levantó los brazos de manera extraña, se llevó las manos enguantadas al cuello y pidió casi con un grito:

"¡Ayúdenme con la capa!" en español. Esa fue su frase final. No dijo más y cayó al suelo, muerto. Había sufrido, según la autopsia, un derrame cerebral masivo. El patólogo dijo que no se mostraba nada sobrenatural ("específico" fue lo que dijo) en el

cerebro de Capablanca, que era particularmente normal. Es obvio que el ajedrez y las muchas mujeres no se ven en el cerebro. ¿Era eso todo lo que había en su cabeza embalsamada?

Noviembre de 1988

El español no es una lengua muerta

Leo, no sin asombro, en el elogio fúnebre a la marquesa Du Chatelet, que Voltaire, su amante, escribió poco tiempo después de su muerte: "Desde la más tierna edad había ella alimentado su mente leyendo a los grandes autores en más de un idioma. Comenzó a traducir *La Eneida*...

Aprendió el inglés, el italiano..." Aquí

hago yo, no Voltaire, una pausa antes de la sorpresa: “Si hizo pocos progresos en español fue porque le dijeron que no había más de un libro famoso en esa lengua y era un libro frivolo”. Voltaire anota este desprecio pero no lo califica ni justifica. Aparentemente para Voltaire, que no era frivolo, esta declaración tan frivola es aceptable. Es más, era muy común en su tiempo en Francia. También en Inglaterra y en lo que *Hoy* llamamos Italia. Sólo en Alemania se ocupaban seriamente de la literatura y la lengua españolas, como atestiguan las obras de Shiller y las lecturas de Goethe. Pero Lichtenberg decía que el español era el latín del pobre.

Este desinterés no es extraño en los países europeos, en que se habla otro idioma. Pero ha sido igual de intenso en zonas del planeta donde el idioma vernáculo es, básicamente, el español. Me refiero por supuesto a México, a América Central, a Sudamérica. Un escritor como Borges, cuya lengua natural era el español y no el inglés, su idioma ideal, se permitió un desprecio elegante del español y, a veces, un menosprecio magnífico. Dice Borges: "...paso a comentar una distinta equivocación, la que postula lo perfecto de nuestro idioma y la impía inutilidad de refaccionarlo". Lo declara el Argentino nada menos que en su ensayo

“El idioma de los argentinos”. Sigue así en su impunidad inútil: “Su mayor y solo argumento consta de las sesenta mil palabras que nuestro diccionario, el de los españoles, registra”. Hay aquí un error craso (el de las sesenta mil palabras que reduce el español a un mero esperanto desesperado) y una paradoja perjudicial: la que declara al español nuestro, es decir también suyo, y al mismo tiempo achaca el diccionario a los españoles, como una culpa ajena. El idioma llama dos veces.

Borborigmos de Borges: “La sinonimia perfecta es lo que en ellos quieren, el sermón hispánico”. Más tarde, al acusar a los argentinos de vulgaridad al tratar de derivar un *sermo*

vulgaris, el lunfardo, de otro idioma vulgar y sus germanías, postula que no hay un "gran pensamiento o un sentir". Es decir una filosofía, en español, aunque se haya dicho mucho que en España el filosofar no lo han hecho los filósofos sino los escritores. Borges se equivoca cuando concluye que no hay "una gran literatura poética" en español. Luego se rectifica: "Confieso —no de mala voluntad y hasta con presteza y dicha en el ánimo— que algún ejemplo de genialidad española vale por literaturas enteras: don Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes". Para morderse enseguida la lengua del Plata con una interrogación maliciosa: "¿Quién más?" Su corolario es que:

“Difusa y no de oro es la mediocridad española de nuestra lengua”. Hay sin embargo en esa frase una contradicción de términos que es elocuentemente voluntaria y más adelante su tono es casi cervantino al hablar de la lengua. “Un embeleco de que ninguna realidad es sostén.”

En otra parte, en otro libro, Borges habla, no sin razón, de que un sinónimo es la intención de cambiar de idea con sólo cambiar de sonido. Lo achaca al español y a los españoles, pero esa pretensión, bien lo sabe, ocurre en otros idiomas. O por lo menos en las tres lenguas en que puedo leer sin mover los labios. Borges, para su embarazo tardío, trata de defender un dialecto, el

argentino, a costa de un idioma, el español. Debo confesar que no sólo Borges ha cometido ese crimen de América. Yo mismo, en una nota editorial a *Tres tristes tigres*, acometo esa tarea mayor. ¿Por qué denostar un idioma para elogiar un dialecto? Eso ocurrió hace veinte años y hoy día lo veo como una vana presunción. Yo no quería escribir en un dialecto sino en un exclusivo idioma universal. Quería para mí la posibilidad del esperanto en la realidad del español. Pero ¿a qué escribir en cubano, una lengua muerta para mí? Era como el latín de Lichtenberg sin su idoneidad. Fue así que decidí buscar en el inglés lo que no había hallado en el español.

Pero ahora repudio las agresiones de Borges. Si las cité arriba es porque sé que es una eminencia nada gris del idioma: su español es ya clásico. No ha habido desde la muerte de Calderón en 1681 otro escritor en español de la consecuencia universal de Borges. No admitirlo o negarlo es un mero acto de soberbia o de envidia literaria. Borges, además, es el único escritor que ha escrito en español en el siglo XX que será leído seguro en el siglo XXI. Su influencia fuera del área del idioma se ha hecho cada vez mayor. Cuando llegué a Inglaterra apenas si nadie lo conocía y sus traducciones eran publicadas en breves libros escogidos que sólo se vendían en la trastienda: los libreros los

proponían como pornografía pura. Veinte años después, no pasa un día sin que se le cite en la prensa inglesa del *Times* al *Standard* y críticos que apenas saben pronunciar su nombre (lo convierten en un escandinavo: Borg) lo invocan en la radio y en la televisión. Como la Coca Cola, *Borges is it!*

Escogí citar a Borges porque no era posible llevar las quejas como bruñidas lanzas contra un idioma que era, que es, no sólo un instrumento de trabajo para muchos escritores, un medio de comunicación para todos de los Pirineos y más allá de los Andes y un placer para los que sabemos que, como idioma, tendrá sus defectos, inconveniencias y extrañas manías (¿por qué la Ch es *otra*

letra?) pero como un alba mater, ese idioma del amanecer de la conciencia, esa lengua madre que nos limita pero nos define, que nos alienta y nos deja sin aliento, que nos pone obstáculos para saltarlos en una *steeplechase* verbal en un eterno retórico.

Somerset Maugham tal vez tenía razón. Dijo, reuniendo *facta* y *verba*, lo contrario de Voltaire: "El español es k mayor creación literaria de los españoles". Reducía, es verdad, a todos los escritores españoles a un solo libro, el diccionario, pero suena cierto. Una vez escribí en un libro que nadie recuerda una frase provocativa. Nadie hizo el menor caso, pero k declaración se volvió escandalosa al repetirla por

televisión años más tarde: “El español es demasiado importante para dejarlo en manos de los españoles”. Había aquí un énfasis demasiado polémico, pero era lo que creía. Es lo que creo todavía pero de diferente manera. ¿Me explico? Tal vez no. Vamos a ver si corro mejor suerte en el próximo párrafo.

España no estaba realmente interesada en su imperio de América. No por lo menos en el siglo XIX cuando el imperio hacía agua. La hostilidad y chacota de Pepe Botella, las más serias guerras napoleónicas y la restauración de los Borbones convirtieron a la breve República en un himno de riesgo y fácil entonación. Nadie, a pesar de las

guerras sudamericanas, se interesaba de veras por Sudamérica y la “Siempre Fiel Isla de Cuba” era sólo un lema para cubanos crédulos y consuelo de imperialistas. Ni un solo español, a pesar de las tropas de ocupación, libró una sola batalla por el idioma español, dejado en manos (o en boca) de indios, indianos sin fortuna, mulatos y una estirpe de seudopatricios que se hacían llamar, extrañamente, criollos. Creóle viene del francés y en inglés del sur de Estados Unidos era un mestizo de blanco y de negro, que, cuando eran mujeres, solían tener una gracia especial para bailar el rigodón, danza en dos por cuatro que alegra las comedias de la Metro, con Ingrid Bergman de *creóle*

típica. En Cuba, Venezuela, Colombia, Perú y Argentina un criollo era un hijo de español que es blanco pero más americano que los ab*Orígenes*, España, la madre patria, siempre consideró a sus hijos de América como díscolos o, en el peor de los casos, como desafectos. Es decir, contrarios, opuestos.

El idioma español de América cuando no estaba contaminado por chibchas o cholos, era una mezcla de África y su peor herencia, los esclavos que, como se sabe, eran culpables de la esclavitud (sin esclavos no hay trata) y todo lo que traía consigo: mal color, mal olor, mal habla. En Cuba los esclavistas (es decir toda la población blanca de la isla) consideraban que el otro cuando no tenía

de congo tenía de carabalí. Por otra parte, el populacho (los esclavos o hijos o nietos de esclavos) padecían raras aspiraciones peninsulares y solían exclamar a la hora de las siesta: "¡Ah, quién fuera blanco aunque fuera catalán!" El idioma, naturalmente, aspiraba también a ser blanco aunque, tal vez atemorizado por un grabado de Pompeu Fabra que ilustraba su gramática, no aspiraba a la catalanidad. Así en Cuba, la isla que conozco, el idioma no es exactamente mestizo. Se le podría definir con el dilema de la cebra. ¿Son rayas negras sobre fondo blanco o rayas blancas sobre fondo negro?

En España hay gente que se asombra (me ha pasado no sólo en la imperial

Madrid síno en la mozárabe Sevilla y en la celta Santiago, pero no me ha pasado nunca en Barcelona) de que yo hable un español más o menos inteligible. Sé que hay gente que todavía se admira de que lo escriba. Pero hay en todo caso algo en el idioma de los cubanos que no es exactamente español. Lo mismo ocurre en México, en Colombia, en Perú. La lengua es blanca pero con rayas negras. ¿O es al revés, como ocurre en Bolivia y en Paraguay, indígenas bilingües? El único país donde no hay mestizaje idiomático en América es, ¿quién lo diría?, Argentina. Allí el dialecto es esa jerga atroz, el lunfardo, mezclado con el *vesre*, que Borges califica de colegial, y letras de tangos literarios y cursis. Es

esta olla podrida que Borges atacaba por el extraño método de desacreditar el español. Es como abofetear a la madre para hacer callar al niño que llora. Ahora yo también quiero denunciar las gemianías, incluso la que fue mía, sobre todo esa mía. El español, me parece, es un idioma demasiado importante para dejarlo en manos de los dialectos más dilectos.

Enero de 1987

El español y la literatura

El título es inevitablemente ambiguo. Pero si la ambigüedad puede conducir al ingenio o al engaño, Empson quiere que sea "aquello que añade matiz a la declaración directa de la prosa". Para

enunciar que “todo pronunciamiento en prosa es ambiguo”. No se trata del pronunciamiento militar o político. Aldous Huxley decretó que hay tres clases de inteligencia: humana, animal y militar. Se sabe que los poetas hablan en verso —y los políticos en anverso. Esta purga ambigua se conoce en Inglaterra como Sal de Empson. (En español sulfato universal.) Empédocles, más antiguo pero menos ambiguo que Empson, propone que el mundo visible está compuesto de aire, fuego, tierra y agua. Todos estos elementos, según el filósofo que ayudó a derruir una tiranía y después rechazó la corona que le ofrecían, están gobernados por la concordia y la discordia. Estos dos

sentimientos opuestos unirán mi charla —con un tercer aglutinante, la saliva.

Vivo en Inglaterra entre libros y polvo y películas. Vengo de América, nunca de América *Latina*. Salí de Cuba exilado para siempre o para la eternidad —lo que dure menos. Traté de vivir en Madrid pero la inolvidable policía política española me lo impidió, con un gesto cortés que no quita lo bizarro, residir en España. Ni siquiera podía vivir en Ceuta o Melilla. ¿Qué tal Andorra?, pregunté. Yo tenía tan poco dinero que no podía viajar en metro a Vallecas. Dedo índice que apunta. "Ceda su visa a compatriotas que no viajan." Desde entonces, impelido por ese dedo, he dado la vuelta a mi mundo

varias veces. Útero, he viajado. Hablé de América y tengo que hablar, de todas todas, del Gran Almirante, tan denostado en estos días. Hablo de Cristóbal Colón, a quien el poeta Paul Claudel, jugando con su nombre, llamaba "la paloma que llevaba a Cristo". Creo de veras que Colón es el más decisivo personaje histórico desde la muerte de Jesús. Cristo cambió la historia, Colón cambió a la vez la historia y la geografía, que es más importante que la historia porque la contiene y es otro nombre para la eternidad. Los dos, Colón y Cristo, cosa curiosa, eran judíos. América se anuncia como el nuevo mundo con una frase poética que parece pertenecer al Génesis: "Toda la noche oyeron pasar

pájaros”. ¿No es Noé?

Hay ahora una actitud ambigua en España hacia el Descubrimiento que no es más que una concesión al chantaje histórico. Pronto sólo los italianos reclamarán a Colón, que se llamará, como un héroe de televisión, Colombo. Sin excusa puedo celebrarlo antes de su celebración oficial porque, simplemente, sin el Navegante errado yo no estaría entre ustedes ahora. Lo que después de todo sería un alivio para algunos. Pero, por favor, consideren que de no estar aquí no estaría en ninguna parte. Con más sangre india que española (aunque mi abuelo paterno nació en Canarias y mi bisabuelo materno nació en Almería, que no es ser

tan español tampoco) podría reclamar la tierra en que nací sin sentirme agraviado por una Conquista remota o terremota.

Son los latinoamericanos profesionales que mientras niegan a Colón en español se afincan en las naciones de América donde apenas se habla español. O en las naciones mestizas de América como México, que en su mundo visible debe más a Cortés que a Moctezuma. Ya sé que Cortés no quita lo Pizarro, pero es en Perú donde la población india es decisiva aun en las elecciones. Mientras, ¿casualidad o causalidad?, en Argentina el exterminio de los indios no fue obra extranjera sino nacional. Como testigo de otro

genocidio no hay más que interrogar a la cotorra de los atures. (Más más tarde.)

Colón salió de la España medieval y de un viaje entró en el mundo moderno al desembarcar en América, en un verdadero *time warp* histórico y toda la humanidad viajó en esas tres carabelas. Conozco los riesgos posibles de esta apología. La ilustra un viejo cartón del magazine inglés *Punch*. Se ve a un labriego anglosajón que descansa junto a su arado. A su lado aparece un villano de la aldea que se ve al fondo. Hay también un castillo altivo. Ambos, labriego y villano, están vestidos como personajes de Chaucer. Ahora el villano le trae al labriego las últimas noticias: "¿Te enteraste? *Hoy* termina la Edad

Media”.

El español del título es por supuesto el nombre de nuestro idioma. No el castellano, que es el idioma de Castilla no de América. Razones políticas (que suelen ser siempre las más irracionales) insisten en que el idioma de España y de América se llame castellano. Es como si el Parlamento decretara que el inglés se llamara desde ahora anglosajón. Pero hay en Inglaterra razones políticas (que suelen ser las más oportunistas) que se llaman Escocia y el País de Gales, aunque Escocia no insistió en su idioma reservando su aliento para la gaita.

Si el castellano es el idioma de la Reconquista, al extenderse a América en

la Conquista se convirtió en español. El aporte americano al idioma ha sido enorme. Solamente una isla pequeña como Cuba salpica, como pimienta, la lengua de cubanismos y el idioma de los indios perdura en ese libro como la cotorra de los atures. Pero Ja primera obra literaria de América estaba escrita en un castellano plagado de italianisrnos. Este libro español se hizo americano cuando el padre las Casas (extraño personaje que fue un santo para los indios y un abogado del diablo para los negros) lo trasladó (es decir lo tradujo) para preservarlo. Se produce entonces un vuelco no histórico sino literario. Las Casas al copiar a Colón produce una pieza de ficción, una novela

de aventuras. Temeroso de que lo acusen de alterar el original, el buen padre procede a alterarlo para siempre al reproducir cada frase y cada palabra de Colón. Pero al cambiar la persona gramatical donde Colón impuso su yo, las Casas propuso una tercera persona absolutamente singular. Por afán de fidelidad el *Diario* se convierte así en la primera novela de América.

Pero América no es una novela, es una comedia de errores. Colón la descubre por error cuando iba camino de las Indias y llama a la isla que cree continente por este nombre, en un atroz anacronismo geográfico. A sus habitantes Jos bautiza de nuevo indios, cuando todos estaban tan lejos de la

India como de Cipango o de Catai. El continente toma su nombre no de Colón sino de un oscuro navegante italiano al servicio de España, que sabía dibujar mapas y tenía el sonoro nombre de Amerigo. Los errores se multiplican y crecen. El centro de Cuba, llamado por los indios Cubanacán, lo confunde Colón con el nombre del Gran Khan. Buscando oro el almirante en tierra encuentra el loro pero desdeña el tabaco como un Green verde. Al ofrecerle el cacique cubano un puro encendido, Colón le dice amable: "¿Le importaría si no fumo?", y da las espaldas al oro verde. Sus camaradas errantes insisten en llamar al banano plátano, el ananás pina y oyen perros que no ladran. Creen

además que los manatíes son sirenas y ya en un vértigo de confusiones llaman a lo que era ostensiblemente otro mundo, Nueva España. Como bien dice Shakespeare: “La confusión hizo su obra maestra”. (La traducción no es mía sino de ese español escueto, Guillermo McPherson, que hizo decir a lady Macbeth, en la tragedia de su marido, cuando ella hablaba de la bondad humana, “el lácteo jugo de humanal clemencia”. ¿Gema o germen? En todo caso no es Shakespeare pero es formidable.)

Hace rato ya que organizó escaramuzas contra el hábito de llamar a ese continente ymedio por el nombre de América Latina como si se tratara de un

solo país. La etiqueta se imprimió en Francia en el siglo pasado y luego la pegaron con cola eterna en los Estados Unidos, nación gobernada por un complejo de culpa colectivo. En 1880 se sentían tan culpables de haberse apropiado el nombre de América para uso exclusivo que nos untaron de Latine, que venía de París como un perfume raro. ¿Quién es latino en América Central? ¿Qué romano delicado cabalga eternamente los pagos de la pampa? ¿Dónde está el Lacio en América del Sur? Me temo que esa tierra queda como la Utopía en ninguna parte. Las utopías suelen terminar en Etiopía, pero América Latina no es más que esa noción de geopolítica que declara más

fácil conquistar un país que un continente, como descubrió Bolívar hace más de un siglo. Bolívar, lo sabemos, ha quedado para puro.

Para ser más armonioso, creo que es un flaco servicio que se presta a la música cubana ahora al llamarla latina, como se hace en la prensa. Es borrar de un golpe a la mayoría de los músicos cubanos que son, como en el jazz, casi todos negros —a no ser que se les quiera conceder la ciudadanía romana. A la música cubana del exilio, que muchos llaman salsa cuando no es más que aliño, se le podría cantar así con letra y música de Duke Ellington:

She's a Latín from

Manhattan

And she calis herself Dolores.

(Que se pronuncia dólares)

¿Soy un latino en Londres? Diría que más bien soy latoso al insistir en la dudosa latinidad de América, tan falsa como un Séneca español. Si califico para estar entre ustedes no es por ser latino sino porque puedo hablar español con acento habanero. Pero estoy en Madrid, no en La Habana Antigua, la cuna del requiebro y del choteo. Una pregunta me asalta como un chorizo armado —¿es latina España?

Hablando de asaltos, hace poco sufrí

más que toleré en Londres una entrevista confusa. Siempre he preferido mis entrevistas más escritas que transcritas. Especialmente si yo mismo escribo las respuestas y de ser posible las preguntas. Suelen resultar más fieles. En esta entrevista de ahora la entrevistadora, que era bella como las bellezas del cine negro, venía grabadora en ristre. Lo que me parece más peligroso que esgrimir libreta y lápiz. Nunca he creído que la alta fidelidad ayude al estado de las artes sino al ruido. La entrevistadora publicó, en efecto, una imagen del espejo. Opuse al refrán francés "África empieza en los Pirineos" un dicho inglés que dice: "Los negros empiezan en Calais". La

oposición salió impresa al otro lado del fastidioso fax como un lugar común posible. Lo que dije, precisamente, es que América debía comenzar en los Pirineos. Una España europea es para mí como una Inglaterra en Europa, Ambas naciones son demasiado diferentes, demasiado originales para sentirse bien al lado de Bélgica o de Holanda. ¿Quién concibe una España europea criando toros de lidia?

Preveo una nota de prensa futura:

Ayer en la plaza de las
Ventas el diestro holandés
Van Gogh cortó una oreja.

La otra falsa noción americana pertenece a la literatura. La reciente novela en español que vino de América se ha leído en España como un corpus coherente. Esa visión es un espejismo español. Un examen somero mostraría que Cortázar es de Argentina, Donoso de Chile, Bastos de Paraguay, Vargas Llosa de Perú, García Márquez de Colombia, Onetti de Uruguay, Juan Rulfo de México y Lezama Lima y Carpentier de La Habana. Pero todos se perciben aquí como si fueran escritores regionales, no nacionales. Hace tiempo que esos países dejaron de ser provincias de España y cada uno de ellos, como esos escritores, tiene

características propias. Creer otra cosa es mirar a la literatura canadiense como venida de Estados Unidos. Es el español que todos hablamos con distinto acento que ofusca o ilusiona. La literatura latinoamericana no existe. Existen, sí, algunos escritores de América que parecen escribir el mismo idioma a veces.

Personalmente puedo decir que en España han sido generosos en extremo conmigo, literariamente hablando. Aquí se premió mi primera novela, aquí se han publicado primero todos mis libros (excepto tres), aquí la crítica me ha tratado como si fuera de la casa. Bajo la censura de Franco se prohibió pero luego se autorizó la publicación de dos

libros míos lo suficientemente subversivos como para no haberse publicado jamás en mi país. No pude, mientras vivió, hacerle llegar a mi padre y a través de mis editoriales españolas siquiera un ejemplar de los que enviaron a su nombre a La Habana. En Cuba el cartero también lleva uniforme. No me lamento. Si he perdido un país he ganado nuevos lectores. Entre los más fieles están los agentes de la Seguridad del Estado, que con los años han aprendido a leer sin mover los labios. Por otra parte he contribuido no poco a la bolsa negra cubana. Según un escritor inglés que visitó La Habana el año pasado mis libros eran objeto de un culto extraño entre las ruinas. Pasados

de contrabando se vendían a estraperlo por el precio de ¡diez latas de leche condensada! *La Habana para un infante difunto* estaba entonces en la lista de libros más cambiados. En primer lugar del canje se instalaba incómodamente un libro sobre la perestroika (que en La Habana la pronuncian la espera estoica) y su autor se llamaba, se llama todavía, Mijaíl Gorbachov, Era la primera vez que en Cuba comunista un autor soviético cobraba sus saneados royaltíes no en pesos sino en especie.

Me siento de veras honrado de ser no sólo amigo y admirador de los que han compartido conmigo esta semana, sino de haber anunciado hace ya cinco años que la próxima ola de la novela en

español no vendría del Atlántico y del Pacífico sino del Mediterráneo, aunque tengo mis dudas acerca del Cantábrico. A muchos de los que han estado aquí les agradezco su constante aprecio literario. (El cine es para mí la narración por otros medios.) También por un efecto que va más allá de los años (los míos) y de la distancia (la que hay entre Madrid y Londres) que me ha permitido poder calibrar su talento más de cerca. Ellos también han hecho posible esta nueva España.

Quiero terminar, como hacía el Infante Don Juan Manuel, con un ejemplo. Había tantas cotorras, loros, papagayos y pericos en el Nuevo Mundo que América era conocida en los mapas del

siglo XVI como *Terra Psittacorum*, la tierra de las cotorras. Repiten los psitacólogos que los navegantes españoles usaron las primeras cotorras cautivas como símbolos de la fascinación de las islas. Colón mismo vino buscando especias y lo primero que adquirió de los indios fueron especímenes de una especie llamada el gran papagayo rojo de Cuba, considerado entonces como un ave muy magnífica pero está ahora en vías de extinción.

El intrépido explorador alemán Alexander von Humboldt (de quien se dice que fue el segundo descubridor de Cuba y primero de Venezuela) navegó del Caribe al continente y se internó en

el Orinoco. Humboldt cuenta que encontró en las selvas del Orinoco una cotorra muy, muy vieja que se crió entre los indios atures. La tribu de los atures, como era costumbre entre los arahuacos, se mostró más extinguida que distinguida y desapareció de la tierra sin dejar trazas. La cotorra sin embargo vivió para contarlo. Escribió Humboldt maravillado: "Esta ave era la última cosa viva en este mundo capaz de hablar ature". ¿Será el español de América un día todo ature y nosotros los americanos sólo cotorras impresas?

Si te digo que tengo la sitacosis y te quedas como si tal cosa.

(Leída en la fundación

SáncbezRuipérez, en Madrid en octubre de 1990.)

Colón imperfecto*

Hay ciertos momentos íntimos en la historia temprana de América que pertenecen más a la historia de la literatura que a la historia. Ocurren precisamente donde comienza la historia del Nuevo Mundo al encontrarse con los hombres que van a hacer de la naturaleza historia. Una canción moderna lo expresa mejor al describir qué ocurre cuando un inmóvil objeto tal cual se encuentra con una fuerza irresistible así.

Después de desembarcar en Cuba por

una aldea india llamada Gibara (donde, por cierto, nací), un centinela perdido llamado Rodrigo de Jerez regresó de una exploración con buenas noticias para el Almirante al contarle lo que vio: "Una visión preciosa y rara, señor", juró Jerez, "Hemos visto a hombres humanos que fuman cual chimeneas. Por favor, señor, venga y vea."

Colón, todavía mareado por el viaje, accedió, y fue a encontrar a un cacique fumando sentado bajo una simaruba. (La historia, ciencia incierta, no dice a ciencia cierta dónde se sentaba el cacique y el árbol de la simaruba es una indecencia poética: lo nombro porque tiene tan buen nombre.) El jefe indio fumaba un *ur* cigarro (todavía no había

marcas registradas) que era sin embargo genuino. De Jerez, un jerezano, estaba encantado. También lo estaba su colega Luis de Torres, que vino a América porque hablaba arameo. Al contratarlo Colón pensó que un viajero no sabe nunca cuándo un hombre que habla arameo puede ser útil. Era, además, la lengua de Nuestro Señor. De Torres era, como Colón, un converso que podía conversar en seis idiomas. De Jerez, que escribía su nombre con una X, sólo hablaba español pero oloroso.

Colón vino, vio y se dejó conquistar por su obsesión. De Sopetón, otro intérprete, le preguntó al cacique por entre el demasiado humo y el polvo del camino: "¿Sabe usted por casualidad

dónde queda la tierra en que el oro crece?" El jefe indio, después de muchas señas y algo de arameo, pareció entender: "Ah, sí, claro", dijo. "El señor quiere decir Cubanacán." Todos sabemos (o debiéramos saber) que Cubanacán quiere decir en taino el centro de Cuba, pero Colón oyó lo que quiso oír. "¡Ah, Cuba na Khan!", exclamó. "¡El reino del Gran Khan!", dijo y casi dijo King Khan.

Está también la vida y muerte de un hombre obsesionado no con el oro sino con la juventud eterna. Como toda gente preocupada con la juventud, ya no era joven. Igual a un conquistador, la juventud lo conquista todo. Excepto por supuesto el tiempo. Ponce de León

quería, como Dorian Gray, ser joven eternamente. Al no tener su retrato pintado por Wilde, Ponce y otros once creían que la Fuente de la Juventud estaba escondida en un recóndito lugar de América. Prematura versión de Fausto, Mefistófeles le susurró a Ponce en su vieja oreja: "Viaja, viejo León, al oeste", y le reveló que la fuente quedaba enfrente, en lo que *Hoy* es el escenario de Miami Vice. Al oeste y más allá de la corriente del Golfo fue Ponce a descubrir unos cuantos pantanos llenos de saurios y serpientes (y mosquitos) que él llamó Florida. El ilustre Ponce, en retribución, fue herido por la flecha de un indio que tiraba al azar y su sueño se transformó en esa vulgar pesadilla

que es el delirio antes de la muerte. La flecha errática resultó certera.

La última frase de Ponce es válida todavía. Dijo: “Quiero ver La Habana antes de morir”. *Hoy* sólo habría que alterarle el énfasis y un adverbio: “Quiero ver La Habana *después* de morir”. (*Sale Ponce por el foro perseguido por su león*.)

Lo que Florida fue para Ponce de León fue el Mississippi para Hernando de Soto. Como su tocayo Hernán Cortés, había salido de Cuba para conquistar el continente —y fue conquistado por el contenido: indios que tiraban a dar. Primero fue a Cuzco como subalterno de Pizarro, el hombre que jodio al Perú primero. Después de ayudar a Pizarro en

su empresa, De Soto regresó a La Habana, donde lo premiaron como gobernador de Cuba y adelantado de La Florida. Salió de nuevo al continente, navegando con rumbo norte noroeste, que hace de la brújula una aguja de marear cabezas. Dejó detrás a su esposa Isabel de Bobadilla, lista para convertirse en la primera viuda profesional de América que hizo público su dolor. De Soto descubrió el Mississippi, resultó muerto por otro francotirador indio y fue enterrado en las oscuras aguas tarde en la noche, de manera que los indios creyeran que estaba vivo todavía. Esta es una vieja treta española. La usaron con el Cid la primera vez. La ultima vez que la

emplearon fue con Franco, que murió mil veces antes de enterrarlo. Aun hay algunos que creen que fue enterrado vivo. En el siglo XX la leyenda que fue De Soto se convirtió en un automóvil de ocho cilindros. Raymond Chandler invoca su nombre a menudo, como en la frase de Marlowe: “Me seguía de cerca un De Soto”, *Sictransit*.

En el Perú y para aliviar el ocio del indio cautivo, De Soto enseñó a Atahualpa a jugar ajedrez, después de convencer al prisionero que los reyes y las reinas del juego eran más reales que la realeza. No se sabe bien cómo, pero Atahualpa llegó a creer que sí les ganaba a los monarcas, reina y rey, de la oposición quedaría libre. Está claro que

si Atahualpa creía eso creería cualquier cosa. Pero se hizo tan buen jugador de ajedrez que le ganó todos los juegos al gran maestro De Soto, incluyendo la última partida. Llevaba razón el inca. Inmediatamente después del juego Atahualpa quedó libre. Pizarro lo liberó con extremo prejuicio y estranguló a Atahualpa en jaque mate. Nunca supo el indio que la frase jaque mate viene del persa y quiere decir muerte al rey. Es que el ajedrez siempre ha sido un juego peligroso.

Así era y así es la vida americana. Desde el principio nuestro pan cotidiano ha sido miedo y miseria en todas partes y no se salva del rey abajo ninguno. Pan y terror al desayuno, terror y pan al

almuerzo. La comida se come siempre bajo toque de queda y hasta las almohadas tienen orejas y a veces boca. A cualquiera lo levantan pasada la medianoche, arrestado y considerado culpable aun después de muerto. La vida se vive de allí a la obscenidad. La obscenidad prevalece porque sobrevive al hombre y a veces a la mujer. En La Española, isla amada por Colón, la obscenidad ha sido pan diario, una suerte de mandioca ponzoñosa para el alma que no se puede llamar alimento de dioses sino el mendrugo que queda después del banquete, maná mañoso.

En Cuba, a la que Colón llamó la tierra más hermosa que ojos humanos vieron, la obscenidad sigue en pie. O en

bota. La obscenidad anda suelta por el mundo, especialmente en el Nuevo Mundo. No hay más que mirar a Panamá con los ojos de un noticiario cualquiera. ¿Es este el Panamá al que cantó Lope de Vega en el siglo XVII?

Me voy a Panamá

dijo Lope como en una canción de cuna. Panamá existía entonces sólo como un nombre exótico. Pero ¿qué ocurre en el presente? ¿Querría Lope ahora irse a Panamá como decía?

Lorca, tres siglos más tarde, proclamaría:

Iré a Santiago de Cuba.

Iré a Santiago
con la rubia cabeza de Fonseca.

¿Tengo que decirles que Fonseca ya no vive allí?

Pero de esa simiente (aun si miento) viene nuestra gente. Vienen del mismo inicio, aun antes del inicio. Ab ovo es una frase cara a Colón, que una vez demostró que estaba en lo cierto al poner un huevo en pie. El huevo es aquí el Nuevo Mundo. Colón escribió su diario (en realidad un cuaderno de bitácora) en un español contaminado de portugués. Las dos lenguas literarias de Sudamérica estaban ya presentes en su

prosa y mostró en su diario que es nuestro contemporáneo. Pero el diario se perdió y lo que tenemos ahora es un facsímil hecho por el padre Bartolomé de las Casas, el cura que, de acuerdo con Borges, “tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”. Las Casas, al que el Argentino llama “curiosa variación del filántropo”, fue la primera máquina de fax que operó en América. Lo que copió Las Casas es un documento invaluable que es también una obra maestra de la literatura. En el

diario, Colón está descrito en la tercera persona del singular para convertirse en un personaje de su propia narración, igual que, por ejemplo, Marcel Proust o Ellery Queen. Hablen, entonces, de antecedentes.

Pero el primer verso verdaderamente americano fue una anotación hecha el 9 de octubre de 1492 (anoten), exactamente tres días antes del Descubrimiento. La anotación final en la vulnerable bitácora antes del Descubrimiento es una de las más misteriosas, gloriosas y bellas frases en la historia de la literatura americana:

"Toda la noche oyeron pasar pájaros."

Pasar pájaros es para dar la bienvenida al Nuevo Mundo con una aliteración que es una alteración: los pájaros bien pudieron ser aves nocturnas o aves tardías, avutardas o autillos en la noche. Muchos siglos más tarde, otro escritor judío, Cristóbal Colón de la prosa del siglo, Gertrude Stein, era Gertrudis de piedra escribió:

"Pigeons in the grass alas."

En que alas, ay, debe leerse alas. Alas y palomas vuelan ahora sobre Colón, el hombre con nombre de paloma. Una paloma solitaria regresó a la mano de Noé en el arca con una hoja de olivo en el pico para anunciar que el diluvio, es

decir la Mar Océana, había terminado. “¡Tierra!”, gritó desde la cofa Rodrigo de Triana. “¡Por Cristo!”, exclamó Colón, el hombre que llevaba en su nombre el nombre de Cristo. Con Colón, Cristo vino a América ya en el primer viaje.

Pero, *alas*, Colón era un hombre codicioso, un heraldo de Cristo que podía moverse ágil entre los mercaderes fuera del templo.

Colón creía que el oro era algo más que un palíndromo: era un dios, casi Dios. “El dinero hace al mundo girar”, dice la canción, pero también te pue.de hacer dar la vuelta al mundo. (*Sale Colón por el foro perseguido por el oro.)*

La tímida poeta (para ella una poetisa era un papagayo, un ave que repite lo dicho con plumas de colores) Louise Bogan escribió sobre las “estructuras ornamentales, continentes aparte, separados por el mar”, en un poema llamado justamente “Comentario barroco.” La literatura de mi América, aun la del Brasil, hasta los sonidos del tambor en Haití, habla no sólo un lenguaje simple, singular, sino que los signos de nuestros dialectos forman un comentario barroco, como el hecho en esa canción carioca: “Estoy loco por ti, América”. Todo comenzó con Colón pero también con Cortés.

Hernán Cortés, que era alto, bien

formado y con barba roja, pudo seducir a una princesa mexicana de Tabasco llamada Malíntzin. Los españoles la llamaron doña Marina pero luego fue la Malinche. Cortés la llamaba "mi lengua", queriendo decir su intérprete. Ella fue la llave del reino azteca y todavía los mexicanos odian a esta india llamada mucho Malinche. Cortés tuvo un hijo con ella y este mestizo fue de hecho la lengua española de América, mitad castellano y mitad idioma nativo. Pero lo Cortés no quita lo Pizarro y el juego de lenguas no abolirá jamás la crueldad, la avaricia y la malicia: trío terrible.

Aunque bien escrito en inglés pero peor leído, este discurso mío no habría tenido nunca lugar sin Colón o Cortés.

La Malinche (oigan el mal en su nombre) ha sido descrita, sobre todo en México, como una mezcla de la Encantadora y la que hablaba, como la serpiente, con lengua torcida. Si es verdad, entonces Cortés, entre todos los padres, es nuestro Adán. Colón con Cristo tiene que ser nuestro Dios: aquel que creó un mundo al descubrirlo. No nos lo dio todo, no. ¿Pero quién puede contar los dones divinos? Todos estos soldados, aventureros y hombres de acción eran también escritores extraordinarios. Hubo saco y venganza pero también hubo el relato de la maravilla vista a través del espejo español.

Ni Hernando de Soto ni Pizarro,

mucho menos Aguirre, que vivieron días y noches de ira, sabían escribir (me pregunto si sabían leer) murieron antes de que pudieran aprender. Pero otros conquistadores, como Bernal Díaz del Castillo, que escribió sus memorias cuando todo lo que le quedaba era memoria, o Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que escribía como un ángel caído (de hecho era un escritor natural para el cine) acerca de sus naufragios y su cautiverio entre los indios hostiles del Golfo. Esas crónicas hacen creer que estos hombres no eran nada ordinarios: eran extraordinarios. Hasta que el lector recuerda que estos españoles de tres mundos estaban emparentados con aquellos escritores españoles que

inventaron la novela picaresca, ese gran avalar de la novela que no ocurría desde Petronio, que escribió de picaros y pederastas en la Roma de Nerón. Al final de la era española, que coincide más o menos con el final del siglo XVI, vino venciendo esa enorme novela picaresca que creó, al pasar, la novela moderna. Hablo, claro, de *Don Quijote*, un libro que si tan sólo los reaccionarios que ocuparon el lugar de los adelantados, hubieran dado permiso para emigrar a un tal Miguel de Cervantes y Saavedra, hubiera sido escrito en América. ¿Que les parece *Don Quijote de las Indias* ¿Qué tal Sancho Pampa? ¿Fantasía americana? Cervantes en la segunda parte del

Quijote hace elogio y alabanza de Cortés y lo muestra como caballero ejemplar. Ni más ni menos su par. Todos estos hombres comenzando por Colón, se hicieron escritores en América, donde el idioma español se encontró con vidas más grandes que la vida, con paisajes nuevos y descomunales, con mitos que duran todavía. El choque del idioma con el relato de aventuras y peligros imposibles de imaginar en España, convirtió a estos escritores en autores de novelas de caballería hechas realidad. Estos hombres (Cortés, Cabeza de Vaca, Bernal, *et al*) se hicieron escritores porque enfrentaron de sopetón un mundo tan nuevo que era desmesurado al

hombre, excepto al relatarlo, al escribirlo. Todo empezó con Colón y no acaba todavía. La medida, al parecer, nunca será completa. Pero hay que tratar.

Volver a Colón entonces. El principio siempre contiene su fin. Colón se encontró con el jefe indio debajo de la simaruba. Como regalo de recibimiento el cacique le dio a Colón un habano. Todavía no se llamaba habano pero era un puro encendido no un cabo de tabaco: el cacique no era un griego que trae regalos. Colón tomó el cigarro para mirarlo, pero lo cogió por mala parte. Husmeó el humo y rechazó aquella tea. Colón hizo una venia y suplicó, su gesta

hecha gesto, lo que ahora es moda, y dijo:

—¿Le importaría mucho si no fumo?

(Leído en inglés en el Castillo de Leeds en el simposio "Latín America: Its Artistic Expression" en mayo de 1989.)

Escenas de un mundo sin Colón

Una hipótesis tiene siempre la consistencia de un sueño —o de una pesadilla— y casi tanta cantidad de irrealidad. Pero, de veras, ¿se imaginan ustedes un mundo sin Cristóbal Colón? ¿O tal vez que Colón nunca hubiera llegado al Nuevo Mundo? ¿Qué nadie,

nadie, hubiera descubierto América? Como auxilio más a la imaginación que a la navegación histórica, hago listas.

Vamos a imaginar, usted lector y yo, que el conato de motín a bordo en la *Santa María* el 3 de octubre de 1492, escamoteado de su bitácora después por el propio Gran Almirante, de veras hizo efecto la noche del día 6, a sólo seis días del Descubrimiento. Martín Alonso Pinzón, en vez de apoyar a su almirante, vino a la nao capitana a sumarse a la llamada "sublevación de los vizcaínos". Colón, en medio de la traición confusa, increpa a los amotinados y les echa en cara su deslealtad al no respetar su juramento de lealtad cuando salieron de Palos. Ahora Colón invoca las

Capitulaciones de Santa Fe y la confianza puesta en él por Sus Majestades Católicas. Además de la gracia de sus soberanos a que alude, el Gran Almirante de la Mar Océana apostrofa a marinos y oficiales y grumetes: la tripulación toda. Luego hace un último ruego a que desistan: "Si no lo hacen por el rey, háganlo por la reina".

Fatum O'Nihil, el único marino irlandés a bordo, inquiere: "*Isabella? What about Queen Isabella?*" Pero Colón no puede responderle. No porque no sepa inglés sino porque en ese momento es levantado en hombros, como un torero en triunfo, en la derrota

que es su rumbo. Colón es echado, sin la ceremonia que acompañaría a un cadáver entregado a las profundidades, de cabeza al mar. (Que justo en ese momento ha dejado de ser océano, no más Atlántico, casi Caribe.) Colón dura poco entre las ondas: el almirante no es flotante. Colón, señoras y señores, ¡no sabía nadar! Como se verá enseguida. Lo que queda visible de su cuerpo —brazos que aletean, cara de horror vacui (o más bien aquae), cabeza rubia que la negra noche hace negra— se hunde en "las heladas aguas del cálculo egoísta" como dijo otro judío en otra ocasión. Instantes después de hundirse por tercera vez, que es la última, Chrístovoro Colombo, natural de

Genova, Italia, de edad dudosa y de oficio descubridor, desaparece para siempre de la faz de la tierra. La nao capitana ya sin capitán, después de este naufragio que recuerda la caída de Icaro según Brueghel, tuerce el rumbo y seguida siempre por la *Pinta* y la *Niña*, endereza el timón de vuelta a las Islas Cañarías y finalmente a España.

Siglos después una guaracha registra la cobardía extrema del acto:

Los hermanos Pinzones
eran buenos marineros.
Amigos de las Bosadilla
les gustaban las torrejas.

Como Colón no descubrió a América, no habrá América. Ese usurpador italiano, que tiene tanto de Marco Polo como de Maquiavelo, Amerigo Vespucci, no vendrá nunca a América y no escribirá lo que un oscuro geógrafo alemán no llamará sus *Quatour Amena Navigationes*, ni insistirá que el hemisferio sur se llame "ab Amerigo". El propio Vespucci no escribirá sus cartas de América porque no habrá una Casa de Contratación de Indias para contratarlo ni pasará, porque no tenía motivo ni rencor, al servicio de Portugal para no descubrir Río de Janeiro. Todo el inmenso Brasil no quedará en manos portuguesas.

Mientras tanto el padre Bartolomé de

las Casas (al que un escritor, que nunca se llamará Borges no habría injuriado con el epíteto de “curiosa variación de un filántropo”) no habría copiado el *Diario de A Bordo de Colón*, que un Pinzón (o el otro) habría destruido por ser evidencia del motín y del asesinato. Así el buen padre no habría descrito los bosques de Cuba, “por encima dellos y de rama en rama una ardilla podría recorrer la isla de un extremo a otro”, entre otras cosas porque en Cuba no había ardillas. Además la isla misma no existiría al no estar en los mapas de la época.

Por su parte los aztecas persistirían en su esplendor de Metshiko, alimentándose, literalmente, de otras

tribus y de cuando en cuando celebrando sus ritos, en que *la piéce de resistance* sería sacarle el corazón latente a vírgenes solteras con un cuchillo verde de obsidiana. Los mayas, ya en su extraña decadencia, habrían dejado detrás (por gusto) sus magníficas pirámides que turistas japoneses no podrán fotografiar jamás. Pero el equivalente de la diosa griega de la victoria, Nike, se llamará Nikon. Aunque la invención de la camarita demorará todavía muchos años porque nunca hubo un inventor llamado Edison para inventar la película y otro llamado Eastman no creó la cámara Kodak.

Como los navegantes vikingos no escribían diarios de navegación, la

América del Norte no tendrá lugar. Sin USA la derrota alemana de la Primera Guerra Mundial (que sí sucedió) se vería convertida en victoria, a la que Inglaterra tendría que acomodarse y Francia se ahorraría la humillación de la Ocupación y el oportuno colaboracionismo de más tarde. Hider por supuesto habría tenido que seguir su carrera de pintor de caballete de casa en casa y Mussolini tal vez habría debutado en La Scala —como partichino. No habría tampoco *partigiani* para combatir sus gallos con trompetillas y huevos podres.

Lenin no habría viajado, en la primera clase histórica de un tren alemán sellado, hasta la estación de Finlandia,

porque los alemanes, no había por qué, no se lo hubieran brindado. Kerensky, convenientemente embalsamado, ocuparía *Hoy* el lugar de Lenin en el mausoleo de San Petersburgo, porque, entre tantas cosas que no ocurrirán, Moscú no volverá a ser la capital de Rusia. Marx, en cambio, sí existirá, pero como un economista aficionado cuya obra capital, *Das Kapital*, es su venganza por los muchos forúnculos. Nadie leerá este libro, traducido a ningún idioma por demás, y nunca llegará a ser la biblia del capitalismo de Estado. Karl Marx sí hay pero no, ay, Groucho.

Si Martín Alonso Pinzón hubiera cumplido lo que pensó una vez o dos y

la chusma de a bordo que quería más regresar a casa a tiempo para el gazpacho que llegar a América, se hubiera amotinado y asesinado al empecinado marino loco o le hubieran obligado a dar media vuelta náutica, no habría habido comunismo en Rusia ni sus consecuencias, el nazismo y el fascismo. Franco, por supuesto, se habría retirado con una pensión de general que no ganó nunca una batalla y su teniente, Manuel Fraga, no se daría ahora aires de estadista volante, ni tenido que inaugurar un museo en la casa de sus padres en Cuba, porque no habría habido emigración gallega a una tierra que nunca existió. Su padre en vez de vender *guarapo* en Bañes tendría un

museo {léase quiosco) en la calle Atocha.

En Estocolmo no habrían ninguneado al gran Darío, que como indio puro y no como mestizo no habría escrito un solo verso en español. Todavía le habrían dado el premio a Juan Ramón Jiménez, que no hubiera sido seguidor de Darío sino tal vez un poeta original. Como a Borges, tampoco le habrían dado el Nobel a Neruda ni a Mistral, porque no existieron, pero tal vez Asturias habría tenido un premio por la consolación de ser indio. Aunque los indios, al no haber un Colón que llegara a las Indias para nombrarlas, tampoco serían indios.

En España no podría ir nadie de fiestas a un guateque ni fumar puros

(pero sí porros) ni cigarrillos hechos de tabaco y no llamarían a los políticos caciques. Una tercera pane del Diccionario de la Real Academia, que seguiría siendo real, quedaría en blanco por ausencia de americanismos. En el no guateque nadie bailaría rumbas ni sones (que jamás se llamarían salsa) ni mambos, aunque el chachachá, por lo que tiene de choteo y chotis, tal vez habría sido creado por un Jorrín de Jerez. Pero, piénsenlo, no habría Antonio Machín que cantara boleros. Peor aún, no habría Olga Guillot ni Celia Cruz ni Beny Moré —ni, ¡uh!, Pérez Prado. Tampoco habría concurso de habaneras en Tarraga ni nadie bailaría tangos como Valentino. Ni

habría jazz ni blues ni rock ni rap, porque no habría negros en una América que nunca existió. Como no hubo trata, el continente entero resultaría de un infinito aburrimiento indio y la sola diversión, al son de pífanos y chirimías, sería el tamborcito en el sur —mientras en el norte las guerras tribales en que los cheyennes tratarían de exterminar a los sioux, y los pielesrojas acabarían con los más oscuros apaches sin siquiera usar caballos ni rifles de repetición. Pero peor, no habría oestes ni John Ford —y, lo que es peor aún, no habría películas de John Ford.

Nadie, por supuesto, comería patatas, ni fritas a la francesa ni como paja. Pero no habría la gran hambruna de Irlanda en

el siglo pasado por el fracaso de la cosecha de patatas y ningún irlandés habría emigrado a unos Estados Unidos que nunca existieron. (Tal vez así el mundo se habría librado de la plaga Kennedy para siempre.) Habría bananas pero de África y no habría ni aguacate ni tomate con que hacer una ensalada mixta. Habría café pero no habría chocolate y la marca Godiva quedaría en cueros para siempre. No habría Panamá y por tanto tampoco sombreros de Panamá y aunque habría opio y morfina y heroína, no habría cocaína, ese estimulante tan caro al mundo del cine.

Pero no habría cine porque los Lumiére sólo hicieron adoptar y adaptar

una invención de Edison, que como ya hemos visto fue un inventor que nunca inventó. No habría Hollywood y aunque los alemanes tarde o temprano habrían inventado el *kino* y nadie llamaría a Berlín la Meca del Kino. Habría fotografía gracias a Daguerre y a Niepce pero nunca *le cinema* en Francia. No habría Marilyn Monroe viva o muerta. No habría tampoco la belleza amerícana de Ginger Rogers, ni la vera beldad de vaca sagrada de Kim Novak, ni las piernas de Cyd Charisse, y aunque habría habido una Rita Hayworth, llamada Margarita Cansino en Sevilla, no sería lo mismo, créanme. Y Greta Garbo se habría quedado en Suecia, todavía llamada Gustafson. No habría

Fred Astaire, aunque habría un bailaor en Cádiz llamado Alfredo al Aire. Además no habría habido nunca un mundo colorado.

Si Colón no hubiera invocado a los Reyes Católicos, a Cristo y a Dios mismo, que había creado la estrella polar para que guiara la nao capitana. Si Martín Alonso no hubiera remado de su carabela a la *Santa María* y apoyado al Gran Almirante en su visión de un Asía para los europeos. Si Colón no se hubiera alabado como un santo delante de sus reyes al regreso —sí, de América— declarando que se guió más por la profecía de Isaías que por los cuerpos celestes, que gobernaban sólo su brújula y su astrolabio pero no su suerte. Si el

Almirante alucinado o agente secreto de Dios, no hubiera visto el alba americana, nada de lo enumerado existiría ni siquiera como negación. Y he dejado fuera más, mucho más. O más bien, menos, mucho menos.

Sin Colón no habría habido América pero tampoco América Latina y los ab*Orígenes* del centro y del sur no se verían, indios puros, llamados latinos, un mote que no comprenden en un idioma que no hablan y ser aztecas o mayas o chibchas o incas o araucanos o quechuas o guaraníes que cargan con una latinidad que es el bautismo de una religión laica. O una burla.

Si Cristóbal Colón no hubiera descubierto a América, nunca habría

escrito yo estas enumeraciones vertiginosas que ustedes leerán tal vez con igual vértigo. Pero tampoco habría existido Fidel Castro ni el horror totalitario que implantó en la isla que el Descubridor llamó “la tierra más fermosa que ojos humanos vieran”. No habría un Castro Ruz porque su padre gallego y su madre íibanesa nunca habrían emigrado a una isla desconocida, que siempre se llamó Cuba. Pero si el precio de salir de la nada un momento para entrar de nuevo en la nada, que es el ser, fuera el no ser, pagaría con gusto la otra nada. Así con el placer del conocimiento vería a los amotinados del 9 de octubre de 1492 convertidos en ángeles exterminadores

de la historia —y echado al odiado genovés de una vez al mar.

Febrero de 1992

Ser o no ser breve

Todos los oradores desde Demóstenes (que era tartamudo, por eso se demoraba tanto en una sola palabra) han comenzado a hablar con la misma frase: “Seré breve”. Me pregunté siempre por qué, sobre todo cuando sólo Pepino admitió el adjetivo como nombre. Ningún orador tiene la intención de ser breve sino la de ser eficaz. Pero declarar la intención de ser breve cuando se sabe que nadie lo será es una frase encantatoria, una fórmula mágica,

un ritual y un dogma sin magia. Cada uno de ustedes, es decir de nosotros, dirá, diremos, que seremos breves y esa frase será lo único breve.

Así veremos al rector de la mesa pasar sucesivas papeletas pidiendo, suplicando, ordenando que sea breve, que apure su fin. Ninguno imitará a Demóstenes, quien, ante una orden conminatoria parecida, según dice Lempriére, bebió de un frasquito que siempre llevaba consigo y apuró la cicuta tan cara a su maestro. (Por Platón interpuesto.) La brevedad es un arte que hay que aprender en silencio con riesgo: es el arte del silencio.

En un viejo pero inmortal cartón de *The New Yorker*, uno de esos oradores

de sobremesa tan abundantes en el mundo social anglosajón, se puso en pie después de los postres y el café (también repartieron puros: eran otros tiempos y otras costumbres) para declarar, “Seré breve”. En ese momento una enorme araña que pendía exactamente sobre su cabeza cayó y lo aplastó para hacerlo de veras breve para siempre: al lustre por el lustro.

Esta tarde no habrá una lámpara como una guillotina sobre mi cabeza. Para asegurarme que sea así alguien leerá lo que he escrito y mi seguridad dependerá de un seguro servidor. La conexión entre mis palabras y sus orejas tan atentas como las de Van Gogh (que por oír perdió una de ellas, con el resultado que

conocemos; desde entonces se le conoce como Vincent Van), esa conexión por supuesto soy yo mismo. Ahora que lo recuerdo {casi lo olvido: soy un amnésico que escribe sus memorias), no olvidaré ser breve.

La cultura está hecha, como toda colección humana, de memoria. No hay cultura, primitiva o sofisticada, sin memoria. Uno de los pueblos aparentemente más primitivos del globo, los aborígenes de Australia, están entre los artistas plásticos más sofisticados de la historia de la pintura de Altamira a Picasso, ese falso primitivo. El exquisito arte de los aborígenes es una manifestación de la memoria de la raza y su religión, una de las más

conmovedoras que conozco, está toda hecha de memoria.

El aborigen (es decir, el verdadero australiano) idolatra a una Australia que no queda en el mapa sino que está hecha de la memoria de sus sueños. La llama, porque no está en el espacio, *dreamtime*, el tiempo del sueño, la *alcheringa* donde una vez vivieron su edad de oro metafísica y a la que va a vivir cada noche, cuando el tiempo y el espacio confluyen, fluyen. El río de Heráclito se convierte entonces en el enorme desierto al que vuelven y los envuelve. Por el día deambulan sin cansarse en busca de su era perdida, ayudados por el whisky al que los blancos los iniciaron hace poco. Los he

visto en Alice Springs, un pueblo del oeste al que convierten en un verdadero *ghost town*, mientras desfilan bajo el sol del desierto con sus ojos ciegos, viniendo desde la prehistoria sin llegar nunca a la historia. Para un aborigen australiano no hay más que memoria y vacío. Ese abismo lo llenan con los sueños de la tribu. No hay otra nación exiliada en su tierra que viva tanto de la memoria que puebla cada noche sus sueños. La única excepción posible son los judíos que originaron el judío errante: de entre ellos surgió *Jewlysses*.

El siglo es el *dreamtime* de todos: el tiempo es el espacio de la memoria ahora. El tiempo nos hace recorrer el espacio de la memoria. La cultura se ha

hecho memoria. Los grandes monumentos literarios de nuestra época son *tours de forcé* de la memoria y hasta una teoría científica, la de Freud, se basa en un mecanismo de la memoria, los sueños. Sin memoria no hay nada. Esta línea que ahora escribo no tendría sentido, no sería siquiera posible, sin la memoria. Al final de la línea, ahora, las palabras anteriores se habrían borrado para siempre. Hay servidumbre y uso en la memoria. Las frases "Si la memoria me es fiel" y "Si mi memoria no me traiciona" hacen parecer a la memoria como una amante casquivana. Sin embargo no hay compañía más pegajosa: llevamos nuestra memoria a todas partes. La memoria es un vademécum:

va contigo. Es también la madre de la moral: nuestra conciencia está hecha de memoria. La culpa es el recuerdo de un crimen.

En nuestro tiempo la memoria parece haber nacido en el exilio. Joyce en Trieste recuerda a todo Dublín, Proust en su exilio de corcho recuerda toda su vida. Una de las grandes memorias de la segunda mitad del siglo ocurre cuando Nabokov recuerda en el exilio el pasaje y pasadizo de su memoria. El libro se titula *Habla, memoria*. Nemósine es nuestra diosa: ella es madre de las musas y de la memoria.

En la ficción hay dos personajes memorables hechos de pura memoria: sin ella no existirían. Me refiero a

Ireneo Funes en “Funes el memorioso” y al Mr. Memory de *Los 39 escalones*. Ireneo Funes, inválido, vive para recordar y Mr. Memory, válido, vive de recordar. A los dos los mata la memoria. Mr. Memory, que es la memoria como espectáculo, lo recuerda todo y demuestra hasta qué punto recordar es trivializar o volver a vivir: la vida está llena de memoria, la muerte es el descanso en el olvido. En su última noche como espectáculo, le preguntan a Mr. Memory desde el público: “¿Qué son los 39 escalones?” y el memorión no puede evitar cantar que es una organización para el mal. Su memoria lo condena y desde un palco lo acribillan. La memoria, ya Jo vemos, es vida y

muerte. Pero la memoria está fuera del tiempo.

Hay una frase de Horacio que me sé de memoria. Dice: “Las ruinas me encontrarán impávido”. Cuando regresé a La Habana en 1965 y vi sus ruinas, no me encontré impávido sin embargo sino muy conmovido. ¿Son éstos los restos de mi madre? Estuve retenido allí por la policía por tres meses que no quiero recordar y sin embargo no olvido. Al regresar a Europa, a Madrid precisamente, me encontré que la única tarea que era para mí de alguna consecuencia era reconstruir La Habana mediante la memoria y revivir su esplendor perdido en un libro. Ciertamente, para mí, revivir La Habana

era resucitarla y volver a vivir.

Esa labor comenzó hace más de un cuarto de siglo. Todavía estoy en ella.

La memoria es la primera y última máquina del tiempo. Sólo hay tiempo y memoria. La nostalgia es la memoria del alma. Pero hay también olvido. Un filósofo chileno cantó una vez: “Dicen que la distancia es el olvido”, para luego añadir su negación del tiempo: “Yo no concibo esta razón”. Pero el problema nuestro, mío y de ustedes, ahora, es lo que Bergson llamó la duración. ¿Seré o no seré breve?

Marzo de 1992

(*Para leer en Barcelona en la Jornada de Difusión de la Cultura Catalana*.)

Una vindicación del exilio

En una película apenas recordada llamaba *Forbidden* (Lo Prohibido) el héroe (un decir) Adolph Menjou es un político americano elegante (versión de Hollywood) que viaja a bordo de un vapor rumbo a La Habana. Allí conoce a una bibliotecaria solterona (la gran Barbara Stanwyck) que coge las primeras vacaciones de su vida. El encuentro ocurrió porque el político, borracho, creía que entraba en la habitación 99 cuando se había colado en el camarote 66 —que es un 99 derribado por el *tedium vitae* de a bordo. Pero es donde duerme ella. Los dos pasajeros (el nombre nunca fue más apto)

conversan, se enamoran y ella hace planes para quedarse en La Habana y vivir de lo que más abunda. “Seremos”, le propone a él, “gusanos”.

El resto de la historia de amor está dedicado a la democracia más crasa: el político regresa a Estados Unidos, hace carrera y termina de gobernador del Estado. En cuanto a ella, sólo la muerte los separa. Pero los dos, cuando se reúnen, sueñan con La Habana y con el temblor que se agita en las palmeras.

Esta extraña presciencia es de 1932.

El exilio invisible

“¡Es horrible! Pero ¿a qué arte diabólica debe someterse a un hombre

para que lo vuelvan invisible?" "No es un arte diabólica. Es un proceso...,"

H. G. WELLS en El hombre invisible

A veces me creo invisible. Sucede cuando me quito mi americana de tweed, mi *pull-over* de lana, mis pantalones de pana y mis zapatos de vaqueta virada, luego toda la ropa interior y ahora me miro al espejo —¡y no veo nada! ¿Seré como el extraño que llegó a una inn, lejana posada inglesa, un día de invierno, invisible *de veras*? Al menos mucha gente me lo hace creer, como si yo fuera una versión villana del rey que iba en cueros y nadie se atrevía a confesar lo que veía. Soy el revés del rey, por supuesto. Voy vestido pero el

efecto es como si fuera disfrazado aunque me quede desnudo: si me quito toda mi ropa inglesa nadie verá nada. Seré {lo sabe hasta el proverbial niño de cinco años) un exilado cubano. Existo pero no en exilio. El hábito me hace inglés pero mi desnudez me aniquila. Sólo soy yo gracias a mi vestimenta.

Hasta la palabra que podría designar mi status es diferente para mí ahora. En Cuba antes, por ejemplo, los republicanos refugiados de la guerra civil, llámense Casona o *El Campesino*, e r a n *exilados*. Ahora todos los desterrados que hablan español por el mundo en diásporas son *exilados* — menos los cubanos. Debemos recordar a

esos judíos, casi intocables. Lo mismo pasa con los exilados cubanos, judíos de Castro. No somos marranos pero somos gusanos —apelativo castrista. Goebbels robó a Kafka un mote parecido para los judíos: *Ungeziefer*, alimañas. Es fácil eliminar a un hombre cuando no es ya un hombre sino una alimaña, un gusano, pero siempre hay sangre, cadáveres: un embarro. Es más limpio hacerlo invisible.

Mi invisibílidad recuerda a ese escamoteo verbal que practicaba la Real Academia de la Lengua para eliminar lo indeseable. Así el *Diccionario Manual* (ilustrado) olvida la palabra exilio y en la página 711, columna A, salta de *exiguo* a *eximio*, con arte de

birlibirloque, pero en medio (¿para pedir perdón o cubrir la vacante?) pone *eximente*. ¡Presto! El exilio desapareció y los exilados o exilados se esfumaron hacia el limbo lingüístico. ¿Husionismo o mera ilusión? Para Franco (mi edición es la de Espasa Calpe de 1950) no había exilio: había sólo una roja desbandada. Los exilados no existían, españoles o no. Como decía ese otro tirano grotesco, el rey Ubú: "Si no hay Polonia, entonces no habrá polacos" —como para que medite Jaruzelski sobre su problema polaco y una posible solución rusa. Sí no hay exilados no hay exilio: es una simple proposición lógica. En Cuba, donde todos los emigrantes españoles eran gallegos (como si los cubanos no

sólo presintieran a Franco, gallego epónimo, sino que Fidel Castro, gallego anónimo entonces, también sería posible: cosa curiosa, la taxonomía, tiene más de magia que la astrología), los judíos eran para nosotros polacos todos. Así el cubano de la calle fue más efectivo que Hitler y pudo encontrar la "solución final" desde el principio —desde antes, es más. Para los que creen que todo mañana será siempre mejor (como si acortaran la palabra futuro a mero fruto) el gran *Diccionario de la Real*, edición de Espasa Calpe de 1956, admite el exilio —pero no los exilados.

La Limpia y Fija puede ser, sin embargo, en su progreso retrógrado (sí que existe este movimiento: no en física

pero en política), más resueltamente avanzada que muchos escritores llamados progresistas simplemente porque no quieren confesarse comunistas. Un conocido crítico literario uruguayo escribe un largo y sesudo ensayo sobre el exilio en América y no encuentra más que un cubano exilado o exiliable: José Martí. ¿Habrá que recordar al lector que Martí murió, no de naturaleza, en 1895? Un escritor sudamericano, laureado, hace un discurso —ante una academia, pero no sobre literatura sino sobre exilios— y escoge a Chile, ¿arbitrario?, como el país más dado al exilio. Un millón de chilenos ha abandonado a Pinochet a su soledad de Andes, asegura auténtico.

“¡Es un diezmo!” y terminó el informe para académicos sin una sola mención a Cuba, país modelo en cuanto a la forma de tratar a sus disidentes y descontentos, como se sabe. La exquisitez de Fidel Castro en estas cosas es ejemplar.

Pero la verdad desnuda es boyante y siempre sube a flote en todo medio espeso. Hay cerca de un millón y medio de cubanos viviendo en el exilio desde 1959 (algunos miles eran batistianos, cierto, pero entre ellos estaban también, ¿casualmente?, el *primer* presidente castrista) y es sólo ahora que la población de la isla rebasa los diez millones de habitantes. Se trata, como es obvio, de algo más que un diezmo. Es, de hecho, diezmo y medio, pero

inmencionable, tabú. Como al olmo, al futuro se le piden peras, no peros.

Un escritor porteño pasea melancólico por las bibliotecas de Europa su largo exilio apolítico y tras haber asumido la frase francesa “Nada mata tanto a un hombre como verse obligado a representar su país”, se permite los riesgos del inmortal y no sólo representa a otro país y a otro y a otro, sino hasta un continente y una causa. Su exilio se había hecho apocalíptico. Este escritor, que había abandonado Argentina en 1952 odiando a Perón hasta la náusea física (pero aún más a Evita), aparentemente sufrió el síndrome que su maestro argentino diagnosticaba como

hecho de “sucesivas y encontradas lealtades”. Así fue exilado antiperonista, luego peronista, después antimilitares antiperonistas y ahora generalizante militante *d’aprés des lies* Malvinas. Pero preguntando por un periodista mexicano por los escritores cubanos exilados declaró con énfasis en sus erres todavía francesas: “No hay escritores exilados de la *Revolución*, No hay más que gusanos”. Lo que, por supuesto, niega la posibilidad de alfabetizarse a toda larva analfabeta y de paso el acceso a la literatura a cada gusano que quiera brillar ilustrado como mariposa literaria. Este escritor será materialista, pero naturalista no es. Está cerca de Marx pero lejos de Linneo.

Un grupo de refugiados políticos antiguos y actuales se reúne en Madrid para intercambiar memorias del exilio. Los hay de todas partes de España y de América —menos de Cuba. Nadie, está de más decirlo, echó de menos a los cubanos, los exilados americanos que llevan más tiempo en España —¡Curioso y más curioso!, diría Alicia, furiosa. Había en este simposio neoplatónico hasta un inusitado diplomático mexicano en funciones que debía ser de un exilado oficial o un observador de la ONU. Pero los cubanos, visibles en todas partes, ya innombrables eran allí invisibles. Es cierto que la reunión era más frivola que seria, a pesar de la edad respetable de

los reunidos. Era como una cana al aire política. Se llegó incluso a hacer el elogio del exilio como si fuera un gusto adquirido. Pruebe, por favor, un poco más de ostracismo. ¡Humrnm! ¡Qué delicia! Parecía, de veras, cierta nostalgia de Franco invertida —como Vizcaíno Casas pero con comicidad más espontánea. Este elixir de exilio era español en la memoria colectiva y ¿por qué no decirlo?, festiva. Pero recuerdo hasta exilados andaluces que, como no eran gitanos, eran infelices. Conocí, por ejemplo, al más triste de todos los poetas españoles exilados, Luis Cernuda, y me pareció un hombre calmo pero desesperado: una especie de suicida tan correcto que no se pegaba un

tiro por temor a herir a sus amigos. Cernuda, ciertamente, no habría estado en este convivio.

Ahora el ministro de Cultura de Castro (que existe porque lo he visto en fotos, bien visible en su traje oscuro a rayas blancas verticales: todo, hasta el chaleco, lo hacía indiscernible de un *capo* secundario en *El padrino*) declara a *El País* en su gerundio atropellado que no hay escritores de alta "escala intelectual" que hayan abandonado el país (queriendo decir Cuba) y nombra a Juan Marinello (a quien llama Marinero, ¿en tierra?), a Fernando Ortiz, a Carpentier y a Lezama Lima con el mismo ceceo ansioso. Pero olvidó decir que todos los mencionados están en

Cuba ¡porque están muertos! Hace tiempo que todos ellos (y ahora incluyo yo a Virgilio Pinera, el mejor teatrista cubano de todos los tiempos, que también se quedó en Cuba, para vivir de miedo y morir de un susto sostenido) están bajo tierra y si no los secuestran los gusanos de Hamlet, *"politic worms"*, no veo cómo podrán dejar la isla, cruzar los mares o los aires, emigrar —para devenir ellos también cadáveres invisibles.

Pero sucede que, siempre desafortunado, el primer ministro de Cultura y Luces de Cuba castrista hace hincapié en Lezama sobre cuya eminencia nos ilumina con el esplendor de una noticia: antes que perseguir a

Lezama ahora en Cuba se le *ezalta*. Esta exaltación, naturalmente, tuvo que esperar a la muerte del poeta. Todos los que saben leer (quiero incluir aquí a Armando Hart sin desarmarlo), saben que de Paradiso, la obra maestra de Lezama, no se hizo más que una sola edición de cinco mil (5.000) ejemplares en 1966, que se agotó enseguida —para no reeditarse jamás. Aparentemente por su exaltación del *homo-zezual*, la bestia negra con dos penes de Castro: obscena, contra natura, contrarrevolucionaria. A partir de 1971, cuando Lezama fue involucrado por Seguridad del Estado (que tiene los mejores lectores de Cuba: leen desde cartas hasta palmas de la mano) en el Caso Padilla no se volvió a

publicar siquiera un ensayo suyo, como lo revela Lezama en sus cartas a su hermana. Es desde este más allá epistolar que el poeta proclama ahora su desmentida y su exilio, interiores ambos:

"No es lo mismo estar fuera de Cuba que la conducta que uno se ve *obligado* a seguir cuando estamos aquí, metidos en el horno. Existen los cubanos que sufren fuera y Jos que sufren igualmente, *quizá más*, estando dentro de la quemazón y la pavorosa inquietud de un destino incierto..."

Aparte de mis subrayados, las repetidas menciones a "horno" y "quemazón", ¿no declaran que el escritor oscuro habla claro no del

paraíso sino del infierno, de sí mismo como un Fausto condenado? ¿Fue Lezama quien inventó la metáfora del creador como un poseso penetrado por un hacha suave? Pero, ¿qué del poseso al que se le niega toda posesión: la esencia y la existencia y el mismo cuerpo sólido que contiene su conciencia? Me siento entonces como el extraño que llegó a la posada *Coach and Horses* en un lugar remoto de Inglaterra hace casi un siglo. Así describe su revelación un hombre que sabe de estas cosas: "Se puso una mano sobre la boca y al retirarla al centro de su cara se convirtió en un hueco vacío... Cuando finalmente se quitó las gafas, todos los presentes se quedaron

atónitos: el forastero era invisible”. Esa aparición era una desaparición.

Mayo de 1983

(*Una versión inglesa fue leída en la* Wheatland Conference on Literature en *Viena en diciembre de* 1987.)

Voces cubanas, voces lejanas

Varias voces cubanas se acercan a mis oídos sin odio para preguntarme: “¿Vale la pena escribir?”, y el resto de la frase puede ser: “en Miami” o “en Manhattan” y aun “en Kansas City, Kansas”. Hasta una bella poetisa desde Johannesburgo me susurra: “¿Y aquí en Sudáfrica?” Todas las preguntas querían expresar una sola, tímida pregunta:

“¿Vale la pena escribir en el exilio?”

Mi temida respuesta invariable era: ¿Vale la pena vivir? Para mí vivir y escribir son una sola cosa. A aquellos interrogadores que eran jóvenes pero no demasiado (nunca se es *demasiado* joven) podía decirles: ¿Vale la pena la vida? A algunos que querían continuar escribiendo podría haberles preguntado: ¿Vale la pena vivir más allá de la vida?, y responderles todavía que sí, que la vida, aun continuándose tediosa a sí misma, vale la pena. Todas las opciones de la vida son válidas, desde el amor hasta morir de amor —y aun el suicidio.

Por supuesto nada mata tanto a un escritor como dejar de escribir. Aun no publicar no significa que el escritor está muerto. El escritor muere en el mismo

momento que mueren sus palabras. Cuando esta muerte es voluntaria el escritor es un suicida que ha adelantado su cita con la muerte que es el silencio. Nada está más muerto que lo que no ha vivido. Quiero decir que el único placer (nunca me oirán hablando del deber) del escritor es escribir, aun si sabe que no tendrá lectores. Nadie escribe para ser leído. Se escribe para ser escrito y después que se ha terminado este acto gratuito es posible publicar y así el escritor le hace al lector el regalo de su prosa —o de su verso. Otros de su anverso. No creo que haya escritor, ni aun el más deformado profesional, que escriba para sus lectores. El lector queda siempre del otro lado del

horizonte que es el borde de la página que no es el margen. El escritor viaja en su arca de palabras para encontrarse con el lector más allá del diluvio, donde la página se llena de palabras escogidas por un Noé que ha oído la orden de un Dios literario de navegar por otros mares de locura. El escritor, por intermedio de estibadores, almacenistas y agentes de aduana (léase editores y libreros), entrega al lector su carga de palabras. Pero para entonces el viaje ha terminado. El escritor no siente pena porque su placer siempre estuvo en la travesía.

Incluso creo que mi metáfora del viaje que culmina en la decepción fue cierta para Ulises, para Marco Polo y aun para

el más grande de los viajeros, el almirante flotante Cristóbal Colón. De alguna manera, América debió ser para Colón un anticlímax. La excitación la dio siempre el viaje hacia lo desconocido, que no es más que una forma de lo conocido: la burla de la bitácora, el motín, la amenaza del naufragio. El riesgo y la aventura eran el viaje. La islita, los cocoteros profusos y los pocos indios confusos constituyeron, estoy seguro, una decepción. Fue esta frustración lo que hizo al Gran Almirante emprender otros viajes —para encontrar otras islas y otros indios que ni siquiera eran tales. De la condena de vivir para siempre en esa naturaleza decepcionante vino a salvarnos ese

equívoco fraile llamado Bartolomé de las Casas. Como Colón, las Casas era un judío converso y con el ojo demente y vehemente del converso vio sufrir al noble salvaje y propuso que a los hombres indios (nunca se sabrá la intención de un adjetivo) vinieran a darles una mano (y hasta un brazo) negros de África, aparentemente salvajes innobles.

Sin saberlo las Casas, ignorante como un fraile, estaba estableciendo la fundación futura de Cuba, que podía ser ahora algo más que una isla, unas palmeras y unos indios y llegar a ser una nación. ¿Son necesarias las naciones? No lo sé. Pero lo cierto es que están ahí, como las islas. Las naciones son islas

históricas en un mar político. Las islas son todas geografía, las naciones son nociones. Es tal vez por eso que todos tenemos (o hemos tenido) el sueño secreto de irnos a vivir a una isla desierta. Algunos sin embargo desean dejar nuestra isla secreta para ir a vivir a otras naciones —que a veces son islas reales. Esta fuga forzada se llama exilio y la isla soñada es la isla real dejada detrás en una perversión del mito del pájaro azul en el patio.

No creo que sea exagerado llamar a Colón padre de la isla: Cuba es más bien nuestra madre aunque la llamen patria. Una madre hecha de tierra como Adán, pero de tan entrañable sangre como Eva. No nuestra propia madre,

cierto, pero evidentemente más duradera, eterna, si por eternidad entendemos lo que ha estado antes y estará después y es inalterable. A esa eternidad le debemos no sólo la existencia, le debemos la esencia. Ser cubano es haber nacido en Cuba. Ser cubano es ir con Cuba a todas partes. Ser cubano es llevar a Cuba en un persistente recuerdo. Todos llevamos a Cuba dentro como una música inaudita, como una visión insólita que nos sabemos de memoria. Cuba es un paraíso del que huimos tratando de regresar.

No me hago, sin embargo, ilusiones de regreso. Nunca ruego como los viejos judíos dispersados que anhelan volver a

Jerusalén. “El año que viene en La Habana.” No pienso volver a Cuba, y ese pasado que está siempre presente no se hace futuro más que en la literatura y en los sueños, que son para mí otra forma de literatura. Pero no quiero hablar de mí, quiero hablar de los exilados cubanos. No de todos, por supuesto. No me conmueven las multitudes, sino unos pocos individuos. Hablaré de aquellos cubanos que se exilaron de la isla como poetas mediocres, escritores en ciernes, novelistas frustrados, prosistas precarios, cuentistas desconocidos y en general pobres cultivadores de la literatura.

En el extranjero, lejos de la isla, en el

exilio y por razones desconocidas, se hicieron conocidos y se convirtieron no sólo en escritores eminentes, sino, en uno o dos casos, en escritores de genio. A muchos de ellos no sólo debemos la literatura cubana, síno que ellos sean nuestra tradición, y su realización es nuestra posibilidad. Ellos son Cuba: mucho más que una isla, que una geografía y una historia. Ellos, en su posteridad, pueden conversar de viajes con Homero, cenar con Petronio, llorar en el exilio con Ovidio, recordar el tiempo feliz en la desgracia con Dante, beber con Rabelais, actuar con Shakespeare, tutearse con Cervantes, satirizar con Swift, crear digresiones con Sterne, chismear con Jane Austen,

escuchar a Dickens dramatizando, discutir un *mot juste* con Flaubert, recomendar un remedio contra la sífilis a Nietzsche, hacer el elogio de la locura a Maupassant, dolerse de las muelas de Huysmans y de los dientes de Oscar Wilde, lamentar la piromanía de Gogol o la suciedad de Tolstoy o la tuberculosis de Chejov, alabar la extrema limpieza de Baudelaire, abanicarse con un poema de Mallarmé, contarle a Melville lo que es el color atroz de un tiburón blanco, apreciar un buen habano con Mark Twain, no entender nada de lo que dice Conrad, que habla polaco en inglés, tratar de adivinar el sujeto en un párrafo de Henry James, querer adivinar una sola

palabra de otro James, Joyce, lamentar todos (menos uno) que Cavafis preste tanta atención a los efebos, no siempre griegos, y con Proust que pierda su tiempo en la cama, decirle a Kafka que la estatua de la Libertad no tiene una espada en la mano, sino una antorcha, comentar con Gertrude Stein lo isleña que es la vida literaria en Londres, decirle a Hemingway que nunca vivió en Cuba de veras, sino en el Golfo, y lamentar ante Faulkner que su sintaxis sea más oscura que sus dinastías y, finalmente, porque ellos son cubanos y, como yo, arbitrarios, detener su viaje al Parnaso reprochándole a Nabokov tanta mariposa muerta. Esos escritores exilados han desaparecido todos, pero

todavía nos hablan. No son fantasmas. Sus voces vienen de sus libros. Ellos habitan ese país en que todas las voces son una sola voz. Ellos son, finalmente, la literatura.

El ave del paraíso perdido

Mi primer encuentro con William Henry Hudson tuvo lugar en La Habana hace veinte años. Su nombre era entonces Guillermo Enrique Hudson y fue Borges quien me llamó la atención sobre su obra. Borges, bilingüe, hablaba de *La tierra púrpura* en español y de Allá lejos y hace tiempo con ternura argentina. Como cosa de magia había cruzado ahora la calle Belascoain con la luz verde propicia y atravesado un

portal para dirigirme a una de esas librerías de viejo de La Habana de entonces que debían llamarse de viejos por su clientela toda *ancien régime*. Esa tarde luminosa, tiempo de fiesta y no de encuesta, *l'aprésmidid'un fan* o de siesta a dos había dejado a Miriam Gómez entre ejercicios didácticos de un dudoso dramaturgo (la palabra dramaturgo, alemana, se pronunciaba gutural en español para poder oír a Bertolt Brecht detrás) que era un argentino de Berlín del Este, de la Banda Oriental política. Como Antón Arrufat, amigo y amante de Conrad, me había dicho que esta librería de viejo, oscura y poco frecuentada antes, estaba en liquidación forzosa, entré decidido.

Venía buscando a Hudson y no sabía si lo encontraría nunca. Observé enseguida que apenas había libros en esa librería ya en los estertores.

Miré sin esperanza a un anaquel casi vacío detrás mío y entre el polvo presente y la marca clara de la ausencia de cada libro, fantasmas fugaces, vi materializarse un tomo y un lomo y el nombre de *Nostramo*. ¡Coño, Conrad! Pero a su lado, compañero, había otro libro y otro título y otro nombre: G, E. Hudson —*Allá lejos y hace tiempo*. ¿Coincidencia? Tal vez. Pero pienso que fue más bien el llamado de la llanura púrpura, el encanto de los espacios abiertos, el embrujo de la pampa, Me había encontrado con la corriente de

Hudson. Agarré el libro como a una balsa el náufrago. Era a principios de 1962 y los libros viejos y nuevos comenzaban a escasear tanto como la comida. Quiero decir libros libres, literatura, pero si a uno le gusta la propaganda podía encontrar cantidad de ella en todas partes de esa ciudad que fue sólo una finca y un bar para Hemíngway, un prostíbulo masculino para Somerset Maugham y un burdel y un casino para su seguro servidor Graham Greene. No quería que un cliente más rápido que mi vista alcanzara ahora el libro primero y me ganara en apropiarme de este escritor inglés nacido en Argentina de padres americanos que vivió y pasó hambre y

miseria y murió en Londres, allá lejos y hace tiempo.

Ese libro (iluminado, ilustrado con primor ingenuo), apenas en español, traducido en Argentina del inglés, insondable idioma para el traductor, fue la primera obra de Hudson que leí y fue toda una ocasión, desde el azar de la compra hasta la lectura propuesta. Estaba encantado, deleitado, embrujado, a pesar del idioma de los argentinos que Hudson compartió pero no yo. Hudson escribía de un tiempo remoto para mí, de veras desde hace tiempo y allá lejos, pero yo hice de su tiempo el mío y juntos los dos recorrimos la misma pampa del recuerdo. Luego vino el exilio. Mío, de Miriam Gómez, de mis

hijas.

No fue súbito ni dramático sino lento y furtivo, pero no por ello menos doloroso. ¿Qué importa cómo te corten el cordón? Siempre queda el ombligo. Casi sin saberlo me encontré perdido en la niebla literaria de Londres, de Chelsea a Kensington, en ese Wild West End que oscilaba entre hostil y hospitalario. Nostálgico entre amnésicos nunca olvidé La Habana. Hudson y yo compartíamos ahora el mismo pasado, el mismo pasto, idénticas pasturas grises que fueron verdes un día. Su pampa de sueños, por siempre quieta, fue mi *Gulf Stream of consciousness*, mi monólogo exterior, siempre fluyendo, consciente,

inconsciente y ambos, la pampa y el mar, eran infinitos porque el recuerdo no tiene orillas.

Hudson fluía como el río de la memoria (Támesis, Mnemósine) y leí cuantos libros suyos tuve al alcance de mi mano. Era muy pobre entonces, más pobre que Hudson en Londres tal vez, pero me las compuse. Hay muchas bibliotecas de préstamo en Londres, librerías ambulantes y en cada una se podía explorar su territorio: *Hudson found, Hudson sound*. La búsqueda era deliberada y sin el temblor del azar de aquella librería de La Habana Vieja. Hice descubrimientos americanos en cada libro suyo, *trouvailles*, lo que un exilado de América como él y un

exilado de Europa o de África o de Asia, exilados de todas partes hacia otras partes, un exilado cualquiera puede apreciar de veras. Sus libros son todos el libro del éxodo.

Recuerdo un momento, sólo un atisbo, un instante fugaz en un libro suyo cuyo nombre no puedo recordar ahora, tal vez más tarde. (Pero el título no es importante, sólo su duración en el tiempo que fue eterna.) El escritor, el mismo Hudson o yo mismo, mientras baja una calle de Londres oye un pájaro que canta. No recuerdo el pájaro. Sólo recuerdo (¡y qué recuerdo!) al escritor bajando por la calle de adoquines desiguales que no había alcanzado todavía el asfalto democrático, en

Chelsea, sí. Pero no parece que se abrirá esa puerta verde de Sloane Avenue o de Bywater Street. Mientras el pájaro sigue cantando al verano o a lo que cantan los pájaros en verano. Cuando por fin se abre la puerta el exilado le pregunta a la mujer que vino a abrir si ese pájaro (el brazo erguido, la mano extendida, el dedo índice señalando al sonido) canta en su patio. La mujer asiente. “¿Es por casualidad un pájaro de Argentina?”, pregunta Hudson. La mujer dice que sí. Lo trajo ella misma de Buenos Aires donde vivió por un tiempo. Hudson, tan alto, tan flaco, tan frágil, con su larga barba blanca y su cabellera cana flotando en la brisa de verano inglés, albino en Albión, se

queda ahí de pie y no se mueve ni dice nada, ahí de pie oyendo. No a la mujer, que no habla, sino al pájaro que canta. Luego él también asiente.

Hudson se ha dado cuenta de que el pájaro que canta no vino de la Argentina. Viene de su niñez y de sus sueños, desde el pasado. Ese pájaro llega, ahora lo recuerdo, de la añoranza y se llama nostalgia. Este pájaro (de su pampa, de mi sabana y de mí Habana, de las praderas, de los llanos, de las estepas europeas) puede oírlo cantar todo exilado en todas partes, siempre. Es el ruiseñor del emperador que regresa.

22 de abril de 1980

---

notes

Notas a pie de página

1 Olga Andreu se suicidó luego.

2 Heberto Padilla sufrió todos y cada uno de estos avatares.

3 Comandante Alberto Mora, que se suicidó en 1972.

4 Provistos por la Stasi alemana.

5 *Enemigo rumor y La fijeza* son dos libros de poemas de Lezama Lima. La parodia a que alude Cabrera Infante está incluida en su novela *Tres tristes tigres*.

6 Aun si esta pandemia se mostrara un día como solamente una epidemia (casi escribí epizootia: es tan grande el parecido de Cuba con *Animal Farm* que

es para pensar en su secuela: *Revuelta en la Isla de las Cotorras*), no una endemia sino un brote controlable, el país quedaría después de este ataque continuado de Gastroenteritis tan extenuado moralmente, tan agolados sus recursos espirituales que regresar a el sería como pasarse el resto de la vida a la cabecera de un enfermo que quizá no salga nunca de su coma.

7 Yeyé Santamaría se suicidó luego.

8 Jack Gelber, teatrista *beatnik. The Cuban Thing* es una pieza mediocre, de 1968.

9 Osvaldo Dorticós, ex presidente de Cuba, se suicidó en La Habana después de ser depuesto por Fidel Castro.

10 Escrito en Londres y leído en

Madrid el 20 de mayo de 1986 en el Instituto de Cooperación Iberoamericana con motivo del 50 aniversario del asesinato del poeta.

11 El traductor en una nota al pie aclara que Citerea era una isla en el Peloponeso donde se rendía culto a Afrodita. La adoración fue tal que otro nombre para Afrodita fue Citerea. A Afrodita la conocemos sus fieles devotos con el más perturbador nombre de Venus, diosa del amor entre los latinos.

12 Arcos, inválido, veterano del asalto al Moncada y luego embajador en Bélgica (1960-65), estuvo preso sin delito, causa ni juicio durante tres años (1966-69) en un campo de concentración

cubano. En abril de este año, al tratar de escapar de Cuba en un bote por la costa cerca de La Habana, fue detenido, juzgado y condenado a 14 años de prisión. Le acompañaba su hermano Sebastián, durante un tiempo segundo jete de la Marina Revolucionaria. Sebastián Arcos, por los mismos delitos, lue condenado a 11 años de prisión en el mismo juicio. (Ver «Vidas de un héroe».)

13 No deben incomodarse los patriotas cubanos ni sentirse los mexicanos adictos al copyright nacional si estos versos recuerdan otros, tan dolidos, dedicados a Juárez y su muerte que aunque natural, malogró, como a todos, su vida. Pero observen los

mexicanos cómo hay siempre que forzar el acento para adecuarlo a la música y decir «Juárez no debió de morir.» No canten victoria los cubanos al reconocer que Martí tiene acento agudo. Todos los cantores patrios y políticos son ladrones de un patrimonio poético común, la *clave* que un mulato habanero compuso a su amante muerta, que yo quiero suponer tremenda mulata en vida. Comienza así esta clave decimonónica de forma sorprendente: «¡Inés no debió de morir!, ¡ay, de morir!»

14 En abril de 1961 ocurrió un extraño hecho, que casi nadie conoce. Durante la invasión de Bahía de Cochinos, el Che, que comandaba las fuerzas castristas en la provincia de Pinar del Río, se dio un

tiro bajo la barbilla que le salió por un lado de la cara. (La cicatriz es todavía visible en sus últimas fotos.) La explicación oficial fue que al Che, experto en armas de fuego, se le había escapado un tiro.

Durante las guerras de independencia, el general cubano Calixto García, al verse rodeado, se dio un tiro bajo la barbilla. La bala le salió por la frente sin matarlo. García fue en 1898 el apoyo mambí a la invasión americana por Santiago de Cuba, después de haber recibido un mensaje del presidente McKinley que se conoce como «*a message to Garcia*» en la historia. A Calixto García lo apodaron «el general con la estrella en la frente». Era la

cicatriz que fue la marca de su suicidio fallido.

15 Una revelación reciente del médico de Freud convierte a Freud en suicida. Freud, con un cáncer terminal, rogó a su médico una dosis letal de morfina. El médico cumplió su último deseo.

16 De pasada Camus en una nota al pie, habla de un «suicidio honorable» y menciona como ejemplo de esa tendencia a los suicidas políticos, «llamados de protesta», en la revolución china —que es por cierto la revolución de Mao que la quería tan permanente que la paralizó.

17 Este escrito provocó una pataleta de Graham Greene, que trató de defender lo indefendible: la obscena

presencia política de Fidel Castro. Hice añicos su patética prosa y no vino a por más. Pero vino por el vino. Su hermano tiene una librería de viejo en Gloucester Road, a apenas tres cuadras de mi casa. La visito a menudo. Un día entré entretenido en la tienda y me di cuenta demasiado tarde en la tarde que había una celebración, un aniversario. En todo caso esa reunión que les gusta tanto a los ingleses: un party. Allí, central, alto y con su más cara máscara de pez abisal que nunca, estaba Greene con una copa de vino en la mano. Antes de dar media vuelta y salir a la calle vi enrojecer su cara sin sangre. ¿Temería una bofetada real, no literaria? ¿O era el vino?

18 Apenas dos años más tarde fui

víctima del mismo robo que no fue robo. Extraños ladrones tan amigos de lo ajeno que no quieren apropiárselo.

19 Ahora la ceremonia de la inocencia realmente es asfixiante. Al término de la traducción, otro poeta, María Elena Cruz Varela, es asesinada en efigie. La obligaron, literalmente, pero no literariamente, a tragarse sus palabras —y el papel en que estaban escritas. No ha habido para ella una confesión a teatro abierto para ojos y oídos del mundo (y del país también, claro) sino la reposición, una vez más, de un juicio carroliano, en que primero vino el veredicto (allanar su casa, atropellarla, embutirla de papel) y después la condena (molerla en la cárcel —y no de

papel) y finalmenle el juicio. Severo Sarduy preguntaba desde París, ¿se puede ser poeta en Cuba? Sí, si eres obediente y estás con la revolución, que te lo dará todo, como se lo han dado a los Dos Pilluelos, poetas pederastas ambos. No se puede si desobedeces y tratas de decir que ese tipo con barbas y a lo loco no es más que el primer enterrador, el Clown Supremo.

* En la excelente traducción de Juan Ferraté.

* Esta frase tiene su origen en la Revolución Francesa, mucho antes de la invención de la lavadora eléctrica.

* Algún día habrá que preguntarse por qué los poetas americanos de este siglo como Eliot y Pound y hasta un irlandés

como Yeats fueron fascistas, mientras que los poetas hispanoamericanos como Neruda, Vallejo y Guillen y alguno que otro español contemporáneo escogieron ser estalinistas. Es decir, igualmente totalitarios.

* Escrito en Londres y leído en Madrid el 20 de mayo de 1986 en el Instituto de Cooperación Iberoamericana con motivo del 50 aniversario del asesinato del poeta.

* El traductor en una nota al pie aclara que Citerea era una isla en el Peloponeso donde se rendía culto a Afrodita. La adoración fue tal que otro nombre para Afrodita fue Citerea. A Afrodita la conocemos sus fieles devotos con el más perturbador nombre

de Venus, diosa del amor entre los latinos.

* En una ocasión el campeón, noncbalant, se apareció a reanudar una partida interrumpida ¡vestido para jugar al tenis y con una raqueta en la mano! Era que había hecho cita con una damita de sociedad adicta al juego de la pelota.

* “Aquél cuyo sentido depende de otro miembro del período.” Real Academia de la Lengua.